

A close-up portrait of a woman with dark hair, looking slightly to the left. She is wearing a green, ruffled dress. The background is dark.

El secreto de Aurora Floyd

Mary Elizabeth Braddon

Lectulandia

«El secreto de Aurora Floyd», una de las más reconocidas novelas de intriga y misterio victorianas, cuenta la historia de la bella señorita Floyd, hija única de una actriz de provincias y el noble y rico banquero Archibald Floyd, que debido a la inesperada muerte de su esposa al dar a luz, se ve obligado a criar a su hija en soledad. Desde muy temprana edad, Aurora desarrolla intereses «poco femeninos» para la época, y a medida que crece se ve envuelta en el misterio y el escándalo. El pasado de Aurora encierra un secreto que obliga a su apesadumbrado padre a enviarla de inmediato a una escuela privada de señoritas en París.

A su regreso a Inglaterra, dos hombres se enamoran perdidamente de Aurora, el estirado y recto aristócrata Talbot Bulstrode, y el afable y sencillo John Mellish. Pero, ¿cuál permanecerá a su lado si se descubre que Aurora tiene un pasado tan «oscuro»?

Estamos ante una heroína victoriana atípica, una joven bella y apasionada de carácter fuerte y rebelde, dispuesta a desafiar el estricto código moral de su época, constituyendo una afrenta contra el ideal femenino de la perfecta mujer victoriana.

Lectulandia

Mary Elizabeth Braddon

El secreto de Aurora Floyd

Misterios de Época - 1

ePub r1.1

Titivillus 17.02.2017

Título original: *Aurora Floyd*
Mary Elizabeth Braddon, 1863
Traducción: Eva María González Pardo
Posfacio: Susanna González

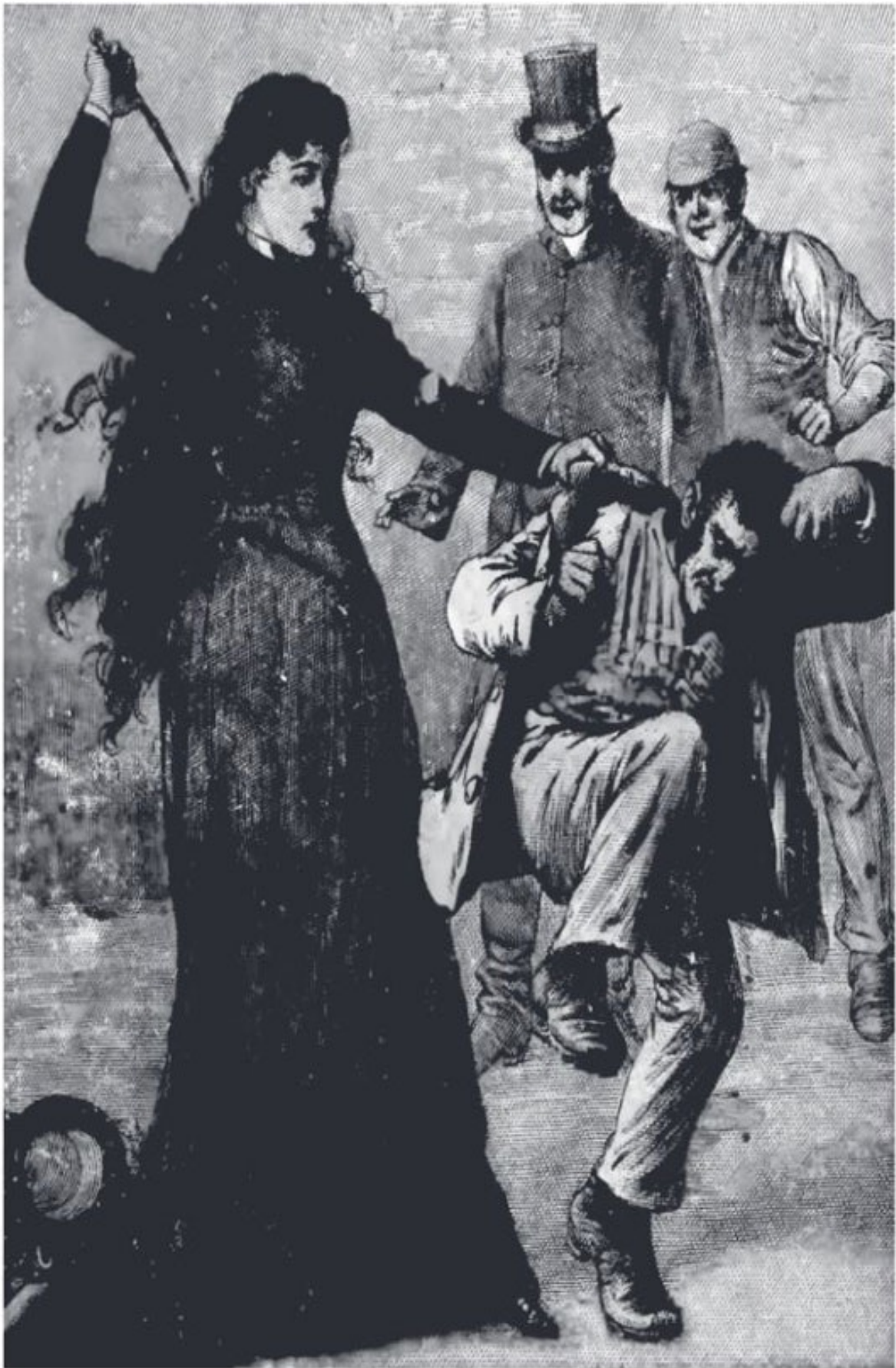
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PARTE PRIMERA





I

De cómo un rico banquero se casó con una actriz

Tenues rayos carmesíes resplandecen aquí y allá entre las frondosas sombras de los bosques de Kent. El rojizo dedo del otoño se ha posado ligeramente sobre el follaje con la frugalidad que emplea el pintor al colocar sus colores más brillantes sobre el lienzo; pero la majestuosidad que aún conserva la puesta de sol en agosto dora el apacible paisaje y lo ilumina en todo su esplendor. Los bosques circundantes, las amplias praderas, los mansos estanques de aguas cristalinas, los estilizados setos, las sendas de suaves serpenteos, las ondulantes cimas de las colinas fundiéndose a lo lejos con el purpúreo horizonte, las casas de campo brillando como puntos blancos entre el verdor circundante, las posadas solitarias en el margen de la carretera con sus tejados de bálago ennegrecidos y las pilas de musgo crecido a los lados de las chimeneas, las nobles mansiones ocultas tras robles ancestrales, las casitas góticas, las cabañas rústicas a la moda suiza, las puertas sostenidas por columnas coronadas por escudos de armas esculpidos en piedra y festoneadas con verdes grupos de guirnaldas de hiedra, las iglesias de aldea, las remilgadas escuelas, y, en una palabra, todo lo que constituye un paisaje inglés, está imbuido en una neblina luminosa que como sombra crepuscular asciende furtiva y lentamente desde el oscuro espesor del bosque selvático y sinuoso haciendo ensombrecer cada silueta del paisaje contra el profundo carmesí del firmamento.

El sol, al ocultarse, ilumina aún con primoroso esplendor, y se demora en la monumental fachada de una vasta mansión de ladrillo rojo construida al estilo imperante en la anterior era georgiana. Las largas hileras de estrechas ventanas parecen como abrasadas bajo el reflejo del rojo fulgor del sol; y más de un aldeano, al regresar cansado a su humilde morada, se detiene para contemplarlas más allá del prado cubierto de rocío y del lago sereno, casi temeroso de que el brillo proceda de una causa sobrenatural o creyendo que, tal vez, estaba ardiendo la casa de maese Floyd.

La majestuosa mansión de ladrillo rojo pertenece a maese Floyd, tal como le llamaban en su sincero dialecto los campesinos de Kent; Archibald Martin Floyd, de la gran banca de los Floyd, Floyd y Floyd, Lombard Street, City.

Los aldeanos de Kent conocían muy poco esta banca de la ciudad, pues hacía mucho tiempo que Archibald Martin, el socio principal, no tomaba parte activa en el negocio, que era dirigido exclusivamente por sus sobrinos, Andrew y Alexander Floyd. Ambos eran hombres rectos de mediana edad que tenían familia y casas de

campo, y debían su fortuna a su tío rico, que unos treinta años antes los albergó en su casa cuando no eran más que dos jovencitos altos, flacos, de cabellos rubios y sonrojado cutis escocés, recién llegados de algún pueblo de nombre impronunciable situado al norte de Aberdeen.

Los señoritos firmaban McFloyd cuando accedieron a la banca de su tío, pero muy pronto siguieron el ejemplo de su sabio pariente y descartaron el imponente prefijo. «No tenemos necesidad alguna de anunciar a estos “sureños” que somos escoceses», comentó Alick de repente a su hermano al tiempo que escribía su nombre por primera vez como A. Floyd.

La banca escocesa había prosperado asombrosamente con el hospitalario capital inglés.

Cada proyecto emprendido por la vieja firma establecida y respetada como Floyd, Floyd y Floyd había obtenido un éxito sin precedentes. Habían sido Floyd, Floyd y Floyd desde hacía más de un siglo, y aun cuando uno de los miembros fundó alguna sucursal retoñada fuera del «viejo árbol», nunca había habido necesidad de alterar la triple repetición del célebre nombre en las placas de bronce que adornaban las puertas de caoba giratorias de la casa bancaria. A esta placa de bronce apuntaba Archibald Martin Floyd cuando, treinta años antes de la tarde de agosto en la que escribo, acogió a sus flacos sobrinos por primera vez en el umbral de su casa bancaria.

—Fijad la mirada ahí, chicos —dijo—. Contemplad los tres nombres en la placa de bronce. El tío George tiene más de cincuenta años, permanece soltero, le corresponde el primer nombre; nuestro primo, Stephen Floyd, de Calcuta, próximamente dejará el negocio; el tercer Floyd es el mío, tengo treinta y siete años... y recordad, muchachos, ni por ensueños cometería la locura de casarme. Vuestros nombres se colocarán para llenar los vacíos si los mantenéis impolutos con el tiempo; pero, si tan sólo una pequeña mota dejáis caer sobre ellos, nunca serán aptos para figurar en esa placa.

Quizá los toscos jóvenes escoceses tomaron a pecho esta lección, o tal vez la honradez era una virtud natural, innata, en los Floyd. Fuera como fuese, ni Alick ni Andrew deshonraron a sus ancestros, y cuando Stephen Floyd, el comerciante en las Indias Orientales, vendió su parte, y el tío George se cansó de los negocios pasando a ser sólo un viejo pasatiempo de soltero, los jóvenes ocuparon el lugar de sus parientes y colocaron la dirección de la empresa sobre sus anchos hombros norteños.

Sólo en un punto Archibald Martin Floyd faltó a su palabra con sus sobrinos, y aún más consigo mismo. Diez años después de su discurso a los jóvenes, a la sobria edad de cuarenta y siete años, el banquero no sólo cometió la «locura» de casarse —si tal cosa puede considerarse de locos—, sino que descendió del orgulloso pedestal sobre el cual se alza la sabiduría humana enamorándose perdidamente de una mujer muy bella, aunque muy pobre, a la que llevó a su mansión tras una visita comercial a las provincias manufactureras, y que presentó casi sin ceremonia a sus parientes y vecinos del condado de Kent como su reciente esposa.

Todo el asunto fue tan repentino, que estas mismas familias del condado apenas se habían recobrado de la sorpresa que les había causado la lectura de cierto párrafo en la columna izquierda del *Times* —anunciando el enlace de «Archibald Martin Floyd, banquero, de Lombard Street y Felden Woods, con Eliza, única hija superviviente del difunto capitán Prodder»—, cuando la berlina de viaje de los recién casados pasó velozmente por delante del pabellón gótico situado en la entrada, recorrió la avenida pasando bajo el gran pórtico de piedra, y Eliza Floyd entró en la mansión del banquero, saludando con la cabeza y, con toda naturalidad, a los criados que, completamente desconcertados, se habían dirigido al vestíbulo para recibir a su nueva señora.

La esposa del banquero era una joven de unos treinta años, alta, de tez morena y grandes y centelleantes ojos negros que iluminaban su cara con el esplendor de una belleza absoluta que quizá de otro modo no hubiera sido tan notable.

Figúrese el lector uno de esos rostros cuyo encanto reside casi exclusivamente en el brillo sobrenatural de dos hermosos ojos y recuerde hasta qué punto tienen estos rostros un poder de fascinación superior a los otros. La misma cantidad de belleza repartida entre una nariz bien formada, unos labios rosados, un rostro simétrico y una tez delicada no compondrá más que una mujer provista de atractivos ordinarios; pero concentrada en un solo punto, en el maravilloso brillo de los ojos, constituye una deidad, una hechicera.

La primera de estas dos mujeres puede encontrarse todos los días; la segunda sólo se ve una vez en la vida.

El señor Floyd presentó a su esposa a las familias vecinas en un gran banquete que dio poco tiempo después de su llegada a Felden Woods —así llamaban a su casa de campo—, y tan pronto como hubo cumplido con esta formalidad, no dijo una palabra más sobre su elección ni a sus vecinos ni a sus parientes, que estaban deseosos de conocer cómo se había desarrollado tan inesperado enlace, y que en vano mostraban su curiosidad con insinuaciones que no producían efecto alguno en el afortunado esposo. Estas reticencias de Archibald Floyd, como era de suponer, sólo contribuyeron a acrecentar los rumores, y si había que dar crédito a tales rumores —que circulaban por Beckenham y West Wickham, aldeas cercanas a Felden Woods—, la mujer del banquero había salido de la condición más pobre y vil de la sociedad.

Según unos, era una obrera que trabajaba en una fábrica cuando el viejo y necio banquero la había visto en las calles de Manchester con un pañuelo de colores en la cabeza y una gargantilla de coral, andando pesadamente por el lodo sin medias ni zapatos; se había enamorado de ella viéndola en tal estado y le había propuesto matrimonio en el acto. Según otros, era una actriz y la había visto en el teatro de Manchester; peor aún, añadían, era una pobre volatinera que, adornada con un vestido de muselina blanca sucia y terciopelo de algodón rojo salpicado de lentejuelas, actuaba en una barraca de lona acompañada de un grupo de miserables vagabundos ambulantes y un cerdo amaestrado. Otros decían que era amazona y que el banquero

la había conocido, no en los distritos manufactureros, sino en el circo de Astley; y había personas dispuestas a jurar que la habían visto con sus propios ojos saltando a través de aros dorados y bailando la *cachucha* sobre seis corceles sin enjaezar en aquel círculo de serrín.

Se susurraron otros rumores más crueles —que no me atrevo a reproducir aquí—, porque las lenguas que tan despiadadamente se cebaban con el nombre y la reputación de Eliza estaban auspiciadas únicamente por la maldad. Es posible que algunas mujeres tuvieran razones personales para sentir despecho hacia la desposada, y que muchas de ellas, viendo su propia belleza languidecer en esas encantadoras mansiones de Kent, hubieran especulado con las rentas del banquero y con las ventajas de una unión con el propietario de Felden Woods. Pero no se permitían —con respecto a ella— ni la excusa de su belleza, pues las señoritas de Kent se impusieron el deber de ignorar los maravillosos ojos de Eliza, y criticaron duramente su frente baja, su nariz de forma dudosa, y su boca grande. Además, era una desvergonzada astuta y superficial que, a la edad de veintinueve años y con el pelo casi cayendo sobre sus ojos, se había confabulado para asegurarse la mano y la fortuna del hombre más rico de Kent. Este hombre, que hasta entonces se había mostrado de tal modo insensible a cada asalto de ojos brillantes y labios rosados, que hasta las madres más infatigables habían abandonado desesperadas a su presa, y habían dejado de soñar con acomodar el mobiliario a su capricho en el gran palacio de ladrillo rojo del señor Floyd.

La parte femenina de la comunidad se admiró e indignó por la indolencia de los dos sobrinos escoceses y el viejo hermano solterón, George Floyd. ¿Por qué no mostraron un poco de carácter y organizaron un consejo de familia para encerrar a su pariente en un manicomio? Se lo merecía.

La arruinada *nobleza* del suburbio de St. Germain no hubiera maltratado a un enriquecido bonapartista con tan enérgico rencor como el mostrado por toda esa gente murmurando incesantemente acerca de la esposa del banquero. Todo cuanto ésta hacía era objeto de crítica. Ya desde el primer banquete —y aunque Eliza no había osado intervenir en las disposiciones del cocinero y el ama de llaves tal como si se tratara de una visita al Buckingham Palace—, los invitados, enojados, dictaminaron que todo había degenerado desde que «esa mujer» había entrado en la casa. Detestaron a la afortunada aventurera; la detestaron por su majestuosa figura y la gracia de sus movimientos que nunca dejaron traslucir la oscuridad rumoreada acerca de su origen; la detestaron por sus bellísimos ojos y sus primorosas joyas, obsequios extravagantes de un marido devoto; y la odiaron, sobre todo, por su descarada insolencia al no mostrarse en absoluto intimidada en presencia de los excelsos miembros de ese nuevo círculo en el que se encontraba.

Si se hubiera sometido mansamente a las numerosas humillaciones que estaban prontos a hacerle sufrir sus vecinos, si hubiera buscado su protección y hubiera mordido el polvo de sus aristocráticos zapatos, tal vez con el tiempo la habrían

perdonado.

Pero Eliza no hizo nada de esto. Si acudían a visitarla se mostraba alegre y francamente contenta de verlos. La podían encontrar con las manos enfundadas en sus guantes de jardinería, los cabellos sin atavío, armada de una regadera y ocupada en sus invernaderos; acogía a los amigos con tanta serenidad como si hubiese nacido en un palacio y estuviera acostumbrada a recibir homenajes desde la más tierna infancia. Aunque las visitas afectasen fría formalidad y grave ceremonia, ella se manifestaba siempre afable, franca, alegre y gentil.

Se complacía en hablar continuamente de su «querido y viejo Archi» —como se permitía llamar al que era al mismo tiempo su benefactor y esposo—, o bien enseñaba a sus invitados algún nuevo cuadro que él hubiera comprado, y se atrevía a hablar de arte —¡la ignorante, impúdica y pretenciosa criatura!— como si todo el pedante tecnicismo con que intentaban *aplastarla* le hubiera sido tan familiar como a un miembro de la Real Academia.

Cuando la etiqueta exigía que devolviera estas ceremoniosas visitas, tenía la audacia de ir a casa de sus vecinos en un tálburi tirado por un caballo pequeño y sin arreos, porque esta mujer insidiosa tenía el capricho de afectar sencillez y no hacer ostentación de todas sus cosas.

La grandeza que la rodeaba le parecía muy natural, y charloteaba y reía con su característica teatralidad, y con gran admiración de los jóvenes bastante ciegos para no ver los encantos de las que la denigraban, pero que no se cansaban nunca de ensalzar la amabilidad y los hermosos ojos de la esposa del señor Floyd.

Me pregunto si la pobre Eliza era conocedora de todas o al menos la mitad de las crueldades de que era objeto. Sospecho que astutamente trataba de ponerse al corriente de todo para reírse a rienda suelta; estaba acostumbrada a una vida llena de emociones y de otro modo su estancia en Felden Woods le hubiera parecido una existencia monótona sin el atractivo de estas maledicencias. Sentía un deleite malicioso en la derrota de sus enemigos.

—Preciso es que tuvieran verdaderos deseos de casarse contigo, Archi —decía a su esposo—, para que me odien con tanto encarnizamiento. ¡Pobres solteronas sin dote, pensando que les he arrebatado su presa! Imagino lo penoso que debe de ser para ellas pensar que no pueden hacerme ahorcar por haberme casado con un hombre rico.

Pero el banquero se mostraba tan profundamente herido cuando su adorada esposa le repetía los rumores que había escuchado a su doncella —fiel a su bondadosa y amable señora—, que Eliza tomó el partido de no causarle más disgusto.

Las murmuraciones la divertían a ella, pero a él le herían hasta la médula. Orgullosa y sensible, como casi todos los hombres honrados e íntegros, no podía soportar que nadie se atreviese a manchar la reputación de la mujer que amaba tan tiernamente.

¿Qué importaba la *oscuridad* de la que procedía al *elevarse* hasta él? ¿Es una

estrella menos brillante por centellear en un canal o en el seno púrpura del mar de medianoche?

¿Una mujer virtuosa y de corazón generoso es menos digna porque se gane penosamente la vida con el único trabajo a que puede dedicarse, por hacer el papel de Julieta ante un auditorio compuesto de artesanos que pagan tres peniques por el privilegio de admirarla y aplaudirla?

Sí, es forzoso revelar el secreto, las malas lenguas no estaban enteramente equivocadas en sus conjeturas. Eliza Prodder era actriz, y el acaudalado banquero la había visto por primera vez en las sucias tablas de un teatro de segunda categoría en Lancashire. Archibald Floyd alimentó una admiración tradicional, pasiva pero sincera, por el drama británico. Sí, el drama británico, pues había vivido los tiempos en que el drama era verdaderamente británico, cuando *George Barnwell* y *Jane Shore* eran las obras de arte favoritas del público. Qué triste degeneración la de aquellos días clásicos; qué triste que la graciosa historia de Millwood y su aprendiz de admirador sean ahora los preferidos.^[1]

Fascinado por la solemnidad de Shakespeare y el drama, el señor Floyd, una tarde, de paso por un pequeño pueblo de Lancashire, se adentró en un palco polvoriento del teatro para asistir a la representación de *Romeo y Julieta*, la heredera de los Capuleto estaba representada por la señorita Eliza Percival, alias Prodder. No creo que la señorita Percival fuera una buena actriz, o que hubiera llegado a distinguirse algún día como tal, pero tenía una voz profundamente melodiosa, representaba su papel con una cierta riqueza en el tono, y aunque la música era monótona, resultaba ciertamente agradable en su conjunto. Sobre la escena aparecía realmente bella, y su cara iluminaba el pequeño teatro mejor que todo el gas destinado a regañadientes por el gerente, a los escasos espectadores de la sala.

No estaban de moda aún en aquellos días los dramas «sensacionalistas» de las obras de Shakespeare. No se había introducido aún en *Hamlet* la famosa escena del agua, ni el príncipe danés perdía su cabeza para salvar a la pobre Ofelia.^[2] En el pequeño teatro de Lancashire se habría tomado por un pecado terrible contra todos los cánones del arte dramático que Otelo hubiera tratado de sentarse durante algunos momentos de la solemne actuación. El que representaba la esperanza de Dinamarca no era un hombre del norte ataviado con vestido largo y rubia cabellera meciéndose al viento, sino un individuo con casaca de terciopelo cortada como el sayo de un niño y adornada con abalorios que colgaban y eran pisoteados a intervalos a lo largo de la representación. Los actores, en su simplicidad, pensaban que la tragedia, para ser tragedia, debía ser totalmente diferente a todo lo que hubiera existido. Pero Eliza Prodder repetía pacientemente aquello que había aprendido con anterioridad. Con su alegría y su buen carácter, ligero y pausado, la criatura no tenía por misión intentar cualquier tonta interferencia en las perversidades de su época, no había nacido para *corregir la situación*^[3]. ¿Qué pensar entonces de su manera de representar el papel de la apasionada joven italiana? Vestía un traje de raso blanco adornado con lentejuelas

que había cosido en los dobladillos, con la firme creencia, compartida por todas las actrices de provincia, de que las lentejuelas enmascararan la suciedad. Se hallaba riendo y charlando entre bastidores un minuto antes de salir a la escena para llorar a su hermano asesinado y a su amante desterrado.

Dicen que Macready comenzaba a ser Richelieu a las tres en punto de la tarde, y que era peligroso acercarse o hablarle entre esa hora y el final de la actuación.^[4] Pero la señorita Percival no tenía pasión por su profesión; las ganancias en Lancashire apenas pagaban las preocupaciones y el cansancio que le causaban primero los tempranos ensayos y más tarde las largas representaciones. ¿Cómo compensar el agotamiento mental del verdadero artista que vive la vida del personaje que representa? Los actores con quienes actuaba Eliza, durante los intervalos de un diálogo en que se prodigaban vengativas amenazas, se dirigían observaciones amistosas sobre sus asuntos particulares; los momentos de tregua que les dejaba el movimiento de la escena, calculaban a media voz —pero a veces de modo perfectamente audible—, el total de las entradas; y cuando Hamlet llamaba a Horacio bajo la luz de las candelillas, para preguntarle: «¿Ves esto?», era bastante probable que el confidente del príncipe estuviera en el fondo del teatro contándole a Polonio la vergonzosa forma en que su casera le robaba el té y el azúcar.

No fue, por consiguiente, la actuación de la señorita Percival lo que fascinó al banquero. Archibald Floyd era consciente de que Eliza era una actriz muy vulgar, como todas las que representaban las comedias y tragedias por veinticinco chelines a la semana. Había visto representar aquel mismo papel a la señorita O'Neill^[5], y no pudo abstenerse de sonreír de compasión al oír los aplausos de los jornaleros en el momento de la escena del envenenamiento. Pero a pesar de todo se enamoró de ella y su amor fue una nueva versión de la eterna historia, tan antigua como el mundo. Fue Arthur Pendennis en el pequeño teatro Chatteris, embrujado y desconcertado por la señorita Fotheringay de nuevo.^[6] Sólo que en lugar del voluble, impresionable niño, era un hombre de negocios serio y sensato de cuarenta y siete años que nunca se había estremecido de emoción al contemplar el rostro de una mujer hasta esa noche. Y desde esa noche el mundo sólo encerró para él un ser, y su vida no tuvo más que un objeto. Volvió al teatro a la noche siguiente, y la siguiente, y se las ingenió para hacerse amigo de algunos de los actores que frecuentaban una taberna vecina al teatro.

Aquellos comediantes sin escrúpulos se aprovecharon de él cruelmente, le hicieron pagar una infinidad de botellas, le hicieron zalamerías y le adularon, y le arrancaron el secreto del fondo de su corazón; y después fueron a contarle a Eliza Percival que había hecho un buen negocio, que se había enamorado locamente de ella un solterón que llevaba siempre el bolsillo lleno de dinero, y que si jugaba bien sus cartas se casaría con ella al día siguiente. Se lo señalaron a través de un agujero en la cortina —sentado casi a solas en uno de los palcos— esperando que comenzara la obra, y que aquellos ojos negros le deslumbraran una vez más.

Eliza se rio de su conquista; tan sólo era una más y conocía el desenlace: en el mejor de los casos el alquiler de un palco las tardes de representación, o un ramo de flores dirigido a ella en la entrada de actores; no conocía el poder del primer amor de un hombre a los cuarenta y siete años. Antes de terminar la semana, Archibald Floyd le había hecho una oferta solemne de matrimonio.

Había oído hablar de ella a sus compañeros de teatro y todos coincidían en que era una buena muchacha. Le dijeron que había resistido peligrosas tentaciones, que había rehusado con indignación magníficos brazaletes, gestos de caridad que había hecho en secreto, la independencia que había conservado a pesar de su pobreza y de penosas pruebas, y le contaron más de cien historias sobre su bondad que le hicieron ruborizar de orgullo y generosa emoción.

Ella misma le contó la simple historia de su vida: le dijo que era hija de un capitán de buque mercante llamado Prodder, que había nacido en Liverpool, y que apenas se acordaba de su padre, que estaba siempre navegando —ni de su hermano, que tenía tres años más que ella y había desaparecido tras discutir airadamente con su padre—, ni de su madre, que había muerto cuando ella tenía cuatro años de edad. El resto fue relatado en pocas palabras. Fue recibida en la familia de su tía, que tenía una tienda de comestibles en su ciudad natal, y aprendió el oficio de florista, pero el trabajo no la había apasionado. Asistía con frecuencia a los teatros de Liverpool y pensó que le gustaría salir al escenario. Siendo como era, joven, osada y enérgica, un buen día dejó la casa de su tía, se presentó al director de uno de los teatros secundarios y le suplicó que le permitiese hacer el papel de lady Macbeth. El director se burló de sus pretensiones, pero le dijo que en consideración a su buena figura y a sus hermosos ojos negros le daría quince chelines semanales por *figurar*, término técnico que se utilizaba para designar a las personas que circulan por el escenario —unas veces vestidas de aldeanas, otras con traje cortesano de percal con adornos dorados— y que miran con ademán distraído todo lo que pasa en la escena.

Después de un tiempo comenzó a desempeñar pequeños papeles rehusados con indignación por las actrices que se consideraban muy superiores a ellos, y desde estos modestos papeles se lanzó a la arena trágica en la que supo mantenerse sin dificultad durante nueve años. En vísperas de su vigesimonoveno cumpleaños, su destino la unió al rico banquero con quien se casó en la parroquia de una pequeña ciudad de provincias, permutando el nombre de Prodder por el de Floyd.

Había accedido a los deseos del banquero, en parte movida por un sentimiento de gratitud hacia el ardor generoso de su afecto —inclinada a amarle con preferencia sobre cualquier otro hombre que hubiera conocido—, y en parte seducida por los consejos de sus amigos del teatro que, con más franqueza que elegancia, la convencieron de que sería una locura dejar escapar tan buena oportunidad; pero en el momento en que dio su mano a Archibald Martin Floyd estaba muy distante de sospechar la magnitud de la fortuna que su esposo la invitaba a compartir. Le dijo que era banquero, y su desbordante imaginación evocó en el acto la imagen de la única

mujer de banquero que había conocido en su vida: una señora corpulenta que vestía ricos trajes de seda, vivía en una casa de estuco cuadrada con celosías verdes, tenía cocinera y doncella, y de vez en cuando tomaba tres billetes de palco para ver a la señorita Percival. Así pues, cuando el amoroso marido inundó a su hermosa prometida de brazaletes y collares de diamantes, y sedas y brocados que se mantenían tiesos y difícilmente manejables de su misma riqueza, cuando la condujo desde su provincia a la isla de Wight donde la alojó en una espaciosa habitación en el mejor hotel de Hyde, y le arrojó dinero aquí y allá como si llevara la lámpara de Aladino en el bolsillo de la levita, Eliza reconvino a su esposo temiendo que el amor le hubiera enloquecido y que aquella alarmante extravagancia fuera el primer síntoma de su locura.

Como en una réplica de la antigua y querida historia de Burleigh, cuando Archibald hizo entrar a su esposa en la larga galería de cuadros de Felden Woods, Eliza juntó sus manos transportada por una admiración sincera al ver tanta magnificencia, se comparó a sí misma con la humilde esposa del conde, se postró de hinojos, y le dedicó un homenaje teatral a su señor: «¡Oh Archi! —exclamaba—, todo esto es demasiado para mí. Temo morir de grandeza, como la pobre joven que languidecía en Burleigh House».^[7] Eliza, que se hallaba en el esplendor de su belleza —rebosante de salud, frescura y buen ánimo—, no podía imaginar que sería breve su residencia entre tanta grandeza, tal como a la prometida de Burleigh le había sucedido antes que a ella.

Familiarizado el lector con los antecedentes de Eliza, encontrará tal vez ahora en su pasado explicación al descaro insolente y la noble audacia con que trataba a las familias de segunda categoría del condado, que se conjuraban para llenarla de confusión.

Había sido actriz; durante nueve años había vivido en ese mundo ideal en el que los duques y los marqueses son tan comunes como los carniceros y los panaderos en la vida real, en el que un noble es generalmente pobre de espíritu e inferior en todos los conceptos y es tratado despectivamente por los espectadores a causa de su rango.

¿Cómo podía turbarse al entrar en los salones de aquellas mansiones de Kent cuando, durante nueve años, había sido el centro de todas las miradas en el escenario y había conquistado noche tras noche los aplausos de un numeroso auditorio?

¿Era posible que le intimidaran los Lenfields, que eran carroceros en Park Lane, o la señorita Manderlys, cuyo padre había hecho fortuna merced a una patente por una nueva clase de almidón, cuando ella había recibido al rey Duncan a las puertas de su castillo y se había sentado en su desvencijado trono?

Por más esfuerzos que hicieran serían incapaces de doblegar a aquella intrusa, mientras, para acrecentar su mortificación, era cada día más evidente que el señor Floyd y su esposa formaban una de las parejas más felices de la tierra y que habían trocado los lazos del matrimonio en guirnaldas de rosas.

Si lo que refiero fuera una historia imaginaria, sería muy correcto pintar a Eliza

aburriéndose en su dorada jaula y gastando sus energías llorando por un amante abandonado en un funesto momento de ambiciosa locura. Pero como mi historia es verdadera —no sólo en un sentido general, sino rigurosamente cierta en cuanto a los hechos principales que estoy a punto de relatar—, y como podría apuntar, en cierto condado a bastante distancia de los pintorescos bosques de Kent, en la misma casa en que los acontecimientos que describiré tuvieron lugar, debo decir también, dejando constancia escrita, que el amor de Eliza a su esposo era un afecto tan puro y sincero como pudiera esperar un hombre de una mujer con un corazón tan generoso.

No puedo asegurar con certeza qué parte de gratitud había en este amor. Si vivía en una hermosa casa y era servida por criados atentos y respetuosos; si comía manjares delicados y bebía exquisitos vinos; si llevaba ricos atavíos y magníficas joyas; si se reclinaba sobre los blandos almohadones de un carruaje tirado por briosos caballos bien enjaezados y guiados por un cochero de empolvada peluca; si dondequiera que fuese le rendían todo tipo de homenajes; y si le bastaba manifestar un deseo para que quedase satisfecho al instante y como por arte de encantamiento..., sabía que todo esto se lo debía a su esposo, Archibald Floyd, y es muy posible que de un modo natural acabara por identificarle con todas las ventajas que disfrutaba y que le amase por ellas. Un amor de este género puede parecer un afecto bajo y despreciable en comparación con el noble sentimiento de las Nancys de los modernos romances hacia el Bill Sykeses de su elección;^[8] y sin duda, otra que no fuera Eliza hubiera mirado con soberano desprecio al hombre que la complacía en todos sus caprichos, que satisfacía todos sus antojos, que la amaba y honraba, no como la actriz de provincias que era, sino como hubiera podido amar a la reina más poderosa de la cristiandad que se hubiese dignado bajar del trono más elevado para darle la mano.

Pero ella le estaba agradecida, le amaba y le hacía feliz; tan feliz, que algunas veces el buen escocés se aterrorizaba al ser testigo de su propia felicidad y casi estaba tentado de postrarse de rodillas para suplicar al cielo que no se la arrebatase, y que si había de enviarle alguna desgracia, le despojase de cada chelín de su fortuna, para volver a empezar de nuevo, pero al lado de su Eliza. ¡Oh destino! ¡Esta era la única bendición que iba a perder muy pronto!

Durante un año Eliza y su esposo vivieron en Felden Woods sin que se nublase un solo instante el sol de su ventura. Quiso llevarla al continente, o a Londres para la temporada, pero Eliza no podía soportar ausentarse de su preciosa casa en Kent, donde era muy feliz pasando los días entre sus jardines, sus pinares y viñedos, en medio de los pobres, sus protegidos, y entre sus perros y caballos. A los ojos de los pobres era un ángel bajado del cielo para reconfortarles. Había casas de campo de donde escapaban las remilgadas señoritas de provincias con el libro de oraciones en la mano, desconcertadas y confundidas por las miradas sombrías de sus moradores que perecían de hambre; pero cuando en los umbrales aparecía la sombra de la señora Floyd, era como la sombra de un sacerdote católico, siempre sagrada y, sin embargo, siempre familiar y bienvenida.

Supo hacerse querer por estas gentes antes de proponerse reformar sus malos hábitos. Anteriormente había cerrado los ojos ante la suciedad y el desorden de sus casas de campo como lo hubiera hecho ante la alfombra desharrapada del salón de una empobrecida duquesa. Luego, poco a poco, astutamente, había ido obteniendo pequeñas mejoras, hasta que en menos de un mes, sin sermones ni ofensas, logró una transformación completa. La señora Floyd era terriblemente ingeniosa en sus tratos con estos errados campesinos. En lugar de decirles de inmediato, de una forma espontánea, que eran sucios, depravados e incluso ingratos e impíos, era diplomática y actuaba con astucia, como si escudriñara el condado. «Obligaba» a las jovencitas a ir regularmente a la iglesia ofreciéndoles sombreros nuevos y encuadernándoles elegantemente libros de oraciones; mantuvo a los hombres casados fuera de las tabernas con sobornos de tabaco para fumar en casa, e incluso alguna vez —¡horror!—, con el regalo de una botella de ginebra para el consumo moderado y social en el ámbito familiar. Hacía reparar una chimenea por el presente de un llamativo florero de porcelana china para su propietaria, y limpiar una chimenea descuidada por un guardafuego de cobre. Un humor desabrido lo enmendaba con un vestido nuevo, y una disputa familiar de mucho tiempo, con un chaleco de cretona. Pero un año después de su enlace, mientras los jardineros trabajaban en las mejoras que había previsto; mientras el continuo proceso de reforma avanzaba lenta pero sólidamente entre los agradecidos seres receptores de su generosidad; mientras las lenguas ansiosas de sus detractores continuaban arremetiendo contra su reputación sin mancha; mientras Archibald Floyd se regocijaba con su hija recién nacida entre sus brazos —sin un leve síntoma de alerta que amortiguara la violencia del golpe—, la luz se desvaneció lentamente de sus gloriosos ojos que se apagaron para siempre, y Archibald Floyd se convirtió en viudo.

II

Aurora

La niña que dejó Eliza Floyd —cuando tan repentinamente fue despojada de toda dicha y prosperidad terrenal—, fue bautizada con el nombre de Aurora. La elección de un nombre tan novelesco había sido un capricho de la pobre Eliza, y no había capricho suyo, por insignificante que fuera, que no hubiera sido sagrado para su adorado esposo, por lo que éste fue doblemente sagrado entonces. La intensidad del dolor que experimentó el viudo no fue conocida por criatura alguna en este mundo terrenal. Sus sobrinos y sus esposas le hacían continuas visitas de pésame, y una de estas sobrinas por alianza, dotada de una bondad enteramente maternal, se empeñó en reconfortar al afligido viudo. ¡Sólo Dios sabe si su ternura aportó algún alivio a aquella alma quebrantada! Encontró en Archibald un hombre que parecía atacado de parálisis, entumecido, como atontado, y adoptó tal vez el mejor plan de conducta que podía seguir. Le habló poco del objeto de su aflicción, pero le visitó con frecuencia, sentándose pacientemente frente a él durante horas enteras, departiendo sobre las cosas más mundanas: del estado del país, del tiempo, de un cambio de ministerio y de otros asuntos análogos tan lejanos del que causaba la pena de su existencia; una mano menos prudente que la de la señora Alexander Floyd apenas habría tocado las cuerdas rotas de tan delicado instrumento, el corazón del pobre viudo.

Hasta seis meses después de la muerte de Eliza, la señora Alexander no se atrevió a pronunciar su nombre, pero cuando le habló de ella no lo hizo manifestando una vacilación solemne, sino con un tono familiar y con palabras de ternura como si estuviera acostumbrada a hablar de la difunta. Vio entonces que había conseguido su objetivo; en lo sucesivo, Archibald Floyd experimentó cierto alivio al hablar de la mujer que tanto había amado; y desde ese momento la señora Alexander se convirtió en la favorita de su tío. Algunos años después le dijo que hasta en el sombrío letargo de su dolor tenía la vaga intuición de que le compadecía y que era una «buena mujer». Aquella misma noche, esta buena mujer entró en el salón donde el banquero estaba solo junto a la chimenea, llevando en sus brazos a una niña. Era una niña de semblante pálido y ojos negros que miraban con sombría sorpresa al señor Floyd; un bebe feo, de semblante serio, que iba a crecer y crecer hasta metamorfosearse en Aurora Floyd, la heroína de mi historia.

Ese pálido bebé de ojos negros se convirtió en el ídolo de Archibald Floyd, el único ser en el vasto universo por el que merecía la pena soportar tan dura existencia.

Desde el día de la muerte de su esposa había abandonado toda participación en los negocios de su banca de Lombard Street, y su única ocupación y deleite era escuchar los parloteos y satisfacer los caprichos de la pequeña. Su amor por ella era una debilidad que rayaba casi en la locura. Envidiaba a las niñeras los cuidados que le dedicaban a la niña y las vigilaba furtivamente temiendo que fueran duras con ella. Las recias puertas de la espaciosa mansión de Felden Woods no bastaban para impedir que el más débil murmullo de esa voz infantil llegase a sus oídos siempre atentos y solícitos.

La observaba crecer como un niño observa una bellota que espera ver convertida en roble. Repetía las sílabas que balbuceaba hasta el punto de fatigar a cuantos le visitaban. Naturalmente Aurora se convirtió en una niña mimada en toda la acepción de la palabra. Una flor no se echa a perder porque crezca en un ambiente caluroso donde el aliento del cielo apenas puede visitarla, pues en tal caso, el brillo exótico es recortado y podado por la mano despiadada del jardinero, pero Aurora creció sin trabas y retoñó sin que nadie se cuidase de refrenarle los espontáneos arranques de su naturaleza rebelde. Decía lo que se le antojaba, pensaba, hablaba y actuaba como deseaba y estudiaba sólo lo que le gustaba; con los años se convirtió en una joven brillante, impetuosa y cariñosa —con un corazón tan generoso como el de su madre—, pero su carácter estaba mezclado con un toque de fuego natural que le otorgaba cierta originalidad.

Por lo general, las niñas feas en su primera infancia se convierten en mujeres hermosas, y así ocurrió con Aurora Floyd. A los diecisiete años ya era más bella que su madre; tenía la misma irregularidad de facciones, compensada con un par de esplendorosos ojos que parecían dos estrellas del cielo, y con dos hileras de dientes incomparablemente blancos. Rara vez —al mirarla de frente—, se podían sobrepasar esos ojos y esos dientes que deslumbraban y cegaban hasta el punto de impedir que se criticase su pequeña nariz de forma dudosa o la anchura de su boca risueña. Cuando se levantaba las mechas de su rico cabello negro, se descubría una frente demasiado baja para el estándar clásico de belleza. Un frenólogo hubiera dicho que su cabeza tenía un porte noble, y un escultor hubiera añadido que la sostenía un cuello de Cleopatra.

La señorita Floyd conocía muy poco de la historia de su pobre madre. En el gabinete particular del banquero colgaba un retrato al pastel que representaba a Eliza en todo el esplendor de su belleza y felicidad, pero el retrato no contaba la historia de su original, y Aurora no había oído nunca hablar del capitán del buque mercante, ni del pobre alojamiento de Liverpool, ni de la tía de aspecto ceñudo propietaria de una tienda de ultramarinos, ni de las flores, ni mucho menos del pequeño teatro de provincias. Jamás nadie le había contado que el nombre de su abuelo materno era Prodder, ni que su madre había representado el papel de Julieta ante un auditorio compuesto de obreros, por un módico estipendio. Las familias del condado aceptaron a la heredera del banquero por las riquezas de su padre, pero no tardaron mucho en

decir que Aurora era digna hija de su madre, que llevaba la mancha de la actriz y la amazona, y que sentía las lentejuelas y el serrín muy fuertemente asentados en su naturaleza. La verdad del asunto es que antes de salir de la guardería la señorita Floyd evidenciaba una disposición muy marcada para llegar a ser lo que se llama una «mujer de carácter». A la edad de seis años rehusó una muñeca y pidió un caballo balancín. A los diez podía sostener una conversación sobre perros galgos, perdigueros, conejeros, para la caza del zorro, y pequeños sabuesos, pero en cambio llevaba a su institutriz hasta la desesperación, pues se obstinaba en olvidar bajo qué emperador romano había sido destruida Jerusalén y quién era el legado del Papa en la época del divorcio de Catalina de Aragón. A los once años hablaba de los caballos de las caballerizas Lenfield como pencos. A los doce contribuyó con media corona en una carrera organizada por los criados de su padre y montó triunfalmente el caballo que obtuvo la victoria, y a los trece galopaba monte a través con su tío Andrew, que era miembro de la sociedad de caza de Croydon. El banquero no veía con buenos ojos los progresos que hacía su hija en estos ejercicios nada «femeninos», pero era tan hermosa, tan franca y valiente, tan generosa, cariñosa y sincera, que no se atrevía a reprocharle sus inclinaciones. Si hubiera podido gobernar o dirigir su impetuoso carácter, habría hecho de ella la joven más refinada y elegante, la más perfecta de su sexo; pero esta empresa era superior a sus fuerzas, y se contentaba con dar gracias a Dios por conservarla tal como era y con poder complacer todos sus caprichos.

Lucy, la hija mayor de Alexander Floyd, prima de Aurora, era la amiga y confidente de la joven, y venía de cuando en cuando a pasar un mes en Felden Woods, desde la casa de campo de su padre situada en Fulham. Lucy Floyd tenía media docena de hermanos y hermanas y había recibido una educación muy diferente a la de la heredera. Era una joven de baja estatura, tez pálida, ojos azules, labios rosados y cabellos de oro que pensaba que Felden Woods era un paraíso terrenal y Aurora más afortunada que la princesa de Inglaterra, o Titania, la reina de las hadas. Le causaban un miedo atroz los caballos y los perros de Terranova de su prima, y tenía la firme convicción de que había un verdadero peligro de muerte súbita al acercarse a un caballo, pero amaba y admiraba a Aurora como lo hacen por lo común los caracteres débiles, y aceptaba el patrocinio y la protección de la señorita Aurora como la cosa más natural del mundo.

Finalmente, una nube oscura aunque vaga oscureció el paraíso de Felden Woods, y se enfriaron las relaciones entre el banquero y su querida hija. La señorita pasaba la mayor parte del día a caballo recorriendo las sombrías sendas de los alrededores de Beckenham, acompañada por su palafrenero, un joven apuesto que el señor Floyd había elegido por su buena presencia para el servicio particular de Aurora. Después de estos largos paseos solitarios cenaba en su cuarto dejando a su padre solo en el vasto comedor, que parecía lleno cuando ella lo ocupaba, y vacío y desolado cuando no estaba presente. Los criados de Felden Woods se han acordado durante mucho tiempo de cierta noche del mes de junio en que estalló la tormenta entre padre e hija.

Aurora había estado ausente desde las dos de la tarde hasta la puesta de sol, y el banquero se paseaba de un extremo a otro de la larga terraza de piedra, con el reloj en la mano —sin poder distinguir apenas la hora en medio de las primeras sombras de la noche—, esperando el regreso de su hija. Había devuelto la cena sin probar, los periódicos se habían quedado sobre la mesa sin desplegar, y los espías de la casa, estos es, los criados, se contaban en voz baja que la mano del amo temblaba con tal violencia que había derramado la mitad de una jarra de vino sobre la mesa al tratar de llenar el vaso. El ama de llaves y sus «satélites» se deslizaban hasta el vestíbulo y a través de las puertas vidrieras miraban a su amo, que esperaba ansioso en la galería. Los lacayos y los mozos de caballeriza charlaban sobre el «alboroto» —como llamaban a la terrible brecha sobrevenida entre padre e hija—, y cuando se oyeron por fin los cascos de los caballos en la larga avenida y la señorita Floyd detuvo a su purasangre al pie de la escalinata de la galería, había un grupo de curiosos ocultos en la sombra de la noche, ardiendo en deseos de oír y ver.

Pero aquellos ojos y oídos indiscretos quedaron poco satisfechos. Aurora desmontó de un salto antes de que el criado tuviera tiempo de ayudarla, y el alazán, con los costados palpitantes y bañado en espuma, fue conducido inmediatamente a las caballerizas. El señor Floyd observó al mozo y los dos caballos en el momento en que desaparecían por las anchas puertas del patio de las caballerizas, y después dijo muy sosegadamente:

—Abusas de ese animal, Aurora; una carrera de seis horas no es conveniente para él ni para ti. Tu palafrenero no debería haberlo permitido.

Y se dirigió a su gabinete después de decirle a su hija que le siguiese, y permanecieron allí encerrados más de una hora. Al día siguiente muy temprano la institutriz de la señorita Aurora abandonó Felden Woods, y tras el desayuno el banquero fue a visitar las caballerizas y a examinar la yegua favorita de su hija —bello animal, todo músculo y huesos—, que había sido entrenada para las carreras de caballos. La magnífica yegua se había dañado un tendón y cojeaba al andar. El señor Floyd mandó llamar al palafrenero de su hija, le pagó el salario y le despidió en el acto. El joven no hizo protesta alguna, y subiendo tranquilamente a su cuarto, se quitó la librea, preparó la maleta y salió de la casa sin despedirse de los demás criados que, resentidos por el desprecio, se vengaron declarando que era un bruto maleducado que siempre había estado demasiado encumbrado para su oficio.

Tres días después, el 14 de junio de 1856, el señor Floyd y su hija dejaron Felden Woods camino de París, donde Aurora fue internada en un colegio privado protestante —muy caro y exclusivo, dirigido por las señoritas Lespard—, en una mansión señorial entre *cour et jardin* situada en la Rue Saint Dominique, con el fin de completar su deficiente educación.

Durante un año y dos meses la señorita Floyd ha estado ausente terminando sus estudios en la escuela parisina; nos hallamos en los últimos días del mes de agosto de 1857, y el banquero se pasea de nuevo de un extremo a otro de la galería —ante las

estrechas ventanas de su mansión de ladrillo rojo—, esperando la llegada de su hija, que regresa de París.

Los criados no han dejado de manifestar su asombro al ver que no ha cruzado el Canal para ir en su busca y consideran que la dignidad de la casa se ha visto mermada, pues la señorita Floyd viaja sola.

—¡Una pobre criatura que no sabe más de este mundo perverso que un bendito bebé —decía el ama de llaves—, sola en medio de un montón de bigotudos franceses!

Había bastado un solo día para que Archibald Floyd se convirtiera en un viejo — el terrible e inesperado día de la muerte de su esposa—, pero incluso aquella pena parecía no haberle afectado tanto como el verse privado de vivir con su hija durante los catorce meses que había estado ausente de Felden Woods.

Tal vez a la edad de sesenta y cinco años era incapaz de sobrellevar el disgusto más ínfimo, pero los que le observaban estrechamente declaraban que parecía tan abatido por la ausencia de su hija como lo hubiera estado por su muerte. Incluso en ese mismo momento en que se pasea arriba y abajo por la vasta galería, con el paisaje extendido ante sus ojos desvaneciéndose vagamente en el horizonte bajo esa gloria de velo carmesí que el sol extiende al ocultarse; incluso ahora, en este momento en que espera por segundos estrechar en sus brazos a su única hija, Archibald Floyd parece más bien nerviosamente ansioso que gozosamente expectante.

Mira una y otra vez su reloj y se detiene para escuchar la campana de la iglesia de Beckenham tocar las ocho; sus oídos, de una sensibilidad sobrenatural, le alertan de cada sonido, y perciben el rumor de un carruaje que rueda a lo lejos por la vasta carretera. Toda la agitación y toda la ansiedad que ha sentido durante la última semana no es nada en comparación con la concentrada fiebre de ese momento. ¿Pasará de largo aquel carruaje o se detendrá ante la verja? Ciertamente su corazón no hubiera latido con mayor ímpetu salvo bajo el maravilloso magnetismo de esperanza y amor paternal. El carruaje se detiene. Oye rechinar la puerta de la verja; el paisaje purpúreo se oscurece y se desdibuja ante sus ojos, y no tiene conciencia de nada hasta el momento en que dos brazos solícitos rodean su cuello y el rostro de Aurora se oculta en su hombro.

La señorita Floyd había llegado en un descuidado carruaje de alquiler, que retrocedió tan pronto como descendió, y el escaso equipaje que traía fue descargado por los criados. El banquero condujo a su hija al gabinete donde catorce meses antes habían tenido una larga conversación. Ardía una lámpara en la mesa de la biblioteca y hacia esa luz condujo Archibald Floyd a su hija.

Un año había convertido a la joven en una mujer; una mujer de grandes y hundidos ojos negros y pálidas mejillas ojerosas. Los estudios en la escuela de señoritas de París habían sido demasiado duros para la mimada heredera.

—¡Aurora! ¡Aurora! —exclamó el anciano lastimosamente—. ¡Qué abatida te ves! ¡Estás cambiada!

Aurora puso su mano suave pero imperiosa sobre sus labios, diciendo:

—¡No pienses en mí, soy joven y me recuperaré; pero tú... tú, querido padre, tú sí que estás cambiado!

Era tan alta como su padre, y, descansando las manos sobre sus hombros, le escudriñó larga y concienzudamente. Mientras le contemplaba, las lágrimas brotaron lentamente de sus ojos —que habían permanecido secos hasta entonces—, e inundaron silenciosamente sus demacradas mejillas.

—Padre mío, querido padre —dijo con voz quebrada—, aunque mi corazón fuera tan duro como una roca, se despedazaría al ver el cambio de su amado rostro.

El anciano la interrumpió con gesto nervioso, casi de terror.

—Calla..., calla, Aurora —dijo bruscamente—, sólo deseo saber una cosa: ¿Ha muerto ese hombre?

—Sí.

III

Qué fue del brazalete de diamantes

Los parientes de Aurora no tardaron en asombrarse por el triste cambio que la permanencia de un año en París había causado en ella. Me temo que la reputación de las señoritas Lespard ha sufrido considerablemente en el ánimo de las familias vecinas de Felden Woods al contemplar la deteriorada belleza de la señorita Floyd. Estaba abatida, no tenía apetito, dormía mal, se mostraba irritable y nerviosa, no sentía interés alguno por sus perros y caballos..., y, en una palabra, era un ser completamente transformado.

La señora Alexander Floyd declaró que era indudable que aquellas crueles francesas habían convertido a la pobre Aurora en una sombra.

—La pobre niña no estaba acostumbrada a estudiar —decía—, sino al ejercicio y al aire libre; y sin duda ha sentido una melancólica nostalgia en la angosta atmósfera de una sala de estudio.

Pero Aurora era una de esas naturalezas fuertes que rápidamente se recobran de toda influencia deprimente. A principios de septiembre, Lucy Floyd llegó a Felden Woods y encontró a su bella prima casi totalmente recuperada de las penosas tareas del colegio parisino, pero muy callada y sin querer referirse a la escuela. Respondía muy brevemente a las ansiosas preguntas de Lucy; decía que detestaba a las señoritas Lespard y la Rue Saint Dominique, y que el mismo recuerdo de París le era desagradable.

Tal como la mayoría de las señoritas de ojos negros y cabellos negro-azulados, la señorita Aurora era un buen enemigo, así es que Lucy se contuvo de pedir más información sobre un asunto que parecía disgustar tanto a su prima. La pobre Lucy había sido despiadadamente bien educada; hablaba media docena de idiomas, conocía todo sobre las ciencias naturales, había leído a Gibbon, Niebuhr y Arnold^[9] desde el título hasta el nombre del impresor, y miraba a la heredera como a una pobre ignorante, por lo que fácilmente atribuyó la aversión de Aurora hacia París a su aversión al estudio, y no pensó más en ello. Cualesquiera otras razones que pudiera tener Aurora para estremecerse de terror cuando le hablaban de París, escapaban a la limitada capacidad de comprensión de Lucy.

El 15 de septiembre era el cumpleaños de Aurora, y Archibald Floyd resolvió celebrar ese decimonoveno aniversario de su hija —y su primera aparición desde la *escena* fatal— dando una fiesta en la que tanto sus vecinos del campo como sus amigos de la ciudad tuvieran ocasión de ver y admirar a la hermosa heredera.

La señora Alexander se trasladó a Felden Woods para supervisar los preparativos del baile; viajó a la ciudad con Aurora y Lucy para encargarse de la comida y la música y elegir vestidos y adornos florales para las señoritas. La heredera del banquero se incomodaba en las sombrererías, pero sabía apreciar y escoger los colores y las formas con la rapidez de juicio y el gusto delicado que denotan un alma de artista. En tanto que la pobre Lucy ocasionaba un desorden terrible y volcaba una cantidad innumerable de cajas de flores antes de encontrar un tocado en armonía con sus sonrosadas mejillas y sus dorados cabellos, Aurora —tras echar un breve vistazo en los brillantes *parterres* de cambray pintado—, se decidía sin vacilar por una guirnalda en forma de corona compuesta de bayas de intenso escarlata y de hojas entretejidas de un verde oscuro y brillante, que parecían recién sacadas de la corriente de un riachuelo. Y observaba las indecisiones de Lucy con una sonrisa medio compasiva, medio despectiva, murmurando para sí:

«¡Mírate, pobre niña desconcertada! Me figuraba que querrías poner rosa y amarillo sobre tus cabellos dorados; pero ¿No sabes, necia Lucy, que tu hermosura es de las que *no* necesitan atavíos? Algunas perlas o nomeolvides en flor, o una corona de lirios de agua y una nube de tul blanco, te darían la apariencia de una sílfide, pero imagino que preferirás una col rosada de seda ambarina».

Desde la sombrerería se dirigieron a casa del señor Gunter en Berkeley Square, en cuyo mundialmente famoso establecimiento la señora Alexander encargó pavos conservados en jalea, jamones sutilmente embalsamados en vinos y ricos caldos, y todo tipo de muestras del arte sublime de la repostería —a medio camino entre la prestidigitación y la cocina—, en el que el maestro de Berkeley Square no tiene rival. Cuando el pobre neozelandés Thomas Babington Macaulay venga a meditar sobre las ruinas de St. Paul, quizá visitará los restos de este humilde templo en Berkeley Square, y se asombrará por las cubetas de hielo, los moldes de jalea, los refrigeradores y las cazuelas, las placas de calor por mucho tiempo fríos y desatendidos, y toda la parafernalia del extinto arte.^[10] Después, la señora Alexander se dirigió a Charing Cross, donde tenía que cumplir un encargo en Dent's^[11] y comprar un reloj para uno de sus hijos que acababa de partir para Eton.

Aurora se recostó agotada en el carruaje mientras la señora Alexander y Lucy se detenían en la tienda del relojero. Es preciso señalar que, aunque la señorita Floyd había recuperado gran parte de su antiguo brillo y su buen ánimo, una cierta nube sombría se extendía sobre su rostro cuando se hallaba sola —entregada a sus meditaciones— durante algunos minutos. Esta nube cayó sobre su hermoso rostro mientras por la ventana abierta miraba a los transeúntes con gesto melancólico. La señora Alexander empleó largo rato en comprar el reloj, y hacía cerca de un cuarto de hora que Aurora observaba con indiferencia los movimientos de la multitud, cuando un hombre, que andaba con precipitación, fijó los ojos en el rostro asomado a la ventanilla y se estremeció con gran sorpresa. Sin embargo, continuó su camino y se alejó con rapidez hacia Horse Guards; pero antes de doblar la esquina, se paró de

pronto, permaneció inmóvil durante dos o tres minutos rascándose la nuca pensativamente con su enorme mano, y volvió lentamente hacia la tienda del señor Dent. El individuo era un hombre de anchos hombros, grueso cuello y patillas rojizas —vestido con chaqueta y pañuelo de llamativos colores—, que fumaba un cigarro enorme cuyo humo infecto se mezclaba con un olor muy fuerte de ron que había bebido recientemente. Revelaban su oficio la cabeza esquilada de un *bulterrier* —cuyos redondos ojos salían del bolsillo de su chaqueta—, y un Blenheim spaniel que llevaba debajo del brazo. Parecía la última persona —de entre todas las que circulaban entre Cockspur Street y la estatua del rey Carlos— que tuviera algo que decirle a la señorita Floyd; no obstante, se acercó resueltamente al carruaje y, apoyando los codos en la portezuela, saludó con amistosa familiaridad a Aurora Floyd.

—¿Y bien, señora? —preguntó sin tomarse la molestia de quitarse de la boca el rancio cigarro—, ¿cómo va?

Después de este breve saludo, guardó silencio, comenzó a dirigir sus grandes ojos castaños aquí y allá examinando con aire pensativo a la señorita Floyd y el carruaje en que estaba instalada, y llevó su perspicacia hasta el punto de fijar su atención en un saco marroquí colocado sobre el asiento trasero, e inquirir —como quien no quiere la cosa—, si «habría algo que valiera la pena en el bolso de la vieja».

Pero Aurora puso fin rápidamente a estas pesquisas, porque, mirándole con sus centelleantes ojos llenos de furia femenina y con el rostro encendido de ira, le preguntó con agudo tono crispado si tenía algo que decirle.

Tenía mucho que decirle, pero como acercó la cabeza a la ventana del carruaje y habló en un susurro lanzando bocanadas de olor a ron, lo que dijo, sea lo que fuere, sólo llegó a oídos de la propia Aurora. Cuando terminó de hablar, sacó del bolsillo una cartera de cuero grasiento y un pequeño trozo de lápiz a mina, y escribió dos o tres líneas en una hoja de papel que arrancó y entregó a Aurora.

—Ésta es la dirección —dijo—; imagino que no se olvidará de hacerme el envío.

Aurora movió la cabeza y apartó la vista de él con un gesto de odio y repugnancia que no pudo reprimir.

—¿Querría comprarme el spaniel? —dijo el hombre sosteniendo a la altura de la ventanilla el lustroso animal de pelo rizado negro y café que llevaba en el bolsillo. ¿O prefiere un caniche francés que sabe sostener un pedazo de pan en equilibrio en la punta de la nariz mientras se cuenta hasta diez? Una ganga... quince libras por los dos.

—¡No!

En aquel momento la señora Alexander salió de la relojería, a tiempo para ver —por un instante— las anchas espaldas del individuo que se alejaba malhumoradamente del carruaje.

—¿Te ha pedido limosna ese hombre, Aurora? —le dijo cuando el carruaje echó a andar.

—No. Le compré una vez un perro y me ha reconocido.

—¿Y quería que le compraras otro?

—Sí.

La señorita Lloyd permaneció sentada tristemente en silencio durante el paseo de regreso a casa, mirando por la ventana del carruaje y sin dignarse a prestar atención a su tía ni a su prima. Ignoro si sería por sumisión a la evidente superioridad de la fuerza y vitalidad del carácter de Aurora —que parecía elevarla sobre sus acompañantes— o únicamente por el inherente espíritu de adulación tan común en este mundo, pero lo cierto es que la señora Alexander Lloyd y su rubia hija tenían el más profundo respeto a la heredera del banquero; callaban cuando le complacía y charlaban según su soberano capricho.

Ciertamente creo que eran los ojos de Aurora —más que la fortuna de Archibald Martin Lloyd— los que intimidaban a todos sus parientes, y aunque hubiera sido una barrendera cubierta de harapos y mendigando medio penique, la habrían temido, le habrían dejado el paso libre, y hubieran contenido la respiración al verla encolerizada.

De los árboles de la larga avenida de Felden Woods colgaban lámparas de brillantes colores que alumbraban a los invitados de la fiesta de cumpleaños de Aurora. La larga hilera de ventanas del piso bajo arrojaba bocanadas de luz, y los acordes de la música sobresalían a intervalos por encima del continuo estruendo de los carruajes y el anuncio repetido en voz alta de los nombres de los que llegaban, repicando a través del silencioso bosque; en el extremo de media docena de salones que se comunicaban unos con otros, las aguas de una fuente, centelleando con mil matices de luz, brotaban intensamente en medio de las oscuras riquezas florales de un invernadero lleno de exóticos arbustos.

Grandes grupos de plantas tropicales fueron instaladas en el inmenso vestíbulo, y guirnaldas de flores pendían de los vaporosos cortinajes y de los arcos de las puertas. Todo era luz y esplendor, y en medio de todo, y más espléndida que todo, en la oscura grandeza de su hermosura, Aurora Floyd, coronada en escarlata y vestida de blanco, sentada al lado de su padre. Entre los invitados que llegaban tarde al baile del señor Floyd, se hallaban dos jóvenes oficiales de guarnición en Windsor que habían llegado en un tálburi. El de más edad, que había guiado el carruaje, había estado muy disgustado y antipático durante todo el camino.

—Si hubiera tenido la más remota idea de la distancia, Maldon —dijo—, le hubiera faltado a usted y a su banquero de Kent, antes que consentir reventar mis caballos para venir a esta pretenciosa fiesta.

—No será una fiesta pretenciosa —respondió su compañero impetuosamente—. Archibald Floyd es el mejor de los hombres, y su hija...

—¡Oh!, por supuesto, es una *divinidad* con cincuenta mil libras de dote que, sin duda, se colocarán escrupulosamente sobre su cabeza si algún día se casa con algún granuja sin un penique en el bolsillo, como Francis Lewis Maldon, oficial del 11.º de

húsares de Su Majestad. No obstante, no quiero interponerme en su camino, amigo mío. Entre y gane y podrá contar con mi bendición por sus virtuosos esfuerzos. ¡Ya me figuro cómo será la escocesa: cabellos rojos —que por supuesto usted calificará como de un tono castaño rojizo—, pies grandes y pecas!

—¡Aurora Floyd con cabello rojo y pecas!

El oficial prorrumpió en una sonora carcajada al oír la broma.

—Dentro de un cuarto de hora la verá, Bulstrode —dijo.

Talbot Bulstrode, capitán del 11.º de húsares de Su Majestad, había consentido en llevar a su compañero oficial desde Windsor hasta Beckenham y a vestirse de riguroso uniforme para contribuir al esplendor de la fiesta de Felden Woods, principalmente porque, con treinta y dos años y viviendo en medio de una riqueza de emociones y diversiones en la vida, se veía a sí mismo como un derrochador sin dinero en este tipo de moneda, aunque bastante bien provisto en lo referido a las meras riquezas sórdidas, y estaba muy cansado de sí mismo y del mundo para importarle hacia dónde le guiaran sus compañeros y amigos. Talbot era el hijo mayor de un rico barón de Cornualles cuyos antepasados recibieron su título directamente de manos del rey escocés Jaime, en una época en que las baronías se pusieron de moda. De entre todos los caracteres orgullosos de la humanidad, el carácter altivo de los hombres de Cornualles era quizá el más fuerte; y de entre las familias, la familia Bulstrode se llevaba la palma. Talbot no fue ajeno a la arrogancia de la casa, y desde su infancia había sido el más orgulloso de los hombres, siendo ese carácter altivo el mayor aval que presidía su próspera carrera. Otros hombres podrían haber hecho un camino cuesta abajo en la cómoda senda que resulta tan grata con la riqueza y el esplendor de la cuna, pero no Talbot Bulstrode. Los vicios y las locuras del vulgo podían ser reparables, pero el vicio o la insensatez en un Bulstrode hubieran dejado una mancha sobre el immaculado escudo de armas que nunca hubiesen borrado ni el tiempo ni las lágrimas. Este orgullo de cuna, en el cual no se mezclaba ningún orgullo de riqueza y posición, tenía cierto aspecto noble y caballeroso, y Talbot Bulstrode era amado por más de un advenedizo que hombres de categoría inferior hubieran despreciado. En los asuntos comunes de la vida era tan humilde como una mujer o un niño, y, únicamente cuando el honor estaba en juego, se despertaba el dragón adormecido de su orgullo —que había guardado las manzanas de oro de su juventud, su pureza, su probidad y su lealtad— y desafiaba al enemigo. Tenía treinta y dos años y aún estaba soltero, no porque nunca hubiese amado, sino por que no había encontrado una mujer cuya pureza de alma la hiciese digna a sus ojos de convertirse en la madre de una noble estirpe, y de educar hijos llamados a honrar el apellido Bulstrode.

En la mujer de su elección buscaba, más que la virtud común que se encuentra todos los días, esas grandes y regias cualidades que son más raras en el género femenino. Integridad, un sentido de la honorabilidad tan intenso como el suyo, intenciones leales, desinterés y un alma sin mácula por las mezquindades de la vida

cotidiana; estos eran los méritos que exigía al ser que amaba, y al primer atisbo de estremecimiento de emoción que le causaran dos bellos ojos, se volvía desconfiado y crítico respecto a su dueña, y se afanaba en descubrir las manchas más ínfimas que pudieran hallarse en la brillante túnica de su virginidad.

Se hubiera casado con la hija de un mendigo si hubiese alcanzado ese listón tan imposible, y hubiese rechazado a una hija de reyes en el caso de ser una pulgada más baja de su nivel ideal.

Las mujeres temían a Talbot Bulstrode; las madres se encogían avergonzadas a la fría luz de su vigilante mirada, y las jóvenes casaderas se sonrojaban, temblaban y abandonaban sus actitudes afectadas y sus estrategias de conquista bajo la mirada tranquila de este joven oficial; hasta que, de puro temor, las hermosas criaturas acababan por rehuir de él y tenerle aversión, y considerar el palacio y la fortuna de Bulstrode, al abrigo de las cañas en la gran pesca matrimonial. Así pues, a sus treinta y dos años, Talbot caminaba seguro, con calma y serenidad, por entre las redes y los peligros de Belgravia, protegido por la creencia popular de que el capitán Bulstrode del 11.º de húsares era un hombre inconquistable. Corroboraba sin duda esta creencia el que no fuera uno de esos apuestos ignorantes —cuyo mérito consiste exclusivamente en partirse la raya de los cabellos, encerar sus bigotes y fumar en pipa de espuma de mar coloreada por su ayuda de cámara—, que se han convertido en el prototipo del oficial en tiempo de paz.

Talbot era un apasionado de los estudios científicos; no fumaba, no bebía ni jugaba; sólo había estado en el Derby una vez en su vida, e incluso en aquella ocasión había abandonado su puesto con la mayor tranquilidad una vez hubo comenzado la gran carrera, cuando todos los rostros pálidos de ansiedad estaban vueltos hacia la meta fatal, cuando los espectadores enfermaban de terror y ansiedad, frenéticos con la inquietud de la incertidumbre. Tampoco iba nunca de caza, aunque montaba a caballo tan bien como el señor Assheton Smith^[12]. Era un buen espadachín, uno de los discípulos favoritos del señor Angelo^[13], pero nunca había manejado un taco de billar, ni había tocado una baraja desde su infancia, en la que jugaba partidas de *whist* con su padre, su madre y el cura de la parroquia, en el salón sur del castillo de Bulstrode. Tenía una aversión especial por todos los juegos de azar y destreza, y consideraba impropio de un caballero el participar —ni para divertirse— en las vergonzosas distracciones de los hombres de comercio. Su habitación estaba tan aseada como la de una mujer: cajas de instrumentos de matemáticas reemplazaban las de cigarrillos, y pruebas de copias de Rafael adornaban las paredes, por lo común cubiertas con grabados franceses y acuarelas de coloridos eventos deportivos del imperio de Ackermann.^[14] Estaba familiarizado con cada giro de expresión de Descartes y Condillac, pero se habría sentido seriamente desconcertado al tener que traducir las locuciones de la jerga de *Monsieur de Kock, père*.^[15] Los que querían describirle se contentaban con decir que no tenía nada de militar; pero existía cierto regimiento de infantería que él comandaba cuando se produjo la carga memorable y

desesperada contra un muro repleto de cañones rusos, en cuyas filas se tenía una opinión muy diferente del capitán Bulstrode^[16]. Había permutado para entrar en el 11.º de húsares a su regreso de Crimea, desde donde, entre otras distinciones, había *conseguido* una pierna tiesa que durante algún tiempo le imposibilitó para el baile.

Así pues, Talbot Bulstrode había consentido en aceptar la invitación para el baile de Felden Woods por pura condescendencia o como consecuencia de su indiferencia por las cosas, que fácilmente se confundía con desinterés.

Los invitados del banquero no pertenecían al privilegiado círculo familiar del capitán de húsares, de modo que, después de saludar al anfitrión y ofrecerle sus respetos, Talbot se retiró de entre la multitud agrupada a una de las puertas y se dispuso a observar tranquilamente a los bailarines. Sin embargo, tampoco él pasaba desapercibido entre los asistentes, pues era precisamente uno de esos hombres que no pueden confundirse entre la multitud. Alto, de pecho ancho, pálido semblante y sin patillas, nariz aguileña, ojos claros y fríos, bigote espeso y cabellos negros cortados a tijera —como si acabase de salir de Coldbath Fields o la prisión de Millbank—, constituía un notable contraste con el joven suboficial de rubias patillas que le había acompañado. La rigidez de la pierna, que en otros hubiera podido parecer un defecto, acrecentaba la distinción de su apariencia, y sumada a las brillantes condecoraciones que adornaban el pecho de su uniforme, daba cuenta de las proezas realizadas últimamente. Se divertía muy poco con aquella alegre concurrencia que giraba ante él siguiendo el movimiento de un vals de Charles D'Albert^[17]. Había oído aquella música antes, ejecutada por los mismos músicos, y las caras, aunque no le fuesen familiares, no le eran nuevas; bellezas de tez morena vestidas de rosa y bellezas rubias vestidas de azul, bellezas altas y briosas cubiertas de seda, encajes, joyas y esplendor, y bellezas menos altivas y más modestas, envueltas en crespón blanco con capullos de rosa. Le habían tendido ya todas aquellas redes de gasa y muselina y de todas se había librado; el apellido Bulstrode podría desaparecer de los anales de la nobleza de Cornualles sin dejar huella alguna más que en las losas sepulcrales, pero nunca se vería manchado por una indigna descendencia ni arrastrado por el fango de un tribunal de divorcio por una mujer culpable.^[18] Mientras se recostaba indolentemente apoyado en el dintel de una puerta —apoyado en su bastón, descansando su pierna, y preguntándose perezosamente si existía algo en la tierra que recompensara al hombre el trabajo de vivir—, se le acercó el suboficial Maldon con una mano enguatada descansando levemente en su brazo, y llevando a su lado una divinidad.

¡Una divinidad!, imperiosamente bella ataviada en blanco y escarlata, dolorosamente deslumbrante para ver, embriagadoramente brillante para contemplar.

El capitán Bulstrode había servido en la India y había saboreado en una ocasión el horrible licor llamado *bang*^[19] que vuelve casi locos a los hombres que lo beben, y no pudo evitar pensar que la belleza de aquella mujer tenía la fuerza de aquel licor; era feroz, embriagadora, peligrosa y enloquecedora.

Su compañero le presentó a aquella maravillosa criatura, y el capitán supo que se llamaba Aurora Floyd y era la heredera de Felden Woods. Talbot Bulstrode se recobró instantáneamente de su primera impresión. Aquella imperiosa criatura, aquella Cleopatra con miriñaque, tenía la frente baja, una nariz que se desviaba de las reglas clásicas de la belleza, y la boca grande. Era sólo otra trampa cubierta de muselina blanca y cuyo cebo consistía en flores artificiales, como todas las demás. Como su dote era de cincuenta mil libras esterlinas no necesitaba un marido rico, pero no teniendo un apellido ilustre, querría naturalmente una posición, y sin duda había leído la historia de los Raleigh Bulstrode en las sublimes páginas de Burke.^[20] Los ojos grises de Talbot tomaron la expresión fría de costumbre en el momento de saludar a la heredera. El señor Maldon encontró una silla para su pareja cerca de la puerta en la que estaba apoyado el capitán Bulstrode, y una vez la señora Alexander Floyd se abalanzó sobre el suboficial —con la cruel intención de hacerle bailar con una dama que ejecutaba la mayor parte de sus pasos, más que sobre el pavimento del salón de baile, sobre los pies de su caballero—, se quedaron solos Aurora y Talbot.

El capitán Bulstrode dirigió los ojos a la hija del banquero, y su mirada se fijó en aquella cabeza hermosa, adornada con la corona de brillantes bayas de color escarlata que rodeaban sus suaves cabellos negro-azulados. Supuso que bajaría modestamente los ojos, como hacen las señoritas de largas pestañas, pero se decepcionó, pues Aurora Floyd se quedó mirando de frente, sin reparar en él, ni en las luces, ni en las flores, y mirando más bien a lo lejos en el vacío. Era tan joven, tan feliz, tan admirada y tan querida, que era difícil explicarse la oscura sombra que nublaba sus gloriosos ojos.

Mientras él pensaba en lo que debía decirle, ella le miró y le hizo la pregunta más extraña que hubiera podido salir jamás de los labios de una señorita.

—¿Sabe si *Thunderbolt* ha ganado el *Leger*?

Talbot estaba muy confuso para contestar en el momento, y Aurora continuó con bastante impaciencia:

—Debe de haberse sabido a las seis de la tarde en Londres, pero he preguntado a media docena de los caballeros que están en el baile, y ninguno lo sabe.

Los rapados cabellos de Talbot parecieron erizarse al oír este terrible discurso.

«¡Cielos! ¡Qué mujer tan horrible!». La viva imaginación del húsar representó inmediatamente al heredero de todos los Raleigh Bulstrode recibiendo de semejante madre las primeras impresiones de la infancia; pensó que le enseñaría a recitar en voz alta el *Calendario de las carreras de caballos*, improvisaría un alfabeto real de hípica, y le diría que D significa Derby, *Gran carrera de la vieja Inglaterra*, y E de Epsom, lugar de reunión de moda, etc.

Contestó a la señorita Aurora que no había estado en Doncaster en toda su vida, que nunca había leído un periódico deportivo y que tenía tantas noticias de *Thunderbolt* como del faraón Keops.

Aurora le miró con expresión bastante desdeñosa, y dijo:

—*Keops* no valía mucho, pero ganó la Copa de Otoño en Liverpool el año de *Blink Bonny*.

Talbot Bulstrode se estremeció, pero con el horror que sentía se mezcló un sentimiento de piedad.

«Si tuviera una hermana —pensó—, la instaría a hablar con esta desventurada muchacha para hacerla consciente de su indignidad.»

Aurora no volvió a dirigirle la palabra al capitán de húsares y continuó mirando al vacío con gesto distraído, dando vueltas al brazalete en torno a su bien torneada muñeca. Era un brazalete de diamantes con un valor de unas doscientas libras que su padre le había regalado aquel día. Él hubiera invertido toda su fortuna en obras de Messrs, y en joyas artesanales de Hunt y Roskell si a Aurora le gustaran las gemas y alhajas. La mirada de Aurora se fijó en el brillante brazalete, y lo contempló largo rato con atención, como si calculase el valor de las piedras preciosas más que para admirar su mérito artístico.

Mientras Talbot la observaba lleno de asombro, compasión y horror, un joven se acercó a donde estaba sentada y le recordó la promesa de bailar con él la contradanza que se estaba formando. Aurora consultó su librito de marfil, oro y turquesa, se levantó con cierta expresión de hastío desdeñoso y aceptó su brazo. Talbot la siguió con la mirada en el momento de alejarse. Como era de estatura más elevada que la mayor parte de las personas que componían la reunión, pudo ver durante largo rato su arrogante cabeza de reina.

—¡Una Cleopatra de nariz respingona dos *tallas* más pequeña de lo proporcionado para su cara y aficionada a los caballos! —dijo Talbot pensando en la divinidad que acababa de desaparecer. Debería llevar un libro de apuestas en vez de esas tabletas de marfil. ¡Cuán *distraída* estaba! A buen seguro que preparaba sus apuestas para el St. Leger y calculaba lo que podía perder. ¿Qué hará de ella ese pobre banquero? Debería encerrarla en un manicomio o intrigar para que la elijan miembro del Jockey Club. Con sus ojos negros y sus cincuenta mil libras podría liderar el mundo del deporte. Si puede haber una «papisa», también podría existir una mujer «Napoleón de la hípica».

Más tarde, cuando el estremecimiento de las hojas de los árboles de los bosques de Beckenham anunciaba la hora fría y nebulosa que precede a la llegada del alba, Talbot Bulstrode condujo a su amigo fuera de la iluminada mansión del banquero. Durante el viaje en carruaje campo a través, el capitán no cesó de hablar de Aurora Floyd. Censuró sin piedad sus locuras y ridiculizó, vituperó y condenó con severidad sus dudosas aficiones. Invitó a Francis Lewis Maldon a casarse con semejante mujer «a su riesgo», y declaró que si tuviera una hermana como ella, la mataría de un tiro a no ser que se reformase y quemara su libro de apuestas. Condenó con apasionamiento salvaje los «delitos» de la señorita, y habló de ella como si le hubiese infligido una injuria imperdonable su gusto por la equitación. El oficial se armó de valor e interrumpió a Talbot para decirle que Aurora Floyd era una joven muy alegre y muy

amable, hija cariñosa y mujer perfecta en cuanto es posible serlo, y que si tenía curiosidad por saber quién había ganado el St. Leger, el capitán Bulstrode no debía criticarla por un deseo tan inocente, ni había motivo para una censura tan severa.

Mientras los dos hombres se enfrascaban en esta discusión, Aurora estaba sentada en su tocador y escuchaba la charla de Lucy Floyd sobre el baile.

—¡Qué fiesta tan encantadora! —dijo la joven—. ¿Has visto, Aurora, a éste y a aquél, y a aquel otro? ¿No has reparado especialmente en el capitán Bulstrode que ha hecho toda la campaña de Crimea, que cojea al andar y es hijo de *sir* John Walter Raleigh Bulstrode, del castillo de Bulstrode, cerca de Camelford?

Aurora movió la cabeza con expresión de cansancio.

—No, no he reparado en ninguna de esas personas.

La pobre Lucy interrumpió entonces su charla infantil.

—Estás cansada, Aurora, y soy cruel por molestarte.

Aurora, abrazando a su prima y ocultando el rostro en los blancos hombros de Lucy, le dijo:

—Estoy muy cansada, sí, muy cansada.

Su tono revelaba una fatiga y una desesperación tan absoluta, que su dulce prima se alarmó por sus palabras.

—¿No eres feliz, querida Aurora? —preguntó Lucy con ansiedad.

—Sí, sí; sólo estoy cansada. Retírate a tu cuarto, Lucy. Buenas noches... Buenas noches.

Y acompañando a su prima hasta la puerta, rehusó los servicios de su doncella y la despidió también. Entonces, cansada como estaba, tomó una vela de la mesa y la puso sobre un escritorio colocado al otro lado de la sala, y sentándose lo abrió, y de uno de los cajones más ocultos sacó el sucio papel que le había entregado una semana antes el hombre que quería venderle un perro en Cockspur Street.

El brazalete de diamantes regalo de Archibald Floyd a su hija estaba guardado en un estuche de raso y terciopelo en el tocador de Aurora; cogió el estuche, lo abrió, miró el brazalete algunos instantes y cerró la caja, que produjo un brusco chasquido metálico.

—Los ojos de mi padre estaban bañados en lágrimas cuando abrochó la pulsera en mi brazo —dijo volviendo a sentarse en el escritorio—. ¡Si pudiera verme ahora!

Envolvió el estuche en un gran pliego de papel de cartas, cerró el paquete en varios puntos con lacre escarlata y un sello sencillo, y escribió en el sobre:

J. C.:

A la atención del señor Joseph

Bell Inn,

Doncaster.

Al día siguiente, muy temprano, Aurora acompañó a su tía y a su prima a

Croydon, y, dejándolas en una tienda de lanas, se dirigió sola a la oficina de correos donde entregó el valioso paquete y pagó el porte correspondiente.

IV

Después del baile

Dos días después de la fiesta celebrada por el cumpleaños de Aurora, el faetón de Talbot Bulstrode volvía a entrar en la avenida de Felden Woods. El capitán hacía un nuevo sacrificio en aras de la amistad y conducía al suboficial Maldon desde Windsor a Felden Woods para que su amigo pudiera informarse acerca de la salud de las mujeres de la familia Floyd; atención que por un placentero protocolo social se supone indispensable después de una noche de intermitentes vales y contradanzas.

El joven suboficial estaba muy agradecido por este detalle, pues, aunque Talbot era un buen amigo, no estaba muy dispuesto a molestar por complacer a los demás. Hubiera sido más agradable para el capitán pasar el día en su habitación meditando sobre las obras eruditas que los oficiales del regimiento clasificaban bajo el título genérico de «lecturas pesadas», o, según la creencia popular de aquellos jóvenes casquivanos, ocupándose en buscar la cuadratura del círculo en la soledad de su cámara.

Talbot Bulstrode era un personaje misterioso para sus compañeros del 11.º de húsares; sus viejos folios, sus cajas pulidas de caoba con instrumentos matemáticos y sus grabados eran extravagancias comprensibles en un estudiante de Oxford, pero impropias de un oficial que había hecho ya varias campañas y había sido herido en Inkermann. Los jóvenes que almorzaban en su habitación temblaban al leer los títulos de los enormes volúmenes de su librería y miraban con asombro los santos de rostros sombríos y los ángeles angulosos de los grabados de la escuela prerrafaelista que pendían de las paredes. No se atrevían siquiera a fumar en aquel sagrado santuario y se avergonzaban de las húmedas huellas que dejaban las botellas de vino de Moselle sobre la madera de caoba.

Les parecía natural tener miedo a Talbot Bulstrode como los niños se asustan de un conserje, un policía y un maestro de escuela, aun antes de que se les expliquen los atributos de estos terribles personajes. Incluso el coronel del 11.º de húsares, arrogante y robusto caballero, que andaba a caballo quince millas sin parar y ocupaba un puesto elevado entre los lores, temía a Talbot. Esa mirada gris, fría y penetrante del capitán llenaba de mudo terror los corazones de hombres y mujeres. Cuando Talbot estaba en la mesa con todos los oficiales del regimiento, el coronel vacilaba en contar sus anécdotas favoritas, porque abrigaba el oscuro recelo de que el capitán conociera los pasajes dudosos de tan brillantes relatos, aunque este oficial no hubiese

manifestado nunca su incredulidad con palabras ni gestos. El ayudante irlandés olvidaba hacer alarde de sus conquistas femeninas, y los jóvenes bajaban la voz cuando hablaban de las coristas del teatro de S. M., pero una vez que Talbot salía de la sala, saltaban los tapones de las botellas y se oían estrepitosas carcajadas.

El capitán sabía que era más respetado que amado, y, como todos los hombres orgullosos que rechazan la simpatía de los demás a pesar suyo, se sentía afligido y ofendido por no ser tratado con más cariño por sus compañeros.

«¿Nadie de entre todos los millones de seres de esta vasta tierra me amará, algún día?», pensaba. «Nadie lo ha hecho nunca; ni siquiera mi madre, ni mi padre. Se han enorgullecido de mí, pero nunca me amaron. ¡Cuántas veces un joven disoluto ha encanecido los cabellos de sus padres, y con su dolor les ha llevado a la sepultura, y sin embargo, ha sido amado hasta el último latido de los corazones que él mismo destruyó, como nunca me han amado a mí en la vida! Quizá mi madre me amaría más si le hubiese causado más penas. Si hubiese esparcido el apellido Bulstrode por todo Londres con deshonor, si hubiera sido apartado ignominiosamente de mi regimiento, y hubiera bajado descalzo por Cornwall, para echarme a sus pies y reconocer sollozando mis pecados y pesares en su regazo, y pedirle que hipotecara sus bienes para el pago de mis deudas. Pero nunca he pedido nada, querido espíritu, salvo su amor, que ha sido incapaz de darme. Supongo que no sé cómo pedirlo. Cada vez que me he sentado a su lado en Bulstrode hablando de toda clase de temas indiferentes, he sentido el ambiguo anhelo en mi corazón de arrojarme sobre su pecho e implorarle que amara y bendijera a su hijo. Pero se mantuvo alejada por una gélida barrera que no me ha sido posible derribar. ¿Alguna mujer me ha amado? Ninguna. Han tratado de casarse conmigo porque soy *sir* Talbot Bulstrode, del castillo Bulstrode. ¡Pero qué pronto han abandonado la pesca y me han dejado abatido y descorazonado! Me estremezco cuando recuerdo que tendré treinta y tres años en marzo, y nunca he sido amado. Venderé el grado ahora que se ha terminado la guerra, porque no valgo para vivir con mis compañeros, y si alguna muchacha se enamorase de mí, me casaría con ella, me iría a vivir junto a mis padres y me convertiría en un caballero de provincias.»

Talbot Bulstrode hacía esta declaración con toda sinceridad; deseaba que una criatura buena y pura se enamorase de él para darle su mano de esposo; y deseaba alguna manifestación espontánea de un sentimiento inocente que pudiera autorizarle a decir: «Soy amado». También conocía su escasa predisposición a sentir una pasión, pero creía que amaría por gratitud a la buena mujer que le profesara un afecto desinteresado y consagrara su vida a hacerle dichoso.

«Sería un consuelo pensar que, si llegara a estrellarme en un accidente de ferrocarril o cayera de un globo aerostático, habría una criatura a quien el mundo le parecería un lugar triste y desierto sin mí. Me pregunto si mis hijos me amarían. Me atrevo a decir que no. Helaría sus tiernos corazones con la gramática latina, temblarían cuando cruzasen el umbral de mi gabinete y bajarían la voz de miedo

cuando estuviesen al alcance del oído de su padre.»

El ideal de mujer que se formaba Talbot Bulstrode era el de una criatura suave y femenina, coronada con una aureola de rubios cabellos, un alma tímida de ojos alicaídos bordeados de pestañas doradas; un ser reservado, tan pálido y modesto como los santos medievales de sus grabados rafaelistas, inmaculado como sus blancas túnicas y dotada de todas las gracias y las cualidades femeninas, que exhibiría tan solo en el estrecho círculo familiar. Tal vez creyó Talbot haber hallado su bello ideal cuando entró en el largo salón de Felden Woods con Cornet Maldon el 17 de septiembre de 1857.

Lucy Floyd estaba sentada delante del piano con un vestido blanco y sus dorados cabellos bañados por la luz del sol otoñal. Esta figura iluminada por el sol regresó a la memoria de Talbot mucho tiempo después —tras un intervalo borrascoso durante el cual había permanecido borrada y olvidada—, y el largo salón se extendió ante sus ojos como un cuadro. Sí, ese era su ideal. Esa jovencita elegante, de cabellera siempre esplendorosa y largos párpados que languidecía la modestia, era su bello ideal. Pero poco efusivo como siempre, el capitán Bulstrode se sentó cerca del piano tras una breve ceremonia de saludos, y se puso a contemplar a Lucy con mirada formal que no dejaba traslucir una admiración especial.

No tenía información sobre Lucy la noche del baile. No era, en efecto, una de aquellas bellezas que realza la luz artificial de los salones, pues sus cabellos necesitaban el brillo del sol para iluminar la dorada aureola que cercaba su rostro; y la delicada tez rosada de sus mejillas palidecía con el resplandor de los grandes quinqués. Mientras el capitán Bulstrode observaba a Lucy fijamente, con seria y contemplativa mirada, esforzándose en descubrir si se distinguía bajo algún concepto de las demás señoritas que había conocido, y si la pureza de su delicada hermosura ocultaba un alma pura, Aurora Floyd oscureció la luz que entraba por la puerta situada enfrente, interponiéndose entre él y el resplandor del sol.

La hija del banquero hizo una pausa en el umbral del ventanal abierto, sosteniendo el cuello de un enorme mastín con ambas manos y mirando hacia el interior sin decidir qué hacer.

La señorita Floyd odiaba las visitas matutinas, y estaba pensando que tal vez no la habían visto y podría alejarse sin llamar la atención. Pero el perro desvaneció esta esperanza lanzando un robusto ladrido.

—Tranquilo, *Bow-wow* —dijo Aurora—. Tranquilo, chico.

El perro se llamaba *Bow-wow*, tenía doce años y Aurora le había dado ese nombre —cometiendo un craso error— cuando ella contaba siete años y el animal no era más que un cachorrillo de enorme cabeza que se repantigaba en la mesa —mientras ella daba la lección—, derribaba botellas de tinta sobre los cuadernos, y se comía capítulos enteros de las historias resumidas de Pinnock^[21]. Los caballeros se levantaron al oír su voz, y la señorita Floyd entró en la sala y se sentó cerca del capitán y su prima, dando vueltas a un sombrero de paja que llevaba en la mano y

mirando fijamente al perro, que se tendió resueltamente junto a su silla, manifestando su contento con el golpeteo de su gruesa cola sobre la alfombra.

Aunque hablaba poco y se sentó en una actitud descuidada que daba indicios de la indiferencia que le causaban las visitas, la belleza de Aurora eclipsó a la pobre Lucy, como el sol naciente eclipsa a las estrellas.

Las gruesas trenzas de su cabello negro formaban una gran diadema en su frente baja, y la coronaban como a una emperatriz oriental; emperatriz con una nariz de forma dudosa, es cierto, pero que reinaba por el derecho divino de sus ojos y sus cabellos; porque esos prodigiosos ojos negros que tal vez no vemos brillar más que una sola vez en nuestra vida ¿no constituyen por sí solos un reino?

Talbot Bulstrode apartó la mirada de su bello ideal para contemplar a aquella diosa de cabellos negros —que tenía un tosco sombrero de paja en la mano, y la enorme cabeza de un mastín descansando en su regazo—, y percibió de nuevo la abstracción en su conducta, que ya le había dejado perplejo la noche del baile. Ella escuchó a sus visitantes con cortesía y respondió cuando le dirigieron la palabra, pero a Talbot le pareció como si se constriñera a sí misma, haciendo un *esfuerzo* por permanecer junto a ellos.

«Desea que me vaya, es evidente —pensó—, y sin duda me considera un aburrido porque no le hablo de perros ni de caballos.»

El capitán reanudó la conversación con Lucy, y le pareció que hablaba exactamente como había oído hablar a otras señoritas; que sabía todo lo que ellas sabían, y que había estado en los mismos lugares que ellas visitaron. El terreno que recorrían era muy antiguo, pero Lucy lo cruzó con encantador decoro.

«Es una niña muy buena —se dijo para sí Talbot—, y sería una esposa admirable para un caballero de provincias. Desearía que se enamorase de mí.»

Lucy le habló de Suiza, adonde había ido el otoño anterior con sus padres.

—¿También les acompañaba su prima? —preguntó.

—No, Aurora estaba en París, en el colegio de las señoritas Lespard.

—¡Lespard..., Lespard!, repitió, ¿no es un colegio de enseñanza protestante del arrabal de Saint-Dominique? En la actualidad se halla en ese colegio una de mis primas, la señorita Trevyllian. Hace ya tres o cuatro años que está allí. ¿Se acuerda, señorita Floyd, de Constance Trevyllian? —dijo Talbot dirigiéndose a Aurora.

—¿Constance Trevyllian? Sí, la recuerdo —respondió la hija del banquero.

No dijo nada más y durante algunos momentos reinó un embarazoso silencio.

—La señorita Trevyllian es mi prima —dijo el capitán.

—¡Por supuesto!

—Supongo que serían buenas amigas.

—¡Oh!, sí...

Aurora se inclinó hacia su perro, acariciando su enorme cabeza, sin levantar siquiera los ojos cuando habló de la señorita Trevyllian. Se hubiera dicho que el asunto le resultaba del todo indiferente, y que incluso desdeñaba afectar interés en él.

Talbot Bulstrode se mordió los labios con ofendido orgullo.

«Esta heredera —pensó—, orgullosa de su riqueza, desprecia a los Trevyllian de Tredethlin porque sólo pueden jactarse de poseer varios centenares de acres de árido páramo, algunas minas de estaño agotadas y una genealogía que se remonta hasta los tiempos del rey Arturo.»

Archibald Floyd entró en el salón mientras hablaban, y les dio la bienvenida a Felden Woods a los dos oficiales.

—Han hecho un viaje muy largo, señores —dijo—, y sus caballos necesitan descanso. Comerán con nosotros, por supuesto. Tendremos luna llena esta noche, y la luz será tan clara como el día para su regreso.

Talbot miró a Francis Lewis Maldon, que con los ojos fijos y la boca abierta contemplaba a Aurora con sincera admiración. El joven oficial sabía que la heredera y sus cincuenta mil libras esterlinas nunca serían para él, pero no por eso sentía menos placer admirándola y deseando ser como el capitán Bulstrode, el primogénito de un rico *baronet*.

La invitación fue aceptada por el señor Maldon con tanta cordialidad como había sido formulada, y por Talbot Bulstrode con menos altivez en sus maneras de lo que acostumbraba.

La campana anunciando el almuerzo tocó mientras hablaban y los oficiales dieron el brazo a Aurora y a Lucy para pasar al comedor, donde encontraron a la señora Alexander sentada a la cabecera de la mesa. Talbot se sentó al lado de Lucy, con el señor Maldon frente a ellos, y Aurora se colocó junto a su padre.

El anciano prodigaba las más finas atenciones a sus huéspedes, pero el observador más superficial no hubiera podido dejar de advertir la solícita inquietud con que vigilaba a Aurora. Al dirigir la mirada a su rostro angustiado por el pesar, llamaba la atención aquella mirada cariñosa e inquieta que le dirigía en cada pausa de la conversación, y apenas podía abstraerse de ella para cumplir con las más comunes muestras de cortesía.

Si Aurora hablaba, prestaba oído y escuchaba como si cada palabra descuidada —y casi desdeñosa— ocultara un significado más profundo que tuviera que discernir y desentrañar; y si callaba, la observaba aún con mayor atención, esforzándose, tal vez, en penetrar el velo sombrío que cubría en ocasiones el hermoso rostro de su hija.

Talbot Bulstrode no estaba tan absorto en su conversación con Lucy y la señora Alexander como para no reparar en la particularidad de las miradas y los gestos del padre hacia su hija; y observó también que cuando Aurora dirigía la palabra al banquero no lo hacía con la apática indiferencia, bien por cansancio, bien por desdén, que parecía serle natural en otras ocasiones.

La ansiosa vigilancia de Archibald Floyd se reflejaba hasta cierto punto en su hija; por momentos, pues por lo general volvía a sumirse en la melancólica abstracción que el capitán Bulstrode había observado la noche del baile; pero en el padre se observaba siempre el mismo sentimiento, aunque menos constante e intenso.

Un afecto vigilante, inquieto y casi doloroso, que no podría existir salvo bajo anormales circunstancias. Talbot Bulstrode se contrariaba por pensar en tales cosas, y por momentos prestaba menos atención a la sencilla conversación de Lucy.

«¿Qué significa esto? —pensaba—. ¿Está enamorada de algún hombre con quien su padre le ha prohibido casarse y el anciano trata de expiar su severidad? No es muy probable. Una mujer con una cabeza y un cuello como el suyo no puede dejar de ser ambiciosa; ambiciosa y vengativa antes que excesivamente susceptible de una tierna pasión. ¿Habrá perdido la mitad de su dote en esa carrera de caballos de que me hablaba la noche del baile? Le preguntaré directamente. Tal vez le han robado la cartera de las apuestas, o han dejado cojo a su caballo favorito, o han disparado contra su perro. Esta heredera es una niña mimada, claro está, es heredera, y me atrevo a decir que trataría de obtener una copia de la luna para ella, si Aurora suspirase por ese planeta.»

Después del almuerzo, el banquero condujo a sus invitados a los jardines que se extendían a lo lejos por ambos lados del edificio; eran los jardines que la pobre Eliza había ayudado a planificar diecinueve años antes.

Talbot Bulstrode caminaba rígidamente a consecuencia de la herida sufrida en Crimea, pero la señora Alexander y su hija pusieron el paso en armonía con el suyo, en tanto que Aurora iba delante con su padre y el señor Maldon, llevando el enorme mastín a su lado.

—Su prima es más bien orgullosa, ¿no es cierto? —preguntó Talbot a Lucy tras haber hablado de Aurora.

—¡Aurora orgullosa! Oh, no, no lo creáis; si algún defecto tiene (porque es la joven más amable que he conocido), es precisamente que no tiene orgullo; quiero decir, con respecto a los criados y las gentes de ínfima clase. Lo mismo hablará con uno de estos jardineros que con usted o conmigo, y no advertiría usted diferencia alguna en sus maneras, excepto que quizá les trataría a ellos con más cariño que a nosotros. Los pobres de los alrededores de Felden la idolatran.

—Aurora se parece a su madre —dijo la señora Alexander—, es la viva imagen de la pobre Eliza Floyd.

—¿Era su madre de la región de su marido? —preguntó Talbot.

Se cuestionaba cómo es que Aurora tenía aquellos enormes ojos negros, y una belleza de tipo meridional.

—No, la esposa de mi tío pertenecía a una familia de Lancashire.

¡Una familia de Lancashire! ¡Si Talbot Raleigh Bulstrode hubiera sabido que el apellido de familia era Prodder, y que un miembro de esta arrogante casa había pasado su juventud en las gratas ocupaciones de camarero de a bordo, haciendo café, asando grasientos arenques para el almuerzo de un grosero capitán y recibiendo más correcciones corporales de la bota de su amo que genuinas monedas de cobre del reino! ¡Si hubiera podido saber que la madre de aquella criatura desdeñosa que caminaba delante de él, con toda la majestad de su hermosura, se había alojado en

otro tiempo en casa de su tía abuela, una tienda de comestibles de una calle oscura de Liverpool!... Pero estos eran hechos que Aurora desconocía; tan sólo sabía que aunque había nacido con la cuchara de plata *alegórica* en la boca, era más pobre que las demás jóvenes porque no tenía madre.

La señora Alexander, Lucy y el capitán se reunieron con Aurora, el banquero y el suboficial en un rústico puente donde Talbot se detuvo a descansar. Aurora estaba apoyada en la balaustrada de áspera madera, mirando perezosamente el agua.

—¿Ganó su favorito la carrera, señorita Floyd? —preguntó, observando su perfil a la luz del sol, ciertamente no demasiado bello, pero con largas y negras pestañas, y un resplandor bajo ellas que ni las más oscuras sombras podrían ocultar.

—¿Qué favorito?

—El caballo de que me hablaba la noche del baile, *Thunderbolt*, ¿ha ganado?

—No.

—Lo siento.

Aurora le miró enrojecida de cólera.

—¿Por qué? —preguntó al capitán.

—Porque la creía interesada en su triunfo.

Cuando Talbot decía esto, advirtió por primera vez que Archibald Floyd estaba muy cerca para escuchar su conversación, y, además, vigilaba a su hija con una atención más escrupulosa de lo habitual.

—No me hable de carreras de caballos, porque molesta a papá —dijo Aurora al capitán bajando la voz.

Talbot hizo una inclinación de cabeza.

«Estaba en lo correcto, pues —pensó—; la equitación es su pesadilla. Me atrevo a decir que la señorita Floyd ha estado haciendo lo posible por arrastrar el nombre de su padre en la *Gaceta*, pero es evidente que la ama con locura, en tanto que yo...»

Cuando llegó a este punto el monólogo tomó un giro tan farisaico que el capitán Bulstrode se abstuvo de terminarlo ni siquiera mentalmente.

He aquí lo que pensaba:

«Esta joven, que tal vez ha sido causa de muchas noches de insomnio y ansiedad y de más de un día agitado por devoradores desvelos, es amada con ternura por su padre, en tanto que yo, que soy el modelo de todos los primogénitos de Inglaterra, no he sido amado en toda mi vida».

A las seis y media, la campana de Felden Woods repicó clamorosamente y sus ecos se esparcieron sobre las copas de los árboles anunciando a la campiña y a las colinas cercanas que la familia iba a vestirse para la cena; y otro repique anunció a las siete, a los aldeanos de los alrededores de Beckenham y West Wickham, que el señor Floyd y su familia iban a cenar; pero no era del todo un repique vacío o discordante, pues avisaba a los pobres hambrientos sobre los restos de vituallas y ricas y deliciosas carnes que podían pedir en las instalaciones de los sirvientes; restos de guisados suculentos, cuartos de pollo y esqueletos de faisanes que se habrían destinado a

engordar los cerdos para navidad y que, por órdenes estrictas de Archibald Floyd, se distribuían entre los pobres que se presentasen a solicitarlos.

El señor Floyd y sus invitados no dejaron los jardines hasta que las damas se retiraron para ir a vestirse. El banquete fue muy animado, pues Alexander Floyd llegó de la ciudad para reunirse con su esposa y su hija, acompañado de su bullicioso hijo, que acababa de ser admitido en Eton y quería apasionadamente a su prima Aurora. Talbot Bulstrode no pudo descubrir si se debía a la influencia de aquel joven o a la inconstancia que formaba parte de su carácter, pero es indudable que se desvaneció la nube sombría que velaba el rostro de la señorita Floyd; Aurora se abandonó a la alegría del momento con una gracia radiante que le recordó a su padre la noche en que Eliza Prodder había hecho el papel de *lady* Teazle por última vez, y se había despedido de la escena en el pequeño teatro de Lancashire.^[22] Bastó esta transformación en su hija para hacer completamente feliz a Archibald Floyd. Las sonrisas de Aurora parecieron difundir una influencia regeneradora en todos los invitados. Se había disipado la niebla desde que brillara el refulgente sol del buen humor de la rica heredera. Talbot Bulstrode, desconcertado, intentó descubrir por qué aquella mujer era una criatura tan incomparable y fascinante; por qué, contra todos sus recelos, se dejaba hechizar por aquella sirena de ojos negros; y cómo es que libremente bebía la copa de *bang* que ella le presentaba, embriagándolo al instante.

«Casi podría enamorarme de mi bello ideal de cabellos rubios —pensó—, pero no puedo dejar de admirar a esta joven extraordinaria. Se parece a la señora Nisbett en el cénit de su fama y belleza; es como Cleopatra navegando por el Cydnus; como Nell Gwynne vendiendo naranjas; se parece a Lola Montez librando batalla con los estudiantes bávaros; como Charlotte Corday con el puñal en la mano, en pie tras el amigo del pueblo en el tocador; se parece, simplemente, a todo lo que es bello, extraño, malvado y poco femenino, cautivador; en definitiva es, precisamente, el tipo de criatura de quien más de un loco se enamoraría.»^[23] Puso entre él y la encantadora Aurora toda la longitud del salón y se sentó cerca del piano en el cual iba a tocar Lucy Floyd las lentas y armoniosas sinfonías de Beethoven. El salón de Felden Woods era tan espacioso que, sentado cerca del piano, el capitán Bulstrode contemplaba el alegre grupo que rodeaba a la heredera como hubiera podido ver una escena en el teatro desde el fondo de un palco. Casi deseaba unos gemelos para observar los graciosos gestos de Aurora y el juego de sus brillantes ojos; luego, volviéndose hacia el piano, escuchó la dulce música y contempló el rostro de Lucy, a la luz de aquella luna llena de que había hablado Archibald Floyd y cuyo brillante resplandor fluía por la ventana abierta, eclipsando la pálida luz de las bujías que alumbraban el piano.

Todo lo que le faltaba a la belleza de Aurora era ricamente poseído por Lucy: delicadeza de contorno, perfección de facciones y tez muy pura; todo lo tenía. Pero mientras uno de los rostros le deslumbraba con el brillo de su magnificencia, el otro no le inspiraba más que un débil sentido de sus encantos; sentido que tarda en llegar y

pronto se desvanece. Hay muchas Lucys, pero muy pocas Auroras; y mientras uno nunca podría criticar a las unas, por el contrario, se despliega el más despiadado escrutinio sobre las otras. Talbot Bulstrode se sentía atraído por Lucy por la vaga idea de que era precisamente la criatura bondadosa y tímida que estaba destinada a hacerle dichoso; pero la miraba tan serenamente como si fuera una estatua y conociera a fondo todos sus defectos, como el escultor que critica la obra de un rival. Era sin embargo el tipo de mujer perfecto para ser una buena esposa, y con este objeto la había criado su cuidadosa madre. La pureza y la bondad habían velado por ella sin abandonarla desde la cuna; nunca había visto ni oído cosas impropias y era ignorante como un bebé de los vicios y bajezas de este mundo; era digna, perfecta e instruida, y aunque existían otras muchas mujeres que representaban precisamente el mismo tipo de gracia femenina, era indudablemente entre todas, el tipo más elevado, más santo y mejor.

Más tarde en la noche, cuando el faetón del capitán Bulstrode se acercó a la puerta principal, todos se reunieron en la galería para ver partir a los oficiales, y el banquero dijo a sus invitados que esperaba que aquella visita a Felden fuera el prelude de una amistad duradera.

—Voy a llevar a Aurora y a mi sobrina a Brighton para pasar allí un mes —dijo el estrecharle la mano al capitán—, pero a nuestro regreso tendremos el gusto de verle con frecuencia.

Talbot saludó respetuosamente y, balbuceando, dio las gracias al banquero por su cortesía. Aurora y su primo Percy Floyd, el joven estudiante de Eton, habían bajado de la galería y admiraban los caballos de pura raza del capitán Bulstrode, mientras el propio capitán estaba muy distraído contemplando el cuadro del grupo al resplandor de la luna.

Jamás olvidó esa imagen. Aurora, con su pequeña corona de trenzas negra contra el cielo púrpura, el centelleo de su vestido de seda brillando al resplandor de una luz incierta, la delicada cabeza del caballo bayo visible por encima de su hombro, y sus blancas manos, adornadas de anillos, acariciando las afiladas orejas del animal, en tanto que el viejo y cegato mastín, vagamente celoso, lloriqueaba lastimosamente a su lado.

¡Qué maravillosa simpatía existe entre algunas personas y los animales! Pienso que los caballos y los perros entendieron cada palabra que Aurora les decía, que la adoraron desde las oscuras profundidades de sus inarticuladas almas, y que hubieran arrojado gustosos la muerte para servirla. Talbot observó todo esto con inquieto desconcierto.

«Me pregunto si estas criaturas son más sabias que nosotros —pensó—. Reconocen en esta joven algunos atributos más elevados que los percibidos por nosotros, y adoran su sublime presencia. Si esta terrible mujer, con sus aficiones poco femeninas y su aspecto misterioso, fuera vil, cobarde, falsa o impura, el mastín no la amaría como la ama, ni mis purasangres la dejarían jugar con las bridas; el perro

gruñiría y los caballos la morderían, como acostumbraban a hacer estos animales en los tiempos remotos en que reconocían la influencia de los sortilegios y de los espíritus malignos, y tenían convulsiones en presencia de seres extraños. Me atrevo a decir que la señorita Aurora es una criatura buena, de corazón generoso; una de esas personas que los hombres vulgares calificarían de magnífica, pero capaz de leer el *Calendario de las carreras* y la *Guía de hípica* con tanto placer como las demás mujeres leen las novelas de la señorita Yonge^[24]. Ciertamente, lo siento mucho por ella.»

V

John Mellish

La casa que *el* banquero alquiló en Brighton para el mes de octubre se alzaba en lo alto de East Cliff, dominando las aguas agitadas con altanería por los vientos. En las claras mañanas otoñales se divisaba débilmente a lo lejos la costa de Beachy Heads —desde las ventanas del piso superior—, y Chain Pier aparecía como una cinta ribeteada bajo el acantilado.

Antes de partir con su hija y su prima para Brighton, el señor Floyd tomó una medida que sin duda consideró como una prueba elocuente de su sabiduría: buscar a una dama como institutriz, acompañante y carabina de Aurora que, como decía la señora Alexander, carecía por desgracia de una persona competente y vigilante que cuidara de dirigir y podar las ramas exuberantes de su naturaleza, que crecían sin guía desde su infancia. El bello arbusto no debía arrastrar sus tallos silvestres por el suelo, o lanzarse caprichosamente hacia el azul del cielo; era preciso cortarlo, podarlo y sujetarlo con recato a la pared de piedras de la sociedad con clavos crueles y fastidiosas tiras de tela.

En otras palabras, el señor Floyd hizo insertar en el *Times* un anuncio pidiendo una dama de familia decente y educación distinguida, requerida como institutriz y acompañante de una señorita, indicando que no se repararía en el salario con tal de que la dama en cuestión fuera maestra consumada en todos los géneros de talento conocidos bajo del sol, y en suma, fuera uno de esos seres excepcionales y extraordinarios que sólo pueden existir en las columnas de anuncios de una publicación popular.

No obstante, aunque el mundo se hubiera llenado de seres excepcionales, el señor Floyd no hubiera podido recibir más contestaciones a su anuncio de las que llovieron en la pequeña administración de correos de Beckenham. El desventurado administrador barajó incluso la idea de alquilar un carro para llevar las cartas a Felden. Si el banquero hubiera publicado un anuncio pidiendo una mujer casadera y especificando el importe de sus rentas, no hubiese recibido mayor número de contestaciones. Parecía que la población femenina de Londres se había visto animada, de común acuerdo, en el deseo de mejorar el talento y formar los modales de la hija del caballero que no reparaba en honorarios. Viudas de oficiales, de clérigos, de abogados y de comerciantes, hijas de buena familia pero sin fortuna, huérfanas, hijas de toda clase de personajes nobles y distinguidos, se presentaron declarando que eran, de entre todas las mujeres del mundo, las más capacitadas para desempeñar el cargo

propuesto. La señora Alexander Floyd eligió seis cartas, arrojó las restantes en el cesto de la papelería, mandó enganchar el carruaje del banquero y partió a la ciudad para visitar a las seis señoras que habían escrito aquellas cartas seleccionadas. La señora Floyd era una mujer práctica y enérgica, y las sometió a un examen tan severo que al regresar anunció que sólo había una que cumpliera los requisitos, y que llegaría al día siguiente a Felden Woods.

La señora elegida era la viuda de un alférez muerto seis meses después de su boda, y aproximadamente una hora y media antes de heredar una propiedad enorme, herencia cuyos pormenores nunca habían entendido bien los amigos de la desventurada viuda. Pero por ambigua que fuese esta historia, fue suficiente para dejar claro que la señora Walter Powell era una mujer decepcionada de la vida. Tenía los cabellos rubios muy claros e inclinaba la cabeza como una verdadera dama. Había salido de la escuela para casarse y, al cabo de seis meses de casada, volvió al mismo establecimiento como encargada de instruir a las alumnas más jóvenes. Había pasado toda la vida enseñando y siendo enseñada; en los primeros años, había desempeñado el trabajo percibiendo unos ingresos mínimos, enseñando por la mañana lo que había aprendido la tarde anterior; y como nunca desperdició la oportunidad de perfeccionarse, tenía cierta pericia mecánica para la música y la pintura, poseía la habilidad de un loro en materia de idiomas, y sabía todo lo que necesitaba saber por haber leído todos los libros que debía leer; pero más allá del límite de las paredes de la escuela era una mujer ignorante, sin espíritu y de mentalidad baja y vulgar. Aurora tragó la *amarga píldora* lo mejor que pudo y aceptó a la señora Powell como la persona encargada de perfeccionar su educación, como una especie de lastre arrojado en la barca errante para estabilizar su curso errático y mantenerla lejos del alcance de las rocas y arenas movedizas.

—Debo soportarla, Lucy —dijo—; debo consentir en dejarme perfeccionar por esta pobre *criatura marchita*. Desearía saber si se parecerá a la señorita Drummond, que me permitía abandonar las lecciones y leía novelas mientras yo corría a mi antojo por los jardines y las caballerizas. Podré soportarla, Lucy, mientras estés a mi lado, pero creo que perderé la razón si debo permanecer sola y encadenada con este perro ceñudo, de semblante pálido y acechante.

El señor Floyd y su familia partieron de Felden para Brighton en un espacioso carruaje berlina de viaje del banquero con la criada de Aurora en el pescante, una pila de baúles en el techo y la señora Powell con las señoritas confiadas a su cuidado en el interior del carruaje. La señora Alexander había regresado a Fulham habiendo cumplido con un deber sagrado, tras haber proporcionado una protectora a Aurora, según creía; pero Lucy debía acompañar a su prima a Brighton y cabalgar con ella por las dunas. Los caballos de silla habían partido el día anterior con el mozo de Aurora, un solterón bastante arisco de cabellos canos que servía a Archibald Floyd desde hacía treinta años. El mastín, *Bow-wow* viajaba en el carruaje con su dueña.

Una semana después de su llegada a Brighton, Aurora y su prima paseaban juntas

por West Cliff, cuando un caballero con una pierna tiesa se levantó de un banco en el que se había sentado para escuchar la banda musical y les adelantó lentamente para saludarlas. Lucy bajó los ojos con un sonrojo apenas perceptible, pero Aurora tendió la mano al capitán Bulstrode en respuesta a su saludo.

—Pensé que la encontraría aquí, señorita Floyd. He llegado esta mañana e iba de visita a Folthorpe para preguntar la dirección de su padre. ¿Está bien?

—Muy... Sí... Es decir, bastante bien. —Una sombra veló su rostro mientras hablaba. Era un rostro maravilloso de luces y sombras caprichosas—. No esperábamos verle en Brighton, capitán Bulstrode. Pensamos que su regimiento estaba aún acuartelado en Windsor. ¿No está aún de guarnición en Windsor vuestro regimiento?

—Sí, mi regimiento..., esto es, el 11.º de húsares está aún en Windsor, pero he vendido mi grado.

—¿Ha vendido su grado? —Aurora y Lucy se llenaron de asombro al escuchar la noticia.

—¡Sí!, estoy cansado del servicio. La vida militar es muy monótona cuando no hay guerra. Hubiera podido pedir un destino en la India, ciertamente —añadió como si se contestara a sí mismo—, pero ya tengo una edad y estoy cansado de vagar por el mundo.

—Me gustaría ir a la India —dijo Aurora volviéndose hacia el mar.

—¡Tú, Aurora! ¿Por qué? —preguntó Lucy.

—Porque detesto Inglaterra.

—Creía que aborrecías Francia.

—Los detesto a ambos. ¿De qué sirve que el mundo sea tan vasto si debemos permanecer siempre en un solo lugar, encadenados a un único orden de ideas, a un estrecho círculo de personas, viendo y escuchando sin descanso a seres que detestamos, sin poder librarnos del odioso sonido de sus nombres? Me gustaría ser misionera e ir al centro de África con el doctor Livingstone y su familia; e iría si no fuera por mi padre.

La pobre Lucy miró a su prima con desvalido asombro, y Talbot Bulstrode quedó sumido en el mismo desconcierto que le producía siempre la señorita Aurora. ¿Qué quería decir aquella heredera de diecinueve años con sus arrebatos de desesperación y sus estallidos de amargura? ¿Eran, después de todo, tan sólo una afectación de originalidad?

Mientras Talbot se hacía a sí mismo esta pregunta, Aurora le miró con su sonrisa más brillante, diciendo:

—¿Vendrá a ver a papá?

El capitán Bulstrode declaró que su mayor felicidad sería ofrecerle sus respetos al señor Floyd y, como prueba de ello, acompañó a las dos primas hasta East Cliff.

Desde aquella mañana, el oficial se convirtió en una de las visitas más asiduas del banquero. Jugaba al ajedrez con Lucy, la acompañaba al piano cuando cantaba y le

daba valiosos consejos cuando pintaba —colocando luces aquí y vislumbre del cielo allá, dando profundidad con los castaños tonos del otoño e intensificando las tintas purpúreas del horizonte—; fue muy útil para la señorita que, como ya sabemos, sobresalía en todas las artes femeninas. La señora Powell, sentada junto a una de las ventanas del agradable salón, esparcía el benigno resplandor de su pálido rostro marchito y sus apagados ojos azules, sobre los dos jóvenes, y era *fiel reflejo de* las buenas maneras en su propia persona. Aurora, cuando el tiempo no le permitía montar a caballo, se ocupaba, más inquieta que provechosamente, en tomar libros y hojearlos sin atención, en tirar de las orejas a *Bow-wow*, en quedarse ensimismada mirando por las ventanas, en dibujar caricaturas de los que se paseaban por el acantilado, y en sacar un pequeño y precioso reloj de bolsillo —del cual pendían una infinidad de incontables colgantes de oro de caprichosas formas— para ver la hora.

Talbot Bulstrode, bien recostándose sobre el piano o el tablero de dibujo de Lucy, bien reflexionando sobre el siguiente movimiento de su reina, tenía tiempo libre suficiente para observar los movimientos de Aurora y escandalizarse de la ociosa manera en que pasaba los días lluviosos. Algunas veces la veía enfrascada en la lectura del *Bell's Life*, para horror de la señora Walter Powell, que tenía una vaga idea de las iniquidades referidas en tan detestable periódico, pero que temía extender su autoridad hasta el punto de prohibirle su lectura.

La señora Powell contemplaba con muda aprobación la creciente familiaridad establecida entre la amable Lucy Floyd y el capitán. Había temido en un principio que Talbot fuese un admirador de Aurora, pero la conducta de los dos jóvenes desvaneció muy pronto su alarma. Nada podía ser más cordial que el trato de la señorita Floyd al capitán, pero le manifestaba la misma indiferencia que a todo lo demás, a excepción de su perro y su padre. ¿Era posible que aquel rostro que se acercaba a la perfección y aquella graciosa arrogancia no tuvieran el menor atractivo para la hija del banquero? ¿Era posible que pasara horas enteras en el trato del hombre más apuesto y más aristocrático que había visto jamás y que su corazón estuviese tan libre como al comienzo de sus relaciones? Había en la casa del banquero una persona que se dirigía sin cesar esta pregunta sin poder responderla para su propia satisfacción; esta persona era Lucy Floyd. ¡Pobre Lucy!, que día y noche se ocupaba mentalmente en el antiguo juego alemán que Fausto y Margarita jugaron juntos con la rosa en el jardín: «Me ama..., no me ama».^[25]

La señora Walter Powell podía ver en Lucy —con sus poco perspicaces ojos azules— el encanto que atraía al capitán Bulstrode a la casa del banquero, pero la propia Lucy tenía un criterio más acertado..., más amargo y cruel.

—Las atenciones del capitán Bulstrode para con la señorita Lucy Floyd son más que evidentes —dijo la señora Powell un día que el capitán se marchó después de una larga mañana de música, canto y ajedrez.

¡Cuánto detestaba Lucy esta ceremoniosa locución! Nadie conocía mejor que ella el valor de aquellas «atenciones».

Hacía seis semanas que estaban en Brighton, y durante las últimas cinco semanas el capitán había pasado con ellas casi todas las mañanas; había cabalgado con ellas por las dunas, las había dirigido a Dyke, había paseado con ellas escuchando música, había ocupado tras ellas el palco en el pequeño teatro, y se había dejado aplastar con ellas en el Pavilion para oír a Grisi y Mario, y Alboni y Bosio.^[26] Las había acompañado, en resumen, a todas las diversiones de Brighton, y nunca parecía cansado de su compañía. Pero, a pesar de todo, Lucy sabía lo que le diría la rosa cuando hubiera arrancado sus numerosos pétalos y sólo quedara el pobre tallo desnudo. Sabía cuántas veces se olvidaba él de volver la hoja de las sonatas de Beethoven; sabía que en ocasiones trazaba líneas verdes en un horizonte que debiera ser púrpura, y retocaba los árboles con color rosa; que consentía en dejarse hacer jaque mate por pura distracción, y que le daba respuestas absurdas, al azar, cuando le dirigía la palabra; sabía con cuánta inquietud la observaba mientras leía *Bell's Life* y cómo el mismo restallido del periódico le hacía sobresaltarse con ansioso sufrimiento; sabía con cuánta ternura acariciaba al viejo mastín que estaba casi ciego, cuán ansioso estaba por hacerse su amigo y cuán servil era en sus atenciones hacia el majestuoso animal. Y, en una palabra, Lucy sabía lo que el mismo Talbot desconocía aún, que se enamoraba perdidamente de Aurora; y tenía, al mismo tiempo, una vaga idea de que el capitán hubiera preferido enamorarse de ella misma, luchando ciegamente contra su creciente pasión.

Y era verdad; Talbot se enamoraba de Aurora.

Cuanto más protestaba contra ella, cuanto más exageraba con deliberado propósito sus locuras y se debatía contra lo insensato de su amor hacia ella, más convencido estaba que la amaba. La misma lucha que sostenía la mantenía siempre en su pensamiento, hasta el punto de ser esclavo de su seductora visión, que sólo evocaba para tratar de conjurarla.

«¿Cómo podría llevarla a Bulstrode y presentarla a mis padres?», pensaba, y al concebir este pensamiento se le aparecía Aurora iluminando la vieja mansión de Cornualles con el brillo de su belleza, fascinando a su padre, hechizando a su madre, recorriendo los páramos en su yegua de pura raza y enloqueciendo de admiración a toda la parroquia.

Consideraba que sus visitas a la casa del señor Floyd no tardarían en comprometerle a los ojos de sus residentes. En ocasiones, sentía empeñado su honor en ofrecer su mano a Lucy; otras sostenía que nadie tenía derecho a considerar sus atenciones más particularmente dirigidas a una que a otra de las dos señoritas. Si hubiera sabido el penoso juego que Lucy jugaba mentalmente a todas horas con la rosa imaginaria, estoy seguro de que no hubiese tardado una hora en ofrecerle su mano; pero la prima de Aurora había recibido muy buena educación para dejar traslucir alguna de las emociones de su corazón, y soportaba sus angustias de enamorada encubriendo sus torturas a cada instante, con la tranquila paciencia común a estas inocentes mártires del sexo femenino. Sabía que muy pronto iba a ser

arrancado el último pétalo, y el dulce pesar de su incertidumbre acabaría para siempre. Sólo el cielo sabe cuánto tiempo hubiera luchado Talbot Bulstrode contra su creciente pasión, si un nuevo acontecimiento no hubiera puesto término a su indecisión sumiéndole en la desesperación.

Este acontecimiento fue la aparición de un rival.

Se paseaba con Aurora y Lucy por West Cliff una tarde del mes de noviembre, cuando un faetón se paró de pronto en la verja que les separaba de la carretera, y un hombre grueso envuelto en una enorme manta escocesa —que le abrigaba desde los hombros hasta la cintura— bajó del carruaje sacudiéndose el barro de los pantalones, corrió hacia Talbot, se quitó el sombrero al llegar a su lado y saludó a las señoritas como excusándose de aquella libertad.

—¡Bulstrode! —dijo con alegría—. ¿Quién hubiera pensado encontrarle aquí? Oí que estaba en la India, hombre. Imagino que ya no se resiente de la herida.

Estaba tan jadeante por la prisa y la excitación, que fue casi completamente indiferente al atildamiento, y no pudo hacer más que guardar silencio mientras Talbot lo presentaba a las dos señoritas como el señor Mellish, un viejo amigo y compañero de la escuela. El desconocido se quedó tan boquiabierto y con la mirada tan fija de pura admiración al contemplar los negros ojos de la señorita Floyd, que el capitán se volvió hacia él casi furioso, preguntándole qué le había llevado a Brighton.

—La temporada de caza, amigo mío; estaba cansado de Yorkshire, porque reconozco cada campo, cada zanja, cada seto, cada estanque y cada matorral de los tres campos de hípica. Me hospedo en el Bedford, he traído mis caballos conmigo, y si gusta podemos dar mañana un paseo. Los perros de caza se reúnen a las once en Dike Road, y he traído un alazán gris que aguanta mi peso y que le sostendrá en la silla con tanta delicadeza como si fuera una butaca.

Talbot detestó a su amigo al oírle hablar de caballos.

Sintió terror de los celos al pensar en él. Creyó que tal vez la compañía de aquel corpulento joven —de cerebro vacío, que hablaba sin cesar de caballos y citas de caza— gustaría a Aurora. Pero volviendo el rostro para escudriñar a la señorita Floyd quedó encantado al encontrar a la joven mirando con ademán distraído la niebla que se amontonaba en el mar, mientras parecía ignorar, inconscientemente, la existencia del señor John Mellish, de Mellish Park, en Yorkshire.

Este John Mellish era, según hemos dicho, un hombre corpulento y que parecía aún más grueso de lo que era al llevar artísticamente arrolladas en torno al cuerpo cerca de ocho yardas de manta escocesa. Contaría unos treinta años al menos, pero sus gestos eran tan juveniles y su rostro denotaba una alegría tan infantil e inocente, que se le hubiera tomado por un joven de dieciocho años recién salido de algún curso público de una escuela cristiana.

Pienso que el reverendo Charles Kingsley^[27] se habría deleitado al ver a este joven inglés grande y rollizo, de anchas espaldas, cabellos castaños levantados sobre una frente despejada y un grueso bigote castaño rojizo bordeando una boca siempre

dispuesta a la risa. Y cuando se reía lo hacía a carcajadas tan sonoras y alegres que los que se paseaban por el Parade se volvían para mirar al mozo provisto de tan robustos pulmones y se sonreían con gusto y con simpatía a tan franco buen humor.

Talbot Bulstrode hubiera dado cien libras por deshacerse de este bullicioso habitante de Yorkshire. ¿Qué negocios le traían a Brighton? ¿No era el más vasto condado de Inglaterra suficientemente espacioso para contenerle, que necesita traer sus bravatas desde el norte del país al condado de Sussex, para fastidio de los amigos de Talbot?

El capitán Bulstrode se enojó más aún cuando unos pasos más adelante se encontraron con Archibald Floyd, que había salido de su casa en busca de su hija. El anciano imploró que le presentaran al señor Mellish, e invitó al honesto hombre de Yorkshire a cenar esa misma noche en East Cliff con gran descontento de Talbot, que se retrasó malhumorado y dejó a John trabando amistad con las señoritas.

Al cabo de diez minutos el bruto conocido se granjeó sus favores; y para cuando alcanzaron la casa del banquero hablaba ya con la señorita Floyd con más franqueza que el heredero de los Bulstrode después de dos meses de relaciones. Acompañó a sus nuevos amigos hasta la puerta, estrechó la mano a las señoritas y el señor Floyd, acarició al mastín *Bow-wow*, le dio a Talbot una palmada en el hombro tan pesada como un martillazo y regresó apresuradamente a Bedford para cambiarse de traje para la cena. Estaba tan excitado que derribó a dos niñitos y tropezó con algunos jóvenes elegantes que se detuvieron junto a la acera llenos de asombro para dejar libre el paso a aquel hombre que caminaba tan precipitadamente entre ellos a pesar de su corpulencia. Subió la escalera de la fonda cantando entre dientes una pieza de caza, entró en su aposento y dio órdenes a su criado mientras se vestía. Mellish tenía el aspecto de un hombre especialmente dotado para ser dichoso, para poseer y dispensar riqueza, y distribuir bienes. Personas que le eran completamente extrañas corrían en pos de él y le servían por especulación, porque sabían por instinto que serían pródigamente recompensadas por sus molestias. Los camareros de los cafés abandonaban las demás mesas para atender la que él elegía; los acomodadores de los teatros dejaban grupos de seis personas temblando de frío en los lúgubres corredores mientras buscaban un buen asiento para John Mellish, y los mendigos le reconocían en medio del populacho, le rondaban, y no se alejaban hasta haber recibido caridad de los generosos bolsillos de su chaleco. Gastaba siempre su dinero a conveniencia de las demás personas. Tenía un ejército de viejos sirvientes en Mellish Park que le adoraban y tiranizaban más tarde, como acostumbran a hacer las gentes de su clase. Sus caballerizas estaban abarrotadas de caballos cojos o tuertos, o descalificados para el servicio por alguna otra dolencia, que vivían de su generosidad como una cuadrilla de mendigos de jovial raza caballar, que consumían más heno y cebada que la necesaria para mantener una caballeriza de caballos de carrera. Pagaba continuamente por objetos que no encargaba ni usaba; le engañaban sin cesar las queridas y honestas criaturas que le rodeaban y que, a pesar de esmerarse en arruinarle, se hubieran

arrojado al fuego para servirle; y le hubiesen sido fieles, hubiesen trabajado por él, y le hubiesen mantenido con sus propios ahorros —fruto de sus incesantes hurtos— en el caso de verle arruinado.

Si el señorito John tenía jaqueca, todo el mundo estaba triste y enfermo en aquella casa desordenada, hasta que desaparecía su dolencia; desde los mozos de caballerizas hasta las cocineras, todos se mostraban ansiosos por conseguir un remedio para curarle. Si alguien hubiera dicho en Mellish Park que el hermoso rostro y las anchas espaldas de John no eran la forma más alta de la belleza viril, y no le honrara por ello, habría sido encasillado como una criatura falta de todo juicio y buen gusto. A los ojos de sus criados, John Mellish, con su cara «rosada», era más hermoso que el Apolo de Belvedere, del cual había una estatua de bronce en el vestíbulo de la casa. Si alguien hubiera dicho que no era indispensable pesar casi doscientas libras para llegar a la perfección de la belleza humana, o que era posible que existieran méritos de un orden más alto que el de guiar a un rinoceronte, matar cuarenta y siete piezas de caza en una mañana, encajar la articulación de una yegua el día que se la dislocó en la caza, o vencer a Joe Millings —el rey del boxeo en East Riding— sin tomar aliento siquiera, los sencillos sirvientes de Yorkshire se le hubiesen reído en la cara.

Talbot Bulstrode se quejaba de que todo el mundo le respetaba pero nadie le amaba; y John Mellish podía haberse quejado de lo contrario si se hubiera parado a pensarlo. ¿Quién podía *no amar* al bondadoso, honesto y generoso caballero cuya casa y cuyo bolsillo estaban abiertos para todos los que le rodeaban? ¿Y quién podía sentir respeto ante el amo de gestos amigables y familiares que se sentaba a la mesa en el vasto comedor de Mellish Park rodeado de sus perros y sus criados, a quienes relataba las aventuras en el campo de caza, hasta que el perro viejo y ciego echado a sus pies alzaba la cabeza y lanzaba un débil alarido?

No, John Mellish sentía un gran placer en ser amado y no se cuestionaba nunca la clase de afecto de que era objeto. Para él todo era oro virgen del más puro, y cualquiera podría conversar con él durante doce horas seguidas sin llegar a convencerle de que los hombres y las mujeres eran criaturas viles y mercenarias, y que si sus criados, sus arrendatarios y los pobres de las cercanías le amaban era por los beneficios que de él recibían. Era tan poco desconfiado como un niño que cree que las hadas que ve en los teatros de pantomimas son verdaderas hadas, y que el arlequín ha nacido con su traje de colores y su careta negra; y era tan accesible a la lisonja como un estudiante que reparte su dinero entre su círculo de aduladores. Cuando le decían que era un buen muchacho, lo creía sin vacilar, y se figuraba que el mundo era un lugar cordial y honesto, y que todos los hombres son buenos. No habiendo abrigado nunca segundas intenciones, no las buscaba en las palabras de los demás, y pensaba que cada cual expresaba impulsivamente sus verdaderas opiniones, y gustaba o disgustaba a sus semejantes con tanta franqueza y tan involuntariamente como él mismo. Si hubiera sido un joven cruel, sin duda se hubiese desviado al mal camino hasta llegar a ser un bandido; pero como estaba dotado en abundancia de un

carácter intrínsecamente puro e inocente, sus insensateces eran de tan poca trascendencia como las de un colegial que yerra por exceso de ánimo. Había perdido a su madre en el primer año de vida y su padre había muerto algún tiempo antes de su mayoría de edad, de modo que nadie había fiscalizado sus acciones, y era muy honroso poder recordar —a la edad de treinta años— una infancia y una juventud que no habían sido mancilladas por el cieno de las cunetas, ni por el olor de los infectos albergues de libertinaje. ¿No son razones suficientes para sentirse orgulloso?

¿Existe, después de todo, algo tan grandioso como una vida pura y sin mancha; un cuadro limpio, sin ninguna sombra extraña de trasfondo; un poema recto, sin dobleces, sin una línea vacilante que arruine el verso; un libro noble, sin una página indigna, una historia sencilla y buena que puedan leer nuestros hijos? ¿Puede haber mayor grandeza? ¿Puede haber nobleza más verdaderamente noble?

Cuando una nación entera ha llorado con una sola voz desde hace meses,^[28] cuando bajamos las persianas y apagamos la opaca luz de un día de diciembre, y escuchamos melancólicos el retumbo lejano de las armas; cuando hasta el más pobre abandona sus ocupaciones diarias para llorar por una reina viuda y unos niños huérfanos en un desolado palacio; cuando los rudos cocheros se olvidan de blasfemarse los unos a los otros, y colocan pequeños crespones negros en sus látigos, pensando en ese gran pesar de Windsor, las palabras se elevan simultáneamente desde gargantas sin mancha a las alturas por aquel que se perdió. El marido tierno, el padre cuidadoso, el amo bondadoso, el benefactor generoso, el consejero ecuaníme, el caballero inmaculado...

Son muchos los años que han pasado desde que Inglaterra llevó luto por otro miembro real que llamaban «caballero». Un caballero burlón, que realizaba orgías infames y acosaba a una infeliz extranjera cuya mayor desgracia y pecado fue ser su esposa. Un caballero que recortó sus prendas inferiores y abandonó al compañero de celebraciones homosexuales. El genio cuyo brillo había arrojado un lustre falso en la orgía lúgubre del vicio, para morir desposeído y desesperado.^[29]

Siento orgullo, por tanto, por los dos jóvenes de quienes escribo, por la sencilla razón de que no hay parcelas oscuras que ocultar en cada una de sus historias. Puedo fracasar en mi intento de que le gusten al lector, pero puedo prometerles que nunca sentirán vergüenza por su causa. Tal vez Talbot Bulstrode les disguste a causa de su resentido orgullo, y John Mellish les parezca un provinciano ignorante, pero ni uno ni otro les ofenderá con palabras impropias o pensamientos malvados.

VI

Rechazado y aceptado

El banquete en casa del señor Floyd fue muy divertido y cuando John Mellish y Talbot Bulstrode dejaron East Cliff a las once de la noche, el habitante de Yorkshire le confesó a su amigo que en toda su vida había pasado una jornada tan deliciosa. Esta declaración, sin embargo, debe ser tomada con cierta reserva, porque John tenía por costumbre hacerla tres o cuatro veces por semana, aunque verdaderamente había sido muy feliz en compañía de la familia del banquero, y más aún, se sentía dispuesto a adorar a Aurora Floyd con toda su alma.

Algunas brillantes sonrisas, algunas miradas encantadoras y una conversación algo animada sobre caza y carreras de caballos, unidas a algunos vasos de los embriagadores vinos importados por Archibald Floyd del hermoso país bañado por el Moselle, habían bastado para encender la cabeza de John Mellish y hacerle creer fervientemente en adelante en los méritos de la hermosa heredera.

—Verdaderamente, creo que moriré soltero —dijo a Talbot— si no consigo casarme con Aurora. Apenas hace seis horas que la conozco y ya estoy enamorado de ella de pies a cabeza. ¿Qué es esto que me ha trastocado, Bulstrode? He conocido a muchas otras muchachas de ojos y cabellos negros (pues has de saber que la mitad de las mujeres de Yorkshire tienen cabellos negros), y sin embargo, de ninguna me he enamorado hasta ahora. ¿Qué es esto, entonces?

Mientras hacía esta pregunta se paró de pronto, se apoyó contra un poste de alumbrado y clavó la mirada en su amigo, como haciéndole esta pregunta.

Talbot rechinó sus dientes y guardó silencio.

«Es inútil luchar contra el destino —pensaba—; la fascinación ejercida por esta mujer produce el mismo efecto en los demás que en mí; y mientras dudo de mi pasión y pugno contra ella, algún insensato como este Mellish se cruzará en mi camino y me arrebatará lo que tanto deseo.»

Cuando llegaron al hotel Old Ship le dio las buenas noches a su amigo, se dirigió a su habitación y se sentó a la ventana para respirar el aire fresco de una suave noche de noviembre, mirando fijamente el mar iluminado por la luna. Resolvió hacer su declaración a Aurora Floyd en la mañana del día siguiente.

—¿Por qué debería dudar?

Más de cien veces se había hecho la misma pregunta sin ser capaz de responderla. No obstante, había vacilado.

No podía desprenderse de la vaga idea de que existía algún misterio en la vida de

la señorita Aurora Floyd. Algún secreto conocido tan sólo por ella misma y por su padre; alguna mancha en la historia del pasado que oscurecía el presente. Y sin embargo, ¿era esto posible?

«¿Cómo es posible? —se preguntaba—. Toda su vida no cuenta más que diecinueve años, y repetidas veces he oído contar la historia de esos años. ¡Cuántas veces he conseguido con destreza que Lucy me contase la historia de la infancia de su prima! Conozco los nombres de las institutrices y los maestros que han estado en Felden Woods; los caballos, los perros, los gatos favoritos y los potros mimados; el traje de amazona de color escarlata que vestía la heredera cuando galopaba detrás de los perros con su primo Andrew Floyd. Las faltas más graves que he podido descubrir en esos primeros años son algunos floreros de porcelana rotos y una gran cantidad de tinta arrojada sobre los ejercicios franceses mal escritos. Y después de educarse en casa hasta los dieciocho años, Aurora se trasladó a París, donde completó su educación en una escuela para señoritas. Y eso era todo. Su vida ha sido similar a la de cualquier señorita de su posición, sin diferenciarse de ellas más que por ser mucho más seductora y algo más caprichosa que la gran mayoría.»

Talbot se rio de sí mismo por sus dudas y vacilaciones.

«¡Qué gran necio reflexivo debo ser! —pensaba—. ¡Me figuro que tengo alguna pista sobre el misterio porque la voz del anciano respira una ternura melancólica cuando le habla a su única hija! Si yo tuviera sesenta y siete años y una hija como Aurora, ¿no se mezclaría siempre con mi amor un siniestro presentimiento, el horrible temor de que alguna desgracia la apartaría de mí? ¡Me declararé a la señorita Floyd por la mañana!»

Si Talbot hubiera sido franco consigo mismo, tal vez habría añadido: «O John Mellish pedirá su mano pasado mañana».

El capitán Bulstrode se presentó a la mañana siguiente en casa del banquero poco antes del mediodía, pero encontró al señor Mellish en la puerta hablando con el palafrenero de Aurora —y examinando los caballos— mientras esperaba a las señoritas con las que iba a dar un paseo a caballo.

—Si quieres unirme a nosotros, Bulstrode —dijo con buen ánimo el hombre de Yorkshire—, puedes montar el alazán gris del que te hablé ayer. Saunders irá a buscarlo.

Talbot rechazó la oferta, malhumorado.

—Tengo aquí mis caballos, gracias —respondió—; pero si quieres enviar a tu mozo a la caballeriza para que le diga al mío que los traiga, me complacería mucho.

Después de formular esta petición, el capitán Bulstrode le volvió la espalda a su amigo, salió de la casa y, cruzándose de brazos en la verja, se quedó contemplando fijamente el mar. Al cabo de cinco minutos aparecieron las señoritas en la puerta; Talbot se volvió al oír sus voces y corrió gustosamente hacia ellas para tener la oportunidad de sostener el pie de Aurora en su mano en el momento de montar; pero John Mellish llegó antes que él, y la yegua de la señorita Floyd se encorvó bajo la

ligera mano de la señorita antes de que pudiera intervenir el capitán. Dejó que el mozo diese la mano a Lucy, y montando su caballo tan pronto como se lo permitió la rigidez de la pierna, se dispuso a colocarse al lado de Aurora. De nuevo llegó tarde, pues la señorita Floyd bajaba la colina al trote acompañada de Mellish, y Talbot ya no pudo separarse de Lucy, que montaba a caballo tímidamente.

El capitán nunca había percibido a Lucy tan insignificante como al verla a caballo. Su pálido rostro de santa con su aureola de cabellos dorados la hacía parecer completamente fuera de lugar sentada en la montura. Mientras la contemplaba, evocó la mañana en que la había visto por primera vez en Felden, y recordó cuánto la había admirado, la exactitud con que correspondía a su bello ideal, y cuán resuelto estaba a sentirse cautivado por ella y no por Aurora.

«Si me hubiera amado —pensó—, hubiera olvidado para siempre a esa heredera de ojos negros y me hubiese casado enseguida con este ángel de rubios cabellos. Esa intención tenía cuando vendí mi cargo. No dejé el ejército por amor a Aurora, ni fue por Aurora que les seguí hasta este lugar. Me pregunto, entonces, ¿a quién he seguido...? A quién he seguido, no lo sé. A mi destino tal vez, que me guio a través del baile de una hechicera, como nunca pensé que haría a mis treinta y tres años. Si Lucy me hubiera amado, todo podría haber sido diferente.»

Estaba tan enojado consigo mismo que casi se sintió tentado de estar furioso con Lucy por no librarle de las redes de Aurora. ¡Si hubiera podido leer en el inocente corazón que cabalgaba a su lado —por entre las dunas desnudas— con resentido silencio! ¡Si conociera el pesar lento y desgarrador que enfermaba su tierno corazón, mientras la apacible niña levantaba sus azules ojos de cuando en cuando para observar furtivamente el perfil severo y la frente melancólica del capitán! ¡Si hubiera podido adivinar su secreto más tarde, cuando, al hablarle de Aurora, dejó traslucir claramente por vez primera el misterio de su propio corazón! ¡Si hubiera sabido hasta qué punto el paisaje se oscureció ante los ojos de Lucy, y la tierra se tambaleó bajo los cascos de su caballo, hasta que pareció hundirse del todo, muy abajo, en un profundo abismo insondable de pesar y desesperación! Pero Talbot nada supo de todo esto, y consideraba a Lucy Floyd como una bonita joven inanimada que sentiría el mayor de los placeres vistiendo el traje de dama de honor en la boda de su prima.

Aquella tarde se daba un banquete en casa del banquero a la que debían asistir John Mellish y Talbot, y el capitán tomó la firme resolución de hacer su declaración antes de que finalizase la velada.

Talbot Raleigh Bulstrode se hubiera enojado seriamente con cualquiera que le hubiese observado estrechamente aquella tarde, mientras colocaba el magnífico alfiler de oro en la fina corbata, ante el espejo colgado en el arco de la ventana de su habitación en el Old Ship. Se sentía avergonzado de sí mismo por haber despedido con dureza a su ayuda de cámara antes de comenzar a vestirse; y no había tenido valor para llamarle de regreso cuando sus crispadas manos se negaron a servirle. Derramó media botella de perfume sobre sus barnizadas botas y se embadurnó la cara

con un compuesto de cera aromático de *Monsieur Eugène Rimmel*, que prometía alisar el bigote sin engrasarlo. Rompió uno de los botes de cristal en su neceser y, por pura distracción, colocó los fragmentos en el bolsillo de su chaleco. Casi se estranguló con el férreo cuello de la camisa que como caballero debía vestir, y se golpeó la cabeza con el dorso del cepillo de marfil, en un ciego acceso de cólera contra su negra cabellera corta y rebelde, que se rizaba en sus extremos. Cuando finalmente salió de su cuarto sentía un gran despecho imaginando que todos los camareros del hotel conocían su secreto y cada una de las emociones de su corazón, y que hasta el perro Terranova que descansaba en el umbral de la puerta había olfateado la verdad, cuando levantó su enorme cabeza para mirar al capitán, y luego la dejó caer de nuevo bostezando con indolencia y desdén.

El capitán Bulstrode, confundido, ofreció un puñado de pedazos de cristal al cochero que le condujo a East Cliff, y en reemplazo de una *moneda* tan anormal, le dio quince chelines de plata.

«Forzosamente se han sucedido dos o tres terremotos, un eclipse u otra catástrofe análoga en alguna parte del globo —pensó—, porque este planeta, que sigue por lo común su curso natural, me parece trastornado y en el mayor desorden.»

El mundo se limitaba para él a Brighton, y Brighton era la azulada luna, el mar con sus reflejos blanquecinos, la luz deslumbrante del gas, la sopa de liebre, el bacalao, las ostras y, ante todo y sobre todo, Aurora Floyd. Sí, Aurora Floyd, que llevaba un vestido de seda blanca y una gruesa diadema de oro en los cabellos y aquella noche se parecía más que nunca a Cleopatra. Aurora Floyd, la misma que permitió que John Mellish le diera el brazo para conducirla hasta la mesa.

¡Cuánto odió Talbot aquella noche la hermosa cara, los azules ojos y los blancos dientes de Mellish cuando vio a los dos jóvenes a través de una barrera de cristales, vajilla de plata, flores, bujías, encurtidos y toda la loza y manjares de *Fortnum-and-Mason*^[30]! «Esta era una excelente oportunidad de pedida», pensó el capitán decepcionado, olvidando que difícilmente hubiera podido formular su declaración a la señorita Floyd en la mesa —durante la comida—, en medio del tintineo de vasos y estallido de tapones, y con un empolvado lacayo ofreciéndole una bandeja de entremeses o una salsera con vinagreta, mientras él hacía la pregunta fatídica.

La ocasión favorable se presentó algunas horas después, y Talbot ya no tuvo excusas para demorar su resolución.

La tarde de noviembre era suave y las tres ventanas del salón estaban completamente abiertas. Era agradable huir de la caliente luz del gas a la vasta superficie del océano iluminado por la luna, salpicado por alguna vela blanca de luz tenue brillando aquí y allá contra la púrpura noche. El capitán Bulstrode se sentó cerca de una de las ventanas abiertas observando este pacífico espectáculo —cuya belleza, presumo, apreciaba muy poco—, pues deseaba que los invitados se alejasen y le dejaran solo con Aurora.

Eran cerca de las once y se aproximaba la hora de retirarse. Probablemente John Mellish insistiría en esperar a Talbot, inconveniente que un hombre debe tolerar sin decir una palabra a un viejo amigo del colegio. Podrían disputarle las sonrisas de Aurora si se descuidaba en declararse. Pero John Mellish estaba enfrascado en una animadísima conversación con Archibald Floyd, cuyos favores había sabido congraciarse con consumada habilidad, y las visitas fueron retirándose una tras otra, en tanto que Aurora, con un apático bostezo que no se tomó la molestia de ocultar, se dirigió hacia el amplio balcón de hierro. Lucy estaba sentada a una mesa en el extremo opuesto del salón y hojeaba un libro de belleza. ¡Oh, mi pobre Lucy! ¿Cuánto has visto de la frente alta y el perfil romano de la señorita Brownsmith? ¿No es cierto que fijaste tenuemente tu mirada en la hermosa cara de esa señorita a través de una cegadora niebla de lágrimas que tu buena educación te impide arrojar? La oportunidad había llegado finalmente. Si la vida fuera una comedia musical de la siega del heno, con las entradas y las salidas organizadas por el propio señor Buckstone^[31], no habría resultado mejor.

Talbot Bulstrode siguió a Aurora hacia el balcón, John Mellish continuó relatando la historia de los Beverley Foxhounds, y Lucy —conteniendo la respiración al otro extremo del salón— sabía tan bien como el propio capitán lo que estaba a punto de ocurrir.

¿No es la vida misma una larga comedia, con el destino como director de escena, y la pasión, la tentación, el amor, el odio, la venganza, la ambición y la avaricia, por turnos, como apuntadores? Una comedia en ocasiones tediosa, con escenas aburridas, conversaciones que no conducen a nada y que sólo sirven para impacientar más a la audiencia mientras espera que la escena termine y los personajes principales cambien sus ropajes; o más bien, una comedia sensacionalista, con sus apariciones imprevistas y sus *inesperados* desenlaces. Pero una comedia al fin y al cabo, pues incluso los pesares que pueden resultarnos trágicos son muy cómicos cuando son vistos desde el otro lado de las candilejas; y los contratiempos de nuestros amigos son más divertidos que nuestras miserables penas, como ocurre cuando el señor Box encuentra su parrilla vacía o el señor Cox pierde su loncha de carne. ¿Qué puede ser más «divertido» que la angustia de otras personas? ¿Por qué disfrutamos tanto las farsas del señor Morton Maddison^[32] y la risa nos embarga, hasta que las lágrimas recorren nuestras mejillas, con los actores que las representan? No hay apenas una farsa en la escena británica que no sea, desde el alzamiento hasta la bajada del telón, un reflejo de la angustia humana y la desgracia inmerecida. Sí, la tortura inmerecida e innecesaria; en eso reside el encanto especial del entretenimiento.

Talbot se acercó al balcón donde estaba Aurora, y la tierra se mantuvo tranquila durante diez minutos, y todas las estrellas del cielo brillaron intensamente vigilantes sobre aquel joven que había llegado finalmente a la crisis suprema de su existencia.

Aurora estaba apoyada en la delgada barandilla de hierro, mirando la ciudad y, tras ella, el mar; estaba envuelta en una capa de ópera^[33], que no era una prenda

rígida ni cubierta de bordados sino un voluminoso manto de lana suave de color escarlata, digno de adornar a la misma Semíramis^[34].

«Se parece a Semíramis —pensó Talbot, contemplándola—. ¿Cómo han hecho este banquero escocés y su esposa de Lancashire para tener por hija una reina asiría?»

Talbot comenzó brillantemente, como todos los amantes lo hacen, en general:

—Temo que se haya cansado esta noche, señorita Floyd —hizo notar.

Aurora ahogó un bostezo y contestó:

—Sí, estoy más bien cansada.

La respuesta no era muy alentadora. ¿Cómo comenzar un discurso fluido si podía quedarse dormida en su transcurso? Pero se determinó, y lanzándose inmediatamente al corazón de la declaración, le dijo cuánto la amaba, que había librado batalla contra su pasión y había sido derrotado; que la amaba como jamás ningún hombre había amado a nadie en el mundo; y que se postraba humildemente a sus pies esperando de sus queridos labios una sentencia de vida o muerte.

Aurora guardó silencio algunos instantes. El resplandor de la luna iluminaba su perfil muy nítidamente y sus queridos labios temblaban visiblemente. Ocultando después el rostro, le respondió con palabras que parecían surgir lenta y dolorosamente de una garganta ahogada.

¡Su respuesta fue una negativa!

Pero no era un *no* que quiere decir *sí* al día siguiente, o la consecuencia de que Talbot no se hubiera arrodillado con una pasión suficientemente desesperada, como Lord Edward Fitz-Morkysh en la última novela de la señorita Oderose; nada de eso. Era una negativa calmada, cuidadosa y concisamente expresada, como si hubiera temido inducirle a error añadiendo una sílaba que hubiese podido dejar una abertura por la cual pudiera deslizarse una esperanza en el corazón del joven.

Era rechazado. Durante algunos instantes no pudo creerlo. Llegó a imaginarse que el significado de ciertas palabras había cambiado repentinamente, o que había tenido la costumbre de equivocar su sentido durante toda su vida; todo, antes que afrontar lo duro de su significado real; a saber, que Talbot Raleigh Bulstrode, de Bulstrode Castle, de estirpe sajona^[35], había sido rechazado por la hija de un banquero de Lombard Street.

Guardó silencio durante aproximadamente media hora, o así le pareció, intentando recobrar de su asombro, antes de volver a tomar la palabra.

—¿Puedo... aventurarme a preguntar? —dijo (¡qué vulgar le parecía esta frase! No hubiera podido emplear ninguna más prosaica para enterarse del precio de un caballo o de un perro)— ¿puedo saber si un afecto anterior u otro más digno...?

—¡Oh, no, no, no!

Esta respuesta fue tan repentina que casi le sobresaltó tanto como su rechazo.

—¿Y es irrevocable su decisión?

—Completamente irrevocable.

—Perdóneme si soy impertinente, pero... tal vez vuestro padre... ¿tiene acaso

miras más elevadas...?

Talbot fue interrumpido por un sollozo ahogado, y Aurora volvió el rostro y se lo cubrió con las manos.

—¡Miras más elevadas! —exclamó—. No, pobre y querido papá. No, ciertamente.

—Es seguramente extraño que le importune con mis preguntas, pero es muy duro pensar que con su corazón libre de compromisos haya sido incapaz de merecer una sombra de aprecio en que fundar una esperanza para el futuro.

¡Pobre Talbot! ¡Talbot, el enemigo de disertaciones metafísicas, el lógico, hablando de fundar esperanzas sobre sombras con la estupidez de un enamorado delirante!

—Es muy duro renunciar a la idea de que nunca cambiaré la decisión de esta noche, Aurora.

Talbot se paró un instante al pronunciar su nombre, en primer lugar porque le era muy dulce pronunciarlo y, en segundo lugar, con la esperanza de que iba a interrumpirle.

—Es muy duro —añadió— recordar las ilusiones que me había aventurado a crearme y verlas desvanecidas esta noche para siempre.

Talbot olvidaba por completo que hasta la época de la llegada de John Mellish había argumentado siempre contra su pasión, y que mil veces se había dicho a sí mismo que sería un tonto consumado si se dejaba «engatusar» hasta el punto de casarse con Aurora. Invirtió la fábula de la zorra que había despreciado las uvas mientras las creía a su alcance, y ahora que no podía cogerlas, se figuraba que nunca fruta tan deliciosa había brotado para tentar al hombre.

—Si... si mi destino hubiera sido más afortunado —dijo—, ¡qué orgulloso hubiese estado mi anciano padre con la elección de su hijo!

¡Qué avergonzado se sentía de la bajeza de estas palabras! Había ideado esta frase para recordarle a Aurora quién era el hombre que desdeñaba, y trataba de seducirla con el rango de la baronía que debía heredar algún día.

Pero Aurora no respondió a esta súplica lastimosa, y Talbot casi se ahogaba de mortificación.

—Veo... Veo —dijo— que no me queda esperanza alguna. Buenas noches, señorita Floyd.

Aurora ni siquiera se volvió para mirarle cuando Talbot se alejó del balcón; se abrigó estrechamente en su manto rojo, y permaneció temblando a la luz de la luna, mientras mudas lágrimas surcaron lentamente sus mejillas.

—¡Miras más elevadas! —sollozó amargamente repitiendo las palabras de Talbot—. ¡Miras más elevadas! ¡Dios le ayude!

—Debo desearle buenas noches y despedirme al mismo tiempo —dijo el capitán Bulstrode a Lucy estrechándole la mano.

—¿Se despide?

—Sí, parto de Brighton mañana muy temprano.

—¿Tan repentinamente?

—No tanto como cree. Siempre tuve intención de viajar este invierno. ¿Qué me encarga para El Cairo?

Estaba tan pálido y tenía una expresión tan fría y triste que casi le compadeció; le compadeció a pesar de la descabellada alegría que crecía en su corazón.

«Era indudable, Aurora le había rechazado. ¡Le había rechazado!»

El suave azul de los ojos de Lucy se llenó de lágrimas al pensar que un semidiós había sufrido tal humillación. Talbot presionó su mano cortésmente con su palma húmeda y fría, y pudo leer la compasión en aquella tierna mirada, pero no poseía el léxico que pudiera ayudarle a traducir su sentido más profundo.

—Dele de mi parte las buenas noches a su tío, Lucy —dijo.

Era la primera vez que la llamaba Lucy. Pero ¿qué le importaba ya? Su gran aflicción le apartaba de su prójimo y le concedía deprimentes privilegios.

—Buenas noches, Lucy; buenas noches y adiós. Espero volver a verla en un año o dos.

El enlosado de East Cliff parecía una capa de aire bajo las botas de Talbot Bulstrode, mientras regresaba a pasos agigantados al hotel Old Ship; es peculiar en el género humano que, en los momentos de gran alegría o suprema turbación, se pierda toda conciencia de la tierra que pisamos y flotemos en una atmósfera de sublime egoísmo.

Pero el capitán no partió de Brighton el día siguiente para comenzar su viaje a Egipto. Se hospedó en el balneario de moda, pero abjuró resueltamente de las cercanías de East Cliff, y como el tiempo estaba lluvioso, dio un paseo hacia Shoreham bajo la lluvia; y como Shoreham es un lugar tan hermoso, este ejercicio contribuyó indudablemente a reanimarle.

Al regresar entre la niebla hacia las cuatro de la tarde, el capitán encontró al señor Mellish cerca de la barrera de portazgo, fuera de Cliftonville.

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente el uno al otro, consternados.

—¿Adónde diablos vas? —le preguntó Talbot.

—De regreso a Yorkshire en el primer tren que salga de Brighton.

—Este no es el camino de la estación.

—No, pero están metiendo mis caballos en el cajón y mis camisas parten con el tren de mercancías de Leeds...

Talbot Bulstrode estalló en una carcajada; una carcajada ruda y amarga que le proporcionó un gran alivio al oprimido pecho del caballero.

—John Mellish —dijo—, te has declarado a Aurora Floyd.

El señor Mellish se puso encendido como la grana.

—Ha hecho... Ha hecho mal en decírtelo —respondió balbuceando.

—La señorita Floyd no me ha dicho una sola palabra sobre el tema. Acabo de llegar de Shoreham y tú dejas East Cliff. Le has hecho una declaración y te ha

desdeñado.

—Sí —gritó John Mellish—, y es muy duro, pues le he prometido que podría mantener a cuantos caballos de carrera quisiera, que entrenaría tantos como se le antojasen para el Derby, que ella misma daría las órdenes a los entrenadores y nunca me entrometería... y... y... que Mellish Park es una de las mejores haciendas del condado; e incluso habría ganado para ella un trozo de cinta azul con que atarse sus hermosos cabellos negros.

—¡Qué razón tenía aquel viejo francés —murmuró el capitán Bulstrode— cuando decía que se *siente* una gran satisfacción por la desgracia del prójimo!^[36] Si voy al dentista me complace encontrarme a otro desgraciado en la sala de espera, ser el primero en hacerme la extracción y ver el resplandor de envidia en sus ojos —al verme salir de la sala de tortura— sabiendo que mi dolor ha terminado ya, y el suyo va a dar comienzo. ¡Adiós, Mellish, y buen viaje! No eres un mal tipo después de todo.

Talbot estaba casi alegre cuando regresó al Ship; tomó una chuleta de cordero con salsa de tomate y una pinta de Moselle para la cena, y como la comida y el vino le reanimaron pero no había pegado ojo en toda la noche, cayó somnoliento con una gran indigestión, con su cabeza reclinada en el cojín del sofá y soñando que estaba en El Cairo (o en un lugar que podría ser esa ciudad, de no haber sido, ahora Bulstrode Castle, o en otras ocasiones la cámara del Albany), y que Aurora Floyd estaba con él, envuelta en púrpura imperial con jeroglíficos en el borde de su túnica y con una chaqueta de payaso de satén blanco con lunares escarlata, como la que había visto llevar al *jockey* que había ganado el primer premio en una carrera de caballos.

El capitán Bulstrode se levantó temprano a la mañana siguiente, con la firme intención de partir del condado de Sussex en el exprés de las ocho y cuarenta y cinco; pero recordando de pronto que no había agradecido como debía la cordialidad de Archibald Floyd, optó por sacrificarse en aras de la cortesía y visitar de nuevo East Cliff para despedirse formalmente. Una vez tomada esta resolución, el capitán hubiera corrido gustosamente presuroso a la casa del señor Floyd, pero viendo que no eran más que las siete y media, le fue preciso poner un freno a su impaciencia y esperar una hora más conveniente para la visita. «¿Podré ir a las nueve? Muy temprano. ¿Y a las diez? Sí, sin duda, y luego partiré en el tren de las once.»

Le trajeron el desayuno y lo devolvió sin probar bocado. Se sentó mirando el reloj, con un desquiciante apremio por el paso del tiempo, y se enardecía y embarazaba a medida que la hora se aproximaba. A las diez menos cuarto se puso el sombrero y dejó el hotel.

—El señor Floyd está en casa —le dijo el criado—; creo que arriba, en su gabinete.

Talbot no esperó más:

—No se tome la molestia de anunciarme. Sé dónde encontrarle.

El gabinete estaba en el mismo piso que el salón, y cuando llegó a la puerta, se

paró un instante. La puerta estaba abierta y el salón desierto. No, no estaba desierto; Aurora Floyd estaba sentada de espaldas a la puerta, con la cabeza apoyada en los almohadones del sillón. Se detuvo un momento más para admirar por última vez aquella pequeña cabeza con su corona de pelo negro como el brillante azabache, y después dio uno o dos pasos hacia el gabinete del banquero; en ese momento volvió a pararse, retrocedió, entro en el salón y cerró la puerta tras él.

Aurora no se movió cuando se acercó a ella, ni contestó cuando él tartamudeó su nombre. Su rostro estaba pálido como el de una muerta, y sus inmóviles manos colgaban sobre los cojines del butacón. Un periódico estaba tirado a sus pies. Se había desmayado silenciosamente hallándose a solas, sin nadie que pudiera ayudarla a recobrar el conocimiento.

Talbot arrojó las flores de un jarrón sobre la mesa, roció con algunas gotas de agua la frente de Aurora y, arrastrando el sillón hasta la ventana abierta, la colocó para que le diera el aire. Al cabo de dos o tres minutos comenzó a temblar con violencia, y un momento después abrió los ojos, le miró, y al mismo tiempo se llevó las manos a la cabeza como tratando de recordar alguna cosa.

—¡Talbot! —dijo—, ¡Talbot!

Le llamaba por su nombre de pila, ella, que treinta y cinco horas antes le había prohibido abrigar esperanzas.

—¡Aurora —exclamó el capitán—, Aurora! Pensaba que venía a despedirme de su padre, pero me engañaba a mí mismo. Vine a preguntarle de nuevo si su decisión de anteayer por la noche es irrevocable.

—Dios sabe que creí que lo era cuando la pronuncié...

—Pero ¿no lo era?

—¿Desea que la revoque?

—¿Que si lo deseo? Sí...

—Pues si así lo desea la revocaré; es un hombre valiente y honrado, capitán Bulstrode, y le amo muchísimo.

Sólo Dios sabe a qué niveles de exaltación se hubiera entregado si ella no hubiese levantado la mano como diciendo: «Conténgase por hoy, si me ama», y salió precipitadamente del salón. Había aceptado la copa de *bang* que la sirena le presentaba, la había apurado hasta las heces y estaba embriagado.

Cayó en el sillón en que se había desmayado Aurora y, en la distracción de su alegre embriaguez, cogió el periódico que estaba a sus pies. Se estremeció a su pesar al leer la cabecera de la publicación. Era el *Bell's Life*. Un número sucio y arrugado, manchado de cerveza, que exhalaba un olor rancio de tabaco de mala calidad. Estaba dirigido a la señorita Floyd, con tal desparramada caligrafía que hubiera deshonrado al mozo de una taberna deportiva:

Señorita Floyd
Fell dun wodes

El periódico le había sido remitido a Aurora por el ama de llaves de Felden. Talbot recorrió ansiosamente con los ojos la primera página, que estaba ocupada casi completamente por anuncios, pero en una de las columnas había un artículo titulado:

ESPANTOSO ACCIDENTE EN ALEMANIA.
MUERTE DE UN JOCKEY INGLÉS.

El capitán Bulstrode no supo nunca por qué leyó el relato de este accidente. No tenía interés alguno para él, pues se trataba de la reseña de una carrera de obstáculos en Prusia, en la cual habían muerto un fuerte jinete inglés y un brioso caballo francés. Se lamentaba mucho la pérdida del caballo y nada la del hombre que lo montaba, que, según indicaba el reportero, era muy poco conocido en círculos deportivos; pero en un párrafo inferior a la reseña se añadía la siguiente información, que indudablemente se había obtenido a última hora:

«El nombre del *jockey* era Conyers.»

VII

El extraño «protegido» de Aurora



Archibald Floyd recibió la noticia de la elección de su hija con evidente orgullo y satisfacción. Parecía como si padre e hija se hubieran descargado de un peso que abrumaba su existencia, una nube que les envolvía con su siniestra sombra.

El banquero condujo a su familia a Felden Woods, acompañado por Talbot Bulstrode en su tren. Se prepararon las habitaciones tapizadas en cretona para el exhúsar: salas bonitas y alegres con bellos miradores que —una vez cruzado el cuidado patio de caballerizas— daban a largos claros de robles y hayas. El capitán debía pasar las fiestas de Navidad en Felden.

La señora Alexander y su marido ocuparon con su familia el ala occidental del edificio, y el señor Andrew y su esposa se hospedaron en el ángulo situado al este, pues el viejo banquero tenía la hospitalaria costumbre de reunir a sus parientes en su casa a principios de diciembre y no dejarles partir hasta que las campanas de la iglesia de Beckenham anunciaban el año nuevo.

Las mejillas de Lucy Floyd habían perdido gran parte de su delicado color cuando regresó a Felden, y todos los que observaron este cambio declararon que los aires de East Cliff y los vientos otoñales batiendo sobre las dunas habían sido excesivos para la resistencia de la joven.

Aurora, sin embargo, parecía desplegar una belleza nueva y más deslumbrante desde la mañana que había aceptado la mano de Talbot Bulstrode. Había una rebeldía altiva en sus maneras que la trasformaron mejor que la mansedumbre que convertía en distantes a las mujeres más bellas. Se veía en ella una *despreocupación* arrogante que daba brillo a sus grandes ojos negros, y una nueva melodía a su risa jovial. Era como una bella cascada ruidosa, tempestuosa; siempre brotando, presurosa, centelleante, chispeante y desafiante con todo aquel que la admiraba. Por su parte, Talbot Bulstrode, una vez abandonado al hechizo de la sirena, no trató de luchar más, sino que cayó en buena lid en los lazos que le tendían sus ojos y se arrojó en las redes de sus cabellos negro-azulados.

Cuanto más tendido está el arco más fuerte es el rebote de la cuerda, y Talbot Bulstrode fue tan débil en ceder al fin, como fuerte había sido antes en su resistencia. Debo escribir su historia sirviéndome de los términos más comunes. No podía evitarlo, la amaba; pero no porque la juzgara mejor, más sabia, más adorable o más conveniente que las demás mujeres —pues en efecto abrigaba ciertas dudas en cada

uno de estos puntos— sino porque su *destino* era amarla.

—¿Cuál es la dura palabra que Victor Hugo pone en boca del clérigo en *El jorobado de Notre Dame* para excusar la oscuridad de su pecado?

¡ANATKH! ¡Era su destino!^[37]

Así que escribió a su madre diciéndole que había elegido esposa, que se encontraba en Bulstrode, y que su nombre iba a estar ligado a las crónicas de la casa; y añadió que la señorita Floyd era la bella y fascinante hija de un banquero, con grandes ojos negros y cincuenta mil libras de dote.

Lady Raleigh Bulstrode contestó a su hijo con una carta de seis cuartillas de papel, llena de inquietas oraciones y maternales sugerencias; esperaba ansiosamente que hubiera hecho una sabia elección, y le preguntaba sobre las opiniones y los principios religiosos de la señorita, a los que Talbot difícilmente hubiera podido contestar. Adjunta a la presente incluía una carta para Aurora, llena de ternura y de bondad femenina, en la que el orgullo fue moderado por el cariño y que hizo derramar tantas y tantas lágrimas a la señorita Floyd que la firme caligrafía de *lady* Bulstrode quedó borrosa e ininteligible.

¿Y qué fue del pobre John Mellish? Regresó a Mellish Park llevándose los perros, los caballos, los mozos, el faetón y toda la parafernalia; pero el pesar que desgraciadamente se había apoderado de él tras la temporada de las carreras fue tan insoportable que escapó de su antigua y espaciosa mansión —aun a pesar de sus apacibles alrededores, con los parques y bosques que la rodeaban—; Aurora Floyd no era para él, y todo le pareció de pronto insípido, añejo e inútil. Así que se fue a París, o *Parry*, como él llamaba a esa ciudad imperial,^[38] tomó las habitaciones más grandes del Meurice, e iba y venía diez veces al día entre este establecimiento y el Galignani, en busca de los periódicos ingleses. Cenaba melancólico en Vefour, Trois Frères, la Maison Dorée y el Cafe de Paris. Su voz grave se escuchaba en los restaurantes más caros ordenando: *Toos killyar de mellyour: vous savez*, pero no probaba ninguno de los exquisitos platos que le traían y se pasaba un cuarto de hora contando los palillos en los diminutos jarrones azules y pensando en Aurora. Se paseaba lúgubrementemente a caballo por el Bois de Boulogne, y se sentaba temblando en los cafés-conciertos escuchando canciones que parecían siempre la misma melodía; frecuentaba los circos y el hipódromo, y hasta casi se enamoró de una bonita artista que tenía los ojos negros y le recordaba a Aurora, pero una vez que adquirió los gemelos más potentes en la Rue Rivoli, descubrió que la cara de la dama llevaba una recia capa de blanquete llamado *blanc rosati*, y que el principal atractivo de sus ojos eran los anillos de tinta china con que los enmarcaba. En un ataque de desesperación, hubiera podido arrojar al suelo los anteojos que le revelaban tan fielmente la realidad y reducir a polvo sus cristales con el tacón de la bota, pero era preferible continuar la ilusión, seguir creyendo que aquella mujer se parecía a Aurora, volver a ese circo cada noche hasta volverse canoso —pero no de viejo—, hasta llegar a consumirse y morir.

En Felden Woods reinaba una gran animación. Las voces de los niños volvieron la casa muy agradable; bulliciosos alumnos de Eton y Westminster se encaramaban por las balaustradas de las escaleras y jugaban a la pelota y a los bolos en la larga galería de piedra. Todos estos niños eran primos de Aurora y amaban a la hija del banquero con una infantil idolatría que nunca pudo inspirar Lucy. Halagaba a Talbot Bulstrode comprobar que a dondequiera que fuese su futura esposa, el amor y la admiración seguían sus pasos. Su pasión por esta extraordinaria criatura no era, después de todo, ninguna insensatez, ni era terrible amar a una persona que adoraban cuantos la conocían. Así pues, el orgulloso hijo de Cornualles era feliz y se entregaba a su dicha sin más protesta.

¿Le amaba Aurora? ¿Era recíproco su apasionado afecto, su ciega adoración? Ella le amaba y le estimaba; se enorgullecía de él —de ese mismo orgullo innato que le hacía tan diferente de sí misma— y era demasiado impulsiva y franca para ocultar a su prometido este sentimiento.

Manifestaba además un constante deseo de complacer a su prometido, suprimiendo toda señal exterior de las diversiones que le disgustaban; no se veía ningún número del *Bell's Life* en las mesas del salón donde las señoras pasaban la mañana en Felden Woods; cuando Andrew Floyd suplicaba a Aurora que montase a caballo para acompañarle, su prima rehusaba una invitación que con tanto placer hubiera aceptado antes, y en vez de seguir a los perros de Croydon, se contentaba con conducir a Talbot y a Lucy en la cesta del carruaje por la campiña cubierta de escarcha.

Lucy era la compañera y confidente de los dos enamorados. Le resultaba muy duro escuchar sus alegres conversaciones sobre el brillante futuro que se extendía ante ellos por los oscuros pasillos del tiempo, hasta una tumba blasonada en el panteón de Bulstrode, en que esposo y esposa dormirían juntos el sueño eterno, un día muy lejano, colmados de logros y honores.

Le resultaba extremadamente doloroso ayudarles a trazar mil proyectos de entretenimiento, en los cuales —el cielo tenga piedad de ella— debía participar; pero cargó con la cruz dócilmente, cual demacrada Elaine^[39] de nuestro tiempo, y nunca le dijo a Talbot Bulstrode que estaba loca de amor por él y que estaba dispuesta a morir por ello.

Talbot y Aurora veían con preocupación las pálidas mejillas de su amable compañera; pero todos estaban prontos a atribuirlo a un resfriado, una tos, una debilidad constitucional o cualquier otra indisposición física que debía curarse con fármacos y pociones medicinales; todo el mundo extrañaba que no gozase de completa salud una joven señorita que habitaba una casa lujosa, que iba de compras en un carruaje tirado por dos caballos y tenía más dinero en el bolsillo del que podía gastar. También la dama Lily de Astolat vivió en un castillo señorial, e indudablemente tenía grandes rentas para comprarse sedas primorosas que bordar; pero con poco en la tierra que desear, y sin nada que hacer, enfermó por el amor de

sir Lancelot, y consumida por ese amor no correspondido, murió.

Seguramente el secreto de muchos pesares radica precisamente en eso. ¡Cuántas penas han nacido de la desidia y el ocio! ¡Cuántas jóvenes espartanas han *amamantado al zorro que devora su pecho* por la propia falta de mejor ocupación! ¿Mueren de pena los caballeros de quienes escriben los líderes de los diarios? Los abogados cuyos nombres aparecen en muchos casos publicados en las revistas ¿enloquecen alguna vez por amores no correspondidos? ¿Abriga la «dama de la lámpara» alguna tonta pasión en esos días y noches de incesante trabajo, en esas largas vigiliadas lejanas de paciente devoción en East?^[40] Los vicarios de las diócesis superpobladas, los capellanes de las cárceles y barcos de convictos, los grandes asistentes médicos de los hospitales de distrito ¿se forjan a sí mismos penas que matan? Seguramente no. Hasta el más ocupado puede, en algunos momentos santos, en alguna hora sagrada, arrebatare al ruido y la confusión de la rueda de la vida, y ofrecer un alto en el sacrificio para sentir pesar y compasión; pero el intervalo es breve, y la gran rueda sigue su curso, y no tenemos tiempo para penar o morir.

Así, Lucy Floyd, no teniendo nada mejor que hacer, alimentaba y fomentaba su pasión desesperada. Erigió un altar a su ídolo y se arrodillaba adorándole en el santuario de su pena; y cuando le hablaban de su palidez, y el médico de la familia se asombraba del fracaso de sus preparados de quinina, tal vez concebía la vaga esperanza de que antes de que la vuelta de la primavera trajese el día de la boda de Talbot y Aurora, habría escapado a todas esas demostraciones de amor y felicidad y gozaría del descanso eterno.

Aurora contestó a la carta de *lady* Raleigh Bulstrode expresando tanta gratitud y humildad y una esperanza tan ferviente de granjearse el cariño de la madre de Talbot —unida a la vaga inquietud de no ser nunca digna de tal afecto—, que se ganó de antemano el aprecio de la dama de Cornualles hacia su futura hija. Era muy difícil asociar la carta con la impetuosa joven que la había escrito y *lady* Bulstrode se creó de ella una imagen que distaba considerablemente del intrépido y elegante original. Escribió, pues, a Aurora, una segunda carta en términos más afectuosos que la primera, y le prometió a la huérfana que sería recibida como una hija en Bulstrode.

—¿Me permitirá que le dé el nombre de madre, Talbot? —preguntó Aurora mientras el capitán leía la segunda carta de *lady* Bulstrode a su amada—. ¿Es verdad que es muy orgullosa por la nobleza de su antiquísimo linaje? Mi padre descende de una familia de comerciantes de Glasgow y ni siquiera sé quiénes eran los padres de mi madre.

Talbot le contestó con una seria sonrisa:

—La aceptará por su propio valor, querida Aurora, y no hará preguntas necias sobre la genealogía de un hombre como Archibald Floyd, un hombre a quien el más altivo aristócrata de Inglaterra podría llamar con orgullo suegro. Reverenciará el alma transparente y el carácter franco de mi Aurora y me bendecirá por la elección que he hecho.

—La amaré muy cariñosamente si ella me lo permite. ¿Me hubiera preocupado alguna vez por las carreras de caballos, y hubiera leído periódicos deportivos, si hubiese podido dar el apelativo de madre a una buena mujer?

Parecía hacerse esta pregunta más bien a sí misma que al propio Talbot.

Por completa que fuera la satisfacción de Archibald Floyd por las disposiciones del corazón de Aurora, el viejo no podía contemplar con serenidad la idea de la separación de su idolatrada hija; por lo que Aurora, consciente de este sufrimiento, le dijo a Talbot que nunca podría establecerse en Cornualles mientras viviera su padre, y se acordó finalmente que la joven pareja pasaría la mitad del año en Londres y la otra mitad en Felden Woods. ¿Qué necesidad tenía el solitario viudo de aquella mansión espaciosa, con su larga galería de cuadros y sus cómodos aposentos, cada uno de los cuales era lo suficientemente espacioso para albergar una pequeña familia? ¿Qué necesidad tenía aquel aislado anciano de aquel séquito de criados, de aquellas caballerizas y sus costosos sementales, de aquellos modernos carruajes en las cocheras, de aquellas flores de invernadero, de aquellos pinos, uvas y melocotoneros cultivados por tres jardineros escoceses? ¿Qué necesidad tenía de todas estas cosas?

Habitaba principalmente el gabinete, donde en su día había tenido aquella tempestuosa conversación con su hija; el estudio donde colgaba el retrato a pastel de Eliza Floyd; el cuarto que contenía el antiguo escritorio pasado de moda que había comprado por una guinea en su niñez y que albergaba ciertas cartas manuscritas por alguien que ya había muerto, algunas trenzas de cabello negro púrpura recortadas de la cabellera de un cadáver y un billete de cartón impreso en un pequeño pueblo de Lancashire por el que se invitaba a los amigos y protectores de la señorita Eliza Percival a asistir al teatro, a la función dada en su beneficio, la noche del 20 de agosto de 1837.

Se decidió, por tanto, que Felden Woods sería la residencia de campo de Talbot y Aurora hasta el momento en que el joven heredase la baronía y el castillo de Bulstrode, y fuese requerido para instalarse en su hacienda.

Entre tanto, el capitán debía entrar en el Parlamento, si los electores de cierta villa de Cornualles —que habían enviado siempre un Bulstrode a Westminster— quisieran nombrarle representante.

La boda tendría lugar a principios de mayo y la luna de miel la pasarían en Suiza y en el castillo de Bulstrode. La señora Walter Powell pensaba que su destino estaba decidido, y que tendría que abandonar aquellas agradables praderas después de la boda, pero Aurora se apresuró a tranquilizar la mente de la viuda del alférez, manifestándole que debido a su completo desconocimiento acerca de cómo gobernar una casa, estaría muy complacida de retenerla a su lado después del casamiento, como guía y asesora en tales materias.

Durante ese tiempo, Aurora no se olvidaba de los pobres de Beckenham —en sus paseos matutinos en carruaje acompañada de Lucy y Talbot—, y paquetes de comestibles y botellas de vino aguardaban a menudo escondidos bajo la rayada piel

de leopardo que conformaba la alfombra del carruaje; y no era cosa rara que Talbot se sirviese de una enorme barra de pan como taburete. Los pobres padecían mucha hambre en aquel luminoso clima de diciembre, y formulaban toda clase de quejas que —sin importar cuán diferentes fueran—, se satisfacían todas por medio de un tratamiento único y especial; a saber, la distribución de medios soberanos, añejo vino de Jerez, *brandy* francés y hojas de té verde. Si la hija se moría de consunción, o al padre le sobrevenía reumatismo, o el marido luchaba contra una calentura furiosa, o el más tierno de los niños se hallaba convaleciente de una caída en una caldera de agua hirviendo, los remedios que acabamos de enumerar parecían igualmente necesarios y eran más populares que los caldos de pollo y las refrescantes tisanas antifebriles preparadas por el cocinero de Felden Woods.

Talbot se sentía muy complacido al ver a su prometida distribuyendo tales alivios a los ansiosos destinatarios de su generosidad, y se enorgullecía al pensar que su propia madre admiraría a una joven de tan buen corazón que hallaba placer en sentarse junto a los cuartos de las casitas de campo a hablar con las ancianas reumáticas. Lucy repartía pequeños lotes de libritos preparados por la señora Alexander y prendas de franela cosidas por sus propias manos, pero Aurora daba dinero y vino de Jerez, y temo que los sencillos campesinos preferían a la heredera, aunque eran bastante prudentes y justos para reconocer que cada una de ellas ayudaba de acuerdo a sus posibilidades.

Al regresar de una de esas visitas de caridad ocurrió una aventura que disgustó bastante al capitán Bulstrode. Aurora había conducido más allá de los límites habituales y daban las cuatro de la tarde en el momento en que los caballos pasaban velozmente por la iglesia de Beckenham y bajaban la colina que conduce a Felden Woods. La tarde era triste y fría; ligeros copos de nieve flotaban sobre el camino helado y se suspendían aquí y allá en los setos desnudos, mientras el cielo —cubierto de oscuros nubarrones— presagiaba tormenta. La mujer del guarda acudió con el delantal puesto sobre la cabeza para abrir la verja cuando los caballos se acercaban, y en ese mismo momento un hombre se levantó de un banco situado junto al camino y se aproximó al pequeño carruaje.

Era un individuo de anchos hombros y constitución muy robusta, que llevaba una chaqueta de terciopelo raído, recortado con bolsillos de forma irregular y costuras y codos negros y grasientos. Le ocultaba el cuello una bufanda de dos o tres yardas de lana sucia, a la manera de las personas de su clase, y la banda de su sombrero de copa baja estaba adornada por una pequeña pipa de barro considerablemente ennegrecida. Al mismo tiempo que su amo, saltó del banco un perro de sucia blancura —con collar de bronce, piernas arqueadas, nariz pequeña, ojos inyectados en sangre, una sola oreja y expresión arrogante en el rostro—, que se puso a gruñir amenazadoramente cerca del elegante carruaje, con el mastín *Bow-wow* trotando a su lado.

El desconocido era el mismo individuo que se había acercado a molestar a la señorita Floyd tres meses antes en Cockspur Street.

No sé si Aurora le reconoció, pero sí que rozó las orejas de los caballos con el látigo y que los enérgicos animales pasaron velozmente junto al hombre y cruzaron la verja de Felden, cuando el individuo echó a correr, intentó coger las riendas y detuvo el ligero carruaje, que se meció bajo la fuerza de su robusta mano.

Talbot Bulstrode bajó del carruaje sin recordar la rigidez de su pierna y cogió al hombre por el cuello.

—Suelta las riendas —gritó levantando el bastón—. ¿Cómo te atreves a parar los caballos de esta dama?

—Porque quiero hablar con ella. ¡Suélteme!

El perro se acercó a las piernas de Talbot, pero este hizo girar su bastón y descargó un golpe en la nariz chata del animal, que se retiró dando lúgubres aullidos.

—Eres un canalla insolente y me dan ganas de...

—Tal vez también sería insolente si estuviera hambriento —respondió el desconocido con un quejido lastimoso, como tratando de ser conciliador—. Un clima como este es bueno para los jóvenes elegantes como usted, con sus perros y sus armas y su caza; pero el invierno es difícil para el ánimo de los pobres trabajadores con buena disposición y que no encuentran trabajo honrado o un bocado con que alimentarse. Sólo deseo hablarle a la señorita, ella me conoce bien.

—¿Qué señorita?

—La señorita Floyd. La heredera.

Se encontraban muy cerca del carruaje, Aurora se había levantado del asiento y había arrojado las riendas a Lucy, que miraba a ambos hombres pálida, sin aliento y aterrada sin duda al prever el resultado del encuentro.

Talbot se volvió hacia Aurora después de soltar el cuello de la chaqueta del hombre y preguntó:

—¿Conoce a ese hombre, Aurora?

—Sí.

—Supongo que será uno de sus antiguos protegidos.

—Sí. Déjele. Sus modales son groseros pero no tiene malas intenciones. Quédese con Lucy mientras hablo con él.

Pronta e impetuosa en sus movimientos, Aurora saltó del carruaje y se reunió con el desconocido bajo las ramas desnudas de los árboles antes de que Talbot pudiera protestar.

El perro, que se había arrastrado lentamente de regreso al lado de su amo, colmó de zalamerías a Aurora cuando se acercó, pero fue ahuyentado por un gruñido agudo de *Bow-wow*, que probablemente no podía soportar ninguna vulgar rivalidad.

El desconocido se quitó el sombrero de fieltro y tiró ceremoniosamente de un mechón de pelo rojizo que adornaba su frente baja.

—Podía haberme recibido mejor en un lugar apartado sin todo este alboroto, señorita Floyd —repuso el desconocido con tono enojoso.

Aurora le miró indignada.

—¿Por qué me detiene aquí? —dijo—. ¿No podía escribirme?

—Porque una carta no es mejor que una conversación y porque con señoritas como usted es muy difícil contactar. ¿Cómo saber si no depositarían la carta en manos de su padre? ¡Hubiéramos hecho entonces un buen negocio! Y sin embargo, me atrevo a decir que si me presentara en la casa y le pidiera al viejo una bagatela, no me dejaría partir con las manos vacías. Apostaría cualquier cosa a que me daría un billete de cinco o diez libras esterlinas si lo hiciera.

Los ojos de Aurora lanzaron chispas de fuego cuando, al oír estas palabras, se volvió hacia su interlocutor.

—Si se atreve a molestar a mi padre alguna vez lo pagaré caro, Matthew Harrison —le dijo—; no por temor a lo que pueda decirle, sino porque no quiero que le disgusten ni le atormenten. Sólo Dios sabe lo que ha soportado ya, lo mucho que ha sufrido. No le angustiaré y no dejaré que un miserable como usted especule con sus mejores y más tiernos sentimientos. ¡No lo haré!

Y mientras pronunciaba estas palabras, daba patadas en el suelo escarchado.

Talbot Bulstrode la vio y le asombraron sus gestos. Tuvo la intención de bajar del carruaje e ir a interponerse entre Aurora y su peticionario; pero los caballos no estaban quietos y sabía que era imprudente dejar las riendas a la pobre y tímida Lucy.

—No se lo tome así, señorita Floyd —respondió el hombre que Aurora había llamado Matthew Harrison—, y esté segura de que deseo que arreglemos los negocios a gusto de todas las partes. Lo único que pido es que sea generosa con un pobre diablo que sólo ha tenido contratiempos desde la última vez que la vio. ¡Cielos! ¡Qué altibajos tiene la vida! Si estuviéramos en verano no me hubiera visto en la necesidad de molestarla; pero ¿de qué sirve estar en Regent Street con un tiempo como este con cachorros terrier y otros similares? Las viejas no prestan atención a los perros durante el invierno, y hasta escasean los caballeros aficionados a cazar ratas; únicamente en el hipódromo se puede ganar algún dinero y no habrá nada que hacer hasta las carreras de caballos de Craven Meeting. A buen seguro que no hubiera venido a molestarla, señorita, de no haberme visto en apuros de dinero. Sé que es usted generosa.

—¡Generosa! —exclamó Aurora—. Si todas las guineas que poseo o espero poseer algún día pudieran poner término a la clase de negocio que hace, abriría la mano y dejaría caer el dinero tan libremente como si fuera agua.

—¿No fue una buena acción por mi parte enviarle hace unos días el periódico, señorita? —dijo Matthew Harrison arrancando una ramita seca del árbol más cercano y mascándola con deleite.

Aurora y el hombre habían caminado lentamente mientras hablaban y se hallaban en aquel momento a bastante distancia del carruaje.

Talbot Bulstrode no podía dominar su febril impaciencia.

—Lucy, ¿conoce al protegido de su prima? —preguntó.

—No, no recuerdo su cara; no creo que sea de Beckenham.

—... porque si no le hubiera enviado aquel número del *Life*, usted no se habría enterado... ¿No es cierto? —dijo Harrison.

—No, no, tal vez no —respondió Aurora sacando el monedero del bolsillo, mientras Harrison miraba furtivamente pero con ojos codiciosos el pequeño bolso de cuero, diciendo:

—¿No me pregunta por los detalles? —dijo.

—No. ¿Deberían importarme?

—No, ciertamente —respondió el hombre reprimiendo una risa ahogada—; creo que sabe lo suficiente; y si deseara saber más, no podría decirle nada; esas pocas líneas del periódico son lo único que conozco del asunto. Siempre he dicho y siempre diré que un hombre a caballo que pese más de 150 libras...

Parecía dispuesto a hablar incansablemente sobre este asunto, si Aurora no le hubiese interrumpido frunciendo el ceño con impaciencia. Tal vez calló gustoso porque ella abrió su monedero y el hombre vislumbró los soberanos ocultos entre el forro de seda carmesí. No tenía un sentido muy agudo del color, pero tengo la seguridad de que pensó que el oro y el carmesí formaban un contraste agradable cuando miró las monedas doradas en el monedero de la señorita Floyd. Aurora vertió los soberanos en la palma de su mano enguatada, y después hizo caer la lluvia de oro en las manos de Harrison, que las había juntado ahuecándolas para recibir el fruto de su generosidad. El grueso tronco de un roble los ocultó de la visión de Talbot y Lucy cuando Aurora le dio al hombre este dinero.

—No tiene ningún derecho sobre mí —dijo Aurora interrumpiéndole cuando comenzaba a darle las gracias—, y protesto contra cualquier especulación que quiera hacer sobre los acontecimientos pasados que lleguen a su conocimiento. Recuerde, de una vez y para siempre, que no le temo en absoluto, y que si consiento en auxiliarle es porque no quiero que moleste a mi padre. Deme las señas del lugar a donde pueda dirigirme cuando quiera escribirle, y le prometo que de vez en cuando le enviaré algún dinero; el suficiente para que viva honradamente, si es que usted, o cualquiera de su ralea, es capaz de hacerlo; pero le repito que si le doy este dinero como pago por su silencio es tan sólo por el bien de mi padre.

El hombre balbuceó algunas palabras de gratitud mirando a Aurora seriamente, pero el rostro sombrío de Aurora Floyd tenía una expresión tan severa que perdió toda esperanza de conciliación. Se apartaba de él seguida por su mastín, cuando el perro patizambo se acercó lloriqueando y se levantó sobre las patas traseras para lamerle la mano.

La expresión de su rostro experimentó un cambio inmediato; rechazó al perro, que la miró por un instante con vaga incertidumbre, y luego, como si en la mente del animal se hubiese formado una convicción, explotó en un ladrido jovial, retozando y haciendo cabriolas sobre el vestido de seda de la señorita Floyd, en el cual dejó impresas las polvorientas huellas de sus patas delanteras.

—El pobre animal la ha reconocido, señorita —dijo Harrison con desaprobación

—; nunca ha sido altiva con él.

El mastín *Bow-wow* aulló como si se hubiera desgarrado cada pulgada de tierra en Felden Woods en ese momento, pero Aurora le apaciguó con una mirada.

—¡Pobre *Boxer*! —dijo Aurora—. Así que me has reconocido.

—¡Válgame Dios, señorita!, no existe mayor fidelidad que la de estos animales.

—¡Pobre *Boxer*! Me gustaría tenerte a mi lado. ¿Me lo vendería, Harrison?

—El hombre negó con la cabeza.

—No, señorita —contestó—; gracias por su amabilidad; le aseguro que no hay muchos perros con los que me negaría a cerrar un buen trato. Si quiere un spaniel mudo, un setter ruso o un terrier se lo daría con gusto, y el precio de venta no sería problema; pero este perro hace las veces de padre del terrier, y de madre y esposa, y toda la familia, para mí..., y no hay dinero bastante en el banco de su padre *pa* comprarlo, señorita.

—Bien, bien —dijo Aurora con tono más transigente—, sé que es muy leal. Envíeme las señas que le pido y no vuelva a Felden de nuevo.

Y volvió al carruaje, tomó las riendas de manos de Talbot y animó a los inquietos caballos. El carruaje pasó velozmente junto a Matthew Harrison, que se levantó humildemente, con su perro entre las piernas, hasta que el grupo se perdió de vista.

La señorita Floyd echó una mirada furtiva a su enamorado y vio que el semblante del capitán Bulstrode tenía una expresión más sombría. El oficial mantuvo un silencio malhumorado hasta que llegaron a la casa, y entonces ofreció la mano a las dos jóvenes para ayudarlas a bajar del carruaje y las siguió a través del vestíbulo. Aurora ponía el pie en el primer escalón de la vasta escalera cuando le dijo:

—Aurora, deseo hablarle antes de subir.

Ella volvió el rostro y le miró con expresión desafiante; estaba muy pálida, y aún no se había extinguido en sus negros ojos el fulgor que había brillado intermitente mientras hablaba con el señor Matthew Harrison, aficionado a los perros y cazador de ratas. Talbot Bulstrode abrió la puerta de un largo salón situado bajo la galería de cuadros, medio sala de billar medio biblioteca, y que tal vez era el aposento más agradable de la casa, y se retiró para dejar pasar a Aurora.

La señorita cruzó el umbral con tanta arrogancia como María Antonieta dirigiéndose al lugar en que la esperaban sus acusadores. El salón estaba desierto.

La señorita Floyd se sentó en un sillón cerca de una de las dos grandes chimeneas y se puso a mirar fijamente las llamas.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre ese hombre —dijo el capitán Bulstrode apoyándose sobre una silla oscura en forma de reclinatorio y jugando nervioso con las figuras arabescas esculpidas en la madera de nogal.

—¿Sobre qué hombre?

Esta contestación en boca de algunas mujeres hubiera podido ser un modo de esquivar la pregunta, pero en la de Aurora era tan sólo un desafío.

Talbot lo percibió.

—El hombre que acaba de hablarle en la avenida, hace un momento. ¿Quién es? ¿Qué negocio tiene con él?

El capitán Bulstrode se sintió entonces doblegado.

La amaba, lector, la amaba ciegamente, recuerde, y fue cobarde. Un cobarde bajo la influencia de la más cobarde de todas las pasiones, ¡el Amor! Esa pasión que dejó una mancha en el nombre de Nelson;^[41] esa pasión que hubiera podido convertir en un cobarde al más valiente de los trescientos valientes muertos en las Termopilas o de los seiscientos héroes de Balaklava.^[42] Tanto la amaba este joven infeliz, que comenzó a balbucear, a vacilar y disculparse, temblando bajo el fuego de la ira que inflamaba sus maravillosos ojos.

—Debe creer, Aurora, que por nada en el mundo quisiera espiar sus acciones, ni imponerle la elección de las personas objeto de su generosidad. No, Aurora, no, aun cuando tuviera más derecho para hacerlo y fuera veinte veces su esposo; pero no creo que ese hombre de aspecto sospechoso con quien acaba de hablar sea el tipo de persona digna de sus favores.

—No me atrevo a decir que no —repuso ella—, y es muy posible que socorra a personas que debieran con toda justicia morir en una cárcel o caídas en un arrabal; pero si me detuviera a cuestionar lo que merecen, podrían morir de hambre mientras hacía tales averiguaciones. Así pues, es preferible malgastar algunos chelines con un pobre desgraciado que sea lo suficientemente criminal para estar hambriento y no sea lo bastante honrado para merecer que se le dé una limosna.

Este lenguaje respiraba una temeridad que sorprendió a Talbot, pero no podía objetarle nada; además, y por otra parte, se apartaba del asunto sobre el cual estaba tan ansioso de obtener satisfacción.

—Pero, Aurora, ¿quién es ese hombre?

—Un comerciante de perros.

Talbot se estremeció.

—Me figuraba que sería de una condición horrible —murmuró—, pero ¡en nombre del Cielo!, ¿qué podía querer de usted, Aurora?

—Lo que la mayoría de mis peticionarios quieren —respondió ella—; ya sea el cura de una nueva capilla con decoración medieval, que quiere rivalizar con la Virgen de Bonssecours sobre una de las colinas de los alrededores de Norwood, o una lavandera, que ha quemado las coladas de una semana y quiere los medios para enmendarlo; o una dama de moda, que está a punto de inaugurar un hogar para los hijos de los pobres vendedores de cerillas, o un orador sobre economía política, o sobre Shelley y Byron, o Charles Dickens y los humoristas modernos, que acuden a conferenciar en Croydon. Todos quieren lo mismo: ¡dinero! Si le digo al cura que mis principios son evangélicos y que no puedo orar devotamente si hay velas en el altar, él no es menos feliz con mis cien libras. Si informo a la dama que tengo opiniones particulares sobre los pobres huérfanos de vendedores de cerillas y expongo mi propia teoría en contra de la educación de las masas, únicamente se encogerá de

hombros despectivamente, pero se encargará de hacerme saber que cualquier donación que la señorita Floyd tenga a bien hacer será igualmente aceptable. Si yo les dijese que había cometido media docena de crímenes, o que tengo una estatua de plata del ganador del Derby del año pasado erigida en un altar en mi vestidor —y que la venero día y noche—, igualmente tomarían mi dinero y me darían bondadosamente las gracias por él, como ese hombre acaba de hacer.

—Pero, una pregunta, Aurora: ¿es ese hombre de los alrededores?

—No.

—Entonces, ¿cómo llegó a conocerlo?

Aurora le miró un instante fijamente, sin temor, y con expresión pensativa en ese semblante en constante cambio. Parecía como si debatiera algún asunto en su interior.

Después se levantó de pronto, se envolvió en su chal y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo en el umbral y dijo:

—Este interrogatorio no es muy agradable, capitán Bulstrode. Si me complace dar un billete de cinco libras a quienquiera que me lo pida, creo tener completa libertad para hacerlo, y no me someteré a rendir cuentas a nadie por mis acciones, ni siquiera a usted.

—¡Aurora!

El tono de tierno reproche le golpeó el corazón.

—Debe creerme, Talbot —le dijo—, debe creerme, aprecio en mucho su amor para ponerlo en peligro con mis palabras o mis acciones, debe creerme.

VIII

El pobre John Mellish regresa de nuevo

John Mellish se cansó de la gran ciudad de París. Mejor el amor, el goce y una corteza de pan en un desván que la carne de buey u otros costosos platos en el más noble de los salones, con los más obsequiosos camareros reprimiendo una sonrisa burlona al escuchar nuestro acento insular. Se cansó, de corazón, de la Rue Rivoli, de las verjas doradas de los Jardines de las Tullerías y de los árboles deshojados tras ellas; de la Plaza de la Concordia, de los Campos Elíseos, del traqueteo de los cascos de la tropa en torno al carruaje de su Alteza Imperial, cuando Napoleón III, o el pequeño príncipe, salían a oxigenarse. El complot se tramaba aún, antes de llegar a su apogeo en la Rue Lepelletier.^[43] Estaba cansado de los anchos bulevares, de los teatros, de los cafés y de las tiendas de guantes; cansado de mirar los escaparates de los joyeros de la Rue de Paix, imaginándose la cara de Aurora Floyd bajo las tiaras de diamantes y esmeraldas exhibidas en ellos. Y tenía serios pensamientos en torno a la compra de un hornillo y una cesta de carbón con la que asfixiarse en silencio, en el gran salón dorado del Meurice. ¿De qué servía su dinero, sus perros, sus caballos o sus grandes haciendas? Todo ello junto no compraría a Aurora Floyd. ¿Qué había de bueno en la vida si, llegado el caso, la hija del banquero rehusaba compartirlo con él?

Recordará el lector que John Mellish, el robusto joven de ojos azules y cabellos rizados, había sido un niño malcriado desde la cuna —malcriado por parientes pobres y parásitos, sirvientes y aduladores—, desde su nacimiento hasta sus treinta años de existencia, y resultaba muy duro que una mujer tan adorable pudiera rechazarle. Si hubiera sido un potentado de Oriente, habría enviado a buscar a su visir, le hubiera ordenado ahorcarse ante sus ojos, y de este modo hubiera desahogado su desesperación; pero era simplemente un caballero de Yorkshire, un hacendado, y no tenía más remedio que llevar su carga en silencio. ¡Como si en alguna ocasión hubiera sobrellevado algo en silencio! Hizo recaer parte de su pena sobre su criado, hasta que el sirviente temió oírle siquiera pronunciar el nombre de la señorita Floyd, e incluso el pobre mozo le dijo en confianza a un compañero de servidumbre que su amo había prorrumpido en tales aullidos tras proponerle matrimonio a una joven en Brighton, que se había vuelto insoportable. El desenlace a todo esto fue que una noche John Mellish dio órdenes repentinas de plegar su equipaje y a la mañana siguiente muy temprano partió hacia el gran ferrocarril del norte, dejando sólo las cenizas de su fuego tras él.

Era muy natural suponer que el señor Mellish habría ido directamente a su casa de campo, donde había mucho trabajo por hacer: potros que inscribir para las próximas carreras, condiciones que ajustar con entrenadores y mozos de cuadra, y un semental esperando el visto bueno del amo. Pero en lugar de ir de la estación de Dover al Gran Hotel Norte, cenar y partir en el expreso para Doncaster, el señor Mellish se hizo conducir en carruaje al café de Gloucester con el propósito —según dijo— de asistir a la exposición de ganado anual.

Tuvo la desgraciada idea de dirigirse hacia Baker Street en un cabriolé de alquiler, y vagó aquí y allá durante un cuarto de hora examinando con tristeza los corrales, y después huyó precipitadamente para evitar los cordiales saludos que le prodigaban los arrendatarios del Yorkshire. A la mañana siguiente dejó Gloucester en una carretela^[44] y partió directamente hacia Beckenham. Archibald Floyd —que no tenía noticias de la declaración de Mellish y el rechazo de su hija— le había invitado a pasar una temporada en Felden Woods.

¿Por qué no había de aceptar? Por supuesto, únicamente para hacerle una visita matutina al hospitalario banquero y no para ver a Aurora; tan sólo para respirar un poco del mismo aire que ella respiraba antes de regresar a Yorkshire.

Está de más señalar que Mellish ignoraba la dicha de Talbot Bulstrode, y había sido uno de sus principales consuelos en el exilio recordar que su amigo se había embarcado con anterioridad en la misma nave y había naufragado junto a él.

Fue conducido a la sala del billar, donde encontró a Aurora sentada delante de una mesita cerca de la chimenea, dibujando con lápiz la copia de un grabado de un cuadro de Rosa Bonheur^[45] mientras Talbot Bulstrode estaba sentado a su lado ocupado en afilarle los lápices.

Se comprende instintivamente que el hombre que prepara lápices, sujeta en las manos extendidas una madeja de hilo, carga perritos falderos, capas de salón, sillas de tijera o sombrillas... es un hombre prometido.

John Mellish había aprendido lo suficiente como para no albergar duda ninguna, y exhaló un suspiro tan fuerte —un suspiro que parecía un gemido— que llegó a oídos de Lucy y su madre, que estaban sentadas delante de la otra chimenea, y después alargó la mano a la señorita Floyd pero no a Talbot Bulstrode. Vinieron a su mente vagos recuerdos de antiguas leyendas romanas, ejemplo de generosidad sobrehumana y de abnegación personal, pero no hubiera podido estrechar la mano de aquel hijo de Cornualles de negros cabellos, aunque la preservación de su hacienda hubiera dependido de semejante sacrificio. No, no hubiera podido hacerlo. Se sentó a algunos pasos de Aurora y su enamorado, retorciendo el sombrero entre calientes y nerviosas manos, hasta dejar sin forma el ala, y le fue imposible pronunciar una sola frase, ni tan siquiera algún lastimoso comentario sobre el tiempo.

Era un niño mimado de treinta años, y me temo —si es preciso confesar toda la verdad— que vio a Aurora Floyd a través de una espesa bruma que nublaba y distorsionaba su deslumbrante rostro ante sus ojos. Lucy acudió entonces en su

auxilio para presentarle a su madre, y la bondadosa señora Alexander quedó muy complacida por su franco semblante, de un tipo verdaderamente inglés. Mellish tuvo la dicha de sentarse de espaldas a la luz, de modo que ni la madre ni la hija detectaron el sombrío velo que cubría sus ojos azules.

Archibald Floyd declaró terminantemente que su huésped no partiría aquella noche ni al día siguiente.

—Debe pasar la Navidad con nosotros —dijo— y entrar aquí en el año nuevo antes de regresar a Yorkshire. Tengo a todos mis hijos en casa en esta época y es la única temporada del año en que Felden parece la casa de un anciano. Su amigo Bulstrode se queda con nosotros —Mellish se sobresaltó al oír esta noticia— y sentiría que rechazara unirse a nuestro grupo.

Qué desgraciado cobarde debía ser el pobre John Mellish para aceptar la invitación del banquero, enviar el Newport Pagnell^[46] de regreso a Gloucester y dejarse conducir por el criado del señor Floyd a un confortable aposento, situado a algunas puertas de los cuartos tapizados que ocupaba Talbot.

Pero ya he señalado antes que el amor es una pasión cobarde. Es como el dolor de muelas; incluso los más fuertes y valientes sucumben ante él, y aúllan a voces bajo semejante tormento. No creo que el Duque de Hierro se hubiera sentido avergonzado por protestar al extraerle los dientes. E incluso he oído hablar de un gran guerrero que sabía aplicar mejor castigo que cualquiera de sus oponentes, pero que se desmayaba al primer apretón de las pinzas del dentista.

John Mellish consintió en quedarse en Felden, y al anochechar entró en el vestidor de Talbot para acusarle de traidor.

Talbot se esforzó en consolar a su triste visitante.

—Hay más mujeres en el mundo —le dijo después de que Mellish le confiara su pena, consolándole, el muy hipócrita, con palabras que no sentía, pero que dijo igualmente—; hay más mujeres, mi querido Mellish; señoritas encantadoras y admirables que tendrían gusto en conquistar el cariño de un joven como usted.

—Aborrezco las señoritas admirables —dijo Mellish—. ¡Se burla del afecto que siento! Nadie nunca se ganará mi cariño; porque la amo, amo a esa bella criatura de ojos negros, esa que lanza relámpagos de fuego con su mirada y monta a caballo tan bien como el mejor jinete. La amo, Bulstrode, y me siento engañado. Dijiste que te había rechazado y que partirías de Brighton en el expreso de las ocho..., pero no te fuiste; regresaste furtivamente, te declaraste de nuevo... y te aceptó. Confiesa que no fue juego limpio.

Dicho esto, el señor Mellish se dejó caer sobre una silla que rechinó bajo su peso y se puso a atizar el fuego con furia.

Fue duro para el pobre Talbot tener que excusarse por haber conquistado la mano de Aurora, y no le resultó agradable recordarle a su amigo que, si la señorita Floyd le había aceptado, tal vez era porque le prefería al honesto hijo de Yorkshire. El asunto no se presentaba bajo este punto de vista a los ojos de Mellish. El niño mimado se

veía privado del juguete más valioso, en cuya posesión había apostado su necio corazón, y se creía engañado como si hubiera pujado por un caballo en justa y pública competencia con un amigo que hubiese regresado después de la venta a ofrecer mayor precio bajo mano.

Se negaba a creer que la conducta de Talbot hubiera sido honesta, y se indignó sobremanera cuando este caballero se aventuró a sugerirle que, quizá, lo más inteligente hubiera sido no haber puesto nunca más los pies en Felden Woods.

Talbot Bulstrode había evitado toda alusión a Matthew Harrison, el tratante de perros, y esta primera discusión entre los prometidos había terminado con el triunfo de Aurora.

La presencia de Mellish causaba no poco embarazo a la señorita Floyd; se veía vagar al joven desconsoladamente por los vastos salones, sentarse de vez en cuando a alguna de las mesas para mirar con atención los lentes de un estereoscopio, tomar un libro primorosamente encuadernado y dejarlo caer sobre la alfombra con melancólica distracción o suspirar sonoramente cuando le dirigían la palabra; era, en fin, una compañía muy lejos de resultar agradable.

El generoso corazón de Aurora se enterneció con el espectáculo digno de compasión de este enamorado desdeñado, y le buscó un par de veces, le habló de su caballo de carreras y le preguntó si le gustaba la caza en el condado de Surrey; pero John pasaba del rojo al blanco y del frío al calor cuando ella le hablaba, y huía pálido como un cadáver y con una expresión pavorosa que hubiese podido ser grotesca de no haber sido tan dolorosamente verdadera.

No tardó John en encontrar un confidente de sus penas más compasivo que Talbot Bulstrode; este amable y caritativo «confidente» era Lucy Floyd, a quien el robusto hombre de Yorkshire le confió su problema. ¿Sabía o adivinaba —por alguna maravillosa clarividencia— que Lucy soportaba una pena tan similar a la suya y que era precisamente la única persona en Felden Woods que se compadecía de él y le escuchaba con paciencia?

Este joven, cándido e ingenuo, no era en absoluto orgulloso.

Dos días después de su llegada a Felden se lo había revelado todo a Lucy.

—Supongo, señorita Floyd —dijo— que sabe que su prima me negó su mano. Sí, claro; y es probable que sepa también que rechazó a Bulstrode casi al mismo tiempo; pero hay hombres que carecen de amor propio, y debo confesar que pienso que el capitán actuó con engaños.

¡Con engaños! ¡Su ídolo, su ser adorado, su semidiós, su divinidad de pelo negro y ojos grises!

Cuando Lucy oyó hablar en tales términos del capitán se volvió hacia Mellish con las mejillas ruborizadas por un lívido resplandor de ira, y le dijo que Talbot tenía derecho a hacer lo que había hecho, y que fuera lo que fuera, Talbot había hecho lo correcto.

Como la mayor parte de los hombres cuyas facultades para la reflexión están

insuficientemente desarrolladas, John Mellish estaba dotado de una percepción bastante rápida; percepción aguzada en aquel momento por esa especial perspicacia compasiva, esa maravillosa clarividencia de la que he hablado, y en las pocas palabras de indignación y en las mejillas encendidas por la ira leyó el secreto de la pobre Lucy; supo que amaba a Talbot Bulstrode como él a Aurora, desesperadamente.

Cuánto admiró a aquella frágil muchacha que tenía miedo de perros y caballos, que se estremecía si una corriente de aire invernal soplaba a través del caliente vestíbulo y que, sin embargo, llevaba el peso de su dolor con tanta paciencia y resignación; mientras él, que pesaba casi doscientas libras y podía montar cuarenta millas a través de la campiña con los vientos más fríos de diciembre azotando su rostro, se veía impotente para sobrellevar su aflicción. Le reconfortó observar a Lucy, y leer en esos gestos y débiles indicios —que habían escapado incluso al discernimiento de una madre— la triste historia de su amor no correspondido.

El pobre Mellish tenía buen corazón y era muy poco egoísta para sostenerse perpetuamente en la sombría fortaleza de desesperación que había elegido por morada, y la noche de Navidad en que Felden fue escenario de ciertos regocijos en honor especial de los huéspedes más jóvenes, cedió terreno, tomó parte en sus juegos, y fue más niño que ellos, quemándose los dedos para coger los racimos demasiado calientes, dejándose tapar los ojos a gusto de sus bulliciosos compañeros que jugaban a la gallina ciega, padeciendo humillantes castigos en el juego de las prendas, desempeñando alternativamente los papeles de posadero, *sheriff*, policía, clérigo y juez en las charadas representadas, levantando en sus robustos brazos a los que querían ver la copa del árbol de Navidad, y haciéndose de otras maneras agradable y útil a los niños de tres a quince años de edad. Hasta que, bajo la influencia de esta alegría infantil, y tal vez también la de dos o tres vasos de Moselle, besó osadamente a Aurora Floyd bajo la rama de muérdago que colgaba, sólo por esa noche, en el gran vestíbulo de Felden Woods.

Y una vez hecho esto, el señor Mellish perdió completamente el juicio y estuvo fuera de sí el resto de la velada. Dirigió discursos a los niños a la hora de la cena; les propuso aclamar con tres hurras el nombre del señor Archibald Floyd y los intereses comerciales de Gran Bretaña; dirigió con su voz grave y sonora el coro de las pequeñas voces tiples, y lloró a lágrima viva —sin saber por qué— tapándose la cara con la servilleta.

Vio a Aurora Floyd —a través de una atmósfera de lágrimas, vinos espumosos, gas y flores exóticas—, que estaba muy hermosa con aquella sencilla túnica blanca..., y le pareció, ¡ah, cuán preciosa!, con una guirnalda de acebo artificial alrededor de la cabeza. Las afiladas hojas y las bayas escarlata formaban una corona —aunque pienso, ciertamente, que un plato de queso o cualquier otra cosa se hubiera transformado en una corona si la señorita Floyd hubiese tenido el antojo de ponérselo en la cabeza—, y parecía el genio de la Navidad, una aparición brillante y bella;

demasiado bella para ser admirada más de una vez al año.

Cuando los relojes tocaron las dos de la madrugada, bastante tiempo después de que los criados se llevaran a los niños profundamente dormidos, envueltos en capas y, me temo, algunos de ellos bajo la influencia de los licores; cuando los invitados adultos se retiraron a descansar, las luces se apagaron —salvo algunas excepciones—, se marchitaron las guirnaldas y se fue todo el mundo a excepción de Talbot y John Mellish, los dos jóvenes se pasearon de uno a otro lado de la vasta sala de billar, al moribundo resplandor de dos fuegos que se apagaban, y se hablaron con la confianza más absoluta. Era la madrugada del día de Navidad y habría sido extraño mostrarse poco amistoso en semejante momento.

—Si te hubieras enamorado de la otra, Bulstrode —dijo Mellish estrechando la mano de su antiguo compañero de colegio mientras le miraba patéticamente—, hubiera podido considerarte como un hermano; es más adecuada para ti, mil veces más adecuada para ti que su prima; debías haberte casado con ella... según las normas de cortesía... Quiero decir..., tras haberla comprometido tanto con tus atenciones... La señora... ¿cómo se llama?... La institutriz... La señora Powell ha dicho que debías haberte casado con ella.

—¿Casarme con ella? ¿Con quién? —preguntó Talbot con bastante dureza, al tiempo que escapaba al abrazo de su amigo, que se tambaleó hacia atrás sobre los talones de sus botas de un modo bastante alarmante—. ¿Qué quieres decir?

—La niña más dulce de la cristiandad... exceptuando una —dijo Mellish cruzando las manos con vehemencia y alzando sus azules ojos al cielo—; la niña más adorable de la cristiandad, a excepción de una sola.

—Pero ¿quién es?

—Lucy Floyd.

—¿Lucy Floyd?

—Sí, la niña más dulce de...

—¿Quién dice que debía haberme casado con Lucy Floyd?

—Ella lo dice. Pero no..., no es eso lo que quiero decir, —dijo Mellish bajando la voz hasta un solemne susurro—, quiero decir que Lucy Floyd te ama. Ella no me lo dijo... Oh, no, bendita su alma..., no ha pronunciado una sola palabra sobre el tema, pero me consta que te ama. Sí —añadió John empujando a su amigo lejos de él y mirándole de pies a cabeza como si le tomase medidas para un traje completo—, esa muchacha te ama y te ha amado siempre. No soy tonto, y te juro por mi honor que Lucy Floyd te ama.

—No eres tonto —exclamó Talbot—, no, no..., es peor que eso, John Mellish, estás ebrio.

Le volvió la espalda con desprecio, y tomando una candela de la mesa que estaba cerca de la puerta, la encendió y salió a grandes pasos de la sala.

John permaneció inmóvil, se pasó la mano por sus cabellos rizados, e impotente, siguió con la mirada al capitán.

—Esta es la recompensa que alcanza un hombre haciendo un acto de generosidad —dijo metiendo una candela en las ascuas, sin reparar en cualquier otro medio más sencillo para encenderla—; es duro, pero supongo que así es el ser humano.

Talbot Bulstrode se acostó de muy mal humor. ¿Sería cierto que Lucy le amaba? ¿Habría descubierto el parlanchín de Yorkshire un secreto que había escapado a la agudeza del capitán? Recordaba cómo, no hacía demasiado tiempo, había deseado que aquella hermosa joven rubia se enamorase de él, y ahora, todo era inquietud y confusión.

Ginebra era la dama de su corazón cuando la pobre Elaine se interpuso desgraciadamente en su camino. El maravilloso libro del señor Tennyson no había sido publicado aún en el año cincuenta y siete, pues sin duda el pobre Talbot se habría comparado a sí mismo con el caballero cuya «honorabilidad enraizó en perdurable deshonor»^[47]. ¿Se había comportado como un hombre sin decoro? ¿Se había comprometido por sus atenciones a Lucy? ¿Había engañado a tan justa y amable criatura?

Las almohadas de suave algodón no le proporcionaron descanso a su fatigada cabeza, y cuando se quedó dormido al amanecer, tuvo sueños horribles en los que se veía a Aurora Floyd en pie sobre el borde de un estanque de agua clara en medio de un bosque en Felden, y señalando hacia abajo con el dedo —a través de la superficie transparente como el cristal— el cadáver de Lucy, que yacía en el fondo, pálida e inmóvil entre los lirios y las plantas acuáticas, cuyos largos tallos se ensortijaban con sus hermosos cabellos dorados.

En este sueño terrible oyó el chapoteo del agua y se despertó confuso, encontrándose a su criado rompiendo el hielo del cuarto de aseo en el aposento contiguo. Sus inquietudes sobre la pobre Lucy se desvanecieron entonces con la generosa luz del sol, y se rio de la mortificación pasada, que sin duda se había originado por su exceso de vanidad. ¿Quién era él para que las señoritas cayeran rendidas de amor? ¡Qué necio había sido dando crédito, ni por un momento, a los ebrios balbuceos de John Mellish!

Así es que alejó la imagen de Lucy de su mente y sólo tuvo ojos, oídos y pensamientos para Aurora, que le condujo a la iglesia de Beckenham en su carruaje y se sentó a su lado en el largo banco reservado a la familia del banquero.

¡Ay! Me temo que oyó muy poco del sermón que se predicó aquel día; pero, no obstante, declaro que era un hombre bueno y devoto; un hombre a quien el cielo había dado en abundancia el don de una fe ardiente, que recibía las bendiciones de la mano de Dios respetuosa, casi temerosamente, y que cuando inclinó la cabeza al terminar el servicio de júbilo y acción de gracias el día de Navidad, agradeció al cielo su copa de felicidad llena hasta los bordes y rogó poder ser digno de tanta ventura.

Talbot abrigaba el vago temor de ser demasiado feliz y estar demasiado unido al corazón y el alma de la mujer de ojos negros que se sentaba a su lado. ¡Si ella muriera! ¡Si le engañase! Este pensamiento le mareó y le comprimó el corazón, y

aún en aquél recinto del templo santo el espíritu del mal le murmuró al oído que había estanques de aguas tranquilas, pistolas cargadas y otros remedios seguros para calamidades de este género, y que el amor, fiebre terrible y ardiente, es una pasión malvada y cobarde al mismo tiempo.

El día era brillante y claro, la nieve ligera blanqueaba el suelo y los contornos de los vallados y de la copa de los árboles se destacaban sobre el fondo azulado del cielo transparente y glacial. El banquero propuso enviar los carruajes a casa y bajar a pie la colina que conduce a Felden, de modo que Talbot Bulstrode ofreció su brazo a Aurora, que se sentía muy complacida por la oportunidad de un *tête-à-tête* con su prometido.

John Mellish iba en compañía de Archibald Floyd, que le trataba con especial predilección, y Lucy se perdía entre el grupo de hermanos, hermanas y primos.

—Estuvimos tan ocupados ayer todo el día con los niños —dijo Talbot—, que olvidé decirle que había recibido carta de mi madre.

La señorita Floyd le dirigió una mirada resplandeciente, pues le gustaba en gran medida oír hablar de *lady* Bulstrode.

—La carta contiene naturalmente pocas noticias —añadió Talbot—, porque es raro que haya mucho que contar en Bulstrode. Sin embargo..., sí hay una noticia que le concierne.

—¿A mí?

—Sí. ¿Recuerda a mi prima, Constance Trevyllian?

—Sí...

—Ha regresado de París, donde completó su educación, y creo que exitosamente. Ha ido a pasar las navidades en Bulstrode. ¡Cielos!, Aurora, ¿qué le ocurre?

No mucho, aparentemente; su rostro se había puesto blanco como una hoja de papel, pero no temblaba la mano que se apoyaba en el brazo del joven. Tal vez, si hubiera prestado más atención, habría advertido que su calma era más que natural.

—¿Qué le sucede, Aurora?

—Nada. ¿Por qué me lo pregunta?

—Su rostro está pálido como...

—Será efecto del frío —dijo Aurora estremeciéndose—. Hábleme de su prima, la señorita Trevyllian. ¿Cuándo ha ido a Bulstrode Castle?

—Debió de llegar anteayer. Mi madre la esperaba cuando escribió la carta.

—¿La aprecia especialmente *Lady* Bulstrode?

—No le merece una predilección especial. Constance es más bien una muchacha frívola, pero le tiene bastante cariño.

—Anteayer —dijo Aurora hablándose a sí misma—, la señorita Trevyllian debió de llegar anteayer. Las cartas que vienen de Cornualles se entregan en Felden después del mediodía, ¿no es así?

—Sí, querida.

—¿Recibirá hoy carta de su madre, Talbot?

—¿Carta hoy? Oh, no, Aurora, nunca escribe dos días seguidos. Raro es que lo haga más de una vez a la semana.

La señorita Floyd no dio respuesta alguna, ni su rostro recobró su matiz durante el camino de vuelta a casa. Permaneció silenciosa, contestando muy brevemente a las preguntas de Talbot.

—Estoy seguro de que está enferma, Aurora —dijo mientras subían por la escalera de la galería.

—Sí, algo indispuesta.

—Pero, querida, permítame que se lo diga a la señora Alexander o a la señora Powell. Déjeme volver a Beckenham a buscar al médico.

Ella le miró con una expresión seria y triste.

—¡Mi necio Talbot! ¿Recuerda lo que le dice Macbeth a su médico?^[48] —preguntó Aurora—. Hay enfermedades para las cuales no hay remedio. Déjeme sola. Lo sabrá pronto; sí, muy pronto, me atrevo a decir.

—Pero, Aurora, ¿qué quiere decir con esto? ¿Qué pensamiento tiene en mente?

—¿Qué pensamiento...? Déjeme sola, déjeme sola, capitán Bulstrode.

Talbot le tomó la mano, pero ella le rechazó y subió precipitadamente la escalera, en dirección a sus aposentos.

Talbot corrió a avisar a Lucy con semblante pálido, aterrado.

—Su prima está enferma, Lucy —dijo—; vaya a su cuarto, por amor de Dios, y vea lo que tiene.

Lucy obedeció inmediatamente, pero encontró la puerta del cuarto de la señorita Floyd cerrada por dentro; y cuando la llamó en voz alta y le suplicó que abriese, Aurora gritó:

—¡Vete, Lucy, vete, y déjame sola si no quieres que me vuelva loca!

IX

De cómo pasó Talbot Bulstrode el día de Navidad

No hubo más felicidad para Talbot Bulstrode aquel día. Vagó con total desamparo de aposento en aposento hasta que cayó rendido como la joven heroína de Lewis,^[49] esperando encontrar a Aurora, ya en el billar, ya en el salón; se dirigía al vestíbulo a cada instante con el fútil pretexto de mirar los barómetros y termómetros, únicamente con el objetivo real de poder escuchar si se abría o cerraba la puerta del cuarto de Aurora. Le pareció que todas las puertas de Felden Woods se abrían y se cerraban sin descanso esa tarde.

No tenía excusa alguna para pasar por delante de la puerta de la habitación de la señorita Aurora, pues la suya estaba en el ángulo opuesto de la casa, pero se demoraba en la vasta escalera principal mirando los cuadros que cubrían las paredes para disimular su ansiedad.

Había esperado que Aurora se presentara a la hora del almuerzo, pero el almuerzo pasó tristemente sin ella, y las alegres carcajadas y la animada conversación de la familia reunida resonaron en los oídos de Talbot como el eco del lejano estruendo de un vasto océano de duda y confusión.

Pasó la tarde de esta infeliz manera, sin que nadie reparase en él a excepción de Lucy, que le observaba furtivamente desde su asiento distante, viéndole vagar de un extremo a otro del salón. ¡Ah, cuántos hombres son observados por ojos amantes cuya luz no ven jamás! ¡Cuántos hombres son compadecidos por un corazón tierno cuyo secreto ignoran siempre! Antes de anochecer, Talbot Bulstrode entró en su cuarto para cambiarse de traje. Debía transcurrir aún bastante tiempo antes de que la campana tocara, pero se vestiría temprano —pensó— para estar seguro de hallarse en el salón cuando bajase Aurora.

No tomó una luz porque había siempre dos candelas sobre la chimenea de su habitación.

Reinaba ya la oscuridad en su apacible aposento, pues el fuego de la chimenea no arrojaba llama, pero pudo distinguir un objeto blanco sobre el tapete verde de la mesa que le servía de escritorio. El objeto blanco era una carta. Atizó la masa de carbón medio apagado de la chimenea, y una brillante llama vaciló y se alzó alumbrando todo el cuarto. Tomó la carta con una mano mientras encendía con la otra una de las candelas. La carta era de su madre. Aurora le había dicho que la recibiría. ¿Qué significaba todo eso?

Las risueñas flores y las alegres aves pintadas en las paredes empapeladas dieron

vueltas en torno suyo mientras desgarraba el sobre.

Creo firmemente que tenemos una clarividencia casi sobrenatural con respecto a la proximidad de las desgracias que nos amenazan; un instinto profético que nos hace adivinar que tal carta o tal mensajero nos traen malas noticias. Talbot Bulstrode tuvo ese presentimiento cuando desdobló el papel en sus manos. Se alzaba ante él una horrible inquietud, una sombra amenazante, una cara velada, vaga y espantosa, pero allí estaba.

«Mi querido Talbot:

Sé que la carta que voy a escribirte te afligirá y te dejará confundido, pero es mi deber advertirte. Temo que tu corazón esté muy involucrado en tu compromiso con la señorita Floyd...»

Las malas noticias se referían a Aurora, luego, la sombra amenazante levantaba lentamente su oscuro velo y tras él aparecía el rostro de la que más amaba en la tierra.

«... pero sé —continuaba la despiadada carta— que el sentimiento de honorabilidad es la característica más fuerte de tu carácter y, por mucho que hayas amado a esa joven —¡Dios mío, hablaba de su amor en pasado! —, no te dejarás enredar en una falsa posición por cualquier debilidad de afecto. Existe un misterio en la vida de Aurora Floyd...»

Esta frase ocupaba la última línea de la primera página, y antes de que la mano trémula de Talbot Bulstrode hubiera podido volver la hoja, todas las dudas, todos los temores, todos los presentimientos vagos que había abrigado acudieron de regreso a su mente con claridad sobrenatural.

«... Constance Trevyllian llegó ayer, y ya puedes imaginar que durante el transcurso de la velada se habló de ti y de tu compromiso.»

¡Malditas sean las habladurías de las mujeres frívolas!

Talbot estrujó la carta en su mano y estuvo a punto de arrojarla al fuego; pero no, era forzoso que la leyera, la sombra de la duda debía ser afrontada, forcejear con ella y vencerla, o no habría más paz para él en la tierra.

Continuó leyendo la carta.

«... Le dije a Constance que la señorita Floyd había sido educada en el colegio de la Rue St. Dominique, y le pregunté si se acordaba de ella. “¡Cómo!”, exclamó, “¿es aquella señorita Floyd que causó tanto escándalo? ¿La señorita Floyd que se escapó del colegio?” Y me relató

que una señorita Floyd había sido conducida por su padre al colegio de las señoritas Lespard en junio del año pasado, que menos de dos semanas después de su llegada a la escuela desapareció, que su desaparición —por supuesto— causó gran sensación y dio origen a muchos comentarios entre las alumnas, y que se dijo que había huido. Se trató de encubrir lo mejor posible este desagradable acontecimiento, pero ya sabes que las chicas hablan, y según me ha dicho Constance, me figuro que circularon rumores nada honrosos para la señorita Floyd. Ahora bien, tú me has escrito que la hija del banquero no regresó a Felden hasta el mes de septiembre último. *¿Dónde ha estado en ese intervalo de tiempo?»*

No leyó más. De una ojeada vio que el resto de la carta sólo contenía más consejos maternos y recomendaciones relativas a la conducta que debía observar en tan desconcertante asunto. Guardó el papel arrugado en el pecho y se sentó en un sillón junto a la chimenea.

¡Entonces, era cierto! ¡Había un misterio en la vida de esta mujer! Las dudas y las sospechas, los temores y las confusiones indefinidas que le habían contenido en un principio y le habían hecho forcejear en contra de su amor no habían sido infundadas; había una buena razón para todos ellos, bastantes buenas razones, como las tiene el instinto que la Providencia implanta en nuestros corazones. Un negro muro se alzaba en torno suyo y le separaba para siempre de la mujer que amaba; de la mujer que amaba con un amor tan insensato, tan temeroso, y por cuyo amor había dado gracias a Dios en el templo unas horas antes. Ella hubiera debido ser su esposa, la madre de sus hijos, tal vez.

Se tapó la cara con sus frías manos y sollozó en voz alta.

No le desprecies por este llanto angustioso; eran las primeras lágrimas que vertía desde que era hombre; nunca se habían humedecido sus ojos desde la infancia. ¡No permita Dios que lágrimas como esas se viertan más de una vez durante toda una vida! No podría sufrirse dos veces semejante tormento. Roncos sollozos rasgaron y desgarraron su pecho como si su carne fuera despedazada con una espada sin filo; y cuando separó del rostro las manos mojadas, se asombró de que no estuvieran rojas, pues le parecía que había llorado sangre.

¿Qué debía hacer? ¿Ir a pedirle explicaciones a Aurora sobre el significado de aquella carta? Sí, la conducta que debía seguir era francamente clara.

Se apoderó de nuevo de su mente un tumulto de esperanza que desvaneció todo su terror. ¿Por qué dudaba tan pronto de ella? ¡Qué miserable cobardía sospechar de una joven cuya alma límpida se le había mostrado tan libremente, aquella cuya vehemencia revelaba sinceridad! Porque en sus relaciones con Aurora la cualidad que más había reverenciado de su carácter era su sublime candor. Casi se rio al recordar la solemne carta de su madre; le pareció tan semejante a esas sencillas gentes de campo cuyas vidas se circunscriben a los estrechos límites de Cornualles y cuya existencia

ociosa les hace levantar montañas de suposiciones de las cosas más insignificantes. ¿Qué había de sorprendente en este asunto? La niña mimada, la heredera caprichosa, se había cansado de la escuela extranjera y se había escapado; y su padre, deseando que no se tuviese noticia de la fuga de su hija, la había llevado a alguna otra parte y había conservado su insensatez en secreto. ¿Qué había en todo este asunto que no fuera perfectamente natural y probable, considerando las circunstancias excepcionales del caso?

Podía imaginar a Aurora con las mejillas encendidas y los ojos llenos de ira, arrojando una página de ejercicios borroneados a la cara de su maestro de francés, y huyendo de la clase en medio de un tumulto y un murmullo de exclamaciones. ¡La bella criatura era tan impetuosa! No hay nada que un hombre no admire en la mujer que ama, y Talbot casi se sentía inclinado a admirar a Aurora por haberse fugado del colegio.

La primera campanada anunciando la cena había sonado durante esta agonía del capitán Bulstrode, así que todas las salas y todos los corredores estaban desiertos cuando fue a buscar a Aurora, llevando en el pecho la carta de su madre.

No estaba en la sala de billar ni en el salón, pero la encontró por fin en un pequeño aposento, en un extremo de la casa, asomada a una ventana que daba al parque. El cuarto estaba débilmente iluminado por una lámpara con pantalla, y la señorita Floyd estaba sentada junto a una ventana sin cortinajes —con el brazo apoyado sobre un arimez que le servía de almohadón—, contemplando el cielo invernal y el paisaje blanqueado por la nieve.

Vestía de negro; el rostro, el cuello y los brazos brillaban con una blancura de mármol contra el matiz sombrío de su vestido, y su actitud era inmóvil como la de una estatua.

No se movió ni miró en torno suyo cuando Talbot entró en el aposento.

—Mi querida Aurora —dijo—, la he buscado por todas partes.

Aurora se estremeció al oír su voz.

—¿Quería verme?

—Sí, querida. Necesito que *me* explique una cosa; es una necedad, sin duda, querida, y naturalmente muy fácil de aclarar, pero en mi calidad de futuro esposo tengo derecho a pedirle una explicación; y sé, Aurora, que me la dará con toda franqueza.

Aurora no contestó, aunque Talbot calló durante algunos momentos esperando su respuesta. Sólo podía ver su perfil, débilmente iluminado por el cielo helado. No pudo distinguir el dolor mudo, la pálida angustia de su joven rostro.

—He recibido carta de mi madre, y hay algo en ella que deseo que me explique. ¿Quiere que se la lea, querida?

Su voz balbuceó al pronunciar esta expresión de cariño, y recordó más adelante que había sido la última vez que le había hablado con la ternura de un enamorado. Llegó un día en que Aurora necesitó su compasión, y Talbot se la prodigó entonces a

manos llenas, pero en aquel momento sonó el toque de agonía del amor, se abrió el abismo y los acantilados se partieron en dos.

—¿Le leo la carta, Aurora?

—Como guste.

Bulstrode sacó la arrugada carta del pecho, e inclinándose sobre la lámpara, a la luz la leyó en voz alta. Sin duda esperaba que le interrumpiera a cada frase con alguna ansiosa explicación, pero Aurora guardó silencio hasta que terminó su lectura y ni aun entonces dijo una sola palabra.

—Aurora... Aurora, ¿es esto cierto?

—Sí... Cierto es.

—¿Por qué huyó de Rue St. Dominique?

—No puedo decírselo.

—¿Y dónde estuvo desde junio del año pasado hasta este septiembre?

—No puedo decírselo, Talbot Bulstrode. Es mi secreto. No puedo decírselo.

—¡No puede decírmelo! Hay en su vida un período de más de un año del que no quiere hablarme... ¿No puede decirme a mí, su prometido, qué hizo durante todo ese año?

—No, no puedo.

—En tal caso, Aurora, nunca podrá ser mi esposa.

Se imaginó que iba a lanzarse hacia él, sublime de indignación y furia, y que la explicación que tan ardientemente deseaba brotaría de sus labios en un airado torrente de irascibles palabras; pero la vio levantarse, volverse hacia él tambaleante y caer de rodillas a sus pies. Ningún otro gesto le hubiera causado tanto horror a su corazón; le pareció una confesión de culpabilidad. Pero ¿qué falta había cometido? ¿Cuál era el oscuro secreto de la breve existencia de esta joven criatura?

—Talbot Bulstrode —dijo ella con una voz trémula, que le hirió el alma—, Talbot Bulstrode, sólo el cielo sabe cuántas veces he previsto y temido este momento. Si no hubiera sido cobarde, debería haber anticipado esta explicación; pero creí..., creí que nunca se presentaría la ocasión; o aun cuando se presentase, creí que tendría confianza suficiente..., que tendría confianza en mí. Si puede confiar en mí, Talbot..., si pudiera creerme..., le aseguro que este secreto no es del todo deshonroso...

—¡No es del todo deshonroso! —exclamó el capitán—. ¡Cielos! Aurora, ¡nunca creí que la oiría hablar así! ¿Cree que hay grados en estas cosas? No debe haber secreto alguno entre mi esposa y yo, y desde el día en que existe un secreto, o la sombra de un secreto entre nosotros, algo nos separa para siempre. Levántese, Aurora; me mata con tanta vergüenza y humillación. Levántese, y si hemos de separarnos en este momento, dígame, dígame por el amor de Dios, que no debo despreciarme a mí mismo por haberla amado con todo el ardor de que es capaz un hombre.

Aurora no obedeció sino que se hundió en su postración, encorvándose cada vez

más, con su cara sepultada entre sus manos y dejando únicamente visibles al capitán Bulstrode las negras trenzas de sus cabellos.

—Soy huérfana de madre desde la cuna, Talbot —dijo con voz medio ahogada—. ¡Tenga piedad de mí!

—¡Piedad! —respondió el capitán—. ¡Piedad! ¿Por qué no me pide justicia? Una pregunta, Aurora Floyd, la última que le haré en toda mi vida. ¿Sabe su padre por qué huyó del colegio y dónde estuvo durante ese año?

—Sí, lo sabe.

—Doy gracias a Dios al menos por eso. Dígame, pues, Aurora, dígame esto únicamente y creeré su palabra como creería el juramento de otra mujer; dígame si él aprobó el motivo por el que huyó del colegio y la vida que ha llevado durante todo ese año. Si puede contestarme sí, Aurora, no habrá más discusión entre nosotros y podré hacer de usted, sin temor, mi esposa amada y honrada.

—No puedo —respondió Aurora—. Sólo tengo diecinueve años, pero en los dos últimos de mi vida he hecho lo suficiente como para romper el corazón de mi padre; para romper el corazón del padre más cariñoso que ha existido jamás.

—En tal caso, todo ha terminado entre nosotros. Dios la perdone, Aurora Floyd; pero según su propia confesión, no es la esposa adecuada para un hombre honrado. Cierro mi mente a toda sospecha impura, pero la vida pasada de mi esposa ha de ser una inmaculada página en blanco en la que todo el mundo tenga libertad de leer.

Se dirigió hacia la puerta, y luego, retrocediendo, ayudó a la desgraciada joven a levantarse y la guio de vuelta a su silla cerca de la ventana, tan cortésmente como si hubiera sido su pareja de baile.

Sus manos se encontraron en un contacto tan helado como las manos de dos cadáveres. ¡Ah, cuánto había de muerte en aquel contacto! ¡Cuántas cosas habían muerto entre estos dos seres en las últimas horas! La esperanza, la confianza, la seguridad, el amor, la dicha... Todo lo que merece la pena tener en la vida.

Talbot Bulstrode se paró en el umbral del pequeño aposento, y habló de nuevo:

—Señorita Floyd, en media hora habré partido de Felden, y creo que convendría dejar suponer a su padre que nuestro desacuerdo ha tenido una causa insignificante, y que usted me ha despedido. Escribiré desde Londres al señor Floyd y, si le parece bien, redactaré la carta en este sentido.

—Es muy bondadoso. Sí, preferiría que así lo creyese para evitarle un nuevo disgusto. Dios sabe que tengo motivos para agradecerse.

Talbot saludó y abandonó el aposento cerrando la puerta.

El ruido de la puerta al cerrarse resonó tristemente en su oído. Recordó algunas frágiles criaturas abandonadas vivas en tumbas por sus hermanas religiosas, y pensó que más hubiera valido haber dejado a Aurora yaciendo rígidamente bella en su ataúd que como la dejaba él aquel día.

Un ruido discordante, el segundo toque de la campana anunciando la cena, se oyó en el momento de pasar de la semioscuridad del corredor, al brillo del gas que

iluminaba la sala de billar. Encontró a Lucy Floyd aproximándose a él con el crujido de su vestido de seda, y adornada de lazos, cintas, joyas y encajes revoloteando y centellando en torno a ella; y casi la odió al comprobar que tenía un aspecto tan alegre y radiante, y recordar al tiempo el pálido y horrorizado rostro de la afligida criatura de la que acababa de separarse.

Somos muy propensos a ser terriblemente injustos en el momento de la prueba suprema, y temo que si alguien hubiera sido lo suficientemente temerario para pedir opinión sobre Lucy Floyd en aquel momento a Talbot Bulstrode, éste hubiera declarado que no era más que un ejemplo de frivolidad y afectación.

Si usted descubre la indignidad de la única mujer que ama en el mundo, se sentirá tal vez maliciosamente dispuesto hacia las numerosas personas apreciables que le rodean. Esto revela con salvaje franqueza que aquellas que se recuerdan con indiferencia son buenas, en tanto que malvadas aquellas a quienes entregaron sus almas. La nave en la que había depositado todas las esperanzas de su corazón había naufragado, y despertaba su cólera el ver que las demás naves bogaban valerosas al soplo de la brisa.

Lucy se asustó ante el aspecto del joven.

—¿Qué sucede? ¿Qué le ocurre, capitán? —le preguntó.

—Nada... He recibido una carta de Cornualles que me obliga a...

Su voz hueca degeneró en un ronco murmullo antes de que pudiera terminar la frase.

—*Lady* Bulstrode o *sir* John... ¿se encuentran enfermos, tal vez? —se aventuró a preguntar Lucy.

Talbot se llevó el dedo a sus pálidos labios y negó con la cabeza.

Este gesto podía significar cualquiera cosa. No podía hablar. El vestíbulo estaba lleno de visitas y los niños estaban sentándose a la mesa, pues como privilegiado regalo especial de la fiesta, podían cenar aquel día con las personas mayores. La puerta del comedor estaba abierta y Talbot divisó débilmente la cabeza canosa de Archibald Floyd en el extremo de una larga hilera de luces, plata, vasos y flores de invernadero. El anciano se encontraba rodeado de sobrinos, sobrinas y sus respectivos hijos, pero a su derecha se encontraba la silla vacía que debía ocupar Aurora.

Bulstrode apartó la mirada de esta escena alegremente iluminada y subió apresuradamente la escalera en dirección a su cuarto, en donde encontró a su criado esperando con el traje de su amo, asombrado de que no hubiera ido aún a vestirse.

El criado retrocedió al ver la palidez cadavérica del rostro de Talbot a la luz de las velas del vestidor.

—Parto, Philman —dijo el capitán hablando con precipitación y con voz ronca y confusa—. Parto para Cornualles en el expreso de esta noche, si puedo llegar a Londres a tiempo para tomarlo. Empaca mi equipaje y ven a reunirme conmigo en la estación de Paddington. Iré a pie hasta Beckenham y tomaré el primer tren. ¿Puedes darles esto de mi parte a los criados?

Y sacó un puñado de oro y plata del bolsillo y lo puso en la mano de su criado.

—Supongo, señor, que no ha habido desgracia alguna en Bulstrode —dijo el criado—. ¿Está enfermo *sir John*?

—No, no; he recibido carta de mi madre, y yo... Me encontrarás en el ferrocarril del Oeste.

Tomó con rapidez su sombrero y se apresuró a salir del cuarto, pero el sirviente le siguió con su abrigo.

—Cogerá la muerte, señor, en una noche tan cruda como esta —le dijo con un tono de respetuoso reproche.

El banquero estaba de pie en la puerta del comedor cuando Talbot pasó por el vestíbulo. Le decía a un criado que fuera a buscar a su hija.

—Estamos esperando todos a Aurora —dijo el anciano—, no podemos cenar sin la señorita Floyd.

Talbot abrió la puerta principal suavemente sin ser visto, aprovechando la confusión, y salió a respirar el aire frío de la noche invernal. La larga galería centelleaba con las luces que brillaban a través de los altos y estrechos balcones, como en la noche que fue por primera vez a Felden; y ante él se desplegaban el parque, con sus árboles desnudos de hojas, la tierra cubierta con un ligero y blanco recubrimiento de nieve, y sobre su cabeza, el cielo gris y sin estrellas —espectáculo frío y desolador que contrastaba tristemente con el calor y la luz que dejaba tras él—. Era la viva imagen de la crisis de su vida; dejaba el suave calor del amor y la esperanza por el frío de la resignación o el hielo de la desesperación.

Bajó por la escalinata, cruzó los acicalados paseos del jardín y entró en el vasto parque, misterioso. La larga avenida parecía poblada de espectros, y las ramas que se enlazaban sobre su cabeza formaban negras sombras que se estremecían a lo largo y ancho del blanquecino suelo bajo sus pies.

Caminó más de un cuarto de milla antes de volver la mirada hacia las ventanas que dejaba atrás, y no cambió de dirección hasta que un recodo de la alameda le condujo a un punto desde donde pudo ver la ventana débilmente iluminada del aposento en que había dejado a Aurora. Se paró algunos instantes contemplando aquella tenue luz, y pensó..., pensó en todo lo que había perdido, o quizá en todo lo que dejaba escapar; pensó en lo que iba a ser su vida sin aquella mujer, y en que más le hubiera valido ser el más pobre mozo de labranza de la parroquia de Beckenham que el heredero de Bulstrode, si hubiese podido estrechar a la joven que amaba contra su corazón, y creer en su verdad.

X

Lucha interior

El año nuevo comenzó con tristeza en Felden Woods, ya que encontró a Archibald Floyd velando a su única hija enferma en su cuarto.

La noche de la partida de Talbot, Aurora ocupó su asiento en la mesa del comedor, y excepto por sus gestos más vivarachos y radiantes de lo normal, no mostró en modo alguno el efecto que tan terrible entrevista había producido en ella. Habló con Mellish, jugó y cantó con sus primos menores, estuvo largo rato detrás de su padre observando las cartas en las sucesivas y más o menos afortunadas partidas de *whist*, y a la mañana siguiente su doncella la encontró con una fiebre feroz, las mejillas encendidas, los ojos inyectados en sangre, los cabellos esparcidos en desorden sobre la almohada y las manos secas e hirvientes al tacto.

Se envió telégrafo a Londres buscando dos competentes médicos que llegaron a Felden Woods antes del mediodía, y la casa fue abandonada por todos sus visitantes al anochecer, permaneciendo en ella tan sólo la señora Alexander y Lucy para asistir en el cuidado de la enferma.

Los médicos de West End no dijeron gran cosa. La fiebre era para ellos como las demás fiebres. La señorita tal vez había cogido un resfriado; había sido imprudente, como lo son las jóvenes, y había recibido un golpe de frío repentino. Muy probablemente se había acalorado al bailar, se había sentado en una corriente de aire, o había tomado un helado. No había, por tanto, peligro inmediato que atender; la enferma tenía una constitución excelente, estaba dotada de una vitalidad prodigiosa, y con los cuidados y el tratamiento adecuados pronto podría levantarse de la cama.

Por tratamiento adecuado se referían a una visita diaria de cada uno de aquellos instruidos caballeros, a razón de dos guineas; aunque, tal vez, si hubieran podido expresarse con franqueza, habrían confesado que, pese a todo cuanto pudiera decirse, Aurora Floyd sólo necesitaba que la dejaran en paz —a solas en una habitación sin luz— para sostener una batalla consigo misma. Pero el banquero hubiera querido traer a todo Saville Row^[50] —para evaluar la gravedad de su hija—, si con tal medida le hubiese podido evitar un instante de padecimiento, y suplicó a los médicos que fueran a Felden dos veces al día si lo creían necesario y que hicieran venir a otros médicos si abrigaban el más leve temor por su paciente.

Aurora tuvo un acceso de delirio, pero apenas reveló nada.

Ciertamente no pienso que las personas que se hallan bajo la influencia de la fiebre hagan a menudo las bonitas y sentimentales confesiones que tan libremente les

atribuyen los novelistas. ¡En esos crueles momentos de locura febril nos deshacemos en disertaciones sobre las cosas más triviales!; somos desgraciados porque hay un hombre con sombrero blanco en el cuarto, o un gato negro a los pies de la cama, o arañas arrastrándose en torno a las mosquiteras, o porque un carbonero nos coloca un costal de carbón sobre el pecho. Los caprichos que manifestamos en el delirio son como nuestros sueños y se refieren en pocas ocasiones a las penas o alegrías que conforman nuestra existencia.

Así pues, Aurora Floyd hablaba de caballos y perros, de maestros e institutrices, de problemas infantiles que la habían afligido algunos años antes y de las diversiones propias de una niña que, en un estado de ánimo normal, habrían pasado completamente al olvido. Raras veces reconocía a Lucy o a la señora Alexander — confundiénolas con toda clase de personas improbables—, pero nunca olvidó enteramente a su padre, y, ciertamente, incluso parecería tener conciencia de su presencia, pues le dirigía constantemente la palabra y le suplicaba que le perdonara algunos actos de desobediencia infantil cometidos durante esos años pasados de los que tanto hablaba.

John Mellish se había hospedado en Greyhound Inn, en Croydon High Street, e iba todos los días a Felden Woods, dejaba su faetón en la verja del parque y se acercaba a pie a la casa para preguntar por la enferma. Los criados repararon en la extrema palidez de su cara y enseguida lo atribuyeron a que era uno de los enamorados de la joven señorita. Les agradaba más que el capitán Bulstrode, que era demasiado altivo y arrogante para ellos, mientras que Mellish repartía medios soberanos a diestra y siniestra cuando llegaba a la silenciosa mansión en que yacía Aurora rodeada de sus amigos más queridos; cogía por la solapa de la chaqueta al portero, y gustosamente hubiera pagado media corona por minuto de su tiempo mientras le hacía preguntas relativas a la salud de la señorita Floyd.

Por consiguiente, el señor Mellish era calurosamente recibido en el vestíbulo por los criados de Felden Woods. Su lacayo había informado a la servidumbre del banquero que su amo era el mejor de Inglaterra, y Mellish Park una especie de paraíso terrenal, mantenido para beneficio de sus fieles servidores, y los criados del señor Floyd expresaron su deseo de que la señorita pudiera restablecerse y casarse con «el bello», como le llamaban. Llegaron a la conclusión de que había habido lo que ellos denominaron una «ruptura» entre la señorita Floyd y el capitán, y que éste se había marchado a consecuencia de algún enfado, que fue para ellos una muestra de descaro, visto que la señorita iba a heredar en su momento centenares de miles de libras y era lo suficiente para ser esposa de un duque y no de un miserable capitán.

La carta de Talbot al señor Floyd llegó a Felden Woods el 27 de diciembre, pero se quedó sin abrir durante algún tiempo en la mesa de la biblioteca. Archibald apenas había reparado en la desaparición de su futuro yerno, debido a la inquietud que le causaba la salud de Aurora. Cuando abrió la carta, las palabras del capitán Bulstrode apenas tuvieron sentido para él, aunque pudo entender que el compromiso se había

roto a instancias de su hija, según pudo inferir de las palabras de Talbot.

La respuesta del banquero fue muy breve. He aquí lo que escribió:

«Mi querido señor:

Su carta llegó aquí hace algunos días, pero no la he abierto hasta esta mañana. La he dejado apartada para, Dios mediante, contestarle próximamente con más calma. Por ahora no puedo ocuparme de nada. Mi hija está seriamente enferma.»

*Su servidor,
Archibald Floyd*

¡Seriamente enferma! Talbot Bulstrode permaneció sentado cerca de una hora con la carta del banquero en la mano y con los ojos fijos en estas dos palabras. ¿Cómo debía interpretar la frase? En un primer momento, al recordar la devoción de Archibald Floyd por su hija, pensó que sin duda se trataría de una indisposición sin importancia, algún ataque de nervios de los que tienen las mujeres, muy común a todas las jóvenes al menor contratiempo en sus amoríos; pero cinco minutos después se figuraba que aquellas palabras tenían un significado horrible, y que Aurora se estaba muriendo; muriendo a causa de la vergüenza y la angustia de su entrevista en el pequeño aposento de Felden.

¡Cielos! ¿Qué había hecho? ¿Había asesinado a aquella hermosa criatura que amaba un millón de veces más que a sí mismo? ¿La había matado con aquellas armas invisibles, aquellas palabras afiladas y crueles que pronunciara el veinticinco de diciembre? Rememoró la escena una y otra vez hasta que el sentimiento del honor ultrajado que era tan fuerte en él le pareció progresivamente vago y confuso; y comenzó casi a preguntarse por qué había discutido con Aurora. ¿No podía ser su secreto, después de todo, tan sólo una locura propia de una colegiala? No, su actitud culpable al postrarse y su rostro atemorizado desmentían esa frágil esperanza. El secreto, cualquiera que fuese, era una cuestión de vida o muerte para Aurora. No se atrevió a adivinarlo, y se esforzó por cerrar su mente contra las sospechas que le asediaban. En los primeros días que siguieron al terrible día de Navidad determinó partir de Inglaterra. Trataría de obtener del gobierno una colocación que le obligase a marcharse al otro extremo del mundo, donde nunca más pudiera oír el nombre de Aurora, ni pudiera descubrir el misterio que había causado su separación. Pero ahora que estaba enferma, a las puertas de la muerte, tal vez, ¿cómo podía pensar en abandonar el país? ¿Cómo partir a un país en el que el día menos pensado, al abrir los periódicos ingleses, pudiera ver su nombre en la lista de los fallecidos?

Talbot era un triste huésped en el castillo de Bulstrode. Su madre y su prima Constance respetaban la palidez de su rostro y se mantenían alejadas de él temblorosas y asustadas; pero su padre le preguntó qué era lo que le ocurría para estar tan cabizbajo, y le recomendó que tomara la escopeta y saliera a los páramos para

abrir las ganas de comer como debía hacer un joven de su edad, en vez de estar encerrado todo el día en su cuarto melancólico y mordisqueándose las uñas.

Una vez tan sólo hizo alusión *lady* Bulstrode a Aurora.

—Supongo, Talbot, que le habrás pedido una explicación a la señorita Floyd.

—Sí, madre.

—¿Y qué ha resultado?

—Hemos roto nuestro compromiso. Preferiría que no me hablara de este asunto de nuevo, madre, por favor.

Talbot cogió la escopeta y salió a pasear por el campo como le había aconsejado su padre; pero no salió a matar faisanes, sino para poder pensar en paz en Aurora Floyd. Las nubes bajas en los páramos parecían encerrarle como si se tratara de las paredes de una cárcel. ¡Cuántas millas de campiña desolada se extendían entre el sombrío espacio en que se encontraba y la mansión de ladrillo rojo de Felden! ¡Cuántos vallados sin hojas! ¡Cuántos ríos helados! Es cierto que con el ferrocarril del Oeste no era más que un día de viaje, pero le resultaba cruel pensar que la mitad de Inglaterra separaba los bosques de Kent de aquel ángulo lejano de las islas Británicas en el cual se alzaba Bulstrode, con sus paredes erosionadas por el viento. Los gemidos y las voces de duelo podían resonar con fuerza en Kent sin que su murmullo fúnebre llegara a los oídos más sensibles de Cornualles. ¡Cómo envidiaba al más humilde criado de Felden que sabía día a día y hora a hora el progreso de la batalla entablada entre la Muerte y Aurora!

Y aún, después de todo, ¿qué era ella para él? ¿Qué le importaba que estuviera sana o enferma? Ni la tumba podía separarles más de lo que se habían separado desde el mismo momento en que había descubierto que no era digna de ser su esposa. No le había hecho ofensa alguna, antes al contrario, le había concedido sinceramente la oportunidad de limpiar la sombría sospecha que mancillaba su nombre; y ella había sido incapaz de hacerlo. Incluso más, Aurora le había dado razón para suponer —por su manera de actuar—, que la sospecha era aún más sombría de lo que él mismo había temido. ¿Era culpable, entonces? ¿Era por su culpa que estaba enferma? ¿Debían ser desdichados sus días y sus noches angustiosas por su causa? Al pensar en ello, golpeó su arma violentamente contra el suelo, introdujo la baqueta por el cañón, cargó su ligera escopeta furiosamente sin advertir que no había puesto nada dentro, y, tendiéndose después en la hierba, permaneció acostado hasta el anochecer dejando que el suave rocío del crepúsculo empapase su traje de caza, y exponiéndose a ser abatido por una fiebre reumática.

Podría escribir capítulos enteros con los insensatos sufrimientos de este joven, pero temo que se ha tomado muy aburrido para mis afligidos lectores; al menos, para aquellos que nunca han padecido las penas de un amor desgraciado. Mientras más aguda es la enfermedad, más corta su duración. Así es que Talbot se sentirá mejor con el tiempo, volverá la vista atrás y se reirá de sus antiguos tormentos.

Con seguridad esta inconstancia nuestra es lo peor de todo; inconstancia por la

cual nos liberamos de nuestros antiguos egos sin más reparo del que sentimos al desechar una prenda gastada. ¡Nuestros pobres egos harapientos, las sombras de lo que fuimos! ¡Con qué sublime, condescendiente piedad, con qué desdeñosa compasión, recordamos las indefensas criaturas que fuimos y nos asombramos de que algo tan nimio pudiera enturbiar nuestras vidas! ¿Sentiré el mismo desdén dentro de diez años por quien soy ahora, como el que siento por el que fui diez años atrás? Los amores y los ideales, las creencias y los deseos de ahora, ¿parecerán tan dignos de lástima como los sueños y amores perdidos de la pasada década? ¿Volveré la vista atrás con asombro compasivo y pensaré cuán necio fui, aunque justo sea reconocer, después de todo, que había algo de inocente franqueza en mi misma estupidez? ¿A quién puede extrañarle que su última visita a París «matará» a Voltaire? Imaginen a un octogenario en los alrededores del teatro nacional, viéndose a sí mismo, a través de una extensa visión de años oscuros, de nuevo joven, pagando tributo a un «cardenal licenciado» y siendo golpeado por los lacayos de Rohan a plena luz del día.

[51]

¿Ha visitado en alguna ocasión una tranquila población rural después de un lapso de años, y se ha asombrado —oh lector de vida frenética— de encontrar a las personas que conoció en su última visita vitales y prósperas, con el pelo canoso ahora, aunque haya vivido y sufrido siglos enteros desde entonces? ¡Con certeza la Providencia nos otorga este sublime y egoísta sentido del tiempo como compensación a la brevedad de nuestras vidas!

Podría hacer de este libro un enorme apéndice del catálogo del Museo Británico si hubiera de referir todo lo que Talbot padeció durante el mes de enero de 1858, si hubiera de analizar las dudas, las confusiones y las contradicciones que asediaron su alma, y las resoluciones mentales formadas en un instante para abandonarlas un momento después. Me abstengo, pues, y me limitaré a recordar que cierto domingo, estando el capitán sentado en el banco de la familia en la iglesia de Bulstrode, frente al monumento del almirante Hartley Bulstrode, que combatió y murió bajo el reinado de Isabel, pronunció un mudo juramento según el cual, por su honor de caballero y cristiano, se abstendría en adelante de tener la menor comunicación voluntaria con Aurora Floyd. De no ser por este solemne juramento sin duda hubiera cedido al impulso de sus temores y de su amor, y hubiera ido a Felden Woods para arrojarse, ciega e incondicionalmente, a los pies de la enferma.

El verde suave de los primeros follajes brotaba en brillantes parches en los setos que rodeaban Felden Woods; acababa de finalizar el mes de marzo y los brotes de los fresnos abrían sus negras cubiertas; las pálidas violetas y las prímulas formaban olorosas redes en los pequeños rincones a la sombra de los robles y las hayas, y toda la naturaleza se regocijaba aspirando los primeros hálitos del suave clima de abril cuando Aurora Floyd fijó en el rostro de su padre sus negros ojos que parecían haber recobrado su antiguo aspecto y su brillo natural.

La lucha había sido larga y severa, pero estaba próxima a su fin, según el

dictamen de los médicos. La muerte se retiraba vencida esperando mejor ocasión para lograr su primavera fatal, y la vencedora, débil aún, debía ser trasladada en brazos para sentarse en el salón por primera vez desde la noche del 25 de diciembre.

John Mellish, que se hallaba en Felden aquel día, se permitió el privilegio supremo de llevar esta débil carga en sus robustos brazos desde el aposento de la enferma hasta el gran sofá del salón, cerca de la chimenea, asistido por una procesión de personas solícitas cargadas de chales, almohadas, frascos de esencias, vinagreras y otras parafernalias de enfermo.

Todo el mundo se dedicaba devotamente en Felden a velar por tan adorada convaleciente. Archibald Floyd vivía sólo para cuidarla. La amable Lucy la velaba día y noche temiendo confiar sus cuidados a manos serviles. La señora Powell, como una sombra pálida y muda, se ocultaba entre las cortinas de la cama, andando de puntillas, la mirada siempre vigilante, cual valiosa enfermera según la opinión de los médicos.

A lo largo de toda su enfermedad, Aurora no había pronunciado jamás el nombre de Talbot Bulstrode, y ni siquiera en los momentos de fiebre más alta y con el cerebro más trastornado, brotó ese nombre de sus labios. Repitió una y otra vez nombres extraños para Lucy: palabras incoherentes mezcladas en la mente de la pobre enferma con nombres de pueblos y caballos, y términos técnicos llenos de vulgarismos tomados de la jerga de las carreras; pero cualesquiera que fuesen sus sentimientos respecto a Talbot, ninguna palabra reveló su amor ni su tristeza.

Pero no pienso que mi desventurada heroína de ojos negros fuera absolutamente insensible en este punto. Cuando se habló por primera vez de sacar a la enferma de su cuarto, la señora Powell y Lucy propusieron el aposento cuya ventana daba al parque, por ser el más pequeño y confortable, por ser el más abrigado y orientado al sur, pero Aurora gritó estremeciéndose y dijo que nunca volvería a entrar en tan odiosa estancia.

Tan pronto como recobró las fuerzas suficientes para soportar las fatigas del viaje, se creyó oportuno alejarla de Felden, y los médicos aconsejaron Leamington como el mejor lugar para el cambio de aires; su clima suave y la ciudad silenciosa y tranquila, situada en el interior, constituyen un alojamiento especialmente adecuado para enfermos, casi abandonado por los demás visitantes tras la temporada de caza.

El aniversario de Shakespeare ya había pasado^[52] y habían terminado las grandes fiestas de Stratford cuando Archibald Floyd llegó con su hija pálida aún a Leamington. Había alquilado una casa de campo amueblada situada a milla y media del pueblo. Un lugar bonito, medio casa, medio granja, con paredes blanqueadas de yeso que dejaban ver algunas vigas negras y casi sepultada en un exuberante jardín de flores magníficamente bien conservado; un lugar agradable que formaba parte de un grupo de edificios rústicos reunidos en torno de una vieja iglesia de paredes negruzcas situada en una esquina de la carretera, donde confluían dos o tres sendas verdes que se bifurcaban entre varios cercos de setos salientes; un rincón retirado,

aunque turbado por los rumores más alegres y joviales —los ruidos de la granja, el cacareo de las aves de corral, el arrullo de las palomas, el monótono mugido del ganado ocioso y los gruñidos airados de los cerdos.

Archibald no hubiera podido llevar a su hija a un entorno más delicioso. La casita de campo le parecía a la pobre muchacha un refugio apacible en su abatimiento. Le causaba verdadero placer el recostarse envuelta en chales en el sofá tapizado en cretona —con la ventana abierta—, escuchando los rumores campestres en el patio alfombrado de paja situado al otro lado del seto, con su fiel *Bow-wow* descansando las patas delanteras sobre los almohadones a los pies de su ama.

Los sonidos del corral eran más agradables a los oídos de Aurora que las inflexiones monótonas de la voz de la señora Powell; pero como ésta consideraba una parte de sus obligaciones leer en voz alta para entretenimiento de la enferma, la señorita Floyd, de muy buen carácter, vacilaba en confesar que estaba cansada de *Marmion*, *Childe Harold*, *Evangeline* y *The Queen of the May*^[53] y que en su estado de ánimo presente hubiera preferido escuchar una disputa animada entre una nidada de patos en torno al estanque de la granja, o una contienda de cerdos en la pocilga, antes que los versos más sublimes jamás escritos por el mejor de los poetas vivo o muerto.

La pobre joven había sufrido muchísimo, y había un cierto placer sensual, perezoso, en aquel restablecimiento lento, aquella reparación gradual de sus fuerzas. Su naturaleza revivía al mismo tiempo que la brillante reanimación del agradable clima veraniego; y del mismo modo que los árboles del jardín desplegaban nuevo vigor y belleza, la gloriosa vitalidad de su constitución renacía con una gran parte de su antigua lozanía. Las amargas heridas habían dejado profundas cicatrices tras ellas, pero no la habían abatido, después de todo. Ni siquiera la habían transformado del todo, pues los reflejos de la antigua Aurora aparecían día a día en la pálida convaleciente, y Archibald Floyd, cuya vida, en el mejor de los casos, no era más que una existencia por reflejo, sentía renacer sus esperanzas cuando miraba a su querida hija.

Lucy y su madre habían regresado a su casa de campo en Fulham a seguir cumpliendo con sus deberes familiares, así es que el grupo de Leamington lo formaban únicamente Aurora, y su padre, y la pálida sombra del decoro, esto es, la viuda de cabello claro del alférez.

Pero muy pronto recibieron una visita.

Habiendo sorprendido astutamente John Mellish al banquero en un momento de agitación y confusión en Felden Woods, le había arrancado una invitación para Leamington, y unas dos semanas después de su llegada se presentó con sus formas robustas y su hermoso rostro en las bajas portillas de madera de la casa de campo.

Aurora se rio —por primera vez desde su enfermedad— cuando vio llegar a ese fiel adorador, bolsa de viaje en mano, dirigiéndose a través del laberinto de césped y macizos de flores hacia la ventana abierta donde estaba sentada con su padre; y

Archibald, al ver este primer rayo de alegría en el rostro de su amada hija, estrechó con cariño entre sus brazos a Mellish por haber sido su causa. Hubiera abrazado a un volatinero o al comediante más humilde de una barraca de feria, o a una tropa de perros y monos sabios, o a cualquiera que hubiese podido inspirar una sonrisa a su hija enferma.

Como el rey de Oriente de los cuentos de hadas, que ofrece siempre la mitad de su reino y la mano de su hija al que pueda curar a la princesa de su bilioso dolor de cabeza o extraerle un diente cariado, Archibald hubiera abierto una cuenta corriente en el banco de Lombard Street, con una suma fabulosa para cualquiera que pudiese complacer a la joven de ojos negros, sonriente entonces por vez primera en el año al ver al rollizo habitante de Yorkshire de rubios cabellos que venía a rendir insensata adoración a su altar sagrado.

Era de suponer que Archibald Floyd repararía con cierto asombro en la causa de la ruptura del compromiso de su hija y el capitán Bulstrode y que trataría de averiguar la causa. La angustia y el terror no le habían permitido pensar en nada durante la larga enfermedad de Aurora, pero una vez fuera de peligro, reflexionó mucho sobre la brusca ruptura de los enamorados, y se aventuró a hablarle de este asunto en la primera semana de su permanencia en Leamington, preguntando a Aurora por qué había despedido al capitán.

No había cosa más odiosa en el mundo para Aurora que la mentira. No digo que durante su vida no hubiera mentido alguna vez, porque hay ciertos actos irreflexivos que conllevan engaño y disimulo con tanta certeza como las sombras que nos siguen cuando caminamos bajo el sol; y muy raras veces nos apartamos de los estrictos límites del deber sin que nos veamos arrastrados mucho más allá de lo que habíamos calculado.

¡Ah!, mi heroína no carece de faltas. Se quitaría los zapatos para dárselos al pobre que anda descalzo, y se arrancaría el corazón del pecho si con ese gesto pudiera curar las heridas que había infligido al cariñoso corazón de su padre; pero una sombra de insensata demencia había mancillado su juventud sin madre, y ahora es momento de recoger la terrible cosecha de esta semilla sembrada sin pensar y la cruel expiación que acarrea ese agravio no olvidado.

Sin embargo, su disposición natural era toda verdad y franqueza; y hay muchas señoritas de vida tan remilgadamente dirigida y ordenada como los jardines de recreo comunes y corrientes de un *square* de Tyburnian^[54] que podrían mentir con más disimulo y mejor resultado que Aurora Floyd.

Así pues, cuando su padre le preguntó por qué había despedido a Talbot Bulstrode, no respondió a la pregunta; únicamente le dijo que había tenido con él una disputa muy dolorosa y que esperaba no oír pronunciar nunca más el nombre del capitán; aunque le aseguró al mismo tiempo que la conducta de su enamorado no había sido de ningún modo indigna de un caballero y de un hombre de honor.

Archibald obedeció tácitamente a su hija en este punto, y como el nombre de

Talbot Bulstrode jamás era pronunciado, se hubiera dicho que el recuerdo de este joven se había borrado completamente en su mente o que no nunca había significado nada en el destino de Aurora Floyd. Sólo el cielo sabe lo mucho que la joven sentía y padecía en la tranquila soledad de su pequeño cuarto de techo bajo y cortinas blancas, con el suave resplandor de la luna de mayo penetrando furtivamente por las ventanas batientes y reflejándose lentamente en las blancas paredes; sólo Dios sabe la amargura de la muda batalla que sostenía. Su vitalidad le daba fuerzas para sufrir, y su viva imaginación intensificaba cada latido de dolor. En las almas inertes y apáticas la pena es un padecimiento lento, pero en ella era una emoción violenta y tempestuosa en la que pasado y futuro parecían confundirse con el presente para formar una agonía condensada. Sin embargo, por una dispensa infinitamente sabia, el pesar tempestuoso se agota a causa de su misma violencia, en tanto que la inerte melancolía arrastra su lenta agonía —en ocasiones durante largos años— y acaba por sepultarse en la naturaleza misma de la víctima que la sufre con paciencia, del mismo modo que ciertas enfermedades pasan a formar parte de nuestra propia constitución.

Aurora fue muy afortunada, pues le permitieron luchar en silencio y padecer sin hostigarla a preguntas. Si los aros cavernosos y oscuros que cercaban sus ojos revelaban noches de insomnio, Archibald Floyd se guardaba bien de atormentarla con ansiosos discursos y vulgares consuelos; la perspicacia del cariño le sugería que era preferible dejarla a solas. Así pues, era invisible la pena que se cebaba sobre el pequeño grupo, y Aurora guardó su esqueleto en algún rincón tranquilo donde nadie vio el cráneo sombrío, ni escuchó el traqueteo de sus secos huesos. Archibald Floyd leía los periódicos y escribía cartas, la señora Powell cuidaba a la convaleciente que pasaba la mayor parte del día reclinada en el sofá con la ventana abierta, y John Mellish vagaba por el jardín y el patio, apoyándose en la blanca portilla baja, fumando un cigarro, hablando con los labriegos de la villa, y entrando y saliendo de la casa veinte veces cada hora.

El banquero reflexionaba algunas veces con perplejidad tragicómica sobre la manera de desprenderse del robusto John Mellish, que pendía sobre ellos como un monstruo bondadoso de seis pies y dos pulgadas, con la hospitalidad de un Frankenstein moderno. Le había invitado a cenar y, he aquí, parecía no tener intención de partir en toda su vida; no podía decirle que se marchara por temor a ofender a un joven tan amable, tan generoso y bullicioso, y que en general le era muy útil, pues contribuía en gran medida a conservar el aparente buen ánimo de Aurora. Pero ¿era correcto manipular ese gran corazón afectuoso? ¿Era justo dejar al pobre joven permanecer bajo el influjo de aquellos ojos negros para despedirle luego, cuando la enferma tuviera fuerzas suficientes para *abandonarle*?

Archibald Floyd ignoraba que John había sido rechazado por su hija una cierta mañana de otoño en Brighton; así es que decidió hablarle con franqueza y sondear los profundos sentimientos de su invitado.

La señora Powell hacía el té en una mesita cerca de una de las ventanas, Aurora

se había dormido con un libro abierto en la mano y el banquero caminaba con Mellish de arriba abajo por la senda de la enredadera, a la dorada puesta del sol.

Archibald le habló a John con franqueza de todas sus incertidumbres:

—No necesito decirle, estimado Mellish, cuánto me agrada tenerle aquí. Nunca he tenido hijos, pero si Dios me hubiese complacido dándome uno, hubiera deseado que fuera tan franco y noble como usted. Soy un viejo y he tenido muchos disgustos (ese tipo de disgustos que golpean en lo más profundo del corazón más que ninguna de las penas que dependen de Lombard Street o de la Bolsa), pero me siento más joven en su compañía, y me veo aferrándome y apoyándome en usted como podría hacerlo un padre con un hijo. Puede creer, por tanto, que no deseo privarme de su presencia.

—Lo creo, señor Floyd; pero ¿cree que alguna otra persona desea que les deje? ¿Piensa que molesto a la señorita Floyd?

—No, Mellish —respondió el banquero enérgicamente—. Estoy seguro de que Aurora disfruta de su amistad, y hasta parece tratarle como si fuera un hermano; pero, mi querido joven, conozco sus sentimientos, y temo que tal vez no llegue a inspirarle nunca un cariño más íntimo en su corazón.

—Permítame quedarme e intentarlo, señor Floyd —dijo Mellish arrojando el cigarro tras la enredadera y parándose de pronto en el calor de su entusiasmo—; deme la oportunidad de intentarlo. Si tan sólo consigo un desengaño, lo sobrellevaré como un hombre, me retiraré a mi hacienda y no volveré a molestarle con mi presencia. La señorita Aurora ya me ha rechazado en una ocasión, pero tal vez me había apresurado demasiado. Desde entonces me he hecho más prudente y he aprendido a esperar el momento oportuno. Poseo una de las más ricas haciendas de Yorkshire; no tengo peor aspecto que la generalidad de los hombres y he recibido buena educación. No tengo los cabellos lacios, el rostro pálido y una figura que tal pareciera salida de una novela como Talbot Bulstrode, y quizás peso catorce o veintiocho libras más de lo que se requiere para conquistar el corazón de una señorita; pero estoy sano de cuerpo y alma, nunca he mentado ni he cometido una acción ruin, y amo a su hija con un amor tan verdadero y puro como jamás hombre alguno ha sentido por una mujer. ¿Puedo probar fortuna de nuevo, señor Floyd?

—Puede, John.

—¿Y cuento (gracias señor, por llamarme John) con sus mejores deseos para mi éxito?

El banquero dio un apretón de manos a Mellish en respuesta a esta pregunta.

—Tiene, mi querido John, mis mejores y más cordiales deseos.

Hubo, pues, tres batallas del corazón en esa estación primaveral del cincuenta y ocho.

Aurora y Talbot, separados a lo largo y ancho de media Inglaterra, permanecían sin embargo unidos por una cadena invisible cuyos eslabones se esforzaban en romper cada día; mientras, el pobre John Mellish esperaba pacientemente en un

segundo plano, sosteniendo el rudo combate del corazón firme y fuerte que raras veces deja de alcanzar el premio al que aspira, por alto o distante que parezca.

XI

En el Château d'Arques

John Mellish se sintió como en casa junto al pequeño grupo de Leamington tras su entrevista con Archibald Floyd, y fue para el derrotado anciano el más tierno, más respetuoso, infatigable y devoto de todos los rudos hombres de Yorkshire. Hubiera sido necesario que Archibald fuera un ser inhumano para no corresponder de alguna manera a esta devoción, y por lo tanto no debe asombrar que llegase a encariñarse tanto con el presente adorador de su hija.

Si John Mellish hubiera sido el discípulo más astuto de Maquiavelo, en vez de ser el más transparente, leal y franco de los hombres, no creo que hubiera podido adoptar una manera más segura de conseguir la gratitud de Aurora Floyd que por el afecto que manifestaba a su padre. Y este afecto era tan genuino como todos los sentimientos inherentes a su naturaleza.

¿Podía *no* amar al padre de Aurora? Era *su* padre. Tenía una devoción sublime hacia el hombre que la amaba; que la amaba tanto como John la amaba, sin reservas, sin sospechas, puerilmente; con el amor ciego —incuestionable— de un niño hacia su madre. Pueden existir mujeres mejores que esa madre, pero ¿quién le hará creer al niño tal cosa?

John Mellish no podía luchar consigo mismo contra su pasión como lo había hecho Talbot Bulstrode, ni podía separarse de su amor, ni siquiera razonar tan descabellada locura. No hacía pregunta ninguna sobre la vida pasada de la mujer que amaba; no trataba nunca de saber el secreto de la partida de Talbot de Felden Woods. La veía, hermosa, seductora y perfecta, y la aceptaba como un hecho grande y maravilloso, como la luna llena brillando sobre los macizos rústicos y los paseos de enredaderas, durante las balsámicas noches de junio.

Así pues, los días se sucedieron lentos y monótonos para aquella apacible familia. Aurora soportaba su carga en silencio; sobrellevaba su pena con un valor extraordinario, peculiar a los enriquecedores organismos como el suyo, y nadie sabía si la serpiente había sido arrancada de su pecho o se había forjado una permanente morada en su corazón. Los vigilantes cuidados del banquero no le permitían ahondar en el misterio femenino, pero había momentos en que Archibald Floyd se atrevía a esperar que su hija estuviese en paz, y que ya hubiera olvidado a Talbot Bulstrode casi por completo.

En todo caso era prudente mantenerla a distancia de Felden Woods, y con esta idea propuso un viaje a Normandía a su hija y la señora Powell. Aurora consintió con

una tierna sonrisa y estrechando la mano de su padre, reconociendo en los motivos del anciano el amor vigilante con que trataba de alejarla del escenario de su dolor. John Mellish, que no había sido invitado, prorrumpió en tales arrebatos cuando le anunciaron la propuesta que se hubiera requerido tener el corazón muy duro para rehusar su compañía.

Dijo que conocía cada rincón de Normandía y prometió ser muy útil al señor Floyd y a su hija, lo cual parecía bastante dudoso, pues sólo había estado en esa región para ver una carrera de caballos en Dieppe, y por otra parte su conocimiento del idioma francés era muy limitado. A pesar de estos inconvenientes se las ingenió para cumplir su palabra, y partió a Londres y contrató a un consumado cochero que llevó al grupo de una aldea a otra, de una iglesia a unas ruinas, y que siempre encontraba caballos normandos de refresco para el espacioso carruaje de viaje del banquero.

El grupo fue recorriendo distintas etapas hasta que pálidos resplandores de color regresaron a animar, con pasajeras ráfagas, las mejillas de Aurora. La pena es terriblemente egoísta, y me temo que la señorita Floyd nunca tomó en consideración los estragos de que podía ser víctima el noble y honrado corazón de Mellish; y me atrevo a decir que si alguna vez hubiera pensado en este tema, hubiera creído que un habitante de Yorkshire de anchos hombros y seis pies y dos pulgadas de estatura nunca podía padecer seriamente una pasión como el amor. Ella se acostumbró a su compañía; se acostumbró a tener su robusto brazo pronto siempre a servirle de apoyo cuando estaba cansada; se acostumbró a que acarreará sus cuadernos de bosquejos, sus chales y las sillas de tijera; se acostumbró a ser servida fielmente durante todo el día y a cada paso; y él recibió sus homenajes como una cosa muy natural, que le hacía extremada y peligrosamente feliz, por la aceptación implícita en ellos.

A mediados de septiembre pensaron en regresar a Inglaterra, pero se demoraron algunos días en Dieppe, donde los bañistas chapoteaban en trajes medio teatrales y cuyos establecimientos de baño estaban adornados con iluminaciones coloridas y animados con conciertos nocturnos.

Los primeros días del otoño resplandecían con su balsámica belleza. Había transcurrido casi un año desde que Talbot Bulstrode se había despedido para *siempre* —en un sentido al menos— de Aurora. Podían reencontrarse, es cierto, e incluso ser cordiales y amigables al verse, y prestarse mutuos servicios en un oscuro futuro, pero aquellos enamorados se habían separado para siempre en la ventana del pequeño aposento de Felden Woods, y sólo se alzaban entre ellos la muerte y el sepulcro.

Tal vez cruzaron por la mente de Aurora Floyd algunos de estos pensamientos en el momento de sentarse junto a John Mellish a mirar desdeñosamente el paisaje donde se alzan las ruinas del castillo de Arques, que recuerdan orgullosas un hecho glorioso de un tiempo que pasó. Supongo que la hija del banquero no hacía mucho caso de Enrique IV ni de ninguna otra celebridad muerta y sepultada que haya dejado la impronta de su nombre en este lugar;^[55] y creo que saboreaba desde aquella altura

la suave y exquisita pureza del aire, el oscuro azul del cielo despejado, los inmensos bosques, las llanuras fértiles, los huertos cuyos árboles estaban cargados de abundantes frutas encarnadas, los diminutos arroyuelos, las blancas cabañas con apariencia de quintas y los jardines dispersos en el bello panorama que se desplegaba bajo ella.

Arrebatada a su pesar por el éxtasis sensual que nos inspira la naturaleza, y descubriendo por primera vez en sí misma un vago sentimiento de felicidad, comenzó a asombrarse de que hubiera podido sobrevivir tantos meses a su dolor.

Durante este largo y monótono período de tiempo no había oído hablar nunca de Talbot Bulstrode, que podía haberse casado sin que ella lo supiera, que podía haber encontrado otra prometida más altiva y más digna de compartir su noble apellido. Tal vez le encontraría a su regreso a Inglaterra con esta mujer inmensamente feliz apoyada en su brazo. ¿Algún buen amigo le diría cuánto había amado y pretendido Talbot a la hija del banquero?

Aurora se encontró a sí misma compadeciendo a esta mujer más feliz que ella, que, después de todo, no poseería más que el segundo amor de aquel corazón orgulloso, el pálido reflejo de un sol que se había ocultado, el débil resplandor de una hoguera que expira después de extinguirse su llama.

Le habían hecho un sofá con chales y mantas de viaje tendidas sobre una silla rústica, pues todavía distaba de encontrarse con fuerzas, y se reclinó a la brillante luz del sol de septiembre contemplando abajo el hermoso paisaje y escuchando el murmullo de los escarabajos y el gorjeo de las cigarras en el suave césped.

Su padre se había alejado a cierta distancia paseando con la señora Powell, que exploraba todas las hendiduras y grietas de las ruinas con la obediente perseverancia característica de las personas banales; pero el fiel John Mellish no se apartaba nunca del lado de Aurora, y observaba su rostro abismado en la meditación, tratando de leer su significado e intentado descubrir un rayo de esperanza en alguna de sus pasajeras expresiones casuales. Ni él ni ella sabían cuánto tiempo hacía que la observaba de esta forma, cuando al volverse Aurora para hablarle del paisaje que se extendía a sus pies, le halló de rodillas, suplicándole que se compadeciese de él, que le amase o se dejara amar por él, lo cual era casi lo mismo.

—No espero que me ame, Aurora —dijo apasionadamente—; ¿cómo podría amarme? ¿Quién soy yo, un tipo grande y torpe, para merecer su amor? No aspiro a tanto. Le pido tan sólo que me permita amarla, que me deje adorarla como las personas que vemos arrodillarse en las iglesias de aquí para adorar a sus santos. ¿No me rechazará, Aurora, porque pretendo olvidar lo que me dijo aquel día cruel en Brighton? No, no me hubiera permitido vivir tanto tiempo a su lado y ser tan dichoso si hubiese tenido la intención de rechazarme después. ¡No, no puede ser usted tan cruel!

La señorita Floyd le miró con un súbito terror en el rostro. ¿Qué era esto? ¿Qué había hecho? Más equivocaciones, más daño. ¿Debía ser su vida una serie perpetua

de malas acciones? ¿Debía causar pesar continuamente a los corazones generosos? ¿Debía ser John Mellish una nueva víctima de su insensatez?

—¡Perdóneme, Mellish, perdóneme! Nunca pensé...

—¿No ha pensado nunca que cada día pasado a su lado vuelve más cruel y amarga la pena de separarme de usted? Aurora, las mujeres deberían pensar en estas cosas. Si me rechaza, ¿qué será de mí el resto de mi vida? Un hombre destruido que sólo valdrá para ocuparse de carreras de caballos y de apuestas; un ser imprudente, dispuesto a arrastrarse al mal, despreciable para mí mismo y para los demás. Habrá visto, Aurora, hombres cuya juventud sin mancha prometía una honorable virilidad, pero que se transforman de pronto y se arrojan a su ruina en algunos años de loca disipación. En el noventa por ciento de los casos es una mujer la causa de estos cambios repentinos. Pongo mi vida a sus pies, Aurora; le ofrezco más que mi corazón, le ofrezco mi destino. Disponga de él como quiera.

En su agitación se levantó y se alejó algunos pasos de Aurora. Las almenas del castillo cubiertas de hierba caían en rápida pendiente a sus pies y un foso defensivo exterior abría su abismo en el fondo de un ribazo escarpado. ¡Qué lugar más apropiado para un suicidio, si Aurora rechazara compadecerse de él!

El lector habrá advertido que había empleado mucho artificio al dirigir el discurso a la señorita Floyd. Su súplica se había convertido en una acusación antes que una petición, y astutamente le había hecho comprender a la pobre joven la responsabilidad en que incurriría rechazándole. Preciso es confesarlo, este medio es una bajeza de la que los hombres tienen a menudo la culpa, en sus relaciones con el sexo más débil.

La señorita Floyd miró a su enamorado con sonrisa tranquila y casi triste.

—Siéntese —señor Mellish—, le dijo indicándole una silla de tijera que estaba a su lado.

John tomó la silla con el aire de un preso que se sienta en el banco de los acusados para rendir cuentas de su vida.

—¿Le revelo un secreto? —preguntó Aurora mirando compasivamente su pálido semblante.

—¿Un secreto?

—Sí, el secreto de mi separación de Talbot Bulstrode. No fui yo quien le despidió de Felden Woods... Fue él quien rehusó cumplir su compromiso conmigo.

Hablaba lentamente, en voz baja, como si le fuera penoso pronunciar las palabras que revelaban una humillación tan profunda.

—¡Rehusó! —exclamó John Mellish levantándose encendido de furor, como si quisiera ir a buscar a Talbot Bulstrode para castigarle en ese mismo instante.

—Sí, John Mellish, y estaba justificado para hacerlo —respondió Aurora con seriedad—. Usted mismo lo hubiera hecho.

—¡Oh, Aurora, Aurora!

—Lo hará. Es usted un hombre tan bueno como él, y tendrá un sentimiento de

honor tan fuerte como el suyo. Entre Talbot Bulstrode y yo se alzó una barrera que nos ha separado para siempre. Esa barrera es un secreto.

Le habló entonces del año perdido en su joven vida, y de cómo Talbot había insistido para obtener una explicación que ella se había negado a darle. John la escuchó con gesto pensativo, que se convirtió en resplandeciente cuando ella se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Cómo actuaría usted en la misma situación, señor Mellish?

—¿Cómo actuaría, Aurora? Hubiera tenido confianza en usted; pero puedo darle mejor respuesta a esa pregunta, Aurora, puedo responderle renovando la súplica que le hice hace unos minutos. Sea mi esposa.

—¿A pesar del secreto?

—A pesar de cien secretos. No podría amarla como la amo, Aurora, si no creyera que es la mejor y más pura de las mujeres. No podría creer esto un instante y dudar de usted un instante después. Mi vida y mi honor están en sus manos, y no los confiaría a la mujer que pudiera insultarme con una duda.

Mientras hablaba, su hermoso rostro sajón brillaba de amor y confianza.

Recordó entonces Aurora toda su devoción paciente, por largo tiempo ignorada o aceptada como una cosa natural. ¿No merecía alguna recompensa, algún resarcimiento, por tanta dedicación? Pero existía otro hombre más cercano y más estimado, que le era más querido de lo que nunca lo había sido el propio Talbot Bulstrode; y este hombre era el anciano canoso que se paseaba por entre las ruinas al otro lado del prado cubierto de hierba.

—¿Sabe mi padre que me ama? —preguntó.

—Sí, Aurora, y me ha prometido aceptarme como a un hijo. Dios sabe que trataré de merecer ese nombre. No quiero afligirla, querida. Lo sé todo ahora, el «delito» está olvidado, y usted sabe que aún la amo y la espero. Deje al tiempo hacer el resto.

Aurora le tendió las dos manos con una sonrisa mezclada en llanto.

Mellish tomó sus pequeñas manos entre sus grandes palmas, y se inclinó para besarlas respetuosamente.

—Tiene razón —dijo ella—; dejemos al tiempo hacer el resto. Es usted digno del amor de una mujer mejor que yo, John Mellish, pero con ayuda del cielo, nunca le daré motivos para lamentar la confianza que deposita en mí.

XII

Steeve Hargraves, el «idiota»



Aurora Floyd regresó a principios de octubre a Felden Woods, comprometida de nuevo. Las familias del condado se quedaron asombradas cuando se informaron de que la hija del banquero iba a casarse, no con Talbot Bulstrode, sino con John Mellish, de Mellish Park, cerca de Doncaster. Las señoritas solteras —bastante numerosas en las cercanías de Beckenham y de West Wickham— no aprobaron el cambio; reconocían la tacha del linaje de los Prodder en esta inconstancia. Las lentejuelas y el serrín brotaron de nuevo, y Aurora era, como habían dicho, digna hija de su madre. Era una joven muy afortunada, comentaban, al ser capaz de encontrar un novio rico después de haber dejado plantado a otro; y naturalmente una muchacha a quien su padre podía dar cincuenta mil libras el día de la boda podía permitirse actuar con irresponsabilidad y poca consideración con el sexo masculino, mientras que tantas Marianas mucho más dignas se deprimían en sus granjas rodeadas por un foso hasta que aparecían las primeras canas en sus resplandecientes cabellos y las crueles arrugas en las esquinas de sus brillantes ojos.^[56] Está bien ser una joven alegre y sabia, honrada y sincera, y abandonada a un antiguo amor, pero es mucho mejor ser la heredera de la casa Floyd, Floyd y Floyd, porque entonces no se necesita ser ninguna de todas estas cosas. Al menos tal era el rumbo que habían tomado las habladorías en Beckenham y sus cercanías cuando Archibald trajo de regreso a Aurora a Felden Woods, y una multitud de modistas y costureras se pusieron a trabajar en los trajes de boda con tanta actividad como si la hija del banquero no hubiera tenido vestidos en toda su vida.

La señora Alexander y Lucy volvieron a Felden para ayudar en los preparativos de la boda. Lucy había mejorado mucho su aspecto desde el invierno anterior; sus dulces ojos azules brillaban con una luz de felicidad, y se percibía un matiz más saludable en sus mejillas, pero se ruborizó de un rojo carmín la primera vez que vio a Aurora, y evitó un poco las caricias de la señorita Floyd.

La boda debía celebrarse a finales de diciembre. Los novios pasarían el invierno en París, en donde se les uniría Archibald Floyd, y regresarían juntos a Inglaterra «a tiempo para asistir a las carreras de Craven», como dijo John Mellish, pues —siento mucho *tener* que decirlo— después de haber alcanzado tan felizmente el éxito en su aventura amorosa, los pensamientos del joven regresaron a su curso ordinario, y la criatura que más estimaba después de la señorita Floyd y las personas de su familia era una potrilla baya llamada *Aurora* inscrita para optar al premio en los *Oaks* y el

Leger del año siguiente.

¿Debería disculpar a mi heroína por haber olvidado a Talbot Bulstrode y manifestar un afecto agradecido por el devoto John Mellish? Sin duda hubiera debido morir de vergüenza y pesar tras el cruel abandono de Talbot, y el cielo sabe que únicamente su juventud y vitalidad le habían permitido sostener una severa lucha con el *sombrío jinete del pálido corcel*, pero una vez superado este temeroso encuentro, aunque débil todavía, estaba recuperada casi por completo. Las penas apasionadas, para matar por completo, deben matar repentinamente. Así es que Aurora recorría las salas de Felden en las que tantas veces había estado acompañada de Talbot Bulstrode, y si perduraba algún pesar en su corazón, era éste un pesar tranquilo, como el que sentimos por los difuntos; una pena en la que no cabía la compasión, pues pensaba que el orgulloso hijo de *sir* John Raleigh Bulstrode podría haber sido un hombre más feliz si hubiera sido tan generoso y confiado como John Mellish.

Quizá el síntoma más claro del estado de su corazón era que podía hablar de Talbot libre y alegremente, y sin ruborizarse. Preguntó a Lucy si había visto al capitán Bulstrode aquel año, y la pequeña hipócrita le dijo a su prima que sí, que se habían encontrado con él un día en el parque, y que creía que había entrado en el Parlamento. ¡*Creía!* Se sabía de memoria su discurso inaugural, a pesar de tratar sobre un proyecto de ley sin posibilidades y poco interesante en el que las minas de Cornualles se encontraban vagamente involucradas en el escrutinio nacional.

Aurora podía olvidarle y rebajarse a casarse con el rubio hombre de Yorkshire, pero para Lucy Floyd el mundo entero se reducía a aquel caballero de rostro sombrío, con severos ojos grises y la pierna tiesa. Así pues, la pobre Lucy estimaba y agradecía a su brillante prima la inconstancia que había ocasionado en el programa de la alegre boda que iba a celebrarse en Felden Woods. La bella y joven confidente dama de honor podía asistir ahora a la ceremonia con exquisita elegancia, y ya no se arrastraba de un lado a otro como un «cadáver andante», sino que se tomaba un sincero y saludable interés en todo el asunto, y se hallaba muy enfrascada en una discusión relativa al mérito respectivo del color rosa y del color azul para los sombreros de las damas de honor.

La tempestuosa felicidad de John Mellish parecía contagiarse y crear una atmósfera amable en la gran mansión de Felden. El robusto Andrew Floyd estaba encantado con la elección de su joven prima. Nunca se negaba a unirse al grupo en el campo de caza. La mitad del condado almorzaba entonces en Felden y la larga galería y los jardines estaban adornados de rosas. Ni una nube perturbaba el dulce discurrir de este breve cortejo. John Mellish se esforzaba en ser agradable con todas las personas de la familia de su divinidad de ojos negros; halagaba sus debilidades, complacía sus caprichos, estudiaba sus deseos y les hacía a todos una corte tan insidiosa, que temo que se hicieron comparaciones llenas de cizaña entre John y Talbot, en detrimento del altivo capitán Bulstrode.

Era imposible que la menor disputa se produjese entre los prometidos, pues John

seguía por todas partes a su amada como un esclavo gigante que sólo vivía para cumplir sus mandatos; Aurora aceptaba su devoción con la gracia de una sultana, papel que desempeñaba asombrosamente. De nuevo visitó los establos e inspeccionó al semental de su padre por vez primera desde que había dejado Felden —para terminar sus estudios en la escuela de París—. Y de nuevo paseó a caballo por el campo, con un sombrero que suscitó numerosas críticas —un sombrero como los que se usan hoy en día, pero que era nueva moda en el otoño del cincuenta y ocho—. Parecía que recobraba por fin la lozanía de los primeros años de su juventud. Y casi se hubiera dicho que los dos años y medio transcurridos desde que partió de la casa paterna y volvió para conocer y separarse posteriormente de Talbot Bulstrode habían desaparecido de su vida, dejándole un carácter tan fresco y brillante como el que tenía antes de la tempestuosa entrevista en el gabinete de su padre en el mes de junio del cincuenta y seis.

Las familias del condado asistieron a la boda en la iglesia de Beckenham y se vieron obligadas a confesar de buen grado que la señorita Aurora Floyd estaba muy hermosa con la corona virginal de flores y capullos de azahar y su gran velo de encaje francés. Aurora había insistido en que quería casarse con sombrero, pero tuvo que ceder al fallo supremo de un consejo de primas. El señor Richard Gunter supervisaba el banquete de bodas, por lo que envió a Felden un hombre —para hacer los preparativos— que tenía un aspecto más elegante y regio que la mayoría de los invitados de Kent. A lo largo de toda aquella memorable mañana, John Mellish no hizo más que reír y llorar alternativamente. Dios sabe cuántos apretones de mano dio a Archibald Floyd; llevaba al banquero a los rincones más solitarios y le juraba, con sus anchas mejillas inundadas en lágrimas, que sería el mejor de los maridos para la hija del anciano; de modo que debió de ser un alivio para el viejo y canoso escocés ver a Aurora bajar la escalera —haciendo crujir la antiquísima seda violeta y rodeada de sus damas de honor— para despedirse de su querido padre, antes de que los caballos, dando brincos, llevaran al señor y la señora Mellish a la más prosaica de las paradas conyugales, la Estación del Puente de Londres.

¡Señora Mellish! Ya era la señora Mellish. Talbot Bulstrode leyó el anuncio de su casamiento en la misma columna del periódico donde había creído quizá ver el anuncio de su muerte.

¡Cuán rotundamente terminó el romance! ¡Con qué monótona cadencia se extinguió la tormenta, y qué cielo tan gris y vulgar siguió a los terrores del relámpago! Menos de un año antes, le había parecido que el universo se derrumbaba y la creación se detenía a consecuencia de sus pesares, y ahora era miembro del Parlamento, legislando para los mineros de Cornualles y poniéndose robusto según sus malévolos amigos, mientras ella, que conforme a las normas del decoro debería haber muerto apartada mucho antes, se había casado con un hacendado de Yorkshire y sin duda ocuparía su puesto en el condado, como «dama de» en el pueblo, y sería la madrina principal en los bailes con motivo de las carreras y acabaría su vida feliz y

tranquila.

Estrujó el número del *Times* y arrugado como una pelota lo arrojó con rabia y mortificación.

«Y... Y pensar que una vez me amó» —lloró.

Sí, le amó, Talbot Bulstrode, le amó como nunca podría amar al honesto, generoso y leal John Mellish, aunque pueda en un tiempo venidero sentir por él un afecto que es preferible al amor más apasionado. Le amó con la romántica elegancia y la reverente admiración de una joven que, humildemente, se esforzó en transformar su carácter para poder ser digna de su excelencia sublime. Le amó como las mujeres aman a su primer y único amor de juventud y como raramente aman al hombre con el que finalmente se casan.

El árbol es quizá más fuerte cuando se le podan las primeras ramas frágiles para dar paso a ramas más robustas y extendidas, bajo las cuales pueden ampararse un esposo e hijos. Pero Talbot no podía ver todo esto; solo veía un breve anuncio en el *Times*:

«Aurora, única hija de Archibald Floyd, banquero, de Felden Woods, condado de Kent, con John Mellish, *Esquire*, de Mellish Park, cerca de Doncaster».

Estaba furioso con su antiguo amor, y aún más furioso consigo mismo por sentir esa furia. Se zambulló, pues, furiosamente en los documentos oficiales para prepararse para la próxima sesión; y después tomó su arma y salió a correr por los «áridos, páramos», como lo hiciera en la primera violencia de su pena, y vagó por la sombría orilla del mar deshaciéndose en alabanzas hacia su «Amy, de corazón frívolo»^[57] y probó el tono de su voz contra el idus de febrero para cobrar nuevas fuerzas y enfrentarse al discurso que debía dar sobre el proyecto de ley en favor de los mineros de Cornualles.

A finales de enero, los criados de Mellish Park hicieron los preparativos para la llegada del patrono John y su esposa. Fue una tarea amorosa en aquella casa en desorden, pues todos se complacían al considerar que su amo tendría a su lado a alguien que le retuviera en casa y le forzase a dar fiestas —para entretenimiento del condado— en aquella vasta y desmantelada mansión. Los arquitectos y tapiceros se habían puesto a trabajar con actividad durante los días cortos de invierno, preparando habitaciones para la señora Mellish; y el ala occidental o, como la llamaban, el ala gótica de la casa, había sido restaurada y remodelada para Aurora según un nuevo modelo, de modo que las salas con sus artonados de roble resplandecían de rosa y oro como una capilla de la Edad Media. Si John hubiese debido gastar la mitad de su fortuna en comprar un huevo de roc^[58] para colocarlo en estas salas, lo hubiera hecho gustosamente. Estaba tan orgulloso de su prometida —tan parecida a Cleopatra—, de su joya sin igual entre todas las piedras preciosas, que temía no poder construir un santuario lo suficientemente rico para albergar su tesoro. Así pues, la casa que tan felizmente habían habitado durante cerca de tres siglos sus honestos hacendados y sus sensatas y maternales esposas, quedó completamente transformada antes de que John

la encontrase digna de la hija del banquero.

Los cocheros, los palafreneros y los mozos de cuadra se encogían de hombros arrogantes, y escupían desdeñosamente pedazos de paja sobre el pavimento del patio, cuando oían el estruendo de las herramientas de canteros y cristaleros ocupados en restaurar los aposentos en torno a la fachada. Suponían que las caballerizas pasarían entonces a ocupar un *segundo* plano y que el patrono John estaría colgado día y noche de la cinta del delantal de su esposa; fue un alivio para ellos el saber que la señora Mellish era una apasionada de la equitación y la caza, y que con el tiempo se aficionaría sin duda a las carreras de caballos, por ser la diversión legítima de una mujer de su clase y su fortuna.

Las campanas de la iglesia del pueblo tocaban un fuerte y alegre repique en el aire claro de invierno cuando el carruaje de cuatro caballos —que había recogido en Doncaster a John y su esposa— cruzó la verja de Mellish Park y se adentró en la larga avenida que conducía a la fachada gótico-romana de la puerta principal. Las robustas voces de Yorkshire lanzaron fuertes vítores en señal de bienvenida en el momento que Aurora bajó del carruaje, pasó bajo el pórtico y entró en el antiguo vestíbulo de roble adornado con guirnaldas y adornos florales, en medio de los cuales figuraba la leyenda: ¡*WELCOM TO MELLISH!* y otras inscripciones afectuosas del mismo género, más notables por su amigable significado que por el rigor de la ortografía.

Los criados quedaron hechizados con la elección de su amo. Aurora era de una hermosura tan deslumbrante que estos seres de corazones sencillos la acogieron entre ellos como aceptamos la luz del sol, y sintieron un suave calor con su radiante belleza que jamás hubiera podido inspirarles la perfección más clásica. Ciertamente, un perfil más griego no hubiera tenido influencia en los criados de Yorkshire, cuyo gusto poco cultivado era más pronto a reconocer el esplendor del color antes que la pureza de la forma. No podían menos de admirar los ojos de Aurora, que declararon por unanimidad eran «verdaderos brillantes»; unidos al destello de sus blancos dientes centelleando entre los gruesos labios de carmín; el rubor deslumbrante que iluminaba su pálida piel aceitunada, y los reflejos purpúreos de la espesa corona formada por sus trenzados cabellos.

Su belleza tenía ese sello de lujuria espléndida que produce siempre un gran efecto entre las masas, y la fascinación de sus maneras tenía un poder hechizante sobre las gentes sencillas. No alcanzo a describir sus encantos femeninos, y el embrujo maravilloso que ejercía esta sirena de ojos negros. Con seguridad el secreto de su encanto residía en la prodigiosa vitalidad de su naturaleza, en virtud de la cual desprendía vida y exuberancia en el aire, que al ser inspirada, hasta las personas más sombrías se volvían alegres por su contagiosa presencia; o tal vez el verdadero encanto de sus maneras consistía en esa inocente y exquisita ignorancia de sí misma que constantemente la convertía en una criatura nueva, pero siempre impulsiva y compasiva, sensible en extremo a todos los pesares ajenos, y sin embargo de un

carácter originalmente jovial.

La señora Walter Powell había sido trasladada desde Felden Woods a Mellish Park, y se hallaba cómodamente instalada en sus recatados aposentos cuando llegaron los esposos. El ama de llaves de Yorkshire tuvo que hacer entrega del poder ejecutivo a la viuda del alférez que debía eximir a Aurora de todas las molestias de la administración.

—Dios libre a tus amigos de tener una comida dirigida por mí, John —dijo Aurora confesando francamente su ignorancia—, y me alegro de no haber despedido a esta pobre mujer de nuevo. Las largas columnas de anuncios que veo en el *Times* me dan escalofríos en el corazón cuando pienso en las pruebas a que debe someterse una ama de gobierno. No puedo tenderme a mis anchas en el carruaje y gozar de mis privilegios —como dice mi tía Alexander— cuando pienso en los sufrimientos ajenos; y más bien me siento inclinada a estar descontenta de mi suerte y pensar que es una cosa mala, después de todo, ser rica y feliz en un mundo donde tantos deben padecer. Así es que me siento complacida de poder dar algo que hacer a la señora Powell en Mellish Park.

La viuda del alférez estaba alborozada al verse en una casa tan llena de comodidades, pero no agradecía a Aurora los beneficios de que la colmaba a manos llenas. No se sentía agradecida... porque la odiaba. ¿Por qué la odiaba? La odiaba a causa de los mismos beneficios que de ella recibía, o más bien porque Aurora tenía los medios para prodigarlos. La odiaba con el odio que las criaturas perezosas, apáticas y de cortas miras tienen a los seres francos y generosos. La odiaba con el odio que tiene siempre la envidia a la prosperidad; como odiaba Haman a Mordecai desde lo alto del trono y como un hombre como Aman odiaría si fuera el soberano más poderoso del universo. Si la señora Powell hubiera sido duquesa y Aurora una barrendera de las calles, aun en ese caso la hubiera envidiado; hubiera envidiado sus gloriosos ojos, su centelleante dentadura, su porte imperial y su alma generosa. Aquella mujer pálida, de cabellos castaños, se sentía a sí misma despreciable en presencia de Aurora, y odiaba la abundante vitalidad de su naturaleza, que le revelaba la inercia de la suya. Detestaba a la señora Mellish por la posesión de atributos que sentía eran dones más preciosos que todas las riquezas de la casa Floyd, Floyd y Floyd transformadas en montañas de oro. Pero no conviene a una persona de servicio aborrecer si no es de una manera decorosa y educada, en secreto, en los recovecos oscuros de su alma, mientras adorna su rostro con una sonrisa invariable, sonrisa que se pone cada mañana al lavarse la cara y que se quita por la noche al ir a acostarse.

Ahora bien, como por una disposición infinitamente sabia de la Providencia no es posible que una persona aborrezca a otra sin que esta última tenga una vaga idea de este malvado sentimiento, Aurora advertía que el afecto de la señora Powell no era muy sincero; pero en su alegre imprudencia no se cuidó de sondear la profundidad del hostil sentimiento que podía acechar el corazón de su criada.

—La pobre criatura no me tiene gran cariño —decía—, y hasta me atrevo a decir

que la molesto y atormento con mis descuidadas insensateces. Si fuera como la pequeña y querida Lucy, tan considerada...

Y encogiéndose de hombros y sin acabar la frase, la señora Mellish desterraba de su mente un pensamiento de tan escasa importancia.

Los seres grandiosos y valientes no temen a las personas de carácter tranquilo y, sin embargo, en los grandes dramas de la vida, son las personas tranquilas las que hacen el mal. Yago no era un personaje bullicioso, aunque, a Dios gracias, no está ya de moda representarlo como un zalamero chivato en quien no hubiera podido confiar el más necio de los moros.^[59] Aurora gozaba de una vida pacífica. Las tormentas que casi la habían hecho naufragar en su joven vida se habían desvanecido dejándola en una playa hermosa y fértil; las penas que causara al corazón delicado de su padre no habían sido fatales, y el banquero parecía muy feliz cuando, con el clima brillante de abril, fue a ver a la joven pareja en Mellish Park.

Entre todos los aduladores de la casa, había una sola persona que no formaba parte del entusiasmo general cuando se hablaba de la señora Mellish, y esta persona era tan insignificante que los demás criados hacían poco caso de su opinión. Era un hombre de unos cuarenta años, que había nacido en Mellish Park y estaba en las caballerizas desde su infancia prestando toda clase de servicios a los mozos de cuadra, y siendo considerado, aunque algo «*idiota*» para los asuntos ordinarios, como un conocedor muy experto en materia de caballos.

Este hombre se llamaba Stephen, o más comúnmente, Steeve Hargraves. Era un tipo rechoncho, de anchos hombros, cabeza grande, cara pálida y asustada, cuya palidez cadavérica parecía casi sobrenatural, ojos de color pardo rojizo y cejas rojas y pobladas formando una especie de bóveda sobre los ojos cuya expresión ordinaria era siniestra. Era uno de esos individuos de quienes se dice generalmente que son repulsivos y de los cuales se apartan todos con un sentimiento instintivo de aversión, indudablemente malvada e injusta; pues nadie tiene derecho a odiar a un hombre porque tenga un desagradable brillo en los ojos, o mechones de cabello rojo uniéndose sobre el puente de la nariz, y pies enormes que parecen aplastar y destruir cualquier cosa que pisan.

Esto era lo que pensaba Aurora cuando, algunos días después de su llegada a Mellish Park, vio a Steeve Hargraves por primera vez salir de la caballeriza con unas riendas bajo el brazo. Estaba furiosa consigo misma por el involuntario estremecimiento que la hizo retroceder a la vista de aquel hombre que a corta distancia parecía que estaba limpiando los adornos de metal de las bridas y miraba furtivamente a la señora Mellish que, apoyada en el brazo de su marido, hablaba con el adiestrador sobre los potros que pacían en las praderas fuera de Mellish Park.

Aurora le preguntó quién era aquel hombre.

—Su nombre es Hargraves, señora —respondió el entrenador—, pero le llamamos Steeve. Tiene la cabeza algo trastornada, es loco o «*idiota*», pero es muy útil en las caballerizas cuando se le antoja trabajar, pues tiene un carácter tan extraño

que nadie ha podido obligarle a hacer nada que no sea de su gusto, como sabe muy bien el amo.

John Mellish se rio y dijo:

—No, Steeve no es inútil en las caballerizas, en mi opinión. Hace veinte años era el palafrenero favorito de mi padre, pero se cayó un día cazando, se hirió en la cabeza y nunca ha estado bien desde entonces. Todo ello, unido al aprecio que le tenía mi padre, le da cierto derecho a nuestra benevolencia y toleramos sus extrañezas, ¿no es verdad, Langley?

—Sí, señor —respondió éste—, aunque le aseguro por mi honor que más de una vez le tengo miedo y se me figura que en cualquier momento se levantará en mitad de la noche y nos asesinará a alguno de nosotros.

—Pero no antes de que alguno de vosotros haya ganado un sombrero lleno de dinero, Langley, porque Steeve ama demasiado el metal como para asesinar a alguien a cambio de nada. Ya verás qué cara tan alegre va a poner, Aurora —dijo John haciendo señas al *idiota* para que se acercase—. Ven aquí, Steeve. La señora Mellish desea que bebas a su salud.

Y dejó caer un soberano en la ancha palma de Steeve; mano de gladiador, con nervios de acero. Los ojos rojizos del *idiota* centellearon de alegría mientras encerraba en su puño la moneda.

—Muchas gracias, mi señora —dijo llevándose la mano a la gorra.

Su voz baja y ahogada contrastaba extrañamente con la fuerza física de su apariencia, y Aurora retrocedió estremeciéndose.

Desgraciadamente para el pobre *idiota* —cuya propia figura resultaba repugnante—, había algo en su interior, un susurro que daba lugar a una instintiva repulsión por parte de los que lo oían por vez primera.

Se llevó nuevamente la mano a la gorra de lana grasienta y se fue lentamente de regreso a su trabajo.

—¡Qué cara tan cadavérica! —dijo Aurora—. ¿Ha estado enfermo?

—No, siempre ha tenido el semblante pálido desde su caída. Era muy niño cuando sucedió para que pueda recordarlo; pero oí decir a mi padre que cuando trajeron a casa al pobre hombre, su rostro, que antes tenía muy buen color, estaba blanco como una hoja de papel, y su voz, hasta entonces fuerte y áspera, se apagó hasta el sordo murmullo con el que ahora habla. Los médicos hicieron cuanto pudieron por él, y le salvaron de un terrible ataque de fiebre cerebral, pero nunca lograron restituirle la voz ni el color de sus mejillas.

—¡Pobre hombre! —dijo la señora Mellish, bondadosamente—; merece que se le tenga lástima.

Y al decir esto se reprochaba el sentimiento de repugnancia que no podía dominar. Era una repugnancia que rayaba casi en terror. Sintió que no podría ser dichosa en Mellish Park mientras lo habitase aquel hombre, y casi estuvo tentada a suplicarle a su indulgente marido que le fijara una pensión y le enviase lejos del

condado; pero pasados unos minutos se avergonzó de su disparate pueril, y algunas horas después se había olvidado de Steeve Hargraves, el *idiota*, como le llamaban en las caballerizas.

Lector, cuando un ser te inspire este instintivo aborrecimiento irracional, apártate de él. Es peligroso. Haz caso a mi advertencia, como haces caso a las nubes del cielo y la calma siniestra del aire cuando se acerca la tormenta. La naturaleza no miente, y es ella la que ha provocado ese terror que te hace estremecer en tu seno; un instinto de conservación antes que un miedo cobarde, que al primer vistazo de ciertos individuos te dice más explícitamente que las palabras: «¡Ese hombre es mi enemigo!».

Si Aurora se hubiese guiado por este instinto, si hubiera cedido al impulso que despreció como pueril y hubiese hecho despedir de Mellish Park a Stephen Hargraves, ¡cuántos amargos sufrimientos, cuántas crueles desgracias podrían haberse evitado para ella y para los demás!

El mastín *Bow-wow* había acompañado a su dueña a la nueva morada, pero los mejores días de este perro habían terminado. Un mes antes del matrimonio de Aurora fue atropellado por un carruaje en uno de los caminos de las cercanías de Felden, y tuvieron que trasladarle, ensangrentado e inválido, a casa del veterinario, para entablillarle las patas traseras y ser tratado de las demás lesiones con los más altos recursos de la ciencia veterinaria a su alcance.

Aurora condujo cada día su carruaje hasta Croydon para ver a su enfermo favorito, *Bow-wow*, que aun en el peor de los casos siempre reconocida a su querida dueña y le lamía las blancas manos con su lengua febril e indolente, en señal del afecto constante que nos prodigan los animales y que sólo desaparece cuando perecen. Así es que el perro estaba cojo y casi ciego cuando llegó a Mellish Park con el resto de los muebles y enseres personales de Aurora. Era un ser privilegiado en la vasta mansión; había para él una piel de tigre delante de la chimenea del salón, y pasaba el fin de sus días en lujoso descanso, deleitándose a la lumbre o a los rayos del sol cerca de las ventanas, según placía a su real capricho; pero, aunque débil y cojeando, tenía todavía fuerzas para seguir a la señora Mellish cuando se paseaba por el prado o entre las zonas pobladas de arbustos que rodeaban los jardines.

Un día, cuando Aurora hubo regresado de su matutino paseo ecuestre con John y su padre —que les acompañaba algunas veces en una mansa jaca gris y parecía un hombre mucho más joven al verle entregado a este ejercicio—, se paseaba por el prado llevando aún el traje de amazona después de que los caballos hubieran sido conducidos a las cuadras y de que el señor Mellish y su suegro hubieran entrado en casa. El mastín la vio desde la ventana del salón y salió a recibirla. Se paseaba de un lado a otro tentada por la dulzura exquisita del aire, con la cola del traje de amazona recogida en el brazo y el látigo en la mano, buscando primulas bajo los arbustos. Tras recoger un ramo de flores silvestres regresaba a casa cuando recordó algunas instrucciones que se había olvidado de dar al mozo de cuadra, relativas a un caballo

favorito que estaba enfermo.

Cruzó el patio de las caballerizas seguida de *Bow-wow*, encontró al mozo y le dio las órdenes precisas disponiéndose a volver a los jardines. Mientras hablaba con él vio el rostro de Steeve Hargraves en una de las ventanas de la sala de arreos. El *idiota* salió entonces llevando un equipamiento de bridas y cruzó hacia las caballerizas en el lado opuesto del patio. Aurora estaba en el umbral de las portillas que separan las cuadras de los jardines cuando la detuvo un aullido doloroso del mastín *Bow-wow*. Volvió el rostro con la rapidez del relámpago a tiempo de ver la causa de aquel aullido: Steeve Hargraves había empujado al tambaleante animal descargándole una patada con sus zuecos claveteados en hierro.

La crueldad con los animales era uno de los defectos del *idiota*. Es verdad que no era cruel con los caballos del señor Mellish, pues tenía suficiente criterio para darse cuenta de que su subsistencia dependía de sus cuidados hacia ellos, pero ¡que el cielo ayude a cuantos intrusos encontraba en su camino!

Aurora se lanzó contra él como una hermosa tigresa y, cogiéndole por el cuello de la chaqueta con sus pequeñas manos, le retuvo en el sitio donde se hallaba. No debía de ser fácil librarse de aquellas manos que, aunque delicadas, estaban crispadas por la ira, y Steeve Hargraves, sorprendido ante aquel ataque inesperado, se quedó mirando con terror a su atacante. La joven, pie y medio más alta que el *idiota*, le dominaba, y con las mejillas pálidas de furor, los ojos centelleantes de rabia, el sombrero caído en el suelo y los negros cabellos despeinados y esparcidos sobre sus hombros, estaba sublime en su ataque de ira.

El hombre se encorvó bajo la mano de la imperiosa joven y, convulsivamente, sin aliento y con voz ahogada, a la cual daba su agitación el sonido de un silbido, le dijo:

—¡Suélteme, suélteme... o se arrepentirá!

—¡Cómo te has atrevido...! —exclamó Aurora—, ¿cómo te has atrevido a maltratarle? ¡Mi pobre perro! ¡Mi pobre perro cojo y débil! ¿Cómo te has atrevido? ¡Cobarde..., miserable!

Su mano derecha soltó el cuello de la chaqueta de Hargraves y descargó sobre sus anchas espaldas una lluvia de golpes con su elegante látigo, un *mero juguete* con esmeraldas incrustadas en su empuñadura de oro que se cimbraba como una vara de acero flexible en su pequeña mano.

—¿Cómo te has atrevido? —repitió varias veces, con sus pálidas mejillas volviéndose encendidas como la grana en su esfuerzo por sujetar al hombre con una mano. Su enmarañado cabello le caía hasta la cintura y el látigo se había roto por media docena de partes, al menos.

En ese momento entró John Mellish por casualidad en el patio y palideció de espanto al contemplar la escena de hermosa fiereza.

—¡Aurora! ¡Aurora! —exclamó arrancando al hombre de su mano y arrojándolo de un empujón a algunos pasos de distancia—. Aurora, ¿qué ha pasado?

Aurora le contó, entre jadeos entrecortados, la causa de su indignación, y Mellish

tomó el látigo despedazado de su mano, recogió el sombrero que su esposa había pisoteado en el arrebatado de ira y la condujo a través del patio hasta la entrada posterior de la casa. Era tal la amarga vergüenza que le causaba el pensar que aquella mujer sin igual —aquella adorada criatura— pudiera cometer un acto que la deshonrara o ridiculizase, que él mismo se habría quitado su ropa de abrigo y habría peleado con media docena de cargadores de carbón sin darle siquiera importancia, pero ella...

—Entra, entra, mi querida niña —le dijo con dolorosa ternura—; los criados miran furtivamente y curiosean, lo sé. No debías haber hecho tal cosa; debiste venir a decírmelo.

—¿Ir a decírtelo? —exclamó Aurora con impaciencia—. ¿Cómo podía pararme a decírtelo al verle golpear a mi perro, mi pobre perro cojo?

—Entra, querida, entra. Ale, ale, cálmate y entra.

Le hablaba como si tratase de apaciguar a un niño agitado, pues conoció por la convulsión que alzaba su seno, que aquella violenta emoción iba a terminar con un ataque de nervios, como terminan tarde o temprano todas las furias femeninas. La condujo medio a rastras a su habitación por una escalera trasera y la dejó recostada en un sofá con su traje de amazona. Se metió a duras penas el látigo roto en el bolsillo y salió en busca de Steeve Hargraves rechinando sus blancos dientes y cerrando con fuerza los puños. Al pasar por el vestíbulo, cogió un largo y recio látigo de caza de un armero lleno de utensilios formidables de este género.

Steeve, el *idiota*, estaba sentado en un montadero^[60] cuando John volvió a entrar en el patio de las caballerizas. Se frotaba los hombros con semblante pesaroso, mientras dos sonrientes mozos de cuadra —que quizá habían presenciado el castigo— le miraban a una distancia respetuosa, sin acercarse a él, pues el *idiota* tenía la mala costumbre de blandir una enorme navaja cuando se sentía agraviado; y el más valiente de los mozos empleados en las caballerizas tenía pocos deseos de morir de una puñalada en el abdomen, con la plena convicción de que el más severo castigo de su asesino se reduciría a su encarcelamiento por unos quince días o una pequeña multa.

—Ahora, señor Hargraves, no te castigará la señora —dijo Mellish levantando al *idiota* del montadero y colocándole a una distancia conveniente para poder manejar bien el látigo de caza; no era cometido de la señora Mellish fustigarte, tu castigo corre por mi cuenta; toma lo que te pertenece, cobarde.

El látigo de cuero silbó en el aire y cruzó las espaldas de Steeve, pero John sintió que había algo despreciable en una lucha tan desigual, y arrojando el látigo, le cogió en silencio por el cuello de la chaqueta y le condujo hasta la puerta del patio.

—¿Ves ese camino? —le dijo señalándole un hermoso claro herboso que se extendía ante ellos—. Pues conduce directamente fuera de mi casa, y te recomiendo, señor Hargraves, que lo recorras tan pronto como puedas y que nunca vuelvas a mostrar tu feo y cadavérico rostro por mis propiedades. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Espera. Supongo que se te deberá alguna cosa.

Sacó un puñado de dinero del bolsillo del chaleco y lo arrojó al suelo. Soberanos y medias coronas de oro y plata rodaron por todos lados sobre el pavimento arenoso. Luego, Mellish volvió la espalda dejando al *idiota* ocupado en recoger su tesoro desparramado por la tierra. Steeve Hargraves se arrodilló y buscó a tientas hasta que encontró todas las monedas, y después contó lentamente el dinero pasándolo de una mano a otra, mientras su pálida cara dibujaba una enorme sonrisa de satisfacción: John Mellish le había dado en oro y plata una cantidad que representaba más de dos años de su salario.

Dio algunos pasos por la avenida, y volviéndose de pronto alzó su puño hacia la casa amenazante.

—Es usted una mujer de espíritu enérgico, señora Mellish —murmuró—, pero ¡no me dé nunca la ocasión de vengarme, o le juro por Dios, *idiota* como soy, que me vengaré! Piense, tal vez, que para nada valgo. Espere y verá.

Y sacó otra vez el dinero del bolsillo y volvió a contarlos mientras se dirigía lentamente hacia la verja de Mellish Park.

Vemos, por tanto, que Aurora tenía ahora dos enemigos acérrimos, uno fuera y otro dentro de su apacible casa: una ama de llaves descontenta abrigando sin cesar el odio dentro del recinto sagrado del hogar doméstico; el otro conjurando la ruina y la venganza fuera de los muros de la ciudadela.

XIII

Las carreras de primavera

En los primeros días de la primavera Lucy Floyd visitó a su prima, y fue una sorpresa para ella ser testigo de la felicidad que reinaba en Mellish Park. La pobre Lucy había creído encontrar a Aurora algo mejor considerada que los perros y un poco más encumbrada que los caballos, en el grupo familiar de Yorkshire, de modo que se sintió considerablemente sorprendida al encontrar a su prima de ojos oscuros reinando como despótica y soberana caprichosa, sin oposición ni trabas sobre todos los seres, racionales e irracionales, a lo largo y ancho de todos sus dominios. Le asombró la brillante animación de sus mejillas, el alegre centelleo de su mirada, la ligereza de sus pasos, la efusiva música de su risa, y, en definitiva, le asombró descubrir que en lugar de llorar sobre las frías cenizas de su amor por Talbot Bulstrode, había aprendido a amar a su esposo.

¿Deberíamos avergonzarnos por nuestra heroína y censurarla por olvidar al altivo prometido de Cornualles que había puesto su orgullo y su amor propio entre él y su afecto y sólo la había amado —en el mejor de los casos— con reserva, aunque, bien es cierto, sólo el cielo era testigo de cuánto la había amado? ¿Había motivo para el sonrojo de esta pobre niña impetuosa si, en la amargura de su corazón, e impulsada por un sentimiento de alivio y gratitud, había buscado refugio en el leal amor de John y había aprendido con presteza a sentir por él un afecto capaz de recompensar su larga y resignada devoción?

Ciertamente, habría sido imposible que una mujer leal se hubiera negado a recompensar un amor como el que John Mellish prodigaba a su esposa; amor que absorbía todos sus pensamientos y se manifestaba en todas sus palabras, acciones y miradas. ¿Podía pagar jamás una deuda tan inmensa? ¿Son comunes en el mundo corazones como el de Mellish? ¿Es acaso poca cosa ser objeto de un cariño tan leal y tan puro? ¿Se coloca ese tipo de amor con tanta frecuencia a los pies de una mujer para que ella lo desprecie y pisotee su santa ofrenda?

La había amado, y aún más, había confiado en ella. Había confiado en ella cuando el hombre que la amaba apasionadamente la dejaba abandonada en una agonía de duda y desesperación. La causa de este modo de obrar reside en la diferencia entre los dos hombres. John Mellish tenía un sentimiento de honorabilidad tan elevado y severo como Talbot Bulstrode, pero en tanto que el altivo oficial de Cornualles debía la fuerza mental a sus facultades reflexivas, la inteligencia del noble hacendado se manifestaba por su poderosa percepción. Talbot se había vuelto medio loco

imaginando cuál *debía ser* el secreto de la vida de Aurora, y John *vio* o imaginó *ver* que la mujer que amaba era digna de todo su amor, y le concedió libremente su destino y su honra.

Y fue recompensado. Fue recompensado con el franco afecto de su esposa y la deliciosa satisfacción de ver que era feliz. Ninguna nube velaba su rostro, ninguna sombra oscurecía su existencia, sino que brillaba sin cesar la alegría en sus ojos y una sonrisa inalterable asomaba a sus queridos labios. Era dichosa en la tranquila seguridad de su casa, feliz en aquella grata fortaleza donde estaba tan bien custodiada y protegida por el amor y la devoción. No sé si sintió alguna vez un amor más romántico y entusiasta por su marido, pero puedo asegurar que desde el momento en que apoyó la cabeza en su ancho pecho le fue fiel, fiel como debería serlo una esposa, fiel en todos sus pensamientos. Su altar doméstico estaba rodeado de un profundo abismo que la separaba de todos los demás hombres en el mundo y la dejaba sola con el que había aceptado por esposo. Lo había aceptado en el sentido más verdadero y puro de la palabra, lo había aceptado de la mano de Dios, como el protector y el refugio de su vida, y mañana y tarde daba gracias de rodillas al creador misericordioso que le había dado por sostén a aquel hombre.

Tras exponer estas consideraciones, debo confesar que el pobre John Mellish era un marido cruelmente sumiso. Los tipos grandes y fanfarrones son los más estoicos bajo dominación femenina, y llevan las guirnaldas de rosas hasta su último suspiro con la inconsciencia sublime de que tales cadenas de flores no son fáciles de romper. Un hombre pequeño es autoritario y siempre está en guardia contra la dominación femenina; todos los maridos conocidos en la historia como tiranos domésticos han sido hombres pequeños desde el señor Daniel Quilp en adelante.^[61] Pero ¿quién podrá convencer jamás a un hombre de seis pies y dos pulgadas de que tiene miedo de su esposa? Se somete a la bonita tirana con tranquila sonrisa de resignación. ¿Qué importancia tiene? ¡Es tan pequeña, tan delicada! Sería capaz de romper su diminuta muñeca de un apretón, y entretanto, es preferible dejarla a su capricho hasta que los asuntos hayan tomado un giro desesperado y sean necesarias medidas más firmes.

John Mellish ni siquiera pensaba en ello. Amaba a Aurora y se tendía en el suelo para dejarse pisotear por sus misericordiosos pies; todo lo que ella hacía o decía le parecía encantador, seductor y maravilloso. Si se reía o se mofaba de él, su risa era el sonido más dulce y armonioso de la creación, y le complacía pensar que sus absurdecos producían música tan deliciosa. Si le reprendía, si se elevaba hasta la sublimidad de una sacerdotisa, la escuchaba y la adoraba como la más noble de las criaturas. Con todo, la innata virilidad de su carácter le protegía de cualquier tacha de ese tipo, y únicamente los que le conocían a fondo y le observaban estrechamente eran capaces de sondear toda la profundidad de su afectuosa debilidad. Los más nobles sentimientos tienen casi un carácter de universalidad, y el amor de John era en cierto modo universal; amor conyugal, paternal, maternal y fraternal fundidos en un solo afecto integral.

Aurora le inspiraba la debilidad orgullosa de una madre; la tonta vanidad de una madre por el ser maravilloso, la rara *avis* que había conquistado su nido para hacer de ella su esposa. Si la señora Mellish era elogiada John sonreía tontamente como una colegiala que se sonroja al escuchar las primeras galanterías de un buen mozo. Recelo que aburría a sus conocidos masculinos hablándoles de su esposa: de su prodigioso salto sobre el piñonero; del plano que había trazado para las nuevas caballerizas, «mejor que el que pudiera diseñar yo mismo, señor» había dicho el arquitecto (un hombre listo, este arquitecto de Doncaster); de la sorprendente forma en que había descubierto el defecto de la pata delantera del potro castaño; y del boceto al lápiz que había hecho de su perro *Bow-wow* («Sir Edwin Landseer en persona se habría enorgullecido de su espíritu y sus vigorosas pinceladas, señor»).[62] Los caballeros del condado oyeron recitar tantas veces estas cosas, que incluso llegaron a cansarse de escuchar a John referirse a «mi esposa». Pero nunca se cansaron de la propia Aurora, la cual se granjeó enseguida su amistad, y ellos se doblegaron ante ella y la adoraron, envidiando a John Mellish la posesión de tan hermosa potrilla de pura raza, como temo que, inconscientemente, designaban a mi heroína de ojos negros.

Los dominios sobre los que Aurora *reinaba* como emperatriz no eran insignificantes. John Mellish había heredado una propiedad que le producía una renta de entre dieciséis y diecisiete mil libras esterlinas al año. Las granjas alejadas, que se extendían sobre las inmensas tierras altas y onduladas de Yorkshire y los terrenos pantanosos de Lincolnshire, le reconocían como amo; y apenas él mismo conocía los complejos secretos de sus haciendas, en los cuales nadie estaba iniciado a excepción de su secretario y administrador de fincas, serio caballero que vivía en Doncaster y llegaba en carruaje cada quince días a Mellish Park, con gran espanto para su desenfadado señor, para quien «los negocios» eran una terrible pesadilla.

No quisiera que el lector se imaginara ni por un instante que John Mellish era un estúpido que no pensaba sino en diversiones triviales. No era lector, ni un hombre de negocios, ni un político, ni un erudito aficionado al estudio de las ciencias naturales. Tenía un observatorio en su casa, pero John lo había convertido en salón para fumar, y las aberturas practicadas en el techo suponían una salida conveniente para los efluvios de los puros habanos de sus convidados; Mellish se cuidaba mucho de las estrellas a la manera de aquel monarca asirio que se contentaba con contemplar su brillo y daba gracias al creador por su belleza. Tampoco era un espiritualista. Y a menos que uno de los retablos de Mellish le pudiera dar un pronóstico del ganador del «Sellinger» o «Great Ebor», le importaba muy poco si cada pulgada de nogal o palisandro estaban dedicados al oráculo. A pesar de todo, no era tonto, y estaba dotado de esa inteligencia perspicaz que acompaña con frecuencia a la integridad y la pureza de intención, que es la inteligencia más eficaz frente a toda bribonería. No era un hombre a despreciar, pues sus mismas flaquezas eran valerosas. Tal vez Aurora lo había sentido así, y comprendía que debía controlar a un hombre de su temple. Algunas veces, en un arrebato de afectuosa gratitud, acurrucaba su hermosa cabeza

sobre el pecho de John, y aun alta como era, podía refugiarse bajo el ala de su esposo. En estos momentos le decía que era el mejor y más querido de los hombres, y que aun cuando le amase hasta la hora de su muerte, *nunca, nunca*, podría amarle la mitad de lo que merecía. Y después, medio avergonzada de esta declaración sentimental, se burlaba de él, le reprendía y le tiranizaba el resto del día.

Lucy contemplaba este estado de cosas con mudo asombro. La mujer que había sido amada en otro tiempo por Talbot Bulstrode ¿podía rebajarse a esto? La feliz esposa del rubio hacendado de Yorkshire ¿podía concentrar sus mayores deseos en la potrilla baya de su mismo nombre —que debía correr en las carreras de la primavera en York y estaba inscrita en la lista de los animales admitidos para el próximo Derby—, tomar interés por un galope más o menos rápido y por unas nuevas caballerizas, hablar de criaturas misteriosas pero evidentemente de elevada importancia, designadas bajo nombres enigmáticos como *Scotty Foberty Chiifneyy Challoner*, y haber olvidado completamente, según toda apariencia, que existía en la tierra una divinidad de insondables ojos grises, conocido por los mortales como heredero de los Bulstrode?

La pobre Lucy estaba a punto de perder la razón de tanto oír hablar de la potrilla baya a medida que se acercaba la época de las carreras de caballos. Todas las mañanas acompañaba a su prima y a John a visitarla, y en la viva ansiedad que les inspiraba la salud de su favorita la examinaban como si creyeran que se había efectuado alguna maravillosa transformación física durante la tranquilidad de la noche. La espaciosa caballeriza que ocupaba la potra estaba vigilada día y noche por un grupo de detectives aficionados compuesto de mozos de cuadra y su séquito, y un día John Mellish llegó hasta el punto de sumergir un vaso en la cubeta de agua destinada a la potrilla para cerciorarse por sí mismo de que el líquido no contenía sustancia nociva alguna, pues cuanto más se aproximaba el gran día, más nervioso se ponía y temía que algún peligro secreto acechara al animal, o que alguna trama de especuladores de mente oscura hubieran oído hablar de la portentosa *Aurora* en Londres.

Me temo que los especuladores hacían muy poco caso de esta garbosa potra de dos años, aunque corría por sus venas sangre de *Old Melbourne* y de *West Australian*, por no hablar del porte aristocrático que le llegaba por vía materna. Los sospechosos especuladores que circulaban por las cercanías de York y Doncaster en los primeros días de abril estaban demasiado ocupados con los grupos de caballos de lord Glasgow, John Scott, lord Zetland o el señor Merry y otros caballeros de igual distinción, para rondar por Mellish Park o dirigir su atención hacia el prado que el esposo de Aurora había hecho cerrar, con un vallado de ocho pies de altura, para privacidad de la *futura* ganadora del Derby.

Lucy consideraba a la potrilla como la más adorable de las criaturas y digna de ganar cuantas copas y platos pudieran ofrecerse en los concursos de caballos, pero se alegraba —una vez terminada la visita diaria— de encontrarse completamente al

abrigo del alcance de aquellas famosas patas traseras que parecían poseer la facultad de estar en los cuatro rincones de la caballeriza a un mismo tiempo.

Llegó el primer día de las carreras y encontró a la mitad del grupo familiar de Mellish establecido en York, en un hotel situado cerca de las salas de apuestas. El jefe de caballerizas, sus satélites y la potrilla se alojaban en una fonda cerca de Knavesmire. Archibald Floyd se esforzó en interesarse por un acontecimiento que era tan importante para sus hijos, pero confesó con franqueza a su sobrina nieta, Lucy, que gustosamente deseaba que terminasen las carreras y ya se hubiesen decidido los méritos de la rojiza potrilla. Había sido puesta a prueba noblemente, según decía John; no había ganado en velocidad, pero en realidad, aunque había sido en cierto modo derrotada, evidenciaba un poder de *resistencia* que prometía más para el futuro que la velocidad de cualquier potrillo de dos años. Cuando la campana de ensilladura sonó, Aurora, su padre y Lucy se situaron en la galería rodeados de una multitud de amigos. La señora Mellish, con un lápiz en la mano, apuntaba en medio de su exaltación todo género de apuestas imposibles y llenaba las hojas del libro con apuntes que debían haberse conservado como una curiosidad en los anales del deporte. John se colaba en la pista inferior empujando a los aficionados, haciendo caer a algunos de ellos en su agitación y dando vueltas en torno del pálido chico — que debía montar a la potrilla— con ademán tan ansioso como si el *jockey* fuera un primer ministro y John un padre de familia con media docena de hijos que necesitasen colocaciones del gobierno. Me estremezco al pensar en los numerosos boletos, a modo de billetes de cinco libras, que John prometió al mozo de rostro pálido con la condición de que la potrilla Aurora ganase una apuesta, por pequeña que fuese, por un valor aproximado de sesenta libras. Si el *jockey* no hubiera pertenecido a esa categoría de seres sobrenaturales que parecen nacidos con un carácter sin emociones, su cerebro sin duda se habría trastornado con la variedad de instrucciones contradictorias que John Mellish le dio durante el último cuarto de hora crítico; pero habiendo recibido aquella mañana temprano las órdenes del adiestrador, acompañadas del consejo de no dejarse preocupar por nada, el muchacho de pálido semblante, sin hacer caso de lo que el señor Mellish pudiera decir, se paseaba a un lado y al otro con la calmada serenidad de la inocencia, pues aún existen *jockeys* honestos en el mundo, y subió a la silla con un pulso tal como si estuviera a punto de cabalgar en un ómnibus.

Había aquel día en el *Stand* algunas personas que pensaban que la visión del rostro de Aurora Mellish era tan agradable como contemplar los hermosos prados del Knavesmire o los mejores caballos del condado de York. Completamente olvidada de sí misma por su propia excitación, y con su viveza natural sobrecitada por la animación de la escena que se desplegaba ante ella, Aurora estaba más preciosa que de costumbre, y Archibald Floyd la miraba con una afectuosa emoción, que se entremezclaba con una gratitud al cielo por la dicha del destino de su hija que casi era cercana al dolor. Aurora era feliz; era feliz por fin la hija de su querida Eliza, aquel

bien sagrado que le confiara la mujer que había amado; era feliz y estaba *a salvo*, y consolado con esta convicción podía bajar mañana mismo con total resignación —si así Dios lo deseaba— a la tumba.

¡Extraños pensamientos para una pista de carreras abarrotada! Pero nuestros más serios deseos no vienen siempre en los lugares más solemnes, sino que, a menudo, nuestras almas colocan alas a sus vuelos más nobles en medio del gentío y la confusión, y regresan a la mente los recuerdos más amargos. Así pues, Archibald Floyd, mientras las apuestas subían, los *jockeys* se pesaban y la multitud clamaba bajo él, se apoyó sobre el ancho arimez de la galería de piedra y, muy alejado del anfiteatro cubierto de hierba, dirigía su pensamiento a su difunta esposa que le había legado en herencia a aquella hermosa hija.

La potrilla baya *Aurora* fue vergonzosamente derrotada. La señora Mellish se puso pálida de desesperanza cuando vio la chaqueta amarina, la faja negra y la gorra azul deslizarse arrastrados por los talones, y al *jockey* pálido como un difunto, con actitud retadora hacia los espectadores, como dando a entender que no pensaba que su potrilla ganase, sino que la derrota de aquel día no era más que un ardid hábilmente confabulado para obtener victorias en un futuro. John Mellish, poco acostumbrado a tales decepciones, huyó de la pista escabulléndose para ocultar su turbación, pero Aurora, dejando caer el libro y el lápiz, dio una patada al suelo y dijo a Lucy y a su padre que aquello era una vergüenza y que forzosamente el *jockey* había sido comprado, pues era *imposible* que la potra hubiese sido legalmente derrotada. Al momento de comenzar a decir todo esto, sus mejillas se sonrojaron de ira y sus ojos lanzaron rayos de indignación, pronta a descargarse sobre el primero que se cruzase en su camino para sufrir la tempestad de su furia, cuando de pronto vio una cara pálida y dos serios ojos grises que la miraban fijamente desde el umbral de una ventana abierta a dos o tres pasos de ella. Un instante después, Aurora y su padre habían reconocido a Talbot Bulstrode.

El joven los reconoció, se acercó a ellos humildemente, con el semblante pálido, tan pálido como Lucy le recordaba, y con voz trémula dio los buenos días al banquero y a las dos señoritas. Así volvieron a encontrarse los dos seres que se habían separado silenciosos, entre lágrimas, con el corazón roto y creyendo que se separaban para toda la eternidad; sí, el destino les ponía cara a cara de nuevo, en aquel *Grand Stand* —vulgar y prosaico— de media guinea la entrada.

¡Un año antes, y cada cierto tiempo en el crepúsculo primaveral, Aurora Floyd había visualizado el posible reencuentro con Talbot Bulstrode! Él la encontraría de pronto, por casualidad, al resplandor de la luna tranquila, y ella se desmayaría y moriría a sus pies bajo el peso de una emoción insoportable. O tal vez, se encontrarían en una reunión numerosa, mientras bailaba sonriendo con fingido regocijo; y bastaría una sola mirada de aquellos ojos para robarle la vida en su bosquejada gloria de joyas y grandeza.

¡Cuántas veces, ah, cuántas veces se había representado esta escena y había

sentido su angustia! Tan sólo hacía un año, menos de un año, y hasta podemos concretar la fecha de aquel balsámico día de setiembre en el castillo de Arques, en que, sentada en un rústico sofá, contemplaba el hermoso paisaje de Normandía extendido a sus pies, con el fiel John observando a su lado, mientras las cabras pacían tras ella en el prado y unos muchachos traviosos atormentaban a los apacibles y sufridores animales; y ahora le veía de nuevo en un momento en que sus pensamientos estaban tan absorbidos por la derrota de su potrilla, que apenas sabía qué decirle a su antiguo enamorado. Aurora Floyd estaba muerta y enterrada, y Aurora Mellish, al mirar críticamente a Talbot Bulstrode, se preguntaba cómo había podido acercarse tanto a las puertas de la muerte por el *amor de ese hombre*.

Fue Talbot el que palideció ante este encuentro imprevisto; el que pronunció con voz trémula las pocas palabras cotidianas que la cortesía le exigía en tales circunstancias. El capitán no había aprendido a olvidar tan fácilmente. Tenía más edad que Aurora, había alcanzado los treinta y dos años sin haber amado nunca a una mujer, y la amó finalmente para ser cruelmente atacado por la fatal dolencia que le sobrevino.

Aquel encuentro súbito le hizo sufrir dolorosamente. Herido en su orgullo por su indiferencia serena, deslumbrado de nuevo por su belleza, y loco y furioso de celos al pensar que la había perdido, los sentimientos del capitán Bulstrode no eran dignos de envidia alguna; y si Aurora había deseado alguna vez vengarse de la escena cruel de Felden Woods, había llegado, con toda seguridad, la hora de su venganza. Pero era una criatura muy generosa para haber abrigado semejante pensamiento. Se había sometido con toda humildad a la voluntad de Talbot, había aceptado su decisión y había creído en su justicia, y en la actualidad le causaba pesar la agitación en que le veía. Se apiadaba de él con una tierna compasión, casi maternal; como la que podía sentir, desde su privilegiada situación, en el seguro refugio de una familia feliz, por un pobre peregrino que viajara errante por el agitado océano de la vida.

Ciertamente, el amor y el recuerdo del amor deberían borrarse antes de experimentar un sentimiento de esta clase; la terrible pasión debería extinguirse de una muerte lenta y segura, tras la cual ningún espectro inquietante sale de la tumba para atormentar a los vivos.

Existía y ya no existe. Aurora podía haber naufragado, ser arrojada en una isla desierta con Talbot Bulstrode y vivir diez años en su compañía sin que, ni por espacio de diez segundos, hubiera vuelto a sentir lo que había sentido por él en otro tiempo. Para estos caracteres impetuosos e impresionables que viven deprisa, un año equivale en ocasiones a veinte. Aurora volvía la mirada atrás hacia Talbot Bulstrode, a través de un abismo que les separaba como una distancia de varias millas, y se preguntaba si realmente alguna vez habían estado juntos y unidos por la esperanza y el amor en unos días ya pasados.

Mientras Aurora pensaba en estas cosas y también en algunos momentos en la potrilla baya, Talbot, medio ahogado por emociones confusas, hacía esfuerzos por

parecer indiferente, John Mellish, con el ánimo fresco merced a una botella de cerveza, se presentó de pronto y saludó al capitán dándole una palmada en el hombro.

No era celoso el afortunado John. Seguro del amor y de la fidelidad de su esposa, estaba dispuesto a enfrentarse a un regimiento de antiguos admiradores; y hasta se deleitaba con la idea de vengar a Aurora en la persona de aquel amante cobarde. Talbot contemplaba involuntariamente a los agentes de policía de York en la pista de carreras, preguntándose qué harían aquellos hombres si arrojase a John Mellish por la barandilla de la galería y perpetrase un asesinato. Tales eran sus pensamientos mientras John casi le retorció la mano en su cordial saludo y le preguntaba qué diablos le había traído a las carreras de York.

Talbot explicó, más bien balbuceante, que hallándose exhausto de las tareas parlamentarias había ido a pasar algunos días con un antiguo compañero de armas, el capitán Hunter, que poseía una casa entre York y Leeds.

El señor Mellish contestó que se alegraba mucho, que conocía a Hunter y que era preciso que los dos hombres se les unieran para comer en su casa aquel día, y que Talbot debía pasar una semana en Mellish Park cuando se despidiese del capitán.

Talbot murmuró una vaga protesta para demostrar que le era imposible aceptar tales invitaciones, pero John no hizo caso alguno de sus excusas y arrastró a su antiguo rival hacia las señoritas, pues tenía prisa por volver a la casa de apuestas para completar sus pronósticos de la siguiente carrera.

Así es que el capitán Bulstrode se fue de nuevo. Durante la breve entrevista nadie se había molestado en fijarse en Lucy Floyd, cuyas mejillas pasaron alternativamente de la palidez al sonrojo, media docena de veces durante los últimos diez minutos.

John y Talbot regresaron después de la carrera con el capitán Hunter, a quien llevaron a la galería para ser presentado a Aurora, y que entró inmediatamente en una animada discusión sobre las carreras del día. ¡Cuánto aborreció Bulstrode esta fútil conversación sobre caballos! ¡Esa jerga perpetua, la misma en todas las bocas, desde el rosado arco de cupido de Aurora hasta los labios manchados de tabaco de los registradores de apuestas que inundaban la pista! Gracias a Dios no era su esposa la que conocía aquel bárbaro lenguaje de las carreras de caballos y que, anteojos en mano, alargaba su cuello como un cisne para divisar una curva en Knavesmire y distinguir el caballo que iba media milla por delante de sus rivales.

¿Por qué había consentido en viajar a aquel maldito condado invadido por carreras de caballos? ¿Por qué se había alejado de los mineros de Cornualles, aún por otra semana? Más le hubiera valido ocupar su materia gris leyendo folletos sobre Dryasdust y documentos parlamentarios que estar allí, aislado, desolado en medio de aquella clamorosa multitud de mente hueca que no sabía hacer nada más que arrojar los sombreros al aire y lanzar vivas a cualquier majadero que hubiera ganado un premio en las carreras.

Talbot, como espectador, no podría observar tal cosa sin extraer una filosófica lección de vida. Percibía que había el mismo clamor y el mismo regocijo en el vulgo,

ya fuera que el *jockey* vistiera faja negra y azul, gorra negra y amarilla, blanca con lunares escarlata, o cualquier otra variedad de color, incluso el más deprimente, y no podía menos que asombrarse. ¿Los desafortunados apostadores se escabullían mientras elevaban sus voces los regocijados? Cuando el firmamento se rasgó en nombre de *Caractacus* o *Tim Whiffler*, ¿dónde estaban los hombres que habían respaldado a *Buckstone* o al osado *Marquis* hasta la caída de la bandera y el sonido de la campana? Cuando *Thormanby* llegó a la meta,^[63] ¿dónde estaban las miserables criaturas cuyas fortunas pendían de *Yankee* o *Wizard*? Se quedaron mudos esos pobres desafortunados que se arrastraban con sus pálidas caras disgustadas para reunirse en grupos y explicar, con una jerga salpicada de juramentos, cuán injusta había sido la victoria, y la absurda combinación de acontecimientos que jamás antes se había presenciado en aquella fatal carrera. ¡Qué limitado es siempre el discernimiento de los perdedores en cualquier carrera del mundo! El forastero emerge del vulgo y la chaqueta púrpura moteada en dorado llega en primer lugar en la poderosa carrera.

Talbot Bulstrode, apoyado con los brazos cruzados en la balaustrada de piedra, contemplaba la animada vida abajo, mientras pensaba en estas cosas. Perdónenle por su indulgencia en tópicos aburridos y desgastados sentimentalismos.

Era un hombre desolado, inútil, que por su gusto no acudiría a ninguna carrera de caballos, desgarrado por la pérdida en su *apuesta* matrimonial, amargado por la decepción, agriado por la duda y la sospecha. Había pasado los aburridos meses de invierno en el continente, sin tener siquiera ánimo para regresar a Bulstrode y encontrar el cariño de su madre y el charloteo de su prima Constance Trevyllian; era lo bastante injusto como para alimentar una secreta aversión contra esta señorita, por los buenos servicios prestados al revelar la huida de Aurora.

¿Por qué había venido a Yorkshire? Sin duda, en un acceso de curiosidad para conocer la clase de vida que llevaba Aurora con su marido, John Mellish. Había sufrido terribles tormentos imaginándose a la señora Mellish en esta vida; ahora representándola como la más despreciable de las *coquetas*, dispuesta a casarse con el primer hombre que tuviera haciendas y una buena posición que ofrecerle; ahora bosquejándola como una *Ifigenia*^[64] de túnica blanca, conducida como una víctima dócil al altar del sacrificio. Así pues, cuando encontró por una casualidad a su amable compañero de armas en el United Service Club y consintió en partir en el acto para la casa de campo del capitán Hunter —donde podría descansar algunos días de sus tareas parlamentarias y el papeleo burocrático—, el astuto hipócrita nunca se confesó a sí mismo que ardía en deseos de saber noticias de su falso e inconstante amor, y que le arrastraban a Yorkshire algunos restos de su antigua *embriaguez*.

Pero ahora, ahora que encontraba de nuevo a aquella despiadada y abominable criatura, radiante y feliz —con una felicidad que sólo era fingida, con un brillo febril que, sin duda, no era más que una impostura—, *ahora la conocía*; sabía por fin que era una vil seductora, una sirena sin alma; sabía que nunca le había amado, que

naturalmente era incapaz de amar, que no servía más que para adornar sus blancos brazos y hacer centellear el sombrío brillo de sus ojos para destrucción del hombre débil, y que sólo era capaz de flotar con su belleza sobre las olas que cubren los cadáveres de sus víctimas. ¡Pobre John Mellish! Talbot se reprochaba su dureza de corazón, que le inspiraba un sentimiento rencoroso contra un hombre que era más bien digno de lástima. Cuando terminó la carrera, el capitán Bulstrode volvió el rostro y vio a la hechicera de ojos negros en medio de un grupo formado en torno a un serio patriarca de cabellos canosos y aspecto de estar acostumbrado al mando.

Este serio patriarca era John Pastem. Escribo su nombre con el mismo respeto con que todos lo reverenciaban en voz baja en aquel recinto. Finalmente, cuando su nombre pasó de boca en boca, todos los presentes se cercioraron de que entre ellos había un gran hombre. Era un veterano muy tranquilo y humilde, sentado entre dos mujeres, su esposa y su hija, imagino; frío y serio —en tanto que su nombre era el tema de conversación del populacho reunido en la pista—, miles de individuos apostaban confiando en su perspicacia.

¡Qué *sílabas de oro* podían haber brotado de esos labios vaticinadores si el veterano se hubiese complacido en pronunciarlas! ¡Cuántos centenares de libras se hubieran apostado con gusto, por una palabra, una mirada, un saludo, un guiño, una mera sonrisa significativa de los labios de aquel gran hombre! ¿Qué valen —en comparación con una verdad como esta— las palabras de aquella señorita de cuya boca salían perlas y diamantes cuando hablaba? Deberían ser enormes las perlas y los diamantes para igualar el valor de los secretos de las caballerizas de Richmond; secretos que el señor Pastem podría divulgar cuando quisiera. Tal vez esta convicción le daba esa seriedad en sus maneras, tan tranquila, tan serena y casi sacerdotal. Las personas se acercaban a él, le lisonjeaban, le decían que tal o cual caballo salido de sus caballerizas había ganado o parecía estar seguro de ganar, y él inclinaba la cabeza complaciente, dándoles las gracias por su amable información; mientras, su pensamiento estaba tal vez muy lejano, en Epsom Downs o Newmarket Heath, soñando con los futuros ganadores de los Derbys, con caballos que aún no han venido al mundo.

Mellish era amigo íntimo del gran hombre; le presentó a Aurora y le pidió asesoramiento sobre un asunto que le preocupaba desde hacía algún tiempo. Su adiestrador estaba perdiendo la salud y necesitaba ayuda en las caballerizas; un joven listo y honrado, «¿conoce el señor Pastem algún muchacho semejante?».

El veterano, tras reflexionar largo rato, le dijo que sabía de un joven honrado —según cree, para los tiempos que vivimos— que estuvo empleado en otro tiempo en las caballerizas de Richmond y que le escribió algunos días antes solicitando su influencia para encontrar colocación. «Pero he olvidado el nombre del joven —añadió el señor Pastem—; era sólo un muchacho cuando estaba conmigo; pero ¡Dios me bendiga, han pasado diez años! Volveré a leer su carta y le escribiré sobre él. Sé que es enérgico, y pienso que honrado, y tendré una gran satisfacción —concluyó el

anciano caballero con galantería— si puedo ser de utilidad para complacer a la señora Mellish.»

XIV

El amor tomó el reloj de arena y lo giró en sus resplandecientes manos^[65]

Talbot Bulstrode cedió finalmente a las reiteradas invitaciones de John y consintió en pasar un par de días en Mellish Park.

Se despreció y se odió a sí mismo por esta absurda concesión. ¡Con qué lastimosa farsa había concluido la tragedia! Invitado en la casa de su rival, pacífico espectador de la felicidad cotidiana y vulgar de Aurora. Por espacio de dos días, había consentido en ocupar esta embarazosa posición; dos días tan sólo, y luego volvería con los mineros de Cornualles, a su desolado alojamiento de soltero en Queen's Square, Westminster, de regreso a su tienda de campaña en el Gran Sahara de la vida. No pudo resistirse a la tentación —aunque de ello dependiera la salvación de su alma— de conocer la vida íntima de la mansión de York. Quiso saber con certeza —qué interés podía tener para él, lo desconozco— si Aurora era realmente dichosa y si le había olvidado por completo.

Regresaron juntos a Mellish Park, Aurora, John, Archibald Floyd, Lucy, Talbot Bulstrode y el capitán Hunter. Este último oficial era un caballero jovial de nariz respingona y patillas castaño rojizas, y aunque sus logros intelectuales no eran en modo alguno destacables, era un buen invitado, complaciente y entretenido en una mansión honesta donde reina la alegría y todo el mundo es bien recibido.

Talbot no podía por menos que reconocer interiormente que Aurora se hallaba a la altura de su nueva posición. ¡Cómo la amaban todos! ¡Qué atmósfera de felicidad se creaba por dondequiera que pasaba! ¡Qué ladridos de alegría lanzaban los perros brincando al verla! ¡Cómo saltaban tensando sus cadenas en los esfuerzos que hacían por acercarse a ella! ¡Qué osadamente se acercaban los caballos y las yeguas a la verja del cercado para darle la bienvenida, inclinando sus aterciopeladas narices y acurrucándolas en su hombro, correspondiendo así a sus suaves caricias!

Al ver todo esto, ¿cómo iba a abstenerse Talbot de recordar que esta misma luz del sol hubiera podido brillar en aquel castillo sombrío, lejano, donde emerge el mar al occidente? Hubiera podido ser suya aquella criatura, pero ¿a qué precio? A costa de su honor, a costa de cada uno de los principios de su mente que se habían constituido en bandera de pureza y perfección; un ideal puro y sin mancha para la mujer de su elección. Hubiera podido doblegarse en un momento de debilidad; hubiera podido ser feliz, feliz con la ciega felicidad del indolente, pero no con la felicidad racional de un cristiano. ¡Gracias al cielo por la fuerza recibida para escapar de tan sedosa red!

¡Gracias al cielo por el poder concedido para oponerse en la batalla!

En pie cerca de Aurora, en una de las ventanas de Mellish Park, dirigiendo su mirada a lo lejos —más allá del cinturón de malezas, en los herbosos claros—, mientras los ciervos gozaban tendidos perezosamente bajo el sol de abril, no podía reprimir el pensamiento constante que le asediaba.

—Estoy muy complacido... de verla tan feliz, señora Mellish —dijo.

Aurora le dirigió una mirada franca y tranquila y no se veía en sus hermosos ojos ni una sombra leve que oscureciese su sereno brillo.

—Sí —le contestó—, soy feliz, muy feliz. Mi esposo es muy bueno, me ama... y tiene confianza en mí.

No pudo resistir aquella pequeña *puñalada*..., la única venganza que se tomó jamás sobre él; pero el golpe le llegó al corazón.

—¡Aurora! ¡Aurora! ¡Aurora! —exclamó Talbot.

Este grito casi ahogado reveló el secreto de las heridas que aún no estaban cicatrizadas. La señora Mellish palideció al oír este grito delator.

«Es preciso curarle», se dijo para sí.

La feliz esposa, segura de la fuerza de su amor y confianza, no podía soportar la idea de ver a aquel pobre hombre arrastrado a la deriva. No desesperaba de su curación, pues la experiencia le había enseñado que si la fiebre del amor toma varias formas, no todas son incurables. ¿No había pasado ella por este suplicio extremo sin que una sola cicatriz fuera testigo de sus antiguas heridas?

Dejó que el capitán Bulstrode se quedara mirando con tristeza por la ventana, y se alejó para planificar la estrategia que debía reanimar aquella pobre alma abatida.

Fue a anunciar ante todo a su esposo su descubrimiento, pues tenía costumbre de informarle de todo, tanto de las cosas importantes como las fútiles.

—Mi querido y viejo Jack —le dijo, pues era su costumbre dirigirse a él con multitud de cariñosos apelativos, quizá con la pretensión de tranquilizar su conciencia ya que era bien conocedora de su despótico trato—; querido John, he hecho un descubrimiento.

—¿Sobre la potrilla?

—Sobre Talbot Bulstrode.

Los azules ojos de John brillaron maliciosamente; era evidente que estaba casi preparado para lo que iba a suceder.

—¿Qué descubrimiento es ese, Lolly? —utilizando un particular *diminutivo* de Aurora, ideado por el propio John Mellish.

—Pues, me temo, mi precioso amorcito, que nuestro amigo no se ha consolado aún...

—¿De su derrota? —preguntó John—, me lo imaginaba. ¡Pobre diablo..., pobre Talbot! Sospechaba que le habría gustado batirse conmigo en York. ¡Tienes mi palabra, le compadezco!

Y en señal de su compasión, el señor Mellish prorrumpió en una jovial y

estrepitosa —aunque armoniosa— carcajada, que Talbot casi podría haber escuchado desde el extremo opuesto de la casa.

Esta era una falsa ilusión creada por el propio John; creía firmemente haber conquistado el cariño de Aurora en competencia lícita con el capitán Bulstrode, ignorando alegremente que el capitán había renunciado a toda pretensión de la mano de la señorita Floyd nueve o diez meses antes de haber sido aceptada la petición de John.

Esta criatura amable y optimista tenía la costumbre de engañarse de este modo a sí mismo. Lo veía todo tal como deseaba verlo; para él, todos los hombres y las mujeres eran buenos y honrados, y su vida no era más que un largo y agradable viaje a bordo de un buque bien abastecido y ocupado tan sólo por pasajeros de primera clase. Era uno de esos hombres que son propensos a cortarse el cuello o tomar ácido prúsico el día que encuentran por vez primera el rostro sombrío de la *preocupación*.

—¿Y qué hacemos con este pobre muchacho, Lolly?

—¡Casarle! —exclamó la señora Mellish.

—¿Con nosotros? —dijo John, con naturalidad.

—¡Mi querido consentido, qué *anciano* tan obtuso estás hecho hoy! No; casarle con Lucy Floyd, mi prima, y conservar el patrimonio Bulstrode en la familia.

—¿Casarle con Lucy?

—Sí. ¿Por qué no? Lucy ha estudiado bastante, sabe historia, geografía, astronomía, botánica, geología, zoología y bastante entomología; ha llenado no sé cuántos jarros de porcelana de aves y flores extraordinarias; ha dibujado misales y ha leído novelas morales. Así pues, lo mejor que puede hacer ahora es casarse con Talbot Bulstrode.

John tenía especiales razones para estar de acuerdo con Aurora sobre este punto, pues recordaba el secreto de la pobre Lucy que había descubierto hacía más de un año en Felden Woods; el secreto que le había revelado algún poder misterioso, compasivo del amor sin esperanza.

Así pues, Mellish declaró su aprobación del proyecto de Aurora, y los dos casamenteros pusieron manos a la obra para idear la compleja trampa en la que Talbot debía ser enredado. Nunca imaginaron que, mientras hacían grandes esfuerzos para asegurar el éxito de su intriga, la pretendida víctima cruzaba tranquilamente por la pradera bajo los rayos del sol aproximándose al mismo destino que le auguraban.

Sí, Talbot Bulstrode avanzaba lánguidamente hacia su destino, un bosque en el borde de Mellish Park, ciertamente, puesto que constituía el límite de los dominios de John. Las anémonas silvestres se mecían con la brisa de la primavera, muy intensa en esos sombríos rincones; las blancas primulas asomaban dulces al abrigo de las hojas; y en las sombrías sinuosidades del bosque, bajo las extendidas ramas de los olmos y las hayas, los robles y los fresnos, las violetas ocultaban a las miradas vulgares su púrpura belleza.

Era un sitio delicioso y sosegador por su armoniosa influencia, un verdadero

santuario del bosque, donde el hombre deprimido con oscuras tribulaciones deja atrás su pesada carga y se convierte en niño.

El capitán Bulstrode no estaba de buen humor al cruzar la pradera, pero una influencia benéfica se apoderó de su ánimo en el umbral de aquel refugio silvestre, que le hizo sentirse mejor hombre y comenzar a reflexionar sobre lo que para él representaba el gran drama de la vida.

«¡Cielos! —decía para sí—. ¡En qué cobarde digno de desprecio..., en qué desgraciado pesimista me he convertido por este único pesar de mi existencia! Hijo indiferente, hermano descuidado, criatura inútil y sin objeto, me contento con una vida gastada en desgastados estudios de economía política. ¿Recobraré algún día el valor? ¿Me ha de acompañar hasta la tumba esta sombría duda sobre todo lo que me rodea? Menos de dos años atrás mi corazón se disgustaba pensando que había llegado a los treinta y dos sin haber sido amado. Desde entonces..., desde entonces he vivido en un estado febril, he sostenido las batallas más encarnizadas y dolorosas que puede sostener el hombre... y ¿dónde me encuentro? Exactamente en el mismo lugar, sin compañía en este viaje insulso, y tan sólo un poco más próximo a su término.»

Caminaba lentamente por la selvática senda; otras se abrían a diestra y siniestra para hacerse más profundas, más densas y más sombrías a lo lejos. Un mes más tarde la tierra musgosa a sus pies se convertiría en una alfombra púrpura de jacintos, y el mismo aire denso, en un perfume de bulbos aromáticos.

«He pedido demasiado —se decía Talbot con esa voz íntima que llevamos sin cesar en nuestro corazón y que sólo nosotros escuchamos—; he pedido demasiado; cedí a los encantos de la sirena y me encolericé porque perdí las argentadas alas del ángel. Me dejé deslumbrar por los encantos de una mujer bella, cuando debí haber buscado una esposa de noble corazón.»

Se internaba cada vez más y más en el bosque marchando hacia su destino como debía hacerlo *otro* antes de que terminara el verano que comenzaba; pero ¡qué destinos tan diferentes! Las extensas arcadas de hayas y olmos le habían recordado la solemne nave de una catedral; sólo faltaba el santo. Y al llegar bruscamente a un lugar donde una nueva arcada se bifurcaba a la derecha, vio, en una de las oquedades silvestres, una santa más bella de cuantas modeló jamás la mano de un artista y un creyente; el mismo ángel de cabellos de oro que había visto ya en el salón de dibujo de Felden Woods, Lucy Floyd, con una pálida aureola sobre la cabeza, su gran sombrero de paja sobre su regazo lleno de anémonas y violetas, y el tercer tomo de una novela en la mano.

¡Cuántas veces nos acecha en la vida, o nos parece acechar, lo que los dramaturgos llaman «una situación»! De no ser por este súbito encuentro, de no ser por esta bonita escena, Talbot Bulstrode hubiera podido bajar a la tumba ignorando el amor que Lucy sentía por él. Pero dada una soleada mañana de abril (de abril en todo su esplendor, cuando la ninfa caprichosa trasforma sus galas consciente de que se acerca su preciosa hermana de mayo y, ansiosa por dejar una favorable impresión

antes del adiós, enjuga sus últimas lágrimas de rocío despidiéndose); dada una mañana balsámica de primavera, la soledad, un bosque, flores silvestres, cabellos de oro y mirada azul, ¿tan difícil es adivinar las consecuencias?

Talbot Bulstrode, apoyado en un corpulento tronco de haya, contemplaba aquella hermosa cara que se ruborizó al sentir su mirada; y comenzó a hacerse evidente en su mente la primera luz sobre el secreto de Lucy.

En aquel momento no pensó en aprovecharse del descubrimiento, ni pensó tampoco en lo que iba a decir, pues su alma estaba aún llena de la tormentosa emoción que había explotado en él con su apasionada exclamación al hablar con Aurora. La rabia, los celos, la pena, la desesperación, la envidia, el amor y el odio, todos los conflictivos sentimientos que habían trabado un combate infernal en su alma al ver la felicidad de Aurora, no habían cesado aún de agitarse en su pecho, y las primeras palabras que pronunció fueron un eco de los pensamientos que le dominaban.

—¿Es muy feliz su prima en su nueva vida, señorita Floyd? —preguntó.

Lucy le miró con sorpresa. Era la primera vez que le hablaba de Aurora.

—Sí, contestó quedamente; creo que es dichosa.

El capitán Bulstrode agitó su bastón sobre un grupo de anémonas y decapitó las trémulas flores. Pensaba, más bien con furia, cuán vergonzoso era que la hermosa Aurora fuera feliz con el robusto y jovial John Mellish; no podía comprender tan extraña anomalía ni descubrir la clave de aquel secreto, y no acertaba a explicarse que el amor leal de aquel hombre vulgar fuera lo bastante fuerte para superar todas las dificultades a pesar de todas las diferencias.

Poco a poco, Lucy y el capitán comenzaron a hablar de Aurora, hasta que ella le contó los aciagos días ya lejanos que habían pasado en Felden Woods, durante los cuales había temido por la vida de la heredera.

Así es que Aurora le había amado verdaderamente, después de todo; le había amado y había sufrido, había borrado su penoso dolor, le había olvidado y era feliz. Toda la historia podía resumirse en esta sola frase. Talbot lanzó una vaga mirada al irrevocable pasado, y se enojó contra el orgullo de los Bulstrode que se había alzado entre él y la fuente de su felicidad.

Le contó a la dulce Lucy algo de su dolor; que los malentendidos y un orgullo errado le habían separado de Aurora. Ella intentó, con su cortés inocencia, reconfortar a aquel hombre en su abatimiento, y al intentarlo, reveló, ¡ah, con qué transparente sencillez!, el viejo secreto que durante tanto tiempo le había ocultado.

¡Que el cielo se compadezca del hombre cuyo corazón es aprisionado de pronto por una divinidad de cabellos de oro y ojos de paloma, y cuya trémula y suave voz armoniza con su dolor! Talbot Bulstrode vio que era amado, y lleno de gratitud, hizo una humilde oferta sobre las cenizas de aquel fuego que había ardido tan ferozmente sobre el altar de Aurora.

No despreciemos a la pobre Lucy por aceptar al amor olvidado de su prima con

humilde agradecimiento; no con un deleite extremo, sino con gozoso temor y estremecimiento. ¡Le amaba tanto! ¡Le había amado durante tanto tiempo! Perdónenla y compadézcanla, pues era una de esas criaturas puras e inocentes cuyo ser es todo *afecto*, que desconocen la pasión, la cólera y el orgullo, que sólo viven para amar y que aman hasta la muerte.

Talbot Bulstrode le confesó a Lucy que había amado a Aurora con toda la fuerza de su alma, pero que habiendo terminado la batalla, él, que era el guerrero derrotado, necesitaba un ser que le consolase en sus días decadentes. ¿Podría dar su mano al hombre que haría todos los esfuerzos por cumplir cabalmente con los deberes de un esposo para lograr hacerla feliz?

¡Feliz! Lo hubiera sido aunque le hubiese pedido que fuera su esclava; feliz si hubiese podido ser tan sólo la criada de la limpieza en Bulstrode Castle, siempre que pudiera ver el rostro amado una o dos veces al día, a través de los oscuros cristales de alguna ventana de la cocina.

Pero era la menos efusiva de las mujeres, y exceptuando su rubor, sus párpados inclinados y las temblorosas lágrimas en sus pestañas de suave color castaño, no dio respuesta a la súplica del capitán. Finalmente, estrechando una de sus manos entre las suyas, Talbot obtuvo de Lucy un ligero murmullo de consentimiento que equivalía a un sí.

¡Cielos! ¡Qué duro es para tales mujeres sentir tan profundamente y parecer tan frías y tan poco apasionadas! Esas criaturas de ojos negros, impetuosas, que se expresan públicamente con atrevimiento, y les dicen que les aman o que les odian arrojándose en un abrazo, o lanzándoles un cuchillo amenazadoramente, según el caso, se desahogan con sus impetuosas emociones; pero estas tiernas criaturas amorosas no dan señal alguna de su amor. Permanecen inmóviles como la estatua de la Paciencia, sonrientes en el dolor; y nadie comprende el triste significado de su amarga sonrisa. El disimulo, como el gusano al brotar, devora sus *adamascadas mejillas*, sus parientes compasivos les atribuyen una dolencia biliosa y les recomiendan algún remedio anodino para su pálida tez. Siempre están en desventaja, y su vida interior es tal vez una tragedia, toda sangre y lágrimas, mientras su existencia exterior no es más que un aburrido y vulgar drama doméstico.

El único signo exterior que Lucy Floyd dejó entrever del estado de su corazón fue aquella trémula afirmación apenas inteligible, y sin embargo, ¡qué tempestad de emociones había en su corazón! La muselina de su vestido se estremecía en oleadas de agitación; pero, aunque peligrara su propia vida, no hubiese podido dar mejor respuesta a la petición de Talbot.

Tan sólo más adelante, cuando el capitán Bulstrode y Lucy paseaban lentamente de regreso a la casa, se manifestó en ella, por fin, toda su emoción. Aurora encontró a su prima en el corredor hacia el que se abrían los aposentos, y llevando a la haragana Lucy hasta su tocador, le preguntó dónde había estado:

—¿De dónde vienes, *fugitiva*? Hace más de una hora que te estamos buscando

John y yo.

Lucy explicó que había ido al bosque con su nueva novela, una obra religiosa en la que el héroe es rechazado por la heroína porque no cumplía con los servicios religiosos como debiera. Pero Lucy Floyd se explicó con tal confusión y embarazo, que tal parecía un delito haber pasado una mañana de abril en el bosque; y habiéndole preguntado Aurora por qué había estado tanto tiempo, y si había estado sola, la pobre Lucy se quedó tan avergonzada que causaba lástima.

—Estuve sola, es decir..., la mayor parte del tiempo, pero el capitán Bulstrode...

Pero, al querer pronunciar su nombre, este sagrado nombre tan amado, le faltó la voz, no pudo añadir una palabra, sufrió una crisis nerviosa y prorrumpió en llanto.

Aurora estrechó el rostro de su prima contra su pecho y dirigió su mirada, una mirada de mujer, a aquellos ojos azules humedecidos por las lágrimas.

—Lucy, querida Lucy —le dijo—; veo que se han cumplido mis deseos... ¿Te ama Talbot?

—Ha pedido mi mano —murmuró Lucy.

—Y tú... ¿has consentido...?, ¿le amas?

Lucy respondió nuevamente con un violento despliegue de sollozos.

—¡Pero, querida, me sorprendes! ¿Cuánto tiempo hace de esto? ¿Cuánto tiempo hace que le amas?

—Le amo desde la primera hora que le vi —murmuró Lucy—, desde la primera vez que vino a Felden. ¡Oh, Aurora!, era consciente de mi insensatez y mi flaqueza, y me odiaba a causa de esa locura; pero es tan bueno, tan noble, tan...

—¡Mi niña tonta! Y porque es tan bueno y noble, y porque ha pedido tu mano, ¿lloras como si te hubiera invitado a asistir a su funeral? Mi querida, tierna Lucy, le has amado siempre, y has sido tan amable y tan buena conmigo... ¡ciega egoísta, que nunca llegué a sospecharlo!... Vida mía, eres cien veces más adecuada para él de lo que yo lo he sido nunca, y serás tan feliz..., tan feliz como lo soy yo con mi querido y extravagante John.

Los ojos de Aurora se llenaron de lágrimas mientras hablaba; estaba contenta, sinceramente contenta de ver a Talbot en camino de encontrar consuelo, y más contenta aún al pensar que su sensible prima iba a ser dichosa.

Talbot Bulstrode permaneció algunos días en Mellish Park —ah, días felices; y días de felicidad también para Lucy Floyd— y luego partió, tras recibir las felicitaciones de John y Aurora.

Debía ir directamente a la casa de campo de Alexander Floyd en Fulham e implorar por su causa ante el padre de Lucy. No podía temer un recibimiento desfavorable, pues Talbot Bulstrode, de Bulstrode Castle, era un excelente partido para la hija de la rama menor de los Floyd, Floyd y Floyd; una señorita cuyas expectativas estaban considerablemente mermadas por su media docena de hermanos y hermanas.

Así es que el capitán Bulstrode regresó a Londres como el enamorado prometido

de Lucy Floyd. Regresaba con una alegría calmada en el corazón, muy diferente de las tempestuosas alegrías del pasado. Era feliz con la elección que había hecho serena y desapasionadamente, pues si había amado a Aurora por su belleza y fascinación, iba a casarse con Lucy porque la conocía muy a fondo, la había observado estrechamente y la creía dotada de todas las cualidades que deben adornar a una mujer.

Quizá, si la rigurosa verdad debiera ser informada, el principal encanto de Lucy a los ojos del capitán residía en la veneración que con tanta ingenuidad le había revelado; aceptaba su admiración con tranquila y natural serenidad y la creía la más sensata de las mujeres.

La señora Alexander se asombró por completo cuando el antiguo enamorado de Aurora se presentó a pedir la mano de su hija. Estaba siempre demasiado ocupada en los cuidados de su pequeño rebaño, para ser al mismo tiempo un observador perspicaz, y nunca había llegado a sospechar que Lucy estuviese enamorada. Fue grande su satisfacción, por tanto, cuando supo que su hija honraba su excelente educación; y como tenía demasiado sentido común para rehusar una oferta tan ventajosa como la del capitán Bulstrode, se unió a su esposo en la completa aprobación del enlace. Así pues, no habiendo impedimento alguno y conociéndose y apreciándose hacia mucho tiempo los enamorados, se decidió, a instancias del capitán, que la boda se celebrase a principios de junio, y que pasaran la luna de miel en Bulstrode Castle.

A finales de mayo, el señor y la señora Mellish fueron a Felden con objeto de asistir a la ceremonia nupcial que se solemnizó con gran pompa en Fulham. Archibald Floyd, al volver de la iglesia, regaló a su sobrina nieta un cheque por valor de cinco mil libras esterlinas.

Hubo un momento durante la ceremonia en el que Talbot Bulstrode estuvo a punto de restregarse los ojos creyendo que aquella celebración no era más que un sueño. En efecto, era un sueño, pues a su lado había una pálida y joven rubia, en tanto que la mujer que había elegido dos años antes se hallaba en un grupo a su espalda y asistía a la ceremonia como espectadora complacida. Pero cuando sintió temblar bajo su brazo la pequeña mano enguatada de Lucy momentos antes de dejar el altar, recordó que no era un sueño, y que desde aquel instante la vida tenía para él nuevos y sagrados deberes.

Habiéndose casado mis dos heroínas, el lector algo versado en la fisiología de la nueva novela creará sin duda que ha terminado mi relato, que va a caer el telón tras el último acto y que sólo me resta pedir indulgencia por los defectos del drama y los actores.

Pero, después de todo, ¿concluye siempre en el altar el drama de la vida real? ¿Es de absoluta necesidad que concluya la *obra teatral* cuando el héroe y la heroína han firmado en el registro matrimonial? ¿Cesa el hombre de ser, obrar y padecer con el casamiento? ¿Y es menester que el novelista, tras dedicarle tres volúmenes a la descripción de un cortejo de seis semanas de duración, reserve tan sólo media página

para relatarnos los sucesos de las dos terceras partes de una vida?

Aurora estaba ya casada, establecida y feliz; tan al abrigo de todo peligro como uno pueda imaginar, segura bajo el ala de su robusto adorador. Pero este no es el fin de su historia. Ha conseguido evitar el naufragio durante algún tiempo, y ha llegado sana y salva a la apacible orilla; pero a veces la tormenta se halla aún muy lejos en el horizonte, cuando se escucha la ronca voz amenazadora del trueno.

XV

La carta del señor Pastem

John Mellish se había reservado un cuarto en el piso bajo de la casa. Era un aposento muy alegre y ventilado cuyas ventanas daban al jardín, y estaban abrigadas del sol por una galería cubierta de la que pendían jazmines y rosas. Sin duda era un cuarto muy agradable para la estación de verano. El suelo estaba cubierto con una estera de la India en lugar de una alfombra, y casi todas las sillas eran de madera ligera con respaldo y asiento de mimbre. Sobre la chimenea, colgaba un retrato del padre de John, y frente a esta obra de arte se situaba la imagen del caballo favorito del difunto, con el marco adornado con un par de brillantes espuelas pulidas, resplandecientes, que habían penetrado con frecuencia en los ijares del fiel animal.

El señor Mellish guardaba en este aposento sus látigos, bastones, floretes, guantes de esgrima, espuelas, escopetas, pistolas, pólvora, balas, aparejos de pesca, botas y suéteres; y el dueño de Mellish Park empleaba muchas mañanas en la agradable ocupación de lustrar, reparar, examinar y poner en orden todas estas posesiones. Tenía pares de botas en número suficiente para proveer a la mitad de Leicestershire, con sus suéteres correspondientes. Y también tenía látigos suficientes para todo Melton Hunt^[66]. Rodeado por estos tesoros, por decirlo de algún modo, en un templo sagrado dedicado a las deidades de la hípica y la caza, John acostumbraba a dar audiencias solemnes a su jefe de caballerizas con quien discutía los asuntos de la cuadra.

Era costumbre de Aurora dirigir su mirada a este cuarto para gran deleite y descuido de su esposo, que encontraba en los negros ojos de su divinidad una terrible distracción para sus negocios; con la excepción, cierto es, de que lograra convencer a la señora Mellish para intervenir en las discusiones y prestar al pequeño cónclave la cooperación de su privilegiada inteligencia. Creo que John pensaba que su esposa hubiera podido adiestrar los caballos para el *Chester Cup* con tanta destreza como el mismo señor Topham.^[67] Era una criatura tan brillante que cualquier noción superficial sobre un asunto la ponía al corriente haciéndola parecer una experta en el tema de que se tratara; de tal modo que el sencillo señor Mellish creía que era la esposa más sabia, así como la más noble y hermosa de las mujeres.

El señor y la señora Mellish regresaron a Yorkshire inmediatamente después del casamiento de Lucy. El pobre John estaba intranquilo por sus caballerizas, pues el responsable de éstas padecía un reumatismo crónico y el señor Pastem no había

escrito aún en referencia al joven de quien le había hablado en las carreras de York.

—Conservaré a Langley —le dijo John a Aurora hablando de su viejo adiestrador — porque es un tipo honrado y sus consejos siempre me serán necesarios. Él y su esposa continuarán ocupando los cuartos sobre las cuadras; y el que venga a sustituirle, quienquiera que sea, podrá alojarse en el pabellón que hay al norte del parque. Nadie entra nunca por aquella portilla, de modo que el puesto de guardés es una prebenda, y el pabellón está cerrado desde hace unos dos años. Quisiera que John Pastem escribiera pronto.

—Y yo deseo lo que sea que tú desees, mi vida —dijo sumisa Aurora a su feliz esclavo.

Se había oído hablar muy poco del *idiota* Steeve Hargraves desde el día en que John Mellish le despidió de su trabajo. Uno de los mozos de cuadra le había visto en una aldea de las cercanías, y Stephen le había dicho que se ganaba la vida haciendo pequeños arreglos para el rector de la parroquia y que además cuidaba del caballo y el carruaje de este caballero; pero el *idiota* parecía malhumorado y no dijo nada acerca de sus proyectos o sentimientos. Le había hecho, no obstante, muchas preguntas al mozo sobre la señora Mellish, lo que hacía y decía, a dónde iba, a quién veía, si se llevaba bien con su marido...; y había llevado tan lejos su indiscreta curiosidad, que el joven, aunque era un sencillito lugareño, rehusó contestar más preguntas acerca de su señora.

Steeve Hargraves se restregaba las rudas y callosas manos y se reía ahogadamente al hablar de Aurora.

—Es una mujer de una altivez extraordinaria, generalmente muy enérgica —dijo con su voz susurrada que sonaba siempre extraña—. Se me echó encima con el látigo, pero no le guardo rencor por eso, no le guardo rencor. Es una bella criatura, y deseo que el señor Mellish esté contento con esa *ganga*.

El mozo apenas supo cómo debía interpretar esas palabras, si tomarlas como un cumplido o una impertinencia. De modo que se despidió con una inclinación de cabeza del *idiota*, que se alejó a grandes zancadas, restregándose las manos y susurrando sobre Aurora Mellish, que mucho tiempo atrás había olvidado ya su contienda con Stephen Hargraves.

¿Por qué debía recordarle o cuidarse de él? ¿Y por qué había de advertir peligro en el semblante pálido de la viuda, la señora Walter Powell, que, sentada a la chimenea, la odiaba con toda su alma? Con su juventud y belleza, rica en felicidad y defendida y protegida por el amor de su esposo, ¿por qué pensar en acechantes peligros? ¿Por qué había de temer desgracia alguna? Cada día daba gracias a Dios por haber superado los problemas de su juventud y porque la senda de su vida futura era dulce y agradable, exenta de peligros que pudieran aguardarle.

Lucy vivía en Bulstrode Castle granjeándose el cariño de la madre de su esposo, que favorecía a su nuera con sublime bondad y abrigaba bajo sus alas protectoras a la tímida y pudorosa criatura. *Lady* Bulstrode estaba muy satisfecha de la elección de su

hijo. Podía haber aspirado a más en cuanto a posición y fortuna, le sugería a Talbot, y en su maternal inquietud hubiera preferido que se hubiera casado con cualquiera antes que con la prima de esa señorita Floyd que huyó del colegio y causó tanto escándalo en París; pero Lucy había conquistado el corazón de *lady* Bulstrode con su dulzura y humildad, le hablaba siempre de Talbot creyéndole mucho más brillante y bueno de lo que ella podía esperar, y estos elogios apaciguaban la maternal vanidad de su señoría.

—Te tiene en mucha estima, Talbot —decía *lady* Bulstrode— y aunque es una joven criatura, promete llegar a ser una excelente esposa; mucho mejor, estoy segura, de lo que pudiera haber sido nunca su prima.

Talbot se volvió furioso contra su madre, llenando de sorpresa a la buena señora.

—¡Por qué repite siempre el nombre de Aurora, madre! —le dijo—. ¿No puede dejar los recuerdos en paz? Nos separaron para siempre... usted y Constance... ¿No está satisfecha aún? Está casada y vive muy feliz con su esposo. Le aseguro que hay esposas mucho peores que la señora Mellish, y John aprecia su valor a su ruda manera.

—No es necesario que seas tan impulsivo, Talbot —dijo *lady* Bulstrode con tono de dignidad ofendida—; me alegro de que la señorita Floyd haya cambiado desde sus años escolares, y espero que pueda continuar siendo una buena esposa —añadió con un énfasis que indicaba sus pocas esperanzas en la continuidad de la felicidad del señor Mellish.

«Mi pobre madre está ofendida conmigo», pensaba Talbot mientras *lady* Bulstrode salía del cuarto. «Sé que soy imposible de aguantar y que nadie me tendrá verdadero cariño mientras viva. Mi pobre y pequeña Lucy me ama a su manera, temerosa, temblando, como si perteneciéramos a tipos de seres diferentes. Tanto como la mujer voladora ha debido amar a mi compatriota, Peter Wilkins, creo.^[68] Pero, después de todo, tal vez mi madre está en lo cierto, y mi pequeña y dulce esposa me conviene más que Aurora.»

Dejaremos por un momento a Talbot Bulstrode moderadamente feliz, aunque no del todo satisfecho.

Porque, ¿qué mortal ha vivido *absolutamente* satisfecho en esta vida? Uno de los rasgos de nuestra naturaleza terrenal es echar en falta siempre alguna cosa y tener siempre una vaga, tonta, necia, aspiración que no puede ser saciada. Algunas veces, ciertamente, somos felices, pero en nuestra dicha más completa estamos aún insatisfechos, pues pareciera entonces que la *taza de alegría* está demasiado llena; esta idea nos llena de terror el pensamiento, pues dada su plenitud, pudiera, posiblemente, derramarse. ¡Qué error más grande, qué descabellado sueño febril, qué historia inacabada e imperfecta sería nuestra vida si no fuera el prelude de otra vida mejor! Considerada en sí misma es todo inquietud y confusión, pero si se considera lo presente como una preparación del porvenir, ¡en qué maravillosa armonía se convierte! ¡Qué poco nos importará entonces que las alegrías de este mundo sean

incompletas y nuestros deseos incumplidos, si la dicha será total y los deseos satisfechos en un futuro!

Poco más de una semana después del casamiento de Lucy, Aurora ordenó ensillar su caballo inmediatamente después del desayuno, en una radiante mañana de verano —acompañada del viejo palafrenero que tenía costumbre de seguir al padre de John cuando éste vivía—, y salió para su excursión por las aldeas cercanas a Mellish Park, como solía hacer dos veces por semana.

Los pobres campesinos tenían buenos motivos para bendecir la llegada de la hija del banquero. Aurora tenía el mayor placer en ir de casa en casa hablando con los sencillos aldeanos y averiguando sus necesidades. Bien es verdad que las pobres gentes no eran muy remisas indicando sus carencias, y el ama de llaves de Mellish Park tenía suficiente tarea con repartir las bondades de Aurora entre los campesinos que se presentaban en el vestíbulo de la servidumbre, con las órdenes de la señora Mellish escritas a lápiz. La señora Walter Powell se aventuraba en ocasiones a reprender a Aurora por la insensatez y la malicia de dar lo que instintivamente llamaba limosnas; pero la señora Mellish se mostraba tan elocuente con su oponente, que la viuda del alférez se alegraba de retirarse de la desigual contienda. Nadie había podido discutir nunca con la hija de Archibald Floyd. Impulsiva e impetuosa había seguido siempre su instinto, tanto en la fortuna como en la adversidad, y nadie había sido lo suficientemente enérgico para impedirselo.

Una preciosa mañana de junio regresaba la señora Mellish de una de esas caritativas expediciones; desmontó de su caballo al llegar a la verja del parque y le ordenó al mozo que devolviese el animal a las caballerizas, diciendo:

—Tengo deseos de dar un paseo por el bosque, Joseph. ¡Es una mañana tan hermosa! Cuide bien de *Mazeppa*, y si ve al señor Mellish, dígame que estaré en casa al momento.

El anciano saludó con un leve toque en su sombrero y se alejó llevando de las riendas el caballo de Aurora.

Aurora se recogió el traje de montar y se internó en el bosque a cuya sombra se habían paseado Talbot Bulstrode y Lucy sin rumbo aquel azaroso día de abril que decidió el destino de la señorita. Eligió este camino para volver a la casa, pues se sentía enteramente dichosa al calor de ese día de verano, que la embargaba con un regocijo que era renuente a romper. El monótono zumbido de los insectos, la rica coloración de los árboles, las emanaciones perfumadas de las flores, las ondulaciones del agua..., el conjunto contribuía a formar un todo delicioso que hacía de la tierra un lugar adorable.

Existe también una especie de satisfacción en el sentido de posesión, y Aurora sentía, al contemplar las largas avenidas, a lo lejos a través de las portillas de madera, el vasto jardín y las inmensas praderas, y más lejos aún, aquel edificio pintoresco e irregular, medio gótico, medio isabelino, envuelto en una maraña rica de hiedra y brillante follaje de hiedra brillante, y sentía, digo, que este magnífico cuadro era suyo

o de su marido, lo cual venía a ser lo mismo. Nunca se lamentó, ni por un instante, de su matrimonio con John Mellish; y nunca, como he dicho ya, había sido inconstante con respecto a él, ni siquiera de pensamiento.

En una parte del bosque la tierra se levantaba considerablemente formando una colina, de modo que la casa, que se hallaba en un punto más bajo, era perfectamente visible a través de los claros de los árboles. Esta colina era considerada como el lugar más pintoresco del bosque, y se había construido una pequeña casita de verano: un edificio frágil, de madera, que había caído en desuso en los últimos años — amueblado con una mesa de madera y un ancho banco, y abrigado del sol y del viento por las ramas bajas de una haya magnífica— y que aún resultaba un lugar agradable para un día de verano.

A algunos pasos de la casita había un estanque cuya superficie estaba casi cubierta de lirios y enmarañada maleza, de tal forma que un extraño corto de vista no se hubiera apercebido del peligro que entrañaba. Aurora debía pasar por este lugar y se estremeció de terror al ver a un hombre dormido y tendido al lado del estanque. Se tranquilizó, no obstante, con rapidez, al recordar que John permitía al público usar aquella senda para atravesar el bosque, pero volvió a estremecerse cuando el hombre —cuyo sueño no debía ser muy profundo, ya que le despertó el ligero paso de Aurora—, alzó la cabeza y mostró el pálido rostro del *idiota*.

Se levantó lentamente al ver a la señora Mellish, y se alejó cautelosamente mirándola mientras caminaba, pero sin manifestar de ningún modo que se hubiera percatado de su presencia. Aurora no pudo reprimir un breve estremecimiento de terror; parecía como si el rumor de sus pasos hubiera despertado a alguna criatura viperina, algún reptil repugnante, y le hubiera ahuyentado de su escondite. Steeve Hargraves desapareció por entre los árboles en tanto que la señora Mellish se paseó con orgullosa altanería, pero con sus mejillas más pálidas que antes de su inesperado encuentro con el *idiota*.

Su jovial felicidad de aquel esplendoroso día de verano se había desvanecido repentinamente, tras su encuentro con Steeve Hargraves; su brillante sonrisa, que era incluso más brillante que el resplandor de aquel sol matutino, había desaparecido de pronto y había dejado su expresión inusualmente seria.

—¡Buen Dios! —exclamó—. ¡Qué tonta soy por tener miedo de ese hombre..., miedo de ese cobarde digno de lástima que se atrevió a maltratar a mi pobre perro! ¿Qué daño podría hacerme una criatura tan miserable?

Sin duda razonaba bien Aurora, dado que los cobardes rara vez son capaces de causar daño alguno en el mundo, desde que el príncipe sajón fue apuñalado por la espalda al beber de la escudilla de su parienta, o desde que el valiente King John y su criatura tramaron juntos lo que debían hacer con el pequeño Arthur.^[69] Aurora cruzó lentamente el prado en dirección al extremo de la casa donde estaba situado el aposento sagrado del señor Mellish. Entró por la ventana que estaba abierta sin hacer ruido y apoyó la mano en el hombro de John, que estaba sentado delante de una mesa

llena de libros de cuentas, de listas de caballos y los papeles desordenados.

John se estremeció al sentir el contacto de aquella mano familiar.

—Vida mía —le dijo—, me alegro de que hayas venido. ¡Cuánto has tardado!

Aurora consultó su precioso reloj adornado de pequeñas joyas.

El buen John la había cargado de alhajas y fruslerías, y uno de sus mayores pesares era que Aurora fuese una rica heredera y que sólo pudiera ofrecerle la adoración de un corazón sencillo y honrado.

—La una y media pasada, viejo y tonto John —le contestó—. ¿Cómo puedes decir que he tardado?

—Lo digo porque quería consultarte sobre cierto asunto y anunciarte... ¡Es una gran noticia!

—¿Sobre qué?

—Sobre el nuevo jefe de mis caballerizas.

Aurora se encogió de hombros y se mordió sus rojos labios con un fascinante gesto de indiferencia.

—¿Eso? —dijo.

—Sí, pero ¿no estás contenta de que tengamos por fin el hombre..., el hombre que, creo, nos conviene realmente? ¿Dónde he metido la carta de John Pastem?

El señor Mellish buscó entre los desordenados papeles que había en la mesa, en tanto que Aurora, apoyada en el marco de la ventana abierta, seguía con la mirada sus movimientos y se reía de su azoramiento. Había recobrado el ánimo, y se la hubiera tomado por la imagen misma de la felicidad despreocupada al verla en una de las graciosas y naturales actitudes que la caracterizaban, apoyada en el marco de la ventana y con ondeantes jazmines rodeando su cabeza al ser agitados por la suave brisa de verano. Mientras hablaba a su marido levantaba la mano no enguatada y recogía las rosas que pendían sobre su cabeza.

—Eres el más desordenado y poco metódico de los hombres —dijo riendo—; no me importaría apostar cinco a uno a que no la encuentras.

Sospecho que John Mellish masculló un juramento mientras revolvía la masa heterogénea de papeles entre los cuales buscaba el documento perdido.

—Aún no hace cinco minutos que la tenía en la mano, Aurora —dijo él—, y ha desaparecido como por encanto. ¡Ah, hela aquí!

El señor Mellish desdobló la carta y la alisó sobre la mesa, tosiendo para despejar la garganta, preparándose para leerla. Aurora continuaba apoyada contra el marco de la ventana, medio dentro medio fuera del cuarto, cantando con arrobamiento una canción popular y haciendo esfuerzos para coger una rosa que colgaba provocativamente fuera de su alcance.

—¿Me atiendes, Aurora?

—Sí, querido, con mucho interés.

—Pues ven dentro, porque desde ahí no podrás oír una palabra.

Aurora se encogió de hombros, como diciendo: «Me someto a las órdenes de un

tirano», y se acercó un par de pasos a la mesa; luego, mirando fijamente a John con un encantador movimiento de cabeza insolente, cruzó las manos tras ella, y le dijo que «sería buena».

Aurora era una criatura descuidada, terriblemente olvidadiza de aquello que la señora Walter Powell llamaba «sus responsabilidades»; cada cosa por turnos, y nunca más de dos cosas a la vez por espacio de más de dos minutos; feliz, generosa, cariñosa, consideraba la vida como un glorioso día de fiesta y daba gracias a Dios por habérsela hecho tan agradable y tranquila.

El señor John Pastem comenzaba la carta excusándose por su tardanza en escribir; había perdido las señas de la persona que quería recomendarle, y había sido necesario esperar a que le escribiera por segunda vez.

«Creo que le convendrá —continuaba la carta—, porque conoce perfectamente su ocupación y tiene gran experiencia como mozo, *jockey* y adiestrador. Sólo tiene treinta años, pero hace algún tiempo sufrió un accidente que le ha dejado cojo de por vida. Quedó medio muerto en una carrera de obstáculos en Prusia, que le ha tenido cerca de un año en un hospital de Berlín. Se llama James Conyers y puede tener un carácter...»

John Mellish alzó la mirada hacia su mujer y se le cayó la carta de las manos al contemplarla. No era un grito lo que había lanzado, sino un jadeo, más terrible de escuchar que el grito más penetrante que alguna vez saliera de la garganta de una mujer en la larga historia de aflicciones femeninas.

—¡Aurora!... ¡Aurora! —exclamó John al mirarla, poniéndose pálido al verla.

Se había efectuado en ella una transformación terrible durante la lectura de aquella carta, y no hubiera sido mayor su sorpresa si al levantar la mirada hubiera hallado a otra persona en el lugar de Aurora.

—¡Es un error..., es un error! —lloró ella con voz ahogada—; has leído mal el nombre..., ¡no puede ser!

—¿Qué nombre?

—¿Qué nombre? —repitió ferozmente, con el rostro animado por una furia salvaje—. Ese nombre..., te digo que no puede ser... Dame la carta.

John obedeció al instante, recogió el papel y se lo entregó sin dejar de mirarla.

Aurora se lo arrancó de las manos, lo recorrió un instante con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios trémulos; luego, retrocediendo dos o tres pasos, se doblaron sus rodillas y cayó desplomada al suelo.

XVI

El señor James Conyers

La primera semana de julio llegó a Mellish Park James Conyers, el nuevo adiestrador. John no había tomado informes particulares —sobre el carácter del joven— de los antiguos amos de su nuevo jefe de caballerizas, pues la recomendación del respetable señor Pastem era suficiente para él. Sin embargo, trató de descubrir la causa de la agitación de Aurora durante la lectura de la carta. Había caído como muerta a sus pies, tuvo ataques de nervios durante el resto del día y deliró durante toda la consiguiente noche, pero no pronunció una palabra que pudiera aclarar en lo más mínimo el secreto de tan extraña manifestación de emoción.

Su marido estaba sentado a su lado el día siguiente del cadavérico desmayo, contemplándola serio e inquieto, y sus ojos no se apartaban un solo instante de los de Aurora; sufría la misma agonía que debió sentir Talbot Bulstrode en Felden al recibir la carta de su madre.

La sombría pared de la duda se alzaba lentamente y le separaba de la mujer que amaba. Iba a descubrir ahora los tormentos que tan sólo conoce el hombre cuya esposa está separada de él por algo que tiene el poder de poner más distancia que toda la inmensidad de la tierra y del vasto océano: un *secreto*.

Contemplaba aquel semblante pálido descansando sobre la almohada, los ojos grandes, negros, ojerosos, desmesuradamente abiertos y mirando inexpresivamente los lejanos árboles púrpura del horizonte; pero ni una pista en aquel rostro amado, ni una palabra que pudiera ayudarle a comprender tan extraño misterio, ya que sólo había en él una pequeña expresión de cansancio, como si el alma, al reflejarse en aquel pálido rostro, estuviera tan debilitada que hubiera perdido toda capacidad para sentir cualquier cosa, excepto un vago deseo de descanso.

Las anchas ventanas batientes estaban abiertas, pero el día era cálido y oprimente, oprimente aún, y soleado. El paisaje se sofocaba de calor bajo una neblina amarilla, como si la misma atmósfera se hubiera opacado con oro derretido. Y hasta las rosas del jardín parecían sufrir la influencia de la neblina abrasadora, pues dejaban caer sus pesados cálices como las personas víctimas de un dolor de cabeza. El mastín *Bow-wow*, echado en el prado bajo una acacia, estaba tan malhumorado como un viejo regañón, y lanzaba tarascadas con resentimiento contra una frívola mariposa que revoloteaba sobre su cabeza.

John Mellish, pacientemente sentado al lado de su esposa, estaba poco al tanto del clima veraniego. Dudo que supiera si era el mes de enero o junio, pues para él la

tierra solamente contenía una única criatura, y estaba enferma y afligida; afligida, y él se veía impotente para ayudarla porque ignoraba la índole de su dolencia.

Su voz era trémula cuando le hablaba.

—¿Te sientes muy mal, vida mía? —le preguntó.

Ella le miró con una sonrisa tan distinta de su expresión ordinaria que le hubiera causado menos pena verla derramar abundantes lágrimas de agonía.

Aurora le tendió la mano, abrasadora, y John la tomó con afán y la tuvo entre la suya mientras le decía:

—Sí, querida mía, has estado muy enferma, pero el doctor Morton asegura que el ataque ha sido meramente un ataque de nervios y que serás de nuevo tú misma por la mañana. Así pues, no hay motivo para alarmarse. Lo que me apena, amorcito, es ver que hay algo en tu mente; algo que ha sido la verdadera causa de tu enfermedad.

Aurora volvió el rostro y trató de desprender su mano de la de él con impaciencia, pero John la sujetaba con fuerza entre las suyas.

—¿Te causó disgusto mi oratoria de ayer? —le preguntó con seriedad.

—¿Causarme disgusto?... ¡Oh!, no.

—Pues en tal caso, dime, amorcito, ¿por qué la mención de ese hombre, el nombre del adiestrador, te produjo un efecto tan terrible?

—El doctor te ha dicho que era un ataque de nervios —respondió Aurora con frialdad—. Ayer tuve un ataque de nervios, y a eso se reduce todo.

—No, no es cierto; la causa fue el nombre. ¿Quién es ese... James Conyers?

John sintió la mano de Aurora apretarse convulsivamente entre las suyas, cuando mencionaba el nombre del adiestrador.

—¿Quién es ese hombre? Dime, Aurora. ¡Por el amor de Dios, dime la verdad!

Al oír estas palabras volvió el rostro hacia su marido, diciendo:

—Si quieres saber la verdad, John, no me hagas preguntas. Recuerda lo que te dije en el castillo de Arques. Un secreto fue la causa de mi ruptura con Talbot Bulstrode. Entonces tuviste confianza en mí, y es preciso que confíes siempre en mí, pues si no puedes hacerlo...

Aurora se paró bruscamente y las lágrimas brotaron lentamente de sus grandes y tristes ojos que tenía fijos en su esposo.

—¿Qué sucedería entonces, querida?

—Tendrías que separarte de mí como lo hizo Talbot.

—¿Separarnos? —exclamó—, amor mío, amor mío, ¿crees que hay algo en el mundo lo suficientemente fuerte como para separarnos, con excepción de la muerte? ¿Te imaginas que cualquier combinación de circunstancias, por extrañas e inexplicables que sean, me hará dudar jamás de tu honra o temblar por la mía? ¿Estaría aquí si dudase de ti? ¿Podría sentarme a tu lado haciéndote estas preguntas si temiera tus respuestas? ¡Nada romperá mi confianza, nada! Pero ten lástima de mí, piensa cuán amargo es sentarse aquí, con tu mano en la mía, y saber que hay un secreto entre nosotros. Aurora, dime, ese hombre, ese Conyers... ¿qué es?, ¿quién es?

—Sabes lo mismo que yo. Ha sido mozo de cuadra, después *jockey*, y ahora adiestrador.

—Pero ¿le conoces?

—Le he visto.

—¿Cuándo?

—Unos años atrás, cuando estaba al servicio de mi padre.

Durante un momento, John Mellish respiró con más libertad. Aquel hombre había sido mozo de caballerizas en Felden Woods, eso era todo. Esto explicaba por qué Aurora había reconocido su nombre, pero no explicaba su agitación, y John sabía tanto como antes.

—James Conyers estaba al servicio de tu padre —dijo atentamente—; pero ¿por qué, por qué te causó ayer tanta emoción el oír su nombre?

—No puedo decírtelo.

—Luego es otro secreto, Aurora —dijo con tono de reproche—, ¿o tiene algo que ver ese hombre con el antiguo secreto de que me hablaste en el castillo de Arques?

Aurora no contestó.

—Ah, ya veo; entiendo, Aurora —continuó después de una pausa—; este hombre fue un criado en Felden Woods, es un espía quizá; descubrió el secreto y ha negociado con él como acostumbran a hacerlo a menudo los sirvientes. Esto causó tu agitación al escuchar su nombre; temes que venga a esta casa para atormentarte haciendo uso de ese secreto para sacarte dinero y tenerte perpetuamente bajo su poder con el terror que te inspira. Creo que lo entiendo. ¿Estoy en lo cierto? ¿Sí o no?

Aurora le miró con la expresión de un animal acorralado que se encuentra contra las cuerdas.

—Sí, John.

—Ese hombre..., ese palafrenero... ¿sabe parte del secreto?

—Sí.

John Mellish volvió la vista y se tapó la cara con las manos. ¡Qué angustia tan cruel! ¡Qué amarga degradación! Aquel hombre, un palafrenero, un criado, conocía el secreto de su esposa y tenía el poder de acosarla y alarmarla hasta el punto de que la misma mención de su nombre bastaba para hacerla desmayar y caer al suelo como herida de muerte. ¿Cuál, en nombre del cielo, sería ese secreto conocido por el criado y que sin embargo no se le podía confiar a él? Tal era la agonía silenciosa de ese momento, que se mordió los labios hasta que los dientes encontraron la carne temblorosa. ¿Qué secreto era aquel? Un minuto antes había jurado tener ciega confianza en ella hasta el fin, y sin embargo..., sin embargo... Su cuerpo entero tembló de pies a cabeza en esta lucha interior, y la duda y la desesperación se alzaron en su alma como dos demonios gemelos; pero forcejeó con ellos, y venció. Y volviéndose entonces hacia su esposa con el semblante pálido pero tranquilo, le dijo quedamente:

—No quiero apremiarte más con preguntas penosas, Aurora. Le escribiré a

Pastem para decirle que ese hombre no nos conviene y que...

Se levantaba para salir de su lado cuando Aurora le detuvo por el brazo diciéndole:

—No escribas a Pastem; estoy segura de que ese hombre nos conviene. Prefiero que venga.

—¿Deseas que venga?

—Sí.

—Pero te atormentará, te sacará dinero.

—Lo haría de todos modos, puesto que está vivo. Le creía muerto.

—¿Verdaderamente deseas que venga?

—Sí.

John Mellish salió del aposento de su esposa inexplicablemente aliviado. Después de todo, el secreto no debía de ser tan terrible cuando Aurora consentía en que el hombre que lo conocía se presentase en Mellish Park, donde había al menos una probabilidad, aunque escasa, de que se lo revelara a su marido. Al fin y al cabo, tal vez aquel misterio concernía a otras personas más que a ella misma..., a la integridad comercial de su padre... o a su madre. Conocía muy poco de la historia de su madre. Tal vez ella... ¡Bah!, ¿para qué hacer absurdas suposiciones especulativas? Había prometido confiar en ella, y había llegado el momento de cumplir su promesa. Le escribió al señor Pastem aceptando a su recomendado James Conyers y esperando con impaciencia para ver qué clase de hombre era el nuevo adiestrador.

Recibió una carta de Conyers, muy bien escrita y redactada, anunciándole que llegaría a Mellish Park el 3 de julio.

Aurora se había recobrado de su ataque de nervios cuando llegó la presente, pero como estaba aún muy débil y con un estado de ánimo precario, el médico recomendó un cambio de aires; y el señor y la señora Mellish partieron para Harrogate el 28 de junio, dejando a la señora Powell en Mellish Park.

Durante la pequeña dolencia de Aurora, la viuda del alférez había sido escrupulosamente apartada del cuarto de la enferma, siendo vigilada en todo momento por John, que daba con la puerta en las narices a la solícita señora diciéndole que cuidaría por sí mismo de su mujer, y que si tenía necesidad de alguien, llamaría a la doncella de la señora Mellish.

Pero la señora Walter Powell, que adolecía de esa voraz curiosidad común a las personas que viven en casa ajena, se sentía gravemente ofendida de una conducta tan sistemática. Había secretos y misterios en la familia y no le permitían descubrirlos; había un esqueleto en la casa y no querían dejarle ver el *cadáver*. Olfateaba la turbación y las penas como olfatean los animales carnívoros su presa, y sin embargo, ella, que odiaba a Aurora, no era admitida a aquel fingido festín. ¿Por qué los sirvientes tienen tanto afán por saber todo lo que se dice y se hace, los modales y las costumbres, las alegrías y las penas de los que les emplean? ¿Acaso porque, habiéndoseles negado todo papel activo en la vida, se toman un interés malicioso por

los que luchan en lo más reñido de la contienda? ¿Acaso porque, alejados por la índole de sus ocupaciones de los vínculos y placeres de la familia, encuentran un deleite malicioso en las pruebas y vejaciones de familia y en las brisas borrascosas que disturbaban en ocasiones la atmósfera doméstica?

Recordad esto, maridos y mujeres, padres e hijos, madres e hijas, hermanos y hermanas..., cuando vosotros discutís, vuestros criados *disfrutaban con semejante entretenimiento*. Este recuerdo debería ser suficiente para vivir siempre tranquilos y en armonía. Porque vuestros sirvientes escuchan tras las puertas, repiten vuestros despechados discursos en la cocina, os observan mientras atienden la mesa, comprenden cada comentario sarcástico, cada insinuación, cada gesto, así como hacia quiénes se dirigen las miradas más crueles y las palabras más mordaces; entienden vuestros malhumorados silencios y vuestros cumplidos falsos y estudiados. Por delicada que sea la forma que deis a vuestro odio y a vuestra ira para disimularla, es tan transparente para estos *espías* como si os arrojarais cuchillos a la cabeza o si apedrearais a vuestros enemigos con los entremeses y las verduras, a la manera de los que riñen en las pantomimas. Nada que ocurra en el salón de visitas es ajeno a estos inquietos observadores, bien pertrechados en la cocina. Se ríen de vosotros; algo peor, os compadecen, discuten vuestros asuntos, calculan vuestras rentas y deciden lo que podéis permitir os el lujo de hacer o no. Organizan de antemano la disposición de la fortuna de la esposa y profetizan sobre el día venidero en que podrá beneficiarse de las ventajas del nuevo listado de bancarrotas. Saben por qué no tenéis buenas relaciones con vuestra hija mayor, y por qué habéis echado de casa a vuestro hijo preferido; y se toman un morboso interés en cada deprimente secreto que turba vuestra existencia. No les permitís seguirus, y ponen un semblante más negro que el trueno si veis tranquilamente sentadas en su vestíbulo a la hermana de John o a la anciana madre de Mary; os sorprendéis si el cartero les trae cartas, y atribuíis un hecho tan sencillo al pernicioso sistema de la educación de las masas; los alejáis de sus casas y de sus familias, de sus amantes y de sus amigos; no les permitís que tengan libros. Les reprendéis por la ojeada que dirigen a vuestro periódico y después levantáis los ojos y os asombráis de que sean curiosos y de que el tema de su conversación no sea más que escándalo y murmuraciones.

La señora Walter Powell, habiendo sido tratada por la mayor parte de sus patronos como una especie de criada «superior», había adquirido sin embargo todos los instintos de la criada más ínfima, y, dominada por estos instintos, resolvió poner todos los medios posibles a su alcance para descubrir la causa de la indisposición de Aurora, que, según le había dado a entender el doctor insinuantemente, era más psicológica que física.

John Mellish había ordenado a un carpintero reparar el pabellón, en la verja del norte, para alojamiento de James Conyers, y el viejo entrenador, Langley, debía recibir a su colega y conducirlo a las caballerizas.

El nuevo adiestrador llegó a las portillas del parque un anochecer de julio,

acompañado por nada menos que Steeve Hargraves, el *idiota*, que se había instalado acechante cerca de la estación con la esperanza de que algún viajero le diese algún trabajo y a quien James Conyers había ocupado en llevar su baúl de viaje.

Con gran sorpresa del adiestrador, Steeve Hargraves dejó la carga en las portillas del parque.

—Habrás de buscar otro para llevarle esto hasta la casa —dijo el *idiota* quitándose la grasienta gorra y tendiendo la mano para recibir el esperado pago.

El señor James Conyers, que era más bien un tipo apuesto, con una gran dosis de lo que generalmente se conoce como «pavoneo», se volvió bruscamente y preguntó al *idiota* qué diablos quería decir.

—Quiero decir que no puedo pasar de esta verja —masculló Steeve Hargraves—; me despidieron de esta casa donde he vivido cuarenta años; he sido arrojado como un perro, a puntapiés y latigazos.

El señor Conyers tiró la punta del cigarro y lanzó una mirada altiva al *idiota*.

—¿Qué dice este hombre? —preguntó a la mujer que acababa de abrir las portillas.

—El pobre muchacho, como habrá advertido, caballero, no tiene sano el juicio, y parece que no se llevaba bien con la señora Mellish; ella es de genio vivo y he oído decir que le castigó con el látigo por haber maltratado a su perro favorito. De cualquier forma, lo cierto es que el amo le ha despedido.

—Porque mi señora le pegó. He aquí cómo es la justicia de los amos para con sus criados en el mundo entero —dijo el adiestrador riendo y encendiendo un segundo cigarro que sacó de la caja de metal del bolsillo de su abrigo.

—Sí, esta es su justicia —repuso el *idiota*, ansioso—. Supongo que no le gustaría que le arrojasen de una casa donde hubiera vivido durante cuarenta años, ¿no es cierto? Pero la señora Mellish es una mujer de fuerte carácter. ¡Dios bendiga su hermoso rostro!

Steeve Hargraves emitió este deseo con un tono tan odioso, que el nuevo jefe de las caballerizas, hombre indudablemente sagaz y observador, se quitó el cigarro de la boca para examinar mejor al *idiota*. Aquella cara pálida, animada por dos ojos rojos y con un tenue brillo oscuro, no era nada agraciada, pero Conyers miró al hombre durante algunos momentos, cogiéndole por el cuello de la chaqueta para estudiar mejor sus facciones y, apartándolo luego con un gesto afablemente desafiante, le dijo riendo:

—Sin duda es un personaje, amigo mío; pero inspira poca confianza. A fe mía que por nada en el mundo quisiera ofenderle. Tome, le doy un chelín por su trabajo, hombre —añadió lanzando el dinero con descuidada agilidad a la mano que le tendía Steeve.

—Imagino que puedo dejar mi baúl aquí hasta mañana, señora —dijo a la mujer del portero—. Si no estuviera cojo lo llevaría yo mismo hasta la casa.

Era un joven tan apuesto, y sus maneras eran tan sencillas y despreocupadas, que

la buena mujer se quedó prendada al momento de sus encantos.

—Déjelo aquí, caballero, y sea bienvenido —dijo con un saludo cortés—; mi marido se lo llevará tan pronto como regrese. Perdone mi indiscreción, señor, pero supongo que es usted el caballero que esperamos para encargarse de las caballerizas, ¿no?

—Justamente.

—Pues entonces debo decirle que el pabellón del norte ha sido acondicionado para usted, pero debe dirigirse directamente a la casa primero, donde el ama de llaves le acomodará por esta noche.

El señor Conyers saludó, dio las gracias y las buenas noches, y cojeó lentamente hacia las sombras del crepúsculo, bajo el amparo de las arcadas de árboles. Y caminando por la amplia avenida, a la vera del camino destinado a los carruajes, paseó por el césped cubierto de rocío, deteniéndose en los lugares más blandos, más musgosos, con el instinto de un sibarita.

Mírenle caminando lentamente bajo las gloriosas ramas, en aquel ocaso hermoso de verano; con el rostro iluminado, a veces, por los rayos de sol casi apagados, y velado otras, por las sombras del follaje sobre su cabeza.

Es asombrosamente hermoso, de una hermosura perfecta y prodigiosa; es el bello ideal de la hermosura física, sin el menor defecto de proporción, como si cada una de las líneas de su cara y de su cuerpo hubiese sido medida por la regla de un escultor y cincelada por la misma mano del artista. Es un hombre sobre cuya belleza no cabe divergencia alguna de opiniones, cuya perfección reconocerá la criada en la misma medida que la duquesa, por predisuestas que estén a admirar o a despreciar; y sin embargo, es sólo un tipo de belleza sensual por el esplendor de líneas y color, privado del encanto especial de la expresión.

Mírenle ahora, que se detiene a descansar, apoyándose contra el tronco de un árbol y fumando con indolente placer. Está meditando; sus ojos de azul oscuro, medio cerrados, más sombríos por las gruesas y negras pestañas que los perfilan, tienen una expresión de ensueño, casi sentimental, que podría hacernos suponer que medita sobre la belleza del veraniego crepúsculo. Sin embargo, tan sólo piensa en sus pérdidas en el *Chester Cup*, en el salario que le ha prometido John Mellish y en los emolumentos que probablemente le proporcionará su nueva situación. Le otorgarán pensamientos a la altura del color de sus oscuros ojos, con matices violetas, y el modelado exquisito de su boca y su barbilla; le dotarán de una mente tan estéticamente perfecta como su rostro, e impulsivamente retrocederán al descubrir cuán vulgar es la espada que se esconde en vaina tan magníficamente labrada.

El señor James Conyers no es quizás peor que los demás hombres de su clase, pero no es decididamente mejor. Tan sólo es mucho más hermoso, y no hay motivo para estar furiosos con él, porque sus sentimientos y sus opiniones son exactamente las que hubiera tenido de lucir un pelo rojo y una gran nariz respingona. ¡Con qué sublime sabiduría nos ha relatado George Eliot que las personas no son mejores por

tener largas pestañas!^[70] Pero hay algo anómalo en esta belleza exterior y esta fealdad interior, porque, a pesar de toda experiencia, sentimos repugnancia hacia ella, y somos incrédulos hasta el punto de pensar que un palacio espléndido en su exterior no puede estar mal amueblado por dentro. ¡Proteja el cielo a la mujer que vende su corazón por un rostro agraciado y que se despierta cuando el trato está hecho para descubrir la insensatez de semejante cambio!

El señor Conyers requirió largo tiempo para llegar desde la verja de entrada hasta la casa. Se había caído con su caballo en una carrera de obstáculos prusiana —que casi le había costado la vida— y su pierna izquierda estaba terriblemente fracturada. Fue intervenido por eminentes cirujanos alemanes que recompusieron los huesos de su pierna, hecha pedazos, como si de un rompecabezas se tratara, aunque su prodigiosa habilidad no pudo impedir la contracción de los tendones, y a esta circunstancia debió el *jockey* el quedarse cojo para toda la vida e imposibilitado para presentarse a cualquier tipo de carrera. Era de mediana estatura, pesaba unas ciento cincuenta y cuatro libras, y nunca había corrido más que en el continente.

James Conyers se paró a algunos pasos del edificio y contempló seriamente el grupo irregular de edificios que se alzaban ante él.

—¡Magnífica cabaña! —masculló—. Si he de juzgar por las apariencias, forzosamente ha de haber mucha *hojalata* dentro.

Desconociendo la topografía del terreno, y siendo, además, asistido por su exceso de modestia, el señor Conyers se dirigió sin vacilar hacia la puerta principal y tiró de la campanilla reservada a las visitas y la familia.

Fue recibido por un respetable criado anciano que, tras inspeccionar deliberadamente su chaqueta parda de tiro, su camisa de color y su sombrero de castor, le preguntó con considerable aspereza:

—¿Qué desea?

El señor Conyers explicó que era el nuevo adiestrador, y que deseaba ver al ama de llaves; pero apenas había terminado de hablar cuando una puerta en un ángulo del vestíbulo se abrió con delicadeza, y la señora Walter Powell se asomó desde el cómodo y pequeño aposento reservado donde pasaba sus horas de privacidad.

—Quizá el joven tendría la bondad de entrar aquí —dijo, dirigiéndose en apariencia al vacío, pero indirectamente a James Conyers.

El joven se quitó el sombrero descubriendo una fascinante masa de rizos castaños, y cojeando a través del vestíbulo accedió a la invitación de la señora Powell.

—Podré darle, sin duda alguna —dijo el ama de llaves—, toda la información que requiera.

James Conyers sonrió, preguntándose si aquella mujer biliosa, como la llamó mentalmente, podría darle noticias sobre las carreras de verano de York; pero saludó con respeto y dijo que deseaba tan sólo saber dónde le alojaban —se detuvo excusándose— y si estaba dispuesta su habitación o había alguna carta para él. Pero la señora Powell no estaba resuelta a liberarle tan fácilmente, y se puso a hacerle

infinidad de preguntas, de un modo tan perseverante, que muy pronto agotó la escasa dosis de confidencias que el joven estaba dispuesto a concederle, pues fue perfectamente consciente del examen a que le sometía y era mucho más astuto que ella.

La viuda del alférez sólo pudo averiguar que el señor Conyers era un perfecto desconocido para John Mellish y su esposa, y que nunca les había visto a ninguno de los dos.

Viendo que no daba resultado alguno la entrevista, la señora Powell estaba ansiosa por concluirla.

—Supongo que le gustaría tomar una copa de vino tras el paseo. Voy a encargarme que se la traigan, y de paso preguntaré si haya alguna carta para usted. Imagino que estará ansioso por tener noticias de su familia.

El señor Conyers sonrió por segunda vez. Nunca había conocido padre ni madre desde la más tierna infancia; había sido arrojado al mundo como un sagaz aventurero a la edad de siete u ocho años, y la familia cuyas cartas deseaba leer ansiosamente eran individuos de la clase más humilde con los cuales tenía pendientes algunos negocios de apuestas.

El criado enviado por la señora Powell regresó con una jarra de jerez y cerca de media docena de cartas dirigidas al señor Conyers.

—Haga el favor de traer la lámpara de aceite, William —dijo la señora Powell al criado que se retiraba del cuarto—; estoy convencida de que no podría leer las cartas con esta luz —añadió cortésmente dirigiéndose al señor Conyers.

Lo cierto es que la señora Powell, acongojada por la enferma curiosidad de que ya he hablado, quería saber la clase de personas que le escribían al adiestrador —cuyas cartas estaba tan ansioso de recibir— y enviaba al criado a buscar la lámpara para no perderse ni una sola línea de la información que pudiera coger al vuelo en dichas cartas, con ciertas miradas rápidas, lanzadas con destreza a hurtadillas.

El criado trajo una brillante lámpara de aceite de trementina y el señor Conyers, a quien en modo alguno intimidaba la condescendencia de la señora Powell, acercó la silla a la mesa y, después de beberse un vaso de jerez, comenzó a examinar las cartas.

La viuda del alférez tomó una costura entre las manos y se sentó justamente enfrente de Conyers en la pequeña mesa redonda, sin mediar entre ambos más que el pie de la lámpara.

James Conyers cogió la primera carta, examinó la inscripción y el sello, desgarró el sobre, leyó la breve información contenida en media hoja de papel y se la puso en el bolsillo del chaleco. La señora Powell, forzando la vista al máximo, sólo vio algunas líneas trazadas por una mano muy plebeya y una firma que, mirada en desventaja al estar escrita boca abajo, se parecía bastante a la palabra «Johnson». El segundo sobre no contenía más que una lista de apuestas en un fino papel de seda, y el tercero contenía un pedazo de papel muy sucio con algunas palabras escritas a lápiz; pero al ver el sobre de la primera carta de las tres que restaban, el señor James

Conyers se estremeció como si acabara de recibir un disparo en el pecho. La señora Powell miró alternativamente el rostro del adiestrador y la inscripción de la carta, y no fue menor su sorpresa que la de Conyers. La inscripción del sobre era del puño y letra de Aurora Mellish.

Era una letra muy particular, una de esas caligrafías sobre las que no cabe ninguna equivocación; no era una letra itálica, elegante, delicada, inclinada y femenina, sino gruesa y atrevida, con grandes trazos que hubiera sido fácil reconocer incluso a una distancia superior a la que separaba a la señora Powell de James Conyers. No cabía duda alguna; la señora Mellish escribía al criado de su marido, y aquel hombre estaba familiarizado con su caligrafía, pues había manifestado una visible sorpresa al recibir la carta.

Conyers desgarró el sobre y leyó su contenido con avidez en dos ocasiones, frunciendo el ceño con expresión sombría durante la lectura. La señora Powell recordó de pronto que había dejado parte de su costura en el sinfonier, tras la silla del joven, y se levantó tranquilamente para ir a buscarla. Conyers estaba tan absorto con la carta que tenía en la mano, que no reparó en el pálido semblante que durante un breve instante miró con atención por encima de su hombro, con ávidos y descoloridos ojos, echando una ojeada furtiva a la escritura de la página.

La carta había sido escrita en su mayor parte en la primera cara de un papel de notas, con unas pocas palabras postergadas a la segunda página. Era esa segunda página la que vio la señora Powell; las palabras escritas en la parte superior de la hoja eran las siguientes: *Sobre todo, no manifiestes sorpresa alguna.*

La carta no concluía con las frases de rigor, y por firma tan sólo una gran A mayúscula.

XVII

El mensaje del adiestrador

El señor James Conyers se instaló en Mellish Park como si fuera su propia casa. El pobre Langley, el anciano adiestrador retirado, oriundo de Yorkshire, se encontraba asombrosamente desconcertado por la insolente simpleza de su sucesor. Era tan apuesto y elegante para su ocupación, que los mozos de caballeriza se inclinaban ante él y le tributaban un respeto que nunca antes habían mostrado con el sencillo Langley, el cual se había visto obligado en más de una ocasión a recurrir a la fuerza y hacer cumplir las órdenes con el auxilio de un látigo o de una correa de cuero. El apuesto rostro de James Conyers era un capital del que este caballero sabía sacar provecho, tomando el monto total de ese beneficio sin remordimiento alguno.

Siento mucho tener que decir que este joven, que hubiera servido de modelo para Apolo y Antínoo^[71] en los talleres de artistas y en las academias de arte, era egoísta hasta la médula de los huesos, y una vez que estaba bien alimentado, vestido, alojado y provisto de todo, no le interesaba en absoluto de dónde procedían los manjares y los vestidos, ni a quién pertenecía la casa que le daba cobijo, ni quién llenaba los bolsillos que tintineaban en sus pantalones.

¡Líbreme el cielo de ser llamado a hacer su biografía! Sólo sé que salió del fango de las calles como una especie de afrodita masculino alzándose sobre el barro,^[72] que a los cuatro años de edad ya «trapicheaba» por las cunetas, y que antes de los cinco ya era un pequeño «estafador» en materia de canicas y caramelos de azúcar; y que desde esta época comenzó a disfrutar de las ventajas que proporciona un rostro hermoso, pues matronas compasivas, que hubieran sido sordas a los lamentos de un niño de nariz grande y chata, se compadecían de él y le acariciaban por ser tan guapo.

Había aprendido, pues, desde su más tierna infancia, a sacar partido de su belleza y a obtener todo lo que pudiera por esa mercancía, y había crecido sin principios presentando al mundo su apuesto rostro para que le ayudara a hacer fortuna. Era extravagante, perezoso, lujurioso y egoísta, pero tenía un sencillo e indiferente atractivo en sus maneras que era para los observadores un indicio superficial de un buen carácter. No hubiera dado tres pasos fuera de su camino para prestar un servicio a su mejor amigo, pero enseñaba su sonrisa de magníficos dientes blancos con igual generosidad a todos sus conocidos, atribuyéndose por ello el mérito de ser un muchacho franco y de buen corazón. Era un experto en explotar esa especie de alfajor dorado de generosidad que con tanta frecuencia pasa como oro puro; y era diestro en

el manejo de esos dados falsos que suenan como los verdaderos; una palmada en el hombro o un cordial apretón de manos equivalía muchas veces de su parte al préstamo de un soberano de parte de otro hombre, y entre los caballeros de fama ambigua con quienes se asociaba era considerado como una buena persona que no tenía enemigos. Poseía ese superficial ingenio del natural del East End londinense, que pasa generalmente como conocimiento del mundo; siendo así que más debería llamarse conocimiento de lo malo del mundo e ignorancia completa de todo lo que es noble en la tierra. Había «estudiado» en las calles de Londres, y se había «graduado» en las carreras de caballos, y no tenía nociones de literatura más allá de los periódicos dominicales y del almanaque de las carreras, pero se las había ingeniado para sacar el mayor partido de sus escasas enseñanzas, y los que le empleaban decían que era un joven superior y digno de mejor posición.

James Conyers manifestó su satisfacción por el pabellón rústico que le habían elegido como alojamiento, y vigilaba condescendentemente a los mozos de caballeriza que trasladaban el mobiliario seleccionado por el ama de llaves de los cuartos de los sirvientes, y presenciaba el arreglo de sus pequeños aposentos saliendo y entrando en mangas de camisa y mostrando una gran actividad con el martillo y un saco lleno de clavos.

Se sentó a una mesa y bebió cerveza con tal encantadora afabilidad, que los mozos le manifestaron tanta gratitud como si fuera él personalmente quien les obsequiaba con aquella bebida. Es verdad que al ver la franca cordialidad con la que James Conyers daba palmadas en el hombro a aquellos jóvenes y les instaba para que bebiesen, hubiera sido difícil recordar que no era él quien pagaba el festín, y que era el propio Mellish quien tendría que pagarle la cuenta al cervecero. Entre las virtudes que adornan el mundo, ¿puede darse algo más precioso que la generosidad de los criados de más categoría? ¡Con qué saludable hospitalidad hacen circular la botella! ¡Con qué libertad echan en la tetera el té de siete chelines la libra! ¡Con qué generosidad extienden la fresca mantequilla de veinte peniques! ¡Y qué gloriosa acogida tributan a los que llegan casualmente al salón de la servidumbre! Y lo más maravilloso es que los depositarios de su generosidad parecen olvidar que el amo de la casa deberá pagar los gastos del banquete, y que mirará con tristeza la cuenta total del presupuesto de la casa.

No era de suponer que un tipo tan elegante como James Conyers pudiera —según el lenguaje del ama de llaves— «servirse a sí mismo»; requería de un humilde criado para lustrar sus botas negras, hacerle la cama, encenderle el fuego, prepararle la cena y tener en aceptable orden los dos aposentos del pabellón. Al reflexionar sobre la persona adecuada para prestarle estos servicios, se acordó de Steeve Hargraves, el *idiota*. Estaba sentado en el alféizar de una ventana abierta del pequeño salón del pabellón, fumando un cigarro y bebiendo cerveza, cuando acudió a su mente esta idea, y se puso de tan buen humor que se quitó el cigarro de la boca para reírse con total libertad.

«Ese hombre es un personaje —dijo riendo sin descanso—, y le tomaré para servirme. Le han prohibido entrar en el parque, le han echado porque la altiva señora le dio una tanda de latigazos. ¿Qué importa eso? Yo le permitiré entrar, aunque no sea más que para divertirme.»

Media hora después, entró cojeando en el pueblo para buscar a Steeve Hargraves. No era muy difícil dar con el *idiota* porque todo el mundo le conocía, y una turba de niños se ofreció voluntaria para ir a buscarle a casa del doctor, a quien le hacía pequeños recados. Cinco minutos después estaba en presencia de James Conyers, y aunque tenía la cara sucia y bañada en sudor, estaba tan pálido como siempre.

Steeve Hargraves accedió fácilmente a abandonar su ocupación actual y prestar servicio al adiestrador, con un salario de cinco chelines semanales, comida y alojamiento; pero sus facciones se alteraron cuando descubrió que Conyers trabajaba para John Mellish y vivía dentro de los límites del parque.

—¿Temes entrar en la hacienda? —le preguntó el adiestrador riendo—. No importa, Steeve; te autorizo a entrar, y me gustaría ver quién se atreverá en la casa (hombre o mujer) a oponerse a cualquier capricho mío. Te permito la entrada. ¿Lo entiendes?

El *idiota* se llevó la mano a la gorra, y se esforzó en aparentar entenderlo; pero era evidente que no le entendía, y James Conyers debió apresurarse a persuadirle de que no corría peligro alguno atravesando las portillas de Mellish Park.

Steeve acabó por decidir que acudiría al pabellón del norte, y prometió presentarse en el transcurso de la noche.

James Conyers hizo tantos esfuerzos para vencer las cobardes objeciones del *idiota* como si éste hubiera sido el más perfecto de los criados de los tres distritos.^[73] Tal vez había un motivo más profundo para la especial preferencia por el *idiota*; alguna venganza, algún mezquino rencor cuya causa estaba oculta en su pecho. Si mientras fumaba por las calles del pueblo bromeando con el *idiota* —para sorpresa de todos los espectadores, y tomándose tanto trabajo para asegurarse los servicios de un hombre tan estúpido y grosero— hubiera pasado por su mente una mera sombra del futuro —cercano— que se cernía sobre él, a buen seguro se hubiera arrepentido instintivamente en cerrar un trato tan poco propicio.

Pero James Conyers no era supersticioso, y estaba exento de esta flaqueza hasta el punto de no creer absolutamente en nada en el cielo o en la tierra, a excepción de sí mismo y sus méritos personales. Así que tomó pues a su servicio al *idiota* por puro entretenimiento, como él lo llamaba, y caminó lentamente de vuelta a la verja del parque para esperar al señor Mellish y esposa cuyo regreso se había anunciado para esa tarde.

La mujer del portero le ofreció una silla y le rogó que se sentara bajo el pórtico. Conyers le dio las gracias con una amable sonrisa, se sentó entre las rosas y madreselvas y encendió un cigarro.

—Se encontrará muy triste en el pabellón del norte, ¿no, caballero? —dijo la

mujer a través de la ventana abierta junto a la cual se había sentado con la costura.

—Ciertamente, no es muy alegre, señora —respondió Conyers—, pero sirve bien a mis propósitos. El lugar está lo bastante aislado como para que le asesinen a uno impunemente, pero como no tengo nada que perder, me siento bastante satisfecho.

Tal vez hubiera podido explicarse más detalladamente, pero en aquel momento el ruido de un carruaje en el camino anunció el regreso de los viajeros, y dos o tres minutos después el carruaje entraba en el parque atravesando la verja y pasando por delante de James Conyers.

Por grande que fuera el poder que este joven tuviera sobre Aurora, y por enterado que estuviera del comprometedor secreto del que pudiera sacar beneficio, el carácter osado de la joven se manifestó entonces como siempre y no se sobresaltó al verle. Si se había puesto a propósito en su camino para observar el efecto de su presencia, debió quedar, sin duda, muy decepcionado, pues, excepto la sombra de un desdén helado que cruzó su rostro en el momento de entrar el coche en el parque, hubiera podido creer que no le había visto nunca. Estaba pálida y pensativa, y sus ojos parecían haber aumentado desde su enfermedad, pero llevaba la cabeza tan erguida como siempre y conservaba ese aire de imperial grandeza que constituía uno de sus principales encantos.

—Así que ese caballero es el señor Mellish —dijo Conyers cuando el carruaje desapareció—. Parece que ama mucho a su esposa.

—¡Sí, seguro! Es él, y sí, mucho, también; se dice que no hay otra pareja igual en todo Yorkshire. Y ella le ama mucho también, bendito sea ese rostro tan apuesto. Pero ¿quién no ha de amar a maese John?

El señor Conyers se encogió de hombros. Esos hábitos patriarcales y esas virtudes domésticas no tenían encanto alguno para él.

—La señora es muy rica, ¿no es cierto? —preguntó para llevar la conversación a un terreno más racional.

—¿Rica? Yo lo creo. Se dice que su padre le dio cincuenta mil libras esterlinas el día de la boda, y esto no os haga creer que el amo necesitara dinero, pues tiene inmensas riquezas.

—Ah, ése seguro —dijo Conyers—. El banquero le dio cincuenta mil libras; si la señorita Floyd se hubiera casado con un pobre diablo, entonces, supongo que no le hubiera dado cincuenta y seis peniques.

—Caramba, no. Si hubiera ido contra sus deseos no considero que lo hiciera. Estuvo aquí en primavera; un bondadoso, canoso y viejo caballero. Pero se malogrará pronto.

—Se malogrará pronto. Y cuando se muera, la señora Mellish heredará medio millón, supongo. ¡Buenas tardes, señora! ¡Extraño mundo!

El señor Conyers tomó el bastón y desapareció cojeando bajo los árboles repitiendo varias veces esta última exclamación mientras se alejaba. Era costumbre de este caballero atribuir la buena fortuna de otras personas a alguna excentricidad en

la maquinaria de la vida, con lo que la única persona digna de merecerla en el mundo estaría privada de sus derechos naturales.

Atravesó el bosque y llegó a una pradera donde pacían varios caballos confiados a su cuidado, y pasó allí cerca de una hora repanchigado cerca del vallado, sentado sobre las portillas, fumando y mirando a los animales, en el que parecía ser el trabajo más arduo que debía desempeñar como adiestrador.

«No es una vida dura —pensó mientras observaba un grupo de yeguas y potros que, en sus excéntricos desvaríos, representaban una especie de danza al estilo de sir Roger de Coverley, arriba y abajo por el prado—. [74] No es una vida dura. Aunque se maldice dura y fuertemente a los mozos, y se consume de una u otra forma mucha avena, está bien. Estos caballeros provincianos siempre juzgan los méritos de un hombre por la cantidad de maíz que deben pagar. Si alimentan a sus caballos para que engorden como cerdos y no entrenan nunca a los que parecen rocines escuálidos con la columna plagada de clavos, tendrán fe ciega en ti. Prefieren ganar la *Margate Plate*, o los *Hampstead Heath Sweepstakes*, a correr bien en el cuarto Derby. ¡Benditos corazones inocentes! Creo que en lugar de para tipos con mucho dinero y ninguna materia gris se crearon por el bien de tipos con ningún dinero y abundante materia gris. Y así es como nos confabulamos para mantener el equilibrio en la balanza universal.»

El señor Conyers resoplaba perezosas nubes de transparente humo azulado de sus labios, mientras deliberaba de este modo, con una expresión tan sentimental como si hubiera estado reflexionando sobre las tres últimas páginas de *La prometida de Abydos* [75]. Poseía ese estilo de belleza romántica peculiar a los ojos azul oscuros y las largas pestañas negras, que no podían plantearse lo que tendrían para cenar, sin un aire meditabundo y soñador en las púrpuras sombras de esos mismos ojos azul oscuros. Este sentimentalismo le era más ventajoso incluso que su propia belleza, en relación con sus patronos; parecía un príncipe proscrito obligado a prestar servicio doméstico con toda la amargura de ánimo que tal situación le provocaba. Y se hubiera dicho que era Lara volviendo a sus dominios para entrenar a los caballos de su usurpador. [76] Tenía la apariencia, en resumen, de todo lo contrario a lo que realmente era, esto es, un miserable egoísta que no servía para nada, perezoso, y que conocía sobradamente el útil arte de hacer el mínimo trabajo y obtener el salario máximo.

Se retiró lentamente de regreso al pabellón donde encontró al *idiota*, que le esperaba. Éste estaba ocupado en colocar unas tazas para el té sobre una pequeña mesa circular, mientras al fuego brillante de la chimenea hervía una olla de agua. El señor Conyers miró con desprecio estos humildes preparativos.

—Le he hecho té —dijo el *idiota*—; pensé que le gustaría tomar una taza.

El adiestrador se encogió de hombros.

—No soy particularmente aficionado a beber *lavado de gato* —dijo riendo—. He tenido bastante de eso cuando entrenaba, mitad té y mitad aceite de ricino. Te enviaré mañana a Doncaster a comprar licores, hombre; o tal vez esta noche —añadió

después de reflexionar un rato con el codo apoyado en la mesa y la mano en la barbilla.

Permaneció algunos instantes en esta pensativa actitud, con su criado Steeve Hargraves examinándole fijamente todo el tiempo, con esa mirada medio sorprendida medio admirada con que una criatura —una criatura convencida de su fealdad— mira a otra dotada de gran belleza.

Cuando volvió en sí de su meditación, el señor Conyers sacó un desmañado reloj de plata y estuvo algunos minutos mirando distraídamente la esfera.

—Son cerca de las seis —masculló por fin—. ¿A qué hora comen en la casa, Steeve?

—A las siete, respondió el *idiota*.

—A las siete. En tal caso tendrás tiempo de llevar un recado, o una carta, y llegarás cuando se sienten a la mesa.

El *idiota* lanzó a su nuevo amo una mirada de terror.

—¿Un recado..., una carta...? —repitió—, ¿para el señor Mellish?

—No, para la señora.

—Pero no puedo —dijo Steeve Hargraves—, no puedo acercarme a la casa, y mucho menos hablar con ella. No he olvidado aún el día que me pegó. No la he visto desde entonces, y no quiero volver a verla. Pensaré que soy un cobarde, ¿no es verdad? —dijo interrumpiéndose de pronto y mirando al entrenador, cuyos generosos labios se curvaban en una sonrisa desafiante—. ¿Piensa que soy un cobarde?, ¿no es así?

—No creo que destaques por valiente —respondió Conyers—, porque temer a una mujer, aunque fuera el diablo en persona que hubiera actuado con poca consideración con un hombre...

—¿Quiere que le diga lo que me aterra? —dijo Steeve Hargraves hablando entre dientes en ese desagradable susurro que le era tan peculiar—. No temo a la señora Mellish; no es eso. Lo que temo es... —y mientras hablaba así «algo» en el bolsillo del pantalón— esto... Temo que al acercarme a ella no pueda dominarme y me arroje sobre ella para cortarle el cuello. La he visto muchas veces en mis sueños con su hermoso cuello blanco del cual brotaba un chorro de sangre; y sin embargo, tenía aún el látigo roto en la mano y se burlaba de mí. He soñado muchas veces con ella, pero nunca la he visto totalmente inmóvil o muerta; y nunca sin el látigo en la mano.

La sonrisa desafiante desapareció de los labios del adiestrador mientras Steeve Hargraves hacía esta revelación de sus sentimientos, y dio paso a una expresión misteriosamente pensativa que ensombreció su rostro.

—No tengo el cariño de la señora Mellish —dijo—; podría vivir tantos años como Matusalén que me sería indiferente, si quisiera...

Murmuró algunas palabras entre dientes y desapareció por la escalera de caracol que conducía a su dormitorio, silbando una melodía popular cuando se alejaba.

Bajó de nuevo con una caja de escritorio de cuero de aspecto sucio en la mano,

que arrojó descuidadamente sobre la mesa. Al abrirla, se reveló atestada de una gran cantidad de arrugadas y desordenadas cartas y papeles, por lo que tuvo serias dificultades para encontrar una hoja tolerablemente limpia en la que poder escribir la nota.

—Vas a llevar esta carta a la señora Mellish, amigo mío —dijo a Steeve, encorvándose sobre la mesa y escribiendo mientras hablaba—; y lo harás de modo que se la entregues a ella directamente. Con un calor tan bochornoso todas las ventanas estarán abiertas, y puedes esperar hasta que la veas en el salón; cuando la veas, ingéniate para llamarla por señas y entrégale esto.

Había doblado el papel y sellado cuidadosamente la carta con un sobre engomado.

—No hay necesidad de poner nombre alguno en el sobre —dijo entregando la carta a Steeve Hargraves; sabes para quién es, y no se la entregarás a nadie más que a ella. Venga, te llevarás bien con ella, hombre, no te dirá nada cuando vea de quién es la carta.

El *idiota* miró sombríamente a su nuevo amo, pero James Conyers se preciaba de una cualidad que él llamaba determinación —y que sus detractores llamaban obstinación—, y se había obcecado en que nadie más que Steeve Hargraves debía llevar la carta.

—¡Venga, nada de disparates, Stephen! Recuerda, si me complace emplearte o enviarte a hacer algún recado, cualquiera que sea, nadie en esa casa se atreverá a cuestionarse mis derechos para hacerlo. Congeniaréis.

Y mientras hablaba, apuntaba extendiendo el brazo hacia el tejado gótico y las chimeneas tapizadas de hiedra de la vieja mansión, brillando en medio del follaje.

—Vete, Stephen, y tráeme la respuesta —añadió encendiendo la pipa y sentándose en el alféizar de la ventana en su actitud favorita; actitud que como todo lo que le caracterizaba era medio indiferente medio desafiante, de su superioridad respecto a su posición—. No necesitas esperar una respuesta escrita; le puedes decir a la señora Mellish que me basta con un sí o con un no.

El *idiota* masculló algunas palabras casi ininteligibles, pero tomó la carta y, encasquetándose la desharrapada gorra de piel de conejo sobre sus ojos, se alejó lentamente siguiendo la dirección que el señor Conyers le había indicado con gesto desafiante momentos antes.

—¡Un tipo raro! —murmuró el adiestrador perezosamente, observando la torpe figura de su criado alejarse—. ¡Un tipo raro! Pero sería extraño si no lo pudiera doblegar; otros más fieros que él he manejado a mi antojo.

Conyers olvidaba que hay caracteres que, aunque inferiores en todo lo demás, son fuertes por su obstinación y no se dejan apartar de su ruindad natural, ni con artimañas ni con manipuladora destreza.

La tarde no era soleada pero sí bochornosa; una oscuridad creciente en el cielo plomizo y una calma insólita en la atmósfera anunciaban tormenta. Los elementos

tomaban fuerzas para la lucha y esperaban en silencio el momento de descargar su furia. Pronto iba a darse la señal, un trueno ensordecedor que sacudiría las lejanas colinas y haría temblar todas las hojas del bosque.

El adiestrador contemplaba con mirada indiferente el aspecto siniestro del cielo.

«Debo bajar a las caballerizas para ordenar a *los mozos* que pongan los caballos a cubierto —dijo—. En breve habrá tormenta.»

Tomó el bastón y salió del pabellón con el cigarro en la boca. Ciertamente, había muy pocas horas en el día, e incluso de la noche, en las que Conyers no llevase en la boca la pipa o un cigarro.

Steeve Hargraves avanzó lentamente a lo largo de la estrecha senda que conducía hasta el jardín y el prado que se extendían ante la casa. Aquella parte norte del parque presentaba un aspecto más agreste y estaba menos cuidada que el resto, pero la gruesa espesura estaba repleta de piezas de caza, y las crías de las liebres huían a todos lados sobresaltadas por el *idiota*, que caminaba arrastrando los pies, en tanto que las perdices se alzaban a pares desde la enmarañada hierba rozando las capas bajas de follaje.

«Si encuentro al guarda del señor Mellish creerá que vengo a robar, ya lo creo —masculló el *idiota*—, aunque me importa muy poco la caza. ¡Maldito guarda! Se le figura que imaginar un faisán es un crimen de alta traición.»

Apenas era capaz de resistir la tentación de estrujarle el cuello a un magnífico faisán que se pavoneaba entre la hierba alta, con una orgullosa serenidad que insinuaba su conocimiento de las leyes protectoras de la caza, por lo que se vio obligado a meter las manos en los bolsillos del pantalón. Los árboles del lado norte formaban una especie de pared frondosa que ocultaba el prado, de tal forma que el *idiota* emergió de pronto de su escondite en la suave hierba que bordeaba el prado y que se separaba del parque por un vallado imperceptible.

Steeve Hargraves observó silencioso tras los árboles, se acercó al lugar y vio desde allí que la señora Mellish le había ahorrado una parte del camino, pues estaba apoyada sobre una verja de hierro baja con *Bow-wow* —el perro al que había *maltratado*— a su lado.

Steeve había dejado la senda estrecha y había emergido por entre la maleza para acortar distancia con el jardín, y al avanzar por el prado dejaba una larga huella de hierba pisada tras él, como la que deja el tigre o la serpiente que se lanzan arrastrando sobre su presa.

Aurora alzó la cabeza al escuchar el sonido de unos pasos que arrastraban los pies, y por segunda vez desde que le había pegado, se encontró la mirada fija del *idiota*. Estaba muy pálida, casi tan pálida como su vestido blanco sin adornos de ningún otro color, que caía en torno suyo en pliegues sueltos dándole un escultural atractivo a su figura.

Estaba vestida con tan evidente descuido que cada pliegue de muselina parecía decir cuán lejos se hallaban sus pensamientos cuando se había arreglado

apresuradamente aquella mañana. Sus negras cejas se contrajeron al ver al *idiota*.

—Creía que el señor Mellish le había despedido —dijo— y le había prohibido que volviera.

—Sí, señora; el señor Mellish me echó de la casa en la que había vivido durante cuarenta años; pero ahora tengo una nueva colocación, y mi nuevo amo me envía para que os entregue esta carta.

Observando el efecto de sus palabras, el *idiota* vio una sombría transformación en el semblante pálido de su oyente.

—¿Qué nuevo amo?

Steeve Hargraves alzó el brazo y apuntó sobre su hombro, indicando el camino por el que había venido. Aurora siguió lentamente el movimiento de la torpe mano del *idiota* y su entendimiento pareció crecer al ver la dirección que indicaba.

—¿Su nuevo amo es James Conyers, el que se aloja en el pabellón del norte?

—Sí, señora.

—¿Y en qué le emplea?

—Le conservo ordenada la vivienda, señora, y le hago los recados; he traído una carta.

—¿Una carta? ¡Ah, sí, démela!

El *idiota* le entregó la carta. Ella la tomó lentamente, sin dejar de observarle fija y persistentemente, como queriendo adivinar alguna cosa bajo aquellos rojos e insulsos ojos que se cruzaban con los suyos. Su mirada dejaba traslucir un terror secreto escondido en su pecho, y un vago deseo de internarse a su vez en los secretos de Hargraves.

Ella no miró la carta, y pensó en estrujarla en la mano que colgaba a su costado.

—Puedes retirarte —le dijo.

—Debo esperar una respuesta.

Las negras cejas volvieron a contraerse y brilló entonces el resplandor de un furor encendido en sus ojos negros.

—No hay respuesta —dijo metiendo a la fuerza la carta en el pecho de su vestido. Y volviéndose para dejar la verja, añadió:

—No hay respuesta y no la habrá hasta que me convenga. Dígaselo así a su amo.

—No esperaba una respuesta por escrito —insistió el *idiota*—; un sí o un no es suficiente. Pero debo asegurarme de ello y esperar.

La tonta criatura leyó en el rostro de Aurora un sentimiento de odio y furia, más allá del odio despectivo que sentía por él, y se recreó en atormentarla.

Aurora golpeó impaciente con su pie en la hierba, y sacando la carta de su pecho, desgarró el sobre y leyó las pocas líneas que contenía. Aunque la carta era muy breve, permaneció al menos cinco minutos ensimismada, con la carta abierta en la mano, y separada del *idiota* por la verja de hierro. El silencio sólo fue interrumpido durante esta pausa por los gruñidos ocasionales del mastín, que levantando su pesado labio enseñaba los débiles dientes a su antiguo enemigo.

Aurora rompió la carta en mil pedazos que arrojó al viento antes de hablar:

—Sí —dijo finalmente—, dígale a su amo que sí.

Steeve Hargraves se llevó la mano a la gorra y se alejó sobre las huellas que había dejado anteriormente en la hierba, para llevar esta respuesta a su amo.

—Me odia profundamente —masculló parándose para volver la mirada hacia la blanca figura sobre el prado—, pero le odia mucho más a él.

XVIII

Bajo la lluvia

La segunda campana anunciando la cena tocó cinco minutos después de que el *idiota* hubiera dejado a Aurora, y el señor Mellish salió al prado en busca de su esposa. Caminaba sobre la hierba silbando y rozando las rosas con su pañuelo manifestando de este modo el estado de alborozo de su corazón, pues ciertamente había olvidado la angustia sufrida la desgraciada mañana que recibió la carta de Pastem. Lo había olvidado todo excepto que Aurora era la más encantadora y querida de las mujeres, y confiaba en ella con toda la infinita fe de su grande y honrado corazón.

«¿Por qué había de dudar de una criatura tan noble e impetuosa? —pensaba—. Cada una de sus emociones, cada uno de sus sentimientos, ¿no están escritos sobre su adorable y expresivo rostro con caracteres que hasta el menos avisado podría leer? Si la complazco, ¿qué sonrisas tan brillantes iluminan sus negros ojos! Si la contrario, lo cual, necio de mí, hago cien veces al día, ¿cómo se contraen los dos negros arcos sobre su pequeña nariz impertinente, mientras sus rojos labios hacen pucheros de desafío y desdén! ¿He de dudar de ella porque me oculta un secreto que con franqueza me dice que debo renunciar a conocer, siendo así que una mujer astuta trataría de tranquilizar mi mente con alguna innoble mentira inventada para engañarme? ¡Dios la bendiga! Nunca, nunca dudaré de ella, suceda lo que suceda.»

Fue fácil para el señor Mellish hacer este juramento mentalmente, dado que estaba de sobra convencido de que había pasado la tormenta y se había restablecido para siempre la calma.

—Querida Lolly —dijo enlazando con su brazo el talle de su esposa—, te creía perdida.

Ella le miró con una amarga sonrisa.

—¿Te afligiría, John, si me perdieras realmente?

John se sobresaltó como si hubiera recibido un golpe y miró ansiosamente el semblante pálido de su esposa.

—¿Afligirme, Lolly? —repitió—. No sería por mucho tiempo, porque los que asistieran a tus funerales vendrían muy pronto también a los míos. Pero, vida mía, ¿qué te induce a preguntarme tal cosa? ¿Estás enferma, querida? Hace algunos días que te veo pálida y cansada, y no le he dado importancia. ¡Qué miserablemente descuidado soy!

—No, no, John —dijo ella— no quiero decir eso; ya sé que te afligirías mucho si

muriera. Pero supongamos que algo inesperado nos obligara a separarnos para siempre, que alguna fuerza superior me hiciese salir de esta casa para no volver jamás. ¿Qué harías, entonces?

—Entonces, Lolly —respondió seriamente su marido—, preferiría ver tu ataúd en el nicho que está junto al que guarda los restos de mi madre, allá, en el panteón... —y extendía el brazo en dirección a la parroquia que estaba próxima a las verjas del parque— antes que separarme de ti de ese modo; preferiría estar muerto antes que ignorar cuál es tu suerte. ¡Oh, vida mía!, ¿por qué me hablas de todo esto? ¡No podría separarme de ti, no podría! Antes te tomaría en mis brazos y me arrojaría contigo al estanque del bosque; antes te traspasaría el corazón de un balazo y te vería muerta a mis pies.

—John, mi querido y auténtico John —dijo Aurora, cuyo rostro se iluminó con un nuevo brillo similar a los rayos del sol traspasando de pronto una densa nube—. No hablemos más de esto, querido; no nos separaremos nunca. ¿Por qué habíamos de separarnos? Hay muy pocas cosas en este vasto mundo que el dinero no pueda comprar; ayudará a comprar nuestra felicidad. ¡No nos separaremos nunca, amado John, nunca!

Y prorrumpió en una alegre carcajada mientras observaba su rostro inquieto y asombrado.

—¿Por qué estás tan asustado, pobre John? —dijo ella—. ¿Aún no sabes que me gusta atormentarte a veces con preguntas como estas, únicamente para verte abrir tus grandes ojos azules? Venga, amor; la señora Powell parecerá un trueno cuando entremos y demos cualquier vulgar excusa, diciéndonos que le es indiferente esperar tanto por la cena y que hasta preferiría no tener que cenar nunca. ¿No es extraño, John, el odio que me tiene esa mujer?

—¿Odiarte, querida, siendo como eres, tan amable con ella?

—Me odia porque soy amable con ella, John. Si le diera mi collar de diamantes, me odiaría igualmente porque lo tengo y puedo regalárselo. Nos odia porque somos ricos, jóvenes y apuestos —dijo Aurora, riéndose—, y ella, por el contrario, una remilgada egoísta de rostro cadavérico.

Fue extraño que en aquel momento Aurora pareciera recobrar su natural alegría y su buen ánimo, y volviera a ser la misma de antes de recibir la carta del señor Pastem. No importa cuán sombrías fueran las nubes que revoloteaban sobre su cabeza desde el día en que esa simple carta produjera tan terrible efecto, y su actitud pareciera haber cambiado tan repentinamente. La señora Walter Powell no tardó en percibir este cambio. Los ojos del amor, por perspicaces que sean, no lo son tanto como los del odio; éstos nunca pueden ser embaucados.

Aurora había salido del salón apática y desanimada, a pasear tranquilamente por el prado, y la señora Powell, sentada en una de las ventanas, había observado cada uno de sus movimientos, y la había visto hablar con un hombre —al que no pudo reconocer como el *idiota* desde aquella distancia— y aquella misma Aurora regresaba

ahora a la casa completamente trasformada. Había una expresión de resolución en su hermosa boca —que las mujeres criticaban por encontrarla demasiado grande—, inusualmente extraña a sus labios rosados, y un brillo resuelto en sus ojos que indudablemente tenía algún significado. «¡Si pudiera encontrar la clave de lo que oculta!», pensaba la señora Powell.

Desde la breve enfermedad de Aurora la pobre viuda no había cesado de buscar esta clave; la buscaba a tientas en la profunda oscuridad que frustraba su gran poder de penetración. ¿Quién era aquel adiestrador al que Aurora le escribía, al que decididamente había escrito? ¿Por qué no había manifestado la menor sorpresa? ¿Y qué causa podía haber para que él manifestase asombro si era tan sólo un criado de Mellish Park? Esta confusa oscuridad era más impenetrable que la noche más negra, y la señora Powell casi renunció a encontrar la clave de este misterio. Pero lo que más la confundía entonces era la nueva complicación que alteraba el ánimo de Aurora.

John Mellish estaba loco de alegría con esta alteración. Hablaba y reía hasta que los vasos y botellas cercanos vibraron con el eco de sus estrepitosas carcajadas; bebió tanto vino de Moselle, que el mayordomo Jarvis, que había encanecido al servicio del padre de John y había llenado el primer vaso de champaña de John, acabó por negarle una copa más de aquella bebida y proponiéndole en su lugar algún vino muy caro cuyo nombre, formado de catorce sílabas, era imposible de pronunciar y que John no quiso probar.

—Llenaremos la casa de invitados para la temporada de caza, Lolly, querida —dijo el señor Mellish—. Si vienen el primero de setiembre estarán todos acomodados para el *Léger*. Por supuesto tendremos a papá, que trotará en su blanco caballo como el mejor de los hombres y de los banqueros de la cristiandad. El capitán y la señora Bulstrode también vendrán, y veremos qué aspecto tiene la pequeña Lucy, y si el solemne Talbot la reprende en el silencio de la cámara conyugal. También estarán Hunter y otros tantos amigos. Será preciso que me hagas una lista de todas las personas amables que quieras invitar, y pasaremos un otoño glorioso, ¿no es cierto, Aurora?

—Así lo espero, amor —respondió la señora Mellish después de un momento de pausa, en que su esposo repitió ansiosa la pregunta de John. No había escuchado con mucha atención los proyectos de John, y le sorprendió mucho dirigiéndole una pregunta enteramente extraña al asunto de que estaban hablando.

—¿Cuánto tiempo emplean los buques más rápidos en ir a Australia, John? —le preguntó calladamente.

El señor Mellish se detuvo con el vaso en la mano para mirar a su esposa después de esta pregunta.

—¿Cuánto tiempo emplean los buques más rápidos en ir a Australia? —repitió—. Ay de mí, ¿y qué sé yo, Aurora? Creo que tres semanas o un mes. No, quiero decir tres meses; pero en el nombre de Dios, Aurora, ¿para qué quieres saberlo?

—Me parece que el término medio del viaje es de unos tres meses,

aproximadamente; pero algunos barcos navegan con suma velocidad, en setenta e incluso sesenta y ocho días —dijo la señora Powell mirando bruscamente el rostro abstraído de Aurora, bajo el amparo de sus blancas pestañas.

—Pero, en el nombre de Dios, ¿por qué quieres saberlo, Aurora? —repitió John Mellish—. No vas a ir a Australia y no conoces a nadie que vaya a hacer ese viaje.

—Tal vez la señora se toma interés por el movimiento de emigración —dijo la señora Powell—. Es un trabajo sumadamente delicioso.

Aurora no contestó ni directa ni indirectamente a esta insinuación.

Habían quitado el mantel, y la señora Mellish se sentó con un manojito de pálidas cerezas en la mano mirando su reflejo en la brillante mesa de caoba.

—Aurora —exclamó John Mellish después de contemplar a su esposa durante algunos minutos—; estás tan seria como un juez. ¿En qué piensas?

Aurora le contempló con una sonrisa encantadora y se levantó para salir del comedor.

—Te lo diré un día de estos, John —dijo ella—. ¿Vienes con nosotras o sales al jardín a fumar?

—Si quieres venir conmigo, querida —dijo John devolviéndole la sonrisa acompañada de una franca mirada de afecto que resplandecía en sus ojos cuando contemplaba a su esposa—, saldré y me fumaré un cigarro, Aurora.

—Creo, viejo tonto —dijo la señora Mellish, riéndose— que con tal de que te acompañe, consentirías en que yo también fumase uno de tus cigarros de primera calidad.

—No, amorcito, no quisiera verte hacer una cosa que no fuera decorosa —dijo el señor Mellish con seriedad—, que fuera incompatible con las maneras de la más noble dama y los deberes de la esposa más respetable de Inglaterra. Si me gusta verte galopar por la campiña con una pluma roja en el sombrero, es porque pienso que el antiguo deporte de los nobles ingleses debe ser compartido por sus esposas, en lugar de otras personas que no quiero nombrar,^[77] y porque creo que la visión de tu sombrero español con su pluma escarlata mantendrá a la señorita Wilhelmina de Lancy —nacida Scroggins y bautizada como Sarah— apartada del campo en la competición. Pienso que nuestras esposas y madres inglesas podrían combatir y ganar la victoria para ellas y para sus hijas si desplegasen más valor en defender su posición; si no fueran tan afectuosamente indulgentes con las faltas de los jóvenes caballeros más cotizados, y si, en su estimación de las aptitudes de un hombre casadero, no se dejasen guiar tan sólo por la suma de sus rentas en casa de su banquero. Es un mundo errado, Aurora, pero John Mellish, de Mellish Park, no tiene la pretensión de corregirlo.

El señor Mellish estaba de pie en el umbral de una puerta de cristales que daba a un tramo de escalinata que conducía al prado, mientras pronunciaba esta homilía con una seriedad que contrastaba con el talante usual de su disertación.

Tenía un cigarro en la mano, e iba a encenderlo, cuando le detuvo Aurora

diciéndole:

—Querido John —le dijo—, eres tan descuidado en tus negocios que has olvidado que el pobre Langley debe estar ansioso por verte, y darte sus cuentas antes de que el nuevo adiestrador tome posesión de su cargo. Vino media hora antes de la cena e imploró verte esta noche.

El señor Mellish se encogió de hombros y dijo:

—Langley es el tipo más honesto que existe y no necesito ver sus cuentas. Sé lo que me cuesta la caballeriza por término medio todos los años, y esto me basta.

—Pero es por su satisfacción personal, amor.

—Bien, las veré mañana, entonces.

—No, querido, *porque mañana te necesito para que me acompañes.*

—Mañana por la tarde.

—¿No recuerdas que debes encontrarte con los capitanes en la ciudadela? —dijo Aurora riendo—; lo cual quiere decir que comes en Holmbush con el coronel Pevensey. Vamos, querido, insisto en que al menos una vez en tu vida te ocupes formalmente de los negocios. Vamos a tu santuario y mandaremos llamar a Langley para estudiar las cuentas.

La preciosa tirana le cogió del brazo y le condujo al otro extremo de la casa, al mismo aposento en el que se había desmayado tras la lectura de la carta del señor Pastem.

Al cerrar las ventanas dirigió una atenta mirada al cielo insulso de la tarde.

La tempestad no se había declarado aún, pero las siniestras nubes pasaban cerca del suelo y la atmósfera estaba pesada y sofocante.

La señora Mellish desplegabá maravillosamente su aptitud para los negocios y parecía estar muy interesada en las cuentas de los proveedores de maíz, veterinarios, guarnicioneros y fabricantes de arneses, con las que el viejo adiestrador aturdiría respetuosamente a John. Pero unos diez minutos después de haber comenzado esta penosa tarea, Aurora tiró el lápiz con el que acababa de hacer un cálculo —por un proceder completamente original, con el que se hubiera causado una revolución en la aritmética y se hubiera reducido a la nada esa regla vulgar que prueba que dos y dos son cuatro—, y salió despacio y haciendo una vaga promesa de regresar con presteza, dejando al señor Mellish con sus cuentas y su desesperación.

La señora Walter Powell estaba sentada en el salón y leía cuando Aurora entró en el aposento cubriendo su cabeza y sus hombros con un gran chal de encaje negro. La señora Mellish había creído encontrar el cuarto vacío, pues hizo un movimiento de sorpresa y se ocultó de la vista de la viuda de pálido semblante que estaba sentada junto a una ventana aprovechando los últimos y débiles rayos del crepúsculo veraniego. Se detuvo por un instante a algunos pasos de la puerta, y después cruzó resueltamente el salón hacia la ventana más lejana del lugar en que la señora Powell estaba sentada.

—¿Sale al jardín en una noche como esta, señora Mellish? —preguntó la viuda.

Aurora se detuvo a mitad de camino entre la ventana y la puerta, y respondió fríamente:

—Sí.

—Permita que le aconseje que no se aleje mucho; vamos a tener tormenta.

—No lo creo.

—¿No oye, mi querida señora Mellish, esa nube que truena a lo lejos?

—Me arriesgaré a mojarme, entonces; toda la tarde ha estado amenazando tormenta. En casa es insoportable el calor esta noche.

—Pero supongo que no se alejará demasiado.

La señora Mellish no pareció escuchar esta última admonición. Se apresuró a salir, y una vez fuera —en el prado—, se dirigió al norte del parque, hacia la pequeña verja de hierro a través de la cual había hablado con el *idiota*.

Una bóveda de cielo plomizo se contraía sobre los árboles del parque, cubriendo la tierra, por decirlo así, como un tejado de hierro candente, a la manera de esas salas de tortura tan ingeniosamente construidas; pero aún no llovía.

—¿Con qué objeto saldrá al jardín en una noche como esta? —pensó la señora Powell mientras observaba el vestido blanco desaparecer en el oscuro crepúsculo—. Dentro de diez minutos será noche cerrada y no acostumbra a salir sola a estas horas.

La viuda dejó el libro en el que parecía tan profundamente interesada; entró en su cuarto y eligió una confortable capa gris, de entre sus numerosas y remilgadas prendas dobladas en su espacioso guardarropa. Se envolvió en ella, bajó rápidamente y, con pasos suaves pero rápidos, salió al jardín por un pequeño vestíbulo que se hallaba cerca del cuarto que ocupaba John Mellish. Las cortinas del pequeño santuario no estaban corridas, y la señora Powell pudo ver al amo de la casa sentado inclinado sobre sus papeles bajo la luz de la lámpara, con el anciano Langley sentado a su lado.

La noche había cerrado ya, pero el vestido blanco de Aurora era débilmente distinguible al otro lado del prado. La señora Mellish estaba de pie junto a la pequeña portilla de hierro cuando la viuda salió de la casa. El vestido blanco permaneció inmóvil durante unos momentos, y la pálida observadora, acechando bajo la sombra de una larga galería, comenzó a creer que se había tomado un trabajo inútil y que, tal vez, después de todo, el paseo nocturno de Aurora no tenía un propósito especial.

La señora Walter Powell estaba cruelmente decepcionada. Siempre alerta para averiguar algún indicio que pudiera revelarles el secreto cuya existencia había descubierto, había tenido la esperanza de que aquella salida tan impropia pudiera ser uno de los eslabones de la misteriosa cadena que estaba tan ansiosa por descubrir. Pero parecía que se había equivocado; aquel paseo nocturno quizá no era más que uno de los caprichos de Aurora; una tontería femenina que no significaba nada. Pero ¡no!, la figura blanca ya no estaba inmóvil, y la señora Powell oyó —en la quietud antinatural de la noche— el sonido lejano del chirrido de un gozne dando vueltas lentamente, como guiado por una mano discreta.

La señora Mellish había abierto la verja de hierro y pasaba a la otra orilla de la barrera invisible que separaba el jardín del parque. Un momento después, había desaparecido bajo la sombra de los árboles que formaban un cinturón en torno al prado. La señora Powell se detuvo casi aterrada por su inesperado descubrimiento.

En nombre de todo lo oscuro y misterioso, ¿qué tenía que hacer la señora Mellish entre las nueve y las diez de la noche en aquella parte norte del parque; parte norte, salvaje y abandonada que, de un año a otro, nadie —salvo los guardas— visitaba?

La sangre subió hirviendo rápidamente al semblante pálido de la señora Powell cuando recordó repentinamente que el pabellón abandonado, ruinoso, de ese lado norte, era el alojamiento cedido al nuevo entrenador como residencia. Este recuerdo, en sí mismo, no revelaba nada, pero si le añadimos la misteriosa carta firmada por «A», era más de lo que necesitaba para hacerle sentir una alegría frenética, terrorífica, por las heladas venas de la viuda. ¿Qué debía hacer? ¿Seguir a la señora Mellish y descubrir a dónde se dirigía? ¿Hasta qué punto era seguro el buen éxito de este intento?

Regresó, y miró de nuevo a través de la ventana del gabinete del señor Mellish — que continuaba examinando papeles—, tranquilo dentro de la aparente confusión de su mente. Parecía poco probable que sus asuntos acabaran pronto.

La noche sin estrellas y su traje oscuro ponían a la viuda al abrigo de toda observación.

«Si fuera un poco detrás de ella, no me vería», pensó.

Cruzó el prado atravesando la verja y pasó al parque, donde la hierba y la enmarañada maleza intentaban asirse a su vestido en cuanto se detenía a mirar en torno suyo.

No había rastro de la figura blanca de Aurora entre los frondosos árboles que se agrupaban en selvático desorden ante ella.

«No trataré de buscar el camino que ha tomado —pensó la señora Powell—, porque sé dónde encontrarla.»

Y se internó por la angosta senda que conducía al pabellón. No le era lo suficientemente familiar el parque como para tomar el atajo que el *idiota* había seguido a través de la maleza esa misma tarde, y se demoró largo rato en llegar desde la verja hasta el pabellón.

Las ventanas de la fachada del rústico pabellón daban a un camino que llevaba a las caballerizas, y la parte posterior comunicaba con la senda que había seguido la señora Powell, de modo que las dos pequeñas ventanas de aquel lado de la pared estaban envueltas en oscuridad.

La viuda del alférez avanzó con sigilo hacia la parte frontal del edificio, mirando con cautela en torno suyo y prestando atención. No se oía más que el murmullo ocasional de las hojas, trémulas en la atmósfera tranquila, como si se estremeciesen previendo aproximarse la tempestad. Se acercó con paso lento y cuidadoso a una de las rústicas ventanas pequeñas y lanzó una mirada directa al interior.

No estaba equivocada al decir que sabía dónde encontrar a Aurora. La señora Mellish estaba de pie dando la espalda a la ventana. Frente a ella, sentado, James Conyers, el entrenador, en actitud indolente y con su pipa en la boca. Les separaba una pequeña mesa, y la única candela que iluminaba el cuarto estaba junto al codo del señor Conyers, y sin duda le había servido para encender la pipa. Aurora hablaba. El oído más fino hubiera podido oír su voz, pero no distinguir sus palabras. Se veía que Conyers escuchaba con atención. Escuchaba con atención, pero con el ceño fruncido, y era evidente que no le gustaba el giro que tomaba la conversación.

Cuando Aurora cesó de hablar, levantó los ojos, se encogió de hombros y se quitó la pipa de la boca. La señora Powell, con la cara pegada contra el cristal, le observaba fijamente.

Indicó con gesto indiferente una silla vacía cerca de Aurora, pero ella negó con la cabeza desdeñosamente y se volvió repentinamente hacia la ventana. Tan repentinamente que apenas tuvo tiempo la señora Powell para echarse atrás impulsivamente hacia la oscuridad, antes de que Aurora hubiera levantado la falleba de hierro y abierto de par en par la angosta ventana.

—No puedo soportar este calor sofocante —exclamó ella con impaciencia—; he dicho cuanto tenía que decir y sólo espero una respuesta.

—No me das mucho tiempo para reflexionar —dijo Conyers con un insolente aplomo que contrastaba de una manera extraña con la inquieta vehemencia de Aurora—. ¿Qué clase de respuesta quieres?

—Sí o no.

—¿Nada más?

—No, nada más. Ya conoces mis condiciones; están todas escritas aquí —añadió, apoyando la mano en un papel abierto sobre la mesa—. Están escritas con tanta claridad que podría entenderlas un niño. ¿Las aceptas? ¿Sí o no?

—Eso depende de las circunstancias —respondió Conyers llenando la pipa y mirando con admiración la uña de su dedo meñique al mismo tiempo que apretaba el tabaco.

—¿De qué circunstancias?

—De los incentivos que me ofrezcas, mi estimada señora Mellish.

—¿Quieres decir del precio?

—Es una expresión muy fea —respondió riendo—; pero supongo que nos entendemos. Es preciso que el incentivo que me obliga a hacer todo esto —e indicaba el papel escrito— sea elevado, y al contado. ¿Cuánto será?

—Fija tú el precio. Recuerda lo que te he dicho: si lo rechazas esta noche, telegrafía a mi padre por la mañana para decirle que anule su testamento.

—Supongamos que el viejo caballero se muera esta noche dejando el testamento tal como está redactado en este momento. He oído decir que está viejo y débil, y debo calcular las probabilidades de que ocurra tal acontecimiento. He arriesgado mil veces mi dinero con peores probabilidades que las de esta noche.

Aurora se volvió hacia él con una expresión tan sombría, mientras le escuchaba, que aquellas palabras insolentemente despiadadas expiraron en sus labios y se quedó mirándola seriamente.

—¡Ajá! —dijo él—. Veo que no te ha abandonado la diabólica energía que te ha caracterizado siempre; y dudo que esta sea una buena oferta, después de todo. Dame dos mil libras y accederé.

—¡Dos mil libras!

—He debido decir veinte, pero siempre he sido ligero.

La señora Powell, sentada en cuclillas bajo la ventana abierta, no había perdido una sola palabra de este breve diálogo; pero en aquel momento, casi olvidando toda precaución y con el afán de oírlo todo, alzaba la cabeza hasta casi al nivel del alféizar. Al mismo tiempo retrocedió bruscamente temblando de terror; pues, mientras alzaba la cabeza, sintió un soplo de aliento caliente en la mejilla, y las prensas de vestir de un hombre rozando contra las suyas.

Ella no era la única que escuchaba.

El segundo espía era Steeve Hargraves, el *idiota*.

—¡Silencio! —dijo cogiendo a la señora Powell por la muñeca, y obligándola a permanecer agachada con la fuerza de su callosa mano; sólo soy yo, Steeve, el *idiota*, ya sabe, el ayudante de caballeriza al que *ella* —acentuó el «ella» con tanta impetuosidad que pareció turbar la calma de la noche— le dio tan *afectuosos latigazos*. La conozco, y sé que está aquí para escuchar. Mi amo me envió a Doncaster para comprar esto —y enseñaba una botella que llevaba bajo el brazo—. Creía que necesitaría cuatro o cinco horas para ir y volver, pero he ido corriendo, porque sospeché que tramaba algo.

Y se enjugó la cara empapada en sudor con las mangas de la chaqueta.

Su respiración era jadeante, y la señora Powell podía oír las violentas palpitations de su corazón en medio del profundo silencio.

—No la descubriré —dijo—, ni usted me descubrirá a mí. Aún tengo la espalda señalada con los latigazos que me pegó aquel día, y al mirarlos me hace recordar el ultraje. Es una señora hermosa, una gran señora, ¿no es cierto? Sí, no hay duda, pero viene a encontrarse con el criado de su marido en secreto, en la noche. Tal vez no está lejano el día en que *será arrojada* por la verja, fuera de la casa... ¡Dios quiera que viva hasta entonces! ¡Cállate...!

Con la muñeca aún sujeta, le indicó que guardase silencio y se inclinó con el rostro hacia adelante, rígido, y con una mirada ávida y deseosa de escuchar alguna cosa.

—¡Escuche —susurró—, escuche! Cada palabra la condena más que la anterior.

Conyers fue el primero en hablar tras una pausa en la conversación. Había acabado de fumar tranquilamente su pipa, y vaciado la ceniza sobre la mesa, antes de reanudar el hilo de la conversación en el punto en que la había dejado.

—Dos mil libras —dijo—, esa es mi oferta, y creo que me las puedes dar sin

vacilar. Dos mil libras en billetes del Banco de Inglaterra, billetes de cinco y de diez para cambiarlos fácilmente, o si lo prefieres en oro. Ya me entiendes. Dos mil libras, esa es mi condición, o salgo mañana de esta casa con todo lo que me pertenece.

—De esa manera no conseguirás nada —dijo la señora Mellish con calma.

—¿Nada? No conseguiría nada, pero me vengaría de un tigre cuyas garras me dejaron una señal que llevaré hasta la tumba.

Y levantando el cabello, apuntó con el dedo una cicatriz en la frente, una marca blanca, apenas visible a la tenue luz de la lámpara de aceite.

—Tengo buen carácter y soy dócil —señora Mellish—, pero no olvido. ¿Dos mil libras o guerra a muerte?

La señora Powell esperó ansiosamente la respuesta de Aurora, pero antes de que llegase esta respuesta golpeó sobre su pelo una pesada gota de agua. La capucha de la capa se le había caído dejando su cabeza descubierta. Esa pesada gota era el anuncio de tormenta, pues algunos momentos después el sonido de un trueno lento y ahogado retumbó en la distancia, y un pálido relámpago parpadeó en los pálidos semblantes de los dos espías.

—Déjeme ir —susurró la señora Powell—, déjeme ir; debo regresar a la casa antes de que comience a llover.

Steeve Hargraves soltó lentamente la mano que había sujetado inconscientemente hasta entonces, pues su atención estaba completamente abstraída por las dos personas que conversaban en el pabellón.

La señora Powell se levantó de su posición en cuclillas y se alejó arrastrándose sin hacer ruido, fuera del pabellón.

Reflexionaba sobre la necesidad de retirarse antes que Aurora y evitar el aguacero; de otro modo, si no evitaba la tormenta que iba a estallar muy pronto, sus mojadas ropas la delatarían. Como era de constitución menuda y arrugada, sin carne ni gorduras superfluas, regresó corriendo a la casa por la misma senda estrecha — atravesando la verja de hierro— que había seguido en persecución de Aurora.

Las pesadas gotas de lluvia caían a largos intervalos sobre las hojas; un segundo y un tercer trueno hicieron estremecer la tierra como el rugido terrible de un animal hambriento que se acerca lentamente a rastras hasta su presa. Los azulados destellos de los relámpagos iluminaban la enmarañada maleza, pero la tempestad no había estallado aún con toda su furia.

Las gotas de lluvia caían a intervalos más cortos cuando la señora Powell salió del bosque, cruzando la pequeña verja de hierro; y más frecuentes incluso cuando corrió por el prado y alcanzó la puerta del vestíbulo que había dejado entreabierta una hora antes, y se sentó jadeante en un pequeño banco situado en el interior, para recuperar aliento antes de seguir adelante. Estaba sentada aún en el banco cuando un cuarto trueno sacudió la bóveda celeste, y la lluvia cayó del cielo plomizo con tanto ímpetu que parecía como si una enorme escotilla se hubiera abierto en el cielo y un océano celestial derramara sus aguas para inundar la tierra.

—Creo que la lluvia habrá atrapado de lleno a la señora —masculló la viuda.

Arrojó la capa en el banco del vestíbulo y entró en un corredor cuando un criado cerraba sus puertas.

—¿Has cerrado las ventanas del salón? —le preguntó.

—No, señora; temo que la señora se habrá expuesto a la lluvia. Jarvis va a salir a buscarla con una linterna y un paraguas.

—Que no salga Jarvis porque hace más de media hora que volvió la señora. Puedes cerrar todas las ventanas y echar los cerrojos por esta noche.

—Sí, señora.

—A propósito, dígame qué hora es, Wilson. Creo que mi reloj atrasa.

—Las diez y cuarto por el reloj del comedor, señora.

Wilson cerró la puerta del vestíbulo y la aseguró con una inmensa barra de hierro; era un mecanismo bastante complicado a cuyo extremo estaba atada una campanilla para intimidar a los rufianes y ladrones.

Del vestíbulo pasó el criado al salón, donde cerró cuidadosamente la larga hilera de ventanas, del salón al vestíbulo; y del vestíbulo al comedor, donde cerró también la puerta de cristal que daba al jardín.

Terminada esta operación, todas las posibles vías de comunicación entre el jardín y la casa estaban completamente cerradas.

«Pase lo que pase, el amo sabrá que ha salido», pensó la señora Powell espiando los pasos del criado para comprobar que cumplía con sus órdenes. Los criados de Mellish Park no eran muy amigos del ama de llaves, y Wilson, al entrar en el vestíbulo, informó a sus compañeros de las exigencias y el tono imperioso de la vieja que espiaba sus movimientos como el gato espía al ratón. Wilson era nativo del East End de Londres y hacía poco tiempo que estaba en la casa.

Cuando la viuda se cercioró de que estaba cerrado hasta el último cerrojo de las puertas y ventanas, entró en el salón y se sentó junto a la mesa iluminada por la lámpara, para ocuparse en algún viejo y delicado bordado al que debía sucederle lo contrario que al tejido de Penélope, pues tal parecía que lo adelantaba durante la noche para retrasarlo durante el día. Se había alisado el cabello y reacomodado el vestido precipitadamente, de modo que presentaba un aspecto tan aseado como cuando bajaba a desayunar cada mañana, con su vestido exquisitamente pulcro. Hacía unos diez minutos que bordaba cuando John Mellish entró aburrido pero triunfante en su batalla contra las simples reglas de multiplicar y restar. Indudablemente había sufrido gravemente en la contienda, pues sus espesos cabellos estaban revueltos y formaban marañas que se alzaban en su cabeza; llevaba la corbata suelta y el cuello de la camisa desabotonado para alivio de su robusto cuello. Estas y otras muchas marcas de la reciente contienda eran aún evidentes cuando entró en el salón.

—He acabado por retirarme, señora Powell —exclamó dejándose caer en un sofá y poniendo en grave peligro los muelles del asiento—; me he retirado antes de que cayera la bandera, porque Langley hubiera querido retenerme hasta media noche. Me

ha perseguido hasta la puerta con catorce medidas de heno que están en la cuenta del mayorista que nos provee y que faltan en el cuaderno de apuntes de la casa. ¿Por qué diablos no las apunta enseguida en su cuaderno, me pregunto, en vez de atormentarme con ello? ¿De qué sirve llevar un cuaderno si las cuentas no están acordes con las del proveedor? ¡Pero ya se acabó! —añadió con un suspiro de alivio—; y lo único que puedo decir es que espero que el nuevo entrenador no sea tan escrupuloso.

—¿Tiene muchas referencias del nuevo jefe de caballerizas, señor Mellish? —preguntó la señora Powell con un tono indolente, como si su intención fuera más bien la de entretener a su amo conversando que la de satisfacer una curiosidad mundana.

—Muy pocas, respondió John con indiferencia; ni siquiera le he visto aún, pero me lo recomendó John Pastem y estoy seguro de que todo irá bien. Además, Aurora le conoce, porque estuvo hace algún tiempo al servicio de su padre.

—¡Ah, ciertamente! —dijo la señora Powell acentuando con intención estas insignificantes palabras—. ¡Si la señora le conoce, sin duda es un hombre digno de confianza! Es un joven muy apuesto.

—¿Muy apuesto? —dijo Mellish con una risa indiferente.

—De una hermosura extraordinaria.

—En tal caso, imagino que todas las criadas acabarán enamorándose de él y descuidarán sus quehaceres para pasar el tiempo mirando por las ventanas que dan al patio de las caballerizas. ¿No es esto lo que sucede cuando se tiene en casa un mozo bien parecido? Susan y Sarah, y todas las demás, se presentarán a limpiar las ventanas con nuevas cintas en las cofias.

—No lo dudo, señor Mellish —respondió la viuda sonriendo tontamente y sin levantar la vista, como si la cuestión sobre la que intercambiaban opiniones le fuese tan ajena como para tomarla en serio—; pero mi experiencia me ha hecho conocer a numerosas familias —añadió con total sinceridad, ya que era bien cierto que había tenido tantas colocaciones que sus enemigos habían llegado a declarar que era incapaz de quedarse con una familia por más de un año, pues sus patronos siempre descubrían su verdadero carácter antes de terminado ese plazo— he ocupado cargos de fidelidad y confianza —continuó—, y me duele decir que he visto muchas miserias domésticas ocasionadas por el empleo de criados demasiado bellos y cuya apariencia y modales eran superiores a su posición. El señor James Conyers es una de esas típicas personas que no me gustaría ver en una casa donde tuviese a mi cargo la educación de señoritas.

Mientras la señora Powell hacía estas reflexiones, John Mellish sentía un malestar extraño y repentino; era un sentimiento tan ambiguo que apenas supo si era físico o moral, y tampoco pudo explicarse por qué le eran desagradables las palabras de la viuda. En cualquier caso, este sentimiento fue tan pasajero como vago, y los sinceros ojos azules de John Mellish miraron dudosos en torno al cuarto.

—¿Dónde está mi querida Aurora? —preguntó—. ¿Se ha acostado ya?

—Creo que la señora Mellish se ha retirado a descansar —contestó la señora Powell.

—Pues iré yo también; la casa está tan triste como una mazmorra cuando ella no está —dijo el señor Mellish con amable candor—. ¿Tendrá la bondad de prepararme un vaso de *brandy* con agua antes de irse, señora Powell? Esas malditas cuentas me han dado escalofríos.

Se levantó para tocar la campana, pero antes de que hubiera dado tres pasos desde el sillón, se oyó un golpe impaciente en las contraventanas exteriores de una de las ventanas cerradas.

—Pero, por misericordia, ¿quién anda por ahí? —exclamó volviendo la cabeza, aunque sin apresurarse a responder a la llamada.

La señora Powell levantó la cabeza para escuchar, y su rostro expresó la más ingenua sorpresa.

El golpe se repitió con más fuerza e impaciencia que antes.

—Será algún criado —murmuró John—; pero ¿por qué viene a llamar por este lado de la casa? No obstante, no puedo dejar al pobre diablo a la intemperie en una noche como esta —añadió con naturalidad abriendo uno de los ventanales del balcón mientras hablaba. Los ventanales se abrían hacia adentro y las contraventanas hacia el exterior. Las empujó hacia afuera en la oscuridad; la lluvia caía torrencialmente.

Aurora, temblando de frío y con sus ropas empapadas, estaba de pie a algunos pasos de él, con la lluvia cayendo a plomo sobre su cabeza.

Aún en la oscuridad, su marido la reconoció.

—Vida mía, ¿eres tú? ¡Tú, fuera de casa con este tiempo y en una noche como esta! Entra, por misericordia, entra. ¡Debes de estar calada hasta los huesos!

Aurora entró en el cuarto. La humedad de su vestido de muselina chorreaba sobre la alfombra, y los pliegues de su chal de encaje se adherían estrechamente en torno a su figura.

—¿Por qué ha permitido que cerrasen estas ventanas? —preguntó dirigiéndose a la señora Powell, que se había levantado y parecía el vivo retrato de la simpatía y el desasosiego—. Usted sabía que estaba en el jardín.

—Sí, pero pensé que ya había vuelto, mi querida señora Mellish —dijo la viuda intentado ocuparse con solicitud del chal mojado de Aurora, que la señora Mellish le arrancó con fuerza de las manos—. Es cierto que la vi salir y seguir paseando por el prado en dirección al pabellón del norte, pero pensé que ya habría regresado desde entonces.

El color se desvaneció poco a poco del rostro de John Mellish.

—¿El pabellón del norte! ¿Vienes del pabellón del norte?

—He ido *en dirección al pabellón del norte* —respondió Aurora enfatizando con ironía estas palabras—. Su información es exacta, señora Powell, pero ignoraba que me hubiera hecho el honor de espiar mis acciones.

El señor Mellish parecía no haber oído estas últimas palabras; miraba

alternativamente a su esposa y a la viuda, con una expresión tan dudosa —expresión recién avivada, de oscura confusión y perplejidad— que daba pena verle.

—¡El pabellón del norte! —repetía—. ¿Qué hacías en el pabellón del norte, Aurora?

—¿Deseas que me quede con la ropa empapada mientras te lo explico? —preguntó la señora Mellish, cuyos negros ojos brillaban de orgullosa indignación—. Si quieres una explicación para satisfacción de la señora Powell, te la puedo dar aquí; pero si es únicamente para ti, te contestaré mejor arriba.

Y se dirigió hacia la puerta arrastrando el chal mojado tras ella, con sus prendas chorreantes —aunque no por ello menos majestuosa que una reina, cual Semíramis o Cleopatra volviendo a su palacio tras un día lluvioso.

En el umbral de la puerta se detuvo y volvió la mirada a su esposo, diciendo:

—Desearía que me llevara a Londres mañana, señor Mellish —dijo.

Y luego, con un altivo movimiento de su bella cabeza, y una brillante mirada imperiosa —que pareciera decir: esclavo, obedece y tiembla—, salió del salón ante el atónito señor Mellish, que la siguió temblando, dócil, asombrado y temeroso, avanzando a rastras con la cabeza asediada por dudas e inquietudes terribles que, cual criaturas venenosas, le corroían lentamente el corazón.

XIX

Asuntos monetarios

Archibald Floyd se encontraba muy solo en Felden Woods sin su hija. Hallaba muy poco placer en el vasto salón, la sala de billar y la biblioteca, o en las agradables galerías con todo tipo de confortables rincones, arquerías de ventanas colindantes, bancos de roble con almohadones de damasco, jarrones de porcelana china tan altos como las mesas, y todo ello, amenizado alternativamente con los rostros de hombres serios y mujeres melindrosas de los antepasados cuyos retratos había comprado el banquero en Wardour Street.

Las personas no son más felices por vivir en mansiones hermosas, aunque es creencia general el hecho de considerar agradable vivir en una casa lo suficientemente espaciosa para servir de hospital, y tomar una comida en el extremo de una mesa lo bastante larga como para dar cabida a un consejo de administración del ferrocarril. Archibald Floyd no podía ocupar a un tiempo las dos chimeneas de su espacioso salón, y se sentía extrañamente solitario contemplando desde su butacón — sobre la alfombra de una de las chimeneas— una perspectiva de toda una multitud de almohadones de terciopelo, raso adamascado, muebles de nogal, carey, malaquita, porcelana china, mármol, cristal y bronce. Y se estremeció en su lúgubre opulencia. Los cuarenta y cinco pies de largo por treinta de ancho de tejido de terciopelo no eran más que un pequeño grano de arena en el gran desierto del Sahara de los placeres con los que hubiera podido deleitarse. La sala del billar era, tal vez, aún más triste, pues los tacos y las bolas eran ahora objetos preciosos por el simple hecho de haberlos tocado Aurora, y se veía un largo zurcido en el paño verde, que indicaba el lugar en el que la señorita Floyd había hecho un gran desgarrón en sus primeros ensayos infantiles en el juego del billar.

El banquero cerró estas dos espléndidas salas y entregó las llaves a la encargada del gobierno de la casa.

—Mantenga los salones en orden, señora Richardson —le dijo—, y no se olvide de ventilarlos, pero sólo los ocuparé cuando el señor y la señora Mellish vengan a visitarme.

Y después de cerrar las puertas de estas «embruadoras» salas, el señor Floyd se retiró a su pequeño y confortable gabinete, donde conservaba las pocas reliquias de su triste pasado.

Habrá quien piense que el banquero escocés era un viejo estúpido que hubiera podido invitar a las familias del condado a su espléndido palacio; que hubiera podido

convocar a su vez a sus sobrinos y sus esposas, con sus hijos e hijas, para que alegraran los salones con sus tiernas voces infantiles, y las largas galerías con las ruidosas carreras de sus pequeños e inquietos pies. Habría podido tentar en torno a su solitaria chimenea a las celebridades artísticas y literarias y ver desfilar sobre sus mullidas alfombras de terciopelo a los hombres de moda de la temporada londinense; e incluso hubiera podido dedicarse a la política y hacerse nombrar diputado por Beckenham, Croydon o West Wickham, o llevar a cabo casi cualquier empresa por difícil que fuera porque era tan rico como Aladino, y podía ofrecer montones de diamantes al padre de cualquier princesa con la que se le hubiera antojado casarse. En una palabra, este banquero viejo y ridículo hubiera podido hacer cualquier cosa; pero no hizo más que sentarse a meditar al lado de la chimenea, porque estaba muy viejo y débil, y tenía costumbre de permanecer junto al fuego —aun en los hermosos días de verano— pensando en su adorada hija.

Daba gracias a Dios por su existencia feliz, por su devoto marido, por su posición ventajosa y honorable; y hubiera dado hasta la última gota de su sangre por proporcionarle todo género de dichas; pero era, después de todo, mortal, y creyendo próximo su fin, hubiera preferido tenerla a su lado.

¿Por qué razón no se rodeaba de la compañía de sus conocidos como le urgía la enérgica señora Alexander cuando le encontraba pálido y abatido?

¿Por qué? Porque esa compañía no era Aurora. Porque las más brillantes *agudezas* de las mayores celebridades literarias del mundo entero le parecían aburridas comparadas con las conversaciones de su hija. ¡Personalidades literarias! ¡Notabilísimos políticos! ¡Afuera con ellos!

Cuando *Sir* Edward Bulwer-Lytton y el señor Charles Dickens hicieran llamar al señor Makepeace Thackeray y al señor Wilkie Collins para ayudarles a escribir una obra, en quince volúmenes, poco más o menos, acerca de Aurora, el banquero estaría dispuesto a ofrecerles una suma sustanciosa por los derechos de autor. Hasta entonces, le importaba muy poco el mejor libro de la colección del señor Mudie.^[78] Cuando los miembros de la legislatura dedicasen sus profundos conocimientos políticos para relacionarse con Aurora, el señor Archibald Floyd estaría encantado de escucharles. En el ínterin, habría bostezado en la cara de lord Palmerston o le habría dado la espalda al conde Russell.^[79]

El banquero había sido un amable tío, un buen amo, un amigo afectuoso y un benefactor generoso; pero nunca había amado a nadie con la excepción de su esposa Eliza y la hija que ésta le había dejado a su cuidado. La vida no es lo suficientemente larga para sustentar muchos afectos como estos, y las personas que aman muy intensamente son muy propensas a concentrar toda la fuerza de su afecto en un único *objeto*. Durante veinte años aquella niña de ojos negros había sido el ídolo ante el cual el viejo se había postrado, y ahora que la divinidad se había marchado, el anciano caía arrodillado y afligido ante el vacío santuario. Sólo el cielo sabe cuán mortalmente le había herido esta amada criatura, cuán profundamente había hundido

la temeraria daga en su amoroso corazón y cuán sincera, gustosa, emocionada y esperanzadamente la había perdonado. Pero ella no ha expiado aún su pasado.

Triste es el consuelo que lady Macbeth concede a su esposo lleno de remordimientos, cuando le dice que «lo que está hecho no puede deshacerse», pero no por ello es menos doloroso y terriblemente cierto. Aurora no podía devolver los años de vida robados a su padre, cuya angustia y desesperación habían multiplicado por diez; ni estaba en su mano restaurar el equilibrio de un alma que en otro tiempo había experimentado una sacudida tan terrible que había segado su serenidad para siempre, como se despedazan los mecanismos de un reloj cuando lo dejamos caer violentamente al suelo. El relojero enmienda el daño, y pone una rueda nueva aquí y un resorte allá, y puede funcionar de nuevo; pero nunca tan perfectamente como cuando el reloj salió de las manos del artesano; siendo ahora, además, muy propenso a detenerse repentinamente sin sombra de advertencia. Aurora no podía enmendarse. Cualquiera que fuese la naturaleza de esa falta propia de su juventud —que constituía el misterio de su vida—, no podía remediarla. Más fácil le hubiera sido dejar seco el océano con una cuchara, y me atrevo a decir que habría acudido gustosa a vaciar el agua salada si al hacerlo hubiese podido borrar esta falta pasada. Pero era imposible. ¡Era imposible! Sus lágrimas, su arrepentimiento, su afecto, su respeto, su devoción podían hacer mucho, sin duda, pero no podían borrar su falta.

El anciano banquero invitó a Talbot Bulstrode y a su joven esposa a considerarse como en su propia casa en Felden, y a recorrer en carruaje el bosque con toda libertad, como si fueran sus propios hijos. Le visitaban algunas veces, y Talbot hablaba al tío de su esposa de los infortunios de los mineros de Cornualles en tanto que Lucy escuchaba la conversación de su marido con desmesurada mezcla de veneración y deleite. Archibald Floyd obsequiaba a sus huéspedes y daba órdenes para que se sirviesen los vinos más añejos y costosos de la bodega para deleite del capitán, pero algunas veces, en mitad del discurso más elocuente de Talbot sobre economía política, el anciano suspiraba de cansancio y dirigía sobre las copas de los árboles una mirada lija y anhelosa en dirección norte, hacia la lejana mansión de Yorkshire de la que su hija era soberana. Quizá el señor Floyd no había perdonado realmente a Talbot Bulstrode por la ruptura de sus relaciones con Aurora. De los dos pretendientes, sin duda Archibald Floyd hubiera dado preferencia a John Mellish, pero hubiera considerado más correcto que el capitán Bulstrode se hubiese enterrado en vida al tener noticia del casamiento de Aurora y se hubiese exiliado en el extranjero con su roto corazón, en lugar de hacer alarde de su indiferencia casándose con la pobre y pequeña Lucy.

Archibald contempló dudoso a su rubia sobrina —sentada ante la abovedada ventana, con sus trenzas ambarinas iluminadas por los rayos del sol y con los pliegues crujientes de su vestido de seda de color melocotón—, intentando encontrarle parecido con alguna de las estimadas heroínas pintadas por la hermandad de los prerrafaelitas, y se asombraba de que Talbot hubiera llegado a admirarla. Era

ciertamente bonita, con sus mejillas ruborizadas, y su blanca nariz de aletas rosadas, y tenía esa clase de belleza especial que consistía en una delicada perfección de las facciones; ¡pero, oh, al mismo tiempo, qué timidez, qué tibieza, qué poca animación al lado de aquella diosa egipcia, de aquella reina asiria de ojos relampagueantes y ondulantes rizos de cabello negro púrpura!

Talbot Bulstrode se mostraba muy tranquilo, sereno; en apariencia bastante feliz. Me sirvo de la palabra *bastante* con prudencia. Es una cosa ciertamente peligrosa el ser demasiado feliz; una felicidad a alta presión, un disfrute a sesenta millas por hora puede explotar y acabar en desgracia. Es preferible el tranquilo tren parlamentario, que sale por la mañana temprano y deja a los viajeros sanos y salvos en la estación con las primeras sombras de la noche, antes que el rápido e impetuoso tren expreso que hace el viaje en la cuarta parte del tiempo, pero que ocasionalmente cae por un talud o monta sobre un tren de mercancías en su impetuosa fogosidad. Talbot Bulstrode era sustancialmente más feliz con Lucy de lo que hubiera podido ser jamás con Aurora. El culto reservado que su apacible y joven esposa sentía por él halagaba su amor propio, y su solícita obediencia y su completo y constante asentimiento a todos sus pensamientos y antojos reforzaba su arrogancia. Su carácter no era extravagante, ni impetuoso; y si su esposo la dejaba sola todo el día en la deliciosa casita de Halfmoon Street —que había amueblado antes de su casamiento—, no temía que ensillaría su caballo y se iría a galopar por Rotten Row con un solo palafrenero para atenderla. No era de carácter fuerte, y era feliz sin la compañía de perros terranova o terrier. No prefería los cuadros de Landseer representando perros antes que los demás ejemplos de arte moderno; y hubiera podido recorrer cien veces Regent Street sin estar tentada a callejear por la acera regateando con marchantes de aspecto sospechoso por un adorable perrito. Era una mujer dulce y femenina, y Talbot podía dejarla a su libre albedrío sin temor alguno y sin necesidad de hacerle comprender la obligación de emplear sus delicadas manos en la ardua tarea de sustentar la dignidad de los Raleigh Bulstrode.

Algunas veces ella le abrazaba medio tímida medio afectuosamente, y mirándole con una sonrisa suplicante, y fijando sus ojos en su rostro serio y bello, le preguntaba, vacilante, si era realmente, *realmente* dichoso.

—Sí, querida —respondía el capitán acostumbrado a oír todos los días esta pregunta—; completamente dichoso.

La tibieza de su respuesta contrariaba un poco a la pobre Lucy, que vagamente esperaba una mayor semejanza de su marido con los héroes de novelas de la Alta Iglesia, y un poco menos devoto de Adam Smith, MacCulloch y los mineros de Cornualles.^[80]

—Pero ¿no me amas como amabas a Aurora, Talbot? ¿No me amas como la amabas a ella, Talbot, querido?

La voz suplicante de Lucy urgía con tierna ansiedad ser desmentida.

—No como amaba a Aurora, quizá, cariño.

—¿No tanto?

—Tanto y mucho más, niña mimada; te amo con un amor más duradero y sensato.

Si esta era una pequeña mentira cuando Talbot la dijo por primera vez, ¿debía ser condenado por este leve engaño? ¿Cómo resistirse a dos cariñosos ojos azules prontos a humedecerse de lágrimas, si le hubiera contestado fríamente?; ¿a una tierna voz trémula de emoción, a un rostro vehemente y a aquella mano cariñosa que se apoyaba tan ligeramente en su cuello? Hubiera debido ser más que un simple mortal para no responder con palabras de amor a preguntas tan cariñosas. Llegó un día en que sus respuestas no tuvieron la más leve sombra de engaño. La pequeña Lucy se apoderaba a rastras, solapadamente, de su corazón; y si recordaba aún las ilusiones febriles del pasado, era tan sólo para saborear la tranquila seguridad del presente.

Talbot Bulstrode y su esposa pasaron en Felden Woods algunos días durante el clima caluroso del mes de julio, y se hallaban cenando con el señor Floyd el día siguiente a la noche de la tormenta cuando, de pronto, se vieron interrumpidos por la aparición inesperada del señor y la señora Mellish, que llegaron a la mansión en un carruaje de alquiler mientras el segundo plato era servido a la mesa.

Archibald Floyd reconoció la voz de su hija con el primer murmullo y salió precipitadamente del salón para abrazarla. Aurora no se mostró muy ansiosa por arrojarle a los brazos de su padre, y permaneció mirando a su esposo con expresión ausente y rendida, en tanto que el robusto John Mellish se desembarazaba poco a poco de un montón gigantesco de sacos de viaje, sombrillas, chales, revistas, periódicos, capas, etc.

—¡Mi querida hija! ¡Mi querida hija! —exclamó el banquero—. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Qué placer tan inesperado!

Aurora no le contestó, pero le abrazó por el cuello y le miró con tristeza.

—Ha querido venir —dijo John Mellish dirigiéndose a todos en general—, ha querido venir. ¿Por qué diantres? Lo ignoro, pero dijo que debía venir..., ¿y qué podía hacer yo más que traerla? Si me pidiera que la llevase a la luna, ¿qué podría hacer más que obedecer? Pero no ha querido traer equipaje, porque partimos mañana de nuevo.

—¡Partir mañana! —repitió el señor Floyd—; imposible.

—¡Dios bendito! —exclamó John—. ¿Hay acaso algo imposible para ella? Le repito que si se le antojase ir a la luna, iría; encontraría una máquina especial o algún globo aerostático, u otro sistema especial, e iría. Cuando estábamos en París quería ver las grandes fuentes funcionando, y me pidió que le escribiera al emperador para pedir que las accionasen especialmente para ella. ¡Lo juro!

Lucy Bulstrode se adelantó para saludar a su prima, pero temo que una aguda punzada de celos la atravesó estremeciendo su corazón inocente al pensar que aquellos terribles ojos negros volvían de nuevo a la vida de Talbot.

La señora Mellish abrazó a su prima tan tiernamente como si abrazase a una niña.

—¡Tú aquí, mi querida Lucy! —le dijo—. ¡Cuánto me alegro!

—Me ama —susurró Lucy en voz baja—, y nunca, nunca podré alabar lo bastante lo bueno que es.

—Por supuesto, querida —repuso Aurora retirándose a un lado con su prima mientras el señor Mellish estrechaba la mano al banquero y a Talbot Bulstrode—. Es el más glorioso de los príncipes, el más perfecto de los santos, ¿no es cierto? Y tú le adoras todo el día, y cantas en voz baja himnos en su alabanza, en su más alta honorabilidad, y glosas sus virtudes en un rosario imaginario. ¡Ah! Lucy, hay muchas clases de amor; ¿y quién puede decir cuál es el mejor o el más noble? Veo claramente al torpe John Mellish, a esta distancia, con ojos imparciales; conozco todos sus defectos y me río de todas sus torpezas; sí, ahora mismo me estoy riendo porque deja caer las cosas antes de que los criados puedan recogerlas.

Aurora se interrumpió para señalar la caótica carga de Mellish.

—Lo veo todo con tanta claridad como veo las deficiencias del criado que está de pie junto a mi silla; y sin embargo, le amo con todo mi corazón, con toda mi alma, y no quisiera corregir ninguno de sus defectos, ni exagerar ninguna de sus virtudes, por temor a que se convierta en alguien diferente a quien es.

Lucy Bulstrode exhaló un suspiro de ligera resignación.

«Qué bendición que mi prima sea feliz —pensó—, y sin embargo es digna de compasión con ese absurdo John Mellish.»

Lo que Lucy quiso decir era, tal vez, lo siguiente: «¿Cómo puede Aurora no ser desgraciada teniendo por compañía a un caballero que no tiene la nariz recta ni el pelo oscuro?».

Algunas mujeres no sobreviven a ese enamoramiento infantil por las narices rectas y los cabellos oscuros. Algunas jovencitas habrían rechazado a Napoleón el Grande por su «corta estatura», o le habrían vuelto la espalda al autor de *Childe Harold*^[81] si por casualidad le hubieran visto con el cuello estirado. ¿Si lord Byron no hubiera «aflojado» sus cuellos, habría sido su poesía tan popular como lo fue?^[82]

Si el señor Alfred Tennyson hubiera cortado su cabello, ¿modificaría esa operación nuestra opinión sobre *The Queen of the May*? ¿Dónde comienza y acaba ese maravilloso poder de asociación? Quizá había una razón para la satisfacción de Aurora en relación con la común tosquedad de su marido; tal vez había aprendido desde muy joven que existen cualidades aún más valiosas que unas facciones exquisitamente modeladas y unos mechones perfectos; y tal vez, habiendo comenzado con frivolidades desde muy niña, había llegado a ser juiciosa antes que las demás jóvenes de su edad.

Archibald Floyd condujo a su hija y a John al comedor, los invitados volvieron a sentarse a la mesa con los inesperados huéspedes, y el salmón ya tibio volvió a la mesa para el señor y la señora Mellish.

Aurora se sentó en su antiguo lugar, a la derecha de su padre. En sus días infantiles, la señorita Floyd nunca había ocupado el extremo de la mesa, y prefería sentarse cerca de su padre, que estaba siempre tan contento, y le llenaba el vaso de

vino adelantándose provocativamente a los criados, y prodigándole al anciano todas esas pequeñas atenciones que eran la delicia del banquero.

Aquel día Aurora parecía especialmente cariñosa; con esos afectuosos modales que eran particularmente encantadores para el anciano banquero, que, posando el vaso de agua con mano trémula para contemplar a su adorada hija, quedó deslumbrado con su belleza y le embriagó la felicidad de tenerla a su lado.

—Pero, querida —dijo entonces—, ¿cómo es que hablas de volver mañana a Yorkshire?

—Nada, papá, pero debo ir —respondió Aurora con determinación.

—Pues, ¿cómo es que has venido, querida niña, para pasar aquí sólo una noche?

—Porque quería verte, padre querido, y hablarte sobre... asuntos de dinero.

—Eso es —exclamó John Mellish con la boca llena de salmón y salsa de langosta—; eso es..., ¡asuntos de dinero!; no he podido averiguar otra cosa. Salió ayer muy tarde a pasear por el jardín y volvió a casa completamente empapada para decirme que debía venir a Londres por asuntos de dinero. ¿Qué podría necesitar en asuntos de dinero? Si quiere dinero, tendrá todo el que pida; no tiene que hacer más que escribir la suma y yo firmaré el cheque. O podrá disponer de una docena de cheques en blanco para usarlos como más le complazca. ¿Qué podría negarle en el mundo? Si ha gastado más de lo que debía y pagó más de lo que podía permitirse por la potrilla baya, ¿por qué no se dirige a mí en vez de molestarle con asuntos de dinero? Ya sabes que te lo he dicho repetidas veces en el tren, Aurora, ¿por qué vas a molestar a tu padre por eso?

El pobre padre miraba confundido a su hija y a su marido. ¿Qué podía significar aquello? ¿Problemas, vejaciones, desánimo, humillaciones, deshonra?

¡Ah! Dios tenga piedad de su alma cuya fuerza quedó segada con un *golpe* terrible.

Archibald Floyd veía señales de tormenta hasta por la más leve neblina en el cielo veraniego.

—Quizá prefiero gastar mi dinero, señor John Mellish —respondió Aurora—, y pagar cualquier tonta apuesta con el dinero de mi *propio* bolsillo sin deber obligaciones a nadie.

El señor Mellish continuó comiendo salmón en silencio.

—No hay misterio alguno en esto, papá —continuó Aurora—; necesito un poco de dinero y he venido a consultarte sobre mis asuntos. No hay nada extraordinario en ello, supongo.

Y al hablar así, la señora Mellish echó la cabeza hacia atrás y arrojó sus palabras al grupo como si se tratara de un reto. Sus maneras fueron tan desafiantes que incluso Talbot y Lucy se vieron obligados a contestar con un ligero murmullo de desaprobación.

—No, no; claro que no; es muy natural —murmuró el capitán.

Y al mismo tiempo pensaba: «Doy gracias a Dios por haberme casado con la

otra».

Después de la cena salieron por los abovedados ventanales al jardín, y desde allí se dirigieron al puente de hierro, donde Aurora se hallaba menos de dos años atrás con su perro a su lado cuando recibieron la segunda visita de Talbot Bulstrode a Felden Woods.

Apoyado con indolencia en la barandilla del puente durante aquella tranquila tarde de verano, ¿qué podía hacer el capitán sino pensar en aquel día de septiembre de apenas hacía dos años? ¡Apenas dos años! ¡Ni siquiera dos años!

¡Cuántas cosas había hecho, pensado y sufrido desde entonces! ¡Qué breve espacio de tiempo y, sin embargo, qué eternidad de angustias terribles, qué siglo de corazones rotos se habían acumulado en tan lastimosa suma de días y semanas!

Cuando algún socio fraudulento de alguna casa de negocios apuesta en su Derby favorito el dinero que no le pertenece y vuelve a la casa en la noche como perdedor, qué extrañamente difícil es para este miserable desfalcador comprender que apenas hacía doce horas que galopaba por la carretera de Epsom confiado en su suerte y calculando cómo invertiría sus ganancias. Talbot Bulstrode estaba silencioso y pensaba en la influencia que había ejercido en su destino esta familia de Felden Woods. Su pequeña Lucy advirtió el silencio y la profunda meditación de su esposo y se acercó suavemente para apoyar su brazo en el de él. Tenía derecho para hacerlo, sí, podía apoyar su delicada y blanca mano en aquel brazo y hasta mirar aquel rostro serio sin avergonzarse.

—¿Recuerdas la primera vez que viniste a Felden y nos paramos en este mismo puente? —le preguntó, pues también ella pensaba en aquella época ya tan lejana de aquel magnífico día de setiembre del cincuenta y siete—. ¿Te acuerdas, querido Talbot?

Se había alejado del banquero y sus hijos para hacerle esta importante pregunta.

—Sí, perfectamente, querida Lucy. También recuerdo tu hermosa figura sentada al piano en el salón, con los rayos del sol reflejándose en tus cabellos.

—¿Recuerdas eso? ¿Me recuerdas a *mi*? —exclamó Lucy, embelesada.

—Muy bien, ciertamente.

—Pero pensaba que..., es decir, sé..., sé que estabas enamorado de Aurora entonces.

—No lo creo.

—¿No lo crees?

—¡Cómo podría explicártelo! —exclamó Talbot—. Confieso con franqueza que el primer recuerdo que me evoca este lugar es el de una primorosa criatura de ojos negros con el cabello adornado en escarlata; y me sería tan difícil separar su imagen de Felden Woods como arrancar con mi mano los árboles seculares que dan su nombre a esta hacienda. Pero si guardas de esta pálida sombra del pasado un pensamiento desconfiado, nos harías un penoso agravio. Cometí un error, Lucy; pero, ¡gracias a Dios!, lo pude reparar a tiempo.

Debe ser observado que el capitán Bulstrode se mostraba siempre muy agradecido a la Providencia por haberle librado de los lazos que habían de unirle con Aurora. Sentía también una gran compasión por John Mellish, pero a despecho de todo esto estaba siempre muy dispuesto a ser capcioso y pendenciero con el hombre de Yorkshire; y estoy seguro de que le causaban un verdadero placer las pequeñas torpezas y necesidades del esposo de Aurora.

Hay heridas que nunca se curan completamente. Pueden unirse de nuevo las carnes separadas, los calmantes pueden vencer la inflamación, y hasta la cicatriz que deja el puñal puede borrarse desapareciendo en la transformación gradual que experimenta cada átomo de nuestro cuerpo según los experimentados fisiólogos; pero la herida *ha existido*, y hasta la última hora de nuestras vidas habrá cambios de temperatura que nos recuerden sobresaltándonos nuestro antiguo dolor.

Aurora trataba al marido de su prima con la tranquila cordialidad que hubiera mostrado a un hermano, y no le guardaba rencor por su antiguo abandono, pues era muy dichosa con su marido. Era feliz con el hombre que la amó y confió en ella, con una fuerza en esa confianza que había sobrevivido a cada prueba con una fe cándida.

La señora Mellish y Lucy se desviaron por el lateral de los macizos de flores dejando a los hombres en el puente.

—De modo que eres muy muy feliz, querida Lucy —dijo Aurora.

—¡Oh! sí..., sí..., querida. ¿Cómo podría no serlo? ¡Talbot es tan bueno para mí! Sé, claro está, que te amó antes que a mí, y que tal vez no me ama... del mismo modo..., tal vez no tanto. —Lucy Bulstrode no se cansaba de hacer vibrar esta cuerda de la infortunada menor—, pero soy muy feliz. Has de venir a vernos, Aurora, querida... ¡Nuestra casa es tan bonita!

La señora Bulstrode dio entonces principio a una detallada descripción de los muebles y la decoración de su casa de Halfmoon Street. Aurora escuchó más bien con distracción el inventario de los muebles y bostezó varias veces antes de que su prima terminase.

—Una casa muy linda, ya lo creo, Lucy —dijo Aurora finalmente—, y John y yo estaremos muy contentos de visitaros algún día. Dime, Lucy, si tuviera un problema o me sucediera una desgracia, ¿me recibirías?

—¿Una desgracia? —repitió Lucy aterrada.

—¿Te negarías a recibirme, Lucy? No; te conozco bien y sé que me dejarías entrar en secreto y me ocultarías después en un cuarto de tus criadas y me traerías de comer a hurtadillas, temiendo que el capitán llegara a descubrir a ese invitado que no debiste recibir bajo su techo. Servirías a dos amos, Lucy, temblando de miedo.

Antes de que la señora Bulstrode pudiera dar respuesta a este extraordinario discurso, los caballeros se acercaron a ellas e interrumpieron su conversación «de mujeres».

No era muy animado aquel anochecer del mes de julio en Felden Woods. La felicidad de Archibald Floyd por la presencia de su hija estaba en parte ensombrecida

por la peculiaridad de las circunstancias de su visita. John Mellish tenía alguna reminiscencia de la inquietud de la noche anterior rondando su cabeza. Talbot Bulstrode estaba pensativo y melancólico. Y la pobre Lucy se sentía torturada por vagos temores bajo la influencia de su deslumbrante prima.

No creo que ninguno de los miembros de este grupo oyera con disgusto la campana del reloj de las caballerizas cuando dio las once y los tintineantes candelabros fueron llevados a los cuartos.

Talbot y su esposa fueron los primeros en dar las buenas noches, Aurora se demoraba junto a su padre y John Mellish miraba dudoso a su elegante sargento blanco esperando recibir las órdenes.^[83]

—Puedes retirarte, John —le dijo—; necesito hablar con mi padre.

—Esperaré, Lolly.

—De ninguna manera —respondió la señora Mellish imperiosamente—. Voy al gabinete de papá para tener una tranquila conversación con él. ¿De qué te serviría esperar? Has estado bostezando toda la noche y estás muerto de cansancio; lo sé, John. Así es que vete a acostar de inmediato, mi niño mimado, y déjanos a papá y a mí discutir nuestros asuntos de dinero.

Hizo pucheros con sus rosados labios y permaneció de puntillas mientras el grandullón de su marido la besaba.

—¡Me tienes dominado, Lolly! —dijo John, cómo no, mansamente—. ¡Buenas noches, señor! ¡Dios le bendiga! Cuide bien de mi niña.

Y estrechó la mano al señor Floyd, dejándole luego con esa mezcla de cariño y veneración que había mostrado siempre al padre de Aurora. La señora Mellish permaneció algunos instantes silenciosa e inmóvil siguiendo a su marido con la mirada, en tanto que su padre espiaba la expresión de su rostro tratando de descubrir su significado.

¡Qué pausadas son las tragedias en la vida real! Cualquier viajero casual que se dirigiera desde Beckenham hacia West Wickham habría mirado, quizá con envidia, la mansión de Felden, y suspirado ante el dueño de ese lugar tan hermoso con el bosque y sus jardines; pero dudo que en todo el condado de Kent hubiera una criatura con la mente más perturbada que el banquero Archibald Floyd. Esos pocos instantes durante los cuales Aurora permaneció pensativa en silencio fueron como largas horas para su mente ansiosa. Finalmente, ella habló:

—¿Vamos a tu gabinete, papá? ¡Este salón es tan grande y está tan oscuro! Siempre imagino que hay personas escuchando en cada esquina.

No esperó la respuesta de su padre y se dirigió hacia un cuarto situado al extremo opuesto del vestíbulo; el mismo cuarto en el que ella y su padre se habían encerrado juntos la noche antes de su partida hacia París. El retrato al pastel de Eliza Floyd parecía mirar altivamente a Archibald y a su hija. Su cara estaba tan brillante y su sonrisa era tan amable que parecía difícil de creer que fuera el rostro de una difunta.

El banquero fue el primero en hablar.

—Mi querida niña —dijo—, ¿qué es lo que necesitas con tanta urgencia de mí?

—Dinero, papá; dos mil libras.

Y ante el gesto de sorpresa de su padre, continuó antes de que pudiera interrumpirla.

—Sé que el dinero que me diste cuando me casé con John está depositado en nuestro banco, y sé también que puedo sacar a cuenta la cantidad que necesite; pero he pensado que si firmaba un talón de dos mil libras, la suma, por lo inusual, podría llamar la atención y que el cheque llegara a tus manos. Si hubiera sucedido esto, te hubieras alarmado o en cualquier caso te hubieras extrañado; por eso he pensado que era preferible venir a pedirte ese dinero, y con más motivo ya que preciso que sea en billetes de banco.

Archibald Floyd se puso muy pálido. Había permanecido en pie mientras Aurora hablaba, pero apenas hubo terminado se cayó en una silla cercana a su pequeño escritorio y, apoyando el codo sobre el pupitre abierto, recostó la cabeza en su mano.

—¿Para qué quieres el dinero, querida mía? —preguntó seriamente.

—No te preocupes por eso, papá. Es mi dinero, ¿no es cierto? Y puedo gastarlo como quiera.

—Ciertamente, querida, ciertamente —contestó con una leve vacilación—. Puedes gastar lo que quieras. Soy lo suficientemente rico para permitirme cualquier capricho tuyo, por muy tonto o extravagante que sea. Pero tu acuerdo de matrimonio estaba más bien dirigido al beneficio de tus niños... que para..., que para cualquier cosa de esta clase; y apenas sé si estaría justificado tocarlo sin el permiso de tu marido; especialmente cuando tu asignación para gastos es en realidad lo suficientemente grande para permitirte complacer cualquier deseo razonable.

El anciano apartó su pelo canoso de la frente con un gesto cansado y la mano temblorosa. Sólo el cielo sabe si aun en aquel momento desesperado Aurora reparó en la débil mano y el pelo canoso de su padre.

—*Dame* el dinero, entonces, papá —dijo ella—. Dámelo de tu propio bolsillo. Eres lo suficientemente rico para hacerlo.

—¡Lo suficientemente rico! Sí, incluso si la suma fuera veinte veces mayor —respondió el banquero pausadamente.

Y entonces, con un repentino estallido de apasionamiento, exclamó:

—¡Oh, Aurora, Aurora! ¿Por qué me atormentas así? ¿He sido un padre tan cruel como para que no puedas confiar en mí? Aurora, ¿para qué necesitas ese dinero?

Aurora cruzó las manos con fuerza y le miró durante algunos momentos, indecisa.

—No puedo decírtelo —respondió por fin con seria determinación—. Si te dijera lo que voy a hacer, tal vez harías fracasar mi propósito. ¡Padre..., padre mío! —exclamó cambiando bruscamente de tono y de actitud—; estoy cercada por todas partes de peligros y problemas, y no tengo otro modo de escapar... salvo la muerte. A menos que tome ese camino, debo morir. Soy muy joven..., demasiado joven y feliz, tal vez, para morir voluntariamente. Dame los medios para salvarme.

—¿Te salvará ese dinero?

—Sí.

—¿Te extorsiona alguno de los conocidos... o algún amigo de... aquel?

—¡No!

—Pues, ¿quién, entonces?

—No puedo decírtelo.

Guardaron silencio durante algunos momentos. Archibald Floyd miraba suplicante a su niña, pero ella no contestó a esa afectuosa mirada. Se levantó con una apariencia orgullosamente abatida, los párpados caídos sobre sus negros ojos, no de vergüenza ni humillación, sino con la firme determinación de no dejarse doblegar a la vista del desasosiego de su padre.

—Aurora —le dijo finalmente—, ¿por qué no te decides por el medio más prudente y más seguro? ¿Por qué no le cuentas la verdad a John? De ese modo el peligro desaparecería y los problemas se subsanarían. Si te persiguen esos viles canallas, ¿quién mejor que él para protegerte? ¡Díselo todo, Aurora..., díselo!

—¡No, no, no!

Y se cubrió el rostro con las manos.

—¡No, no! ¡Por nada en el mundo! —exclamó.

—Aurora —dijo Archibald Floyd con una expresión de creciente seriedad que cubrió con una nube sombría el benévolo semblante del anciano—, Aurora..., que Dios me perdone por decir tales palabras a mi hija..., pero, Aurora, debo insistir en que me confieses si un nuevo apasionamiento cegador, si un nuevo extravío, te arrastra a...

No pudo terminar la frase. La señora Mellish dejó caer las manos de su rostro, y le miró con los ojos centelleando fuego, y las mejillas encendidas en carmesí.

—Padre —exclamó—; ¿cómo te atreves a hacerme semejante pregunta? ¡Un nuevo apasionamiento! ¡Un nuevo extravío! ¿Crees que no he padecido bastante por las locuras de mi juventud? ¿No he pagado bastante el error de mi adolescencia para que me hables así esta noche? ¿Soy acaso de familia tan vil —dijo señalando con indignación el retrato de su madre— para que te creas con derecho a tener tan baja opinión de mí? ¿Soy acaso...?

Su trágica súplica se elevaba a su cénit cuando de pronto se postró a los pies de su padre y prorrumpió en una tormenta de sollozos.

—¡Padre, padre, tenga piedad de mí! —exclamó—, ¡tenga piedad de mí!

El anciano la levantó, la estrechó entre sus brazos y la consoló como la hubiera consolado por la pérdida de un cachorro escocés doce años antes, cuando aún era tan pequeña que podía sentarla en sus rodillas y apoyar la cabecita de Aurora en su pecho.

—¿Tener piedad de ti, mi amor? —le dijo—. ¿Qué no haría para ahorrarte un momento de pesar? Si mi desgraciada existencia sin valor pudiera aliviarte, si...

—¿Me darás ese dinero, papá? —preguntó Aurora mirándole medio

persuasivamente a través de sus lágrimas.

—Sí, hija mía, mañana por la mañana.

—¿En billetes bancarios?

—Como quieras. Pero, Aurora, ¿por qué te tratas con esas gentes? ¿Por qué escuchas sus deshonrosas exigencias? ¿Por qué no dices la verdad?

—Ah, ¿por qué no digo la verdad?, ciertamente —respondió atentamente—. No me hagas más preguntas, querido papá; dame el dinero por la mañana y te prometo que será la última vez que oirás hablar de mis antiguos problemas.

Hizo esta promesa con tanta seguridad que su padre tuvo un débil rayo de esperanza.

—Ven, padre adorado; tu cuarto está junto al mío; subamos juntos.

Y cogiendo del brazo al anciano le condujo por la ancha escalera hasta la puerta de su cuarto.

El señor Floyd envió a llamar a su hija al gabinete a la mañana siguiente muy temprano, mientras Bulstrode abría la correspondencia y Lucy se paseaba por la galería con Mellish.

—He enviado a pedir el dinero por el telégrafo, hija mía —dijo el banquero—, y uno de los dependientes lo traerá cuando hayamos acabado de desayunar.

El señor Floyd no se equivocaba; le entregaron una tarjeta inscrita con el nombre de George Martin mientras estaban acabando de desayunar.

—El señor Martin tendrá la bondad de esperarme en mi gabinete —dijo.

Aurora y su padre encontraron al dependiente sentado junto a la ventana mirando con admiración a través de las frondosas guirnaldas que se agolpaban encuadrando la ventana, en el rico y cultivado jardín.

Felden Woods era un lugar sagrado a los ojos de los jóvenes dependientes de Lombard Street, y un paseo a Beckenham en un cabriolé de alquiler en una hermosa mañana de verano, por no hablar de la probabilidad de un refresco con un pastel y un viejo vino de Madeira, o un ave fría con cerveza escocesa, no era considerado un placer pequeño.

El señor George Martin, que padecía la aflicción temporal de no tener más que diecinueve años, se levantó solícito, medio confuso y sorprendido y se ruborizó violentamente al ver a la señora Mellish. Esta respondió a su respetuoso saludo con una inclinación de cabeza tan agradable como la que le hubiera dedicado a los cachorros en el patio de caballerizas y se sentó frente a él en la pequeña mesa junto a la ventana. Era una mesa tan estrecha que los crujientes pliegues del vestido de muselina de Aurora se frotaron con los insulsos pantalones del dependiente cuando la señora Mellish se sentó.

El joven abrió una pequeña bolsita de cuero que llevaba colgada del hombro por una correa y sacó un paquete de crujientes billetes de banco, tan finos, tan blancos y tan nuevos, con una lozanía tan inmaculada, que más parecían billetes del Banco de la Elegancia que valores circulantes para su empleo en un país comerciante.

—He traído el dinero en efectivo que pidió por el telégrafo, señor —dijo el dependiente.

—Muy bien, señor Martin —respondió el banquero—. Aquí tiene el recibo correspondiente. ¿Los billetes son...?

—Veinte de cincuenta, veinticinco de veinte y cincuenta de diez —dijo el dependiente con locuacidad.

El señor Floyd tomó el pequeño paquete y contó los billetes con la presteza profesional que aún conservaba.

—Está correcto —dijo tirando del cordón de la campanilla, respondida al momento por un risueño lacayo—. Dele de almorzar a este caballero. Probará un Madeira excelente —añadió bondadosamente volviéndose hacia el ruborizado joven—; es un vino que se extingue, y cuando tenga mi edad, señor Martin, no podrá probar nada comparable al vaso que hoy puedo ofrecerle. ¡Buenos días!

El señor George Martin, nervioso, tomó su sombrero de la silla vacía en que lo había dejado, derribó con el codo un montón de papeles, saludó, se sonrojó de nuevo y tropezó al salir del gabinete detrás del risueño lacayo, que despreciaba profundamente a los dependientes de comercio.

—Aurora, querida mía —dijo el señor Floyd—, aquí tienes el dinero. Aunque, presta atención, protesto contra...

—No, padre, ni una palabra más —dijo Aurora interrumpiéndole—; creía que todo había quedado arreglado anoche.

El banquero suspiró rendido como la noche anterior y, sentándose ante el escritorio, sumergió la pluma en el tintero.

—¿Qué vas a hacer, papá?

—Sólo voy a tomar nota de los números de los billetes.

—No merece la pena.

—Siempre merece la pena actuar con profesionalidad —dijo el anciano con firmeza mientras apuntaba uno a uno los números de los billetes en una hoja de papel, con rápida precisión.

Aurora se paseaba con impaciencia por el gabinete, mientras su padre terminaba esta operación.

—¡Qué difícil me ha resultado conseguir este dinero! —exclamó—. No me hubiera costado tanto conseguir las dos mil libras de haber sido la mujer o la hija de los dos hombres más pobres de la cristiandad. Y aún me haces esperar mientras apuntas los números de los billetes, cuando es muy probable que ninguno sea cambiado en este país.

—Aprendí desde muy joven a ser un hombre de negocios, Aurora —repuso el señor Floyd—, y no he perdido mis antiguos hábitos.

Continuó su tarea a despecho de la impaciencia de su hija, y cuando terminó le entregó el paquete de billetes.

—Guardaré la lista de los números, querida —dijo—; si te la diera podrías

perderla.

Dobló la hoja de papel y la colocó en una gaveta del escritorio.

—Dentro de veinte años, Aurora —dijo—, si viviera hasta entonces, podría reproducir este documento si fuera necesario.

—No lo será jamás, querido y metódico papá —respondió Aurora—; se acabaron ya mis problemas. Sí —añadió en tono grave—, le pido a Dios que mis problemas ya se hayan terminado.

Y rodeó con sus brazos el cuello de su padre y le besó la frente con ternura.

—Debo dejarte, padre querido, hoy mismo —dijo ella—, y no me preguntes ni me pidas nada. Lo único que has de hacer es quererme y confiar en mí, como mi pobre John confía; fielmente, con esperanza, por encima de todo.

XX

El capitán Prodder

Mientras el tren expreso de Doncaster conducía hacia el norte al señor y la señora Mellish, otro tren expreso viajaba desde Liverpool a Londres con su cargamento de viajeros.

Entre éstos se hallaba cierto individuo de anchos hombros y cuello de toro que había atraído la atención considerablemente durante el viaje, siendo objeto de algún interés para los demás viajeros, así como para los empleados del ferrocarril en las dos o tres estaciones en que el tren se detuvo.

Era un hombre de unos cincuenta años que se conservaba muy bien, y sólo revelaba su edad por algunas vetas canosas perdidas entre su espeso cabello negro azulado. Su tez, naturalmente morena, se había bronceado tanto por el sol y los vientos abrasadores de los trópicos, el aliento ardiente del siroco y otros muchos ligeros inconvenientes de una vida errante, que se le hubiera confundido frecuentemente con un habitante de esos países en los que la tez de los nativos fluctúa entre un tierra siena rojizo, el rojo indiano y el marrón Van Dyke^[84]. Pero este error se rectificaba pronto por sí mismo, pues aprovechaba la más mínima ocasión para expresar su aversión y desprecio por todos los *extranjeros*, como es natural en el británico genuino y sencillo.

En esta ocasión particular, apenas hacía media hora que se hallaba con sus compañeros de viaje cuando ya les había informado de que era nativo de Liverpool y capitán de un buque mercante que viajaba, según dijo, por todo el mundo; que desde muy niño se había separado de su padre y de su patria y que desde entonces había viajado mucho por las distintas partes del globo; que su nombre de pila era Samuel y su apellido Prodder, y que su padre había sido, como él, capitán de un buque mercante.

Mascaba tanto tabaco y bebía tan ardiente ron de Jamaica —que llevaba en una petaca en uno de sus bolsillos—, durante los intervalos de la conversación, que el compartimento de primera clase en que viajaba estaba aromatizado por este doble perfume. Pero era un tipo tan cordial, hablaba tanto y en voz alta, y tenía una expresión tan viva y agradable en sus negros ojos, que los viajeros —a excepción de una brusca señora mayor— le trataban con la mayor amabilidad y escuchaban pacientemente su conversación.

—Ya saben que mascar tabaco no es fumar —dijo con una gran carcajada mientras cortaba un enorme pedazo de Cavendish^[85]—, y los reglamentos de las

compañías de ferrocarriles no tienen ningún artículo que lo prohíba. Pueden exigir apagar la pipa de un individuo, pero éste puede mascar el tabaco en sus barbas; aunque no diré lo que es *peor* para sus alfombras.

Lamento verme obligado a confesar que este capitán mercante de tez bronceada, que decía «peor» con tanta malicia y mascaba tabaco Cavendish, era tío de la señora de John Mellish, de Mellish Park, y que el objeto de su viaje no era ni más ni menos que su deseo de conocer a su sobrina.

El mismo mencionó este hecho, así como otros muchos detalles sobre sí mismo—sus gustos, sus hábitos, sus aventuras, sus opiniones y sus sentimientos— a sus compañeros durante el transcurso del viaje.

—¿Saben por qué voy a Londres en este tren, señores? —preguntó en general, a medida que los viajeros se sentaban en sus plazas después de haber tomado un refrigerio en la estación de Rugby.

Los caballeros abrieron sus periódicos al oír esta pregunta, y una señorita buscó su libro, pero nadie se ofreció a especular sobre los motivos reales de las acciones del capitán Prodder.

—Les explicaré por qué —continuó dirigiendo la palabra al grupo, como para contestar a una pregunta impaciente—; voy a visitar a mi sobrina a quien no conozco aún. Cuando deserté del buque de mi padre, el *Ventursome*, hace unos cuarenta años, y me embarqué en una tripulación a las órdenes de un capitán que se llamaba Mobley, que fue durante mucho tiempo un buen patrón para mí, tenía una hermana pequeña que había dejado en Liverpool y que quería más que a mi vida.

Se interrumpió para refrescarse sacando la petaca del bolsillo y echando un trago.

—Pero si hubierais tenido un padre —continuó hablando en general— que os hubiera dado un puñetazo en la cabeza tan pronto como os veía aparecer, quizá también os hubieseis escapado como hice yo entonces. Aproveché la ocasión de fugarme una noche en que mi padre ponía rumbo hacia Yarmouth Harbour. No me dejaba las abundantes provisiones que algunos padres dejan a sus únicos hijos; levó anclas sin detenerse a hacerme muchas preguntas, y me quedé escondido en uno de los numerosos callejones de Yarmouth, que lo atraviesan de un lado a otro, como se cortan los pasteles que se hacen allí. Había muchas personas en Yarmouth que me conocían, y ni una sola desaprobó mi conducta; de modo que al día siguiente el capitán Mobley me tomó a bordo del *Mariar Anne* como grumete.

El capitán Prodder hizo una nueva pausa para sacar otro refrigerio de su almacén portátil de ánimo, y tuvo la galantería de invitar con la botella a sus compañeros.

—Tal vez no creeréis lo que voy a deciros ahora —continuó después de que su amable oferta fuera rehusada y de reponer la botella recubierta de mimbre en el espacioso bolsillo—; tal vez no me creeréis cuando os diga... con toda franqueza, como os lo digo, que hasta el sábado anterior no he podido encontrar el tiempo ni la oportunidad para regresar a Liverpool e informarme sobre la hermana pequeña que había dejado no más alta que la mesa de la cocina y que lloró tan amargamente como

para romper el corazón de un pobre hombre, cuando partí. Pero, lo creáis o no, es tan verdad como el Evangelio —exclamó el marino descargando un terrible puñetazo sobre el asiento acolchado del compartimento en que se sentaba— que hasta el sábado no me ha sido posible venir a Inglaterra. He costeado América del Norte y del Sur; he llevado mercancías de las Indias Occidentales a las Indias Orientales y de las buenas Indias Orientales hacia las Indias Occidentales; he hecho el comercio de las mercancías noruegas entre Noruega y Hull; he transportado productos Sheffield de Hull a América del Sur; he comerciado entre toda clase de países y en todo género de puertos; pero de una u otra forma nunca he tenido tiempo suficiente para volver a Liverpool y encontrar la pequeña calle estrecha en la que dejé a mi hermana Eliza, no más alta que la mesa, cuarenta años atrás. El sábado, hace una semana, llegué a Liverpool con un cargamento de pieles, de plumas de papagayo y de otros artículos que podrían llamarse de lujo, y le dije a mi segundo: «le diré lo que haré, Jack; voy a desembarcar para ver a mi hermanita Eliza.»

Hizo una nueva pausa y una expresión de dulzura animó el brillo de sus ojos negros.

Esta vez no sacó la botella del bolsillo, sino que se enjugó los párpados con la mano y brotaron de sus ojos, a través de sus pestañas, algunas lágrimas que brillaban intensamente sobre la tez bronceada. Hasta su voz había experimentado un cambio cuando continuó; era más grave y triste, hasta que adquirió el tono melodioso que veintiún años antes había contribuido tanto a hacer de Eliza Prodder la actriz popular del circuito de Preston y Bradford.

—¡Que Dios me perdone! —continuó el marinero con voz alterada—, pero en todos mis viajes nunca había pensado en mi hermana Eliza más que de dos maneras; unas veces de una y otras veces de otra. Unas veces pensaba en ella esperando encontrarla como la niña que había dejado, sin cambiar la esencia ni un tanto así, con sus rizos idénticos al día en que lloraba aferrada a mí antes de subir a bordo del *Ventursome*, para despedirse de mi padre y de mí. Casi siempre pensaba en ella de este modo; y era así como la veía en mis sueños. La otra manera de pensar en ella era esperando verla como una hermosa mujer adulta, buena moza, casada y con una tropa de niños revoltosos colgados de su delantal, preguntándole lo que les había traído su tío Samuel de los países extranjeros.

Es verdad que esta manera era la más racional de las dos, pero la otra idea que me formaba, la de la pequeña de negros y abundantes cabellos rizados, se me presentaba muy a menudo en mi imaginación, especialmente por las noches, cuando reinaba el silencio a bordo, y cuando tomaba el timón mientras descansaba el timonel. ¡Dios os bendiga, señoras y señores!; muchas veces, durante una noche cuajada de estrellas, cuando nos encontrábamos en esas latitudes donde las estrellas son más brillantes, he visto la niebla que flotaba sobre el agua tomar la figura de aquella ligera niñita vestida con un delantalito blanco venir dando saltitos hacia mí a través de las olas. No pretendo decir que haya visto un fantasma, ya me entendéis, sino únicamente que vi

algo que tenía en la mente y que puede ser lo que cualquier otro hombre podría imaginar. Fantasmas de la memoria y de los propios pesares, mezclados con las nieblas del mar o las sombras balanceándose hacia atrás y hacia adelante a la luz de la luna, o *algo* sobre la cortina de una ventana, o alguna cosa de este tipo. Pues bien, fui un viejo necio con estas fantasías y fantasmadas —el señor Samuel Prodder pareció más bien orgulloso de sí mismo con estas últimas palabras—, tanto que, cuando desembarqué en Liverpool el sábado hace ocho días, no podía quitarme de la vista las niñitas con delantal blanco que pasaban por la calle, creyendo ver a mi Eliza saltando, con los rizos negros ondeando al viento y un pedazo de tiza en la mano para jugar a la rayuela, de modo que me veía obligado a decirme a mí mismo muy seriamente: «Samuel Prodder, la niña que buscas debe tener ahora unos cincuenta años, si vive aún, y es muy probable que haya dejado de jugar a la rayuela y de llevar delantales blancos». Si no me hubiera repetido esto interiormente a lo largo de la calle, habría parado a la mitad de las niñas de Liverpool para preguntarles si se llamaban Eliza y si tenían un hermano que había huido de su casa y del que se desconocía su paradero. Como mi único pensamiento era encontrarla, lo más acertado era caminar directamente hacia la calle estrecha en que recordaba haberla dejado cuarenta años antes. Pensaba que estos cuarenta años no podían haber producido más cambios que convertirla de niña en mujer, e incluso me parecía casi extraordinario que se hubiese modificado ninguna otra cosa. Hubo algo en lo que nunca pensé; y si mi corazón latía con fuerza y precipitación al llamar a la puerta de la casita en la que habíamos vivido, era de esperanza y alegría. Los cuarenta años, que habían llenado de ferrocarriles el suelo de Inglaterra, habían cambiado muy poco la antigua casa; estaba más sucia y más vieja, y se encontraba en el mismo centro de la ciudad, en lugar de estar situada en los límites del campo; pero a excepción de esto, era igualmente bonita, y esperaba ver salir a abrirme la puerta a la misma propietaria, con las mismas flores artificiales ajadas en el sombrero y las mismas viejas zapatillas destalonadas. Me sobresalté cuando no vi a la misma propietaria, aunque hubiera tenido más de cien años si aún viviera, y debería haberme preparado para tal decepción, por poco que hubiese reflexionado sobre ello, pero no lo había hecho; y cuando me abrió la puerta una joven rubia peinada hacia atrás como una china, y casi sin cejas, mi decepción fue completa. La joven llevaba en los brazos un niño de ojos negros y tan abiertos que se hubiera dicho que le habían sorprendido mucho las cosas que había visto al venir al mundo y que no se había recobrado aún de su asombro; de modo que me dije para mis adentros, tras examinar al chiquillo: «Es el hijo de mi hermana Eliza que se ha casado y vive aún en esta casa». Pero la joven no había oído nunca el apellido Prodder y pensaba que no había nadie por los alrededores con ese apellido.

Mi corazón, que palpitaba con más fuerza a cada minuto, se paró de repente al oír esta contestación y casi me desmayé; pero tuve valor para darle las gracias por su cortesía y me dirigí a la casa vecina. Hubiera podido ahorrarme este trabajo, porque hice las mismas preguntas en cada casa, a ambos lados de la calle, llamando de puerta

en puerta, por lo que todo el mundo creía que era un recaudador de contribuciones. Pero nadie conocía a los Prodder, y el habitante más antiguo de la calle vivía en ella hacía apenas diez años. Estaba realmente desanimado cuando salí del vecindario, que una vez me fue tan familiar y que ahora me parecía tan extraño y desherrapado. Estaba tan convencido de encontrar a Eliza en la casa donde la había dejado que no había hecho otros planes. De modo que, en mi abatimiento, me retiré a la posada donde había dejado el saco de viaje, pedí una chuleta para cenar y me paré un largo rato con el cuchillo y el tenedor ante la mesa, pensando en lo que iba a hacer entonces. Recordé que cuando nos habíamos separado Eliza y yo cuarenta años antes, mi padre la había confiado al cuidado de la hermana de mi madre (mi pobre madre había muerto un año antes), y pensé que la última oportunidad que me quedaba era encontrar a la tía Sarah.

Cuando el capitán Prodder llegó a este punto de su relato, sus oyentes habían disminuido poco a poco; los caballeros habían vuelto a leer sus periódicos, y la señorita su libro, hasta que el capitán se vio reducido a contar sus aventuras a un joven de aparente buen carácter, que parecía interesado en el bronceado marino y que le alentaba de vez en cuando con un movimiento positivo de cabeza o alguna amable exclamación afirmativa como «¡ah!..., ¿sí?... puede estar seguro...».

—La única probabilidad que me resta, me dije a mí mismo —continuó el capitán Prodder—, es encontrar a mi tía Sarah; y la encontré. Tenía la misma tienda, en líneas generales, cuando volví el sábado hace ocho días; con las mismas circulares anunciando las salidas de los buques y los mismos panes de azúcar envueltos en papel blanco, y la misma verja en la puerta, con una campanilla que sonaba tan fuerte como si tocase a alarma para todo Liverpool; allí estaba mi tía Sarah tras el mostrador, cuando entré; la pobre vieja estaba vendiendo dos onzas de té a un parroquiano. Cuarenta años la habían transformado tan completamente que no la hubiese reconocido de no haber reconocido la tienda. Llevaba el cabello rizado sobre la frente, adornado con un medallón con la forma de una mariposa de latón, y la barba con un vello tan crecido que parecía la cara de un hombre. Los cabellos eran postizos, pero no lo eran los bigotes ni la barba. Su voz era muy profunda y más bien viril, y tanto por la voz como por la expresión de la cara me parecía que se había vuelto más hombruna durante los cuarenta años de mi ausencia. Pesó las dos onzas de té y me preguntó qué era lo que quería. Le contesté que era el pequeño Sam y que deseaba ver a mi hermana Eliza.

El capitán mercante hizo una pausa y miró por la ventana por más de cinco minutos antes de reanudar el relato. Cuando lo hizo, habló en voz muy baja y acortando las frases como si no confiara en sí mismo haciéndolas más largas, por temor a sufrir una crisis nerviosa y tener que interrumpirse a la mitad de ellas.

—Eliza había muerto hacía veintiún años. La tía Sarah me dio todos los detalles sobre ella. Había aprendido a hacer flores artificiales, pero parece que no le gustó mucho el oficio porque se había dedicado a la carrera de actriz de teatro. A los

veinticinco años se casó con un caballero desconociendo si tenía o no dinero, y se había ido a vivir a un magnífico lugar en el condado de Kent. Tengo su nombre y apellido apuntados en mi diario. Había sido una amiga buena y generosa para la tía Sarah; y la tía Sarah debía ir al condado de Kent para verla y pasar todo el verano con ella. Pero mientras mi tía hacía los preparativos para la visita, mi hermana Eliza había muerto, dejando una hija tras ella que es mi sobrina, y a la cual voy a ver. Me senté en un taburete de madera de tres patas detrás del mostrador, me tapé la cara con las manos y pensé en la niñita que había visto cuarenta años antes jugando a la rayuela, hasta que creí que me estallaba el corazón; pero no derramé ni una sola lágrima. Mi tía Sarah se quitó un medallón grande del cuello, y me mostró un rizo de cabello negro tras el cristal, con un marco a su alrededor. «El señor Floyd mandó hacer este medallón expresamente para mí», dijo mi tía; «siempre ha sido muy generoso conmigo; viene a Liverpool cada dos o tres años, toma un té conmigo en la sala de visitas de la trastienda, y si quisiera podría dejar la tienda y él me asignaría una buena pensión; pero me moriría de melancolía si dejara el negocio». En la parte posterior del medallón estaban grabados el nombre de Eliza y la fecha de su muerte. Traté de recordar dónde me hallaba y qué hacía aquel año, pero me fue imposible, caballero. Toda la vida que me esforzaba en recordar se me aparecía enmarañada y confusa como en un sueño; y sólo podía pensar en la hermanita a quien había dicho adiós a bordo del *Ventursome* cuarenta años antes. Me las arreglé para tranquilizarme poco a poco, y media hora después fui capaz de escuchar el relato completo de la tía Sarah. La anciana tiene cerca de setenta años, pobre alma, y siempre ha sido muy conversadora. Me preguntó si no me parecía una buena cosa para la familia que Eliza hubiera hecho tan buen casamiento, y si no me enorgullecía pensar que mi sobrina era una rica heredera (que hablaba toda clase de lenguas y salía a pasear en su propio carruaje), pues creía que estos informes serían un consuelo para mí; pero le contesté que hubiera preferido encontrar a mi hermana casada con el hombre más pobre de Liverpool, con vida y buena salud, para darme la bienvenida por mi regreso a mi país natal. Mi tía Sarah me dijo que si eran tales mis sentimientos religiosos, no sabía qué responderme. Me mostró un cuadro que representaba la tumba de Eliza en el cementerio de la parroquia de Beckenham que se había construido expresamente para ella por orden del señor Floyd. Floyd es el nombre del marido de Eliza. Después me enseñó un retrato de la señorita Floyd, la heredera, a la edad de diez años, que era el vivo retrato de Eliza en todo menos en su delantal; y es a esa señorita Floyd a la que voy a ver ahora.

—Me atrevo a decir —dijo el joven que escuchaba con amabilidad— que la señorita Floyd se alegrará mucho de ver a su tío el marino.

—Sí, creo que se alegrará, caballero —respondió el capitán—. No lo digo por vanagloriarme, bien lo sabe Dios, porque sé que soy bastante rudo e ignorante y no valgo como ornamento en el salón de una señorita de esa alcurnia, pero si la hija de Eliza es como Eliza, cruzará sus lindas manecitas alrededor del cuello y me abrazará

diciendo: «Señor tío, estoy muy contenta de verte». Y cuando le diga que era el hermano único de su madre y que su madre y yo nos queríamos mucho, prorrumpirá en llanto y ocultará su bonito rostro en mi hombro, y sollozará como si su corazón se desgarrase por amor a la madre que nunca conoció. Esto es lo que hará —dijo el capitán Prodder—, y no creo que una gran dama pudiera comportarse mejor.

El joven complaciente escuchó algunas otras confidencias del capitán acerca de sus planes para ir a Beckenham a reclamar el afecto de su sobrina, a pensar de todos los padres del mundo.

—El señor Floyd es un buen hombre —dijo—, estoy seguro de que lo es, pero ha tenido a su hija alejada de su tía Sarah y es probable que haga lo mismo conmigo. Si piensa de este modo, sabrá que el capitán Samuel Prodder es alguien duro de roer.

El capitán mercante llegó a Beckenham cuando las sombras de la noche se extendían más profundas entre los robles y las hayas de Felden, y los alargados rayos del rojizo sol se desvanecían lentamente en el horizonte.

Se dirigió a la antigua mansión de ladrillo rojo en un carruaje de alquiler ligero y se presentó ante la puerta del vestíbulo precisamente en el momento que Archibald Floyd salía del comedor para pasar la velada en su solitario gabinete.

El banquero se paró para mirar con cierta sorpresa la figura holgadamente vestida y las ropas deterioradas por el uso, e instintivamente se llevó la mano a las monedas de oro y plata que llevaba en el bolsillo. Pensó que el marinero venía a hacerle una petición para él y sus camaradas; quizá se necesitaba un bote de salvamento para algún punto de las costas de Kent, y aquel hombre de buen aspecto y rostro bronceado era el encargado de recoger los fondos para aquella obra caritativa.

Pensando estaba en esto cuando, al responder a la pregunta del lacayo, el marino pronunció el nombre de Prodder, y en el breve momento empleado en oírlo, sus pensamientos retrocedieron unos veintiún años atrás, a la época en que se había enamorado locamente de la hermosa actriz, que ruborizándose le había confesado que ese era su plebeyo apellido.

La voz del banquero fue ronca y apenas perceptible cuando se volvió al capitán para saludarle y darle la bienvenida a Felden Woods.

—Entre, señor Prodder, y sígame —le dijo señalándole la puerta abierta del gabinete—. Estoy muy contento de verle. Yo..., yo... he oído hablar muchas veces de usted. ¿No es el hermano perdido de mi esposa muerta?

Aún en medio del entristecedor recuerdo de aquel breve período de felicidad pasada sintió cierto orgullo, y cerró cuidadosamente la puerta del gabinete antes de decir:

—Dios le bendiga, caballero —dijo, alargándole la mano al marinero—, veo que no me equivoco, pues sus ojos son como los de Eliza. Usted y los suyos siempre serán bien recibidos bajo mi techo. Sí, Samuel Prodder, ya ve que sé su nombre de pila; y cuando muera verá que no le he olvidado en mi testamento.

El capitán dio las gracias con entusiasmo a su cuñado y le dijo que no pedía ni

deseaba más que el permiso para ver a su sobrina, Aurora Floyd.

Al hacer esta pregunta tenía la mirada fija en la puerta del pequeño gabinete esperando, sin duda, ver aparecer de un momento a otro a la heredera. Se quedó terriblemente decepcionado cuando el banquero le dijo que Aurora estaba casada y vivía cerca de Doncaster, pero que si hubiera llegado diez horas antes la hubiese encontrado en Felden Woods.

¡Ah!, ¿quién no oyó alguna vez estas vulgares palabras? ¿A quién no han dicho que de haber llegado antes o salido más temprano —o de haber adelantado el paso o haberlo retrasado, o de haber hecho algo que no había hecho—, todo el curso de su vida hubiera sido muy diferente? ¿Quién no ha mirado al pasado con pesar, pensando que de haber actuado de manera diferente nuestro presente también sería distinto del que es? Nos parece muy duro no poder deshacer la *tela* de nuestra existencia —como una costurera deshace su labor—, pudiendo coserla de nuevo de manera más acertada. ¡Qué lástima no poder arreglar la *tela*, mejorando las características de la *prenda*, si tan sólo pudiéramos servirnos de nuevo de las tijeras y la aguja, actualizando el pasado con la experiencia del presente!

—¡Necio de mí! Pude haber venido ayer —exclamó el capitán—, pero aplacé mi viaje porque era viernes. ¡Si lo hubiera sabido...!

En efecto, capitán Prodder, si hubiera sabido con anterioridad lo que no nos es dado saber, sin duda hubiera obrado más prudentemente. ¡Como tantos otros en su lugar! Si el señor William Palmer hubiera sabido que podrían seguir las huellas de su crimen y que terminaría en la horca, probablemente habría vacilado antes de mezclar las píldoras de estrocnina para el amigo que, con voz cordial, le suplicaba estar de buen ánimo.^[86] Nos pasamos la mayor parte de nuestras vidas cometiendo errores, ¡con lo fácil que hubiéramos podido evitarlos dedicando un poco más de tiempo a la reflexión!

El señor Floyd explicó, aunque quizá no muy satisfactoriamente, por qué la solterona de Liverpool ignoraba el casamiento de su sobrina con el señor John Mellish; y el capitán anunció su intención de partir a la mañana siguiente muy temprano para Doncaster.

—No crea que trato de entrometerme en la vida de su hija, señor —dijo con la certeza de que el banquero veía con nervioso temor semejante visita—. Sé que su posición es muy superior a la mía, aunque sea la hija única de mi propia hermana, y no dudo que los que la rodean arrugarán la nariz al ver a este viejo lobo de mar que ha sido empujado y sacudido por todos los vientos durante cuarenta años. Sólo ambiciono verla de vez en cuando, y tal vez, escucharla decir: «¡Dios, tío, qué vejistorio está hecho!». ¡Ay! —exclamó de pronto Samuel Prodder—. Creo que si la oyerá tan sólo una vez llamarme tío, ya podría volver al mar... y morir dichoso, aunque no regresara a tierra nunca más en toda mi vida.



PARTE SEGUNDA



XXI

Sólo dijo: «estoy hastiado»^[87]

James Conyers encontraba larguísimos los días de verano en Mellish Park dependiente de la compañía del reumático ex entrenador, los mozos de cuadra y Steeve Hargraves, el *idiota*, sin más recurso literario que el último número del *Bell's Life* del sábado anterior, un montón de diferentes panfletos brillantes y quebradizos, y resbaladizos papeles que le enviaban por el correo de King Charles Croft desde el ajetreado pueblo de Leeds.

Tal vez hubiera encontrado suficiente trabajo en las caballerizas si hubiera tenido el ánimo de hacerlo; pero desde la noche de la tormenta se había verificado en sus maneras una notable transformación, y la afectada actividad que había desplegado desde su llegada a Mellish Park se había convertido ahora en una indolente y no disimulada pérdida de tiempo y en una completa indiferencia, que provocaban sacudidas en la canosa cabeza del antiguo entrenador, mientras murmuraba a sus subordinados que el nuevo parecía tener permiso para vagar y era demasiado altivo para su ocupación.

Al señor James le importaban muy poco estas opiniones y bostezaba en sus caras, ahogándose con el humo del cigarro con una briosa indiferencia que armonizaba bien con el tinte primoroso de su tez y el brillante esplendor de sus lánguidos ojos. Se había tomado la molestia de hacerse muy complaciente al día siguiente de su llegada, encargándose de distribuir palmaditas cordiales en los hombros a diestro y siniestro, y afectuosos toques en las costillas hasta llegar a los cachetazos, labrándose con presteza una considerable popularidad entre los rudos aldeanos que quedaron hechizados con la belleza de su rostro y sus deslumbrantes modales. Pero después de su entrevista con la señora Mellish en el pabellón del norte, pareció abandonar todo deseo de agradar, y se volvió repentinamente disgustado e inquieto; tan disgustado e inquieto que se sentía inclinado a discutir airadamente y sin descanso con el infeliz *idiota*, al que daba una infeliz existencia con sus antojos y caprichos.

Steeve Hargraves sobrellevaba este cambio en el trato de su amo con asombrosa paciencia, tal vez con paciencia excesiva; con esa lenta, empecinada y resignada paciencia reservada a los que meditan algún proyecto oculto y que, en vez de evitar las injurias, gozan aumentando la cuenta, multiplicando la furia y los arrebatos futuros. El *idiota* era un hombre que podía acumular odios y venganzas, y ocultar malas pasiones en los sombríos pliegues de su alma mezquina, para sacarlas en las noches intempestivas a cavilar y meditar en silencio.

Sea como fuere, Steeve soportaba la imprudente insolencia del señor Conyers con tanta mansedumbre que el adiestrador se reía de su pobre criado y le consideraba como un perro pusilánime al que un par de brillantes ojos negros o el latiguillo de una dama podían espantarle el escaso remanente de juicio existente en su aturullado cerebro. Así lo manifestó cuando Steeve volvió a desagradarle durante un largo y caluroso día de verano, y el *idiota* se marchó del pabellón dando media vuelta con una risa ahogada de placer salvaje, como si se tratara de la aceptación de un cumplido. En vez de enojarse, Steeve pareció más obsequioso desde entonces; humildemente agradecido por las colillas que Conyers le arrojaba con generosidad, iba a Doncaster a hacer sus recados tan sumisamente como el perro cobarde con el que su amo le había comparado tan atentamente.

Conyers no fingió ir a ver los caballos en aquel resplandeciente 5 de julio, sino que se sentó indolente en el alféizar —con la pierna coja apoyada sobre una silla, y su espalda contra el marco de la pequeña ventana batiente—, fumando, bebiendo, leyendo y volviendo a leer las listas de carreras de aquel soleado día. El agua fresca con aguardiente con que se deleitaba cada media hora sin interrupción se deslizaba por su generosa garganta, ejerciendo menos influencia sobre él que sobre un caballo que hubiera ingerido la misma cantidad de líquido. Sin duda habría trastornado al caballo en su condición, pero no producía efecto alguno en el adiestrador.

La señora Powell, que se paseaba por las zonas arboladas del norte —probablemente para beneficio de su salud, pero, por el mismo motivo, con inminente peligro de una insolación—, se confabuló para pasar por el pabellón y ver al señor Conyers, apoltronado, sombrío y espléndido, en el alféizar, exhibiendo su magnífica figura tendida, enmarcada por el follaje que pendía de las paredes del pabellón. Le importunaba en extremo la presencia del *idiota* que barría la parte exterior de la casa y que le lanzó una mirada de connivencia cuando pasó; una mirada que podía significar: «Usted y yo sabemos su secreto, tan apuesto e insolente como es él, y sabemos el precio módico por el cual puede ser comprado y vendido; pero guardamos el secreto..., guardamos el secreto hasta que con el tiempo madure el fruto en el árbol, para que no nos ardan los dedos si lo arrancamos estando aún verde».

La señora Powell se detuvo a saludar a Conyers y manifestar tanta sorpresa al verle en el pabellón del norte como si afectara creer que viajaba por Kamchatka, pero Conyers puso término a sus cumplidos con un bostezo y le dijo con cierta familiaridad que le agradecería mucho que le enviase el *Times* de la mañana tan pronto como los periódicos llegasen a Mellish Park. La viuda del alférez se hallaba bajo la influencia de la impertinencia graciosa de sus maneras, y no atreviéndose a negarse como debía hacerlo, volvió a la casa desconcertada y asombrada, para cumplir su petición. Así pues, era tan sofocante el calor aquel día, que Conyers fumaba, bebía y bostezaba de fastidio, en tanto que su subordinado le espiaba desconcertado, recreando vaga y confusamente en su pobre y embrollado cerebro los acontecimientos de la noche anterior.

Pero el señor Conyers se cansó pronto de no hacer nada, y de este reposo continuo que fue la causa de que Rasselas se cansara de su apacible y placentero valle y buscarse el viento helado de las cimas de los montes y los clamores de las lejanas ciudades.^[88] El hastío que se alzó en el seno del adiestrador tomó tales proporciones que comenzó a odiar la soledad campestre del alojamiento del norte y paseó la pierna coja de una posición a otra con un cierto descontento de la mente, que, por una de esas luchas entre el espíritu y la materia que nos dicen que somos mortales, le ocasionó esa dolencia crónica que vulgarmente llamamos *impaciencia nerviosa*; una fiebre continua engendrada entre las fibras del cerebro y que, encontrando salida por el telégrafo fisiológico conocido con el nombre de médula espinal, llega hasta las estaciones más lejanas del ferrocarril humano.

Este vulgar malestar afectaba tanto a James Conyers que cuando las campanadas del reloj de la iglesia vibraron con timbre sonoro sobre la copa de los árboles de Mellish Park en la tibia atmósfera de la tarde, arrojó la pipa encogiéndose de hombros con impaciencia y llamó a Hargraves para mandarle que le trajese el sombrero y el bastón.

—Las siete —murmuró—, no son más que las siete. El día me ha parecido una semana.

Permaneció largo rato mirando por la ventana con una expresión de descontento que contraía sus hermosas cejas y sus labios rosados. Recorrió con la mirada —a través de la abertura circular formada por las guirnaldas de hojas y flores—, las largas avenidas de árboles en las que la luz del sol centelleaba en sus ondulantes ramas dando la apariencia de un mar de verdor, y seguía con la vista las sinuosas sendas del bosquecillo hasta que sus fatigados ojos recalaban en los estanques de agua azul, que se transformaban paulatinamente del color del fuego en un matiz más pálido, mientras se iba extinguendo el resplandor del sol. Veía todos estos prodigios de la naturaleza con una apatía que no le dejaba reconocer sus bellezas ni inspirarle el más pequeño átomo de gratitud hacia el creador de tantos encantos.

Más le hubiera valido ser ciego. Volvió la espalda al sol y miró el rostro pálido y feo de Steeve Hargraves con la misma indiferencia con la que había contemplado el delicioso aspecto de la naturaleza.

—¡Qué día tan largo! —dijo—. ¡Qué día tan fastidioso! Gracias a Dios que llega la noche.

Lo más asombroso es que mientras daba este impío agradecimiento, ningún aviso del porvenir circuló por sus venas para helar los latidos de su corazón, para apagar estas palabras sacrílegas en sus labios. Si hubiera sabido lo que iba a suceder muy pronto, si hubiera sabido mientras daba gracias a Dios —porque terminaba un hermoso día de verano— que no volvería jamás con sus doce horas de oportunidad para el bien o para el mal, hubiese caído de hinojos lleno de terror, y hubiera llorado la vergonzosa historia de su vida pasada.

Tan sólo había derramado lágrimas una vez desde su infancia; pero estas lágrimas

fueron gotas abrasadoras de rabia, de furor y de venganza viendo frustrado el proyecto más grandioso de su vida.

—Iré a Doncaster esta noche, Hargraves —dijo al *idiota*, que esperaba con respeto las órdenes de su amo y le observaba como le había observado todo el día, a hurtadillas pero sin descanso—. Pasaré dos o tres horas en Doncaster, y... y... veré si puedo obtener noticias sobre las carreras de septiembre.

Y después añadió, con un desprecio no disfrazado hacia las caballerizas tan queridas del pobre John:

—¿Hay en casa algún carruaje, un vehículo cualquiera para conducirme?

Hargraves respondió que había un carruaje Newport Pagnell que era sagrado para el señor John Mellish, una carreta a disposición de los criados superiores para cuando iban a Doncaster, así como un carro cubierto que los mozos llevaban a la ciudad cuando iban a buscar provisiones para la casa.

—Muy bien —dijo Conyers—; ve a la caballeriza y manda de mi parte a uno de los mozos que enganche el mejor caballo en el Newport Pagnell y que lo traiga aquí enseguida.

—Pero nadie se sirve del Newport Pagnell más que el señor Mellish —se aventuró a decir el *idiota* con acento de terror.

—¿Cómo? —exclamó Conyers con desprecio—. Pues has de saber, perro cobarde, que yo me serviré de él esta noche. ¿Lo oyes? Al diablo él y su insolencia de Yorkshire. ¿Debo acaso humillarme por él? ¿Le infunde mucho orgullo la hermosura de su mujer, no es cierto? ¡Que Dios le ayude! ¿Acaso le pertenecía el dinero que sirvió para comprar el carruaje? Lo dudo. A Aurora Floyd, sin duda, y se dirá tal vez que no puedo servirme de ese coche sagrado en el que mi amo pasea a su dama de ojos negros. ¡Escucha, *idiota* insensato!, y comprende, si te es posible —gritó Conyers en un súbito arrebató que encendió su rostro e iluminó sus ojos indolentes con brillo siniestro—. Escucha, Steeve Hargraves; si no estuviera atado de pies y manos y no fuera juguete de la astucia de una mujer, podría fumar hoy mismo en esa mansión y en otra aún más lujosa.

Y señalaba con la mano los tejados y las ventanas iluminadas por la luz del crepúsculo que se distinguían a lo lejos entre los árboles.

—¡Señor John Mellish! Si su mujer no fuera un diablo con faldas capaz de comprar y vender al hombre más listo de la tierra, no tardaría mucho en hacerle hablar en otro tono. Corre a buscar la carretela —dijo de pronto con distinta expresión de voz—, y cuidado con tardar. Apenas puedo contenerme cuando toco esta cuerda, apenas puedo dominarme al pensar que he estado a punto de poseer medio millón de libras —murmuró entre dientes.

Y salió del pabellón abanicándose con las alas del sombrero de verano y enjugándose el sudor de la frente.

—¡Date prisa! —gritó con cólera dirigiéndose a su criado indeciso, que había oído todas las palabras de la conversación animada de su amo y que le espiaba con

mayor atención que antes—. ¡Date prisa, animal! No te doy cinco chelines por semana para que me estés mirando como un imbécil. Tengo calentura, y corriendo se me pasará. ¡Que venga entonces esa carretela!

El *idiota* echó a correr con toda la velocidad de sus pies. No le habían visto correr nunca, antes al contrario su andar era lento y oblicuo de modo que parecía más bien la marcha de un reptil monstruoso antes que el andar común de sus semejantes.

James Conyers se paseaba por delante del pabellón. No había desaparecido aún el color encendido de sus mejillas y exhalaba su impaciencia en exclamaciones furiosas.

—¡Dos mil libras! —murmuraba—; ¡qué miseria! Dos mil... Ni aún el interés anual del capital que hubiera poseído si...

Se paró de pronto y murmuró algo como un juramento entre dientes al mismo tiempo que descargaba golpes con la punta del bastón en las ramas de los arbustos.

Es muy duro, cuando recordamos nuestra mala suerte y disputamos con nuestro destino, advertir, remontándonos al origen, que la causa de nuestra desgracia procede de nuestra torpeza. Este fue el motivo que hizo que Conyers se parase a reflexionar sobre su infortunio y lanzar una imprecación; por esto prestaba atención con impaciencia esperando oír el ruido de las ruedas del carruaje. El *idiota* apareció por fin llevando el caballo de la rienda.

No se había atrevido a subir al vehículo sagrado, y contemplaba a James Conyers con asombro mientras volvía los almohadones y los arreglaba para su mayor comodidad. Ni el brillante barniz, ni la corona de color carmesí, ni los brillantes adornos de los arreos del caballo, ni los accesorios tan preciosos del carruaje elegante y aristocrático, provocaron en Conyers una palabra de admiración. Subió con toda la ligereza que le permitía su pierna coja y, tomando las riendas de las manos de Steeve, encendió un cigarro antes de partir.

—No me esperes esta noche —dijo arreando al caballo—, porque volveré tarde.

Hargraves cerró con estrépito la verja de hierro.

—Te esperaré, no obstante —murmuró mirando a través de la verja el carruaje que no parecía ya más que un punto negro en una blanca nube de polvo—, y hasta velaré. Apostaría a que vuelves borracho.

Yorkshire es una región tan aficionada a las carreras de caballos y a las apuestas, que un simple aldeano que no ha arriesgado en toda su pacífica existencia seis peniques, dice: *Apostado*, cuando un habitante de Londres diría: *Pienso* o *creo*.

—Apostaría a que vuelves borracho —continuó—. Se vuelve generalmente así de Doncaster, y oiré alguna cosa más de entre tus incoherentes comentarios. Sí, sí —dijo con lentitud y reflexionando—, sus monólogos son incoherentes y vagos y no he podido aún atar cabos. Creo, no obstante, ir comprendiéndolo todo, pero no acierto a enlazarlo; me falta un hilo, y este hilo me impide deshacer la madeja.

Se frotó la cabeza cubierta de rústicos cabellos rojos con sus enormes y torpes manos, como si hubiera querido forzar a su inteligencia para que diera más luz y le alumbrase en aquel laberinto.

—Dos mil libras —repetía volviendo al pabellón—, dos mil libras. ¡Buen bocado! Dos mil libras vale el primer premio de las carreras de Newmarket, y todos los nobles perderían sus orejas por ganar esa suma. Pues si tan altos señorones se batirían y se despedazarían por ganar dos mil libras, ¿qué tiene de extraño que un miserable como yo haga algún esfuerzo para conseguirlas?

Se sentó en la puerta del pabellón para fumar las colillas que su benefactor había arrojado en el trascurso del día, pero no cesaba de reflexionar sobre el mismo asunto y se detenía algunas veces, cuando se acababa una colilla, y antes de encender otra, para murmurar:

—Dos mil libras... Veinte veces cien libras... Cuarenta veces cincuenta libras.

Y hacia un gesto de satisfacción al enumerar esta suma, y se recreaba en repetir «dos mil libras» con tanto deleite como un enamorado en ausencia de su ídolo murmura y repite el nombre que adora.

Las últimas líneas rojizas se fundieron en el azul de las aguas cubiertas por las sombras, pero el *idiota* permaneció sentado, fumando y reflexionando hasta que las estrellas brillaron sobre su cabeza en el firmamento. Algunos minutos antes de las diez oyó el rumor de pisadas de caballos y de ruedas de un carruaje en la carretera, y, acercándose a la verja, miró entre los barrotes. Al entrar el raudo carruaje por la puerta del norte vio que era uno de los carruajes de Mellish Park que habían enviado a la estación para esperar a John y a su esposa.

—Corta ha sido la visita a Londres —murmuró—; apostaría a que ha ido a buscar *el dinero*.

Los ojos ávidos de Hargraves brillaron entre los barrotes de hierro cuando pasó el carruaje, como si quisiera atravesar con la mirada las portezuelas y descubrir lo que acababa de bautizar como *el dinero*. Se figuraba que dos mil libras formarían un enorme montón de billetes y que Aurora lo traería en un cajón o en un paquete que podría verse desde lejos.

—Apostaría a que ha ido a buscar *el dinero* —repitió regresando a la puerta del pabellón.

Se sentó de nuevo, frotándose con frecuencia la cabeza, ya con una mano, ya con las dos, como si tratara de introducir en ella el sentido que le faltaba a su torpe cerebro.

Algunas veces suspiraba de cansancio como si hubiese estado ocupado sin descanso en adivinar un enigma difícil y estuviese a punto de renunciar a descifrarlo.

Ya habían dado las doce de la noche cuando James Conyers regresó lleno de polvo y oliendo a aguardiente y licores, y saltó por encima del *idiota*, que aún estaba sentado en la puerta, lo que le hizo dar un traspies que le hizo maldecir a Hargraves por hacerle perder el equilibrio.

—¡Mjdr! —insultó Conyers en una lengua compuesta tan sólo de torpes consonantes—; ¡llv l crrj l cbllrz!

Pese a que el discurso era ininteligible, el *idiota* pensó que debía llevar el carruaje

a las caballerizas, en medio de la calma de la noche; se encontró un mozo de mal humor con una linterna en la mano esperando en la puerta, y poco dispuesto a hablar si no era para decir que esperaba que el nuevo adiestrador no hiciera lo mismo todas las noches, y que sólo faltaba que hubiera dañado a la yegua favorita del señor Mellish.

Conyers roncaba en la cama cuando Steeve Hargraves volvió al pabellón. El *idiota* examinó con curiosidad aquel hermoso rostro embrutecido por la bebida y aquella elegante actitud sobre la almohada. Steeve se frotó la cabeza con más fuerza que nunca admirando el perfil regular, los labios rosados y entreabiertos, y los negros y sedosos párpados que se destacaban de sus encendidas mejillas.

—Tal vez hubiera servido para alguna cosa de haber sido como tú —dijo con tono de salvaje melancolía—. No me hubiera avergonzado de mí mismo ni me hubiera ocultado en el rincón más oscuro... ¡Qué desgraciado soy por no tener una cara como la suya, o, al menos, como la de muchos hombres! Si fuera como tú, nadie huiría de mí como si fuera un perro; nadie me diría, como me has dicho esta mañana: «Miserable, sólo sirves para morir en la horca».

Calibán debió de mirar del mismo modo a Próspero, con el corazón henchido de odio y envidia, antes de volver a su deshonrosa tarea de fregar la vajilla.^[89] Amenazó con el puño a Conyers cuando acabó de hablar, y se inclinó para recoger las ropas de su amo, llenas de polvo y esparcidas por el suelo.

—Supongo que habré de cepillar todo esto antes de acostarme —murmuró—, para que mi señor lo encuentre limpio cuando se despierte mañana.

Puso la ropa sobre el brazo, cogió la vela y salió del cuarto. Buscó un cepillo, se acercó a la puerta del pabellón y comenzó a cepillar con brío, rodeándose de una nube de polvo como uno de aquellos genios árabes a punto de transformarse en un hermoso príncipe.

Interrumpió de pronto su tarea y palpó el chaleco con curiosidad.

—¡Aquí hay un papel! —exclamó—; un papel cosido entre la tela y el forro. Voy a descoserlo y veré lo que es.

Sacó la navaja del bolsillo, descosió con cuidado una parte de la costura del chaleco y sacó una hoja de papel doblado de una magnitud razonable, bastante recio, medio impreso y medio manuscrito. Se acercó a la luz, apoyó los codos en la mesa y leyó el contenido del papel lentamente, con trabajo, siguiendo cada palabra con el dedo, parándose algunas veces largo rato en una sílaba, volviendo a leer otras veces media línea o más, pero sin dejar de seguir las palabras con el dedo.

Cuando llegó a la última palabra, prorrumpió en una estrepitosa carcajada como si acabara de adivinar un enigma muy difícil que le hubiera hecho discurrir toda la noche.

—Ya lo sé todo por fin —dijo—, y puedo ahora comprender sus palabras, las de la señora y el objeto del dinero. Le va a dar dos mil libras para que calle y se vaya.

Volvió a doblar el papel, lo colocó con cuidado entre la tela y el forro del chaleco

y, registrando el enorme bolsillo de su chaqueta, sacó una cartera de cuero muy grasienta en la que, entre otros mil objetos, había dos agujas y un ovillo de hilo negro. Y acercándose entonces a la luz, se puso a coser tranquilamente el pedazo que había descosido, con una destreza superior a la que podía esperarse de sus callosas y torpes manos.

XXII

Constancia

James Conyers desayunó en su habitación la mañana siguiente a su visita a Doncaster, mientras Steeve Hargraves aguardaba, con una cazuela de café turbio en la mano, soportando estoicamente el mal humor de su amo de la peculiar forma que caracterizaba al jorobado mozo de caballerizas: *en silencio*. El adiestrador rechazó el café y pidió una pipa, y se quedó fumando hasta la media mañana de aquel día de verano, con el aroma de las rosas y las madre selvas flotando en su pequeño habitáculo, en tanto que el brillo del sol glorificaba las falsas rosas y lirios azules que se retorcían en el monstruosamente florido papel barato de las paredes.

El *idiota* limpió las botas de su amo, las puso a secar al sol, lavó las cosas del desayuno, barrió la entrada del pabellón y después se sentó a meditar con los codos apoyados en las rodillas y los dedos hundidos en sus enmarañados cabellos rojos. Sólo interrumpía el silencio de aquella hermosa mañana de verano el aletargado zumbido de los insectos en el bosque y la caída ocasional de alguna hoja prematuramente marchita.

El carácter de Conyers no había mejorado en modo alguno por la desenfrenada disipación de la noche anterior en Doncaster. Sólo el cielo conoce los divertimentos con que se había tropezado en las solitarias calles, los mercadillos con sus puestos deshabitados, o ese lúgubre edificio tan hermético que parece una prisión de tres lados con una capilla en el cuarto y que, en las carreras de otoño, se reaviva repentinamente iluminando con sus letreros enormes las desoladas paredes con anuncios en tinta azul brillante del señor y la señora Charles Mathews, o el señor y la señora Kean, durante sólo cinco noches.^[90]

Los entretenimientos usuales en el pueblo de Doncaster, con excepción de los dos oasis en el deprimente periodo anual con las carreras de primavera y otoño, eran nulos. Pero en cuanto a entretenimientos no usuales y especiales se podían encontrar muchos, de esos que sólo conocen los hombres como James Conyers, para quienes el callejón más sinuoso es el más agradable camino, siempre y cuando conduzca, directa o indirectamente, al dios más poderoso de los hombres: el dinero.

No obstante, el señor Conyers sufría todas las consecuencias de pasar, como dice el refrán, una noche como aquella. Sus ojos estaban apagados y vidriosos, su lengua abrasada y seca, y su mano tan temblorosa que viéndole ante el espejo con la hoja de afeitar, uno no hubiera sabido si aquello terminaría en suicidio o rasurado. Su pesada

cabeza parecía haberse transformado en una plomiza caja llena de zumbidos; y tras media *toilette* mal realizada, se arrojó nuevamente en la cama de la que acababa de levantarse, víctima de ese trastorno bilioso que sigue inevitablemente a una mezcla imprudente de licores alcohólicos y de malta.

—Un vaso de Hockheimer —murmuró—, o incluso un Chablis de tercera categoría del que se sirve a *table d'hôte*, me serviría para refrescarme un poco, pero en esta maldita casa no hay más que aguardiente y agua.

Llamó al *idiota* y le ordenó que le preparase un ponche frío y poco cargado.

Conyers se bebió de un sorbo la mezcla fría y clara, y se echó de nuevo sobre la almohada con un suspiro de alivio. Sabía que volvería a tener sed al cabo de cinco o diez minutos, pero, aunque breve, había sentido un pequeño alivio.

—¿Han vuelto a casa? —preguntó.

—¿Quiénes?

—¡El señor y la señora Mellish, *idiota*! —respondió el entrenador enfurecido—. ¿En quién más puedo estar pensando? ¿Volvieron ayer noche mientras estaba fuera?

El *idiota* contestó a su amo que había visto entrar un coche más allá de la puerta del norte, sobre las diez de la noche anterior, y que suponía que iban dentro el señor Mellish y su esposa.

—Entonces será mejor que vayas a la casa a asegurarte —dijo Conyers—; me interesa mucho saberlo.

—¿He de ir a la casa?

—¡Sí, cobarde, canalla! ¿Crees que va a comerte la señora Mellish?

—No creo tal cosa —respondió de mala gana el *idiota*—, pero preferiría no ir.

—Pues yo te digo que quiero saber si la señora está en casa —dijo Conyers—; quiero saber si la señora está en casa, lo que está haciendo, si hay alguna visita, y todo sobre ella. ¿Entiendes?

—Sí, es muy fácil de entender, pero muy extraño y difícil de hacer —replicó Steeve Hargraves—. ¿Cómo podría enterarme? ¿Quién me lo dirá?

—¿Qué sé yo? —dijo el adiestrador impaciente, porque la lenta y continuada estupidez de Hargraves excitaba la cólera febril del elegante Conyers—. ¿Qué sé yo? ¿No ves que estoy demasiado enfermo para moverme de la cama? Iría yo mismo si pudiese. ¿No puedes ir y hacer lo que te digo en lugar de quedarte ahí de pie argumentando tonterías que me van a volver loco?

Steeve Hargraves murmuró alguna disculpa malhumorada y salió arrastrando los pies del cuarto. Los hermosos ojos de Conyers le siguieron con el ceño fruncido. No es un agradable estado en el que te sume una borrachera, y el adiestrador estaba tan furioso consigo mismo por la debilidad que le había llevado a Doncaster la noche anterior, que experimentaba cierto alivio descargando su ira sobre los demás.

Hay una gran cantidad de penitentes en el mundo. Las doncellas propensas a sufrir por la locura de sus señoras, como la criada francesa de *lady* Clara Vere de Vere, que es muy probable que tenga que expiar la muerte del joven Laurence con el

paciente aguante del mal carácter de su señora, descosiendo y rehaciendo corpiños, que se habrían ajustado bien a su figura en cualquier otro estado de ánimo, en el que no estuviese sumida en tan profundo pozo de sufrimiento por el remordimiento de su mala conciencia. La fea herida en la garganta del joven Laurence, por no hablar de las crueles calumnias que circularon tras la investigación, hicieron la vida casi insoportable a la pobre y mansa institutriz que educaba a las hermanas menores de *lady* Clara; a las propias hermanas, el padre y la madre, y a las jóvenes confidentes de la dama, e incluso a sus más arrogantes adoradores; todos tienen su parte de expiación de la maldad de su señoría. Ella nunca admitirá dócilmente su culpa, ni se encerrará apartada del mundo para su expiación, buscando la redención, sino que arrojará la carga de sus pecados sobre los hombros de los demás y pasará su vida como una solterona capciosa y decepcionada.^[91]

Los comerciantes que cometen embarazosas faltas en la ciudad, los devotos lugareños cuyas desgracias les mantienen a distancia del local del señor Tattersall el día de paga,^[92] pueden hacer cargar a sus mujeres e inocentes niños con el peso de sus pecados, y hacerles sufrir las penurias de sus insensateces. El padre continuará fumando su *Cabanas* de cuatro peniques y medio por unidad, o el suave turco de nueve chelines la libra, y cenando tranquilo en *Crown & Sceptre* en el somnoliento clima de verano —cuando las abejas están dormidas en las flores en *Morden College*^[93] y el heno oloroso recién apilado en los prados más allá de *Blackheath*—. Pero la madre llevará su vestido de seda descolorida, o teñida, según el caso, y los niños renunciarán a las promesas de felicidad —al placer salvaje de los paseos al sol en una playa de guijarros—, rodeados de arenas amarillas que se extienden a lo lejos, para abrazar al siempre cambiante y sin embargo siempre constante océano, en sus brazos leonados. Y no sólo estas madres y estos pequeños, sino otras madres y otros pequeños se añaden a la penitente suma de iniquidades del moroso. El panadero podía planear la compra de un vestido nuevo para su esposa —y una invitación para el veraneo de *sus* hijos— con el dinero que esperaba cobrar de una cuenta fiada desde hace tiempo; pero el honesto comerciante, agriado por el despecho de tener que decepcionar a los que ama, es probable que se muestre enfadado en el mostrador de su negocio, e incluso que muestre su rencor los días de fiesta hacia la esclava del hogar que le espera en casa. La influencia de los malvados actos del moroso se va filtrando lentamente a través de los distintos e insidiosos canales que ni siquiera conoce o imagina. Las acciones insensatas o culpables hacen su trabajo fatal cuando el pecador que las ha cometido ya se ha olvidado de su iniquidad. ¿Quién sabe dónde o cuándo cesarán los resultados de sus malas acciones? La semilla del pecado no tiene consecuencias en un punto común, sino que se dispara a lo alto, atravesando la tierra, produciendo una *cosecha* determinada. Es el germen de una maleza que mana corrupta, cuyas ventosas dispersas viajan bajo tierra, más allá del alcance del ojo fatal, más allá del poder del cálculo mortal.

El señor Conyers, entonces, a la manera de los hombres, descargó su bilis sobre la

única persona que se puso en su camino, y se alegró de poder enviar al *idiota* en una misión desagradable y hacer sentir a su criado tan incómodo como lo estaba él mismo.

—La cabeza me da vueltas como si estuviera a bordo de un vapor —masculló revolviéndose a solas en su cama—, y mi mano tiembla hasta el punto de no poder sostener la pipa mientras la cargo. ¡Vaya un estado para hablar con ella! Y sin embargo, debo tener la cabeza despejada para ser un digno rival de esa mujer.

Dejó a un lado la pipa y volvió la cabeza cansadamente sobre la almohada. El calor del sol y el zumbido de los insectos le atormentaban. Un moscardón azul revoloteaba con sordo murmullo por entre las cortinas de la cama; un moscardón que parecía el genio del *delirium tremens*; pero el adiestrador estaba demasiado enfermo para poder hacer más que maldecir a su verdugo de púrpuras alas.

Le despertó de su adormecimiento la voz aguda de un mozo de las caballerizas que le llamaba desde la puerta. Conyers le gritó airadamente al muchacho para que subiese y le dijese lo que quería. Se trataba de un mensaje del señor John Mellish, que deseaba ver al instructor inmediatamente.

—¡El señor Mellish! —murmuró Conyers para sí mismo—. Dile a tu amo que estoy demasiado enfermo para moverme y que iré a verle más entrada la noche —le dijo al joven—; puedes ver que estoy enfermo, y podrás decirle que me has encontrado acostado.

El muchacho partió con estas instrucciones, y Conyers volvió a luchar con sus pensamientos, que no parecían serle muy agradables.

Beber licores alcohólicos y jugar a las cartas en una taberna deportiva es sin duda una deliciosa ocupación que podría ser gloriosa e inobjetable si uno pudiera pasar todo su tiempo bebiendo y jugando a las cartas; pero así como el más hermoso cuadro de Rafael o de Rubens no es más que un lienzo manchado por el tiempo si se vuelve del revés, los placeres de este mundo tienen *un* lado que generalmente es desagradable, y cuando se ha jugado y bebido durante algunas horas se produce cierta reacción, y el malestar que se experimenta es mayor que los placeres que le han precedido.

Conyers sacudía de un lado a otro su ardiente cabeza —sobre una almohada que parecía aún más caliente— con una visión de la vida muy diferente de la expuesta a sus *amigotes* la noche anterior, en el Lion & Lamb de Doncaster.

—Debería haber ido al *Leger* —masculló— para ganar una monstruosidad de dinero, pues si lo que se dice por Richmond es cierto, hubiera ganado seguro. Pero no puedo ir en contra de mi señora cuanto tengo en mente hacer las paces. Es tomarlo o dejarlo —sí o no—, y que sea rápido.

El señor Conyers adornó su discurso con dos o tres impropiedades bastante vulgares entre los hombres de su ralea, que no puedo reproducir aquí, y cerrando los ojos, cayó en un estado de somnolencia que no era ni vigilia ni sueño, sintiendo que la cabeza le pesaba un quintal que le arrastraba a través de la almohada a un abismo sin fondo.

Mientras Conyers permanecía tendido en este estado medio dormitando, Steeve Hargraves atravesaba lentamente y contra su voluntad el bosque camino de la verja, para tratar de descubrir lo que su amo le había encomendado.

La fachada irregular de la antigua mansión se alzaba frente al *idiota* al otro lado del suave prado, salpicado por macizos de flores multicolores, rústicos troncos de robles nudosos junto a grandes grupos de geranios color escarlata que brillaban bajo el sol, arcos enrejados cargados con rosas de todos los colores —desde el más pálido matiz rosado hasta el más profundo carmesí— y grupos de árboles de hoja perenne con hojas hermosas y exuberantes, cuyas enmarañadas guirnaldas habrían formado una corona digna de un rey.

El *idiota* poseía, aún con las profundas tinieblas de su alma, un leve rayo de esa luz que le faltaba por completo a James Conyers. Apreciaba toda la belleza de aquellas cosas; le eran agradables las líneas discontinuas de la fachada principal cubierta de hiedra —de arquitectura gótica aquí, e isabelina allá—; los pétalos rosados esparcidos sobre el prado, las sombras caprichosas de los árboles, el canto de la alondra demasiado perezosa para alzar el vuelo vagando de rama en rama, y el murmullo de una cascada lejana en el bosque formaban un lenguaje del que entendía tan sólo algunas sílabas dispersas aquí y allá; no se trataba por tanto de una jerga sin sentido para él, como lo era para su amo, para quien Holborn Hill transmitía la misma grandiosidad que los más áridos senderos inexplorados. El *idiota* percibía vagamente que Mellish Park era hermoso, y por esta misma razón odiaba más ferozmente a la mujer por cuya influencia le habían arrojado de su antiguo hogar.

La fachada de la casa estaba orientada al sur, y como el calor era sofocante en ese día de verano, todas las celosías estaban cerradas. Steeve Hargraves buscaba con la vista a su enemigo *Bow-wow* que, según todas las probabilidades, debía de estar echado en el dintel de la puerta principal; pero no veía señal alguna de la presencia del perro en los alrededores. La puerta principal estaba cerrada, así como las persianas abrigadas del sol por los rosales y las clemátides ante la habitación de John Mellish. El *idiota* rodeó la valla que circundaba el jardín hasta otra verja que se abría cerca de dicha habitación, y que estaba completamente oculta por el bosque de hayas, lo que la convertía en un buen punto de observación.

La verja estaba entreabierta. Tal vez la había dejado así el mismo John Mellish porque tenía costumbre de olvidarse de cerrar las puertas que abría, y el *idiota*, envalentonado con la calma que reinaba en torno de la casa, entró en el jardín y se acercó con sigilo hasta las persianas cerradas de la habitación del señor Mellish. Hubiera podido compararse su andar al de un perro callejero y miserable que se aventura a aproximarse a la choza donde duerme un mastín.

El mastín se hallaba ausente en esta ocasión, porque una de las persianas estaba abierta, y cuando Steeve Hargraves lanzó una prudente mirada al salón, experimentó la mayor satisfacción al verlo desierto. El butacón de John había sido retirado a alguna distancia de la mesa sobre la cual se veían cajas de pistolas y revólveres de

carga por la culata. Estas armas, dos o tres pañuelos, un pedazo de gamuza y una botella de aceite anunciaban que John Mellish había dedicado la mañana a examinar y limpiar las armas de fuego que formaban el principal ornamento de su gabinete.

Acostumbraba a dar comienzo a esta operación con grandes preparativos, a rehusar con desdén toda cooperación, a romper en sudor a la media hora y a llamar a alguno de sus criados para terminar la empresa, y volver a colocarlo todo en orden.

El *idiota* lanzó una mirada codiciosa a la magnífica colección de escopetas y pistolas, pues tenía ese amor innato a esas cosas lujosas que parece propio de todos los corazones, sea cual sea la situación u ocupación del individuo. En una ocasión había reunido dinero para comprar una escopeta, pero cuando tuvo los treinta y cinco chelines que pedía cierto negociante de Doncaster por un mosquete antiguo casi tan pesado como un pequeño cañón, le faltó el valor y no pudo separarse de las preciosas monedas cuyo contacto le causaban un estremecimiento de éxtasis por todo el cuerpo. No podía entregar esa suma de dinero incluso por el bien máspreciado; y como el prestamista se negó a recibir el pago en cuotas semanales de seis peniques, Stephen se fue de buena gana sin el arma y con la esperanza de que algún día el señor John Mellish recompensaría sus servicios con el regalo de alguna escopeta en desuso de *Forsythe* o *Mantón*. Pero ya no había esperanza alguna de felicidad, porque ahora reinaba en Mellish Park una nueva dinastía, una reina de negros ojos que le odiaba y que le había prohibido volver a mancillar sus dominios con sus vacilantes pies.

Supo que corría un peligro instantáneo en el umbral de aquella cámara sagrada que durante su larga permanencia en Mellish Park había considerado siempre como un verdadero templo de lo bello, pero las armas de fuego que veía sobre la mesa ejercieron sobre él una atracción magnética y se atrevió a deslizarse por la ventana abierta del gabinete. A continuación se sonrojó, y, temblando entonces de emoción, se dejó caer en el sillón de John y empezó a tocar aquellos preciosos instrumentos de guerra —contra las perdices y los faisanes— y cogerlos con sus grandes y torpes manos.

Por deliciosas que fueran las armas, y por agradable que fuera apuntar con ellas a un faisán imaginario, las pistolas ofrecían incluso más atractivo, porque con ellas no podía dejar de apuntar a sus mayores enemigos imaginarios; en ocasiones, a James Conyers, que le había insultado y abusado de él, y había amargado tanto el pan de su servidumbre; con mucha frecuencia, a Aurora, y una o dos veces al pobre John Mellish; pero siempre con una sombra en la expresión que prometía poca compasión si sus miradas hubiesen sido balas y hubiera tenido cerca a sus enemigos. Había entre aquellas armas una pistola pequeña, de extraña apariencia y cuya pareja no pudo encontrar, que le fascinó en extremo. Era una pistola tan bonita como el juguete de una señorita, y lo suficientemente pequeña para caber en el bolsillo de una dama, pero el gatillo cayó sobre el pistón cuando Steeve apretó el gatillo, con un ruido seco que no evidenciaba nada bueno.

—Pensar que con una cosa tan pequeña se puede matar a un grandullón —dijo

Hargraves haciendo un ademán con la cabeza en dirección al pabellón del norte.

Tenía aún la pistola en la mano cuando la puerta se abrió de pronto y apareció Aurora Mellish en el umbral.

Hablaba al abrir la puerta, incluso antes de entrar en el aposento.

—Querido John —dijo—, la señora Powell pregunta si el coronel Maddison come hoy aquí con los Lofthouse.

Un estremecimiento la hizo retroceder y tembló de pies a cabeza cuando sus ojos encontraron el rostro odiado del *idiota* en vez de la mirada familiar de John.

A pesar de la fatiga y la agitación que había experimentado en aquellos últimos días, no tenía mal aspecto; sus ojos estaban extrañamente brillantes, y un color febril teñía de carmín sus mejillas. Sus maneras, siempre impetuosas, eran entonces inquietas e impacientes, como si su carácter se hubiera cargado de una gran dosis de electricidad, hasta el punto de parecer a cada instante que iba a explotar una terrible tempestad de ira o aflicción.

—¿Usted aquí? —exclamó.

El *idiota*, avergonzado, no sabía cómo excusar su presencia. Se quitó la grasienta gorra de piel de liebre y la retorció dando vueltas entre sus grandes manos, pero no hizo ningún otro reconocimiento de respeto hacia la esposa de su antiguo amo.

—¿Quién te ha enviado aquí? —preguntó la señora Mellish—. Creía que te habían prohibido que volvieras a poner los pies en este lugar..., en esta casa al menos —añadió, y sus mejillas se encendieron de indignación—, aunque el señor Conyers haya tenido el capricho de tomaros por criado en el pabellón del norte. ¿Quién te envía?

—Él —respondió Hargraves, obstinadamente, indicando con un movimiento de cabeza la casa del entrenador.

—¿James Conyers?

—Sí.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Me dijo que viniera a la casa para comprobar si usted y el señor estaban de regreso.

—Entonces puedes ir y decirle que hemos vuelto —dijo Aurora con desprecio—, y que si hubiera tenido un poco de paciencia no hubiera sido necesario que enviara ningún espía.

El *idiota* se arrastró hacia la ventana, sintiendo que era despedido con estas palabras, mirando con desconfianza los ornamentos y los látigos ordenados sobre la repisa de la chimenea. La señora Mellish podía tener el capricho de descargar alguno sobre él si por casualidad la ofendiera.

—¡Alto! —dijo impetuosamente cuando ponía su mano sobre el pomo para tirar de él—. Ya que está aquí, puede llevarle una nota, o un pedazo de papel —añadió con desdén, como si no quisiera utilizar la palabra carta o mensaje para denominar de ese modo cualquier comunicación entre ella y el señor Conyers—. Sí..., puedes llevarle

unas líneas a tu amo. Espera mientras las escribo.

Agitó su mano con un gesto que expresaba claramente:

«No te acerques; eres más desagradable de lo que puedo soportar, incluso a cierta distancia», y se sentó en el escritorio de John. Escribió dos líneas con una pluma sobre una hoja de papel que dobló cuando la tinta aún estaba húmeda. Luego buscó un sobre entre todos los papeles de su marido, sus libros de contabilidad, facturas, recibos y listados, y, después de mucho rebuscar, introdujo en él el papel doblado humedeciendo el borde engomado; luego le entregó la misiva al señor Hargraves, que no había dejado de observarla con ojos anhelantes, deseoso de comprender esta nueva etapa del misterio.

«¿Contiene ese sobre las dos mil libras?», se preguntó. «No, no es posible. Semejante suma de dinero debe formar una enorme pila de oro y plata; una enorme montaña de brillantes monedas.»

Había visto algunas veces los billetes de banco en las manos de Langley, el anterior jefe de las caballerizas, y se preguntaba cómo era posible que el dinero estuviese representado por unos pedazos de papel tan delgados.

«Preferiría oro», pensaba, «si fuera mío, lo preferiría en oro y plata.»

Se alegró mucho cuando al llegar al pabellón del norte se encontró a salvo del alcance de los látigos de la señora Mellish y pudo comenzar a examinar el paquete que le había sido confiado.

La señora Mellish había humedecido demasiado el adhesivo del sobre —como tiende a hacer la gente cuando tiene prisa—, y a consecuencia de este descuido la goma estaba aún húmeda, de modo que Stephen Hargraves no encontró dificultad alguna para abrir el sobre sin rasgarlo.

Miró con cautela a su alrededor para cerciorarse de que nadie le observaba, y luego sacó el trozo de papel. Lo que contenía no merecía mucho la pena, pues se reducía a las siguientes palabras garabateadas con la escritura descuidada de Aurora:

«Espérame en el extremo sur del bosque, cerca del molinete, entre las ocho y media y las nueve de la noche».

El *idiota* sonreía burlescamente mientras leía esta comunicación.

—Es una caligrafía complicada —dijo al terminar la lectura—. ¿Por qué no escriben estos ricos como Ned Tiller, el del *León Rojo*? Su letra parece de imprenta y es más fácil de leer.

Volvió a cerrar el sobre presionando con fuerza el pulgar sucio para adherirlo mejor, sin mejorar el aspecto del sobre.

—Es muy descuidado y no notará nada raro —murmuró mientras observaba la carta—, y *no* se tomará la molestia de examinar si la han abierto antes. Lo que contiene no vale la pena, pero es bueno estar al corriente de todo.

Inmediatamente después de que Stephen Hargraves desapareciera por el ventanal abierto, Aurora volvió a salir del gabinete para ir en busca de su marido.

La detuvo en el umbral la señora Powell, que estaba de pie en la puerta y cuyo

insípido rostro expresaba esa paciencia respetuosa y sumisa de las personas asalariadas.

—¿Cena en casa el coronel Maddison, mi querida señora Mellish? —preguntó tímidamente, con una seriedad reflexiva que hacía creer que su vida, o al menos la tranquilidad de su alma, dependía de la respuesta—. Estoy ansiosa por saberlo, porque tendría que cambiar el plato de pescado, y tal vez haríamos bien en añadir una sopa oriental muy condimentada, o al menos un plato de *curry*, porque estos antiguos oficiales de las Indias Orientales son tan...

—No lo sé... —respondió Aurora, secamente—. ¿Hacía mucho rato que estaba en la puerta, señora Powell?

—Oh, no —respondió la viuda—, acababa de llegar. ¿No me ha oído llamar?

La señora Powell no habría consentido ser sorprendida en algo tan vulgar ni siquiera para acortar su tormento en la máquina de torturas, y hubiera completado sus palabras cuidadosamente mientras la rueda terrible continuaba estirando cada uno de sus músculos en una terrible agonía antes del *golpe de gracia* final.

La viuda repitió:

—¿No me ha oído llamar?

—No —dijo Aurora—, no ha llamado..., ¿verdad?

Aurora hizo una pausa alarmante entre las dos frases.

—Oh, sí; dos veces —respondió la señora Powell con tanto énfasis como le permitió su gentileza; he llamado dos veces, pero parecía muy ocupada en...

—No la he oído —dijo Aurora interrumpiéndola—, y debería llamar más fuerte si quiere que la oigan. He venido aquí en busca de John y me quedo para poner en orden sus armas. ¡Qué hombre tan descuidado! Siempre deja las cosas a medias.

—¿Quiere que la ayude, querida señora Mellish?

—Oh, no, gracias.

—Permítamelo, por favor. ¡Las armas de fuego son tan interesantes! La verdad, pocas cosas hay en el arte o en la naturaleza que, propiamente, sean...

—Preferiría que fuera a buscar al señor Mellish, y que se cerciorara de si el coronel cena o *no* aquí —interrumpió Aurora cerrando las cajas de las pistolas y colocándolas en su lugar correspondiente.

—Oh, veo que desea estar sola —dijo la viuda lanzando una mirada furtiva al rostro de Aurora, inclinada sobre las pistolas.

Y después salió de puntillas.

«¿Con quién hablaría?», se preguntó la señora Powell; «oía su voz, pero no la de la otra persona que, supongo, era la del señor Mellish; aunque, generalmente, no se mostraba tan calmada».

Se detuvo para mirar por una ventana del corredor, y encontró la solución a sus dudas en la desgarrada figura del *idiota* que se alejaba en dirección norte, arrastrándose furtivamente bajo las sombras de los árboles que bordeaban el prado. Las facultades intelectuales de la señora Powell estaban demasiado cultivadas y podía

intuir —tanto en la realidad como en su imaginación— mucho *más lejos* que las demás personas de su clase.

John Mellish no se encontraba en la casa, y tras efectuar varias preguntas a los criados, la señora Powell supo que había ido al pabellón del norte para visitar a Conyers, que se hallaba enfermo en la cama.

—¡Muy bien! —dijo la viuda—; pues entonces creo que debo ir yo misma al pabellón del norte y preguntarle al señor Mellish si, finalmente, el coronel cena o no en casa.

Tomó una sombrilla y cruzó el jardín hacia el norte con un paso muy rápido, a pesar del calor sofocante de aquel día.

«Si llego antes que Hargraves —pensaba—, podré saber por qué ha venido a la casa.»

La viuda llegó mucho antes que el *idiota*, que se había detenido —como ya sabemos, al abrigo de la vegetación, en la solitaria senda del bosque— para descifrar la caligrafía garabateada de Aurora en la nota. Encontró a John Mellish sentado con el entrenador en el saloncito del pabellón, conversando sobre las caballerizas; el amo hablaba con mucha animación, y el criado escuchaba con una lánguida indiferencia en la que había cierto aire de desprecio —por no decir desafío— respecto a los caballos del pobre John.

El señor Conyers se había levantado de la cama al oír la voz de su amo en el salón del piso bajo, y, vistiendo una capa sucia y un par de zapatillas viejas, finalmente había bajado para escuchar lo que el señor Mellish tenía que decirle.

—Lamento escuchar que está enfermo, Conyers —dijo John de todo corazón, con una frescura en su fuerte voz, cuyas notas parecían indicaban vigor y salud—; y como no se encontraba en condiciones de ir a la casa, pensé en venir en persona a hablarle de los asuntos de la cuadra. Quería preguntarle si no sería más conveniente no llevar a *Montecristo* a York, y si no seríamos más prudentes alistando a *Northern Dutchman* para que ocupe su lugar en el *Great Ebor*. ¿Eh?

La pregunta del señor Mellish resonó en la pequeña habitación, e hizo al insulso entrenador estremecerse. El señor Conyers tenía toda la irascible susceptibilidad que la incomodidad y la inconveniencia provocan en un hombre en su situación. ¿Es meritorio alzarse por encima de la propia posición, me pregunto, haciendo alarde de la incapacidad para ocupaciones honestas y trabajos duros pero mejorables? Las flores que en las fábulas quieren ser árboles siempre se llevan la peor parte, si mal no recuerdo. Tal vez sea porque no pueden hacer más que lamentarse. Con el hijo de un simple abogado corso, que se hizo emperador de Francia, todo el mundo tuvo muchas simpatías; pero con el pobre Louis Philippe, que huyó del trono en la primera ocasión que disturbó su equilibrio, me temo que, muy pocas.^[94] ¿Es correcto enojarse con la gente porque adore el éxito? ¿No es el éxito, de alguna manera, la estampa de la divinidad? La autodeterminación puede embaucar a los ignorantes durante un tiempo, pero, cuando se desvanece, abrimos el tambor y nos encontramos que era el vacío

hecho música. El señor Conyers se contentó con declarar que caminaba por un camino que no era digno de sus pasos, pero como nunca se confabuló para obtener una pulgada más allá del camino de la vida, hay razones para suponer que se guardaba su opinión enteramente para él.

El señor Mellish y su adiestrador discutían aún sobre los asuntos de las caballerizas, cuando la señora Powell alcanzó el alojamiento del norte. Se detuvo durante algunos minutos bajo el rústico pórtico, en espera de una pausa en la conversación.

Estaba demasiado bien educada para interrumpir al señor Mellish mientras hablaba, y había alguna posibilidad de oír alguna revelación si tenía un poco de paciencia.

Era imposible encontrar un contraste más notable que el existente entre aquellos dos hombres. John era robusto y ancho de espaldas; sus cabellos cortos y castaños algo rizados realzaban su frente alta y cuadrada, y sus brillantes ojos azules irradiaban honestidad a todos los que lo miraban; sus ropas grises, limpias y bien confeccionadas, y su camisa fresca con el primer aseo de la mañana, todo ello embellecido en su persona con la gracia fácil y peculiar de un hombre que nació caballero y que ni todos los bellos atavíos baratos que puede vender el señor Moses ni todas las galas absurdas y caras que puede comprar al señor Tittlebat Titmouse podrían servir para convertir en noble al vulgar o advenedizo.

El adiestrador era más apuesto que su amo, así como el Antínoo en mármol griego es más bello que los jóvenes nobles vestidos de pies a cabeza que representan los dibujos del señor Millais;^[95] tan bello como pudiera serlo la arcilla humana modelada según los tipos más altos de la belleza clásica; y sin embargo, cada centímetro de él era grosero; su camisa sucia y arrugada, el cabello áspero y despeinado; su oscura barbilla con sus incipientes pelillos azules sin rasurar, y embadurnada con las huellas de licor de la última velada; sus manos sucias apoyadas en la sucia barbilla, y los codos medio fuera de las deshilachadas mangas de su desharrapado chaquetón, apoyados en una actitud de indiferente insolencia. Sus facciones expresaban el descontento de su suerte y el desprecio por la opinión de las demás personas. Todas las homilías que pudieran predicarse sobre el antiguo tema de la belleza y de su escaso valor en sí misma no podrían argumentarse más poderosamente que la muda evidencia representada por el propio señor Conyers con su postura encorvada y su cabello despeinado. ¿Tan poca cosa es, pues, la belleza?, se pregunta uno, mirando a Conyers y a su amo. ¿Es preferible estar aseado y bien vestido, y ser caballeroso, a poseer un perfil clásico y llevar una misma camisa desgastada?

Encontrando poco interesante la conversación de John Mellish, la señora Powell entró en el salón y repitió la importante pregunta sobre el coronel Maddison.

—Sí —respondió John—, cenará en casa y es seguro que no faltará. Vamos a tener mucho *curry*, arroz hervido y jengibre en conserva, en una palabra, todas las

cosas que gustan a los oficiales del ejército de las Indias. ¿Ha visto a Aurora?

El señor Mellish se puso el sombrero, dio las últimas instrucciones a Conyers y salió del pabellón.

—¿Ha visto a Aurora? —volvió a preguntar.

—Sí, sí —respondió la señora Powell—; la he dejado hace poco en su gabinete. Me ha parecido que hablaba con ese *idiota* que llaman Hargraves.

—¿Hablabas con él? —exclamó John—. ¿En mi gabinete? No es posible; se le había prohibido a ese hombre cruzar el umbral de mi casa, y la señora Mellish lo abomina sólo con verle. ¿No se acuerda del día en que maltrató a su perro y su histeria...? —añadió el señor Mellish.

—Oh, sí, recuerdo ese pequeño..., ejem..., desafortunado incidente perfectamente —repuso la señora Powell con un tono que a pesar de su aparente amabilidad, daba a entender que el arrebato de ira de Aurora no era cosa fácil de olvidar.

—Ya ve, entonces, que no es muy probable que Aurora quisiera hablar con ese hombre. Debe de estar usted equivocada, señora Powell.

La viuda se sonrió tontamente y alzó las cejas, moviendo suavemente la cabeza con un gesto que parecía decir: «¿Alguna vez me equivoco?».

—No, no, mi querido señor Mellish —dijo con expresión medio festiva de convicción—, no me he equivocado. La señora estaba hablando con ese *idiota*; pero ya sabe que es una especie de criado del señor Conyers, y tal vez la señora tenía que enviarle algún mensaje.

—¿Un mensaje para él? —exclamó John deteniéndose de pronto, apoyando su bastón en el suelo con un movimiento de cólera no disimulada—. ¿Qué mensaje podría enviarle a él? ¿Qué necesidad tiene de comunicarse ella con él?

Los pálidos ojos de la señora Powell se iluminaron con una llama de un tono amarillo claro en sus verdes pupilas al ver estallar así el furor de John.

—¡Ya llega..., ya llega! —exclamó su corazón envidioso. Y sintió que un leve rubor de triunfo encendía sus demacradas mejillas.

Pero John Mellish recobró muy pronto la calma. Estaba furioso consigo mismo por aquel momento de indiscreta cólera.

«¿Dudaré aún de ella?», pensó. «¿No conozco lo suficiente la nobleza de su alma generosa como para creer cada insignificante indicio y aterrorizarme con cada mirada?»

Se hallaban a unos cien pasos del pabellón cuando John se paró vacilando y como medio tentado a retroceder.

—Un mensaje para Conyers —dijo a la señora Powell—; ay, ay, lo siento, es que sería bastante probable que le enviara un mensaje, porque entiende más que yo de caballos... Ella me aconsejó que no llevara a *Cherry-Stone* al *Chester-Cup*; yo me obstiné en no seguir su consejo y salí vencido como merecía, por no haber escuchado a mi querida niña.

La señora Powell con gusto hubiera abofeteado a John Mellish si hubiera sido lo suficientemente alta como para llegar a su altura. ¡Necio... enamorado! ¿No abrirá nunca los ojos para ver la ruina que se cierne sobre él?

—¡Es usted un buen marido, señor Mellish —dijo la viuda con dulce melancolía—, y su esposa debe de ser muy *feliz!* —añadió con un suspiro que daba a entender claramente que la señora Mellish era desgraciada.

—¡Un buen marido! —exclamó John—. No tan bueno como debiera ser para ella. ¿Qué puedo hacer para probarle mi amor..., qué puedo hacer? Nada, nada, salvo dejarla hacer su voluntad. ¡Y aún esto me parece tan poca cosa...! Pero si se le antojase prender fuego a esta casa por el único placer de hacer una hoguera —añadió señalando la casa en que sus ojos azules habían visto por primera vez la luz—, yo mismo la ayudaría y la vería arder a su lado.

—¿Vuelve al pabellón? —preguntó en voz baja la señora Powell, sin hacer caso de este desbordamiento de amor conyugal.

Habían retrocedido en efecto, y se hallaban a pocos pasos del pequeño jardín que rodeaba el pabellón del norte.

—¿Volver? —dijo John—; no..., sí...

Al dar esta respuesta negativa y afirmativa a un mismo tiempo, alzó la cabeza y vio a Steeve Hargraves entrando en la pequeña puerta del pabellón.

El *idiota* había seguido el camino atravesando el bosque.

John Mellish aceleró el paso y siguió a Hargraves por el pequeño jardín hasta el umbral de la puerta. En el umbral se detuvo. Estaba oculto por la densa maraña de rosas y madreselvas, y desde ese lugar podía escuchar sin ser visto desde el interior. No quiso escuchar deliberadamente, sino que se detuvo tan sólo unos instantes preguntándose qué es lo que debía hacer. En estos momentos de indecisión, oyó al entrenador hablar con su criado.

—¿La has visto? —preguntó.

—Sí, la he visto.

—¿Te ha dado algún mensaje?

—Me ha dado esto.

—¡Una carta! —exclamó el adiestrador ansioso—; dámela.

John Mellish escuchó el ruido del sobre al romperse y el crujido del quebradizo papel, y supo que su esposa había escrito a su criado. Sus manos se crisparon hasta el punto de penetrar sus uñas en las palmas y volvió el rostro hacia la señora Powell, que estaba en pie tras él, sonriendo tonta y mansamente, como se hubiera sonreído ante un terremoto, una revolución o cualquier otra calamidad nacional que no le hubiera afectado particularmente a sí misma.

Aunque estaba muy conmovido, dijo con acento tranquilo:

—Cualesquiera que sean las órdenes que ha dado la señora Mellish, estoy tan seguro de que serán útiles, que no interferiré en ellas.

Y tras pronunciar estas palabras, se alejó del pabellón mirando al frente, hacia la

casa, como si la estrella siempre inmóvil de su leal corazón le guiase a través del lúgubre cenagal de la desesperación, pidiéndole que nada temiera.

—Señora Powell —dijo volviéndose bruscamente hacia la viuda—, sentiría ofenderla porque debo respetar a todos los que se albergan bajo mi techo, pero consideraría como un favor que entendiese que no quiero recibir de usted ni de nadie información alguna sobre los movimientos de mi esposa. Todo lo que hace la señora Mellish lo hace con mi pleno consentimiento y mi completa aprobación; y perdóneme la expresión, señora, pero la mujer de John Mellish no necesita vigías ni espías.

—¡Espías..., información! —exclamó la señora Powell alzando sus pálidas cejas hasta extremos insospechados—. Mi querido señor Mellish, realmente sólo observé por casualidad..., y he respondido a una pregunta suya; creía que la señora Mellish...

—¡Oh, sí! —repuso John—, entiendo; hay muchos caminos para ir desde esta casa a Doncaster. Se puede ir atravesando los campos o rodear por Harper's Common, que es un camino apartado; pero se puede ir de todos modos, ya sabe, señora. Yo generalmente prefiero el camino real. Tal vez no es el camino más corto, pero es el más seguro.

Las comisuras del labio inferior descendieron un octavo de pulgada cuando John hizo estas observaciones, pero recobró al momento su refinada sonrisilla habitual y le dijo al señor Mellish que tenía una manera tan graciosa de expresarse, y tan poco clara, que apenas podía comprenderle.

Pero John había dicho todo lo que tenía que decir, y se dirigió con rapidez hacia adelante —mirando siempre hacia donde se supone que la estrella polar debería brillar— para guiarle de vuelta a casa.

¡Una casa sobre la cual iba a caer muy pronto la desolación! Se cernía sobre ella una desgracia que ni en sus más tenebrosas dudas..., ni en sus más salvajes miedos..., se había ensombrecido de ese modo.

XXIII

En el umbral de las desgracias más sombrías

John fue directo a su gabinete en busca de su esposa, y encontró las armas colocadas de nuevo en el lugar acostumbrado. La doncella de Aurora, una joven muy bien vestida, salió velozmente del vestíbulo de los criados, donde el ruido de cuchillos y tenedores anunciaba que se estaba preparando una cena importante; demasiado importante para detenerse a contestar las preguntas de John Mellish. Le dijo que la señora Mellish se quejaba de un violento dolor de cabeza, y que se había retirado a su aposento para acostarse. John subió las escaleras y se deslizó con precaución por el pasillo alfombrado, temeroso de que sus pasos interrumpiesen el reposo de su esposa.

La puerta del aposento estaba entreabierta; la empujó suavemente y entró. Aurora estaba tendida en un sofá, envuelta en una floja bata blanca, con sus cabellos de ébano destrenzados cayendo sobre sus hombros en mechones ondulantes que parecían brillantes serpientes negro-azuladas, que salían de la cabeza de la pobre Medusa para esparcirse sobre los pliegues de su ropaje. Dios sabe cuán extraños podían ser los sueños de la señora Mellish desde hacía muchas noches, pero en aquella velada abrasadora se hallaba sumida en un pesado adormecimiento; tenía las mejillas encendidas en un rojo febril, con una de las manos bajo su cabeza, hundida bajo los rizos enmarañados de su magnífica cabellera.

John se inclinó sobre ella con una tierna sonrisa.

—¡Pobrecilla! —pensó—. ¡Gracias a Dios que puede dormir, a pesar de los miserables secretos que se alzan entre nosotros! Talbot Bulstrode la dejó porque no podía soportar el dolor que estoy sufriendo yo ahora. ¿Qué motivo tendría para... dudar de ella? ¿Qué motivo comparable al que tuve un par de semanas atrás, la otra noche, o esta mañana? Y sin embargo..., sin embargo, tengo confianza en ella, y Dios quiera que confíe siempre en ella.

Se sentó en una butaca baja al lado del sofá en que dormía su esposa y, apoyando la cabeza en el brazo, la observaba, pensaba en ella, y rezaba, tal vez, por ella; después se quedó dormido, con su fuerte respiración armonizando con la más débil y regular respiración de Aurora. Se dormía y roncaba en la hora del peligro y se conducía por entero de una manera poco impropia para un héroe. Porque John no era un héroe. Era fuerte y de constitución robusta, con un pecho amplio y una salud a toda prueba. Con más probabilidades de morir de apoplejía que de marchitarse con gracia en un deterioro progresivo, o de romper un vaso sanguíneo en un momento de

intensa emoción. Duerme tranquilo, bajo el aire cálido de julio que penetra por las ventanas entreabiertas, confortándole con su cálido aliento y permitiéndole el completo reposo del cuerpo y la paz del alma.

Sin embargo, hasta en su tranquilo sueño hay un vago temor, una sombra persistente de los amargos recuerdos que el sueño no ha conseguido ahuyentar y que oprime su pecho con un dolor sordo, un enorme peso del que no puede librarse.

Durmió hasta el momento en que media docena de relojes del antiguo caserón cesaron su campaneó, dando las cinco de la tarde. Se despertó sobresaltado, y se encontró con la mirada de su esposa observándole atentamente; en sus ojos negros se leía un pensamiento solemne y una extraña seriedad en su rostro.

—Querido John —dijo Aurora inclinando su hermosa cabeza hacia su esposo y descansando su frente ardiente sobre la mano—, muy cansado debes de estar para dormir tan profundamente en medio del día. Hace cosa de una hora que estoy despierta, mirándote.

—¿Mirándome, Aurora? ¿Por qué?

—Estaba pensando en lo bueno que eres para mí. ¡Oh!, John, John, ¿qué puedo hacer por ti para compensar todo lo que...?

—Ser feliz, Aurora —dijo interrumpiéndola—, ser feliz y... y despedir a ese hombre.

—Lo haré, John, partirá muy pronto, querido... ¡Esta noche!

—¿Cómo? ¿Entonces la carta era para despedirle? —preguntó el señor Mellish.

—¿Sabes que le escribí?

—Sí, Aurora querida; y era para despedirle, ¿no es cierto? Dime que es cierto, Aurora. Dale todo el dinero que quiera para que guarde el secreto que descubrió, pero despídele, Aurora, despídele. Su visión me es odiosa. Despídele... o tendré que hacerlo yo mismo.

Se levantó con extrema agitación, pero Aurora apoyó suavemente la mano en su brazo.

—Déjalo de mi cuenta —dijo Aurora, en un susurro—. Créeme que haré lo mejor para todos, si es que no puedes soportar la idea de perderme... ¿Verdad que no podrías, John?

—¿Perderte, Aurora? Dios mío, ¿por qué me dices esas cosas? ¿Consentir en perderte? No, nunca podría consentirlo, y no lo consentiré. Te seguiría al fin del mundo, ¡y que el cielo tenga piedad de los que se interpusieran entre nosotros!

Sus dientes apretados, el brillo feroz de sus ojos y la rigidez de su boca dieron tal énfasis a sus palabras que mi pluma no podría expresarlo ni aunque agotase todos los epítetos de la lengua inglesa.

Aurora se levantó, y retorciendo los cabellos en un moño, se los ató en la parte de atrás de la cabeza. Después fue a sentarse cerca de la ventana y entreabrió las venecianas.

—¿Tenemos invitados hoy, John? —preguntó con desgana.

—Sí, querida, los Lofthouse y el coronel Maddison. Son las cinco; voy a llamar para que te suban una taza de té.

—Sí, querido, y tomarás una taza conmigo, si quieres.

Me temo que en su fuero interno el señor Mellish no tenía demasiada afición por las infusiones que su mujer le procuraba, pero hubiera cenado incluso con aceite de hígado de bacalao si Aurora se lo hubiera servido; y se esforzó en manifestar la mayor satisfacción con el único objeto de complacerla, afectando saborear la taza de té que le servía su mujer en la sagrada intimidad de su camerino.

La señora Powell oyó el tintineo de las finas cucharillas y las tazas de porcelana cuando pasó por delante de la puerta entreabierta para ir al aposento que ocupaba; y sintió un furor silencioso al pensar que el amor y la armonía reinaban en la sala donde tomaban el té los dos esposos.

Una hora más tarde Aurora bajó al salón con un riquísimo vestido de seda de color ambarino, adornado con un voluminoso volante de encaje negro. Sus cabellos estaban trenzados en una diadema sobre su cabeza, atados con tres estrellas de diamantes que John le había comprado en la Rue de la Paix y que estaban ingeniosamente montadas en pequeños resortes invisibles que las hacían temblar a cada movimiento de su hermosa cabeza.

Ustedes pensarán, tal vez, que hacía mal en adornarse tanto para recibir a un veterano del ejército de las Indias y a un clérigo rural y su mujer; pero si gustaba más de las lujosas galas que de los adornos sencillos no era por coquetería, sino que procedía más bien de un amor innato al esplendor y la prodigalidad, lo cual era uno de los rasgos de su carácter expansivo. Le habían enseñado siempre a pensar en sí misma como en la señorita Floyd, la hija del banquero, y le habían enseñado también a gastar el dinero como si fuera una de sus obligaciones para con la sociedad.

La señora Lofthouse era una mujer bonita, de pálido rostro y ojos color avellana. Era la hija menor del coronel Maddison y, «por nacimiento, ya sabes, querida, de familia mucho más elevada que la de Aurora que, a pesar de su riqueza, el fin, no era más que... etc., etc., etc.», como decía Margaret Lofthouse a una de sus amigas. No podía olvidar fácilmente que su padre era el hermano menor de un barón, y que se había distinguido por sus sanguinarias maneras en las guerras de Oriente, y le parecía muy injusto que Aurora tuviese tan crueles ventajas, siendo, como era, descendiente de unos mezquinos comerciantes de Glasgow.

Pero como resultaba del todo imposible para las personas honestas conocer a Aurora sin amarla, la señora Lofthouse le perdonaba de todo corazón sus cincuenta mil libras de dote y la declaraba la amiga más querida en el mundo, en tanto que la señora Mellish correspondía generosamente a su amabilidad, y acariciaba a la pequeña mujer como antes había acariciado a Lucy Bulstrode, con una condescendencia pomposa pero afectuosa, como la que debió sentir Cleopatra por sus esclavas.

La cena fue muy agradable. El coronel Maddison atacó los entremeses

expresamente preparados para él y elogió mucho al cocinero de Mellish Park. La señora Lofthouse explicó a Aurora los planes de una nueva casa escuela que iba a construirse en la parroquia de su marido. Aurora escuchaba pacientemente los detalles más tediosos, entre los cuales destacaban especialmente la cocina, la lavandería y una chimenea Tudor. Había oído hablar mucho de este tipo de refugios, pues apenas había iglesia y hospital, casa modelo o asilo para huérfanos o mendigos que se hubiera construido recientemente que no hubiese ayudado a pagar la hija del banquero; pero su corazón era lo suficientemente grande para todos ellos, y estaba siempre dispuesta para oír hablar de las cocinas, lavanderías y chimeneas Tudor de nuevo. Quizá aquel día no se tomaba tanto interés como en otras ocasiones, pero la señora Lofthouse no reparó en su falta de atención, pues con su mentalidad se le hacía imposible que no fuese interesante un tema de conversación como el de la nueva escuela. Nada es tan difícil como hacer entender a los demás que tal vez no se sienten las mismas preocupaciones que el prójimo. John Mellish no podía creer que las entradas para las carreras de caballos del *Great Ebor* no fueran de sumo interés para el señor Lofthouse, y el clérigo rural, por su parte, estaba completamente convencido de que los detalles de su plan filantrópico para la regeneración de su parroquia causaban el mayor deleite a su anfitrión. Pero el amo de Mellish Park estaba muy callado, inmóvil, con el vaso en la mano y mirando por encima de la mesa y de la cabeza de la señora Lofthouse, las copas doradas de los árboles que se alzaban entre el jardín y el pabellón del norte. Aurora, desde el extremo opuesto de la mesa, observó esta mirada triste, y una sombra oscureció su rostro en el momento en que se consolidó firmemente la resolución profundamente arraigada en su corazón. A los postres permaneció tanto tiempo con los ojos fijos en un albaricoque puesto en su plato y su rostro tenía un ceño que se ensombrecía por momentos de tal forma, que la pobre señora Lofthouse desesperaba de poder lanzarle una mirada significativa que debía liberarle del trabajo de escuchar de boca de su padre, por milésima vez, el relato de la caza del tigre y el jabalí. Tal vez no hubiera conseguido hacer ver esa señal femenina si la señora Powell, después de un poco significativo *ejem*, no hubiese hecho la observación de que muy pronto se haría de noche.

La viuda del suboficial era una de esas mujeres que declaran advertir la diferencia perfectible que existe entre la duración de los días 23 y 24 de junio y que continúan haciendo la misma observación hasta que las largas noches de invierno llegan con el día 21 de diciembre. Una observación de esta clase arrancó de su meditación a Aurora y la hizo levantar de la mesa bruscamente, olvidando la sonrisa de cortesía convencional que debía a sus invitados.

—¡Pasadas las ocho! —dijo—; no, no puede ser tan tarde.

—Sí, lo es, Lolly —respondió John Mellish consultando el reloj—, las ocho y cuarto.

—¡Por supuesto! Perdone, señora Lofthouse, ¿vamos al salón?

—Sí, querida —respondió la mujer del vicario—; allí podremos tener una

agradable charla. Papá beberá demasiado tinto si se cuentan las historias de jabalíes —añadió confidencialmente en un susurro—. Pida a su amable esposo, querida, que no permita que le llenen el vaso; o de otro modo mañana estará indispuesto y dirá que Lofthouse debía haberle contenido, porque siempre tiene la culpa de todo el pobre Reginald.

John miró ansiosamente a su mujer mientras permanecía de pie con la puerta en la mano para que pasasen las tres señoras, y se mordió los labios al notar la desagradable y recatada figura de la señora Powell, quien tocaba casi con el hombro a Aurora.

«Creo que le he hablado muy claramente esta mañana», pensó al cerrar la puerta para volver a sentarse al lado de sus amigos.

Las ocho y cuarto..., y veinte..., y veinticinco. La señora Lofthouse era una pianista muy distinguida, y nunca fue más feliz que interpretando a Thalberg y Benedict y sus amigos, Collard y Collard.^[96] Había anticuados en los alrededores de Doncaster que creían en Collard y Collard, y agradecían las magníficas melodías que salían de las sólidas cajas de palisandro, sin gloriosos adornos esculpidos ni grecas de oro molido. A las ocho y veintisiete, la señora Lofthouse estaba sentada ante el piano de Aurora, en los primeros compases de un preludio de seis bemoles; un preludio que exigía una destreza excepcional de la mano izquierda por encima de la derecha, y de la mano derecha sobre la izquierda, con extrañas posiciones del pulgar, de tal forma que, según las teorías ortodoxas de la escuela *pre-Thalberg* —que señala que un pianista nunca debe utilizar los pulgares—, la señora Mellish consideró que su amiga no desviaría la atención de las claves.

En el extremo del salón principal de Mellish Park de techo bajo, había un pequeño aposento muy acogedor, tapizado con cretonas salpicadas de cándidos capullos de rosa y amueblado con sillones y mesas de arce. Apenas hacía cinco minutos que la señora Lofthouse se había sentado al piano cuando Aurora se deslizó desde el salón a este aposento dejando a su invitada sin público, a excepción de la señora Powell. Se paró un instante en el umbral de la puerta para observar a la viuda que estaba sentada cerca del piano afectando una profunda atención.

«Me observa —pensó Aurora—, aunque tiene sus pálidos párpados caídos sobre los ojos, y parece mirar el bordado de su pañuelo. Tal vez me ve con la nariz o con la barbilla. ¿Quién sabe? Sus ojos están en todas partes. ¡Bah!, ¿he de tener miedo de *ella* cuando nunca lo he tenido de *él*? ¿Y qué he de temer?»

Su cabeza altiva y desafiante tomó una actitud más sumisa y una triste sonrisa curvó sus labios carmesí.

«Temo —añadió— hacerte infeliz, mi querido John, mi fiel esposo. Sí —dijo elevando súbitamente la cabeza reasumiendo su actitud de orgulloso desafío—, mi genuino esposo, ¡el que ha cumplido su promesa de matrimonio impoluto como cuando brotó de sus labios por primera vez!»

Recuerden que escribo lo que pensaba y no lo que decía, pues no tenía costumbre

de pensar en voz alta; no conozco a nadie que lo haga.

Aurora tomó un chal que había dejado sobre el diván y se cubrió ligeramente la cabeza, ocultándose tras un velo de encaje negro a través del cual los diamantes inquietos, temblorosos, brillaban como estrellas en un firmamento de medianoche. Parecía Hécate^[97] mientras permanecía en el umbral del ventanal, deteniéndose por un instante, con un firme propósito arraigado en su corazón, y una firme luz en sus ojos.

Aún permanecía en el mismo lugar cuando el reloj del campanario del pueblo anunció las ocho y tres cuartos. Mientras la última campanada se desvanecía en el aire, levantó la mirada al cielo de la noche y salió con paso rápido hacia el extremo sur del bosque que bordeaba el parque.

XXIV

El capitán Prodder es mensajero de malas noticias

Mientras Aurora permaneció en el umbral del ventanal abierto, un hombre esperaba en los anchos escalones de la puerta de entrada y discutía con uno de los criados de John Mellish, que se mostraba particularmente arrogante con el intruso y le impedía el paso con el indiferente desprecio de un criado bien educado.

El desconocido era el capitán Samuel Prodder, que había llegado a Doncaster al final de la tarde, había cenado en el Reno y había llegado a Mellish Park en un coche conducido por un mozo del establecimiento. El coche y el mozo esperaban a algunos pasos del vestíbulo, y si hubiera hecho falta alguna cosa para decidir la balanza de desprecio del criado hacia el capitán Prodder, además de su levita azul, el cuello de la camisa suelto y la cadena de plata de su reloj, el desharrapado vehículo del Reno hubiera llenado completamente este vacío.

—Sí, la señora Mellish está en casa —dijo el caballero de librea después de examinar al capitán de barco con un aire tranquilo y crítico que parecía querer provocar al pobre Samuel—; pero está ocupada.

—Tal vez dejará la ocupación por un momento cuando sepa quién quiere verla —respondió el capitán hurgando en su vasto bolsillo—. Me atrevo a decir que cambiará de idea cuando le haya entregado esta tarjeta.

Y dio al criado la tarjeta o más bien un trozo de cartón muy recio en el que se veía inscrito su nombre, disfrazado por los caprichosos adornos floridos del litógrafo hasta el punto de no ser fácilmente descifrables por ojos no habituados a ese tipo de caligrafía. La tarjeta, además de la dirección y el nombre del capitán, informaba de que era propietario de una parte del buque *Nancy Jane*, y que debían dirigirse a él todas las mercancías, etc., etc.

El criado tomó el documento entre el pulgar y el índice y lo examinó tan minuciosamente como si hubiera sido una reliquia de la Edad Media. Una idea luminosa se le ocurrió cuando leyó lo relativo al *Nancy Jane* y por primera vez miró con cierto interés al capitán.

—¿Vende cigarros? —le preguntó—. ¿O pañuelos, tal vez? Si se trata de puros puede pasar al vestíbulo y enseñar los artículos.

—¿Cigarros? —exclamó Samuel Prodder—. ¿Me toma por un contrabandista? —añadió con gran profusión de epítetos marineros con los que el educado señor Chucks era tan propenso a terminar los discursos—; soy el tío de su señora, o al menos

conocí a su madre cuando era muy niña —agregó con gran confusión porque recordó que su ruda profesión le alejaba de la alta posición de la señora Mellish y de su caballeroso esposo—. Así pues, tome mi tarjeta y entréguesela, ¿quiere?

—Tenemos invitados a cenar —dijo el criado, con frialdad—, y no sé si las damas han vuelto al salón; pero si es un pariente de la señora, voy a preguntar.

El criado se alejó lentamente dejando al pobre Samuel mordiéndose las uñas de muda aflicción por haber dejado caer la referencia a su parentesco.

—Este *engalanado*, vestido con el mismo corte de levita que llevaba lord Nelson a bordo del *Victory* —pensó el capitán— va a pensar que su señora es la sobrina de un viejo capitán que vende tabaco de contrabando..., y lo contará a los demás criados.

El criado regresó —mientras Samuel Prodder se reprochaba a sí mismo su torpeza— y le informó de que la señora no se encontraba en la casa.

—Pero ¿quién toca el piano, entonces? —preguntó el capitán con escéptica brusquedad.

—¡Ah!, es la esposa del vicario —respondió el hombre con desprecio—; una mujer que habrá sido institutriz, sin duda, porque toca muy bien para ser una verdadera dama. La nuestra casi no toca, al menos nada más que polcas y ese tipo de cosas. ¡Buenas noches!

Y cerró la puerta en las narices del capitán sin más ceremonia, dejando a Samuel a la entrada de la casa de su sobrina.

«¡Y pensar que jugaba a la rayuela y las canicas con la madre de esa joven —pensó el capitán— y ahora su criado me da con la puerta en las narices!»

El marino pensaba de esta forma más con decepción que con resentimiento. En verdad apenas se atrevía a esperar mejor acogida, pues creía que era muy natural que los criados de su sobrina se burlasen y le tratasen con desprecio. Sólo esperaba *verla*... Sólo esperaba ver a la hija de Eliza cara a cara por un instante, y no temía el asunto.

—Voy a cruzar por el parque —dijo al mozo de Doncaster—; hace una buena noche y será agradable dar un paseo bajo los árboles. Puede conducirse de nuevo por el camino y esperarme en la carretera fuera de la verja.

El cochero asintió con la cabeza, dio un chasquido a su látigo y dirigió a su vieja yegua gris hacia la verja del parque. El capitán Samuel Prodder avanzó muy lentamente —con toda la intención— por el camino que había decidido recorrer. El parque era un territorio extraño para él, pero según iba adentrándose en él, lo observaba con más admiración, admiraba las arboledas que dejaban ver a intervalos verdes anfiteatros plantados de magníficos robles, cuyas ramas proyectaban anchas sombras sobre el prado iluminado aún por los últimos rayos de sol. Había contemplado con asombro de marino aquellas bellezas de interior —en aquellos tranquilos dominios— y reflexionaba sobre si sería agradable para un viejo marinero cansado de cruzar los mares acabar sus días en la calma monótona del bosque, lejos

del estruendo de la tempestad, y de la terrible voz del océano; y, en su decepción por no haber visto a Aurora, experimentaba una especie de consuelo al caminar por la hierba húmeda en las sombras de la noche, en la dirección en que —guiado por el infalible instinto de marinero— se encontraba la puerta del parque.

Tal vez abrigaba alguna esperanza de encontrar allí a su sobrina en su camino a través del parque. El criado le había dicho que no estaba en casa, y no podía estar muy lejos, pues se daba una cena en la casa y era poco probable que abandonara a sus invitados. Posiblemente estaría paseando por el parque con algunos de ellos.

Las sombras de los árboles crecían más oscuras sobre la hierba, a medida que el capitán Prodder se internaba en el bosque, pero se encontraban en ese momento dulce del verano en que apenas reina una oscuridad completa dos o tres horas de las veinticuatro, y aunque el reloj de la aldea daba las nueve y media cuando el marino se internó en el bosque, pudo distinguir los contornos de dos figuras que avanzaban hacia él desde el extremo opuesto de la larga avenida, en dirección oblicua a las portillas.

Eran un hombre y una mujer; la mujer llevaba un vestido de color claro que brillaba en la oscuridad, y el hombre se apoyaba en un bastón y cojeaba perceptiblemente.

—¿Será mi sobrina con alguno de los invitados? —pensó el capitán—. Pudiera ser. Voy a echarme a un lado y les dejaré pasar.

Samuel Prodder se ocultó detrás de un árbol a la izquierda de la alameda por donde se acercaban las dos personas, y esperó con paciencia que estuviesen bastante cerca para distinguir el rostro de la mujer. La mujer era Aurora Mellish. Caminaba a la izquierda del hombre y, por tanto, estaba más cerca del capitán. Volvía la cabeza a su compañero como con un gesto de desprecio y desafío, a pesar de que hablaba con él en ese momento; su pálido semblante, altivo y desdeñoso, era bastante visible para el marino al amarillento resplandor de la luna que acababa de asomar. Una débil línea carmesí por detrás de los negros troncos de un grupo distante de árboles indicaba el sitio por donde el sol había desaparecido, con rastro vívido que parecía de sangre.

El capitán Prodder contemplaba con admiración el hermoso rostro vuelto hacia él; vio los ojos negros con una tenebrosa y sombría profundidad en la que se adivinaban la ira y el desprecio; y vio también el brillo centelleante de los diamantes que resplandecían a través del velo negro que cubría su orgullosa cabeza; la vio, y su corazón se heló a la vista de aquella pálida belleza alumbrada por el resplandor misterioso de la luna.

—Podría ser el fantasma de mi hermana —pensó— que viene a visitarme en este tranquilo lugar; sería muy difícil de creer que fuera de carne y hueso.

Hubiera salido tal vez de detrás del árbol para saludar a su sobrina si no le hubieran detenido las palabras que pronunció al pasar cerca de él, palabras que sacudían dolorosamente su corazón pues rebosaban cólera y amargura, discordancia y desventura.

—Sí, te odio —dijo Aurora con voz clara, que parecía vibrar fuertemente en la penumbra—. ¡Te odio! ¡Te odio, te odio!

Y repetía estas duras palabras como si experimentase algún placer o deleite al pronunciarlas, que en su ingobernable ira no pudo negarse a sí misma.

—¿Qué otras palabras podías esperar de mí? —añadió con una risa burlona y ahogada cuyo tono expresaba una profunda desgracia y una total desesperanza, en mayor medida que un estallido en sollozos—. ¿Pretendes acaso que te quiera, respete o tolere?

Su voz se elevó con cada rápida palabra, confundiéndose paulatinamente en un sollozo histérico, pero sin llegar al llanto.

—¿Acaso pensabas que diría otra cosa? Te odio y te detesto; eres la causa principal de cada sufrimiento que he tenido, de cada lágrima que he derramado, de cada humillación que he recibido, de cada noche de insomnio, de cada día de fatiga, de cada hora de desesperación que he pasado. ¡Más aún... sí, mil veces más aún!... Te considero la causa principal de la desdicha de mi padre. Sí, incluso antes de la locura insensata que cometí al creer en ti, al pensar que... ¿qué? ¿Claude Melnotte, quizá? ¡Maldito sea el hombre que escribió la obra, y malditos los actores que la representaron, si contribuyeron a que hiciera lo que hice cuando te conocí!^[98] Te repito que te odio; tu presencia envenena mi casa, y tu aborrecida sombra atormenta mi sueño. No, no mi sueño, porque ¿cómo he de dormir sabiendo que estás cerca de mí?

El señor Conyers, aparentemente cansado de caminar, se apoyó en el tronco de un árbol para escuchar el fin de este discurso, mirando con desafiante insolencia a la oradora. Pero el furor de Aurora había llegado hasta ese punto en que toda conciencia de las cosas externas se disipa ante la cólera y el odio. No advirtió la expresión de arrogante indiferencia del hombre; sus pupilas dilatadas se quedaron mirando fijamente al frente, a la oscura oquedad desde la que el capitán Prodder observaba a la hija única de su hermana, mientras sus inquietas manos deshilachaban el frágil borde del chal, en la agonía de su ataque de ira.

¿Habéis visto alguna vez a este tipo de mujer encolerizada? Impulsiva, nerviosa, sensible y ardiente. En estas mujeres la cólera es una locura —breve a Dios gracias— en la que se desahogan con palabras muy crueles y ofensivas y destrozan encajes y cintas, pues de lo contrario los jueces tendrían que sentarse en el tribunal con mucha más frecuencia de la que lo hacen. Es una suerte para el género humano que esas ofensivas palabras satisfagan la animosidad de los que se sirven de ellas como de un puñal, y que se pueda amenazar con cosas crueles sin abrigar la intención de llevarlas a cabo.

—Si el sermón ha de ser muy largo, me permitirás al menos que encienda un cigarro —dijo Conyers con creciente apatía.

Aurora no le prestó atención a esta calma insolente, pero el capitán Prodder apretó involuntariamente los puños, dio un paso hacia ellos y sacudió las hojas de la

maleza a su alrededor.

—¿Qué es eso? —preguntó Conyers.

—Mi perro, tal vez —respondió Aurora—; está por aquí conmigo.

—¡Maldito chucho cegato! —masculló Conyers con el cigarro en la boca. Y frotando un fósforo contra la corteza de un árbol, la luz azufrosa iluminó su hermoso rostro.

«Es un bribón —pensó el capitán Prodder—, un sinvergüenza despiadado; aunque bien parecido. ¿Qué puede haber entre mi sobrina y él? No es su marido, de eso no hay duda, pues no parece un caballero; pero si no es su marido, ¿quién puede ser?»

El marino se rascaba la cabeza en su desconcierto; se sentía aturdido por las violentas palabras de Aurora, y únicamente comprendía que pesaba sobre su sobrina una gran desgracia.

«Si supiera que ese hombre le ha hecho el menor daño —masculló para sí—, le *arreglaría* esa carita bonita, y sus amigos no reconocieran su hermoso rostro mientras le quedara un soplo de vida en el cuerpo.»

Conyers arrojó el fósforo encendido y comenzó a aspirar el humo del cigarro recién encendido. No se tomaba la molestia de quitárselo de la boca para dirigirse a Aurora, hablando entre dientes y fumando en las pausas de su discurso.

—Tal vez puedas hablar mejor de negocios —dijo— cuando estés más tranquila. ¿Qué quieres que haga?

—Lo sabes tan bien como yo —respondió Aurora.

—¿Quieres que me vaya de este lugar?

—Sí, para siempre.

—¿Y he de tomar lo que me das y quedar satisfecho?

—Sí.

—¿Y si me niego?

Aurora se volvió bruscamente hacia él al oír esta pregunta y le miró durante algunos instantes en silencio.

—¿Y si me niego? —repitió, aún fumando.

—¡Ay de ti! —gritó ella con los dientes apretados—. ¡Ay de ti!

—¿Qué? ¿Me matarías, acaso?

—No, pero lo revelaría todo y obtendría la libertad que debí buscar hace dos años.

—¡Ah! Estoy seguro —dijo Conyers— de que sería una noticia muy agradable para el señor Mellish y para tu pobre padre, y un lindo escándalo para los periódicos. Estoy tentado de ponerte a prueba y ver si tienes valor suficiente para hacerlo, mi señora.

Aurora golpeó el suelo con el pie y desgarró el encaje que tenía entre las manos arrojando los pedazos al viento, pero no le respondió.

—Te gustaría traspasarme el pecho a puñaladas, hacerme saltar la tapa de los sesos o estrangularme, ¿no es cierto? —preguntó Conyers burlonamente.

—¡Sí —gritó Aurora—, lo haría! —y echó la cabeza hacia atrás con un gesto de absoluto desprecio, mientras hablaba—. ¿Por qué pierdo mi tiempo hablando con un hombre como tú? Las más injuriosas palabras no pueden herir a un carácter tan vil; mi desprecio no te hace el mínimo daño, del mismo modo que no se lo haría a cualquier odiosa criatura que se arrastrara en torno al estanque.

El entrenador se quitó el cigarro de la boca y golpeó la ceniza con el dedo meñique.

—No —dijo con sonrisa desdeñosa—, es cierto que no soy de piel fina y que estoy bastante acostumbrado a este tipo de asuntos. Pero sería mejor, tal como dije hace un momento, hablar de negocios y dejamos de disputas y recriminaciones. Así acabaríamos antes.

A estas alturas, el capitán Prodder —que se había acercado impelido por el vehemente deseo de estrangular al interlocutor de su sobrina— tocó con el sombrero las ramas inferiores del árbol que le ocultaba.

No daba lugar a equívocos, esta vez, la causa del ruido. Conyers se estremeció y cojeó hasta el escondite del capitán.

—Nos escuchan —dijo—, estoy seguro de que nos escuchan. Tal vez el miserable Hargraves... Imagino que es un chivato.

Conyers se apoyó contra el árbol tras el que el marinero se ocultaba y agitó el bastón por la hierba sin poder encontrar las piernas del espía.

—Si ese estúpido se atreve a espiarme —exclamó Conyers fuera de sí—, hará bien en no caer en mis manos, porque se acordará toda la vida.

—¿No te he dicho que mi perro me seguía? —exclamó Aurora, desdeñosamente.

En ese instante se oyó un ligero rumor en la hierba al otro lado de la avenida, a alguna distancia del lugar en que se ocultaba el marino.

—Ese será tu perro —dijo Conyers—, pero aquí había un hombre. Vayamos más lejos y zanjemos este asunto; son más de las diez.

Conyers estaba en lo cierto; el reloj de la iglesia había dado las diez unos quince minutos antes, sin que Aurora lo hubiera advertido. El sonido de la campana se había ahogado en medio de las voces furiosas que zumbaban en su pecho; miraba a su alrededor hacia las sombras de la noche que no podía disipar la pálida luna amarillenta, demasiado baja para arrojar luz sobre las tenebrosas sendas y los estanques del bosque.

Conyers se alejó cojeando con Aurora a su lado, que se mantenía separada de él todo lo que le permitía la anchura del camino.

Se hallaban ya fuera del alcance de su oído, y casi de la vista, cuando el capitán volvió de su absoluto estupor para reflexionar correctamente sobre lo sucedido.

—Debí romperle la cabeza —dijo por fin—, sea o no sea su marido, y lo hubiera hecho —añadió el capitán— si mi sobrina no me hubiera parecido tan enérgica y capaz de dispararle buenas andanadas de duras palabras. Encontraré mi sombrero —dijo buscando a tientas entre la maleza— y después iré corriendo hasta la verja para

encontrarme con el cochero y decirle que amarre el caballo y espere en el coche. Se preguntará qué me traigo entre manos, pero no quiero irme aún. Me quedaré hasta descubrir lo que ocurre entre mi sobrina y el cojo.

El capitán encontró su sombrero y corrió hacia la puerta de la verja donde encontró al mozo del Reno profundamente dormido, con la cabeza sobre las rodillas y las riendas sueltas entre sus manos. El caballo, con la cabeza encapuchada, parecía tan profundamente dormido como el cochero.

El joven se despertó con el ruido de la verja sobre su eje y los pasos del capitán en el camino.

—No vuelvo a bordo por el momento —dijo el capitán Prodder—; voy a dar otra vuelta por el bosque, porque la noche es deliciosa. Vengo a decirle que me espere, para que no se crea que me he muerto.

—Casi lo creí, con franqueza —respondió el mozo—. ¡Ha tardado tanto!

—Encontré al señor Mellish y su esposa en el bosque y me detuve a echarles un vistazo. Según parece, ella tiene mucho genio, ¿no es cierto? —dijo el capitán con afectada indiferencia.

El mozo del Reno sacudió la cabeza con gesto de duda.

—No lo sé —dijo—, pero la quieren mucho en todo el condado, tanto la gente pobre como los ricos. Cuentan que un día dio de latigazos a un pobre mozo porque había maltratado a su perro; pero hizo muy bien —añadió el joven con tono decidido—; esos *idiotas* son muy crueles.

El capitán Prodder se quedó dudando sobre esta última información. No le entusiasmaba nada que la hija de su hermana hubiese dado latigazos a un criado *idiotita*. Este incidente trivial no armonizaba con la idea que se formaba de la bella heredera, que tocaba todos los instrumentos y hablaba media docena de idiomas.

—Sí —añadió el cochero—, se dice que le dio una buena tunda; le confieso que la admiro por ello.

—Bien, bien —respondió el capitán Prodder, pensativo—. ¿El señor Mellish cojea un poco, no? —preguntó tras un instante de silencio.

—¿Cojo? —exclamó el cochero—. ¡Dios le bendiga! ¡No, nada de eso! John Mellish es el mejor y más elegante caballero de los contornos. Lo sé muy bien, porque le he visto..., le he visto entrar en nuestro establecimiento con bastante frecuencia la semana de las carreras.

El corazón del capitán sintió cierto malestar al oír estas palabras. Entonces, ¡el hombre que discutía con su sobrina no era su marido! La disputa le había parecido lo bastante natural al marino mientras creyó que la escena ocurría entre marido y mujer, pero visto bajo otro punto de vista, se estremeció repentinamente su robusto corazón y palidieron los matices de su tostado rostro.

«¿Quién era, entonces? —se preguntaba—; ¿quién era aquel hombre con el que su sobrina discutía... a solas, en la oscuridad, y a una milla de su casa?»

Antes de encontrar una respuesta a esta cuestión que le agitaba y le alarmaba, se

oyó la fuerte y aguda detonación de una pistola, que atravesó el bosque y encontró un vago eco en una colina distante. El caballo enderezó las orejas y echó a andar unos pasos; el cochero lo paró con un sordo silbido.

—Me lo imaginaba, son cazadores furtivos —dijo—; esta parte del bosque tiene mucha caza, y aunque el señor Mellish amenaza continuamente con denunciarlos, saben muy bien que no cumpliré sus amenazas.

A pesar de su corpulencia y sus poderosas extremidades, el marino se apoyó en la verja temblando de pies a cabeza.

¿Qué había dicho su sobrina un cuarto de hora antes cuando aquel hombre le preguntó si le mataría?

—Deje aquí el caballo —dijo con voz jadeante—, átelo a la verja y venga conmigo. Si... si... son... furtivos... los cogemos.

El joven arrojó las riendas sobre la verja. No temía en absoluto que el caballo gris del Reno emprendiera la fuga. Los dos hombres corrieron hacia el bosque, y el capitán se dirigió hacia el punto de donde su fino oído le indicaba que habían salido los disparos.

La luna se elevó lentamente en el cielo tranquilo, pero aún reinaba la más profunda oscuridad en el bosque. El capitán se detuvo cerca de una pequeña casita rústica medio en ruinas y casi sepultada bajo las ramas enmarañadas que se arrastraban sobre el techo musgoso y la ruinosa madera carcomida.

—El disparo fue por aquí —murmuró el capitán, a unas cien yardas al norte de la puerta—. Apostaría la cabeza a que no ha sido muy lejos del sitio donde estamos.

Miró en torno suyo a la tenue luz, y no pudo ver a nadie; pero todo un ejército hubiera podido ocultarse entre los árboles que circundaban el prado en el que se alzaba la desvencijada casita. Escuchaba con la cabeza descubierta y la mano fuertemente apoyada sobre el corazón como para contener sus tumultuosos latidos. Escuchaba atentamente, como lo había hecho tantas veces en el mar vidrioso, para percibir el menor soplo del viento naciente; pero no oía más que el monótono canto de las ranas en el estanque cercano a la casa.

—Hubiera jurado que el disparo venía de aquí —dijo—. ¡Dios quiera que sean furtivos, después de todo!, pero me ha dado un mareo que me hace sentir como un tonto de Cockney a bordo de un vapor entre Bristol y Cork. ¡Qué necio! —murmuró el capitán después de dar vueltas a la casa y convencerse de que no había nadie oculto—; se diría que no había oído un disparo antes de esta noche.

Se puso el sombrero de nuevo y avanzó hacia adelante, sin dejar de mirar y escuchar con atención a su alrededor, pero con el ánimo más tranquilo que al entrar en el bosque.

Se paró de pronto, detenido por un sonido que en sí mismo, sin referencia exterior alguna, ejerce una misteriosa y escalofriante influencia sobre el corazón humano. Este sonido era el aullido prolongado y monótono de un perro. Un sudor frío inundó la frente del marino, pues aquel aullido, que hacía nacer siempre el terror en su alma

supersticiosa, era doblemente terrible aquella noche.

—Ese perro anuncia una muerte —masculló con un gemido—. Los perros no aúllan de ese modo excepto en presencia de la muerte.

Volvió la cabeza y miró a su alrededor. La luna brillaba débilmente, con luz tenue, alumbrando la superficie del agua del estanque cercano, donde el capitán vio dos negras sombras que se elevaban; un cuerpo tendido casi al borde del agua, y un gran perro que, alzando al cielo la cabeza, aullaba lastimosamente.

Era deber del pobre John Mellish, en su calidad de anfitrión, permanecer sentado a la cabecera de la mesa, hacer circular la botella de tinto y escuchar las historias de la caza del tigre y el jabalí del coronel Maddison, mientras lo tuviera a bien el oficial de la India para diversión de su amigo y su yerno. John se alegraba de que el paciente señor Lofthouse estuviera al tanto de todas estas historias y supiera con exactitud en qué punto de dichos relatos era preciso reír, prestar más atención o poner una expresión más o menos atemorizada, porque el señor Mellish era un mal espectador en esta ocasión. Acercó el plato de avellanas hacia el coronel en el momento en que «la tigresa se preparaba para lanzarse sobre nosotros desde la loma, señores, cuando, por Júpiter...», en el momento de mayor intensidad del relato, le interrumpió para pedirle vino, echándole a perder la historia.

Los tigres y los jabalíes confundían y cansaban el ánimo del señor Mellish, que anhelaba el momento en que, decorosamente, pudiera salir al salón para saber lo que hacía Aurora en la calma de aquel crepúsculo. Cuando se abría la puerta para dar entrada a los criados con nuevas botellas, oía el sabio tecleo de la señora Lofthouse y se alegraba al pensar que su esposa estaba allí muy tranquila, tal vez, escuchando las sonatas que la esposa del rector se regocijaba en interpretar.

Sacaron las lámparas antes de que se acabasen las historias del coronel Maddison, y cuando el mayordomo de John entró a preguntar si los caballeros querían café, el veterano oficial de las Indias respondió:

—Sí, y también cigarros. Supongo que está prohibido fumar en el salón, ¿eh, Mellish? Órdenes de las damas y las cortinas de seda, ¿no es cierto? A Clara no le gusta el humo en la rectoría, y el pobre Lofthouse se ve obligado a escribir sus sermones en la casita de verano, porque sabes que no puede escribir sin un cigarro y sin un volumen de Tillotson^[99] o alguno similar..., unos mojigatos, ¿eh, George? —preguntó el chistoso caballero hundiendo los dedos llenos de grasa en la espalda de su yerno y derribando dos o tres copas con enérgica jocosidad.

¡Qué aburrido le parecía todo a John Mellish aquella noche! Se preguntaba a sí mismo cómo se sentirían las personas que no estaban atormentadas por misterio alguno, los que no tenían, como él, «un esqueleto emparedado bajo la chimenea».

Contemplaba la cara apacible del rector con una punzada de envidia. Para aquel hombre no había secreto alguno; no desgarraba su corazón una lucha perpetua; no batallaba con las atroces dudas que nunca podrán desvanecerse; no le acechaba ningún temor vago, incesante e irracional, ninguna discusión muda en la que se

abogaba o fiscalizaba sin cesar la misma causa, y con el mismo resultado.

¡Que el cielo se apiade de los que tienen que sufrir en silencio tan secreta desesperación! Vemos las caras risueñas de nuestros vecinos y decimos en la amargura de nuestro corazón que A es muy feliz, que B no puede estar tan endeudado como dicen, y que C y su hermosa mujer forman la pareja más dichosa de la tierra. Y sin embargo B estará mañana en la *Gaceta* por quiebra, y C llorará en su hogar deshonorado junto a un grupo de niños sin madre que preguntarán por qué mamá hace sufrir tanto a papá. Estas batallas son silenciosas, pero nunca dejan de atormentarte. Mantenemos al zorro escondido bajo la capa, pero no por ello los dientes del animal son menos afilados, ni es menor el agudo dolor que nos causan; tal vez son batallas incluso más terribles porque deben sobrellevarse en silencio.

John Mellish dio un largo suspiro de alivio cuando el veterano oficial terminó su tercer cigarro y declaró que estaba en situación de reunirse con las señoras. Las luces estaban ya encendidas en el salón y las cortinas corridas sobre las ventanas abiertas cuando los tres caballeros entraron. La señora Lofthouse dormitaba en un sofá, con un Libro de Belleza abierto a sus pies, y la señora Powell, pálida e insomne —como el dolor y la pena, como los celos y el odio, y todo lo voraz que no puede ser saciado—, bordaba dificultosas monstruosidades en una delicada muselina de batista.

El coronel se dejó caer pesadamente sobre un lujoso sillón y quedamente se abandonó al sosiego. El señor Lofthouse despertó a su esposa y le consultó sobre la conveniencia de pedir el carruaje. John Mellish miró ansiosamente alrededor del cuarto. Para él estaba desierto; el rector y su esposa, el veterano oficial de las Indias, y la viuda, no eran más que espectros fosforescentes, vanos fantasmas; en resumen, no eran *su* Aurora.

—¿Dónde está Lolly? —preguntó interrogando con la mirada a la señora Lofthouse y a la señora Powell—; ¿dónde está mi esposa?

—Realmente no lo sé —respondió la viuda, con tono deliberadamente gélido—. No he estado espiando a la señora Mellish.

Este dardo envenenado rebotó lejos del alma preocupada de John; no había ya sitio en su herido corazón para agujonazos tan mezquinos como estos.

—¿Dónde está mi esposa? —exclamó furiosamente—. Debe saber dónde está... No está aquí... ¿Está arriba? ¿Ha salido?

—Supongo —respondió la viuda con más escrupulosidad de la acostumbraba— que la señora está en el jardín, porque salió cuando dejamos el comedor.

El reloj francés de la chimenea dio las diez y tres cuartos cuando cesó de hablar, como para dar más énfasis a sus palabras y recordarle al señor Mellish el tiempo que hacía que su esposa estaba ausente. El señor Mellish se mordió furiosamente los labios y caminó a grandes pasos hacia una de las ventanas. Iba en busca de su esposa, pero se detuvo cuando abría uno de los ventanales detenido por la mano alzada de la señora Powell.

—¡Escuche! —dijo—. Temo que ha habido alguna novedad. ¿No ha oído ese

violento campanillazo en la puerta del vestíbulo?

El señor Mellish dejó caer la cortina y regresó al salón.

—Es Aurora, sin duda —dijo—, es Aurora; imagino que la han dejado fuera de nuevo. Le suplico, señora Powell, que en adelante evite que vuelva a ocurrir. Realmente, señora, es bien raro que mi mujer encuentre siempre cerradas las puertas de su casa.

Hubiera podido extenderse más, pero se interrumpió pálido y sin aliento al rumor de pisadas que se escuchaban en el vestíbulo, y se precipitó hacia la puerta. Abrió y miró, con la señora Powell, y el señor y la señora Lofthouse, hacinados a su espalda, y mirando por encima de su hombro.

Una media docena de criados rodeaban a un hombre, al parecer marino, que, sin sombrero y con sus cabellos totalmente en desorden cayendo sobre su pálido rostro, decía con palabras entrecortadas y apenas inteligibles, por la intensa agitación del orador, que acababa de perpetrarse un asesinato en el bosque.

XXV

Lo ocurrido en el bosque

El hombre de mar que se encontraba en el centro del vestíbulo con la cabeza descubierta era el capitán Samuel Prodder. Las aterradas caras de los criados reunidos en torno suyo expresaban con mayor calidez que las palabras del marino —que sonaban sordas con la ronca voz que salía de sus secos y pálidos labios— la naturaleza de las noticias que traía.

John Mellish cruzó el vestíbulo con una calma espantosa en su macilento rostro, apartando a empujones al grupo de criados con su robusto brazo —como un viento poderoso rasga en pedazos las olas de la tormenta—, y se colocó frente al capitán Prodder.

—¿Quién es usted? —preguntó con dureza—. ¿Qué le ha traído aquí?

El oficial de las Indias se había despertado con aquel griterío, y había salido con la cara encendida y los cabellos erizados para tomar parte en la escena. Hay platos en cuya preparación quiere involucrarse todo el mundo; porque es un gran privilegio, después de una convulsión social cualquiera, poder decir: «Estaba allí a la hora en que sucedió...»; o bien: «Estaba cerca de él cuando recibió el golpe mortal, señora, tan cerca como lo estoy de usted en este momento...».

Las personas son muy propensas a enorgullecerse de las cosas más extrañas. Un caballero de avanzada edad de Doncaster, mostrándome sus confortables aposentos, me informó, con evidente satisfacción, de que el señor William Palmer^[100] se había alojado en esos mismos cuartos.

El coronel Maddison empujó a su hija y a su marido a un lado y salió afanosamente al vestíbulo.

—Venga, hombre —dijo repitiendo las palabras de John—, sepamos con qué objeto viene a una hora tan notablemente inoportuna.

El marino no dio una contestación directa a esta pregunta, sino que señaló con su pulgar por encima del hombro, hacia ese lugar sombrío del solitario bosque que estaba tan presente en su mente como lo había estado a sus ojos un cuarto de hora antes.

—Un hombre —se quedó sin aliento—; un hombre muerto al borde del agua con un disparo en el corazón.

—¿Muerto? —preguntó alguien con voz siniestra.

Las voces y las preguntas venían de todos aquellos que se encontraban aterrorizados en un momento en que se sintieron abrumados por la sorpresa y el

horror. Nadie sabía quién hablaba, a excepción de los que hablaban, y tal vez incluso estos apenas eran conscientes de que habían hablado.

—¿Muerto? —preguntó uno de más ansiosos.

—Muerto.

—¡Un hombre... muerto en el bosque! —exclamó John Mellish—. ¿Quién es?

—Perdone, señor —dijo el venerable mayordomo tocando respetuosamente el hombro de su amo—; pero creo, según lo que dice este caballero, que el hombre muerto es... el nuevo entrenador..., el señor..., el señor...

—¿Conyers? —exclamó John—. ¿Quién querría matarle?

Hizo esta pregunta con voz ahogada. Era imposible tener el semblante más pálido que Mellish cuando abrió la puerta del salón para salir al vestíbulo, pero al oír pronunciar el nombre del jefe de las caballerizas se verificó en él un cambio terrible e imposible de describir con palabras.

Permaneció mudo e inmóvil pasándose la mano por la frente y mirando con vaguedad en torno suyo.

El formal mayordomo le tocó en el hombro por segunda vez.

—Señor, señor Mellish —dijo, ansioso por despertar al joven de su estupor—, perdone, pero si la señora viniera en este momento y supiera lo que pasa, tal vez podría disgustarse. ¿No sería mejor...?

—Sí, sí —respondió John Mellish alzando la cabeza de pronto como si se despertase de un profundo letargo al oír el nombre de su esposa—; sí, salgan todos del vestíbulo —añadió dirigiéndose al ansioso grupo de pálidos sirvientes—. Y usted, caballero —dijo volviéndose hacia el capitán Prodder—, venga conmigo.

Se dirigió al comedor; el marino le siguió en silencio, expresando cierto desconcierto en su rostro sombrío.

«No es esta la primera vez que veo un hombre muerto de un balazo —se dijo para sí—, pero es la primera vez que me siento de esta forma.»

Antes de que el señor Mellish entrara en el comedor y los criados volvieran a dispersarse y regresaran a sus anteriores ocupaciones, una ligera mano de mujer abrió una de las hojas de la puerta vidriera que había quedado entreabierta, y Aurora Mellish entró en el vestíbulo.

«¡Ajá! —pensó la viuda que observaba la escena oculta iras el señor Lofthouse y su esposa—, ya hemos sorprendido por segunda vez a la señora en sus correrías nocturnas. ¿Qué excusa se le ocurrirá esta noche para justificar su ausencia?»

La actitud de Aurora ofrecía un singular contraste con el terror y la agitación de todas las personas reunidas en el vestíbulo. Un intenso rubor carmesí resplandecía en sus mejillas e iluminaba sus brillantes ojos. Llevaba la cabeza erguida mostrando un desdén que le era muy característico; andaba con paso ligero, con pasos sencillos, despreocupados. Parecía como si acabaran de quitarle una carga que llevaba consigo desde hacía mucho tiempo; pero al ver a todo el gentío en el vestíbulo retrocedió imperceptiblemente como alarmada.

—¿Qué ha ocurrido, John? —preguntó—. ¿Pasa algo malo?

John alzó la mano en un gesto de advertencia que claramente quería decir: «Suceda lo que suceda, no digáis nada; no le deis un disgusto».

—Sí, hija mía —respondió en voz baja, tomándola de la mano y conduciéndola al salón—; ha sucedido algo, en efecto. Una desgracia... en el bosque, pero no concierne a nadie que conozcas. Ve, querida, ya te lo contaré todo después. Señora Lofthouse, encárguese de mi esposa. Señor Lofthouse, venga conmigo. Permítame cerrar la puerta, señora Powell, por favor —añadió dirigiéndose a la viuda, que no parecía dispuesta a apartarse del umbral de la puerta del salón—. Toda la curiosidad que tenga sobre este asunto se satisfará a su debido tiempo. Hágame el favor de quedarse con mi esposa y la señora Lofthouse.

Se paró con la mano apoyada en la puerta del salón, y miró a Aurora. La señora Mellish estaba de pie, con el chal en el brazo, observando a su marido, y se dirigió precipitadamente hacia él cuando encontró su mirada.

—John —exclamó—, por favor, dime la verdad. ¿Qué desgracia es esa?

Mellish guardó silencio, contemplando su ansioso rostro —cuya exquisita gesticulación expresaba todos sus pensamientos—, y le dijo después, seriamente, con extraña solemnidad:

—¿Estabas hace un momento en el bosque, Aurora?

—Sí, respondió, vengo directamente de allí. Hace aproximadamente un cuarto de hora que un hombre pasó a mi lado corriendo frenético, y he creído que era un furtivo. ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

—No; han disparado un tiro en el bosque hace algún rato. ¿Lo has oído?

—Sí —respondió la señora Mellish mirando a su esposo, repentinamente aterrorizada y sorprendida—; como sé que entran cazadores del contorno a robar la caza, no me he alarmado. ¿Ha pasado algo malo? ¿Han herido a alguno de ellos?

Sus ojos le miraban fijamente, dilatados con una expresión de asombroso terror.

—Sí, un... un hombre fue herido.

Aurora lo miró en silencio, petrificada, expresando únicamente un total desconcierto. Cualquier otro sentimiento parecía asombrosamente lejos de ella.

John Mellish la condujo hasta un sillón cerca de la señora Lofthouse, que había ido a sentarse con la señora Powell al otro extremo del salón, cerca del piano, y demasiado lejos de la puerta para ser testigos de la conversación entre John y su esposa.

Las personas no hablamos demasiado alto en momentos de intensa agitación. Corremos el riesgo de quedar privados de voz en algún momento de la espantosa crisis de terror y desesperación. Un entumecimiento se apodera de las cuerdas vocales, una parálisis parcial agarrota la lengua y los labios, temblorosos, se niegan a cumplir con su deber.

John Mellish tomó la mano de su esposa con una convulsa presión que casi aplastó sus delicados dedos.

—Espérame aquí hasta que vuelva, querida —dijo—. Vamos, Lofthouse.

El señor Lofthouse siguió a su amigo al vestíbulo donde el coronel Maddison había estado haciendo un buen uso de su tiempo interrogando al capitán Prodder.

—¿Vienen, señores? —dijo John pasando el primero—. Vamos, coronel, y usted, Lofthouse, y usted también, caballero —añadió dirigiéndose al marino—, por aquí.

Los restos de los postres cubrían aún la mesa, pero los señores se quedaron cerca de la puerta del comedor. John se hizo a un lado mientras los demás entraban y, pasando el último, cerró la puerta y apoyó en ella la espalda.

—Veamos —dijo volviéndose bruscamente hacia Samuel Prodder—, ¿qué ocurre?

—Temo que sea un suicidio, o... un... asesinato —respondió el marino con voz seria—. Se lo he contado todo a este caballero.

El caballero era el coronel Maddison, que parecía encantado de participar en la conversación.

—Sí, mi querido Mellish —dijo, ansioso—; nuestro amigo, que se presenta como marino y dice haber venido a ver a su esposa, la señora Mellish (porque trató mucho a su madre cuando era niño), me ha contado todos los detalles de este escandaloso asunto. Lo que importa ante todo es levantar el cadáver inmediatamente, y cuanto antes salgan sus criados para proceder a ello, mucho mejor. La decisión, querido Mellish, la decisión y una ejecución pronta son indispensables en estas amargas catástrofes.

—¿Levantar el cadáver? —repitió John Mellish—. Luego ¿está muerto?

—Absolutamente muerto —respondió el marino—; estaba ya sin vida cuando le encontré, aunque no habían transcurrido ni diez minutos desde el disparo. He dejado a un hombre con él, un joven que me trajo desde Doncaster..., y un perro... un perro grande que aullaba angustiosamente junto a él.

—¿Ha visto la cara del muerto?

—Sí.

—Es forastero —dijo Mellish—; es inútil, por tanto, preguntarle si sabe quién es el hombre.

—No le conocía, respondió el marino, pero el mozo del Reno...

—¿Lo ha reconocido?

—Sí, dice que le vio en Doncaster anoche y que está a su servicio como... adiestrador...; creo que eso fue lo que dijo.

—Sí, sí.

—Un cojo.

—Entonces, señores —dijo John dirigiéndose a sus amigos—, ¿qué hacemos?

—Enviar los criados al bosque —respondió el coronel Maddison— y ordenar el traslado del cadáver...

—Aquí no —dijo John Mellish interrumpiéndole—, no aquí; Aurora se moriría del disgusto.

—¿Dónde vivía? —preguntó el coronel.

—En el pabellón que hay cerca de la verja del norte. Una casa que no se habitaba hasta ahora.

—Pues que lleven el cadáver allí —dijo el coronel—, y que uno de sus criados vaya a avisar al alguacil de la parroquia. También debería enviar a buscar al cirujano más próximo, aunque por lo que dice este caballero, ni cien de ellos podrían ayudarle ya. ¡Qué desgracia! Alguna contienda entre los furtivos, supongo.

—Sí, sí —se apresuró a responder John—, sin duda.

—¿No les agradaba por aquí? —preguntó el coronel Maddison—. ¿Sabe si había reñido con alguien?

—No lo creo, porque apenas hacía una semana que vivía aquí.

Los criados, que se habían dispersado por orden de John, no se habían alejado demasiado; se habían demorado en los corredores, listos para regresar al vestíbulo al menor aviso, a representar su papel en la tragedia. Prefirieron no hacer nada antes que volver a sus cuartos.

Se presentaron raudos a la llamada del señor Mellish, que dio sus órdenes en breves palabras, eligiendo a dos de los hombres y enviando a los demás a sus quehaceres.

—Traed un par de lámparas —dijo— y seguidme a través del bosque hasta el estanque.

El coronel Maddison, el señor Lofthouse, el capitán Prodder y John Mellish salieron juntos de la casa. La luna seguía subiendo lentamente en el amplio y despejado cielo, plateando las tranquilas praderas e iluminando a lo lejos la copa de los árboles. Los tres caballeros caminaban a paso rápido tras Samuel Prodder, que les precedía a una corta distancia, y seguidos por los dos mozos que portaban dos lámparas de caballeriza apagadas.

Al entrar en el bosque se detuvieron involuntariamente, paralizados por el solemne sonido que hacía unos minutos había llamado la atención del marino —dándole una idea de la magnitud de la terrible desgracia sucedida—, el aullido de un perro; sonaba a lo lejos con un débil gemido, un largo y monótono grito de muerte.

Siguieron esta siniestra indicación e internándose por la sombría arboleda llegaron al lugar de destino —cubierto de hierba y helechos— en que se alzaba la casita en ruinas, en solitaria decadencia. Los dos cuerpos, el del hombre tendido a la orilla del estanque y el del perro con la cabeza levantada hacia el cielo, permanecían exactamente como el marino los había dejado tres cuartos de hora antes. El mozo del Reno, que esperaba a cierta distancia, salió al encuentro del grupo.

El coronel Maddison tomó una bujía de manos de uno de los criados y corrió hacia la orilla del estanque. El perro se levantó entonces y dio lentamente vuelta al cadáver olfateándolo y gimiendo lastimosamente. John Mellish llamó al animal.

—Este hombre estaba sentado cuando dispararon contra él —dijo el coronel Maddison con decisión—; estaba sentado en este banco.

Y señaló un banco en ruinas cerca de la orilla del estanque.

—Estaba sentado en este banco —repitió el coronel—, porque ha caído justo hacia el lado contrario, como ven. Creo que no me equivoco, y que le han disparado por la espalda.

—¿No piensa que pudo dispararse él mismo, entonces? —preguntó John Mellish.

—¿Dispararse él mismo? —exclamó el coronel—; de ningún modo. Pero muy pronto saldremos de dudas; si se ha suicidado, debe estar a su lado la pistola. Traigan una tabla suelta de la casita y coloquen encima el cadáver —añadió el oficial de las Indias, dirigiéndose a los criados.

El capitán Prodder y los dos mozos eligieron la tabla más ancha que encontraron. Estaba medio podrida y cubierta de musgo, y salpicada de clemátide silvestre, pero servía para el propósito a que se destinaba. La colocaron sobre el césped y tendieron en ella el cadáver de James Conyers, con su hermosa cara —espantosa y terrible en la agonía de una muerte repentina— vuelta al cielo iluminado por la luna. Qué sorprendente observar la calma, la presteza y el silencio con que se obedecían las órdenes del coronel.

John Mellish y el señor Lofthouse registraron la hierba húmeda de la orilla del estanque y buscaron a tientas en la franja de helechos, sin ningún resultado; no había arma alguna en un radio bastante espacioso en torno al cadáver.

Mientras continuaban su búsqueda en todas direcciones —para encontrar la clave en el misterio de la muerte del hombre—, llegó el alguacil de la parroquia conducido por el criado que había sido enviado a buscarle.

Tenía poco que decir, excepto que suponía que el crimen había sido cometido por algunos cazadores furtivos, y que estaba convencido de que todos los detalles se resolverían con la investigación policial. Era un simple funcionario rural, habituado a delitos sin importancia cometidos por vagabundos contumaces, cazadores furtivos, ladrones de ganado..., por lo que no estaba muy ducho ante situaciones de gran emergencia.

El capitán Prodder y los mozos levantaron la tabla en la que yacía el cadáver y se dirigieron hacia la puerta del norte, seguidos de los tres caballeros y el alguacil. El joven del Reno salió para acercar el coche hasta el pabellón donde debía reunirse con el señor Prodder. Todas estas diligencias se hicieron con tanto silencio que la noticia de la catástrofe no traspasó los dominios de Mellish Park. En la santa quietud de aquella noche de verano, el cuerpo de John Mellish fue conducido de regreso a su pequeño aposento, aquel por cuya estrecha ventana había lanzado una mirada de aburrimiento ante al espectáculo de la hermosa naturaleza, tan sólo algunas horas antes.

Aquella vida inútil había sido cercenada bruscamente; el indiferente viajero había llegado prematuramente a un impensable término de su viaje. ¡Qué historia tan triste! ¡Qué página tan sin sentido e inacabada! La naturaleza ciega en sus bondades para los hijos que no conoce aún había prodigado a este hombre sus más ricos dones; le había

dado un aspecto espléndido y había elegido un alma vulgar, al azar, consagrándola en la arcilla más finamente modelada. De todos los que leyeron el relato de su muerte en los periódicos dominicales, ni uno solo derramó una lágrima, ni uno solo pudo decir: «Ese hombre se apartó de su camino una vez para hacerme un favor; que el señor tenga misericordia de su alma».

¿Debo ser sensible, pues, porque está muerto, y lamentar que no se hubiera aplazado su muerte por más tiempo, que no se le concediera un día más para poder arrepentirse? Aunque hubiera vivido para siempre, no creo que fuera tiempo suficiente para convertirse en algo que no estaba en su naturaleza ser. ¡Dios, en su infinita misericordia, tenga piedad de las almas que ha creado, y perdone su oscuridad por verse privadas de su luz! Los frenólogos que examinaron la cabeza del envenenador William Palmer declararon que estaba tan desprovisto de percepción moral, de contención y conciencia, que no podía dejar de ser lo que había sido. ¡El cielo nos preserve de dar excesiva credibilidad a este horrible fatalismo! ¿Ha de depender el destino del hombre, en este mundo y en el otro, de las prominencias bulbosas, apenas perceptibles, de sus dedos incultos y las proprensiones buenas o malas que puedan medirse con la brújula o pesarse en la balanza?^[101] El lúgubre cortejo avanzaba lentamente bajo la luz de una luna de plata, con las trémulas hojas dejando oír su armonioso murmullo al débil viento del verano y las luciérnagas brillando entre las enmarañadas malezas. Todos caminaban en silencio. ¿Qué se podía decir? Ante aquel terrible misterio de la muerte, la vida hacía una pausa; un breve intervalo en la dura existencia..., una pausa silenciosa y solemne en el mecanismo de la vida.

—Habrà una investigación judicial —pensaba el capitán Prodder— y tendré que prestar declaración. ¿Qué preguntas me harán?

No pensó en esto una vez, sino que la idea le asediaba la mente sin descanso, con una persistencia necia..., sin saber qué debía hacer y qué preguntas le formularían en la investigación. La mente sencilla del honrado marino se hallaba trastornada en el desconcierto de aquella noche misteriosa y terrorífica. El curso de su vida había cambiado. Había llegado para representar su humilde papel en aquel drama doméstico de amor y confianza, y se encontraba envuelto en una tragedia..., un horrible misterio de odio, secretos y asesinato...; un laberinto terrible de cuya oscuridad no tenía esperanzas de escapar.

Una débil luz brillaba en la ventana baja del pabellón del norte, un débil rayo que centelleaba sin cesar, como una piedra preciosa bajo un emparrado de madreselvas y clemátides. La pequeña portilla del jardín estaba cerrada, pero sujeta tan sólo por un pestillo.

Los portadores del cadáver se detuvieron antes de entrar en el jardín, y el alguacil se hizo a un lado para hablar con John Mellish.

—¿Vive alguien más en la casa? —preguntó.

—Sí —respondió John—; el adiestrador empleó a un antiguo criado mío, un

idiota llamado Hardgraves.

—Habrá sido él sin duda quien ha encendido esa luz —dijo el alguacil—. Entrar  y hablar  primero con él. Esperen aquí un momento hasta que vuelva —añadió hablando con los que llevaban el cadáver.

La puerta no estaba cerrada por dentro, y el alguacil la abrió sin hacer ruido y entr . Una vela ardía sobre la mesa, y junto a la candelera había un recipiente con agua, media botella de aguardiente y un vaso; pero el aposento estaba desierto. El agente se quitó los zapatos y subió por una escalerilla. El piso superior se componía de dos aposentos; uno bastante espacioso y cómodo cuyas ventanas daban a las puertas de las caballerizas; y otro, más reducido y sombrío, daba a una parte del jardín y a la verja que separaba los dominios del señor Mellish de la carretera. El cuarto más espacioso estaba desierto, pero la puerta del otro estaba entreabierta, y el alguacil, deteniéndose para escuchar, oyó la respiración regular de una persona profundamente dormida.

Dio un golpe fuerte en el tabique.

— Qui n est  ahí? —preguntó la persona que estaba dentro, mientras se incorporaba en la cama—.  Es usted, señor Conyers?

—No —respondió el agente—. Soy William Dork, de Little Meslingham. Baje las escaleras, tenemos que hablar.

— Ha sucedido alguna desgracia?

—S , salga.

— Los furtivos?

—Puede ser —respondió el señor Dork—. Baje las escaleras,  quiere?

Hargraves murmuró algunas palabras para decir que bajaría en cuanto encontrara sus ropas y acabara de vestirse. El agente de la ley miró desde la puerta y vio al *idiota* buscando a tientas su ropa al resplandor de la *luna*. Tres minutos después salió Steeve Hargraves arrastrando los pies lentamente por los angostos escalones, mientras bajaba la escalera que serpenteaba en espiral, según se estilaba en las viviendas pequeñas.

—Ahora —dijo el señor Dork situándose frente al *idiota*, de manera que los débiles rayos de la candela iluminaran su rostro enfermizo—.  A qué hora salió tu amo de la casa?

—A las siete y media —respondió el *idiota* en voz baja—; daba la media cuando salía.

Y señaló un pequeño reloj holandés situado en un rincón del cuarto.

—A las siete y media —repitió el señor Dork—;  y le has vuelto a ver después?

—No; dijo que volvería tarde y no quise esperarle. Anoche me insultó por esperarle.  Le ha sucedido algo malo? —preguntó el *idiota*.

El señor Dork no se dignó contestar. Camin  hacia la puerta, la abrió y llamó a los que esperaban a la luz de la luna, pacientemente, en espera de su llamada.

—Pueden traerlo —dijo.

Llevaron su carga espantosa al agradable cuarto en el que James Conyers estaba

sentado, bebiendo y fumando, un par de horas antes. El señor Morton, cirujano de Meslingham, la aldea más cercana, llegó en el momento en que entraban el cadáver y ordenó colocar un colchón extendido sobre un par de mesas, en la sala inferior, para recibir el cadáver.

John Mellish, Samuel Prodder y el señor Lofthouse se quedaron fuera. El coronel Maddison y el señor Dork y el cirujano se reunieron en torno al cadáver mientras los criados lo depositaban sobre el improvisado colchón.

—Hace cerca de un cuarto de hora que está muerto —dijo éste tras un rápido examen—. Recibió la bala por detrás, y no ha penetrado hasta el corazón, porque en tal caso no habría hemorragia. Respiró tras recibir el balazo, pero la muerte ha debido de ser casi instantánea.

Antes de proceder al examen, el cirujano había ayudado al señor Dork, el agente, a quitar al muerto la levita y el chaleco. Las pecheras del chaleco estaban empapadas con la sangre que había brotado de sus labios entreabiertos.

Era tarea del señor Dork examinar estas prendas con la esperanza de descubrir una prueba, por insignificante que fuera, que pudiera explicar el misterio de aquella muerte. Así pues, volvió del revés los bolsillos con esta intención. En uno de los bolsillos de la levita encontró algunas monedas de medio penique, un par de chelines, una moneda de plata y una llave para dar cuerda al reloj, oxidada; y en otro, una bolsa de tabaco envuelta en una vieja lista de apuestas de caballos, y una pipa rota y ennegrecida por el uso y los efluvios del tabaco.

En uno de los bolsillos del chaleco el señor Dork se encontró el reloj de plata del difunto, con una cinta manchada de sangre y un sello dorado sin valor. Entre todos estos objetos no había nada que pudiera arrojar la más débil luz sobre el misterioso crimen. El coronel Maddison se encogió de hombros al ver que el alguacil depositaba el insignificante contenido de los bolsillos del entrenador sobre una pequeña cómoda situada en el extremo opuesto del cuarto.

—Me parece —dijo el coronel— que lo que ha sucedido está muy claro. Este infeliz era nuevo en la casa, traía nuevos métodos de la casa donde había servido con anterioridad. Los cazadores y los vagos estaban acostumbrados a hacer lo que querían en Mellish Park, y no vieron con buenos ojos las interferencias de este joven. Me atrevo a decir que quiso hacer el papel de tirano, consiguió hacerse odiar por algunos de mala ralea, y éste es el resultado.

El coronel Maddison, en memoria de los años que había pasado en la India, no tenía gran respeto al rayo de luz misterioso que ilumina el templo humano. Si un hombre se convertía en aborrecible para los demás, era evidente para él que éstos pensarían en darle muerte. Tal era la teoría simple del soldado; y después de emitir esta opinión respecto a la muerte del adiestrador, salió del pabellón y estaba pronto a volver a la casa con John Mellish, para apurar otra botella del famoso vino adquirido por el padre del anfitrión veinte años antes.

El señor Dork, en pie cerca de la bujía que había sido precipitadamente encendida

poniéndola sin más ceremonia en el cuello de una botella en desuso, tenía aún el chaleco en las manos y lo miraba por todos lados, porque al vaciar los bolsillos había palpado algo en su interior, parecido a un papel doblado, que aún no había logrado encontrar.

No tardó en lanzar una exclamación de sorpresa, porque acababa de dar con la solución al problema. El papel estaba cosido entre el forro y la tela del chaleco. Había hecho este descubrimiento examinando la costura en la cual se veía una parte cosida con puntadas muy gruesas, y con hilo de un color diferente. Abrió de un tirón esta parte de la costura y extrajo el papel, que estaba tan empapado en sangre que resultó indescifrable para la obtusa visión del señor Dork.

«No diré nada al respecto, y lo guardaré para enseñárselo al juez de instrucción. Estoy seguro de que él podrá sacarle provecho.»

El señor Dork volvió a doblar el papel y lo guardó en una cartera de cuero: un receptáculo voluminoso cuyo aspecto bastaba para llenar de terror a los rústicos delincuentes.

El cirujano del pueblo —tras cumplir con su deber— se dispuso a salir del aposento, donde permanecían demorándose los criados, como si se resistieran a alejarse de la fantasmal figura del hombre muerto sobre la que el señor Morton había extendido una colcha parcheada tomada de la habitación superior.

El *idiota* había observado en silencio la deprimente escena, espionando uno tras otro —a la sombra de sus tupidas cejas rojas— los rostros de las personas allí reunidas. Su semblante —generalmente demacrado de un blanco enfermizo— no parecía esta noche más pálido que de costumbre. Sus maneras avergonzadas y sus miradas furtivas eran comunes a su persona, y no se advertía en su susurrada voz la más leve alteración. Nadie le miraba ni reparaba en él. Nadie se dirigió a él tras haber confirmado la hora en que había salido su amo. Si alguno le encontraba en el camino, le apartaba a un lado, y si hablaba, nadie le prestaba atención. El cadáver era el personaje principal de aquella lúgubre escena. En él se fijaban todas las miradas de afectado asombro, de él se hablaba en voz baja, y a él, y sólo a él, se referían todas las preguntas, suposiciones y conjeturas.

Es un hecho muy digno de recalcar en la fisiología de todos los asesinatos el que, antes de la investigación oficial, el único objeto de la curiosidad pública es el hombre asesinado, en tanto que, inmediatamente después de dicha investigación, cambia por completo esta situación, el muerto queda enterrado y olvidado y el acusado pasa a ser el héroe de las personas de imaginación enfermiza.

John Mellish se asomó a la puerta de la casa para hacer algunas preguntas.

—¿Qué ha encontrado, señor Dork? —preguntó.

—Nada de particular, señor.

—¿Nada que arroje luz sobre este misterio?

—Nada.

—¿Se marcha, entonces?

—Sí, señor, debo regresar ahora. Si pudiera dejar a alguien aquí para vigilar...

—Sí, sí —dijo John—, se quedará uno de los criados.

—Muy bien, señor; precisamente voy a apuntar los nombres de los testigos que han de ser interrogados en el sumario, y mañana temprano daré parte al juez.

—¿Los testigos? Ah, cierto. ¿Necesita algo?

El señor Dork vaciló un instante, acariciando los pelos de su barbilla.

—Pues bien, este hombre, Hargraves, creo que le llaman —dijo el señor Dork—, le necesitamos porque parece ser el último que vio al adiestrador con vida, o al menos el último con quien parece que habló. También necesitaremos la declaración del caballero que encontró el cadáver y la del joven que estaba con él cuando se oyó el disparo. El caballero que descubrió el cadáver es el testigo más importante; voy a hacerle en el acto algunas preguntas.

John Mellish se volvió creyendo encontrar al señor Prodder a su lado donde estaba algunos minutos antes. Se acordaba exactamente de haber visto allí al capitán, pero en la confusión de su mente no podía acordarse de cuándo le había visto por última vez; quizás hacía cinco minutos tan sólo, quizás hacía un cuarto de hora. Era tanto el horror que le causaba la catástrofe que había teñido de rojo aquella noche, que no tenía ya conciencia del tiempo y le parecía que había permanecido horas enteras en el pequeño jardín de la cabaña junto a Reginald Lofthouse escuchando el murmullo de voces que salían del abarrotado pabellón y aguardando para ver el fin de tan lúgubre asunto.

El señor Dork miró a su alrededor —bajo el resplandor de la luna—, completamente desconcertado por la desaparición de Samuel Prodder.

—¿A dónde habrá ido? —exclamó moviendo la cabeza—. Debe comparecer ante el juez. ¿Qué dirá el señor Hayward cuando sepa que le he dejado marchar?

—Estaba aquí hace un cuarto de hora —dijo el señor Lofthouse—. ¿Alguien sabe quién era?

Nadie contestó; nadie sabía nada. Había aparecido tan misteriosamente como si hubiese salido del centro de la tierra para sembrar la confusión y el terror con las malas noticias que traía. Alguien recordó de pronto que el joven que le acompañaba era Bill Jarvis, uno de los mozos del Reno, y que le había pedido que le esperase con la carretela en la verja del norte.

El alguacil corrió hacia la verja tras recibir esta información, pero no encontró vestigio alguno del coche, del caballo ni del mozo.

Samuel Prodder se había ido, sin duda aprovechado la confusión general.

—Le voy a explicar lo que haré —dijo William Dork, dirigiéndose al señor Mellish—; si me hace el favor de prestarme un caballo y un coche, me llegaré hasta Doncaster y veré si ese hombre está en el Reno. Nos es indispensable su declaración.

John Mellish accedió gustoso, y dejando uno de los mozos en el aposento del muerto en compañía de Steeve Hargraves y tras dar las buenas noches al cirujano, se retiró lentamente hacia la casa con sus amigos. Daban las doce de la noche en el reloj

de Doncaster cuando salieron del bosque y atravesaron las portillas de hierro de acceso al jardín.

—Desearía que no dijéramos nada a las señoras sobre este lamentable suceso —dijo John Mellish al acercarse a la casa, donde las luces seguían encendidas en el vestíbulo y el salón—; sólo conseguiríamos disgustarlas revelándoles la verdad.

—Sin duda, sin duda, amigo mío —respondió el coronel—; mi pobre Maggie no puede reprimir las lágrimas cuando oye hablar de estas cosas, y Lofthouse no es menos tierno de corazón —añadió el veterano mirando más bien desdeñosamente a su yerno, que no había pronunciado una sola palabra en el lento paseo de regreso a casa.

John Mellish no pensó demasiado en la desaparición del capitán Prodder. Sin duda no quería declarar como testigo, y se había ido. Era natural. Ni siquiera sabía su nombre; tan sólo que había sido el mensajero de las malas noticias que le habían conmovido hasta el fondo del alma.

Que ese Conyers, ese hombre antes que cualquier otro, ese por quien había sentido una aversión profundamente arraigada, un horror tácito, hubiera perecido misteriosamente a manos de un desconocido, era un acontecimiento hasta tal punto extraño y espantoso a sus ojos, que le quitaba momentáneamente toda facultad de pensar, toda posibilidad de razonar. ¿Quién había asesinado a aquel hombre, a aquel pobre miserable que no servía como adiestrador? ¿Quién podía haber tenido motivos para cometer tal crimen? ¿Quién?... Un sudor frío bañaba su frente con la angustia de este pensamiento.

¿Quién había cometido el crimen?

No era la obra de un furtivo, no; el buen Maddison, que ignoraba los antecedentes del caso, podía justificarlo de una manera sencilla, pero John Mellish sabía que no estaba en lo cierto. Sólo hacía una semana que James Conyers estaba en Mellish Park; no había tenido tiempo ni ocasión para crearse enemigos, y más allá de eso, no era el tipo de hombre que se hacía odiar de esa forma. Era un egoísta, un indolente bribón que sólo gustaba de su propia comodidad y que habría permitido que se cazaran las piezas en sus narices sin dar un solo paso para impedirlo. Entonces, ¿quién había cometido el crimen?

Una sola persona tenía motivos para querer desembarazarse de aquel hombre; una persona que, arrastrada por la desesperación, atrapada tal vez en algún lazo infernal tendido por un miserable, sin esperanza de salvarse, acosada en un momento de locura, había podido... No, contra toda prueba que pudieran presentarle, contra toda razón, toda visión, todo juicio, todo recuerdo... diría, como en ese momento: ¡No, es inocente..., es inocente! Había sostenido la mirada de su esposo, la luz había brillado clara en sus luminosos ojos, lanzando sobre él un caudal de fulgor que había penetrado hasta su corazón, y la había creído.

«La creeré siempre ante la adversidad —pensaba—, y aunque todos los seres del mundo reunieran sus voces en un clamor acusador, la defendería hasta el final, y los

desafiaría.»

Aurora y la señora Lofthouse se habían dormido en dos sofás colocados uno frente al otro. La señora Powell se paseaba esperando arriba y abajo por el salón, esperando y prestando atención, en espera del momento decisivo en que la ruina caería sobre la casa de sus amos.

La señora Mellish se levantó bruscamente al ruido de los pasos de su marido que entraba en el salón.

—¡Oh, John, gracias a Dios que has vuelto! —exclamó corriendo hacia él y apoyando las manos sobre sus hombros—. Cuéntamelo todo, John, cuéntamelo todo. Estoy lista para escuchar lo que sea necesario. No es una desgracia cualquiera; ese hombre herido...

Sus ojos se iluminaron mientras le contemplaba con una mirada inteligente, que decía claramente: «Puedo adivinar lo que ha sucedido».

—Sí, resultó gravemente herido, Lolly —respondió su marido en voz baja.

—¿Quién es ese hombre?

—El adiestrador que me recomendó John Pastem.

Aurora le miró por unos instantes en silencio.

—¿Está muerto? —dijo después de esta breve pausa.

—Sí.

Su cabeza cayó hacia adelante sobre su pecho, y se marchó en silencio de regreso al sofá.

—Lo siento por él —dijo— pero no era un hombre bueno. Siento que no haya tenido tiempo para arrepentirse de su maldad.

—¿Le conocíais, entonces? —preguntó la señora Lofthouse que expresó su ilimitada consternación con la noticia de la muerte del jefe de las caballerizas.

—Sí, estuvo al servicio de mi padre hace algunos años.

El carruaje del señor Lofthouse esperaba desde las once y la esposa del rector se apresuró a dar las buenas noches a sus amigos y a alejarse cuanto antes de Mellish Park y de aquellos siniestros acontecimientos. Así es que, aunque el coronel Maddison hubiera preferido quedarse para fumar otro cigarro y discutir sobre el asunto con John Mellish, se sometió a la autoridad femenina y tomó asiento al lado de su hija en el cómodo landó, que podía llevar la capota abierta o cerrada, a conveniencia de su dueño.

El vehículo se alejó con una suave tracción; los criados cerraron entonces las puertas del vestíbulo y se demoraron susurrando entre sí, en pequeños grupos en los corredores y las escaleras hasta que sus amos se retiraron a descansar. Era difícil pensar que la vida sigue aunque acabe de perpetrarse un crimen en el parque, y la misma ama de llaves, tan severa de ordinario, cediera a la influencia común y se olvidara de enviar a las criadas a sus respectivos dormitorios, situados bajo cubierta a dos aguas.

Todo estaba muy tranquilo en el salón donde los invitados habían dejado a sus

anfitriones *abrazando* libremente esos espectros repugnantes que se intentan ocultar ante los extraños. John Mellish se paseaba de un extremo a otro del salón. Aurora se sentó con la mirada perdida contemplando cómo caía la cera derretida sobre los candelabros de plata pasados de moda. Y la señora Powell, con el bordado doblado con esmero particular, arreglaba las agujas y el hilo con tanta calma como si nunca se hubiese cometido un crimen en el mundo, y como si no hubiera en la vida ocupación más insigne que bordar dibujos muy elaborados en un pañuelo de batista francesa. De vez en cuando, hacía una pausa para pronunciar alguna frase recatada y cortés. Sentía en el alma que hubiera ocurrido tan lamentable catástrofe y las desagradables circunstancias de la muerte del adiestrador; e incluso había dejado entrever, ciertamente, que Conyers había dado una prueba de mal gusto y de poco respeto a sus amos muriendo de aquel modo; pero el punto sobre el que insistía con mayor frecuencia era, por supuesto, la casualidad de hallarse Aurora en el bosque en el momento del asesinato.

—Lamento profundamente que estuviera fuera en ese momento, señora —dijo la viuda—, y que, como imagino según la dirección que ha tomado al salir de la casa, se hallara tan próxima al lugar en el que ese desgraciado joven encontró la muerte. Será muy desagradable para usted tener que comparecer a declarar.

—¿Comparecer a declarar? —exclamó John Mellish levantándose bruscamente y volviéndose furioso hacia la plácida oradora—. ¿Quién dice que mi esposa tendrá que comparecer a declarar?

—Simplemente pensé que era probable que...

—Entonces mejor que se deje de pensamientos, señora —añadió John Mellish sin muestra alguna de cortesía—. Mi esposa no comparecerá. ¿Quién exigirá que lo haga? ¿Quién querrá exigirselo? ¿Qué tiene ella que ver con lo que ha sucedido esta noche? ¿Qué más sabe ella que usted, yo u otra persona de la casa?

La señora Powell se encogió de hombros.

—Creía que, habiendo conocido en otro tiempo a ese desgraciado joven, la señora podría aclarar algo sobre sus hábitos y sus conocidos —añadió con tono suave.

—¡Habiéndole conocido! —repitió John—. ¿Qué conocimiento podría tener Aurora sobre los criados de su padre? ¿Qué interés podía tener en conocer sus hábitos o a sus conocidos?

—Alto, John —dijo Aurora levantándose y poniendo una mano sobre el hombro de su marido—. Mi querido e impetuoso John, ¿por qué te pone tan furioso este asunto? Si me llaman como testigo diré lo que sé acerca de la muerte de ese hombre, que se reduce a haber oído un disparo mientras estaba en el bosque.

Aurora estaba muy pálida, pero hablaba con tranquila determinación, con desafiante calma resuelta ante el peor destino que pudiera estarle reservado.

—Explicaré lo que sea necesario —añadió—; me importa muy poco lo que pase.

Y sin retirar la mano del hombro de su esposo, apoyó la cabeza en su pecho como el niño que se oculta en su único refugio seguro.

La señora Powell se levantó y juntó todo su material de bordado en un bonito receptáculo de mimbre. Se dirigió hacia la puerta, seleccionó una candela e hizo una pausa bajo el umbral para dar las buenas noches al señor y señora Mellish.

—Estoy segura de que necesitan descansar tras un suceso tan terrible —dijo, sonriendo tontamente—, y tomaré la iniciativa. Es cerca de la una. ¡Buenas noches!

Si hubiera vivido con la familia Cawdor hubiese dado las buenas noches a Macbeth y a su esposa después del asesinato de Duncan, deseándoles un buen sueño; y hubiera afectado una sonrisa en medio del tañido de alarma de las campanas, de los aceros vengadores y de los rostros salpicados de sangre de los ebrios soldados.

—¡Gracias a Dios que se fue por fin! —exclamó John Mellish cuando se cerró la puerta muy suave y lentamente tras la señora Powell—. Odio a esa mujer, Lolly.

Bien sabe Dios que nunca he dicho que Mellish fuera un héroe, y nunca le he presentado como un modelo de perfección varonil y virtud infalible, y si no está exento de defectos, si tiene esos yerros y esas manchas que parecen formar parte de nuestra imperfecta *arcilla*, no trato de excusarle, sino más bien confiarle a la misericordia de los que, no *siendo* perfectos, estoy seguro de que serán indulgentes con él.

Odiaba a los que odiaban a su mujer o le causaban algún mal, por pequeño que fuera, y amaba a los que la amaban. Ante el poder de su afecto infinito desaparecía toda estima personal; amarla era lo mismo que amarle, servirla era hacerle un servicio diez veces más grande, y elogiarla era hacerle más vanidoso que a la más vanidosa colegiala. Tomaba como suyas todas sus deudas de amor o de odio, y estaba dispuesto a pagar el importe de cada una hasta el último penique sin regatear los intereses que habían de añadirse a la suma total.

—Odio a esa mujer, Aurora, y no voy a ser capaz de soportarla por mucho más tiempo.

Aurora no le contestó. Guardó silencio durante algunos minutos, y cuando habló era indudable que la señora Powell estaba muy lejos de sus pensamientos.

—Mi pobre John —dijo con voz dulce y baja, cuya melancólica ternura fue directa al corazón de su esposo—, querido, ¡qué felices hemos sido juntos durante un breve espacio de tiempo! ¡Qué felices fuimos, mi pobre John!

—Siempre, Lolly, siempre, querida.

—No, no, no, dijo Aurora repentinamente, sólo por un corto espacio de tiempo. ¡Qué horrible fatalidad nos ha perseguido! ¡Qué maldición tan espantosa ha caído sobre mí! La cólera del cielo, John, la cólera del cielo me castiga por mi desobediencia. Pensar que ese hombre vino y que...

Se detuvo temblando violentamente, asida al pecho fiel que la cobijaba.

John Mellish la condujo en silencio a su cuarto y la confió a los cuidados de su doncella.

—Su señora está muy agitada por lo que ha sucedido esta noche —dijo a la joven—; manténgala tranquila.

El dormitorio de Aurora, un aposento cómodo y espacioso de techo bajo y profundos ventanales abovedados, comunicaba con una especie de salita donde John tenía costumbre de leer los periódicos y las publicaciones deportivas, mientras su esposa escribía cartas, dibujaba bocetos de perros y caballos o jugaba con su perro favorito, *Bow-wow*. Lo habían pasado como niños en esta salita tapizada en cretonas, y al entrar en ella aquella noche con la más absoluta desolación en su corazón, John Mellish sintió aún con más amargura sus penas con el recuerdo de las alegrías pasadas. La lámpara de pantalla estaba puesta sobre el escritorio forrado en cuero y alumbraba suavemente los marcos de los cuadros y acariciaba las bellas pinturas modernas, los cuadros sencillos de historias domésticas que adornaban las paredes pintadas de un pálido gris. Esta ala de la antigua mansión había sido redecorada para Aurora, y no había en el cuarto una mesa o un sillón que no hubiese sido elegido por John Mellish con el objeto de asegurar la comodidad y el bienestar de su esposa. El tapicero había encontrado en él un patrono generoso y el escultor un noble patrocinador. Había recorrido las galerías de la Real Academia de pintura con un catálogo y un lápiz en la mano eligiendo los cuadros más bonitos para el embellecimiento de los cuartos de su esposa. Una dama con traje de montar de color escarlata y sombrero de castor, un caballo blanco y un par de galgos, una vista de una galería de piedra con un prado inclinado, un macizo de flores y una fuente formaban un hermoso cuadro en la mente de John, y tenía media docena de ellos con distintas variaciones en su espaciosa mansión. Se sentó en la noche, y contemplando apenado los rincones del comfortable cuarto, se preguntó si Aurora y él volverían a ser felices de nuevo, y si aquella amenazadora nube sombría y misteriosa desaparecería del horizonte de su vida, dejando un porvenir brillante y claro tras ella.

«No he sido lo suficientemente bueno —pensaba—, me he dejado embriagar por mi felicidad y no he correspondido a ella. ¿Quién soy yo para haber conquistado a la mujer que amo, mientras otros hombres sacrifican voluntariamente los más queridos deseos de su corazón y salen a plantar batalla por sus semejantes? ¡Qué miserable indolente, qué inútil he sido! ¡Y qué ciego, qué ingrato, qué indigno de ella!»

John Mellish se tapó la cara con las manos y se arrepintió de la vida de indiferencia feliz que había arrastrado durante treinta y un alocados años. Se había despertado de su dicha irreflexiva por el ruido ensordecedor de un trueno que había hecho pedazos el castillo de hadas de su propia felicidad, dejándolo a ras del suelo, y en su ingenua sencillez, buscaba en su propia vida la causa de la ruina que le había sepultado.

Sí, por eso debía ser; él no se merecía su felicidad, no se había ganado su buena fortuna. ¿Alguna vez han pensado en esto, ustedes, sencillos caballeros de provincia, que dan mantas y carne a sus vecinos pobres en la crueldad del invierno, que son amos buenos y amables, esposos fieles y padres tiernos, cuán fáciles son sus vidas en las confortables mansiones de sus hermosas tierras? ¿Alguna vez han pensado que, cuando todas sus buenas obras se hayan reunido y puesto en la balanza, el saldo será

muy pequeño cuando se compare con los beneficios que ha recibido? Será un porcentaje muy pequeño a cambio de los diez talentos confiados por el Creador a su cuidado. Recuerde a John Howard golpeado por la fiebre del pánico y la muerte; a la señora Fry, trabajando en las cárceles; a Florence Nightingale,^[102] en las desnudas cámaras de hospital, en la atmósfera nociva de los muertos y los moribundos. Estas son las personas que devuelven el cien por cien de los dones que les son concedidos. Estos son los santos cuyas buenas obras brillarán entre las estrellas por toda la eternidad; los trabajadores incansables que, una vez terminado su trabajo y sus desvelos, escucharán la voz del Maestro dándoles la bienvenida a su Descanso.

John Mellish miró hacia atrás en su vida y reconoció humildemente que había sido un completo inútil. Había repartido felicidad entre las personas que se había encontrado en el camino, pero nunca había hecho un esfuerzo extraordinario para hacer feliz al prójimo. Me atrevo a decir que era un amo generoso con sus siervos, pero nunca se molestó en cuidar del mendigo que estaba sentado a su puerta. El Israelita que buscó instrucción de los labios de la inspiración estaba dispuesto a cumplir con su deber para con el prójimo, pero aún tenía que aprender el amplio significado de ese calificativo familiar, y el pobre John, como el joven rico, estaba dispuesto a servir a su Maestro con fidelidad, pero aún tenía que aprender la forma de ponerse a Su servicio. «Si pudiera salvarla de la sombra de la tristeza o la deshonra, empezaría gustoso el día de mañana descalzo en una peregrinación a Jerusalén — pensaba—. ¿Qué no haría por ella? ¿Qué sacrificio sería lo suficientemente grande? ¿Qué carga lo bastante pesada de soportar?»

XXVI

El león de oro

El señor William Dork, el alguacil, llegó a Doncaster a la una y cuarto de la mañana y se dirigió directamente al Reno. Las puertas de la posada estaban cerradas desde hacía dos horas, y sólo con el ejercicio de su autoridad consiguió el señor Dork que le abrieran y que le recibiera el propietario. Encontró al mozo —que había llevado a Mellish Park al capitán Prodder— tras muchas dificultades y se acercó tambaleándose medio dormido por la escalera de servicio para responder a las preguntas de la autoridad. Había conducido al marino, cuyo nombre ignoraba, directamente a la estación de Doncaster, a tiempo para subirse al tren correo de las doce y cincuenta minutos. Se había separado del caballero en la puerta de la estación, tres minutos antes de la salida del tren.

Esta fue toda la información que pudo obtener el señor Dork. Si hubiera sido uno de los astutos policías de Londres, podría haber tomado medidas para prender al marino en la primera estación en la que el tren se detuvo, pero como era simplemente un sencillo funcionario rural, se contentó con rascarse la cabeza y mirar al posadero del Reno en el desconcierto más absoluto.

—¡Pues vaya si tenía prisa este hombre! —masculló malhumoradamente—. ¿Qué asunto le habrá obligado a marcharse con tanta premura?

El mozo que había sido su cochero no podía contestar a esta pregunta. Lo único que sabía era que el marino le había prometido medio soberano si llegaba antes de la salida del tren correo, y que había obtenido su recompensa.

—Bien; no tiene nada de extraño —dijo el señor Dork bebiéndose el vaso de ron que había pedido—. Usted deberá comparecer, y podrá dar casi la misma información que él, puesto que estaba con él cuando se oyó el disparo, y muy cerca cuando descubrió el cadáver. Tendrá que comparecer y prestar declaración cuando lo requiera la investigación. No estoy seguro de que sea hoy mismo por la mañana, pues no habrá mucho tiempo para dar aviso al magistrado.

El señor Dork apuntó el nombre del joven en su libreta, y el amo le aseguró que comparecería cuando se le solicitase. Una vez hecho esto, el agente de la autoridad salió de la posada después de beber otro vaso de ron y de dar un manojito de avena y un poco de agua al caballo del señor Mellish. Volvió a un ritmo endiablado a las caballerizas de Mellish Park, entregó el caballo y el carruaje al mozo que esperaba su llegada y se retiró a la modesta pero confortable casita que ocupaba en la aldea de Meslingham, situada a una milla de la entrada del parque.

Apenas sé cómo describir el largo, silencioso y triste día que siguió a la noche del crimen. Aurora Mellish yacía en un insulso estupor, sin poder levantar la cabeza de la almohada sobre la que descansaba y sin fuerzas apenas para abrir los párpados que abrigaban sus doloridos ojos. No estaba enferma, ni afectaba estarlo, pero permanecía tendida en el sofá de su vestidor, asistida por su doncella y visitada a intervalos por John, que vagaba de un lado a otro por la casa y los jardines hablando con innumerables personas y llegando siempre a la misma conclusión, esto es, que aquel suceso era un horrible misterio y que deseaba de todo corazón que la investigación terminara. Tuvo visitantes de hasta veinte millas a la redonda —pues la noticia se había extendido con rapidez antes del mediodía—; amigos que venían a condolerse y compadecerse y a hacer preguntas, conjeturas y manifestaciones de asombro de todo tipo, las cuales eran suficientes para volver loco al hombre menos susceptible; pero John lo soportó todo con mucha paciencia. Nada podía decirles, salvo que el asunto era tan misterioso para él como para ellos y que no tenía esperanza alguna de encontrar la solución de aquel enigma espantoso, todos y cada uno le hacían la misma pregunta:

—¿Tenía alguien motivos para matarle?

¿Qué podía contestar a eso? Hubiera podido decirles que si veinte personas hubieran tenido un poderoso motivo para matar a James Conyers, era muy posible que ninguna de ellas hubiera cometido el crimen, y sí la vigésimo primera, que no tenía motivo alguno. Esta clase de argumento que apoya una hipótesis cualquiera sobre una serie de probabilidades puede conducir con frecuencia a falsas conclusiones.

John Mellish no intentó discutir la cuestión; estaba demasiado cansado y afectado y deseaba ardientemente que la investigación policial terminara, y verse libre de partir con Aurora de aquella mansión familiar que le había sido odiosa desde que el adiestrador hubiera cruzado su umbral.

—Sí, vida mía —le decía a Aurora inclinándose sobre ella—, te llevaré al sur de Francia cuando este asunto se resuelva. Debes alejarte del escenario de todos los recuerdos del pasado, y desaparecerán todos los problemas. ¡Comenzaremos una nueva vida!

—Dios quiera que podamos hacer lo que dices, John —respondió Aurora, con seriedad—. ¡Ah!, querido John, no puedo decir que siento la muerte de ese hombre, pero si hubiera muerto dos años antes, cuando creí que había muerto, ¡cuántos sufrimientos me habría evitado!

En una ocasión, durante aquella larga tarde de verano, atravesó John Mellish el bosque para dirigirse hacia el pabellón de la puerta norte; no pudo reprimir el deseo de ver el inanimado cadáver del hombre cuya presencia le había causado tantas vagas inquietudes, tantos terrores instintivos.

Encontró al *idiota* apoyado en la verja del pequeño jardín y a uno de sus criados de pie en la puerta de la cámara mortuoria.

—La instrucción del sumario comenzará mañana a las diez en el León de Oro — dijo John Mellish a los dos hombres—. Tú, Hargraves, serás llamado como testigo.

Entró en el oscuro aposento. El mozo, adivinando el objeto de la visita de su amo, levantó en silencio el paño blanco que cubría la cabeza de Conyers. Manos expertas habían cumplido con su siniestro deber. Las fuertes extremidades habían sido enderezadas; un vendaje de lino sujetaba la mandíbula inferior, que se había caído en la agonía de una muerte súbita, y con los párpados cerrados sobre sus negros ojos, su rostro, que había sido hermoso en vida, era más bello aún en la quieta solemnidad de la muerte. Aquel cuerpo que carecía en vida de un alma cuya luz se hubiera reflejado en él encontraba esa luminosidad en la muerte. El alma indigna había partido, y la perfección física que quedaba había perdido su única mancha. La armonía de sus proporciones, los rasgos exquisitamente moldeados y los encantadores detalles, todos perduraron, y el rostro que James Conyers se llevaba a la tumba era aún más hermoso que aquel que sólo había lanzado sonrisas insolentes y desafiantes durante la vida del adiestrador.

John Mellish permaneció algunos minutos contemplando con severidad aquel rostro de mármol.

«¡Pobre hombre! —pensó el generoso corazón del joven caballero—, es triste morir tan joven. Ojalá nunca hubiera venido; quisiera que Aurora hubiera confiado en mí y me hubiera permitido hacer un trato con este hombre para mantenerle lejos y que guardara su... secreto. ¡Su secreto...! El secreto de su padre probablemente... ¿Qué secreto podía temer que descubriera el criado de su padre? Sería tal vez algún asunto de negocios..., alguna transacción mercantil de Archibald Floyd que hizo caer al anciano en poder de su criado. Tan sólo mi generosa Aurora era capaz de tomar sobre sus hombros esta carga y soportarla con valentía a través de todos los obstáculos.»

Así era como John Mellish argumentaba el secreto que le separaba de su esposa; no podía concebir la idea de imputarle ni aún la sombra de una falta; no podía soportar pensar en ella como en una pobre mujer indefensa que había caído en poder de un vil mercenario que se empeñaba en sacar un partido ventajoso de su secreto. No podía tolerar tales pensamientos y sacrificaba la integridad comercial de Archibald Floyd para salvaguardar la dignidad femenina de Aurora.

¡Ah! ¡Qué débil e imperfecta es la pasión del amor sin límites! ¡Qué presto a sacrificar a los otros por el objeto amado, que debe permanecer sin mancha en nuestra imaginación, aun cuando para ello tengamos que manchar y ennegrecer a nuestros semejantes! Si Otelo hubiera podido demostrar la pureza de Desdémona con el sacrificio de la reputación de todas las mujeres de Chipre, ¿creéis que hubiera tenido piedad de los habitantes de la hermosa isla? No, las habría cubierto de infamia si haciéndolo hubiese podido rehabilitar a la mujer que amaba.

John Mellish no quería tener una mala opinión de su esposa; cerraba los ojos resueltamente ante cualquier prueba condenatoria; se aferraba con desesperada

tenacidad a su fe en su pureza y se asía con mayor perseverancia a medida que las pruebas en su contra se hicieron más numerosas.

El sumario se abrió en una fonda al lado de la carretera situada a un cuarto de milla de la puerta del norte. Era un espacio tranquilo, muy frecuentado únicamente los días de mercado por los campesinos que iban a Doncaster y a las aldeas que hay entre esta ciudad y Meslingham. El magistrado y los jurados abrieron la audiencia en una sala sin muebles donde los parroquianos del León de Oro solían jugar a la petanca en los días de lluvia. El cirujano, Steeve Hargraves, Jarvis, el mozo del Reno, William Dork y el señor Mellish fueron los únicos testigos llamados a declarar, pero se hallaban también presentes el coronel Maddison y el señor Lofthouse.

Ocuparon muy poco tiempo las preguntas relativas a las circunstancias de la muerte de Conyers. Nada se obtuvo del breve examen de los testigos que pudiera conducir al esclarecimiento del misterioso asesinato. John Mellish, que fue la última persona interrogada, respondió a las preguntas que le formularon con rapidez y decisión; hubo una, no obstante, a la que le fue imposible contestar aunque era muy sencilla. El señor Hayward, el magistrado, ansioso por conocer toda la historia del difunto y poder de este modo descubrir a su asesino, preguntó al señor Mellish si su adiestrador era un hombre casado o soltero.

—En verdad, no puedo contestar a esa pregunta —dijo John—, pero imagino que era soltero, porque ni él ni el señor Pastem, que me lo recomendó, me dijeron lo contrario. Si hubiera estado casado, supongo que hubiese venido a mi casa con su mujer. Mi anterior jefe de caballerizas, Langley, era casado cuando entró a mi servicio y su esposa y sus hijos ocuparon los alojamientos que hay sobre mis caballerizas durante algunos años.

—¿Infiere, pues, que James Conyers era soltero?

—Pienso que sí, decididamente.

—¿Y es de la opinión de que no tenía enemigos en los alrededores?

—Me parece casi imposible que los tuviera.

—¿A qué causa atribuye, pues, su muerte?

—A un desgraciado accidente; no puedo explicármela de otro modo. El camino que atraviesa el parque sirve de paso público, y nadie ignora que el bosque está infestado de cazadores furtivos. Eran más de las diez cuando se escuchó el disparo, e imagino que disparó sobre él algún cazador, que se habría equivocado confundiéndole con otro objeto en la oscuridad.

El magistrado movió la cabeza y dijo:

—Olvida, señor Mellish, que la herida que causó su muerte no era una bala ordinaria de escopeta. El disparo que se oyó fue el de una pistola y el adiestrador falleció asesinado por la bala de una pistola.

John Mellish guardó silencio. Había dicho de buena fe cuál era su impresión relativa a la causa de la muerte del adiestrador, pues había olvidado los detalles secundarios del terrible acontecimiento en la prisa, el horror y la confusión de los dos

últimos días.

—¿Sabe de alguno de sus criados que sea capaz de cometer un acto de violencia de este tipo? —preguntó el magistrado—. ¿Alguno cuyo carácter sea particularmente vengativo?

—No —respondió John con tono resuelto—, puedo responder por mis criados como por mí mismo. Si ninguno de ellos conocía a ese hombre, ¿qué motivos podían tener para desear su muerte?

El señor Hayward se frotó la barbilla y movió la cabeza, pensativo.

—Ha hablado de un jefe de caballerizas jubilado, señor Mellish —dijo—, y me consta que la plaza de adiestrador en su casa es muy buena; un hombre puede ahorrar una cantidad importante de su salario aparte de las propinas de un amo como usted. Ese ex adiestrador podía estar enojado por verse reemplazado por el difunto, y podía sentir alguna *animosidad* hacia su sucesor.

—¡Langley! —exclamó el señor Mellish—, es el hombre más honrado que he conocido. Ha de saber que él mismo renunció a su empleo, pero mantiene su salario como adiestrador aunque está jubilado. El pobre hombre está confinado en cama desde la semana pasada.

—¡Hum! —murmuró el magistrado—, ¿quiere decir, entonces, que no puede arrojar luz ninguna sobre este asunto, señor Mellish?

—Ninguna. He escrito al señor Pastem, en cuyas caballerizas estuvo empleado el difunto, contándole las circunstancias que rodean la muerte del adiestrador y suplicándole que me envíe toda la información que tenga sobre él. Espero contestación en el correo de mañana, y estaré muy complacido de comunicársela.

Antes del interrogatorio de los testigos, los jurados habían estado en el pabellón del norte, donde vieron los restos mortales de James Conyers. El señor Morton les había acompañado y se había esforzado en explicarles la dirección de la bala y cómo, según su opinión, se había efectuado el disparo. Los miembros del jurado —llamados a fallar en esta grave causa— eran sencillos labradores y pequeños comerciantes que se lamentaban del tiempo perdido ese día y estaban prontos a aceptar cualquier solución al asesinato que pudiera serles sugerida por el magistrado. Se apresuraron, pues, a volver al León de Oro, escucharon con deferencia las diversas declaraciones y el resumen del señor Hayward, y después se retiraron a un aposento contiguo donde deliberaron por espacio de cinco minutos, y salieron con una decisión divagadora que el señor Hayward tradujo dando un veredicto de asesinato premeditado por parte de una o varias personas desconocidas.

Se habló muy poco de la desaparición del marino que había acudido a la casa de John Mellish para dar la noticia del crimen; ni por un momento nadie imaginó que la declaración de este testigo desaparecido pudiera arrojar un rayo de luz sobre el misterioso asesinato. El marino estaba hablando con el mozo del Reno cuando se oyó el disparo, y por tanto no era el asesino, y por significativa que fuera aquella fuga precipitada a los ojos de la aguda inteligencia de la entrenada policía metropolitana,

ninguno de los funcionarios rurales que se hallaban en la sala le daba gran importancia a esa circunstancia.

Tampoco se había mencionado el nombre de Aurora ni una sola vez durante aquella breve audiencia, ni se había revelado que hubiera conocido previamente a James Conyers; y John Mellish respiró profundamente, un largo suspiro de alivio, cuando dejó el León de Oro y se dirigió a su casa. El coronel Maddison, el señor Lofthouse y dos o tres caballeros más se quedaron en la puerta de la pequeña fonda hablando con el magistrado, el señor Hayward.

La investigación se dio por terminada, el asunto estaba arreglado, y los restos mortales de James Conyers podían ser enterrados con el beneplácito de su último patrono. Todo había terminado.

El misterio de la muerte y el secreto de la vida iban a ser sepultados pacíficamente con el cadáver del adiestrador, y John Mellish era libre de llevar a su mujer a donde quisiera.

¿Libre, he dicho? No, por siempre y para siempre, la sombra de este misterio pendería como un sudario entre él y la mujer que amaba; el recuerdo de este espantoso asunto no resuelto le perseguiría eternamente en el sueño y en la vigilia, en la luz y la oscuridad. Su noble carácter, que había triunfado una y otra vez sobre las influencias sutiles de condenar sugerencias o hechos dudosos, era sacudido una y otra vez, pero nunca derrotado. Opuso batalla con valentía, no obstante, el combate era duro, y tal vez debía aguantar hasta el fin de los tiempos. El argumento mudo debía ser sostenido sin descanso, y los espíritus de fe y fidelidad estarían en guerra por siempre, despedazando su torturado pecho hasta el fin de sus días, hasta su muerte, tal vez, apoyando su cabeza en el seno de su esposa, con las mejillas avivadas por su cálido aliento pero ignorando hasta la hora postrera la naturaleza real de este misterio sombrío, de este horror sin nombre y sin forma contra el que había luchado con tanta paciencia, por tantos años.

—La llevaré conmigo —dijo—, y cuando nos separen millas y millas de agua azul de la escena de su secreto, me postraré a sus pies y le suplicaré que me lo confíe.

Pasó por el pabellón del norte con un estremecimiento, y se condujo por el camino hasta la entrada principal del parque.

Estaba cerca de la puerta cuando oyó una voz extraña y ahogada que le llamaba para que se detuviera. Volvió el rostro y vio al *idiota* abriéndose paso hasta él con un lento y vacilante paso. Le seguía corriendo. De todos los seres humanos, a excepción, tal vez, del que yacía tendido sin vida en el pabellón del norte, Steeve Hargraves era la última persona que John Mellish hubiera deseado ver. Se volvió con gesto airado al *idiota*, que se enjugaba el sudor del pálido semblante con un pañuelo de cuello, mientras jadeaba con voz ronca.

—¿Qué sucede? —preguntó John—. ¿Qué quieres?

—El magistrado y el señor Lofthouse quieren hablarle de nuevo, señor, en el León de Oro —respondió Hardgraves casi sin aliento.

—¿De qué se trata?

Steeve Hargraves hizo una mueca espantosa.

—No lo sé, señor, y ya puede figurarse que no me lo han dicho; pero creo que es algo grave, porque el señor Lofthouse estaba blanco como la ceniza y parecía muy trastornado. Me han enviado a buscarle para que vuelva, señor.

—Sí, sí, voy —respondió John, ausente.

Se había quitado el sombrero y se pasaba la mano por la frente caliente, medio desconcertado.

Volvió la espalda al *idiota* y se alejó rápidamente, volviendo sobre sus pasos en dirección a la fonda.

Steeve Hargraves se le quedó mirando hasta que se perdió de vista; dio media vuelta y encaminó sus pasos lentamente hacia la puerta de entrada al parque.

«Sé lo que han descubierto —murmuró—, y sé también lo que quieren. Estará un tiempo ocupado, así que cruzaré el bosque a escondidas para contárselo a *ella*. Sí — hizo una pausa para frotarse las manos y reírse con una risa lenta, ahogada, que distorsionaba más aún su feo rostro y lo hacía horrible de contemplar—. Sí. ¡Qué *contenta* se pondrá cuando se lo cuente!»

XXVII

¡Mi esposa! ¡Mi esposa! ¡Mi esposa!

El León de Oro había recobrado su acostumbrado aire de rústica tranquilidad cuando John Mellish regresó. Los miembros del jurado habían vuelto a sus diversas ocupaciones, contentos por haber terminado el asunto con tanta presteza; los aldeanos, que habían acudido a la puerta de la fonda para conocer el resultado del proceso, ya se habían dispersado, y hasta el propietario estaba cenando con su mujer y su familia en la pequeña y acogedora sala del bar. Dejó el cuchillo y el tenedor cuando John entró en la fonda y suspendió su comida para recibir a una visita tan distinguida.

—El señor Hayward y el señor Lofthouse están en la sala de café, caballero —dijo—; venga por aquí, por favor.

Abrió la puerta de una sala alfombrada, amueblada con mesas de brillante caoba y adornada con media docena de cuadros de colores chillones que representaban las carreras de Doncaster, la gran carrera entre *Voltigeur* y *Flying Dutchman*, así como otros acontecimientos que habían dotado de celebridad al hipódromo del norte, por supuesto.

El juez estaba sentado en el extremo de una de las largas mesas, con el señor Lofthouse, de pie, a su lado. William Dork, el policía de Meslingham, esperaba en la puerta con el sombrero en la mano, y una expresión de alarma apenas perceptible en su rostro rubicundo. El señor Hayward y el señor Lofthouse estaban muy pálidos.

Una mirada bastó a John para ver todo esto y alguna cosa más; un cubo de agua teñida en sangre junto al juez, y una hoja de papel mojado que el señor Hayward tenía en la mano.

—¿Qué sucede? ¿Por qué han enviado a buscarme? —preguntó John.

Le había desconcertado y alarmado en gran medida el recado por el que había sido convocado de nuevo a toda prisa en la fonda, pero mayor fue aún su alarma al ver la evidente confusión en la actitud del magistrado al contestarle.

—Por favor, siéntese, señor Mellish —dijo—. Le he enviado a buscar... de acuerdo con el señor Lofthouse y por consejo suyo, pues, como clérigo y padre de familia, ha creído que debía hacerlo.

Reginald Lofthouse puso su mano sobre el hombro del magistrado como para advertirle alguna cosa. El señor Hayward se paró un momento, tosió para aclarar la voz y después continuó hablando, pero con un tono alterado:

—He tenido que reprender a William Dork por un incumplimiento de su deber,

aunque, soy consciente, como él dice, de que puede haber sido puramente casual.

—Es la verdad, señor Hayward —repuso William Dork, sumisamente—. Si hubiera sabido...

—El hecho es que, señor Mellish, en la noche del asesinato, Dork, al examinar la ropa del difunto, encontró un papel que había escondido el desgraciado joven entre el forro y la tela del chaleco. Este papel estaba tan impregnado de sangre que Dork fue incapaz de descifrar una sola palabra del escrito. Ignoraba, por tanto, la importancia de este papel, y en la precipitación y la confusión de los deberes que ha tenido que cumplir en estos dos últimos días, se ha olvidado de presentarlo para unirlo al sumario. Ha registrado su cartera casi inmediatamente después de haber dado el fallo el jurado, y esta circunstancia le ha traído a la memoria la existencia de dicho papel. Así pues, se ha dirigido a mí en el acto, a consultarme sobre este descuido involuntario; he examinado el papel, he lavado una parte considerable de las manchas de sangre que impedían leerlo y he llegado a descifrar la mayor parte de su contenido.

—¿El documento es de cierta importancia, entonces? —preguntó John.

Se había sentado a cierta distancia de la mesa con la cabeza inclinada y sus dedos golpeteando la silla con inquietud. Le irritaba terriblemente la lentitud pomposa del magistrado, y sufría una agonía de miedo y desconcierto. ¿Por qué le habían llamado de nuevo? ¿Qué papel era ese? ¿Qué interés podía tener para él?

—Sí —respondió el magistrado—, este documento es, sin duda, de suma importancia. Se lo he mostrado al señor Lofthouse para pedirle su consejo, únicamente al señor Lofthouse. Al señor Dork le he pedido que se quedara hasta que usted viniera para que le dijera cómo había encontrado este papel y por qué no lo había presentado antes a la investigación.

—No tengo interés alguno en saberlo —dijo John alzando la cabeza y mirando alternativamente al magistrado y al clérigo—. ¿Qué relación puede tener conmigo este papel?

—Siento decirle que le interesa más de lo que imagina, señor Mellish —respondió con dulzura el rector.

John se rebeló enojado contra tanta suavidad. ¿Qué derecho tenían para hablarle de aquella forma? ¿Por qué le lanzaban miradas compasivas con expresión sepulcral? ¿Por qué bajaban la voz hasta hablarle con ese tono horrible de que se sirven los mensajeros de malas noticias para allanar el camino ante el anuncio de alguna espantosa calamidad?

—Enséñeme ese papel, entonces, si tanto me interesa —dijo John con indiferencia.

«¡Oh, Dios mío! —pensó—, ¿qué nueva desgracia me amenaza? ¿Qué espantosa avalancha de pesares desciende sobre mí para aplastarme?»

—¿No desea saber cómo llegó a manos de Dork? —preguntó el magistrado.

—¡No, no! —exclamó John, furioso—; sólo quiero verlo.

Y señaló mientras hablaba el papel manchado de sangre que el señor Hayward

tenía en la mano.

—Puede retirarse entonces, Dork —dijo el magistrado en un susurro—, y sobre todo asegúrese de no mencionar a nadie este incidente. Es un asunto de interés meramente privado y no tiene relación con el asesinato. No lo olvide.

—Sí, señor.

El policía saludó respetuosamente a los tres caballeros y se retiró. Estaba muy contento por haber salido tan bien librado tras su negligencia.

—Ahora —dijo John levantándose y acercándose a la mesa en el momento en que el policía cerraba la puerta—, enséñeme el papel. Si tiene relación conmigo o alguna persona de mi familia, tengo derecho a verlo.

—Un derecho indiscutible —respondió el magistrado con gravedad entregando a Mellish el papel manchado de sangre—. Le suplico tan sólo que confíe en mi sincera simpatía hacia usted...

—¡Déjeme! —exclamó John arrancando el papel de manos del señor Hayward y alejándose—. ¡Déjeme! ¿No ve que estoy casi loco de impaciencia?

Se acercó a la ventana, y, volviendo la espalda al magistrado y al señor Lofthouse, examinó el papel ensangrentado que tenía en la mano. Miró largo rato aquellas líneas borrosas antes de comprender su verdadero significado; pero, al fin, el sentido verdadero de aquel miserable papel apareció con claridad ante sus ojos, y lanzando un grito de angustia se dejó caer en la silla de donde se había levantado y se cubrió la cara con sus robustas manos.

—¡Dios mío! —exclamó después de este primer grito angustioso—. ¡Dios mío!, nunca pensé en algo así, nunca me lo hubiera imaginado. ¡Nunca!

Ni el juez ni el clérigo hablaron. ¿Qué podían decirle? Las palabras de cariño no tenían poder alguno para calmar un dolor como este, y no hubieran hecho más que empeorar la agonía del hombre; era preferible callar y dejarle tranquilo.

Se levantó, finalmente, tras un silencio que les pareció demasiado largo a los espectadores de su dolor.

—Señores —dijo en voz alta y firme, que resonó a lo largo del pequeño aposento—, les doy mi palabra de honor de que en la época en que la hija de Archibald Floyd consintió en nuestro enlace creía que ese hombre, James Conyers, estaba muerto.

Descargó un violento puñetazo sobre la mesa y miró al magistrado y al clérigo con expresión de orgulloso desafío. Luego, con la mano izquierda, aquella mano que estrechaba convulsivamente el papel manchado de sangre, se lo llevó al pecho, y salió de la sala. Salió de la sala y de la fonda, pero no volvió a casa.

Una senda cubierta de hierba frente al León de Oro conducía a un espacioso prado marrón que llamaban Harper's Common. John Mellish se internó lentamente por la senda y llegó a un terreno comunal que estaba muy tranquilo y solitario, incluso en pleno verano. Cuando cerró la portilla de cinco barrotes, al final de la senda, y salió a este yermo claro, le pareció que cerraba la puerta al mundo que dejaba tras él, para quedarse solo con su gran pesar bajo aquel cielo de verano, sin

sol.

La deprimente escena que se extendía ante él, y el cielo gris sobre su cabeza, parecían en extraña armonía con su dolor. El agua de las acequias llenas de juncos, el verdor estéril que tornaba en un oscuro marrón grisáceo quemado por el sol del verano, los brezos sin flores y la aridez de todo aquello que observaba tomaban el color sombrío de su propia desolación, y parecían hacer aumentar su desconsuelo.

El hijo mimado de la fortuna, el caballero respetado y querido por todo el mundo que no había encontrado contrariedad alguna durante treinta y dos años; el esposo feliz, cuyo orgullo por su esposa había llegado al estrecho límite que separa lo sublime de lo ridículo; ah, ¿a dónde han ido todas las sombras de los venturosos días pasados?

Se habían desvanecido, habían caído en el negro y cruel abismo del pasado. El monstruo que devora a sus hijos se había retractado de los días felices, dejando tan sólo un hombre afligido en su lugar; un hombre afligido que mirando una amplia zanja y un cercado de juncos, a unos pasos de donde se encontraba, pensó:

«¿Era yo el que hace apenas un mes venía aquí a recoger nomeolvides para mi esposa?»

¡Pobre John Mellish!, el mundo pasado se derrumbó a sus pies; miró hacia un futuro incierto, y guardó luto por los que partieron y ya no están.

Se arrojó cuan largo era sobre la hierba, sacó el papel arrugado del pecho, lo desplegó y lo alisó ante él.

Era un certificado de matrimonio. El certificado de un matrimonio que se había celebrado en la parroquia de Dover el 2 de abril de 1856, entre James Conyers, soltero, adiestrador, de Londres, hijo de Joseph Conyers, cochero, y de Susan, su esposa, y Aurora Floyd, soltera, hija de Archibald Floyd, banquero, de Felden Woods.

XXVIII

La huida de Aurora

La señora Mellish se encontraba sentada en el gabinete de su marido —en la mañana de la instrucción sumarial—, entre las armas, los aparejos de pesca, las botas de montar, los látigos y toda la parafernalia de un hombre deportivo. Se había sentado en una espaciosa butaca cerca de la ventana abierta, con la cabeza recostada sobre los cojines tapizados en cretona, con la mirada vagamente perdida a la lejos, a través del prado y los macizos de flores, en dirección a la senda sinuosa por la que probablemente John Mellish volvería del León de Oro.

Había desafiado abiertamente a la señora Powell cerrando la puerta de aquel tranquilo aposento a las reiterativas fórmulas de cortesía de la viuda y a sus compasivas sonrisas. Había cerrado la puerta al mundo exterior y permaneció sola en la agradable ventana, con las rosas abiertas derramando sus perfumados pétalos sobre su regazo con cada soplo de la brisa de verano, y las mariposas revoloteando a su alrededor.

El viejo mastín estaba tendido a sus pies con la enorme cabeza apoyada en sus rodillas, y sus grandes ojos oscuros levantados hacia su rostro. He dicho que estaba sola, pero Dios sabe que no estaba sin compañía; las corrosivas preocupaciones y los negros desvelos eran sus fieles compañeros y no se alejaban de su lado.

¿Hay compañeros más fieles que las penas y las miserias, huéspedes más tenaces, amigos más vigilantes e infatigables? La desgraciada Aurora estaba sola en medio de un océano de problemas, temerosa de extender sus manos hacia los que la amaban, no fuera a arrastrarlos con ella al abismo que se abría para devorarla.

«¡Oh! Si pudiera ser la única víctima de todas estas miserias —pensó—, creo que las sufriría todas sin quejarme; pero la vergüenza, la degradación y la angustia pesarán sobre otros más fuertemente que sobre mí. ¿Cuánta amargura, cuánto sufrimiento deberán soportar si llegara a conocerse la irreverente locura de mi juventud?»

Estos *otros*, en cuyo dolor y vergüenza pensaba, eran su padre y John Mellish. El amor que sentía por su marido no había disminuido ni un ápice el cariño hacia su indulgente padre, a quien las locuras de su juventud habían causado tan amargos pesares. Su corazón generoso era lo suficientemente amplio para los dos. Ella no admitía la división, y hubiera repudiado cualquier intrusión del afecto nuevo en el antiguo. El gran río de su amor se convirtió en un océano, y abrazó una nueva orilla con su poderosa marea. Cada punzada de dolor que Aurora sentía por las penas

causadas a su marido se duplicaba con la imagen del pesar de su padre. No podía dividir estas dos personas en su corazón, les amaba y padecía por ellos con una medida igual de amor y dolor.

«Si..., si se descubriera la verdad en la investigación —pensaba—, no podría volver a ver a mi marido, jamás podría mirarle a la cara de nuevo, huiría al fin del mundo y me ocultaría de él para siempre.»

Había tratado de capitular con su destino; había intentado librarse de restituir toda su deuda, y había fallado. Había hecho el mal con la esperanza de que resultara el bien, haciendo frente a esa orden que dice que toda maldad genera pecado, iniquidad inútil. Había engañado a John Mellish con la esperanza de que nunca se rasgara el velo de la falsedad y que la verdad permaneciera oculta hasta el fin, poniendo al hombre que amaba a salvo de la pena y la vergüenza; pero los frutos de esta necia semilla, sembrada hacía tanto tiempo, en los días de su desobediencia, habían brotado a su alrededor y la rodeaban por todos lados; y había sido incapaz de abrirse camino por sí misma a través de las nocivas hierbas que había plantado con sus propias manos.

Se sentó a esperar con el reloj en la mano, y su mirada tan sólo se desviaba de la esfera para dirigirla a los jardines. John Mellish había salido de casa poco después de las nueve y eran ya casi las dos; le había dicho que el sumario duraría unas dos horas y que se apresuraría a regresar para decirle el resultado. ¿Cuál sería? ¿Qué preguntas podrían formularse? ¿Qué pruebas podían presentarse por una casualidad fatal que la comprometieran o traicionaran su secreto? Sentía un estupor insulso, a la espera de recibir sentencia. ¿Cuál sería? ¿Condena o absolución? Si su secreto no se descubría, si James Conyers se llevara a la tumba la breve historia de su vida de casados, ¡qué alivio, qué liberación para la desventurada joven cuyo mayor pecado había consistido en creer que un hombre malvado era bueno; la ignorante confianza de una niña pronta a aceptar un peregrino andrajoso por un noble proscrito o un príncipe disfrazado!

Eran las dos y media cuando se estremeció al oír un rumor de pasos vacilantes en el sendero de arena bajo la galería. Los pasos se paraban, continuaban y volvían a pararse. Apareció por fin —en el ángulo de la ventana opuesta a aquella en que se encontraba— un rostro que odiaba. Era el pálido rostro de Hargraves, que se asomó con cautela al interior del aposento. El mastín se levantó gruñendo y pareció que iba a lanzarse sobre la repulsiva cara del hombre, que parecía una de esas horribles gárgolas esculpida en un edificio gótico; pero Aurora cogió al animal por el collar con ambas manos y lo contuvo.

—¡Estate quieto, *Bow-wow!* —dijo—. ¡Tranquilo, chico, tranquilo!

Y mientras lo contenía con firmeza con una mano, con la otra lo acariciaba.

—¿Qué quieres? —preguntó volviéndose hacia Steeve con un ademán de frío desdén que la hacía parecer la esposa Nerón desafiando a sus falsos acusadores—, [103] ¿Qué quieres de mí? Tu amo ha muerto y ya no tienes excusa para venir aquí. Tienes prohibida la entrada a la casa y el parque. Si lo olvidas de hoy en adelante,

haré que el señor Mellish te lo recuerde.

Alzó su mano libre y la apoyó en la ventana, e iba a cerrarla cuando el *idiota* la detuvo diciendo:

—No tan rápido —dijo—, quiero hablarle. Vengo directamente de la casa donde se han reunido los jurados, y pensé que no le disgustaría saber lo que ha sucedido. Vengo como amigo, aunque me pagó un día a latigazos.

El corazón de Aurora latía tempestuosamente en su dolorido pecho. ¡Ah!, ¡qué deberes tan penosos había sufrido aquel pobre corazón en poco tiempo!, ¡qué cargas heladas había soportado!, ¡qué horrible opresión de secreto y terror había pesado sobre él, destrozando la esperanza y la paz! Una agonía de incertidumbre y temor torturaba su corazón y la tentaba a preguntarle cuál había sido el resultado de la investigación, para recibir de sus labios su sentencia de vida o muerte. Desconocía que aquel hombre hubiese descubierto su secreto, pero sabía que la odiaba y que sabía lo suficiente para conocer el poder que tenía de atormentarla.

Aurora irguió la cabeza con altivez y le lanzó una mirada constante de desafío.

—Te he dicho que tu presencia me es odiosa; apártate y déjame cerrar la ventana.

El *idiota* sonrió con insolencia, y sujetando la hoja de la ventana con su tosca mano, introdujo la cabeza en el aposento. Aurora se levantó para alejarse, pero él así con la otra mano su muñeca, que se encogió instintivamente al contacto de aquella mano callosa y caliente.

—Le digo que vengo a darle una noticia que le interesa mucho —susurró—, y debe escucharme. He sido uno de los testigos, me he quedado hasta el final y lo sé todo.

Aurora echó la cabeza hacia atrás con desdén y trató de liberar su muñeca de la profunda presión.

—Déjame —dijo—, pagarás cara esta insolencia cuando vuelva el señor Mellish.

—Pero no regresará pronto como se figura —dijo el *idiota* sonriendo—, porque ha vuelto al León de Oro. El magistrado y el señor Lofthouse le han enviado a buscar para decirle cierta cosa, cierta cosa sobre usted —añadió Steeve con sus pálidos y secos labios hablando al oído de Aurora.

—¿Qué quieres decir? —exclamó la señora Mellish todavía retorciéndose por la presión del *idiota* en su muñeca, en tanto que la mano libre retenía al perro enfurecido—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que digo —respondió Hargraves—; quiero decir que todo se ha descubierto, que todo lo saben. Y han enviado a buscar al señor Mellish para decírselo, para decirle lo que era usted para el muerto.

Un débil gemido salió de los labios de Aurora. Esperaba, no obstante, esta revelación, o, al menos, la temía; y tan sólo se había resistido a escucharla de labios de aquel hombre; pero él la había vencido; la había vencido como vencen siempre los caracteres obstinados y tenaces, por viles que sean, a las almas generosas e impulsivas. Steeve había conseguido su venganza y se las había ingeniado para ser

testigo de su agonía. Le soltó la muñeca y la miró; la miró con una mueca insolente y triunfante en sus pequeños ojos.

Aurora se irguió altiva, con arrogancia y con valentía, a pesar de todo, pero su rostro se había transformado; la blancura apagada de la desesperación había reemplazado a la expresión de inquieto dolor.

—Encontraron el certificado —dijo el *idiota*—; lo llevaba con él, cosido en el forro del chaleco.

¡El certificado! ¡Dios tenga piedad de la ignorancia de la joven! Jamás había pensado en tal cosa, jamás se había acordado de aquella miserable hoja de papel que era desde aquel día la evidencia legal de su locura. Había temido la presencia de aquel marido que parecía haber salido de la tumba para perseguirla y atormentarla, pero había olvidado aquella otra evidencia del registro de la parroquia que podía surgir contra ella en cualquier momento. Había temido el descubrimiento de algo, una carta..., un retrato..., cualquier recuerdo hallado en posesión del hombre asesinado, pero nunca había pensado en la prueba más patente e irrefutable.

¡El certificado de su casamiento con el palafrenero de su padre en poder de John Mellish!

—¿Qué pensará de mí? —decía—. ¿Me creerá si le digo que recibí la prueba evidente de la muerte de James Conyers un año antes de mi segundo casamiento? ¿Cómo *podría* creerme? Le he engañado con demasiada crueldad para atreverme a pedir su confianza.

Miró a su alrededor, trató de recomponerse, intentado decidir lo que debía hacer, y en medio de su dolor se olvidó por un momento de los ojos ávidos que parecían regodearse con su desgracia. Pero pronto recordó, y volviéndose fríamente hacia Steeve Hargraves, le dijo con voz clara e imperiosa:

—Me has dicho todo lo que tenías que decirme. Ahora haz el favor de apartarte para que cierre la ventana.

El *idiota* retrocedió y le permitió cerrar la ventana; tiró hacia abajo de las venecianas y corrió las cortinas dejando fuera al espía, que se arrastró lentamente y a regañadientes hacia el bosque.

—Se la he devuelto bien —murmuró arrastrando los pies bajo el abrigo de los árboles jóvenes—; es el mejor medio para saldar esta clase de deudas. Es casi mejor que el dinero —dijo riendo en silencio.

Aurora se sentó en el escritorio de John Mellish y escribió unas líneas apresuradas en una hoja de papel que encontró en medio de las cartas y facturas de su marido.

«Amor mío: no puedo permanecer aquí para verte después de lo que hoy se ha descubierto. Soy una miserable cobarde, y no tengo valor para ver tu expresión cambiada, ni para oír tu alterada voz. No abrigo esperanza alguna de que sientas por mí otro sentimiento que no sea odio y desprecio; pero algún día, cuando esté lejos de ti y cuando se haya calmado la agitación de mis presentes miserias, te escribiré para explicártelo todo. Piensa en mí con compasión, si puedes..., y si llegas a creer que los

perversos secretismos de las últimas semanas estaban motivados por mi amor hacia ti, no harías más que creer la verdad. Que Dios le bendiga, mi único y verdadero amor. El dolor de separarme de ti para siempre no es tanto como el de saber que has dejado de amarme. ¡Adiós!»

Encendió una vela y selló el sobre que contenía la carta.

«Los espías que me odian y me observan no deben leer esto», pensó al escribir el nombre de su marido en el sobre.

Dejó la carta sobre la mesa, y levantándose de su asiento, dirigió una mirada en torno al aposento; una larga y persistente mirada que moraba en cada objeto familiar.

«¡Qué feliz he sido en medio de toda esta parafernalia masculina; qué feliz con el que creía mi esposo! ¡Y qué inocentemente felices ambos antes de la llegada de ese horrible nubarrón que ha estallado sobre nosotros!»

«He arrojado la miseria y la desgracia sobre todos los que me han amado —pensó—. Si hubiera sido menos cobarde..., si hubiera dicho la verdad...; todo esto se podría haber evitado si le hubiera confesado la verdad a Talbot Bulstrode.»

Se detuvo ante la mención de este nombre.

«Iré a ver a Talbot. Es un buen hombre, iré a verle —pensó—; iré a hablarle, y no me avergonzaré ahora de confesárselo todo. Me aconsejará y se encargará de anunciar esta nueva desgracia a mi padre.»

Aurora había entrevisto vagamente esta desgracia cuando habló de ella con Lucy en Felden Woods; la había entrevisto y sabía que algún día se descubriría todo y tendría que suplicarle refugio a su prima.

Miró su reloj.

—Las tres y cuarto. A las cinco sale un tren de Doncaster. Me dará tiempo a llegar caminando.

Abrió la puerta y corrió a su aposento. No había nadie en el salón, pero su doncella estaba en el vestidor ordenando algunos vestidos en un gran armario. Aurora eligió el sombrero más sencillo y una gran capa gris, y se los puso con tranquilidad frente al espejo de cuerpo entero. La doncella, atareada con su propio trabajo, no vio nada especial en las acciones de su señora, pues la señora Mellish tenía costumbre de vestirse sola y le desagradaban las atenciones oficiosas.

«¡Qué cuarto tan bonito! —pensó Aurora, suspirando—. ¡Qué sencillo y rústico! Estos muebles fueron elegidos para *mí*, y para *mí* se construyeron la sala de baños y el invernadero.»

Miró también desde la puerta las salas ricamente alfombradas.

«¿Le parecerán estas salas a su dueño de nuevo tan alegres como antes? ¿Continuará ocupándolas o mandará cerrar sus puertas antes de abandonar la mansión en la que ha gozado de una vida tranquila durante casi treinta y dos años?»

«¡Mi pobre muchacho, mi pobre muchacho! —pensó—. ¿Para qué he nacido, si había de traerle tanto dolor?»

No había egoísmo en la pena por su dolor: sabía que la había amado y que esta

separación sería la agonía más amargada su vida, pero en la profundidad de las mortificaciones que había sufrido su orgullo de mujer no podía entrever —más allá de la presente vergüenza motivada por el descubrimiento de su primer enlace— un porvenir de dicha y liberación.

«Creeré que nunca le amé —pensó— e imaginaré que ha sido el juguete de una miserable mujer deseosa de recobrar la posición perdida. ¡Qué pensará de mí que no sea horrible e innoble!»

El rostro que vio en el espejo estaba muy pálido y desencajado. Los ojos, grandes y oscuros, resecos y lustrosos, y los labios, caídos rígidamente dibujados sobre los blancos dientes.

—Parezco una mujer que bien podría cortarse la garganta en una crisis como esta —dijo—. ¡Cuántas veces me he asombrado al oír contar los actos de desesperación de algunas mujeres! No me asombraré nunca de aquí en adelante.

Abrió su neceser de tocador y tomó un par de billetes de banco y un puñado de oro de una de las gavetas. Lo puso todo en su bolso, se ajustó la capa y caminó hacia la puerta.

Se detuvo en el umbral y dirigiéndose a su doncella —que seguía ocupada aún en el aposento del fondo—, le dijo:

—Voy al jardín Parsons; dígame al señor Mellish que hay una carta para él en su estudio.

Los respetuosos criados llamaban estudio el cuarto donde John tenía sus botas y las cuentas de las carreras.

Bow-wow se levantó perezosamente de la piel de tigre donde estaba acostado, cuando Aurora salía del vestíbulo, y después de ir a olfatearla, quiso seguirla fuera de la casa, pero ella le ordenó que regresara a la alfombra, y el animal sumiso la obedeció, como había hecho tantas veces en su niñez, cuando su dueña arrojaba su muñeca favorita al agua en Felden para que el fiel mastín fuera a rescatarla. La obedeció, pero a regañadientes, y la observó con mirada recelosa mientras bajaba la escalera ante la puerta. Cruzó el jardín con paso rápido y se internó en el bosque caminando sin parar hacia el sur, a pesar de suponer un largo rodeo, porque el pabellón del norte se hallaba en el camino de Doncaster. En el bosque encontró a dos personas que paseaban hablando en voz baja y que se estremecieron y cambiaron de actitud al verla. Estas dos personas eran Steeve Hargraves y la señora Powell.

«Entonces, mis dos enemigos —dijo para sí al pasar por delante de esta extraña pareja— unieron sus fuerzas para planear mi desgracia; es tiempo de dejar Mellish Park.»

Salió por una pequeña puerta que daba paso a unos prados, y más allá de estos prados había una senda bastante sombreada que conducía a Doncaster. Era un camino que seguían raras veces los habitantes de la casa, pues era el más largo para ir al pueblo. Aurora se detuvo a una milla de la casa —que había sido la suya— y contempló algunos instantes el magnífico edificio, medio oculto bajo la exuberante

vegetación crecida durante un par de siglos.

—Adiós, querida casa, en la que sólo he sido una mentirosa y una impostora — dijo—; adiós para siempre, y por siempre, mi amor.

Mientras Aurora pronunciaba estas apasionadas palabras de despedida, John yacía sobre la hierba quemada por el sol, mirando distraídamente los charcos de agua bajo el cielo gris, que reflejaban las nubes, compadeciéndose de Aurora, orando por ella y perdonándola desde lo más profundo de su noble corazón.

XXIX

La desolación de John Mellish

El sol descendía al oeste y los relojes de las aldeas distantes daban las siete cuando John Mellish se alejaba caminando lentamente del solitario prado de hierba estéril llamado Harper's Common y se dirigía hacia la casa en la calma de la noche. El caballero de Yorkshire estaba aún muy pálido; caminaba con la cabeza baja, sujetando el papel arrugado contra el pecho de su chaleco, pero una luz de esperanza brillaba en sus ojos y las rígidas líneas de su boca se habían relajado en una tierna sonrisa de amor y perdón. Sí, había orado por ella, la había perdonado y estaba en paz. Había pronunciado su alegato cien veces en la sorda quietud de una tarde de verano, y la había excusado y perdonado; pero no a la ligera, el cielo es testigo; no sin una lucha honda y cruel, que había desgarrado su corazón con tormentos hasta entonces desconocidos.

Esta revelación del pasado era un baldón muy amargo para él, una horrible degradación, una infamia irrevocable. Al pensar en su amada, su reina, su diosa, se preguntaba: ¿por qué diabólica brujería se había dejado arrastrar al enlace degradante que evidenciaba aquel miserable pedazo de papel? El orgullo de cinco siglos sin mancha se había alzado altivo e indómito en el pecho del caballero ante la idea del ultraje que mancillaba a la mujer que amaba. ¡Oh, cielos! ¡La gloria con que la había elevado no era, después de todo, más que el vano alarde de un tonto! Era responsable ante el mundo de lo pasado y de lo presente; había erigido un altar a su ídolo, y había gritado a todos los que se acercaban que se arrodillasen y lo adorasen en su santuario, por tanto era responsable ante esas personas de la pureza de su divinidad. No podía pensar en ella como inferior al ídolo perfecto con que su amor la imaginó; perfecto, inmaculado e inexpugnable. El baldón, cuando se trataba de ella, no conocía grado alguno en su alma.

No era en su propia humillación en la que pensaba cuando su rostro se ruborizó, al pensar en los rumores que circularían por el condado si llegara a conocerse el fatal desliz de la juventud de Aurora, pues lo que pesaba sobre su corazón era la idea de la deshonra de la mujer que amaba; ni una sola vez vislumbró las burlas que recaerían sobre él.

Era esta la gran diferencia entre la forma de amar y sufrir de John Mellish y Talbot Bulstrode. Talbot había escogido una esposa que reflejara su propio honor en sí misma, y se había alejado de Aurora con la primera prueba de su fe, convulsionado ante las horribles aprensiones de su propio peligro. Pero John Mellish había sumido

su propia identidad en la de la mujer que amaba. Ella era su fe y su altar, y era su gloria la que lloraba en el día cruel de la deshonra. El agravio que encontraba duro de perdonar no era el dirigido contra él, sino el ultraje fatal que se había infligido a sí misma. Su afecto era ilimitado y participaba de los más altos atributos de esa sublime abnegación que llamamos amor. La agonía que experimentaba era la misma que debió sufrir Archibald Floyd algunos años antes; era un tormento sufrido por Aurora, no por él, y en su lucha contra esa ira entristecedora que sentía por su locura, cada una de sus perfecciones lo elevaba más en su indignación. Si hubiera sido menos bella y menos regia, menos generosa, grande y noble, hubiese podido perdonarle más fácilmente el baldón que se había autoinfligido. Pero, siendo tan perfecta, ¿cómo lo haría?

Desplegó el miserable papel media docena de veces para leer y releer cada palabra del documento, antes de poder convencerse de que no era una vil falsificación ideada por James Conyers para extorsionarles, sino un documento legal. Después oró por ella y la perdonó, compadeciéndose con más ternura que una madre y con una angustia más dolorosa que la de un afligido padre.

—¡Mi pobre y querida niña! —dijo—; era tan sólo una colegiala cuando se inscribió este documento; una niña inocente dispuesta a creer en las mentiras de un villano.

Un sombrío fruncimiento de cejas oscureció la frente del caballero de Yorkshire mientras pensaba en esto, un gesto que hubiera aterrado a James Conyers si la muerte no le hubiese alejado ya del mal y del bien en la tierra.

—¿Tendrá Dios misericordia de un miserable como ese? —pensó John Mellish—. ¿Será perdonado ese hombre que arrojó la desgracia y la deshonra sobre una cándida niña?

Asombrará tal vez que John Mellish sintiera tan amargamente el baldón del casamiento de Aurora cuando toleraba que sus criados gobernasen la casa y permitía a su mayordomo imponerle los vinos que debía beber; que hablaba como un amigo a sus mozos y suplicaba a su jefe de caballerizas que se cubriese y se sentase en su presencia; un hombre, en fin, demasiado franco, amable y sencillo para sentir tan amargamente el desigual matrimonio de Aurora. Era de conocimiento público en Doncaster que el caballero Mellish, de Mellish Park, no era orgulloso, que palmeaba en el hombro a los pobres y daba los buenos días a los que vagueaban por las tranquilas calles; no había un amo mejor ni un caballero de más noble corazón. Y todo era cierto. John Mellish no tenía ese orgullo personal, pero había otro tipo de orgullo, enteramente inseparable de su educación y posición, que no era otro que el orgullo de familia. Era muy conservador, y aunque hablaba con sus criados con tanta franqueza como con sus iguales, se hubiera opuesto con toda la fuerza de su autoridad contra sus criados y proveedores si hubiesen traspasado una pulgada tan sólo el límite del territorio que les separaba de su amo.

La lucha había terminado antes de que John Mellish se levantara del prado

marrón, y regresara a la casa de donde había salido por la mañana temprano, ignorando el gran pesar que iba a caer sobre él, pero vagamente acuciado por el presentimiento de una desgracia desconocida. El combate había terminado, y una sola esperanza ocupaba su corazón, la de estrechar en sus brazos a Aurora y consolarla por todo lo que había sucedido. Aún a pesar de la amargura que pudiera sentir por la humillación de esta locura de su ingenua juventud, no debía recordárselo; su deber era hacer frente a la calumnia o las burlas de la gente, ofrecerle su pecho y protegerla al abrigo de su gran amor. Su corazón anhelaba irse a tierras extrañas y tranquilas, donde su adorada estuviera lejos de los que pudieran conocer su secreto y reinara de nuevo gloriosa e inaccesible. Estaba dispuesto a utilizar cualquier estrategia, en su avaricia de adoración y alabanzas hacia ella y para ella. Cuán tiernamente pensaba en ella, caminado lentamente hacia la casa en la quietud de la noche. Pensaba que estaría inquieta por su tardanza, deseosa de conocer los detalles de la investigación judicial, y se reprochó su negligencia al darse cuenta del largo tiempo que había estado ausente.

—Estará intranquila por mi tardanza —dijo— y como sabrá ya por algún criado el buen resultado del caso, pensará que me he detenido en Doncaster por negocios. No sabría nada acerca del descubrimiento de este documento infame. Lofthouse y Hayward son hombres de honor y guardarán el secreto de la locura juvenil de mi pobre niña.

Y anhelaba el momento que le pareció tan cercano en que pudiera estrecharla entre sus brazos y decirle:

—Querida mía, vive en paz; desde hoy en adelante no habrá secretos entre nosotros, en adelante tus penas serán las mías, y habría de ser muy débil para no ayudarte a sobrellevar una carga tan ligera. Somos uno, querida. Por primera vez desde el día de la boda, estamos verdaderamente unidos.

Esperaba encontrar a Aurora en su gabinete, pues le había expresado su intención de permanecer en él todo el día; se llegó al amplio jardín de la terraza de rosadas sombras que abrigaba su refugio favorito. Las venecianas estaban bajadas y la ventana cerrada tal como las había dejado Aurora ansiosa por despedir a Steeve Hargraves. Llamó a la ventana, pero no obtuvo respuesta.

«Lolly se ha cansado de esperar», pensó.

La campana dio el segundo toque para la cena mientras John Mellish estaba aún al otro lado del oscuro ventanal de su gabinete. Este toque habitual le recordó sus deberes sociales.

«Esperaré hasta que terminemos de cenar para hablar con Aurora —pensó—; debo presentarme en casa con la actitud acostumbrada para no llamar la atención de la señora Powell y de los criados, antes de estrechar a mi querida niña entre mis brazos, y calmar su alma para siempre.»

Las ventanas del salón estaban abiertas y vio el destello de un vestido de muselina clara. Era la señora Powell que se hallaba sentada en actitud contemplativa y mirando

el cielo vespertino. No pensaba en el esplendor del crepúsculo carmesí y sus dorados reflejos. Pensaba en que si John Mellish arrojaba de la casa a la esposa que lo había engañado, aquella que nunca había sido legalmente suya, aquella mansión del condado de Yorkshire sería, sin duda, un buen lugar para vivir, un buen lugar para una ama de llaves que supiese cómo obtener influencia sobre su amo y que conociera el secreto de su vida conyugal y la falta de Aurora Mellish para ayudarla a dominarlo.

«Está tan ciego y seducido —pensó la viuda del alférez—, que si rompe sus relaciones con ella mañana, seguirá amándola como siempre, y hará cualquier cosa para mantener a salvo su secreto. Que actúen como quieran, están los dos en mi poder, y ya no podrán despedirme con tres meses de plazo cuando se hayan cansado de mis servicios.»

El pan de la servidumbre no es una dieta agradable, pero hay muchas maneras de comer el mismo alimento. La costumbre de la señora Mellish era recibir todos los favores a regañadientes, tal como ella los hubiera dado, si su suerte hubiera sido la de dar en lugar de recibir. Medía a los demás por su propia estrechez y era incapaz de comprender o creer en los francos impulsos de las personas de naturaleza generosa. Sabía que era un miembro inútil en la casa de Mellish Park, y que el joven caballero fácilmente hubiera podido prescindir de su presencia. Sabía, por tanto, que continuaba en la casa por la piedad de Aurora hacia sus conocidos. Y no teniendo ni gratitud ni buenos sentimientos para dar a cambio de su comfortable refugio, le molestaba la pobreza de su naturaleza y odiaba a sus benefactores por su generosidad. Es propio de esos pobres corazones resentidos sentir envidia por las cualidades que no tienen y ni siquiera pueden comprender. La señora Powell había vivido más a gusto en las casas donde la habían tratado como a una criada que en Mellish Park, en donde fue recibida como un igual y un invitado y la habían tratado como una señora. Había comido durante tanto tiempo el pan amargo de su espíritu, que su naturaleza entera había comenzado a corroerse por la influencia de ese desagradable régimen. Una persona moderadamente generosa puede conceder un favor y otorgar bienes, pero recibir un beneficio con agradecimiento requiere un carácter mucho más noble y generoso.

John Mellish se acercó al ventanal abierto en que descansaba la viuda y entró en el salón. Aurora no estaba allí. La amplia estancia parecía vacía y desolada, y la decoración del templo se veía fría y triste por la deidad ausente.

—¡No hay nadie! —exclamó John desconsolado.

—Nadie más que yo —murmuró la señora Powell con un leve acento de desprecio.

—Pero ¿dónde está *mi* esposa?

Pronunció las palabras «mi esposa» con un tono de desafío tan marcado que la señora Powell le miró mientras hablaba, pensando:

—Ha visto el certificado.

—¿Dónde está Aurora? —repitió John.

—Creo que ha salido.

—¡Que ha salido!... ¿A dónde?

—Olvida, señor —dijo la señora Powell en tono de reproche—, o parece olvidar, que me pidió expresamente que me abstuviera de vigilar las acciones de la señora. Antes de esa orden, que me atrevo a decir fue innecesariamente enfática, ciertamente se me consideraba como la humilde persona elegida por la tía de la señorita Floyd, y revestida por ella de cierta autoridad sobre las acciones de la joven, y en cierto modo responsable de...

John Mellish se irritó terriblemente bajo este desapiadado chorro de frases que la señora Powell vertía sobre su cabeza.

—Hablaremos de eso en otro momento, por amor de Dios, señora —dijo con impaciencia—. Yo lo que quiero saber es dónde está mi esposa. Con dos palabras será suficiente, imagino.

—Lamento tener que decirle que no puedo darle ninguna información al respecto —respondió la viuda; la señora Mellish abandonó la casa sobre las tres y media pasadas, vestida de paseo, y no he vuelto a verla desde entonces.

¡El cielo perdone a Aurora por los disgustos que daba a los que más amaba! El corazón de John enfermó de terror al ver frustrada tan pronto su esperanza. Imaginaba a su esposa esperándole para arrojarse a sus brazos en respuesta a su grito apasionado:

—Ven, Aurora, ven, amor mío; se ha descubierto tu secreto y está perdonado.

—Pero ¿alguien sabrá a dónde ha ido mi esposa, no? —dijo furioso volviéndose hacia la viuda con expresión airada de decepción y pavor. Era sólo un niño grande, después de todo, que alternaba la esperanza y la desesperación como un chiquillo, con la apasionada devoción infantil por los que amaba y el terror ignorante de peligro hacia sus seres queridos.

—Tal vez se lo haya dicho a Parsons —respondió la señora Powell—, porque a mí no me ha dicho una palabra de sus menciones. ¿Toco la campana para llamar a Parsons?

—Por favor.

John Mellish permaneció en el umbral del ventanal sin querer entrar, como si no estuviera en su propia casa. ¿Por qué había de entrar en la casa? Para él no existía hogar alguno sin la mujer que lo había hecho tan sagrado y querido; querido incluso en la hora más sombría de ansiedad y pesar, incluso a pesar de los problemas que su amor había arrojado sobre él.

La doncella Parsons apareció en respuesta a la llamada de la señora Powell, y John entró en el salón y la interrogó bruscamente sobre dónde había ido su amada.

La joven podía decirle muy poco, salvo que la señora le había dicho que bajaba al jardín y que había dejado una carta en el gabinete para su esposo. Tal vez la señora Powell pudiera darle noticias más exactas sobre esta carta, porque se había introducido sigilosamente en el gabinete de John tras su entrevista con el *idiota* y su

encuentro casual con Aurora, y había encontrado la carta sobre la mesa, lacrada y sellada con el grabado de una piedra azul que Aurora llevaba entre los colgantes de su cadena de reloj. No le fue posible, pues, hacer tentativa alguna para abrirla y se contentó con adivinar su sombrío contenido. El *idiota* le había contado el fatal descubrimiento, y adivinaba instintivamente el contenido de aquella carta lacrada. Era una carta de explicaciones y despedida, tal vez, sólo de despedida.

John se dirigió precipitadamente por el pasillo hacia su gabinete. La estancia estaba vagamente iluminada por los débiles rayos del crepúsculo que, penetrando a través de las venecianas, dibujaba barras de oro en el suelo alfombrado; pero incluso con esta débil luz sombría vio la mancha blanca sobre la mesa, y se precipitó con la agilidad del tigre sobre la carta que había dejado su esposa.

Levantó la veneciana y se colocó en el alféizar de la ventana —con la luz del crepúsculo inundando su semblante pálido y agitado—, y leyó la carta. No había ira ni alarma en su rostro mientras leía, sino solamente amor; amor infinito y una inmensa compasión.

«¡Mi pobre Aurora! ¡Mi pobre niña! ¿Cómo pudo pensar que habíamos de separarnos? ¿Cómo pudo creer que mi amor era tan débil como para faltarle ahora, cuando más lo necesita? Si ese hombre estuviera vivo —pensó, y su rostro se ensombreció con el recuerdo del cuerpo insepulto que permanecía aún en la sala del pabellón del norte—, si la hubiera reclamado y me la hubiese arrebatado con el derecho que le daba el papel que tengo sobre mi pecho, me habría aferrado aún a ella, y la hubiera seguido a todas partes; viviría cerca de ella, y sabría dónde buscarla para defenderla de todos los agravios. Hubiera sido su criado, el criado más dispuesto de ese miserable si, soportando su insolencia, hubiera podido servir a la mujer que adoro. Pues si esto es cierto, querida mía —añadió John con tierna sonrisa—, ¿no es una insensatez escribirme esta carta? ¿Y no es más cruel aún escapar del hombre que te hubiera seguido hasta el más remoto confín de la tierra?»

Puso la carta en el bolsillo y recogió el sombrero de la mesa. Estaba listo para partir, aunque apenas conocía su destino; tal vez al fin del mundo en busca de la mujer que amaba. Pero iría a Felden Woods antes de comenzar un viaje más largo, porque estaba firmemente convencido de que en su terror insensato Aurora habría huido a casa de su padre.

—Pensar que algo podría cambiar o disminuir mi amor por ella —dijo—; niña tonta, niña tonta.

Llamó a un criado y le mandó que le preparase apresuradamente una maleta pequeña. Se iba a la ciudad por un día o dos, y partiría solo.

Miró el reloj, eran las ocho y cuarto, pero el tren correo no salía de Doncaster hasta las doce y media. Demasiado tiempo para la febril impaciencia del señor Mellish, que hubiera estado dispuesto a alquilar un tren entero para él solo si el administrador de la estación se lo hubiera permitido. Tenía cuatro horas eternas durante las cuales debía esperar desgarrándose el corazón en su ansioso deseo de

seguir a la mujer que amaba, de estrecharla en sus brazos y cobijarla en su pecho y decirle que el verdadero amor no conoce de reducciones ni cambios. Ordenó que el carruaje ligero estuviera preparado para las once en punto. Salía de Doncaster un tren ordinario a las diez de la noche, pero como llegaba a Londres diez minutos tan sólo antes que el correo, prefería esperar hasta las doce y media y viajar con más celeridad. Sin embargo, pasada la hora de su salida, John Mellish se reprochó amargamente la pérdida de esos diez minutos y le atormentó la fantasía de que la pérdida de estos diez minutos suponía tal vez perder la probabilidad de reunirse inmediatamente con Aurora.

Daban las nueve cuando recordó la necesidad de simular que se sentaba a la mesa. Ocupó su puesto y envió a buscar a la señora Powell, que se presentó con afectada expresión risueña, como si ignorara que se había retrasado hora y media la cena.

—Siento haberla hecho esperar tanto, señora Powell —dijo sirviendo a la viuda un plato de sopa—, pero lo cierto es que me veo precisado a partir con el correo.

—Espero que no se trate de un asunto desagradable.

—¡Oh, de ningún modo, no! La señora Mellish ha ido a ver a su padre, y me suplica que vaya a reunirme con ella —contestó John vacilando pero sin arrepentirse por la mentira.

No volvió a hablar durante toda la cena. Probó algunos platos que le presentaron los criados y bebió mucho vino, pero lo hizo mecánicamente, sin saber lo que hacía; y cuando quitaron los manteles y se quedó solo con la señora Powell, permaneció sentado y mirando vagamente la luz de los candelabros que se reflejaba en la mesa.

No salió de su larga meditación hasta que la señora Powell indicó con una tos ceremonial y una sonrisa tonta que deseaba retirarse. Entonces salió de su larga ensoñación, levantó la cabeza y le dijo:

—Haga el favor de esperar un momento, señora Powell, si es tan amable. Me alegraría que se sentara un rato más, porque quisiera decirle unas palabras antes de partir de Mellish Park.

Se levantó mientras hablaba y le señaló una silla. La señora Powell se sentó y le miró con seriedad, con una ansiosa seriedad viperina, y un movimiento nervioso de sus delgados labios.

—Cuando llegó aquí, señora Powell —dijo John con tono muy formal—, lo hizo como invitada y amiga de mi esposa; y no necesito decirle que con título tan digno le concedí gustoso mi hospitalidad y mi amistad. Si hubiera traído con usted un regimiento de soldados como condición para visitarnos, hubieran sido igualmente bienvenidos, porque su llegada complacía a mi pobre niña. Si mi esposa hubiera estado en deuda con usted por una palabra bondadosa o una mirada de afecto, le habría recompensado esa deuda mil veces, prestándole cualquier tipo de servicio, por muy difícil que fuera. No hubiera perdido nada por sentir afecto hacia esa pobre niña sin madre, pues mi devoción hubiera recompensado con creces su ternura hacia ella. Era lógico que la considerara como la amiga natural y consejera de Aurora, y lo hice

honradamente y con confianza. Perdone si le digo que no tardé en descubrir lo mucho que me había equivocado al concebir tales esperanzas; pronto supe que usted no era amiga de mi esposa.

—¡Señor Mellish!

—Señora Powell, habrá creído tal vez que, como en mi gabinete, en vez de libros hay látigos, botas de caza y armas, y como me acuerdo tanto del latín que me enseñaba mi preceptor como de la primera línea de la sintaxis de Eton, habrá creído, repito, que forzosamente debo ser un mentecato. Ni soy tan mentecato como se figura, ni tan sabio como debiera ser, pero tengo la suficiente inteligencia para ver el peligro que amenaza a los que amo. No le gusta mi esposa; le envidia su juventud, su belleza y el amor loco que me inspira; y la ha acechado, la ha espiado y ha confabulado, con las maneras de una dama, claro está, contribuyendo a su perdición. Perdone si le hablo con franqueza. Todo lo que concierne a Aurora me concierne; hacerle mal en el dedo meñique es atormentar todo mi cuerpo, y apuñalarla una vez es como apuñalarme a mí mil veces. No deseo ser descortés con una señora; sólo lamento que no haya sido capaz de amar a una pobre joven que raramente ha dejado de conquistar la amistad de los que la conocen. Separémonos sin encono, pero hablemos con toda franqueza. No nos quiere, y vale más que nos separemos antes de que aprenda a odiarnos.

La viuda esperó con el mayor estupor a que John Mellish se detuviese por falta de aliento, tal vez, más que por falta de palabras. Toda su naturaleza viperina se alzó en rebeldía contra él mientras se paseaba de un extremo a otro de la sala, irritándose con furia con el recuerdo del agravio que le había causado por no amar a su esposa.

—No debe ignorar, señor Mellish —dijo después de una pausa terrible—, que en estas circunstancias se me debe el estipendio anual que me corresponde por mis servicios, ya que cesan por un capricho suyo, y que, aunque es posible que me cierre las puertas de esta casa, va a hacerse cargo de mi salario anual hasta la expiración de la...

—¡Oh!, le ruego que no imagine que voy a rechazar cualquier reclamación que me haga, señora Powell —dijo John con impaciencia—. El cielo sabe que no ha sido placentero para mí hablarle esta noche con tanta franqueza como lo he hecho. Voy a extenderle un cheque por la cantidad que crea necesaria para compensar la modificación de nuestras condiciones. Hubiera podido ser más disimulado, hubiera podido decirle que mi esposa y yo pensábamos viajar por el continente y que por consiguiente despedíamos a nuestros criados, pero he preferido decirle la verdad. Perdone si la he ofendido.

La señora Powell se levantó pálida, amenazadora y terrible; terrible en la intensidad de su cólera, y con la confianza de que podía herir el corazón del hombre que la afrentaba.

—No ha hecho más que anticiparse a mis intenciones, señor Mellish —dijo—, porque me sería imposible quedarme en su casa después de ciertas circunstancias

desagradables que han ocurrido últimamente. Deseo vivamente que no le cause mayores disgustos su amistad con la hija del señor Floyd. Y permítame añadirle unas palabras de advertencia antes de tener el honor de darle las buenas noches; las personas con malas intenciones podrían tener la tentación de sonreír ante la entusiasta mención de su «esposa», al recordar que la persona a la que usted alude es Aurora Conyers, la viuda del mozo, y que nunca ha tenido derecho legal alguno al título que le otorga.

Si la señora Powell hubiera sido un hombre, hubiese ido a parar al extremo opuesto del aposento antes de acabar la frase, pero era una mujer y John Mellish tan sólo se quedó mirándole a la cara hasta que terminó su discurso. Sufrió el golpe que le descargaba sin doblegarse bajo un dolor tan cruel, y privó a la viuda de la satisfacción que esperaba saborear; no la hizo partícipe de su angustia.

—Si Lofthouse le ha revelado el secreto —dijo cuando la señora Powell cerró la puerta—, le abofetearé en medio de la iglesia.

Una visita inesperada

urora encontró un funcionario de ferrocarriles muy amable en la estación de Doncaster que estuvo dispuesto a tomar un billete para ella y buscarle un cómodo asiento en un vagón vacío, pero antes de partir el tren, dos robustos agricultores se sentaron frente a ella. Eran personas adineradas que cultivaban sus propias haciendas y viajaban en coches de primera clase, pero arrastraban un fuerte hedor a caballeriza y tenían el acento honesto del norte que siempre resulta un sonido agradable para el escritor de esta historia. Aurora, con el rostro cubierto por un velo, atrajo muy poco su atención. Hablaban de precios de granos y de carreras de caballos, y miraban por la ventanilla de cuando en cuando encogiéndose de hombros ante las opiniones del otro.

¡Qué fastidiosa debía de parecer su conversación a la pobre criatura solitaria que huía del hombre que amaba y que amaría hasta el fin de los tiempos!

«No creo lo que escribí —pensó Aurora—, no; mi pobre marido no me dejará de amar; su gran corazón sólo puede amar sin egoísmo y con generosa devoción; pero sentirá lástima por mí. No podrá sentirse orgulloso de mí nunca más. Ya nunca me ensalzará, y se sentirá siempre resentido por el insulto o imaginando algún desaire. Esto sería muy penoso para él. Vería a su mujer señalada como la miserable esposa de uno de sus criados, y por defenderme se vería envuelto en mil disputas y sufrimientos. Haré lo único que puedo darle en pago a sus bondades; renunciaré a él, e iré a ocultarme para siempre.»

Trató de imaginarse cómo sería la vida de John sin ella, pensando en él en un tiempo venidero, cuando se hubieran calmado su dolor y hubiera olvidado su pérdida; pero le fue imposible, le fue imposible soportar cualquier imagen de él alejado de su amor por ella.

«¿Cómo he de pensar en él sin pensar en su amor por mí? —pensaba—. Me amó desde el primer instante en que me vio, y nunca le he conocido más que como amante generoso, sincero y fiel.»

¡Ah, esposas descuidadas que creéis que es cosa pequeña que vuestros maridos sean honestos y generosos, constantes y fieles, y que estáis prontas a quejaros porque se ha parado un carruaje en la puerta de vuestros vecinos, en tanto que vosotras debéis contentaros con un paseo de dieciocho peniques en un coche de alquiler!, conteneos y pensad en esta desgraciada joven que en esta hora de desolación recuerda los mil disgustos que ha hecho sufrir a su marido, y hubiera querido postrarse a sus

pies para expiar sus pequeñas tiranías y sus pueriles caprichos. Pensad en ella en su soledad, con su corazón anheloso deseoso de volver hacia el hombre que ama y que con su amor se alza contra sí misma y ruega por él.

Cambió de idea cien veces durante las cuatro horas de viaje; tan pronto pensaba que debería volver en el próximo tren, como recordaba que su primer impulso era, tal vez, el más correcto, y que el corazón de John Mellish se habría vuelto en su contra con la cruel humillación del descubrimiento de aquella mañana.

¿Habéis tratado alguna vez de imaginaros la ira de una persona que nunca habéis visto enojada? ¿Habéis evocado la imagen de una cara que os ha mirado siempre con dulzura y amor, y habéis puesto en esta fisonomía la fría dureza del resentimiento? Aurora lo hizo representándose una y otra vez en su mente cansada la escena que habría tenido lugar entre ella y su esposo.

¿Cuál sería su vida a partir de ahora? Cerraba los ojos ante ese futuro aún en blanco.

«Volveré a casa de mi padre —pensó—, volveré a su lado de nuevo, como lo hice en otro tiempo; pero esta vez sin engaños, sin equívocos... Nada me tentará para abandonarle de nuevo.»

En este mar de dudas y confusiones se aferró a la idea de que Talbot y Lucy la ayudarían; quería implorar al desapasionado Talbot Bulstrode en favor del pobre corazón roto de John.

«Talbot me dirá lo que es justo y honroso hacer —pensó—, y haré lo que me aconseje; será, el árbitro de mi vida futura.»

No creo que Aurora tuviera jamás una devoción muy apasionada por el apuesto capitán, pero es indudable que siempre le había respetado. Tal vez el amor que había sentido por él se hubiera convertido en respeto y la admiración a su carácter hubiera sido mucho mayor por el contraste que existía entre él y el vil seductor a quien había sacrificado su juventud. Se había sometido al decreto que la separaba de su prometida porque había creído en la justicia, y estaba pronta ahora a someterse a la decisión de este hombre, cuyo sentimiento de honor le inspiraba ilimitada confianza.

El viaje llegó a su término con más prontitud de lo que hubiera deseado Aurora, porque cada milla ensanchaba el abismo que había abierto entre ella y la casa que amaba; cada momento aproximaba la realización más irremediable de su pérdida.

—Haré lo que me aconseje Talbot Bulstrode —dijo para sí—. Y este pensamiento fue la única caña a la que se aferró en su dolor. No era una mujer de naturaleza fuerte, y tenía uno de esos caracteres generosos e impulsivos que naturalmente recurre a los otros para su ayuda y consuelo. El secretismo no tenía cabida en su forma de actuar, y lo único que había tenido que ocultar en su vida era un perpetuo dolor y una pena infinita para ella.

Eran más de las ocho cuando se encontró sola en medio del bullicio y la confusión de la estación de King's Cross. Tomó un coche de alquiler y dijo que la condujeran a Halfmoon Street. Habían transcurrido pocos días desde que viera a Lucy

y a Talbot en Felden Woods, y sabía que el señor Bulstrode y su esposa se hallaban en la ciudad, en espera de la prorrogación de la Cámara.

Era sábado por la noche y por tanto día de fiesta para el defensor de los mineros de Cornualles y sus derechos, pero Talbot empleaba su tiempo libre entre libros y actas parlamentarias, y la pobre Lucy, que hubiera podido brillar como una pálida estrella en alguna abarrotada *reunión*, se veía obligada a renunciar al placer de pelearse con uno de esos sabios personajes que insisten en invitar a sus amigos a estrecharse en el más pequeño espacio de un salón, donde apenas se puede respirar, y en andar unos tras otros pisándose los volantes de encaje y las botas con ecuánime sonrisa. Tal vez esas reuniones elegantes tienen un objeto grave profundamente oculto bajo una superficie de frivolidad; tal vez sirven de gimnástica moral, en la cual las fuerzas y los nervios de la amenidad social se someten al suplicio y al tormento con la idea de aumentar el poder de soportarlos.

Lucy renunciaba voluntariamente a su propio disfrute, pues tenía esa apreciación característica de las damas de sociedad que había formado parte de su educación. Su carácter pacífico no conocía tendencias anormales y gustaba de las diversiones que gustaban a las damas jóvenes de su posición; no tenía ninguna de esas predilecciones excéntricas que habían sido tan fatales para su prima. Abandonó, pues, resignada, los goces estereotipados de la temporada en Londres; aunque, no obstante, le resultaba inmensamente grato hacer este sacrificio. Sus aficiones eran enormes corderos que inmolaba voluntariamente en el altar de su ídolo, y nunca fue más feliz que cuando, sentada al lado de su esposo, hacía extractos de los documentos diplomáticos que debían citarse en algún panfleto que estaba escribiendo, o cuando, sentada en la tribuna reservada a las damas, hacía un esfuerzo para mirar a su esposo en su escaño de gobierno, a través de la celosía que la ocultaba de las miradas distraídas de los representantes, y muy rara vez veía algo más que la copa del sombrero del señor Bulstrode.

Aquella noche estaba sentada junto a Talbot, ocupada en una delicada labor de aguja, escuchando con paciente atención la lectura de los pliegos de pruebas del último impreso de su marido. Era una noble muestra de un estilo señorial y robusto que aniquilaba completamente los argumentos de un adversario (Lucy no sabía quién era), y demostraba de la manera más potente e irrefutable una tesis, aunque Lucy no entendía muy bien por qué. Para ella era suficiente que su esposo hubiera escrito aquella maravillosa composición y que fuera su voz de barítono la que pronunciase aquella arenga escrita según la escuela johnsoniana.^[104] Si se le hubiera ocurrido leerle un escrito en griego, ella lo habría escuchado con gusto. Bulstrode era muy aficionado a recitar pasajes de Homero, y la hipocritilla hacía ver que le causaban admiración. Ninguna nube oscurecía el cielo calmo de la vida conyugal de Lucy. Amaba y era amada; uno de los rasgos de su carácter era amar con actitud reverente, y no aspiraba a acercarse más a su ídolo; los deseos más fervientes de su corazón consistían en sentarse a los pies de su sultán y llenarle la pipa, velar mientras dormía,

abanicarle con sus manos delicadas, amarle, admirarle y orar por él.

Eran cerca de las nueve cuando dos golpes en la puerta de la calle interrumpieron la frase que coronaba la perorata del señor Bulstrode. Las casas de Halfmoon Street son pequeñas, y Talbot arrojó el pliego de pruebas con un expresivo gesto de considerable irritación. Lucy levantó la vista medio en tono de disculpa hacia su esposo y señor. Se sentía enteramente responsable de su bienestar y comodidad.

—¿Quién puede ser a estas horas? —murmuró.

—Algún inoportuno, supongo —respondió Talbot—, pero sea quien sea, no le recibiré esta noche. Creo, Lucy, que te habrás formado una idea del efecto de este discurso sobre mi honorable amigo, el representante de...

Entró un criado a anunciar que la señora Aurora Mellish esperaba y deseaba ver al amo de la casa.

—¡Aurora! —exclamó Lucy levantándose precipitadamente de la silla y dejando la labor en el costurero—. Aurora no puede ser, ¿verdad, Talbot? ¡Sólo hace unos días que regresó a Yorkshire!

—Quiso decir la señora Mellish y su esposo, ¿no? —dijo Talbot al criado.

—No, señor; creo que la señora ha venido sola en un coche de alquiler. Le he suplicado que subiera, está en la biblioteca, y dice que desea hablar con usted a solas.

—Voy al instante —respondió Talbot—. Dile a la señora Mellish que tenga la bondad de esperar.

El criado se retiró y Lucy corrió tras él hacia la puerta, deseosa de ver a su prima.

—¡Pobre Aurora! —dijo—; estoy segura de que ha sucedido alguna desgracia. Tal vez haya enfermado mi tío Archibald, porque me pareció que no estaba muy bien cuando salimos de Felden. Voy a abrazarla, Talbot; estoy segura de que deseará que sea yo la primera en recibirla.

—No, Lucy, no —respondió Bulstrode apoyando una mano sobre la puerta e interponiéndose a su esposa—. Prefiero que no veas a tu prima hasta que haya hablado con ella primero.

Su rostro expresó la mayor seriedad al pronunciar estas palabras. Lucy se apartó como si la hubiera herido; comprendió muy vagamente que su esposo tenía dudas o sospechas sobre su prima, y por primera vez en su vida el señor Bulstrode vio un brillo enojado en los ojos azules de su esposa.

—¿Por qué no quieres que vea a Aurora? —preguntó Lucy—. Es mi mejor amiga, la amo como a una hermana, y quiero verla.

Talbot Bulstrode miró a su rebelde esposa con el mayor asombro.

—Sé razonable, mi querida Lucy —respondió con dulzura—. Espero poder respetar siempre a tu prima como te respeto a ti, pero si viene de Mellish sin permiso de su marido, porque no le permitiría nunca venir sola, debe explicarme por qué lo ha hecho antes de permitir que la vea mi esposa.

Lucy bajó la cabeza con humildad ante este reproche.

Recordó su última conversación con su prima, aquella conversación en la cual

Aurora había hablado de un día lejano de dolor que podría conducirla a Halfmoon Street para pedirle asilo y consuelo. ¿Había llegado ya aquel día de dolor?

—¿Está mal que haya venido sola, querido? —preguntó Lucy dócilmente.

—¿Si ha hecho mal? —repitió Talbot con fiereza—. ¿Estaría bien que te fueras sola a Cornualles?

Se irritó sólo de pensar en tal ultraje, y miró a Lucy como si la creyese capaz de abrigar tan monstruosa intención.

—Tal vez haya tenido algún motivo particular, querido Talbot.

—No puedo imaginar ningún motivo lo suficientemente poderoso como para justificar tal procedimiento —respondió Bulstrode—; pero podré juzgar mejor cuando haya oído lo que tiene que decir la señora Mellish. Quédate aquí, Lucy, hasta que te envíe a buscar.

—Sí, Talbot.

Lucy obedeció sumisa como cuando era una niña, pero permaneció cerca de la puerta —una vez que su marido salió— con un triste anhelo en su corazón. Deseaba ver a su prima y consolarla si tuviera necesidad de consuelo, y se estremecía al pensar en el efecto que produciría en el carácter impresionable de Aurora la desapasionada frialdad de su marido.

El señor Bulstrode bajó a la biblioteca para recibir a su pariente. Es probable que se acordase de aquella noche de Navidad en que se dirigió al pequeño salón de Felden con la esperanza de pedir un consuelo a la mujer que amaba; y hubiera sido muy extraño que en el breve intervalo que había transcurrido desde que salió del gabinete hasta que entró en la biblioteca no hubiese retrocedido en su memoria hasta aquel día de desconsuelo. Si fue un acto de infidelidad para con Lucy el estremecimiento de dolor que le atravesó el corazón cuando evocó este antiguo recuerdo, el pecado fue tan efímero como la agonía que le dejó, pues era capaz de decir, con toda la sencillez de su corazón: «He hecho una buena elección, y nunca me arrepentiré de haberla hecho».

La biblioteca era un pequeño aposento situado detrás del comedor. Estaba débilmente iluminado, pues Aurora había bajado la intensidad de la luz. No quería que Bulstrode le viese la cara.

—Mi querida señora Mellish —dijo Talbot con seriedad—, me sorprende tanto su visita que apenas sé cómo decirle que me alegro de verla. Temo que haya ocurrido una desgracia para que viaje sola. ¿Está enfermo John, tal vez...?

Hubiera podido decir más si Aurora no le hubiese interrumpido arrojándose a sus pies y mirándole con un pálido rostro tan lleno de angustia que parecía casi fantasmal bajo la luz de las velas. Es imposible describir la expresión de terror que se apoderó del rostro de Talbot Bulstrode. Se repetía la escena de Felden de nuevo. Se acercó a ella con la esperanza de que Aurora fuera a justificarse, y en vez de justificación, reconocía tácitamente su humillación. Era culpable, entonces. Era una ingenua miserable a quien tenía el doloroso deber de arrojar de su casta casa; una pobre mujer

perdida, deshonrada, a quien no debería admitir en la sagrada casa de un caballero cristiano.

—¡Señora Mellish..., señora Mellish!... ¿Qué significa esto? ¿Por qué me causa este terrible daño de nuevo? ¿Por qué insiste en humillarse ante mí en mi propia casa?

—¡Oh, Talbot, Talbot! —respondió Aurora—, he venido a tu casa porque eres bueno y honorable, y yo una mujer desolada que necesita tu ayuda..., tus consejos. Los acataré. ¡Talbot Bulstrode, ayúdame en el nombre del cielo!

Los sollozos ahogaban su voz, y en su apasionado dolor y confusión olvidó que esta súplica tan desconcertante no produciría tal vez efecto alguno en un hombre tan rígido como Talbot; pero, quizá, aun en medio de su desconcierto, el joven vio, o creyó ver, algo en la actitud de Aurora que nada tenía de común con la deshonra o la falta, que ocultaba el secreto que había causado su desesperación. Imagino que así debió de ser, porque su voz era suave y sus maneras más amables cuando se dirigió a ella de nuevo.

—Aurora —dijo—, cálmate, por piedad. ¿Por qué has dejado Mellish Park? ¿Qué asunto es ese en que puedo ayudarte con mis consejos? Mantén la calma, mi querida niña, e intentaré comprender. Dios sabe cuánto deseo ser un amigo para ti, porque, ya sabes, querida, que ocupó el lugar de un hermano, y reclamo el derecho a cuestionar tus acciones. Lamento que hayas venido sola a la ciudad, porque este paso puede comprometerte; pero si quieres calmarte y decirme por qué has venido, intentaré ser capaz de entender tus motivos. Vamos, Aurora, trata de mantener la calma.

Aurora estaba aún de rodillas, sollozando histéricamente. Talbot hubiera llamado a su esposa para que la consolara, pero no podía sobrellevar la idea de ver a las dos primas juntas antes de descubrir la causa de la agitación de Aurora.

Sirvió un vaso de agua y se lo dio, la colocó en un sillón al lado de una ventana abierta y se paseó por el aposento para darle tiempo a recuperarse.

—Talbot Bulstrode —dijo con voz tranquila tras una larga pausa—, necesito que me ayudes en la suprema crisis de mi vida. Debo ser sincera contigo y decirte lo que hace dos años no te hubiera dicho aunque me hubiesen dado muerte. ¿Recuerdas la noche en que te marchaste de Felden?

—¿Recordarla? Sí, sí.

—El secreto que nos separaba entonces, Talbot, era el único secreto de mi vida, el secreto de mi desobediencia, de los disgustos de mi padre. Me pedías que te contara lo que había hecho aquel año que faltaba de la historia de mi vida, pero no podía, Talbot, *no podía*. Mi orgullo se rebeló contra tan horrible humillación. Si hubieras descubierto tú mismo el secreto y me hubieras acusado con la funesta verdad, no habría intentado negarlo; pero pronunciar con mis propios labios la terrible verdad... no, no, era imposible, no hubiera podido hacerlo. Pero ahora que se conoce mi secreto, que está en poder de los agentes de policía y de los mozos de cuadra, puedo contártelo todo con detalle. Cuando hui de la escuela de la Rue Saint Dominique fue para casarme con el mozo de mi padre.

—¡Aurora!

Talbot Bulstrode se dejó caer en la silla más cercana y miró fijamente a la prima de su esposa. ¿Era aquella la humillación secreta que la había postrado a sus pies en Felden Woods?

—¡Oh, Talbot!, ¿cómo decirte tal cosa, entonces? ¿Y cómo podré decirte ahora por qué cometí semejante locura y maldad, arruinando la felicidad de mi juventud por mi propia voluntad, arrojando la vergüenza y la tristeza sobre mi padre? No sentí por aquel hombre un amor novelesco ni abrumador, ni puedo alegar las excusas de algunas mujeres que instan a la locura. Sólo sentí una sentimental fantasía de colegiala por sus deslumbrantes maneras, una frívola admiración de niña por su rostro hermoso. Me casé con él porque tenía los ojos de un azul oscuro, largas pestañas, dientes blancos y cabellos castaños. Llegó a conseguir una especie de íntima familiaridad conmigo, contándome los incidentes de las carreras, cuidando con esmero mis caballos favoritos, criando una camada de cachorros para mí; este trato familiar fue la causa de relaciones más amistosas, me acompañaba siempre cuando montaba a caballo y me contaba su historia, que era muy romántica según él la refería... Bah, no te cansaré repitiendo sus mentiras —gritó Aurora con desprecio—. Como puedes suponer, era un príncipe disfrazado, por supuesto, hijo de un caballero; su padre, que había tenido caballos de caza, estaba en guerra por su fortuna, estaba enfermo, usado y pisoteado en la batalla de la vida. Sus palabras daban a todo esto cierta apariencia de verdad, y le creí. ¿Por qué no había de creerle? Había vivido siempre en una atmósfera de verdad. Mi institutriz y yo hablábamos continuamente de la historia novelesca del mozo. Era una mujer necia y alentó mi locura... más bien por estupidez, creo, que por hacer el mal, sin sospechar el daño que me hacía. Elogiábamos el hermoso rostro del mozo, sus blancas y finas manos, y sus maneras aristocráticas; su insolencia, ¡Dios me perdone!, me parecía finura de señorío, y como vivíamos entonces sin ver casi a nadie, comparaba al mozo de mi padre con los escasos visitantes a Felden, y el impostor se aprovechó de la comparación con rústicos caballeros. ¿Por qué he de esforzarme en explicarte mi locura, Talbot Bulstrode? Me sería imposible aunque estuviese hablando toda una semana, y ni aun así podría explicármela a mí misma. Sólo me es posible mirar atrás, recordar aquella época horrible y preguntarme cuál fue la causa de mi locura.

—¡Mi pobre Aurora! ¡Mi pobre Aurora!

Talbot hablaba con el tono de compasión con que hubiera consolado a un niño. Pensaba en ella, expuesta en su ignorancia infantil a las proposiciones insidiosas de un intrigante sin escrúpulos, y su corazón sangró por la pobre niña sin madre.

—Mi padre encontró algunas cartas escritas por este hombre y descubrió que su hija era la prometida de su mozo de cuadra. Hizo este descubrimiento un día que yo había salido a caballo con James Conyers, que así se llamaba el mozo, y cuando volví a casa hubo una... escena terrible. Fui lo bastante loca y malvada como para defender mi conducta, y reproché a mi padre la poca generosidad de sus sentimientos; e hice

aún más, le recordé que el origen de la familia Floyd y Floyd era muy humilde. Me llevó a París al día siguiente y, creyendo que me trataba con crueldad, me rebelé contra la ceremoniosa monotonía del *pensionado* y detesté los estudios que eran diez veces más difíciles que los que había estudiado con mi institutriz; sufrí terriblemente la reclusión tras haber pasado tantos años viviendo en la más completa libertad en los caminos de Felden Woods, y en tanto, el mozo me perseguía con cartas y mensajes, porque me había seguido a París, y había gastado todo su dinero sobornando a los administradores y criados de la escuela. Jugaba a gran escala, y jugó tan desesperadamente, que ganó la partida; hui del colegio y me casé con él en Dover, ocho o nueve horas después de escaparme de la Rue Saint Dominique.

Hundió la cara entre las manos y permaneció en silencio durante algún tiempo.

—¡Tenga piedad el cielo de mi miserable ignorancia! —dijo al fin—. La ilusión con que me había casado se desvaneció antes de una semana. Descubrí entonces que me hallaba a merced de un miserable mercenario que se valía de mí para sacarle dinero a mi padre. Durante algún tiempo me sometí, y mi padre pagó..., pagó muy cara la locura de su hija, pero se negó a recibir al hombre con quien me había casado y a verme a mí hasta que me hubiera separado de él. Ofreció al mozo una renta a condición de que partiera rumbo a Australia y renunciara a toda relación conmigo para siempre; pero Conyers quería jugar el todo por el todo, y deseaba una reconciliación con mi padre, creyendo que con el tiempo se desvanecería la oposición que nos mantenía alejados de Felden. Poco más de un año después de nuestro casamiento hice un descubrimiento que me transformó de pronto de niña en mujer, una mujer vengativa quizá..., Bulstrode; descubrí que había sido agraviada, engañada y ultrajada por un miserable que se burlaba de mi ignorante confianza. Había aprendido a odiarle antes de que esto sucediera, había aprendido a despreciar sus mentiras desvergonzadas y sus insolentes pretensiones, pero no creo que hubiera sentido sus profundas infamias más vivamente por esto. Viajábamos por el sur de Francia y mi marido se daba la apariencia de un gran señor con el dinero de mi padre cuando hice este descubrimiento, o, mejor dicho, cuando me lo reveló una mujer que conocía mi historia y me compadecía. Media hora después de conocer esta información, tomé una determinación; escribí a James Conyers diciéndole lo que había descubierto, y que unido a su brutalidad hacia mí en más de una ocasión, me daba derecho a apelar ante la ley y liberarme de él, y que si me abstenía de hacerlo, sólo era por amor a mi padre. Le dije que mientras se abstuviese de molestarme y guardara el secreto, le enviaría dinero de vez en cuando; que le dejaba con la mujer que había elegido finalmente para él, y que lo único que pedía a Dios era la gracia de olvidarle por completo. Entregué la carta al conserje y abandoné el hotel, de modo que no encontrase huella alguna del camino que había tomado. Me detuve en París algunos días esperando contestación a la carta que le había escrito a mi padre anunciándole que James Conyers había muerto... Tal vez fue ese el mayor pecado de mi vida, Talbot. Engañar a mi padre..., pero creí que sería una acción sabia y

misericordiosa devolverle la calma. Nunca más hubiera sido feliz si creyera que vivía. ¿No lo comprendes todo ahora, Talbot? —preguntó con tristeza—. ¿Te acuerdas de aquella mañana en Brighton?

—Sí, sí, el periódico con el párrafo en el que se anunciaba la muerte de un *jockey*.

—Aquel anuncio era falso, Talbot Bulstrode —dijo Aurora—; James Conyers no había muerto.

El rostro de Talbot se puso repentinamente pálido, pues comenzó a comprender los motivos de la señora Mellish para acudir a él.

—¿Cómo? ¿Aún vivía, entonces? —dijo con ansiedad.

—Sí, hasta anteayer por la noche.

—Pero ¿dónde estuvo todo este tiempo?

—Durante los diez últimos días... en Mellish Park.

Y le contó la terrible historia del asesinato. La muerte del adiestrador no se había publicado aún en los periódicos de Londres. Le contó la terrible historia, y mirándole con expresión suplicante como hubiera mirado a un hermano, le rogó que la auxiliase y le aconsejase en tan terrible trance.

—Dime lo que he de hacer para mi querido John —dijo; no pienses en mí ni en mi felicidad, Talbot; haré todos los sacrificios necesarios, me someteré a todo lo que sea preciso para expiar todas las desgracias que he arrojado sobre él.

Talbot Bulstrode no dio respuesta alguna a esta súplica desesperada, su mente trabajaba con actividad, ocupada en resumir los hechos y en examinarlos para ponerlos frente a él, y lidiar con ellos con justicia, sin tomar precaución alguna en ocultar sus sentimientos o sus emociones. Se paseaba por el aposento con las cejas fruncidas sobre sus ojos grises y la cabeza inclinada.

—¿Cuántas personas tienen noticia de ese secreto, Aurora? —preguntó.

—No puedo decírtelo, pero me temo que lo sepa todo el mundo —respondió Aurora estremeciéndose al recordar la insolencia del *idiota*—. He oído hablar del descubrimiento a uno de los antiguos mozos de la caballeriza, un hombre que me odia..., un hombre con quien tuve un altercado.

—¿No tienes idea de quién ha podido ser el asesino de James Conyers?

—No, ni la menor idea.

—¿Ni sospechas de nadie?

—De nadie.

Talbot siguió paseándose por el pequeño aposento con expresión de inquietud e incertidumbre. Salió por fin de la biblioteca y gritó desde el pie de la escalera.

—Lucy, querida, ¿no bajas a ver a tu prima?

Sospecho que la señora Bulstrode estaba al acecho en alguna parte cercana a las escaleras, pues poco después voló por ellas al oír la voz fuerte de su marido, dos o tres segundos después de que hablara.

—¡Oh, Talbot, cuánto has tardado! —le dijo—. Pensé que no ibas a llamarme nunca. ¿Qué desgracia le ha sucedido a mi querida Aurora?

—Vete a consolarla, querida —respondió el señor Bulstrode con seriedad—, porque es grande su problema, pobre joven, Dios lo sabe. Y no le hagas preguntas, Lucy; conténtate con reconfortarla como puedas y prepara la mejor habitación para ella, porque se quedará con nosotros el tiempo que permanezca en Londres.

—Querido..., querido Talbot —murmuró reverenciada y agradecida al joven de Cornualles—. ¡Qué bueno eres!

—¡Bueno! —exclamó Bulstrode—. Aurora necesita a los amigos, Lucy, y Dios sabe que deseo actuar como si fuera un hermano, con lealtad y valentía. Sí, con valentía —añadió levantando la cabeza con un gesto casi desafiante mientras subía las escaleras lentamente.

¿Qué nube sombría era la que veía asomar tan fatalmente sobre el horizonte? No se atrevía a pensarlo, ni aun a reconocer su presencia, pero tenía una sensación de angustia y terror en el pecho que le decía que la sombra se acercaba.

Lucy Bulstrode corrió hacia la biblioteca y, arrojándose en los brazos de su prima, lloró con ella. No preguntó cuál era el motivo del dolor que había conducido a Aurora como una visita inesperada y sin invitación a su pequeña y modesta casa; le bastó saber que su prima tenía un problema y que era un feliz privilegio el poder ofrecerle refugio y consuelo. Habría librado una dura batalla en defensa de este privilegio, pero adoraba a su esposo por la generosidad con que se lo había concedido sin luchar. Por primera vez en su vida, la pobre, la dulce Lucy, tomó una nueva posición con respecto a su prima; ahora le tocaba a ella proteger a Aurora, era el momento de mostrar una ternura casi maternal hacia la criatura desconsolada cuya abatida cabeza descansaba sobre su pecho.

Las campanas del West End dieron las tres sorprendentemente —en la calma imponente de la noche— cuando Aurora quedó sumida en un adormecimiento febril, repitiendo sin cesar, aún dormida:

—¡Mi pobre y querido John! ¿Qué será de él? ¡Mi fiel amor!

El consejo de Talbot Bulstrode

Talbot Bulstrode salió muy temprano la mañana siguiente a la llegada de Aurora, y se dirigió a las oficinas de la Compañía de Telégrafos de Charing Cross, desde donde despachó un mensaje para el señor John Mellish. Era un telegrama muy breve en el que le decía que se pusiera sin demora en camino hacia Londres y que encontraría a Aurora en Halfmoon Street.

El señor Bulstrode volvió tranquilamente a su casa bajo el sol de la mañana tras cumplir con esta tarea. Las calles de Londres estaban claras y húmedas de rocío bajo el temprano sol, pues eran poco más de las siete, y las frescas brisas de la mañana barrían los tejados de las casas llevando en sus alas la pureza y la salud desde las colinas de los arrabales. Las blancas neblinas se habían amontonado mansamente en la agostada hierba de Green Park, y las cansadas criaturas —que no habían tenido más abrigo que el cielo tranquilo— se deslizaban sigilosamente para encontrar algún miserable lugar de reposo, en aquella ciudad libre en la que sentarse un momento en una puerta de paso para solicitar pan al rico era cometer un grave delito.

Talbot Bulstrode caminó a lo largo de Picadilly cansado y meditabundo, dirigiéndose a la comfortable vivienda de soltero cuyos comunes atributos Lucy había transformado con su favor y su hermosura, cuando en la puerta del café hotel Gloucester se paró a mirar distraídamente una yegua castaña de aspecto nervioso que se empeñaba en ejercitarse sobre sus patas traseras, para molestia del cochero y con peligro del pequeño tálburi que arrastraba.

—No es necesario que tires tanto de las riendas, muchacho —gritó una voz desde la puerta del café hotel—, déjala en libertad y pronto se calmará.

Talbot tenía buenas razones para pararse de pronto, pues el que daba estos consejos al cochero era el señor Mellish, cuyo semblante pálido y desencajado y sus cabellos despeinados indicaban una noche de insomnio.

Iba a saltar al tálburi cuando su viejo amigo le dio una palmadita en el hombro.

—¡Qué afortunada casualidad, John —dijo Bulstrode—, porque eres la persona que deseaba ver! Acabo de enviarte un telegrama.

John Mellish volvió su pálido rostro.

—Te suplico que no me detengas —dijo—; ya hablaremos en otra ocasión..., en dos o tres días. Salgo para Felden. Sólo llevo en la ciudad una hora y media, y hubiera salido antes de no haber temido despertar a la familia.

Hizo otro intento para entrar en el vehículo, pero Talbot le cogió por el brazo.

—No necesitas ir a Felden —dijo—, tu esposa está mucho más cerca.

—¿Eh?

—Está en mi casa; ven a tomar el desayuno.

No había sombras en la mente de Talbot Bulstrode cuando su antiguo compañero de escuela le cogió la muñeca y casi se la dislocó en un paroxismo de alegría y gratitud. Fue imposible para él mirar más allá de ese súbito estallido de luz en el rostro de John. Si el señor Mellish hubiera estado separado de su esposa durante diez años y hubiera vuelto de los antípodas expresamente para verla, no hubiese manifestado mayor alborozo ante la perspectiva de una rápida reunión.

—¡Aurora aquí! —dijo—. ¡Aurora en tu casa! Mi querido y viejo amigo, ¿será posible? Pero claro, hubiera debido adivinar que vendría a tu casa. Es lo más prudente que podía hacer después de... de haber sido tan tonta como para dudar de mí.

—Vino a pedirme consejo, John. Quería que le aconsejara lo que debía hacer para tu felicidad, sin pensar en la suya.

—¡Bendito sea tu noble corazón! —dijo John—; ¿y qué le has dicho?

—Nada, mi querido amigo, pero a ti te digo que tomes un abogado en Doctors' Commons y que mañana mismo te gestiones una licencia para casarte por segunda vez con tu mujer en alguna iglesia pequeña y tranquila de la ciudad.

Aurora se había levantado muy temprano en aquella serena mañana de domingo. Algunas horas de sueño febril y agitado le habían traído un poco de consuelo. Estaba de pie apoyando la cabeza en la hoja de la ventana y miraba sin esperanza las calles desiertas de Londres. Asistía al desolado comienzo de su nueva vida, con la incertidumbre de un futuro desconocido. Todas las pequeñas miserias propias de un tocador en una habitación ajena eran doblemente miserables para ella. Lucy le había llevado a la pobre viajera sin equipaje todas las cosas indispensables para el aseo de una señora; pero cada ínfima bagatela que Aurora tocaba en el cuarto de su prima le traía a la memoria los preciosos objetos que su esposo había comprado para ella. Había hecho el viaje con un vestido de mañanas blanco, y los suaves encajes y la muselina estaban bastante sucios por el viaje; pero como los vestidos de Lucy eran muy pequeños para ella, la señora Mellish se vio obligada a contentarse con la deslucida muselina. ¿Y qué le importaba? Los ojos amorosos que observaban con tanto placer cada pliegue de su vestido y cada cinta de sus adornos tal vez no la mirarían de nuevo. Se retorció los cabellos en una masa descuidada en la parte posterior de la cabeza, y había acabado de vestirse cuando Lucy entró, con tierna inquietud, a preguntarle cómo había pasado la noche.

—Respetaré la decisión de Talbot —se repetía Aurora una y otra vez—. Si dice que lo más prudente es que nos separemos, me iré para siempre; pediré a mi padre que me lleve al extranjero, y mi adorado John no sabrá siquiera a dónde me he marchado.

Veía en Talbot Bulstrode un juez sabio y se sometía de antemano a su fallo. Tal

vez renunciaba a decidir por sí misma porque su corazón repetía sin cesar: «Vuelve con el hombre que te ama; vuelve, vuelve. Nada será para él más amargo que el abandono. No hay felicidad peor para él que la de perderte. Déjate guiar por *mí*; ¡vuelve, vuelve!».

Pero aquel consejero egoísta no debía ser escuchado. ¡Cuán amargamente la pobre joven, tan vieja en experiencias dolorosas, recordó el pecado egoísta de su loco matrimonio! Había rehusado sacrificar un insensato delirio de colegiala y había desobedecido a su padre, que le había dado diecisiete años de amor y devoción paciente; veía todas las desgracias de su juventud como derivadas del fatal crecimiento de esta semilla nociva, sembrada con tanta rebeldía. ¡Sin duda, esta lección no había sido enteramente desatendida! ¡Sin duda, era lo suficientemente poderosa como para enseñarle el deber del sacrificio! Fue por este motivo por el que se endureció ante las súplicas de su propio afecto. Fue por esto que veía en Talbot Bulstrode al juez de su porvenir.

Bajó las escaleras con Lucy a un pequeño gabinete que había junto al salón; era un aposento muy acogedor que se comunicaba con un pequeño invernadero. Era costumbre del señor y la señora Bulstrode desayunar en este pequeño y confortable cuarto, desdeñando el feo templo de marroquí lustroso, bronce funerario y horrible caoba que los tapiceros insisten en que es el único lugar legítimo en el que puede comer un inglés. Lucy prefería sentarse en frente de su esposo en la pequeña mesa redonda, y saciar su apetito matutino con su lindo servicio de desayuno de plata y porcelana china; sabía —por la pesa más ínfima usada por los boticarios, creo— la cantidad exacta de azúcar que a Talbot le gustaba en el té y echaba la leche en su taza con tanto esmero como si elaborase una receta; seleccionaba los hinchados hígados de los martirizados gansos de los pasteles de Strasbourgh para su deleite, extendía la manteca en el pan tostado, y le acariciaba y servía como sirven ciertas mujeres a sus dioses. Pero aquella mañana tenía que consolar a su prima, y colocando a Aurora en un ancho sillón tapizado en cretona en la puerta del invernadero, se sentó a sus pies.

—¡Qué pálida estás, querida! —dijo con ternura—; ¿qué puedo hacer para devolver el rosado a tus mejillas?

—Amarme y compadecerme, querida —respondió Aurora, con seriedad—; pero no me preguntes nada.

Permanecieron así sentadas durante un rato, con la hermosa cabeza de Aurora inclinada sobre el hombro de Lucy, con sus manos entrelazadas; hablaron muy poco, y su conversación discurrió sobre cosas indiferentes, sobre la felicidad de Lucy y la carrera parlamentaria de Talbot. El reloj de la chimenea dio las ocho menos cuarto y un minuto después la señora Bulstrode oyó los pasos de su marido en la escalera, que regresaba de su paseo habitual antes del desayuno. Estaba habituado a dar un paseo matutino por Green Park de cuando en cuando, motivo por el cual no había extrañado a Lucy que Talbot hubiera salido de casa tan temprano.

—Ya vuelve Talbot —dijo Lucy—; voy a preparar el té. Pero, Aurora, querida,

escucha, creo que viene alguien con él.

No era necesario llamar la atención de Aurora, porque se había levantado ya y estaba erguida e inmóvil, respirando rápida y agitadamente, y mirando la puerta. Además del paso de Bulstrode, se oían otros pasos más rápidos y pesados, unos pasos que conocía muy bien.

Se abrió la puerta y entró Talbot seguido de otro hombre que le empujó sin consideración a las leyes de la urbanidad y por poco lo arrojó sobre una canastilla de flores. Pero este robusto John Mellish no tenía intención alguna de ser descortés; había echado a un lado a su amigo, o le había tratado de echar a un lado, con tanto ímpetu como lo hubiera hecho atravesando un regimiento de soldados con la bayoneta calada, o un cañón de Lancaster, o por entre un océano embravecido o cualquier otro obstáculo que se hubiera interpuesto entre él y Aurora. Ella cayó en sus brazos antes de que pudiera pronunciar su nombre en alta voz en medio de su sorpresa, y un momento después sollozaba sobre su pecho.

—Querida mía —dijo John alisando con su ancha mano los oscuros cabellos de su esposa, bendiciéndola y llorando sobre ella—; ¡mi amor!, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo pudiste equivocarte tanto?, ¡mi preciosa criatura!, ¿acaso no has aprendido a conocerme en nuestra feliz convivencia?

—Vine a pedirle consejo a Talbot, John —respondió Aurora con seriedad—, y estoy resuelta a obedecerle por cruel que me pueda parecer.

Bulstrode se sonreía mirando a los necios amantes. Estaba muy satisfecho de su participación en aquel pequeño drama doméstico, y les contemplaba con el sublime convencimiento de haber sido el autor de toda aquella dicha. Porque eran dichosos, sí; el poeta dice que hay ciertos momentos muy raros, muy preciosos y muy breves, que se destacan por sí mismos y tienen en sí su completa plenitud de gozo aún por un breve momento fugaz, sin tomar nada del tiempo pasado ni pedir nada a los tiempos futuros. Si John y Aurora hubieran sabido que debían estar separados por la ancha Europa para el resto de sus vidas, no hubiesen derramado menos lágrimas de alegría en la pura felicidad de este encuentro.

—Me has pedido consejo, Aurora —dijo Talbot—, y te lo voy a dar. Deja morir el pasado con el hombre que murió la otra noche; el futuro no es sólo tuyo para disponer de él; pertenece a tu marido, John Mellish.

Después de estas proféticas palabras, Bulstrode se sentó a la mesa e investigó el interior misterioso y cavernoso de un pastel con una intensa mirada que pareció no terminar nunca. Dedicó tantos minutos a tan seria contemplación que cuando levantó la cabeza, Aurora se había calmado, mientras que John afectaba una exultante alegría poco natural y no mostraba más indicio de sus pasadas emociones que una ligera inflamación de los párpados.

Pero el devoto e impresionable varón desplegó un apetito extraordinario en honor al encuentro. Extendió mostaza en el pastel, salsa de Worcester en el café, y leche sobre las chuletas rellenas. Manifestó su gratitud a Lucy llenándole el plato de

manjares que a ella no le gustaban, habló sin parar, devoró las viandas en la más absoluta distracción y estrechó las manos de Talbot tantas veces a través de la mesa que puso la vida de sus amigos en inminente peligro de arrojar sobre ellos el agua hirviendo de la tetera; cayó en un paroxismo de tos, enrojeció por el abuso imprudente de la pimienta de cayena y se puso en evidencia tan insensatamente, que Talbot Bulstrode se vio obligado a recurrir a toda clase de pretextos para mantener lejos a los criados durante aquel bullicioso y desconcertante desayuno.

Antes de que el almuerzo terminara, le entregaron al amo de la casa los periódicos del domingo, y en tanto que John hablaba, comía y gesticulaba, Bulstrode abrió la última edición del *Weekly Dispatch* y leyó un párrafo que llamó su atención.

Este párrafo contenía una breve reseña del asesinato y el sumario que se había instruido en Mellish, y terminaba con la frase de costumbre: «La policía local se ocupa sin descanso de este asunto, y podemos aventurarnos a afirmar que ha obtenido un indicio que muy probablemente conducirá al pronto descubrimiento del culpable».

Talbot Bulstrode, con el periódico aún ante sus ojos, permaneció un momento con el sombrío ceño fruncido mirando la página que contenía este párrafo. La sombra terrible cuya naturaleza se negaba a reconocer, incluso a sí mismo, apareció de nuevo en el horizonte, hasta ahora brillante y claro.

«Daría mil libras —pensó— por encontrar al asesino de ese hombre.»

XXXII

En guardia

Poco después del desayuno de aquel feliz domingo de encuentros y alegrías, John Mellish condujo a Aurora a Felden Woods. Era preciso que Archibald Floyd escuchara el relato de la muerte del adiestrador de labios de sus propios hijos, antes de que los periódicos le aterrorizaran con algún dato ajeno a la verdad.

El elegante faetón en el que el señor Bulstrode tenía la costumbre de conducir a su esposa se paró ante la puerta en el momento en que las campanas de las iglesias llamaban a los fieles a sus servicios de mañana, y en esta hora indecorosa John chasqueó el látigo y partió con Aurora en dirección a Westminster Bridge.

Los caballos de Talbot salieron muy pronto de las calles de Londres, y en pocos minutos el faetón se conducía por estrechos caminos, eclipsados por el exuberante follaje y limitados a ambos márgenes por jardines exquisitamente cuidados y rústicas villas que brillaban blanquecinas bajo el sol. La sagrada paz de aquella mañana dominical reinaba sobre todos los objetos que dejaban atrás, incluidas las flores y las hojas, según Aurora. Las aves entonaban sus armoniosas sinfonías, y la ligera brisa de verano apenas agitaba la espesa hierba de los prados desde los que el perezoso ganado veía el avance del faetón.

¡Ah, qué feliz era Aurora sentada al lado del hombre cuyo amor había sobrevivido a todas las pruebas! ¡Qué feliz ahora que la sombría pared que les separaba se había hecho añicos y estaban realmente unidos! John Mellish fue tan tierno y compasivo con ella como una madre con el hijo perdonado. No pidió explicaciones, ni se cuidó de conocer el pasado; se sentía complacido con creer que había sido una tonta equivocación, y que el error y la falta de su vida serían enterrados en la tumba del adiestrador fallecido.

El guarda de Felden Woods no pudo contener una exclamación al abrir la puerta para dejar entrar a la hija de su amo. Era un anciano, y había abierto aquella misma puerta veinte años atrás cuando la esposa de ojos negros del banquero entró por primera vez en la mansión de su marido. Archibald Floyd recibió con inmensa alegría a sus hijos. ¿Cómo podía ser de otra manera, más que inmensamente feliz en presencia de su amada, sin importar cuán a menudo le visitara, sin importar la excentricidad que motivara su visita?

Aurora condujo a su padre al gabinete.

—Tengo que hablarte a solas, padre —dijo—, pero John sabe todo lo que voy a

decirte, pues no hay secretos ya entre nosotros, ni los habrá jamás...

El relato que Aurora tenía que hacerle a su padre era muy doloroso, pues había de confesar que le había engañado a su regreso a Felden, tras separarse de su primer marido.

—Mentí, padre —dijo—, cuando te dije que mi marido había muerto, pero Dios sabe que creí que esta mentira me sería perdonada, porque pensé que te evitaría inquietud y pesares, y sin duda, todo lo que hubiera conseguido tal efecto estaría justificado. Supongo que el bien no puede nacer nunca del mal, pues he sido duramente castigada por mi falta. Algunos meses después de mi regreso recibí un periódico que contenía un relato detallado de la muerte de James Conyers, pero la noticia no era correcta, ya que finalmente el hombre había conseguido salvarse..., y cuando me casé con John Mellish mi primer marido aún seguía vivo.

Archibald Floyd lanzó un grito de desesperación y se incorporó en el sillón, pero Aurora se arrojó a sus pies, arropándole con sus brazos, calmándole y consolándole.

—Todo ha acabado ya, querido padre —dijo—; ese hombre está muerto. Ya te contaré luego cómo ha sido. John lo sabe todo... y debemos casarnos de nuevo. Talbot Bulstrode dice que es necesario, pues nuestro matrimonio no fue legal. Padre querido, ya no habrá más secretos, no más infelicidad, sólo paz y amor, y una unión perfecta entre todos nosotros.

Refirió entonces al anciano la historia de la muerte del adiestrador, deteniéndose muy poco en los detalles, sin contarle ninguna de sus propias acciones de aquella noche, excepto que se hallaba en el bosque en el momento del asesinato y que había oído la detonación de un pistoletazo.

No fue agradable para Archibald escuchar el relato de un asesinato, violencia y traición en la casa de su hija, y a pesar de que Aurora le aseguraba que todo dolor había desaparecido ya, y que la duda y la incertidumbre debían ceder su puesto a la calma y la tranquilidad, el señor Floyd no podía dominar sus sentimientos y se sentía inquieto y alarmado.

Acompañó a John Mellish hasta la galería bajo el sol de la tarde, en tanto que Aurora dormía reclinada en un sofá del amplio salón; y paseando de un extremo al otro, hablaron sobre la muerte del criado, pero el banquero no consiguió aclaración alguna sobre la desgracia y se esforzó en vano en adivinar la clave de aquel oscuro misterio.

—¿Sabes de alguien que pudiera tener motivos para asesinarle? —preguntó el banquero.

John se encogió de hombros. Le habían hecho muchas veces la misma pregunta y siempre se había visto obligado a dar la misma respuesta.

No, no conocía a nadie que tuviera motivos, ni era probable que alguien en Mellish los tuviera.

—¿Tenía dinero aquel desventurado? —preguntó el señor Floyd.

—Dios sabe si lo tenía o no —respondió John distraídamente—, pero me figuro

que no tendría mucho. Había estado sin colocación, según creo, durante mucho tiempo antes de llegar a mi casa, pues había permanecido algunos meses en un hospital prusiano. No creo que mereciera la pena robarle.

El banquero recordó las dos mil libras que le había dado a su hija. ¿Qué había hecho Aurora con ese dinero? ¿Ya sabía que estaba vivo el adiestrador cuando se lo pidió? ¿Era para él? Su hija no se lo había aclarado en su apresurado relato del asesinato, y ¿cómo presionarla sobre un asunto tan doloroso?

¿Por qué no habría de aceptar que todo había terminado y que sólo habían de esperar días de paz y tranquilidad?

Archibald Floyd y sus hijos pasaron un día tranquilo juntos, sin hablar mucho, dado que Aurora estaba completamente extenuada por el cansancio y las emociones que había experimentado. Pues, ¿qué había sido su vida sino una serie de conmociones y terrores continuos desde el día en que llegó a Mellish la carta de John Pastem anunciándole que aún vivía su primer marido?

Durmió la mayor parte del día recostada en su sofá, con John Mellish sentado a su lado velando su sueño. Dormía todavía cuando las campanas de la iglesia de Beckenham convocaban a los fieles al oficio de la tarde y su padre asistía a él arrodillado sobre la alfombra que cubría su banco y oraba por la paz de su amada hija. Dios sabe cuán sinceramente oró el anciano por la felicidad de su hija, y cómo ocupó sus pensamientos, sin distraerse de los pensamientos más sagrados, pero mezclando su imagen con el culto en la oración y la acción de gracias. Los que le veían, sentado, con el sol resplandeciendo sobre su canosa cabeza, escuchando reverentemente el sermón, poco sabían de los disgustos que amargaban su vida en medio de sus inmensas riquezas. Lo describían respetuosamente a los extranjeros como un hombre cuya firma puesta en un pedazo de papel valía una suma considerable de dinero, como un hombre que había llegado al pináculo dorado de los Rothschild, los Montefiore y los Couttse,^[105] que podría saldar la deuda nacional el día que se le antojara y que, a pesar de sus riquezas, era un hombre sencillo y simple como un niño, como cualquiera podía ver —añadían los feligreses con admiración— cuando el banquero salía de la iglesia y estrechaba manos a izquierda y derecha, y saludaba a los niños del orfanato.

Hasta sospecho que estos niños eran más corteses con el señor Floyd que con el mismísimo vicario de Beckenham, porque habían aprendido a asociar la imagen del banquero con panecillos y té, con monedas de seis peniques y naranjas, con cabriolas en los suaves prados de Felden, con fiestas de toda clase y con bandas de música bajo inmensas tiendas; y con regalos aún mayores, como excursiones al Palacio de Cristal en la colina^[106], verdadero país encantado de donde era delicioso volver al anochecer bajo el rocío, cantando alegres himnos que hacían temblar las carretas en que viajaban.

El banquero había distribuido felicidad a diestra y siniestra, pero el dinero que hubiera podido pagar la deuda nacional había sido incapaz de salvar la vida de la

mujer que había amado con tanta ternura, o de escatimarle una punzada de desasosiego a su idolatrada hija. ¿No había sido, más bien, esta poderosa riqueza la causa principal de los pesares de su hija al haberla arrojado casi niña, inexperta y confiada, en las manos mercenarias de un hombre sin escrúpulos que no se hubiera molestado en acosarla de no ser por el dinero que ella representaba, un premio en oro para cualquier caza fortunas que estuviera dispuesto a correr el riesgo de conquistarla?

Con este recuerdo siempre fijo en su memoria, no era extraño que Archibald Floyd sobrelleva con cierto temor la carga de sus riquezas, sabiendo que, por importancia que tuviera en la bolsa de valores, no era a los ojos del cielo más que un débil anciano, herido por el sufrimiento y propenso a la tristeza, que dependía humildemente de la misericordia de Aquel que es el único poderoso para dar alegrías o aflicciones.

Aurora se despertó de su largo sueño mientras su padre estaba en la iglesia. Se despertó para encontrar a su marido mirándola, con los periódicos olvidados sobre las rodillas y la honesta mirada fija en el rostro que amaba.

—Mi querido John —dijo alzando la cabeza de la almohada, apoyándola en el codo y extendiendo una mano al señor Mellish—; mi niño querido, ¡qué felices somos ahora que estamos juntos!, ¿qué desgracia podrá turbar ahora nuestra felicidad? ¿Será el cielo tan cruel para afligirnos de nuevo?

La hija del banquero, en la soberana vitalidad de su carácter, se había rebelado contra el dolor como si fuera una parte extraña y poco natural de su vida. Había exigido la felicidad casi como un derecho, se había sorprendido de sus pesares, y había sido incapaz de comprender el porqué de tanto sufrimiento. Hay naturalezas que aceptan las penas con paciente mansedumbre y reconocen la justicia del fallo que se les impone; pero Aurora se había resistido siempre a doblegarse. Su alma jovial se había revelado contra el dolor y se despertaba por fin intensamente aliviada, viéndose libre de las cadenas que le habían sido tan odiosas y desafiando a la Providencia con su pretensión de ser dichosa para siempre.

John Mellish reflexionaba muy seriamente sobre este asunto. No podía olvidar la noche del asesinato, la noche en que se había quedado solo en el aposento de su esposa reflexionando sobre su propia indignidad.

—¿Crees que merecemos ser felices, Lolly? —preguntó—. No interpretes mal el sentido de mis palabras, mi amor. Sé que eres la mejor y más brillante de los seres vivos; tierna, cariñosa, generosa y fiel; pero ¿te parece, Aurora, que nos tomamos la vida con suficiente seriedad? Temo que somos como esos niños indiferentes de la alegoría infantil que jugaron entre las flores sobre la hierba suave del jardín hasta que fue demasiado tarde para tomar el camino, en la oscuridad, que debía conducirles al paraíso. ¿Qué haremos, querida mía, para merecer los dones que Dios tan libremente nos ha concedido: la juventud, la salud, el amor y la riqueza? ¿Qué vamos a hacer, querida? No trato de transformar Mellish en un falansterio^[107] exactamente ni quiero

renunciar a las carreras de caballos, si puedo evitarlo; pero desearía hacer algo, Lolly, para demostrar que estoy agradecido a la Providencia. Podemos construir algunas escuelas, o una iglesia, o una casa de beneficencia, o algo por el estilo. A Lofthouse le gustaría que comprase vidrieras para la iglesia de Mellish o un púlpito nuevo con un techo acústico, pero no veo qué bienes redundarían de tales innovaciones. Quiero hacer algo, Aurora, para demostrar mi gratitud a la Providencia que me ha dado por esposa la más bella y la mejor de las mujeres.

La hija del banquero sonrió casi con tristeza por su devoto esposo.

—¿He sido acaso una bendición para ti, John —dijo—, por la que estés agradecido? ¿No te he traído más tristeza que alegría, mi pobre y querido John?

—No —exclamó John con énfasis—, los pesares que me has traído no son nada en comparación con la dicha que me ha dado tu amor. Mi querida niña, verme sentado junto a ti y oírte decir que me amas es suficiente dicha para compensar todas las penas que he sufrido desde que vino a Mellish ese hombre que ha muerto.

Espero que los lectores perdonen al pobre John Mellish si le dice algún «absurdo» a la mujer que ama. La amaba desde el primer instante en que la vio en Brighton, misteriosamente hermosa, y no había dejado de amarla desde entonces. Ni una sombra de tibieza había surgido de su íntima familiaridad con ella, y, de hecho, estoy casi tentado a ponerle objeciones a ese antiguo refrán, o al menos a creer que la falta de aprecio la engendra tan sólo la familiaridad con las cosas que son viles y despreciables. El sacerdote que se familiariza con el altar no aprende a despreciar las sagradas imágenes, sino, más bien, es el neófito ignorante el que se burla ante lo que no puede comprender. El artista respeta más su arte cuanto más se familiariza con él, pues se impregna de lo sublime y venera la lejana diosa de la perfección tan humildemente cuando deja el pincel, o el cincel, tras una vida de paciente trabajo, como el día en que por vez primera mezcló los colores o preparó el mármol para su maestro; y no puedo creer que el respeto de un buen hombre por la mujer que ama llegue a debilitarse con la dulce familiaridad de cada día, en la que un centenar de virtudes domésticas y bellas, no soñadas aún en el salón donde bailó por primera vez con su ídolo desconocido cubierto de túnicas y joyas resplandecientes, aparecen ante sus ojos hasta hacerle confesar que la mujer que conoce hace diez años es diez veces más querida que la que conoció durante la luna de miel de una semana.

Archibald volvió de la iglesia y encontró a sus dos hijos sentados junto a uno de los grandes ventanales, donde le esperaban hablando en voz baja como enamorados.

Comieron juntos en armonía, y al anochecer, el faetón se acercó hasta la puerta de la casa y Aurora besó a su padre deseándole las buenas noches.

—Supongo que vendrá a la ciudad y estará presente en nuestro casamiento —le dijo John al oído tomándole la mano—; Talbot Bulstrode se encargará de todo. Tendrá lugar en una pequeña iglesia a las afueras; nadie lo sabrá, y volveremos a Mellish con el mayor disimulo. Sólo Lofthouse y Hayward conocen el secreto del certificado y...

John Mellish se paró de pronto. Recordó las alusiones que le había lanzado la señora Powell, que indicaban que también *conocía* el secreto. Pero ¿cómo había podido averiguarlo? Era imposible que Lofthouse o Hayward se lo hubieran contado, pues eran hombres de honor y se habían comprometido a guardar silencio.

Archibald Floyd no reparó en la turbación de su yerno, y el coche se alejó dejando en la puerta al pobre anciano que seguía a su hija con la mirada.

—Debo marcharme de este lugar —pensó— e ir a acabar mis días en Mellish. No puedo sobrellevar estas separaciones; no puedo soportar estas incertidumbres. Cerraré esta casa y le pediré a mi hija que me dé un pequeño y tranquilo albergue en su casa de Yorkshire y una tumba en el cementerio de la parroquia.

El guarda salió de su comfortable casita gótica para abrir la verja de hierro al faetón, pero John detuvo los caballos antes de salir a la carretera, pues vio que el buen hombre quería hablarle.

—¿Qué hay, Forbes? —le preguntó.

—Nada de particular, señor; y tal vez no debería hablarle de un asunto tan insignificante. ¿Esperaba hoy alguna visita, señor?

—¿Alguna visita? No —respondió John.

—Ha venido una persona preguntando por usted, o mejor dicho, dos personas, en la silla de posta, pero una de ellas ha preguntado en particular si estaba usted aquí, señor, y si la señora Mellish le acompañaba; y cuando le he dicho que sí, el caballero ha contestado que no merecía la pena molestarle, que venía por un asunto y que volvería en otro momento. Después me ha preguntado a qué hora era probable que salieran de Felden Woods, y tras contestarle que sin duda cenarían en la casa, ha dicho: «Muy bien», y se ha ido con su acompañante.

—¿No ha dejado ningún mensaje para mí?

—No, señor, no dijo nada más.

—En tal caso, Forbes, el asunto sin duda es de poca importancia —respondió John riendo—, así que no te preocupes por ello. Buenas noches.

John Mellish dejó caer una moneda de cinco chelines en la mano del guarda, arreó los caballos de Talbot y el faetón tomó el camino de Londres por las cuidadas y estridentes carreteras de Beckenham.

—¿Quién sería? —preguntó Aurora al cruzar la verja.

—¿Quién sabe, querida? —respondió John con indiferencia—, alguien que venía a hablarme de caballos, tal vez.

Los negocios relacionados con las carreras de caballos son a veces tan oscuros que no es extraño que sean misteriosas las personas que los llevan a cabo. Aurora, por tanto, se contentó con esta explicación, pero no sin cierta sorpresa.

—No me explico por qué ha venido a Felden a buscarte, John. ¿Cómo sabía que estabas aquí?

—Es cierto, Lolly, ¿cómo lo ha sabido? —contestó el señor Mellish—. Supongo que habrá venido por casualidad. Querrá vender un caballo, imagino, habrá oído decir

que se le pagaría bien si era bueno.

El señor Mellish hubiera podido ir aún más lejos, pues había en las cercanías varios caballeros *compradores de caballos*, maestros en el arte que practican, que acostumbraban a decir que el joven caballero, juiciosamente manipulado, podría dar un buen precio por unos animales no tan buenos, y algunos caballos cojos, o de patas no muy sólidas, podían atestiguarlo en las mismas caballerizas del señor Mellish. Esos caballeros necesitados de *ingenio* que creen que los propietarios han sido creados por la Providencia, y dotados con inmensos bienes en beneficio propio —al igual que las palomas se despluman y preparan para deleite del paladar de los halcones—, especulaban con la franca sencillez del joven y su saludable y profusa fe en sus semejantes. Dice Eliza Cook, si mal no recuerdo, que «es mejor confiar y ser engañado que poseer el espíritu malvado y mezquino del que engaña»,^[108] y si hay alguna dicha en ese hecho, el pobre John disfrutaba de este placer fugaz con bastante frecuencia.

El camino describía una curva entre Beckenham y Norwood, y antes de llegar a este punto el lujoso faetón se emparejó con una carretela de mezquina apariencia tirada por un caballo garboso. El hombre que la guiaba le preguntó a John por el camino más corto para llegar a Londres. Este vehículo les había seguido desde Felden, pero hasta aquel momento se había mantenido a una respetuosa distancia.

—¿Van a la ciudad o a West End? —preguntó John.

—A West End.

—En ese caso es mejor que nos sigan —respondió Mellish—. El camino está limpio y su caballo parece ligero. ¿Pueden seguirnos sin perdernos de vista?

—Sí, señor, y gracias.

—Muy bien, pues síganme.

Los briosos caballos de Talbot partieron al trote, pero el despreocupado caballo se mantuvo firme tras ellos. Este animal tenía la seguridad insolente de un caballo de carnicero acostumbrado a llevar a su amo sin sombrero y vestido con una camisa azul al soplar la fresca brisa de la mañana.

—No me he equivocado, Aurora —dijo John cuando dejó atrás la carretela.

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó Aurora.

—El hombre que acaba de hablarnos es el mismo que ha preguntado por mí en Felden. Es de Yorkshire.

—¿De Yorkshire?

—Sí; ¿no has reconocido el acento?

No, Aurora no había prestado atención a la conversación. ¿Por qué había de pensar en otra cosa más que en su recién estrenada felicidad, en la nueva confianza existente entre ella y el esposo que amaba?

No la creáis endurecida o cruel si olvidó que la tranquilidad y la dicha de que gozaba se la había proporcionado la muerte de un semejante; de un pecador arrebatado del mundo en la flor de su juventud. Había padecido tanto que no podía

sino bendecir la calma, viniese de donde viniese. Su carácter franco y libre como el día se había empequeñecido y esclavizado por el secreto que arruinó su vida. ¿Puede asombrar, pues, que se alegrara de que no existiese ya tal secreto y que este espíritu generoso pudiera volar a su antojo?

Eran más de las diez cuando el faetón llegó a Halfmoon Street. La carretela había seguido las instrucciones de John al pie de la letra, y no fue hasta Picadilly que John les perdió de vista, confundida entre los carruajes que circulaban adelante y atrás por la iluminada avenida.

Talbot y Lucy recibieron a sus visitantes en uno de sus pequeños y hermosos salones. El joven capitán y su esposa habían pasado un tranquilo día juntos, acudiendo a la iglesia por la mañana y cenando solos al anochecer, sentados en la penumbra, conversando alegre e íntimamente. El señor Bulstrode era muy escrupuloso en cuanto a la observancia del domingo, y John Mellish tenía razón para creerse particularmente privilegiado, pues su amigo había permitido que los caballos saliesen de la caballeriza para su servicio —sin hablar del mozo que no había ocupado su asiento en el banco de los criados en la iglesia— para trasladar a John y a Aurora a Felden.

El pequeño grupo se retiró algo tarde. Lucy y Aurora hablaron afectuosamente sentadas en un sofá en las penumbras de la sala, en tanto que sus esposos se hallaban en íntima conversación junto a la ventana abierta. John contaba a su amigo el relato de la jornada, y al hacerlo, mencionó casualmente al hombre que les había seguido hasta Londres.

Por extraño que parezca, Talbot Bulstrode pareció especialmente interesado en esa parte de la historia. Le hizo varias preguntas acerca de los dos hombres, cómo eran, lo que habían dicho y otras muchas curiosidades igualmente triviales.

—¿Así que os han seguido hasta la ciudad, John? —dijo, para terminar.

—Sí, los perdí de vista en Picadilly, cinco minutos antes de volver la esquina de la calle.

—¿Crees que tenían algún motivo para seguiros? —preguntó Talbot.

—Supongo que sí; imagino que tomaban informes sobre algún negocio. El hombre que me habló parecía algo así como un tratante de caballos. He oído decir que lord Stamford codicia mi potro *Porlt Butcher*, y tal vez ha enviado a esos dos hombres para saber si lo presento a correr el *Leger*.

Talbot Bulstrode se sonrió con amargura, casi con tristeza, ante este sencillo alarde de vanidad. Era penoso el espectáculo del joven y jovial caballero, contemplando con ignorante optimismo un horizonte en el que hombres más serios y prudentes observarían una sombra amenazadora. El señor Bulstrode estaba de pie cerca del balcón y, adelantándose por entre los jarrones de porcelana china exuberantes de resedas, dirigió la mirada a la calle silenciosa y tranquila. Había un hombre apoyado en el reverbero a algunos pasos de la casa, fumando un cigarro con la cara vuelta hacia el ventanal. Terminó apresuradamente su cigarro y arrojando la

punta en el empedrado se alejó mientras Talbot le observaba. Pero Bulstrode no abandonó su puesto de observación, y un cuarto de hora después vio al mismo individuo que se paseaba lentamente al otro extremo de la calle. John, que estaba tras la cortina y se apoyaba en ella arrugando sus delicados pliegues con la pesada presión de su espalda, era del todo ignorante de este hecho.

A la mañana siguiente, el señor Bulstrode y el señor Mellish tomaron un coche de alquiler y fueron a Doctors' Commons^[109], donde, por segunda vez en su vida, John solicitó una licencia de casamiento, y finalmente obtuvo del arzobispo de Canterbury la sanción de gracia para su matrimonio con Aurora. Desde allí se trasladaron a una tranquila iglesia de las afueras, con el sonido de fondo de las Campanas de Bow^[110], pero tan absolutamente oculta entre las paredes de las fábricas, los tubos de chimenea, los tejados inclinados y otras excentricidades de mampostería, que el desgraciado novio se veía expuesto a pasar todo el día de su boda haciendo fútiles esfuerzos para descubrir la puerta de la iglesia. Hallada ésta, John encontró a un anticuado secretario en una casa vecina, no sin algunas dificultades, que se ofreció a conseguir lo que Mellish necesitara a cambio de unas monedas de cobre; así pues, John Mellish le notificó el matrimonio que debía celebrarse al día siguiente con una licencia especial.

—Llevaré siempre conmigo el certificado de mi segundo matrimonio —dijo John al salir de la iglesia—, y veremos quién se atreverá entonces a mirarme a la cara y decirme que mi amor no es mi legítima esposa.

Al proferir esta amenaza pensaba en la señora Powell; pensaba en los pálidos y rencorosos ojos con los que le había mirado, y en la lengua de aquella mujer que le había apuñalado con una naturaleza muy apta para el odio. Sería capaz de desafiarla ahora, de desafiar a todas las criaturas de este mundo que osaran pronunciar una sola sílaba en contra de su esposa.

A la mañana siguiente, muy temprano, se celebró el matrimonio. Archibald Floyd, Talbot Bulstrode y Lucy fueron los únicos testigos, con la excepción del secretario y el clérigo, y dos hombres que permanecieron en la iglesia hablando en voz baja hasta que el cura se quitó la sobrepelliz y John salió de la sacristía del brazo de su esposa.

El señor y la señora Mellish no regresaron a Halfmoon Street, sino que se dirigieron directamente a la Estación del Norte, desde donde partieron para Doncaster en el tren directo de la tarde. John estaba ansioso por regresar, pues había dejado su casa en circunstancias muy peculiares y podían circular rumores extraños sobre su ausencia.

Pero el joven caballero tal vez no hubiera pensado en esto de no habérselo sugerido Talbot Bulstrode, que insistió para que regresaran inmediatamente.

—Vete, John —le dijo—, regresa sin perder ni un segundo. Si por casualidad se suscita alguna duda sobre el asesinato, es preferible que tú y Aurora no estéis ausentes. Iré a Mellish dentro de uno o dos días, y llevaré a Lucy conmigo, si me lo permites.

—¡Por supuesto, querido Talbot!

—*Iremos, pues. Adiós, que Dios te bendiga. ¡Cuida de tu esposa!*

XXXIII

El capitán Prodder regresa a Doncaster

El señor Samuel Prodder regresó a Londres tras haber representado un insignificante papel en la tragedia de Mellish Park, y encontró la ciudad especialmente aburrida y sombría. Se hospedó en una modesta casa de huéspedes —situada en un laberinto de ladrillos y cemento, entre Tower y Wapping— que tenía relaciones con otra fonda de Liverpool. Se alojó en este establecimiento en el que era conocido y respetado, y bebió ron y agua, y jugó a las cartas con otros marinos cortados por su mismo patrón; incluso fue al teatro en East End el sábado por la noche, tras el asesinato, y se sentó a ver la representación de un drama náutico que hubiera tenido el gusto de ver con agrado si no hubiera promulgado tales teorías salvajes de la ciencia de la navegación —y exhibido semejantes experimentos extraordinarios en las maniobras del buque de guerra en el que se llevó a cabo la acción—, que el pelo del capitán se mantuvo erizado toda la obra por la intensidad de su asombro. Las cosas que se representaron en esa nave helaron la sangre de Samuel Prodder, mientras permaneció sentado en la solitaria grandeza del palco de dieciocho peniques. Era cosa común que los actores caminaran sin vacilación por la borda y desaparecieran en lo que debería haber sido el mar. El grado de intimidaciones y humillaciones a cargo del capitán en dicha noble embarcación, la autoridad ejercida por un marinero libertino, las agonías del mareo representadas por un cómico aldeano que no tenía una motivación especial para encontrarse a bordo del refinado buque, y la proporción de la música de gaita y las baladas náuticas en relación con el trabajo desempeñado, todo combinado, impresionó al pobre Samuel con una nueva visión del servicio naval de su majestad, de tal modo que se alegró cuando el capitán que había sido intimidado pronto se arrepintió de todos sus pecados —no sin un claro recordatorio del apuntador— y unió las manos del contumaz marinero y la joven dama ataviada de blanca muselina, rogándoles que fueran felices.

En vano trató el capitán de distraerse de la única idea que le perseguía sin cesar desde la noche de su visita a Mellish Park. Quizá le buscaran en Yorkshire para citarle como testigo; le harían declarar a qué hora había entrado en el bosque, a quién había encontrado y lo que había visto y oído. Le extorsionarían hasta que lo hubiera contado todo. Le interrogarían, le aturdirían y le hostigarían hasta que lo confesara todo, hasta que repitiera sílaba por sílaba las palabras apasionadas que se habían pronunciado..., hasta que dijera que tan sólo un cuarto de hora antes del disparo había sido testigo de la desesperada escena entre su sobrina y el hombre asesinado, en

la que el odio concentrado, la furia vengativa, el desprecio y la repulsión sin límites habían sido expresadas por ella, y *sólo por ella*, pues el hombre se había mantenido en calma y lo suficientemente contenido. Ella era la que estaba airada, la que había expresado su odio con fuerza.

En este punto, a causa de esas singulares inconsistencias comunes a la naturaleza humana, el capitán, aunque poseído día y noche por el ciego terror de verse en poder de los representantes de la ley, obligado a traicionar el secreto de su sobrina, no sólo no pudo permanecer en su seguro santuario, en medio de los laberintos de Wapping, sino que deseaba volver a la escena del crimen. Quiso saber el resultado de la investigación. Los periódicos del domingo publicaban un relato muy pobre, dando a entender de una manera vaga la intervención de individuos sospechosos, y quería cerciorarse por sí mismo de lo que habían descubierto en la investigación, y si su ausencia había suscitado sospechas. Por otra parte, quería ver a su sobrina a plena luz del día y en un momento de calma; quería ver a esa hermosa tigresa en un estado de ánimo más tranquilo, si es que alguna vez alcanzaba ese estado. Dios sabe que el sencillo capitán pensaba día y noche en la hija de su hermana Eliza y en las terribles circunstancias de su primer y único encuentro con ella.

¿Fue ella? ¿Era eso lo que las personas se podían ver inducidas a pensar tras escuchar el relato de la escena del bosque? No, no, no.

Ella era la hija de su hermana, la hija de aquella niñita alegre e impetuosa que vestía un delantal blanco y jugaba a la rayuela. Recordó a su hermana enfurecida con Tommy Bames por hacer trampas en ese juego, recriminándole casi tan apasionadamente como Aurora había reprendido al hombre asesinado. Pero si Tommy Bames hubiera sido encontrado estrangulado con una cuerda de saltar, o muerto de un balazo con una cerbatana en la calle aledaña, un cuarto de hora después, ¿pensaría el hermano de Eliza que ella era necesariamente la culpable de la muerte del muchacho? El capitán había llegado incluso a razonar de esta forma el asesinato. La hija de su hermana Eliza era muy probable que fuera apasionada e impetuosa, pero la hija de su hermana Eliza sería también una criatura cálida y generosa, incapaz de cualquier crueldad, ya fuera de pensamiento o de obra. Y recordó a su hermana Eliza golpeando sus orejas por haberle sacado los ojos a su muñeca, pero recordó también a esa hermana de negros ojos sollozando lastimosamente ante el espectáculo de un cordero que un carnicero despiadado arrastraba al matadero.

Cuanto más seriamente consideraba el capitán Prodder todo este asunto, mayor era su deseo de partir hacia Doncaster, y la misma mañana en que se celebraba en secreto el casamiento en la apartada iglesia se dirigió a un magnífico templo de modas en Minories y pidió un traje completo del tipo al que llevaban los elegantes hombres de tierra adentro. El vendedor le recomendó vivamente decantarse por una extravagante levita, y el señor Prodder, sometido a su autoridad más allá de toda duda, se decidió por un traje que había contemplado a través de un inmenso escaparate antes de entrar en el establecimiento. Era un aristocrático traje de viaje, de

setenta y siete chelines y seis peniques, de una tela lanosa en la que las tonalidades tierra predominaban sobre un tinte de color piedra más delicado que, según el vendedor, los sastres de West End se esforzaban vanamente en emular.

El capitán, vestido con este «aristocrático traje de viaje» con un corte más pronunciado, y las mangas y los pantalones inflados por la fortuita brisa de verano, parecía más una *tómbola* que una imagen estrictamente artística de la figura humana. En su intento de ser totalmente irreconocible como el marino que había llevado a Mellish Park la noticia del asesinato, el capitán se torturó a sí mismo reemplazando con un cuello estrecho y una corbata de color púrpura la media vara de lienzo que acostumbraba a llevar doblada sobre el ancho cuello de su chaqueta azul. Le causaba gran angustia esta moderna invención, pero la afrontó con valor y partió directamente hacia la estación de Great Northern Railway, donde tomó un billete para Doncaster. Tenía intención de visitar esa ciudad como un aristocrático turista y permanecer lejos de Mellish Park, pero necesitaba conocer el resultado de la investigación judicial y cerciorarse por sí mismo de que la hija de su hermana no tenía nada que temer.

El capitán no tomó el tren directo en el que viajaron los señores Mellish a Doncaster, sino un tren menos rápido, que se arrastraba lentamente por la vía, conduciendo personas de clase inferior para las cuales el tiempo no es oro y que fumaban, dormían, comían y bebían con bastante resignación durante las ocho o nueve horas del viaje.

Anocheecía cuando Samuel Prodder llegó a la pacífica ciudad de las carreras de caballos de la que había huido en la oscuridad de la noche pocos días antes. Salió de la estación y se dirigió a la plaza del mercado, donde se internó por un estrecho callejón que le condujo a una calle oscura a las afueras de la ciudad. Tenía miedo de ser guiado, por una desgraciada casualidad, al Reno, y ser reconocido por algún parásito de la fonda.

A mitad de la calle, y antes de que se transformara en un camino rural, el capitán encontró una posada llamada El Conejo Jorobado; un lugar remoto, y tan sombrío, que Samuel pensó que era un lugar lo bastante seguro para descansar y tomar un refrigerio entre sus sucias paredes.

En la puerta de la posada había un letrero enmarcado y acristalado que decía «Buenas camas», y por ellas acostumbraba el posadero a pedir precios desorbitados durante la gran semana de las carreras del *Leger*. Pero parecía tener por entonces pocos huéspedes, y el capitán entró sin vacilar, pidió en la tienda una chuleta y una botella de cerveza con un vaso de ron y agua, en la barra del bar, y a continuación encargó cuarto y una buena cama para pasar la noche.

El posadero, que era un hombre corpulento, descansaba de espaldas al mostrador leyendo las noticias de las carreras en el *Manchester Guardian*, y fue la patrona la encargada de servir a Prodder, conduciéndolo a una sala de aspecto muy poco agradable que estaba muy por debajo del resto de la casa y en la que el huésped inexperto se exponía a precipitarse de cabeza como en un pozo o un subterráneo.

Había varias mesitas de caoba adornadas con arabescos viscosos procedentes de las huellas húmedas que habían dejado los bordes de los vasos, y eran tantas las escupideras en la sala, que casi era imposible cruzar de un extremo a otro sin tomar un baño de serrín. Uno de los muebles más notables era una mesa vieja de juego cuyo tapete, que en otro tiempo había sido verde, tenía un color amarillento y estaba tan desgastado y andrajoso como la capa de un mendigo. Finalmente, había en el fondo una ventana baja cuya parte inferior estaba casi al nivel de la calle.

El capitán se quitó el sombrero, se aflojó el corbatín y el cuello postizo de la camisa que le habían vendido en la casa de modas, y se sentó en un banco de caoba brillante, cerca de la ventana. Los cristales inferiores estaban cubiertos con una cortinilla escarlata, que levantó cautelosamente para mirar con atención durante unos momentos a la calle. Estaba muy solitaria y tranquila en aquella oscura noche de verano; aquí y allá brillaban intermitentemente las luces en algunos escaparates y en el umbral de una puerta había un hombre hablando con un vecino. Con el mismo pensamiento ocupando su mente sin descanso, no es extraño que Samuel Prodder se figurase que aquellos dos hombres debían hablar necesariamente del asesinato.

La casera le llevó al capitán la chuleta que había pedido, y el fatigado viajero se sentó delante de una de las mesas y despachó muy pronto su único plato. No había comido nada desde las siete de la mañana, pero no tenía demasiada hambre y no pudo terminárselo. Se bebió la botella de cerveza y el vaso de ron con agua, fumó la pipa, y luego, como estaba solo en la sala, improvisó un sofá con las sillas Windsor dispuestas en fila, y, en su propia jerga, se acostó en aquella áspera *hamaca* para dormir un rato.

Hubiera podido poner su mente en blanco, tal vez, de poder elegir. Podría haber preguntado a la casera sobre el asesinato de Mellish Park; era probable que supiera tanto como cualquier otra persona del El Conejo Jorobado; pero se había abstenido de hacerlo para no levantar sospechas de que pudiera estar especialmente interesado en el asesinato. ¿Cómo averiguaría qué pesquisas se habían hecho sobre el testigo desaparecido? Quizá habían ofrecido una enorme recompensa por su captura y tal vez una palabra o una mirada podría traicionarle a los ávidos de obtenerla.

Hay que recordar que este marino de anchas espaldas era tan ignorante como un niño en todo lo ajeno a la cubierta de su propio barco y los grandes mares y océanos que acostumbraba a navegar. La vida en tierra era un misterio solemne para él y las leyes de los dominios británicos una complicación de enigmas impenetrables. Si alguien le hubiese dicho que era probable que le prendieran como cómplice y le ahorcaran por su pasiva participación en la catástrofe de Mellish Park, le hubiera creído tácitamente. ¿Cómo podía saber cuántas actas parlamentarias habían emitido por su conducta al dejar Doncaster sin presentarse a declarar? Podría ser alta traición —o cualquier otra cosa que fuera impronunciable— y este simple marino no tenía noticias de lo contrario.

Pero el capitán no pensaba en su propia seguridad, y todo esto tenía muy poca

importancia para este alegre navegante, pues había puesto en peligro muchas veces su vida en alta mar como para no arrostrar con valor un peligro en tierra. «Si ahorcan a un inocente —decía—, que hagan lo que gusten; no será mía la culpa sino suya.»

Tenía una fe simple, de marino, más bien ambigua, tal vez, y no muy reductible a algo como *treinta y nueve artículos*, que le decían que había pequeños y dulces querubines sentados allá en lo alto que tomarían buena nota de los errores cometidos y que deberían ser rectificadas en cierto cuaderno de bitácora celestial, en cuyas páginas Samuel Prodder esperaba encontrarse a sí mismo como una persona honesta y trabajadora, y siempre humildemente obediente a las señales de su comandante.

Era por amor hacia su sobrina, por tanto, por lo que el marino temía que se descubriera su paradero, y fue por ello también que decidió a desplegar la mayor cautela de que fuera capaz su sencilla naturaleza.

«No voy a hacer ni una sola pregunta —pensaba—, pues a buen seguro que vendrán aquí muy pronto algunos charlatanes y les oíré hablar del asunto sin que adviertan que les escucho. Estas gentes no tendrían nada de qué hablar si no reacondicionaran con recientes cotilleos los *cuadernos* de a bordo de sus superiores.»

El capitán durmió profundamente por espacio de una hora y finalmente le despertó un rumor de voces que hablaban en la sala y el humo del tabaco. Los mecheros de gas le deslumbraron al abrir los ojos, de modo que no pudo distinguir a las personas que estaban sentadas.

«No voy a levantarme —pensó—, haré ver que duermo y esperaré a que hablen del asunto.»

Sólo había tres hombres en la sala. Uno de ellos era el posadero que Samuel Prodder había visto leyendo en el mostrador del bar, y los otros dos eran hombres de aspecto lamentable, con una apariencia en absoluto respetable en sus personas ni en sus modales. Uno de ellos llevaba un abrigo de pana de corte transversal con grandes botones de latón, bombachos, medias azules y botas bajas. El otro era un hombre de semblante pálido y bigote, vestido con un traje raído que daba indicios de vagabundeo general, más que de una ocupación en particular.

Estaban hablando de caballos cuando el capitán se despertó. El marino permaneció algún rato escuchando una jerga que era completamente ininteligible para él. Hablaban de la caballeriza de lord Zetland, de la de lord Glasgow, del *Leger* y la *Cup*; hicieron varias apuestas, disputaron sobre la cantidad y no pudieron ponerse de acuerdo con gran disgusto para el pobre Samuel, que esperó con paciencia haciendo ver que dormía, sin ser molestado por los hombres, que no le prestaron la más mínima atención.

«Seguro que van a hablar ahora del asunto», pensó.

El capitán Prodder estaba en lo cierto.

Después de discutir los conflictivos méritos de la mitad de los caballos del calendario de las carreras, los tres individuos abandonaron un tema tan interesante, y el posadero, al entrar en la sala, de donde había salido para traer más suministros de

cerveza, les preguntó si sabían algo nuevo sobre el suceso de Mellish Park.

—Hay una carta en el *Guardian* de hoy —añadió sin esperar respuesta— que es bastante incisiva. Le imputan el asesinato a alguien de la casa, pero sin nombrar a nadie en particular. Imagino que no sería muy prudente hacerlo.

A petición de los dos parroquianos, el posadero de El Conejo Jorobado leyó la carta inserta en el diario de Manchester.

Era una carta muy perspicaz y enérgica en la que se daba cuenta de las primeras diligencias del proceso y se comentaba, con mucha severidad, la manera en que se habían llevado a cabo las investigaciones. Samuel Prodder se estremeció, hasta el punto de hacer temblar las sillas Windsor bajo sus pies, cuando el posadero leyó un pasaje en el que se señalaba que no había prestado declaración el extraño que había llevado la noticia del asesinato a la casa, el hombre que había oído el disparo y que había descubierto el cadáver.

«Desapareció repentina y misteriosamente y no se ha dado paso alguno para encontrarlo», escribía el reportero del *Guardian*. «¿Qué garantía puede darse sobre la seguridad de la vida de un hombre cuando se investiga un crimen como el asesinato de Mellish Park de una manera tan nefasta e indolente? La desgracia ocurrió dentro de los límites del parque. Que se averigüe si alguna persona de la casa tenía motivos para matar a James Conyers. Este hombre era un desconocido en el condado, y no es probable, por tanto, que se creara enemigos fuera de los límites de la propiedad de su amo; pero sí podía tener algún enemigo secreto en el interior. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus antecedentes y relaciones? Que cada una de estas cuestiones se estudien de manera escrupulosa, y que se establezca un acordonamiento de la casa y se ponga bajo la vigilancia de la ley hasta que se haya hecho una detenida investigación y se encuentre una evidencia que conduzca a la detención del culpable.»

Tal era la carta que el posadero leyó con tono didáctico e imponente, aunque balbuceando cuando tropezaba con palabras difíciles y saltando líneas enteras, a veces con el mayor desembarazo.

Samuel Prodder sólo sacó en limpio de la carta que había estado ausente durante el sumario y que se había comentado su ausencia. El propietario y el hombre desaliñado hablaron largo y tendido sobre el asunto; y el hombre de la chaqueta de pana, que era a todas luces un londinense del East End recién llegado a Doncaster, les pidió que le contaran la historia completa para tener la misma información que los otros dos. Era muy sosegado, hablaba generalmente entre dientes, se tomaba raras veces el trabajo de quitarse la pipa de la boca, excepto cuando era precioso rellenarla, y escuchó la historia del asesinato con mucha atención, sin perder de vista al que hablaba ni a su pipa, y asintiendo de vez en cuando en señal de aprobación.

Terminada la historia, se quitó la pipa de la boca, sacó una bolsa llena de tabaco para rellenarla y, en tanto que limpiaba la pipa con el dedo meñique, dijo con indiferencia:

—Yo conocía a Jim Conyers.

—¿Le conocías, entonces? —exclamó el posadero abriendo desmesuradamente los ojos.

—Le conocía —repitió el de la pipa—, le conocía tan íntimamente como a mi madre, y cuando leí la noticia de su asesinato en los periódicos del domingo pasado, me hubieran podido derribar como a una pluma. Jim ha encontrado su merecido —me dije—, porque era uno de esos hombres que pasan como gallitos por el mundo alardeando con tanta insolencia para abrirse paso que, cuando «caen», no hay nadie que sienta lástima por ellos. Era uno de los hombres más egoístas que he conocido en mi vida, y cuando uno se propone como principio de conducta no querer ni preocuparse por nadie más que por uno mismo, no debe sorprenderse de que nadie lamente su muerte. Sí, yo conocía a Jim Conyers —añadió lenta y cuidadosamente—, y le conocí en circunstancias muy particulares.

El posadero y el otro parroquiano escuchaban con la mayor atención en este punto de la conversación. James Conyers, como sabemos, había adquirido cierta popularidad en Mellish Park desde el momento en que cayó en el prado cubierto de rocío por un disparo en el corazón.

—Si no hubiese ninguna objeción en particular —dijo el posadero de El Conejo Jorobado—, me gustaría escuchar todo lo que pueda decir sobre ese pobre hombre. Todo Doncaster está muy interesado en este asesinato, y mis parroquianos no hablan de otra cosa desde que se comenzó la investigación.

El hombre de la chaqueta de pana se frotó la barbilla y siguió fumando con expresión pensativa. Era evidente que no se trataba de un hombre demasiado comunicativo, pero no podía negarse que estaba muy satisfecho por la posición distinguida que ocupaba en aquel momento en el pequeño salón de la fonda.

El hombre no era otro que Matthew Harrison, el tratante de perros, el «protegido» de Aurora, el hombre que había negociado con su secreto y había sido el último vínculo entre ella y el marido innoble que había abandonado. Samuel Prodder se incorporó de las sillas en este momento crítico. Estaba muy interesado en la conversación para fingir por más tiempo que dormía. Se levantó, estiró las piernas y los brazos, hizo un elaborado espectáculo destinado a probar que acababa de despertarse de un sueño profundo y reparador, y pidió al posadero que le mezclase otro vaso de esa fuerte bebida de ron con piña.

El capitán encendió la pipa en tanto que el posadero se fue a cumplir el recado.

—En las circunstancias particulares que me hicieron conocer a James Conyers —continuó el tratante de perros después de tomarse un tiempo para arrojar algunas bocanadas de humo con gran contrariedad del auditorio—, interviene una mujer, una maravilla de mujer. Una dama altiva y terrible a quien no complacía que nadie se mezclase en sus negocios ni en sus secretos. Era hermosa y rica, inmensamente rica, un partido brillante para un hombre como James. ¡Si la hubierais visto como yo, lanzándole miradas de fuego con sus negros ojos! —exclamó Harrison mirando con

expresión pensativa como si, en ese momento, estuviera viendo los ojos brillantes de los que hablaba—. La vi mirándole como si aniquilara el suelo que pisaba por el desprecio que sentía por él.

Samuel Prodder se sintió extrañamente inquieto cuando escuchó hablar de los ojos negros y las miradas fulminantes de desprecio lanzadas a James Conyers. ¿No había visto resplandecer orbes de fuego en los brillantes ojos de su sobrina, arrojando sus llamas sobre el hombre muerto, un cuarto de hora antes de recibir la herida mortal? Sí, tan sólo un cuarto de hora antes de que el hombre contra el que expresaba su odio cayera a manos de un asesino desconocido. ¡El cielo tenga piedad de ella!

—Debe de ser una fiera esa joven —dijo el posadero al señor Harrison.

—Una fiera —respondió el tratante de perros—, pero también tenía un carácter bueno, de todos modos; y lo que es más, para mí ha sido siempre una buena amiga. No pasa un solo día sin que me acuerde de su bondad, y solamente tengo motivos para hablar en este sentido.

Mientras pronunciaba estas palabras, se bebió un vaso de cerveza y recibió el licor en su vasta garganta murmurando:

—¡Esta va por ella!

Mientras Samuel Prodder estaba sentado fumando y bebiendo, un hombre jorobado y de pálido semblante se coló furtivamente en la sala de la posada como si no fuera digno de alternar con los que en ella estaban, sentándose sin hacer ruido en una de las mesas.

Samuel Prodder recordó al hombre; le había visto a través de la ventana iluminada de la sala del pabellón del norte cuando trasladaron el cadáver de James Conyers a la casa. No era probable, no obstante, que aquel hombre hubiera visto al capitán.

—¡Pero si es el mismísimo Steeve Hargraves de Mellish Park! —exclamó el posadero cuando volvió la cabeza y vio al *idiota*—; este muchacho sí que podría contarnos muchas cosas, me atrevo a decir. Hablábamos del asesinato, Steeve —añadió con expresión conciliadora.

Hargraves se rascó la cabeza y miró furtiva pero inquisitivamente a cada miembro de la reunión.

—Ya lo creo —dijo—, la gente no parece hablar de otra cosa. Ya es chismorreo constante en Mellish Park, pero parece peor aún en Doncaster.

—¿Te quedarás en la ciudad, Steeve? —preguntó el posadero, que parecía conocer íntimamente al recién llegado.

—Sí, me quedaré por un tiempo; estoy sin ocupación, pues ya sabes de qué forma me echaron de la casa donde servía desde niño, y ya sabes también por culpa de quién. Pero no importa. No tengo ocupación, pero puedes darme una jarra de cerveza; tengo dinero suficiente para pagarla.

Samuel Prodder miró al *idiota* con vivo interés. Había representado un papel secundario en la tragedia, y no era probable que diera explicación alguna sobre aquel

misterio. ¿Quién era sino un pobre *idiota* que dependía del joven asesinado y que lo había perdido todo con la prematura muerte de su amo?

El *idiota* apuró de un trago el vaso de cerveza y se sentó en silencio, desgarrado y antipático, mirando a su alrededor al resto de los hombres.

—Hay una gran conmoción en torno a los periódicos de Manchester sobre el asesinato, Steeve —dijo el posadero como para entablar conversación—, y no creo que el asunto caiga en el olvido. Habrá una segunda investigación, al menos, o más indagaciones, o una memoria del secretario de Estado o alguna otra cosa por el estilo, sin tardar demasiado.

El rostro del *idiota*, casi siempre sin expresión, no reflejó nada igualmente en esta ocasión; si acaso la indiferencia estúpida propia de un profundo ignorante para cuya escasa inteligencia el asesinato de su propio amo era un acontecimiento extraño y oscuro, y no lo suficientemente importante para llamar su atención.

—Sí, repito que muy pronto habrá una conmoción al respecto —continuó el posadero—, ya que los periódicos dicen de manera concluyente que el asesinato ha debido perpetrarse por alguien de la casa; por alguien que conocía a la víctima y que tenía más razones para odiarle que las que pudiera tener un extraño. Entonces, Hargraves, tú que vivías con ese hombre, debes haber visto y oído cosas que otras personas no han tenido ocasión de ver y escuchar. ¿Tú qué piensas?

Hargraves se rascó la cabeza reflexionando.

—Los periódicos son más listos que yo —dijo por fin—, que no soy más que un pobre aficionado tonto para contradecirles, pero creo que fue una persona cercana al parque la que lo hizo; alguien que tuviera poderosas razones para sentir rencor por el muerto.

Un imperceptible estremecimiento recorrió el cuerpo del *idiota* cuando hizo alusión al hombre asesinado. Era extraño observar con qué complacencia discutían sobre un asunto tan espantoso, volviendo a él con insistencia a pesar de algunas interrupciones y lamiéndose los labios con los detalles más escabrosos. Parecía aún más extraño que hablaran de esta forma que el hecho en sí de que Steeve Hargraves manifestara cierta reticencia a hablar libremente sobre un tema tan deprimente.

—¿Y quién crees, Steeve, que tenía motivos para odiarle? —preguntó el posadero—. ¿Discutió acaso con el señor Mellish por asuntos o gestiones de la caballeriza?

—Él y el señor Mellish no discutieron nunca, según he oído decir —respondió el *idiota*.

Pronunció con tal énfasis la palabra señor que los tres oyentes le miraron con asombro, y el capitán Prodder se quitó la pipa de la boca y asió la parte trasera de una silla cercana con tanta fuerza como si hubiera concebido la idea de arrojarla a la cabeza del *idiota*.

—Pues, ¿quién más podía tener, entonces, rencores contra ese hombre? —preguntó otro.

Samuel Prodder apenas sabía quién era el que hablaba, porque toda su atención

estaba concentrada en Steeve Hargraves, y su mirada no se había separado ni un solo instante de aquel pálido semblante, sin brillo, de ojos parpadeantes.

—¿Quién fue a encontrarse con él aquella noche en el alojamiento del norte? —murmuró Steeve—, ¿quién le dedicaba las peores palabras y le lanzaba las más fieras miradas de odio? ¿Quién le escribió una carta (yo me apoderé de esa carta y la tengo aún) y le pidió que esperase a tal hora en el bosque la noche del crimen? ¿Con quién se reunió en la oscuridad, como muy bien podrían decir otros lo mismo que yo? ¿Quién hizo todo esto?

Nadie respondió. Los tres se miraban mutuamente y miraban al *idiota* con la boca abierta, pero sin pronunciar una palabra. Samuel Prodder empuñó aún con más fuerza la barra superior de la silla, y su ancho pecho subía y bajaba bajo su turístico chaleco como un mar embravecido, pero se sentó en el lugar más oscuro de la sala y nadie reparó en él.

—¿Quién huyó de su propia casa y se ocultó tras la investigación? —continuó el *idiota*—. ¿Quién tuvo miedo de permanecer en su propio hogar y se escapó a Londres sin decírselo a nadie? ¿Quién se ocupó la mañana antes del asesinato de arreglar las escopetas y las pistolas de su marido, cosa que vi con mis propios ojos, además de algunos otros, que declararán cuando llegue el momento? ¿Quién?

Una vez más no hubo respuesta. El mar embravecido luchaba con mayor furor por momentos bajo el chaleco del capitán Prodder, que apretaba, con más fuerza si cabe, el barrote de la silla; pero no pronunció una palabra. Tal vez quedaba más información por escuchar y debía esperar; aunque quizá iba a necesitar cada silla del cuarto como instrumento para aplacar la venganza.

—Hace un momento, cuando entré, hablabais casualmente de una joven que estaba en relaciones con James Conyers, caballero —dijo el *idiota* volviéndose hacia Matthew Harrison—; de una mujer de ojos negros; ¿podría ser su esposa?

El tratante de perros se quedó asombrado y reflexionó algunos momentos antes de responder.

—Bueno, en cierto modo... era... su esposa —dijo al fin—, de mala gana.

—Era de más categoría que él, ¿no es cierto? —preguntó el *idiota*—. Tenía más dinero del que podía gastar, ¿eh?

Matthew Harrison miró fijamente a su interlocutor.

—Presumo que sabe quién era, ¿no? —dijo, suspicaz.

—Creo que sí —murmuró Steeve Hargraves—. Era la hija del señor Floyd, rico banquero londinense que se casó con James Conyers, y una vez se cansó de él, se casó con el señor Mellish mientras su primer marido seguía vivo; ella le escribió una carta a James Conyers citándole para la noche del asesinato.

El capitán Prodder arrojó a un lado la silla, pues era un arma demasiado miserable para calmar su ira; de un salto se abalanzó sobre el *idiota*, y aprovechando su asombro le asió por la garganta, volcando una mesa y rompiendo los vasos y las cazuelas de peltre, que rodaron hasta las esquinas del cuarto.

—¡Mientes! —gritó el marino—. ¡Perro desvergonzado, tú sabes muy bien que mientes! Dadme alguna cosa, lo que sea, pero rápido, para que pueda aplastar a este canalla hasta hacerlo un puré tan suave como una galleta remojada; porque estoy seguro de que lo mataré si me valgo de los puños. ¿Es a mi sobrina a la que quieres calumniar, a la hija de mi hermana Eliza, miserable? Más te hubiera valido no abrir la boca hallándose presente su tío. He mantenido la calma hasta ahora —dijo el capitán delatándose a sí mismo y su propósito—, pero ¿debo callarme y escuchar las mentiras que cuentas sobre mi propia sobrina? Oye lo que te digo —añadió sacudiendo al *idiota* con tal fuerza que los dientes de Steeve le castañetearon—, o te hundo los dientes en tu asquerosa garganta para que no vuelvas a vomitar mentiras sobre la hija única de mi pobre hermana.

—No miento —jadeó el *idiota*, obstinadamente—. He dicho que tengo la carta, y es cierto. Suéltame y se la mostraré.

El marino soltó la sucia pañoleta de algodón por la que había sujetado a Stephen Hargraves, pero le retuvo aún por el cuello del abrigo.

—¿Quiere que le enseñe la carta? —preguntó Steeve.

—Sí.

Hargraves rebuscó en los bolsillos durante algunos minutos y sacó por fin un pedazo de papel sucio y arrugado.

Era la nota que Aurora le había escrito a James Conyers citándole en el bosque. Conyers había arrojado descuidadamente el papel después de leerlo, y Hargraves lo había recogido del suelo.

No quiso confiarle el preciado documento, pero lo sostuvo ante los ojos del capitán Prodder para que lo inspeccionara.

El marino lo leyó con ansiedad, confusión, y terror, pero sin acertar a estimar la importancia de aquel miserable fragmento de evidencia circunstancial; sólo vio algunas palabras escritas con mano audaz, sin duda por una mano de mujer. Pero estas palabras en sí mismas no significaban nada hasta que se pudiera probar que habían sido escritas por su sobrina.

—¿Cómo sabes que escribió esto la hija de mi hermana Eliza? —preguntó.

—Estoy bien seguro de que ella lo escribió —respondió el *idiota*—. Pero déjeme irme ahora. Suéltame, por favor —añadió con servil urbanidad—. No sabía que era su tío. ¿Cómo iba yo a saberlo? No era mi intención causar el menor perjuicio a la señora Mellish, aunque haya sido cruel conmigo. Nada he declarado en el sumario, ¿verdad?, aunque bien podía haber declarado lo que acabo de decir esta noche, que es cierto... No he dicho ni una sola mentira, como puede ver. Pero cuando me molestan haciéndome preguntas sobre el muerto o sobre esto o aquello, y hablan como si tuviera obligación de conocer el asunto, tengo libertad para responder y decir mis pensamientos. Soy libre para decir lo que pienso.

—Voy a ir directo a la casa del señor Mellish para repetirle lo que has dicho, desvergonzado —exclamó el capitán.

—Sí, hágalo —susurró Steeve Hargraves, maliciosamente—; y puede añadir que muy pronto se conocerá otra noticia aún más sustanciosa, de todos modos.

XXXIV

El arma

El señor y la señora Mellish regresaron a la casa en la que habían sido tan felices; pero no debe suponerse que esta agradable mansión pudiera volver a ser, de pronto, la morada que había sido antes de la llegada de James Conyers, el adiestrador, y de la tragedia que, abruptamente, había llevado al término de su cargo.

No; cada punzada que había sufrido Aurora, y cada angustia que había sufrido John, habían dejado honda huella en los escenarios en los que se habían desarrollado. Las influencias sutiles de cada recuerdo pendían pesadamente sobre el hogar familiar. Somos esclavos de cada recuerdo y no tenemos fuerza suficiente para resistir a su muda influencia. Vestigios de color y fragmentos de dorado sobre las paredes y las sombras de las escenas que han visto recordarán lo pasado con tanta exactitud como si estuvieran cubiertas de inscripciones jeroglíficas. Los efectos transitorios y casuales de las luces y las sombras reavivarán los mismos efectos, vistos y observados —como Fagin observó la alcayata quebrada en el custodiado muelle —^[111] las mismas crisis terribles de desgracia y desesperación. Los bienes y enseres domésticos más comunes serán mudos testigos de la agonía. Un sillón nos dirá: «Sobre mí te arrojaste en el paroxismo de tu cólera o tu dolor». Un servicio de mesa nos recordará aquel día fatal en que rechazamos la comida sin probar bocado y volvimos la cara hacia la pared como el rey David afligido por el dolor. El lecho en el que descansamos, las cortinas que nos guardan, los dibujos del papel pintado, los comunes sonidos de la casa que vienen amortiguados y lejanos al solitario aposento donde nos refugiamos; todo nos traerá el recuerdo del dolor y las terribles escenas se repetirán en nuestra mente cuando debieran sernos cada día más indiferentes.

Pero cada dolor, cada punzada de amor herido, o duda, o celos, o desesperación, es un hecho —hecho una vez, y hecho para siempre— que sobrevivió, y muy rara vez pasa al olvido, dejando tal impronta en nuestras vidas que ninguna alegría futura puede desgastar por entero. El asesinato se ha cometido, y las manos están manchadas de sangre. El pesar se ha padecido, y, aunque la felicidad pueda resultar hermosa para nosotros, nunca podrá ser la brillante criatura virginal que una vez fue, pues ha traspasado el valle de la sombra de la muerte, y hemos descubierto que no es inmortal.

No era de esperar, entonces, que John Mellish y su esposa Aurora pudieran sentir las mismas sensaciones —en los hermosos aposentos de la mansión de Yorkshire—

que habían sentido antes del primer naufragio de su felicidad. Se habían salvado del peligro y la destrucción, y milagrosamente habían aterrizado —por misericordia de la Providencia— en la estacada de una costa que parecía prometer placer y seguridad a partir de ese momento. Pero el recuerdo de la tormenta estaba aún fresco en su memoria; y en las arenas que hoy eran tan suaves habían visto ayer las olas batiendo amenazadoramente con furia, arrastrándose hacia ellos para destruirlos.

El funeral del adiestrador aún no se había celebrado y no era nada agradable para el señor Mellish el recordar que el cadáver del hombre asesinado yacía aún, rígido y terrible, en el ataúd de roble sobre unos caballetes en la rústica sala del pabellón del norte.

—Mandaré destruir ese lugar, Lolly —dijo John al retirarse de la ventana abierta a través de la cual podían distinguirse las chimeneas góticas de la antigua habitación del adiestrador, brillando con una tenue luz rojiza por encima de los árboles—. Mandaré destruirlo, mi cielo. Las portillas nunca se utilizan salvo por los mozos de cuadra; mandaré destruirlas también junto con la casa, y construiremos unas cuadras para las crías de yegua con los materiales. Y partiremos al sur de Francia, querida, y de allí viajaremos a recorrer Italia, si lo deseas, para olvidar por completo esta horrible desgracia.

—¿Los funerales son mañana, verdad, John? —preguntó Aurora.

—Mañana, sí, querida. Mañana miércoles, ya sabes. Fue en la noche del jueves que...

—Sí, sí —respondió Aurora interrumpiéndole—, lo sé, lo sé.

Se estremeció mientras hablaba, al recordar los terribles sucesos de la noche a que se refería su marido, y recordaba al muerto ante ella, lleno de salud y vitalidad, desafiando con insolencia su odio en la soledad del bosque. Lejos de Mellish Park sólo había recordado que el lastre de su vida había desaparecido, y que era libre; pero allí —allí, en el terrible escenario de la horrible tragedia— recordaba cómo se había liberado, y este recuerdo la oprimía de una manera más terrible que su antiguo secreto, el único tormento de su vida.

Nunca había visto o conocido en el hombre asesinado una cualidad o un pensamiento generoso. Le sabía mentiroso, maquinador, vil y miserable estafador, egoísta derrochador, extravagantemente libertino consigo mismo pero dañino cuando se refería a los demás; disoluto, traidor, glotón y bebedor. Este cúmulo de «cualidades» es lo que había encontrado tras la fantasía de colegiala de un apuesto rostro, ojos color violeta y rizado cabello castaño claro. No la crean dura, entonces, si el dolor no tuvo lugar en el horrible estremecimiento que sintió al evocar la imagen de él a la hora de su muerte y vio los ojos vidriosos volviéndose coléricos contra ella. Apenas había cumplido veinte años, y su destino había sido dar continuos pasos en falso, dejarse siempre extraviar por las vagas indicaciones de los «mojones» en el camino de la vida y elegir el camino más largo, el más tortuoso y más áspero hacia la meta que trataba de alcanzar.

Si al descubrir la infidelidad de su primer marido hubiera apelado a la ley... —era lo bastante rica para pedir esta ayuda suprema a la sociedad—, hubiera podido liberarse de las cadenas de odio tan tontamente entrelazadas^[112] y hubiera podido desafiar al hombre muerto que fue su tormento a partir de ese instante.

Pero había seguido los consejos del decoro y la conveniencia, y esto la había conducido al escabroso camino a través del cual me he esforzado en seguirla relatando sus vivencias. Siento que no hay necesidad alguna de excusarla. Sus propias manos habían sembrado los dientes del dragón, de cuya semilla del mal habían brotado hombres armados lo bastante fuertes para desgarrarla y devorarla;^[113] pero debo añadir, entonces, que si Aurora no tuviera falta alguna, si hubiera sido una mujer perfecta, no hubiera podido ser la heroína de este relato; pues pienso que, al igual que un hombre sabio señaló en la antigüedad, las mujeres perfectas no dejan tras de sí historia alguna y experimentan la vida de una manera tranquila haciendo el bien oscura y pacíficamente, sin dejar huella ninguna en las arenas del tiempo. Sólo algún recuerdo silencioso oculto aquí y allá, en lo más profundo de los agradecidos corazones que habían sido bendecidos por ellas.

La presencia del difunto dentro de los límites de Mellish Park se hacía sentir en aquella casa que antes había sido tan jovial; la excitación de la catástrofe había pasado, y sólo la sombría tristeza perduraba, con una sensación de opresión de la que era imposible liberarse. Se sintió en las salas de los criados lo mismo que en los lujosos salones de Aurora, y la sintió el mayordomo de igual modo que el amo. No hay peor acto de violencia que la matanza de un ciervo desgraciado que ha corrido a buscar su último refugio al jardín de Mellish —cansado y atropellado por perros de caza furiosos sobre el prado de terciopelo— y que nunca antes había entrado en los límites de la casa del joven caballero. La casa era vieja y había perdurado, gris y amortajada en hiedra, a través de los peligrosos días de la guerra civil. Había pasajes secretos en los que antiguos fieles escuderos de Mellish habían ocultado feroces «cabezas peladas»^[114] empeñados en disturbios y saqueos. Las grandes piedras de las chimeneas habían sido mudos testigos de las feroces luchas en las que hombres fuertes con jubones de cuero y botas de tacón de hierro entablaban dura batalla, pero los legitimistas siempre habían escapado en última instancia deslizándose por la chimenea o a través de la bodega, o tras el tapiz de una cortina, mientras los malvados impíos de lord Thompson, y aniquiladores de los filisteos, huían tras saquear los platos de viandas y vaciar los barriles de vino. Nunca antes Mellish se había preparado para ver la luz de la mano roja del «asesinato».

No es extraño, pues, que los criados permanecieran largo rato en la mesa hablando en voz baja de los solemnes acontecimientos de la semana anterior. Había más sucesos de los que hablar, aparte del asesinato. Podían hablar de la huida de la señora Mellish el mismo día en que se instruía la investigación. En vano John había tenido la prudencia de decir que su esposa había partido a la ciudad para hacer una visita a su prima, la señora Bulstrode, ya que damas como la señora Mellish no hacen

este tipo de visitas sin ir acompañadas, sin dejar un aviso y sin el más ligero equipaje.

No; la señora de Mellish Park había huido de su hogar bajo la influencia de algún pánico repentino. ¿No era eso lo que había dicho la señora Powell, o acaso insinuado, pues era una dama recatada y jamás vulgarizaba sus opiniones diciéndolas claramente? El asunto era obvio, y el señor Mellish había hecho, sin duda alguna, lo más prudente en este caso; esto es, partir en busca de su esposa y traerla de vuelta a casa para evitar un escándalo; pero la partida de Aurora había sido una huida, una indiscutible huida repentina y no premeditada.

La doncella de la señora —ah, cuántos vestidos hermosos, regalo de su generosa señora, yacían pulcramente doblados en las cajas de la joven, en el segundo piso— contó que Aurora había entrado en su cuarto pálida, con la mirada aterrada, y se había vestido sin su ayuda, para emprender aquel precipitado viaje. A esta muchacha le gustaba su señora, la quería incluso, quizá, dado que Aurora tenía la facultad maravillosa y casi peligrosa de hacerse amar por todos cuantos se acercaban a ella; pero para la doncella fue muy gratificante tener algo que aportar a este interesante tema, y poder ser, por unos momentos, el centro de atención de este cónclave solemne. En un principio sólo hablaron del muerto, especulando sobre su vida y su historia, y conjeturando sobre una docena de teorías posibles sobre su asesinato. Después, cambió la corriente y hablaron de su señora, no asociándola de manera abierta o positiva directamente con el asesinato pero sí comentando lo extraño de su conducta y apoyándose, en gran medida, en la singular coincidencia de haberse hallado en la oscuridad del parque la noche de la desgracia y de haber huido de casa el día de la investigación sumarial.

—Fue extraño, ya sabes —dijo el cocinero—. Se pretende que las mujeres de ojos negros son generalmente enérgicas, vivaces, y aunque no es mi ánimo ofender a la esposa del amo..., ¿recordáis la saña con que dio de latigazos al *idiota*?

—Pero no había relación alguna entre ella y Conyers —dijeron algunos.

—No sé nada de eso, pero Steeve decía que le odiaba como a un veneno, y que no había ningún tipo de amistad entre ellos.

Pero ¿por qué Aurora había de odiar al muerto? La viuda del alférez había dejado tras ella el aguijón de su veneno y había sugerido a los criados, con reticencias e insinuaciones, algo más vil y horrendo que la pura realidad, por lo que no mancillaré estas páginas repitiéndolo. Pero la señora Powell había incurrido en esta cobarde acción sin pronunciar una sola palabra indecorosa que hubiera perjudicado su reputación de recatada y discreta si la hubiese debido repetir en voz alta en un salón abarrotado; se había limitado a encogerse de hombros, levantar sus cejas pajizas y suspirar con expresión mitad de lástima y mitad de desaprobación, consiguiendo por este medio deshonar a la mujer que odiaba de una manera tan vergonzosa, como si hubiera dicho un vulgar libelo en mitad de Holywell Street.^[115] Había causado un mal que sólo podía desterrar la exhibición de un certificado manchado de sangre que estaba aún en poder de John y revelando toda la historia relacionada con ese trozo de

papel fatal. Había lanzado este dardo traidor antes de empaquetar sus cajas, y se había ido de la casa donde recibiera la más generosa hospitalidad muy complacida por causar este mal, y consolándose más aún, con la intención de completar el daño mediante el correo postal de medio penique.

No se debe suponer que el periódico de Manchester —que había suscitado una discusión tan grave en la sala de la fonda de El Conejo Jorobado— fuese ignorado por los criados de Mellish Park. Los periódicos de Manchester eran remitidos periódicamente al joven caballero desde la metrópoli del algodón hilado y las carreras de caballos, y la misteriosa carta publicada en el *Guardian* había sido leída y por supuesto comentada. Cada criatura de la casa, desde la robusta ama de llaves que guardaba los llavines maestros de la despensa desde hacía casi tres generaciones, hasta Langley, el viejo adiestrador reumático, se tomaron un cierto interés en tan horrible asunto. Un lacayo nervioso se puso pálido cuando se leyó el pasaje que hacía referencia a que el asesinato había sido perpetrado por uno de los individuos de la casa; pero creo que había algunos jóvenes de imaginación más viva, que habían asistido al patético drama *Susan Hopley* —representado en el teatro de Doncaster durante las últimas carreras de caballos de primavera—,^[116] que hubieran preferido ser acusados del crimen y salir sin mancha y triunfantes de la prueba judicial con el testimonio de un *idiota*, o una cotorra, o un fantasma u otro testimonio común y popular en los tribunales de justicia.

¿Sabía Aurora que era objeto de tales comentarios? No; únicamente sabía que un pesado y triste sentimiento de opresión en su corazón hacia sofocante y venenosa la atmósfera de aquel verano que entraba por las ventanas abiertas; y que aquella casa, en otro tiempo tan querida, ahora le parecía dolorosa y perpetuamente atormentada por el espantoso espectro del hombre asesinado, como si el adiestrador difunto acechara palpablemente por los corredores, envuelto en su sangrienta mortaja.

Cenó a solas con su marido en el gran comedor. Estuvieron muy silenciosos durante la cena, pues la presencia de los criados sellaba sus labios sobre el tema que ocupaba sus mentes. A cada instante John miraba con ansiedad a su esposa, ya que se había vuelto más pálida desde su llegada a Mellish, pero esperó a que estuvieran solos antes de hablar.

—Mi querida Aurora —dijo cuando la puerta se cerró tras el mayordomo y sus subordinados—; estoy seguro de que estás enferma. Este asunto es demasiado doloroso para ti.

—Es el aire de esta casa que parece oprimir mi corazón, John —respondió Aurora—. Había olvidado por completo todo este terrible asunto mientras estaba fuera; pero ahora que he vuelto, siento que el tiempo que ha sido tan largo para mí (tan largo en miseria y ansiedad, y ahora tan largo en alegría, mi amor, gracias a ti), en realidad son sólo unos pocos días, y que el hombre asesinado reposa aún cerca de nosotros...; estaré mejor cuando el funeral termine, John.

—¡Mi pobre y querida Aurora! He sido un necio trayéndote de vuelta. No debí

hacerlo, pero así me lo aconsejó Talbot. Me pidió con insistencia que regresáramos directamente, haciendo constar que si ocurría algún tipo de desorden a causa del asesinato, era forzoso que nos encontráramos en casa.

—¿Desorden? ¿Qué desorden? —gritó Aurora.

Su rostro palideció mientras hablaba, y su corazón se hundió en su interior. ¿Qué otra desgracia podía ocurrir? ¿No había terminado, entonces, el espantoso proceso? Sabía, ay, sí, sabía muy bien que no podría haber investigación alguna sobre el asunto sin que su nombre fuera relacionado de forma ignominiosa con el del hombre asesinado. ¿Cuántas penas había soportado por mantener ese secreto oculto al mundo? ¿Cuánto se había sacrificado con la esperanza de evitarle una humillación a su padre? Y ahora, cuando pensaba que el sombrío capítulo de su vida había terminado, por fin, que había sido borrada la página detestada..., ahora, en el último momento, cabía aún posibilidad de alguna nueva desgracia que expusiera su nombre y su historia en las columnas de todos los periódicos de Inglaterra.

—¡Oh, John, John! —exclamó prorrumpiendo en convulsivos sollozos y cubriéndose el rostro con las manos cruzadas, ¿no terminará jamás este espantoso asunto? ¿Nunca, nunca, nunca me veré libre de las consecuencias de mi desgraciada locura?

Mientras decía esto entró el mayordomo. Aurora se levantó precipitadamente y se dirigió a una de las ventanas para ocultar su rostro a los ojos del hombre.

—Le ruego me disculpe, señor —dijo el viejo criado—, pero se ha encontrado algo en el bosque, y pensé que tal vez le gustaría saber...

—¿Qué se ha encontrado? —preguntó John profundamente desconcertado entre la agitación al ver la desesperación de su esposa, y sus esfuerzos por entender al hombre.

—Una pistola, señor. Uno de los mozos de cuadra acaba de encontrarla. Iba al bosque con otro criado para ver... el lugar... donde... donde fue asesinado aquel hombre, y ha encontrado la pistola. Estaba cerca del estanque, oculta entre la maleza y las cañas. El que la arrojó allí, sea quien fuere, creyó sin duda arrojarla al agua, pero Jim, que es uno de los mozos, ha visto brillar intensamente un objeto, se ha acercado para averiguar qué era y ha descubierto una pistola. Creo que será la que se utilizó para asesinar a aquel hombre, señor John.

—¡Una pistola! —exclamó el señor Mellish—; déjame verla.

El criado le entregó el arma. Era bastante pequeña para servir de juguete, pero no por ello menos mortal en una mano hábil. Era el capricho de un hombre rico, una pistola hábilmente fabricada por algún armero mañoso, enriquecida con elaboradas incrustaciones de acero púrpura y plata. Estaba oxidada a causa de la lluvia y el rocío, pero John Mellish la reconoció al instante: aquella pistola era suya.

Era suya, una de sus armas favoritas, y se guardaba en el gabinete al que sólo podía acceder un limitado número de personas privilegiadas; el aposento donde su esposa se ocupaba en poner en orden sus armas el día en que se perpetró el asesinato.

Bajo sospecha

Talbot Bulstrode y su esposa llegaron a Mellish Park pocos días después del regreso de John y Aurora. Lucy estaba feliz de poder ver a su prima, contenta de que se le permitiera amarla sin reserva y agradecida a su marido por su gentil bondad al no levantar barrera alguna entre ella y la amiga que amaba.

¿Y Talbot? ¿Quién podría explicar los pensamientos que ocupaban su mente cuando se sentó en un rincón del coche de primera clase, a todas luces absorto en la lectura de un artículo del *Times*? Lucy leía una novela de la Alta Iglesia mientras su esposo, si bien tenía desplegado el *Times* ante sí, pensaba en todo lo que le había sucedido desde que vio por primera vez a la hija del banquero. ¡Qué lejos quedaba la época de su antigua historia de amor, a la que parecía haber retrocedido desde la tranquila vida de felicidad doméstica que había comenzado con su matrimonio con Lucy! Nunca había traicionado, ni con una sombra remota de su pensamiento, a su segundo amor; pero ahora que conocía el secreto de la vida de Aurora, miraba hacia atrás, a su pasado, y se preguntaba cómo hubiera podido sobrellevar tan cruel revelación si el destino de John hubiese sido el suyo; si hubiese confiado en aquella mujer, y si hubiese continuado amándola a pesar del mundo y de las extrañas palabras que pronunció ante él en Felden, fortaleciendo terriblemente sus mayores temores y redoblando con crueldad sus dudas más sombrías.

—¡Pobre Aurora! —pensó—; no es extraño que quisiera evitar contarme una historia tan humillante. No fui lo bastante tierno, la juzgué con mi orgullo obstinado y despiadado, y pensé en mí antes que en ella y en su dolor. Fui un bárbaro muy poco caballeroso, y luego incluso me asomé de que se negara a confiármelo todo.

Talbot Bulstrode, razonando después de los hechos, descubrió los puntos débiles de su conducta con una claridad sobrenatural, y no pudo reprimir una aguda punzada de remordimiento por no haber actuado con mayor generosidad. No había infidelidad a Lucy en estos pensamientos, pues no hubiera cambiado su pequeña y devota esposa por la divinidad de ojos negros del pasado, aun cuando un hada omnipotente hubiera estado dispuesta a anular su casamiento y establecer un nuevo lazo entre él y Aurora. Pero era un caballero, y sentía lastimosamente que había ofendido, insultado y humillado a una mujer cuya peor falta había sido la insensata confianza de una jovencita inocente.

«La dejé postrada en aquel aposento de Felden —pensó—, de rodillas en el suelo,

con su hermosa cabeza inclinada ante mí. ¡Dios mío! ¿Podré olvidar jamás la agonía de aquel momento? ¿Podré olvidar lo mucho que me costó marcharme y hacer lo que entonces creía correcto?»

Un sudor frío inundó su frente al recordar el sufrimiento pasado.

«John Mellish ha sido diez veces más sabio que yo —pensó Bulstrode—; confié en su instinto y reconoció una verdadera mujer cuando la encontré. Solía despreciarle en Rugby porque no sabía interpretar a Cicerón. Nunca pensé que viviría para reconocerle más sabio que yo.»

Talbot Bulstrode dobló el *Times* y lo dejó en un asiento vacío a su lado. Lucy cerró el tercer tomo de su novela. ¿Cómo había de importarle leer cuando su esposo se abstenía de la lectura?

—Lucy —dijo el señor Bulstrode tomando la mano de su esposa (tenían el coche para ellos solos, un golpe de suerte que se da a menudo cuando los viajeros ofrecen media corona al revisor)—; Lucy, en otro tiempo le hice a tu prima un gran agravio..., y quisiera expiar ahora ese mal que le hice. Si le sucediera una de esas desgracias que nadie puede prever, desearía ser su amigo. ¿Crees que tengo derecho a abrigar este deseo, querida?

—¡Por supuesto, Talbot!

La señora Bulstrode sólo pudo repetir estas palabras con sorpresa no afectada. ¿Cómo pensar de forma contraria a los deseos de su marido, a sus ojos el ser más sabio, sincero y perfecto de todas las criaturas de la tierra?

Todo parecía muy tranquilo en Mellish cuando llegaron los visitantes. No había nadie en el salón ni en el vestíbulo que le precedía. Las venecianas estaban cerradas porque hacía un calor bochornoso, y había flores frescas en los floreros de las mesas, pero no se veía ningún libro abierto ni labores de aguja o instrumentos de dibujo que indicasen la presencia de Aurora.

—El señor y la señora Mellish les esperaban en el próximo tren, creo —dijo el criado cuando Talbot y su esposa entraban en el salón.

—¿Voy a buscar a Aurora? —dijo Lucy—. Estoy segura de que estará en la salita.

Talbot sugirió que tal vez sería mejor esperar a que la señora Mellish saliera, y Lucy se vio obligada a permanecer en el salón; se dirigió entonces a una de las ventanas y abrió las cortinas. El sol abrasador irrumpió en el salón y lo ahogó en su luz. El suave prado *ardía* de geranios escarlata, rosas comunes y todo tipo de flores de colores chillones; pero la señora Bulstrode miró más allá, hacia el vívido y teñido parterre del espeso bosque, que brotaba de oscuro púrpura en contraste con el azul brillante del cielo.

Aquel era el bosque donde su marido le había declarado su amor; el mismo bosque que había sido mancillado después, por la violencia y el asesinato.

—¿Han enterrado ya a ese hombre? —preguntó Lucy a su marido.

—Creo que sí, querida.

—No me gustaría vivir aquí de nuevo, si yo fuera Aurora...

La puerta se abrió antes de que la señora Bulstrode terminara de hablar, y la señora de la casa se acercó a ellos. Les recibió con afecto y amabilidad, estrechando a Lucy entre sus brazos y saludándola con mucha ternura, pero Talbot advirtió que había cambiado muchísimo durante los pocos días transcurridos desde su regreso a Yorkshire, y sintió un profundo dolor cuando observó su pálido semblante y el cerco oscuro alrededor de sus ojos hundidos.

¿Sabría algo? ¿Le habría dado alguien razón alguna para suponer...?

—No estás bien, Aurora —le dijo, cuando le tomó la mano.

—No, no estoy muy bien. Este calor sofocante me provoca un terrible dolor de cabeza.

—Siento hallarte indispuesta. ¿Dónde puedo encontrar a John? —preguntó el señor Bulstrode.

El semblante pálido de Aurora se encendió súbitamente.

—Yo..., yo..., no sé —respondió balbuceando—. No está en casa: ha salido para ir a las caballerizas, según creo. Enviaré a buscarle...

—No, no —dijo Talbot deteniendo su mano, que iba a tirar del cordón de la campanilla—; iré yo mismo a buscarlo. Lucy estará encantada de conversar contigo, seguro, y no le disgustará deshacerse de mí.

Lucy pasó el brazo alrededor de la cintura de su prima y accedió a esta disposición. Estaba apesadumbrada al ver el cambio en el aspecto de Aurora y su innatural reserva.

El señor Bulstrode se alejó felicitándose de haber obrado con tanta prudencia.

«Lucy descubrirá mejor que yo, probablemente, lo que le ocurre —pensó—; existe una especie de masonería entre las mujeres, una afinidad íntima que la presencia de un hombre siempre destruye. ¡Qué pálida está Aurora! ¿Será posible que haya llegado tan pronto el disgusto que esperaba?»

Se dirigió a las caballerizas, no tanto para buscar a John Mellish como con la esperanza de encontrar algún criado lo suficientemente inteligente como para hacerle un relato más detallado del asesinato, con pormenores añadidos a los que ya conocía.

«Alguna persona además de Aurora habrá tenido motivos para querer deshacerse de ese hombre —pensó Talbot—. Debe haber algún motivo: la venganza, la codicia o algún otro sentimiento que aún no se ha descubierto.»

Entró en el patio de las cuadras, pero no tuvo ocasión de realizar sus investigaciones, pues vio a John Mellish en actitud indolente ante una pequeña fragua, observando el herraje de uno de sus caballos. El joven caballero se levantó de un salto al reconocer a Talbot, le dio la mano y le dijo algunas palabras rezagadas de bienvenida. El señor Bulstrode vio enseguida que había tal vez un cambio aún más grande en el aspecto de John que en el de su esposa. Sus ojos azules habían perdido su brillo; sus gestos, elasticidad; su rostro se veía hundido y demacrado, y era evidente que evitaba cruzar su mirada con la de Talbot. Se alejó de la fragua con desgana, caminando junto a su huésped hacia una de las puertas de la caballeriza,

pero no parecía saber hacia dónde dirigirse ni parecía importarle demasiado saberlo.

—¿Volvemos a la casa? —dijo—. Estarás cansado y desearás tomar algo de almuerzo después del viaje.

Y miró el reloj al hacer esta observación. Eran las tres y media, una hora más tarde de la fijada habitualmente para la comida en Mellish.

—He pasado toda la mañana en la caballeriza —dijo—; estamos muy ocupados con los preparativos para las carreras de verano de York.

—¿Qué caballos van a correr? —preguntó Bulstrode educadamente, afectando interesarse por un asunto que le era completamente indiferente, con la esperanza de que la conversación sobre caballos despertase a John de su apatía.

—¿Qué caballos? —repitió John vagamente—; yo... no lo sé aún. Langley es el que se cuida de estas cosas... He olvidado los nombres de los caballos propuestos y...

Talbot Bulstrode se volvió de pronto hacia su amigo y le miró fijamente a la cara. Habían salido de los establos en ese momento, y se encontraban en una senda sombría que conducía a la casa a través de una zona de arbustos.

—Mellish —le dijo—, no eres justo con este viejo amigo; tienes algo en mente que estás tratando de ocultarme.

John volvió la cabeza.

—Sí, Talbot, tengo algo en mente —respondió suavemente—. Si pudieras ayudarme, acudiría a pedir tu auxilio antes que a nadie en el mundo; ¡pero no puedes..., no puedes...!

—Pero imagina que sí pudiera ayudarte —dijo Talbot—, y supongamos que quiero intentarlo, quieras o no; creo poder adivinar cuál es el problema que te inquieta, John, pero pensé que lucharías de forma más noble y valiente para sacar el mejor partido a la situación con tu fuerza de voluntad.

—¿Qué quieres decir? —exclamó John Mellish—. Puedes suponer..., sabes..., crees... ¿No tienes piedad de mí, Talbot Bulstrode? ¿No ves que estoy casi loco y que ya no es tiempo de imponerme tu compasión? ¿Quieres que me traicione? ¿Quieres que traicione...?

Se detuvo de pronto como si las palabras le hubiesen ahogado y, golpeando el suelo violentamente de una patada, siguió andando a toda prisa, con su amigo aún a su lado.

El comedor parecía bastante triste cuando los dos hombres entraron, aunque la mesa prometía una buena comida; pero no había nadie para recibirles ni para servirles en el banquete.

John se sentó con abatimiento en un extremo de la mesa.

—Será mejor que vaya a preguntar a la señora Bulstrode y su prima si vienen a comer —dijo a un criado que salió de la estancia con el mensaje de su amo y que volvió tres minutos después para anunciar que las señoras no bajarían.

Las damas se hallaban sentadas en un sofá bajo, en el cuarto de la señora Mellish,

que apoyaba su cabeza sobre el hombro de su prima. Recuerde el lector que Aurora no había tenido hermanas y que Lucy representaba para ella este tierno consuelo. Talbot tenía razón; Lucy había descubierto lo que a él le hubiera resultado imposible descubrir; había encontrado la clave de la infelicidad de su prima.

—¡Dejar de amarte él, Dios mío! —exclamó la señora Bulstrode repitiendo como un eco las últimas palabras de Aurora—. ¡No! ¡Imposible!

—Es cierto, Lucy —respondió Aurora con desesperación—. Ha dejado de amarme; se ha interpuesto una negra nube entre nosotros desde que se ha descubierto mi secreto. No puedo soportar tanta desgracia, Lucy, es muy amarga para mí porque pensé que ahora seríamos más felices y estaríamos más unidos que nunca. Pero lo que sucede es muy natural; el agravio es demasiado para él... ¿Cómo mirarme sin recordar quién y qué soy? ¡La viuda de su criado! ¿Puedo asombrarme acaso de que huya de mí?

—¿Huir de ti, querida?

—Sí, me evita. Apenas nos hemos dicho una docena de palabras desde la noche de nuestro regreso. ¡Fue tan bueno conmigo, tan tierno y delicado durante el viaje hasta llegar a casa! Me repetía una y otra vez que este descubrimiento no había disminuido su amor, y que todas las pruebas y horrores pasados los últimos días le habían confirmado la gran fuerza de su afecto; pero desde la noche de nuestro regreso, Lucy, él cambió, cambió de pronto y de una forma inexplicable, y ahora siento que hay un abismo entre los dos, un abismo insondable. Se ha alejado de mí para siempre.

—Aurora, todo esto es imposible —protestó Lucy—, es una malsana fantasía tuya, cariño.

—¿Fantasía mía? —gritó Aurora con amargura. ¡Ah, Lucy, veo que no imaginas lo mucho que amo a mi marido, si piensas que puede engañarme su mirada o el tono de su voz! ¿Es fantasía mía que cambie el tono de su voz cuando pronuncia mi nombre? ¿Es imaginación mía que vague por la casa como un fantasma, arriba y abajo en su aposento, en mitad de la noche? Si todas estas cosas son imaginaciones mías, Lucy, que el cielo tenga misericordia de mí, porque sin duda estoy perdiendo la razón.

La señora Bulstrode se estremeció contemplando a su prima. ¿Era posible que todos los pesares y la confusión de las dos últimas semanas hubiesen trastornado de ese modo la mente de la pobre muchacha?

—¡Mi pobre Aurora! —murmuró con los ojos bañados en lágrimas, mientras alisaba los cabellos de su prima—. Mi pobre niña. ¿Cómo es posible que John haya cambiado de esa forma? ¡Te quería tanto, con tanta devoción, nada ni nadie podría alejarle de ti!

—Así lo creía yo también, Lucy —dijo Aurora en un susurro, con el corazón roto—. Pensaba que nada podría separarnos ya nunca; me dijo que me seguiría hasta el fin del mundo, y que ningún obstáculo en la tierra podría separarnos, y ahora...

No pudo terminar la frase, pues prorrumpió en convulsivos sollozos y escondió su cara contra el hombro de su prima, tiñendo la preciosa seda del vestido de la señora Bulstrode con sus cálidas lágrimas.

—¡Oh, mi amor, mi amor! —exclamó lastimosamente—. ¿Por qué no huí y me escondí de ti para siempre? ¿Por qué no confié en mi primer instinto y huí de ti para no volver jamás? ¡Cualquier sufrimiento sería preferible al que me causa tu desprecio!

Su apasionado dolor se convirtió en un llanto histérico en el que ya no fue dueña de sí misma. Había sufrido en aquellos días más amargamente que en toda su vida. Lucy lo comprendía todo, ya que era una de esas mujeres cuya instintiva sensibilidad comprende las tristezas ajenas. Así pues, supo tratar a su prima en este crítico momento, y menos de una hora después de este trance, Aurora estaba acostada en la cama, pálida y exhausta, pero tranquilamente dormida. Durante algunos días había llevado en silencio el peso de su dolor, pasando noches sin dormir, cavilando sobre su pesar, pero la conversación con Lucy la había aliviado inconscientemente, y dormía con calma después de la tormenta. Lucy se sentó junto a la cabecera de la cama velando a su prima por algún tiempo, y después salió de puntillas del aposento.

Fue a contarle a su esposo todo lo que había ocurrido y a tomar consejo de su sublime sabiduría. Encontró a Talbot solo en el salón. Había comido un lúgubre almuerzo en compañía de John, quien, obviando sus funciones de anfitrión, le había abandonado presuroso después de la comida. No se había oído el ruido de un carruaje en toda la mañana, ni había habido visita alguna en Mellish Park desde el regreso de John, pues el horrible escándalo se había extendido por todo el condado, y los que hablaban del joven caballero y su esposa lo hacían en tono solemne y grave, preguntándose si debían hacerse averiguaciones más serias sobre aquel suceso que ocupaba la mente de todos.

Lucy le repitió a Talbot todo lo que le había dicho Aurora. Esto no suponía un abuso de confianza en el código moral de la joven esposa, pues no formando ella y su esposo más que un solo ser, ¿cómo podría ella tener secretos para él?

—¡Me lo imaginaba! —dijo el señor Bulstrode cuando Lucy terminó su relato.

—¿Qué imaginabas, cariño?

—Que el rompimiento entre John y Aurora era grave. No me mires con expresión tan triste, querida, y hagamos todos los esfuerzos posibles para reunir de nuevo a estos amantes. Vuelve a consolar a Aurora, Lucy, y yo me cuidaré de John.

Talbot besó a su mujercita, y se dirigió de inmediato a su amistosa misión. Encontró a John Mellish en su gabinete —el cuarto en el que Aurora le había escrito el día de su huida, el cuarto en el que una mano desconocida había robado el arma homicida—. John había ocultado la oxidada pistola en uno de los cajones cerrados de su escritorio Davenport, pero no podía suponer que su descubrimiento pudiera ser silenciado u ocultado; pues ese descubrimiento había sido ampliamente debatido en la sala de los criados y ¿quién sabe si no habría cruzado ya las puertas, deslizándose a

través de los canales tortuosos que conducen los secretos fuera de todas las casas?

—Ven a dar un paseo conmigo, John —dijo Talbot con tono imperativo—. Ponte el sombrero y ven al parque. Eres el anfitrión más amable que he conocido en mi vida, y el trato hacia tus invitados es siempre muy digno de elogio.

El señor Mellish no respondió a este discurso. Permaneció de pie delante de su amigo, pálido, silencioso y triste; el dolor le había transformado por completo y, como su carácter era franco y transparente, no pudo disimular su angustia.

—John, John —dijo Talbot—, nos hemos educado juntos desde niños, y más de diez veces reñimos e hicimos las paces en el colegio de Rugby. ¿Te parece bien retirarme la amistad ahora, cuando he venido con el propósito de ser tu amigo..., tuyo y de Aurora?

John Mellish volvió la cabeza cuando su amigo pronunció este nombre familiar, y el gesto no pasó desapercibido para Bulstrode.

—John, ¿por qué me niegas tu confianza?

—No la niego. Yo... ¿Por qué habéis venido a esta casa maldita? —dijo John Mellish con amargura—; ¿por qué habéis venido aquí, Bulstrode? ¿No sabes la peste que reina sobre este lugar y se apodera de las personas que viven en él? No deberías estar más dispuesto a venir a esta casa que a una ciudad apestada. ¿Sabes que cuando mi esposa y yo vamos a la iglesia los domingos las personas que nos conocen se alejan de nosotros como si tuviéramos el tifus? ¿Sabes que la chusma viene de Doncaster para mirar a través de las verjas del parque y que esta casa es un espectáculo para la mitad de West Riding? ¿Por qué has venido aquí? Serás el blanco de todas las miradas, la burla y el escándalo... Vuelve a Londres esta misma noche, Talbot, si no quieres que acabe perdiendo la razón.

—No hasta que me hayas confiado tus problemas, John —respondió Bulstrode con firmeza—. Ponte el sombrero y ven conmigo. Quiero que me enseñes el lugar en que se cometió el asesinato.

—Puedes buscar a otro que te acompañe —murmuró John malhumorado—; yo no voy a ir.

—John Mellish —exclamó Talbot, repentinamente—, ¿debo pensar que eres un cobarde o un tonto?; por el cielo que lo pensaré si persistes en esa tontería de no venir al parque conmigo. Tengo derecho por mi amistad pasada, y no abandonaré mi propósito por una terquedad infundada.

Los dos hombres salieron al prado; John, accediendo malhumorado a la petición de Talbot, le siguió en silencio a través del parque, hacia la parte del bosque donde James Conyers había encontrado la muerte. Habían llegado a una de las avenidas de árboles más solitarias y sombrías del bosque y se encontraban, de hecho, cerca del lugar desde donde Samuel Prodder había vigilado a su sobrina y a su interlocutor en la noche del asesinato, cuando Talbot se paró de pronto y apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—John —le dijo con voz firme—, confiésame tu pesar antes de que lleguemos al

sitio donde murió aquel miserable.

Mellish se irguió con orgullo y miró a Bulstrode con sombrío desafío.

—No diré a nadie lo que no quiero decir —contestó con firmeza.

Y después, con un cambio repentino en su expresión, que fue terrible observar, añadió impetuosamente:

—¿Por qué me atormentas, Talbot? Te digo que no puedo confiar en ti... No puedo confiar en nadie en el mundo... Si..., si te dijera la horrible idea que..., si te la dijera..., sería tu deber... Talbot, Talbot, ten piedad de mí..., déjame solo...

John Mellish dio una furiosa patada en el suelo, como si hubiera querido pisotear la cobarde desesperación por la que se despreciaba a sí mismo y, dándose golpes en la frente con los puños apretados, se alejó de su amigo; luego, apoyándose en la rama nudosa de un gran roble, lloró en voz alta, como un niño. Talbot Bulstrode esperó a que la crisis se debilitase antes de volver a hablar, y cuando su amigo se encontró más tranquilo, le cogió del brazo y le condujo con tanta ternura como si el robusto hombre de Yorkshire fuera una delicada mujer, muy necesitada de auxilio y consuelo.

—John, John —dijo con gravedad—, da gracias a Dios porque tu llanto rompe el hielo entre nosotros, y me revela tu secreto. Sé la causa de tu dolor, pobre viejo amigo, y sé que no tienes ningún motivo para pensar de ese modo. Alza la cabeza, hombre, y confiemos en un futuro feliz, porque sé cuál es ese negro e infundado pensamiento que atormenta tu pobre y necio corazón; *¡tú piensas que fue Aurora la que asesinó al adiestrador!*

John Mellish se paró estremeciéndose convulsivamente.

—¡No, no! —exclamó con voz entrecortada—, ¿quién te ha dicho tal cosa...?, ¿quién...?

—Lo piensas, John —continuó Talbot Bulstrode—, y cometes la injuria más grave que se haya cometido jamás sobre una mujer; una injuria más vergonzosa y errada que la que yo cometí cuando pensé que Aurora Floyd era culpable de una vil intriga.

—Tú no sabes... —tartamudeó John.

—¡No lo sabía..., pero ya lo sé todo, y preveía la desgracia que os amenazaba antes de que tú vieras la negra nube en el cielo! Pero nunca creí que tú...; sí pensé que los necios del condado podrían sospechar de tu esposa, pues siempre complace a algunas personas tratar de probar y solucionar un crimen acusando a la persona para quien ese crimen resulta especialmente atroz; estaba preparado para eso. ¡Pero nunca..., nunca llegué a creer que tú..., tú, John, que con el tiempo deberías haber aprendido a conocer a tu esposa, sospecharas que la mujer que has amado es la culpable de un vil y traidor asesinato!

—¿Cómo sabemos que..., que fue un asesinato? —exclamó John con vehemencia—. ¿Quién dice que el crimen se cometió a traición? Pudo haberla acosado más allá de su paciencia, insultándola en su generoso orgullo, ofendiéndola gravemente de pronto, y en la locura de su arrebató, y con la maldita pistola en su poder, pudo...

—¡Calla! —dijo Talbot interrumpiéndole—. ¿Qué pistola? Me dijiste que no se había encontrado el arma.

—La encontraron la noche de nuestro regreso.

—Sí, pero ¿por qué asocias el arma con Aurora? ¿Qué quieres decir con que la pistola estaba en su poder?

—Porque... ¡Oh, Dios mío!, Talbot. ¿Por qué me presionas de esta forma?

—Por tu propio bien y para justificar a una mujer inocente —respondió Bulstrode—. Así que, en nombre del cielo, ayúdame a aclarar este misterio. No tengas miedo de ser franco conmigo, John. Nada me hará creer que Aurora Mellish es culpable de este crimen.

Mellish se volvió súbitamente hacia su amigo y, apoyándose en el hombro de Bulstrode, lloró por segunda vez como un niño durante su paseo por el bosque.

—¡Que el cielo te bendiga por ello, Talbot, gracias! —exclamó apasionadamente—. ¡Ah, mi amor, mi amor, qué miserable he sido contigo! Pero el cielo es testigo de que aún en mi peor agonía de duda y horror, mi amor no ha disminuido ni un ápice. ¡Nunca..., nunca podré dejar de amarla!

—John, amigo mío —dijo Bulstrode, alegremente—, tal vez, en lugar de hablar de pequeñeces —que me dejan completamente a oscuras sobre todo lo que ha sucedido desde vuestro regreso de Londres—, harías mejor contándome la causa de tan absurdas sospechas.

Habían llegado a la casita de verano en ruinas y al estanque en cuya orilla había encontrado la muerte James Conyers. El señor Bulstrode se sentó en una pila de madera resquebrajada, en tanto que John Mellish se paseaba de un extremo a otro del suave prado entre la casa de verano y el estanque y le contaba, de una forma muy inconexa, la historia del hallazgo de la pistola robada en su gabinete.

—Vi la pistola el día del asesinato —dijo—; lo recuerdo porque limpiaba mis armas de fuego aquel día y las dejé todas desordenadas sobre la mesa cuando fui al pabellón para hablar con el adiestrador. Cuando volví...

—Sí, continúa.

—Aurora había puesto en orden mis armas.

—¿Y sostienes, por tanto, que tu esposa tomó la pistola?

John miró lastimosamente a su amigo, pero le tranquilizó la profunda sonrisa de Talbot.

—Nadie tenía permiso para entrar en el cuarto —respondió—. Tengo allí mis documentos y mis cuentas, como sabes, y ningún criado puede entrar allí, excepto cuando limpian la estancia.

—¡Sin duda!, pero supongo que no estaría cerrada con llave, ¿no?

—¿Cerrada? Por supuesto que no.

—¿Los ventanales que abren al patio quedan abiertos en alguna ocasión?

—Casi siempre, y más con un tiempo como este.

—En tal caso, querido John, es muy posible que alguna persona que no tenía

permiso para entrar en ese aposento entrara, no obstante, con intención de apoderarse de la pistola. ¿Has preguntado a Aurora por qué se tomó el trabajo de poner en orden tus armas? ¿Lo había hecho antes en alguna ocasión?

—¡Oh! sí, muy a menudo. Tengo la costumbre de dejarlas sobre la mesa después de limpiarlas, y mi amada, que entiende tanto como yo de este asunto, a menudo se encarga de volver a colocarlas en su lugar.

—Entonces no tiene nada de extraordinario que lo hiciese el día del asesinato. ¿Le has preguntado cuánto tiempo estuvo en el gabinete y si se acuerda de haber visto la pistola entre todas las demás armas?

—¿Preguntárselo? —exclamó John—. ¿Cómo podía preguntárselo? ¿Cuándo...?

—Cuando fuiste lo bastante loco para sospechar de ella. Ay, mi pobre y viejo amigo, que has cometido el mismo error que cometí yo en Felden. Presupones la culpabilidad de la mujer que amas, y eres demasiado cobarde para investigar las pruebas en las que basas tus sospechas. Si yo hubiera sido en su momento más prudente, en lugar de seguir interrogando ciegamente a la pobre y aterrada muchacha, le hubiera dicho con claridad cuáles eran mis sospechas, la verdad irrefutable hubiera brillado en sus enojados ojos, y una negación indignada me hubiera demostrado la bajeza de mi injuria. No cometas el mismo error que yo cometí, John. Debes presentarte a la mujer que amas con franqueza y sin temor, explicarle las sospechas que oscurecen su reputación e implorar su ayuda para poder desentrañar el misterio de la muerte de ese hombre. Es preciso encontrar al asesino, John, pues mientras permanezca desconocido, tú y tu esposa seréis las víctimas de cada escrítorzuelo asalariado que no tenga otro asunto con que rellenar la columna de su periódico.

—Sí —respondió el señor Mellish con amargura—, los periódicos han hablado ya bastante, y he visto un hombre merodeando tanto durante estos últimos días por el parque que casi me sentí tentado a golpearle. Algún reportero, supongo, que venía a recabar información.

—No sería extraño —dijo Talbot, pensativo—. ¿Qué tipo de hombre era?

—Un hombre bien vestido; un londinense supongo, y... ¡quieto! —añadió John repentinamente—; hay un hombre viniendo hacia nosotros desde la verja, y a menos que me equivoque, es el mismo tipo del que te hablaba.

Mellish estaba en lo cierto.

La entrada al bosque era libre para todas las personas que querían pasearse a pie por el blando prado en lugar de la polvorienta carretera.

El desconocido que avanzaba desde la verja tenía buen aspecto; iba vestido con ropa oscura, ajustada, y con la levita abotonada hasta el cuello, sin hacer innecesaria exhibición ostentosa de sus ropajes. Miró a Talbot y a John cuando pasó junto a ellos, no con insolencia, ni siquiera con curiosidad, sino con una mirada rápida e inquisitiva que parecía estudiar los más mínimos detalles del aspecto de los dos caballeros; luego, caminando unos pocos pasos, se detuvo y miró atentamente el estanque, y el banco a su vera.

—Creo que este es el lugar, caballeros —dijo con franqueza y desenfado.

Talbot le devolvió la mirada con interés.

—Si se refiere al lugar donde se cometió el asesinato —dijo—, ese es.

—¡Ah!, lo entendí bien, entonces —respondió el desconocido, en modo alguno consternado.

Contempló el banco, lo examinó desde un lado, desde el otro, como un hábil tapicero tomando la medida de un mueble. Y luego, paseándose lentamente alrededor del estanque, pareció sondear la profundidad del agua estancada con sus pequeños ojos grises.

Talbot Bulstrode le observaba mientras tomaba la fotografía mental del lugar del crimen. Sus maneras eran naturales, muy distintas a las manifestadas por la ávida curiosidad de un chismoso o un entrometido.

El señor Bulstrode se levantó al ver que se retiraba y se fue tras él.

—Quédate aquí, John —dijo mientras se iba—; voy a averiguar quién es ese hombre.

Siguió caminando y se reunió con el forastero a unos cien pasos del estanque.

—Quisiera tener unas palabras con usted antes de que salga del parque, caballero —dijo quedamente—. Tal vez me equivoco, pero creo que es usted un detective de la policía, y viene con credenciales de Scotland Yard.

El desconocido movió la cabeza con una suave sonrisa.

—No estoy obligado a dar cuenta a nadie de mis asuntos —respondió con frialdad—. Este camino es público, ¿verdad?

—Escuche, amigo mío —dijo el señor Bulstrode—; puede servir a sus propósitos el andarse por las ramas, pero yo no tengo razón alguna para hacerlo, por lo que bien puedo ir al grano de inmediato. Si ha venido aquí con el objeto de descubrir al asesino de James Conyers, será muy bien recibido por el amo de la casa.

Y mientras hablaba, señalaba las chimeneas góticas de la casa.

—Si los que le emplean le han prometido una buena recompensa, el señor Mellish triplicará gustoso la cantidad prometida. No tendrá motivos para quejarse de su generosidad si lleva felizmente a cabo su empresa. Si cree obtener alguna ventaja trabajando solapadamente y permaneciendo en la oscuridad, está usted muy equivocado, pues nadie está más interesado y dispuesto a prestarle su ayuda que el señor y la señora Mellish.

El detective, que tácitamente había confesado su profesión, miró a Talbot Bulstrode con desconfianza.

—¿Es usted abogado? —le preguntó.

—Soy Talbot Bulstrode, representante en la Cámara por Penruthy y esposo de una prima hermana de la señora Mellish.

El detective hizo una reverencia.

—Mi nombre es Joseph Grimstone, de Scotland Yard y Ball's Pond^[117] —dijo—, y ciertamente, no veo objeción alguna en que trabajemos juntos. Si el señor Mellish

está pronto a obrar honesta y abiertamente, yo estoy dispuesto a secundarle y a aceptar cualquier recompensa que me ofrezca su generosidad; pero si él o alguno de sus amigos tratara de engañar a Joseph Grimstone, mejor que lo reflexione antes dos veces, o se arrepentirá.

Bulstrode no hizo caso de esta amenaza, pero miró el reloj antes de contestar al detective.

—Son las seis y cuarto —dijo—; el señor Mellish cena a las siete. ¿Puede venir a la casa, por ejemplo, esta noche a las nueve? Se le prestará toda la ayuda a nuestro alcance.

—Por supuesto, señor. A las nueve, entonces.

—Le esperamos. Buenas tardes.

El señor Grimstone se llevó la mano al ala del sombrero y se retiró lentamente bajo la sombra de las hayas, en tanto que Talbot Bulstrode se reunía de nuevo con su amigo.

Quizá sea oportuno aprovechar la ocasión para explicar las razones de la temprana aparición del detective en Mellish Park. Tras el día del sumario, y por tanto, dos días después del asesinato, el jefe de la policía de Doncaster y el director de la policía de Scotland Yard recibieron dos cartas anónimas escritas en los mismos términos y por la misma mano.

Estas comunicaciones anónimas, escritas con una mano que, a pesar de todo intento de disfraz, retenía aún las peculiaridades distintivas de una enmarañada caligrafía femenina, señalaban a Aurora Mellish —tras un sinuoso proceso de deducciones y razonamientos— como la asesina de James Conyers.

No necesito decir que la autora de estas cartas era la señora Powell. Ha desaparecido para siempre de mi historia, y no es mi deseo denigrar a un personaje que difícilmente podría defenderse de ser calumniado. La viuda del alférez creía realmente en la culpabilidad de su hermosa señora. ¡Es tan fácil para una mujer envidiosa creer cosas horribles de la *hermana* más afortunada, a la que odia!

XXXVI

Reunión

Estamos al borde de un precipicio —pensó Talbot Bulstrode mientras se preparaba para la cena en el cómodo vestidor que le habían destinado en Mellish—; estamos al borde de un precipicio y sólo podrá salvarnos un audaz combate cuerpo a cuerpo. Cualquier reticencia, cualquier intento de ocultar hechos sospechosos o acallar coincidencias extrañas, sería fatal para nosotros. Si John se hubiera deshecho de la pistola con que se perpetró el crimen, inevitablemente hubiese atraído las más terribles sospechas sobre su esposa. ¡Doy gracias a Dios por haberme traído hoy aquí! Debemos abordar los hechos de frente, y nuestro primer paso será ofrecer auxilio a Aurora. Mientras guarde silencio sobre su participación en el suceso de aquella noche faltará un eslabón en la cadena y nos precipitaremos todos al mar. John debe hablarle esta noche... o tal vez será mejor que sea yo el que le hable.»

El señor Bulstrode bajó al salón, donde encontró a su amigo paseando arriba y abajo, a solas y apesadumbrado.

—Las señoras cenan arriba —dijo el señor Mellish cuando Talbot entró—. Precisamente quería hablar con ella, ¿por qué me evita, Talbot? ¿Por qué mi esposa huye de mí de esta manera? Apenas nos hemos hablado durante estos días.

—¿Quieres que te diga por qué, necio John? —respondió el señor Bulstrode—. Tu esposa te evita porque te has alejado de ella, y porque cree, pobre muchacha, que ha perdido tu cariño. Se imagina que el descubrimiento de su primer matrimonio ha provocado en ti un rechazo hacia ella, y que ya no la amas.

—¿Que ya no la amo? —exclamó John—. ¡Oh, Dios mío! Debería saber que si pudiese dar mi vida por ella, cincuenta veces lo haría para evitarle una pena. Lo haría, que el cielo me ayude, aunque fuera la más miserable culpable que se arrastrara por la tierra.

—Pero nadie te pide que hagas tal cosa —dijo el señor Bulstrode—. Sólo se te pide que seas razonable y paciente, que confíes en la Providencia y te dejes guiar por personas que son menos impetuosas que tu propio ego ingobernable.

—Haré lo que quieras, Talbot, haré lo que quieras.

El señor Mellish estrechó la mano de su amigo. ¿Hubiera pensado alguna vez, cuando vio en Talbot un pretendiente rival en Felden —a quien odiaba con la furia salvaje y descabellada de un indio—, que llegaría a estarle tan profundamente agradecido y que dependería tan lastimosamente de su sabiduría superior?

Tomó la mano del joven político y se comprometió a ser tan sumiso como un niño bajo su guía.

De acuerdo, pues, con las órdenes de Talbot, comió un poco de pescado y bebió un par de vasos de jerez, y después de tan frugal cena, se fue con el señor Bulstrode en busca de Aurora.

La señora Mellish se hallaba sentada con su prima en la sala de estar, con el rostro terriblemente pálido, mirando hacia la penumbra del anochecer, demacrada y sombría, con su vestido blanco de muselina. Acababa de levantarse después de un febril sueño y había fingido comer por deferencia a su invitada. Lucy había tratado en vano de consolar a su prima. Aquella apasionada mujer, impetuosa y mimada por la fortuna y el afecto, negó todo consuelo gritando, una y otra vez, que había perdido el amor de su esposo y que ya nada había de interés para ella en la tierra.

Pero en medio de uno de estos obsesivos discursos se levantó de su asiento, erguida y temblorosa, con los labios entreabiertos y convulsos, los negros ojos dilatados, sobresaltada por el sonido familiar de unos pasos que durante los últimos días rara vez se habían escuchado en el corredor cercano a su habitación. Trató de hablar, pero le faltó la voz, y un momento después, una mano robusta abrió precipitadamente la puerta, y entró su marido en el cuarto tendiendo los brazos hacia ella, llamándola.

—¡Aurora! ¡Aurora! ¡Mi pobre niña, mi único amor!

Y se encontró en los brazos de su marido antes de saber que Talbot Bulstrode entraba con él.

—Mi amor —dijo John—, mi amor, no sabes cuán cruel e indigno de ti he sido. Pero, ah, mi amor, esta crueldad me ha causado una tortura insoportable. ¡Mi pobre niña inocente! ¿Cómo he podido..., cómo he podido...? Pero estaba loco, y sólo cuando Talbot...

Aurora levantó la cabeza del pecho de su marido y le miró con asombro, incapaz de adivinar el significado de aquellas incoherentes palabras.

Talbot apoyó su mano en el hombro de su amigo.

—Vas a asustar a tu esposa si continúas de esta manera, John —dijo en voz baja—. No hagas caso de su agitación, Aurora. No hay motivo, créeme, para esta turbación. Siéntate cerca de Lucy y tranquilízate. Son las ocho, y antes de las nueve tenemos que resolver algunos asuntos muy serios.

—¿Algunos asuntos muy serios? —repitió Aurora, vagamente.

Estaba abrumada ante una felicidad tan repentina. No deseaba pedir una explicación sobre el misterio de los días pasados; todo había terminado, y su fiel esposo la amaba con tanta ternura y devoción como siempre. ¿Qué más necesitaba saber?

Se sentó al lado de Lucy, obedeciendo a Talbot, pero sin soltar la mano de su esposo, sin dejar de mirar su rostro, totalmente ajena, por el momento, a cualquier otra criatura del universo más allá de su incondicional y devoto hombre de Yorkshire.

Talbot encendió la lámpara del escritorio de Aurora —una lámpara con pantalla que iluminaba muy débilmente el cuarto en penumbra—, y luego, tomando asiento junto a ella, dijo con gravedad:

—Mi querida señora Mellish... Aurora, me veo forzado a decirte algo que me temo puede causarte una terrible conmoción, pero no es momento para reticencias, y apenas tengo una hora de tiempo para extenderme mucho. ¿Confiarás en el amor y la amistad de los que te rodean, y prometes soportar esta nueva prueba con valentía? Creo y confío en que será breve.

Aurora miró asombrada a su marido, pero no a Talbot.

—¿Una nueva prueba? —dijo, inquisitivamente.

—Sabes que el asesino de James Conyers aún no ha sido descubierto —dijo el señor Bulstrode.

—Sí, sí; ¿pero qué tiene eso que ver?

—Mi querida señora Mellish, mi querida Aurora, las gentes son muy propensas a deleitarse morbosamente con ideas terribles. Algunas de esas personas piensan que eres la culpable de ese crimen.

—¿Yo?

Se levantó de pronto y volvió su rostro hacia la luz de la lámpara con una mirada tan asombrada, con un desconcierto tan absoluto y aterrador, que Talbot Bulstrode —que pese a todo tenía dudas sobre su culpabilidad— quedó firmemente convencido para siempre de su inocencia.

—¿Yo? —repitió.

Luego, volviéndose hacia su marido, y mudando repentinamente su asombro en amarga tristeza mezclada con un tono de reproche, dijo en voz baja:

—¿Tú pensabas eso de mí, John...?, ¿pensabas eso de mí?

John Mellish inclinó la cabeza.

—Lo creí, sí, querida —murmuró—; que Dios me perdone por mi infame locura... Lo creí, Aurora. Pero me compadecía de ti, lo sentía mucho por ti, por mi único y querido amor. Y cuando más lo creí, hubiera querido morir para salvarte de la deshonra y del dolor. Mi amor no ha cambiado, Aurora, mi amor no ha cambiado nunca.

Aurora le dio la mano, y de nuevo volvió a su asiento. Permaneció durante unos instantes silenciosa, como si tratara de ordenar sus pensamientos y entender el significado de aquella extraña escena.

—¿Quién sospecha que yo he cometido ese crimen? —preguntó, entonces—. ¿Quién lo sospecha además de mi marido?

—Apenas puedo decírtelo, Aurora —respondió Talbot—; cuando llega un caso de esta naturaleza, es muy difícil decir quién puede o no ser sospechoso. Diferentes personas han hecho diferentes suposiciones; una escribe a los periódicos para declarar que, según su opinión, el crimen lo ha cometido alguien de la casa, y otra escribe también positivamente a otro periódico asegurando que el asesino sin duda debe ser

un extraño. Cada cual presenta una multitud de pruebas supuestas a favor de su propio argumento, y cada cual trata más bien de mostrar su inteligencia antes que conseguir los verdaderos propósitos de la justicia. Pero no debe quedar sombra alguna de difamación sobre esta casa, ni sobre los que viven en ella; es preciso, por tanto, de imperiosa necesidad, que sea descubierto el verdadero asesino. Está ya en acción un detective de Londres. Estos agentes son muy listos... y alguna circunstancia insignificante y desdeñada por los que están interesados en el descubrimiento de la verdad puede conducirles al camino correcto. Ese detective vendrá aquí a las nueve, y tendremos que prestarle toda la ayuda que podamos. ¿Vas a ayudarnos, Aurora?

—¿Ayudaros? ¿Cómo?

—Contándonos todo lo que sabes relativo a la noche del asesinato. ¿Por qué estabas en el bosque aquella noche?

—Tenía que reunirme allí con el hombre muerto.

—¿Con qué propósito?

Aurora permaneció callada durante algunos momentos, y luego, alzando la mirada medio atrevida, medio desafiante, dijo de pronto:

—Talbot Bulstrode, antes de censurarme o despreciarme, recuerda que el lazo que me unía a ese hombre se hubiera podido romper si hubiera recurrido a la ley; si hubiera sido lo suficientemente valiente como para recurrir al auxilio de la justicia. ¿Debo padecer toda la vida el error que cometí al no exigir la liberación de aquel hombre cuya evidente infidelidad y maltrato me facultaba para divorciarme?^[118] Dios sabe que lo padecí con suma paciencia; sufrí su vulgaridad, su insolencia, su orgullo; me encontraba pobre como un mendigo mientras se gastaba el dinero que nos enviaba mi padre en las casas de juego y en las carreras de caballos; incluso pasé días sin comer, en tanto que él bebía champán con tramposos y miserables. Recuerda esto cuando me censure por dirigirme al bosque aquella noche... para reunirme con él por última vez en la tierra, pues me había prometido que emigraría a Australia, previo pago de una determinada suma de dinero.

—¿Y fuiste aquella noche para pagarle? —preguntó Talbot con ansiedad.

—Sí. Estuvo insolente como siempre, pues me odiaba por haber descubierto el medio para impedirle todo derecho sobre mi fortuna. Y se odiaba a sí mismo por su propia insensatez, al no haber sabido jugar mejor sus cartas y ocultar su traición. Se dijeron palabras muy duras entre... nosotros, pero reiteró la promesa de partir para Liverpool a la mañana siguiente temprano y...

—¿Le entregaste el dinero?

—Sí.

—Pero, dime, Aurora, dime —gritó Talbot, demasiado ansioso por encontrar las palabras—. ¿Cuánto tiempo pasó desde que os separasteis hasta que oíste el pistoletazo?

—No más de diez minutos.

—John Mellish —exclamó el señor Bulstrode—, ¿se ha encontrado todo el dinero en la ropa del muerto?

—No..., sí; creo que había un poco de plata —respondió John Mellish, vagamente.

—¡Un poco de plata! —gritó Talbot despectivamente—. Aurora, ¿a cuánto asciende la suma que le diste a James Conyers la noche de su muerte?

—A dos mil libras.

—¿En una letra de cambio?

—No, en billetes de banco.

—¿Y no se ha oído hablar de ese dinero?

—No, nunca he oído hablar de él —dijo John.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el señor Bulstrode—; encontraremos al asesino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó John.

—El que mató a James Conyers lo hizo para robarle el dinero que tenía en el momento del asesinato.

—Pero ¿quién podía saber que tenía ese dinero? —preguntó Aurora.

—Cualquiera..., la senda que cruza por el bosque es un paso público, y pueden haber oído tu conversación con Conyers. Hablasteis de dinero, ¿no?

—Sí.

—¡Gracias a Dios! Pídele perdón a tu esposa por la cruel injuria que le has hecho, John, y sígueme. Son las nueve, y creo que el señor Grimstone estará esperándonos. ¡Alto..., una pregunta más, Aurora! La pistola con que fue asesinado ese hombre la robaron del gabinete de John. ¿Lo sabías?

—No; ¿cómo había de saberlo? —preguntó Aurora con ingenuidad.

—Este hecho va en contra de la teoría del asesinato cometido por un extraño. ¿Hay algún criado del que pudiera sospecharse algún delito, John?

—No —respondió John con decisión—, ni siquiera puedo pensar en uno.

—Y sin embargo, la persona que cometió el asesinato debe haber sido también el ladrón de la pistola. ¿Puedes declarar, John, que esa pistola estaba en tu gabinete la mañana del asesinato?

—Sin duda alguna.

—Tú colocaste las armas de John aquella mañana en su lugar, Aurora —continuó el señor Bulstrode—. ¿Recuerdas haber visto esa pistola?

—No —respondió la señora Mellish—, no la vi entre las demás armas.

—¿Entró algún criado aquel día en el gabinete?

—Sí, respondió Aurora inmediatamente; la señora Powell entró en el gabinete mientras yo me encontraba allí. Siempre estaba al acecho y seguro que me oyó decir a...

—¿A quién?

—A ese vagabundo criado de James Conyers, Steeve Hargraves, el *idiota*, como lo llaman.

—¿Hablabas con él? Es decir, que ese Hargraves ¿entró en el gabinete aquella mañana?

—Sí; me trajo un mensaje de Conyers y le di la respuesta.

—¿Estaba solo en el aposento?

—Sí, le encontré cuando volví esperando encontrar a John. No me gusta ese hombre, es injusto tal vez, porque es una pobre criatura medio tonta que, me atrevo a decir, apenas sabe distinguir el bien del mal, y me enojé al verle. Debió de entrar por la ventana.

En aquel momento entró un criado en la sala para anunciar que el señor Grimstone estaba esperando hacía algunos minutos y que deseaba ver al señor Bulstrode.

Talbot y John bajaron juntos la escalera; encontraron al señor Joseph Grimstone sentado a la mesa de la cómoda sala que había sido últimamente el lugar sagrado de la señora Powell. El detective había girado la lámpara hacia él y estaba muy atareado haciendo anotaciones en un grasiento librito de memorias abierto ante él, con el extremo de un pequeño pedacito de mina.

John Mellish se apoyó en la chimenea y se cubrió la cara con la mano. A efectos prácticos tanto le importaba hallarse allí como en su propio cuarto. No conocía las razones que tenía Talbot para convocar aquella entrevista con el detective. No tenía idea, ninguna vaga sospecha que le aclarara la confusión y las sombras acerca de la identidad del asesino; únicamente sabía que Aurora era inocente, que había refutado con indignación sus viles sospechas y que había visto brillar la verdad radiante como la luz del sol en su hermoso rostro.

Bulstrode hizo sonar la campanilla y mandó traer una botella de jerez para deleite del detective, y después contó con orden lógico, con calma y lenguaje claro todo lo que había podido descubrir acerca del asesinato. Joseph Grimstone escuchaba con atención y seguía a Talbot Bulstrode dejando un rastro de jeroglíficos con la mina sobre el grasiento papel, como aquel niño que sembraba migajas de pan en el sendero del bosque para guiarse al volver a su casa. El detective sólo levantaba la vista de vez en cuando, sorbía un poco de licor y se relamía los labios en señal de aprobación. Cuando Talbot terminó su relato, el señor Grimstone se puso el libro de memorias en un bolsillo del pecho muy ajustado y, tomando el sombrero que había dejarlo sobre una silla, se preparó para marcharse.

—Si la información sobre el dinero es del todo correcta, caballero —dijo—, creo que puedo encontrar la solución a este asunto, pero es forzoso que sepamos cuáles eran los números de los billetes. No puedo hacer nada sin los números.

Al oír esta condición desapareció la confianza de Talbot. Era un golpe mortal tal exigencia.

En efecto, ¿acaso era probable que Aurora, una mujer tan impetuosa y poco hábil en los negocios, hubiera apuntado los números de los billetes que, en un momento de odio y desprecio absoluto, había arrojado como el último soborno al hombre que

aborrecía?

—Voy a preguntárselo a la señora Mellish —dijo—, pero temo que no podremos proporcionarle esa información que necesita.

Salió después de la habitación, pero cinco minutos después regresó triunfante.

—La señora Mellish recibió de su padre esos billetes, y el señor Floyd apuntó los números antes de entregarle el dinero a su hija.

—Si tiene la bondad de escribir al señor Floyd para que envíe ese listado a vuelta de correo —respondió el detective—, sabré cómo proseguir mis indagaciones. No he sido más perezoso que usted esta tarde, caballero; he vuelto al parque después de separarnos, señor Bulstrode, he examinado de nuevo el estanque y he encontrado algo que ha compensado mi trabajo.

Y sacó del bolsillo del chaleco un pequeño objeto que sujetó entre el índice y el pulgar. Talbot y John miraron con atención aquel sucio objeto, un simple disco de metal redondo y oxidado, sin adivinar de qué podía tratarse.

—Es un botón de latón —dijo el detective con una sonrisa de superioridad—, y el nombre del fabricante es Crosby, de Birmingham. Hay manchas que parecen de sangre seca, y si no me equivoco, su dimensión es bastante similar a la boca del cañón de su pistola, señor Mellish. Así que lo que debemos hacer ahora es encontrar un caballero que lleve puesta o tenga una levita o chaleco con botones de Crosby, de Birmingham, al que le falte un botón, y si encontramos al mismo caballero cambiando uno de los billetes cuyos números apuntó el señor Floyd, creo que habremos dado con el hombre que buscamos.

Con este discurso el detective se despidió y partió encargado de una comisión a Doncaster, para ordenar la impresión inmediata y la puesta en circulación de un centenar de anuncios ofreciendo una recompensa de 200 libras, en nombre del señor Mellish, a quien suministrara alguna información que permitiera la detención del asesino de James Conyers, a añadir a la posible recompensa ofrecida por el gobierno.

XXXVII

El botón de latón de «Crosby», Birmingham

El señor Matthew Harrison y el capitán Prodder se alojaron ambos con las comodidades y entretenimientos adecuados en la posada El Conejo Jorobado, pero mientras el tratante de perros parecía tener una cuantiosa ocupación en la ciudad —ocupación de naturaleza misteriosa que le mantenía vagabundeando todo el día y le obligaba a retirarse a la hostería al anochecer, cansado y hambriento—, el marino, que no tenía nada que hacer, con una carga de ansiedad en su mente y tiempo de sobra en sus manos, se sintió pronto como en su propia casa gracias a su temperamento sociable y cordial.

El señor Harrison había dado al capitán abundante información referida al doloroso secreto de la vida de su sobrina. El tratante había conocido a James Conyers de niño, había conocido también a su padre, el magnífico cochero de Brighton Highflyer, Skyrocket o Electric, y de la asociación de nobles y caballeros de aquella época en que los jóvenes aristócratas imitaban los modales del célebre Samuel Weller^[119]. Matthew Harrison también había tratado a Conyers durante su breve y tormentosa vida matrimonial, y había acompañado al primer marido de Aurora en un viaje al extranjero —como su humilde subordinado—, pagado con el talonario de cheques de Archibald Floyd. La sangre del honesto capitán hirvió de rabia cuando escuchó la vergonzosa historia de traición y extorsión de que había sido víctima una inocente colegiala. ¡Ah, lo que daría por vengar los ultrajes cometidos contra la hija de su hermana a la que había amado tanto!, y su rabia contra el asesino no descubierto se redobló por cuán cómodamente se había librado James Conyers de su venganza.

Steeve Hargraves tuvo buen cuidado de mantenerse alejado de la posada El Conejo Jorobado, pues no deseaba encontrarse de nuevo con el capitán Prodder, pero todavía rondaba la ciudad de Doncaster, alojado en un cuarto miserable —escondido tras unas callejuelas sombrías—, en una especie de guarida común a todas las grandes ciudades, que sólo podían encontrar los habitantes de la zona.

El *idiota* había nacido, se había criado y había pasado su vida en un radio tan estrecho, que hubiera sido más fácil arrancar de raíz uno de los robles de Mellish Park que romper los lazos de la costumbre que le retenían en las cercanías de la casa donde había vivido tantos años; pero ahora que su servicio en Mellish Park había terminado para siempre, y habiendo muerto su último patrón, estaba solo en el mundo y necesitaba buscarse una nueva posición.

No obstante, parecía no tener demasiada prisa por cambiar esta situación. Conviene recordar que no era una persona demasiado *agradable*, y no había demasiadas ocupaciones para las que estuviera capacitado. A pesar de ello, a sus cuarenta años era descrito generalmente como un joven que entendía de caballos, y esta reputación por lo general era suficiente para proporcionarle una colocación en las cercanías de Doncaster; el *idiota*, sin embargo, parecía huir de las personas que le conocían y hubieran podido recomendarle, y cuando le preguntaban por qué no buscaba un trabajo, daba respuestas evasivas y decía que tenía algunos ahorros de su salario en Mellish Park y que no necesitaba vivir a expensas de la parroquia si estaba una o dos semanas sin trabajar.

John Mellish tenía fama de amo generoso y nadie se sorprendió de que Steeve Hargraves hubiera ahorrado algún dinero a su servicio. Así pues, el *idiota* vagaba por la ciudad sin que nadie le hiciese preguntas, holgazaneando de manera embarazosa, sentado la mitad del día y de la noche en alguna taberna, bebiendo un magro licor con su estilo habitual, taciturno e insociable, sin confraternizar con persona alguna.

Una noche se presentó en la estación del ferrocarril y buscó inútilmente entre los carteles pegados en las paredes las horas de entradas y salidas de los trenes, pero no pudo entenderlos sin ayuda y finalmente se vio obligado a recurrir a la mediación de un oficial de buen carácter que estaba ocupado en el andén.

—Quiero un billete para el tren de Liverpool —dijo— y no consigo encontrar la hora de salida.

El empleado conocía a Hargraves y le miró con asombro.

—¡Válgame Dios, Steeve! —dijo, riendo—, ¿qué vas a hacer en Liverpool? Pensé que no habías salido de York en toda tu vida.

—Tal vez no —respondió Hargraves de mala gana—, pero eso no es razón para que no pueda ir. Me han hablado de una colocación en Liverpool que me puede convenir.

—¿Mejor que la que tenías en Mellish Park?

—Tal vez no —murmuró Hargraves con el ceño fruncido, oscureciendo su fea cara—, pero no he vuelto a servir en esa casa desde hace ya un tiempo.

El funcionario de ferrocarriles se rio.

La historia del castigo que Aurora había dado al *idiota* era bien conocida entre las gentes de Doncaster, y lamento decir que había muy pocas personas que no admirasen a la dueña de Mellish Park a causa de este pequeño incidente.

Hargraves recibió la información deseada sobre la ruta ferroviaria entre Doncaster y Liverpool, y luego salió de la estación.

Un hombrecillo de aspecto desaliñado, que también había estado haciendo algunas preguntas al mismo oficial que había hablado con el *idiota* y que, por tanto, había escuchado el breve diálogo anterior, siguió a Steeve desde la estación hasta la ciudad. De hecho, si no fuera porque el *idiota* era extraordinariamente lento de percepción, hubiese advertido que en ese día en particular, aquel hombrecillo de

aspecto andrajoso le seguía por todas partes como si de su sombra se tratara, pero Hargraves no reparó en esta coincidencia. Su inteligencia limitada, incapaz de abarcar varios asuntos a la vez, estaba completamente absorbida con otros pensamientos y deambulaba por las calles con una expresión sombría y preocupada en el rostro que no realizaba en absoluto sus pocos atractivos personales.

No debe suponerse que el señor Joseph Grimstone holgazaneó después de su entrevista con John Mellish y Talbot Bulstrode. Sabía lo suficiente como para poner en claro las cosas, por lo que se puso a trabajar en silencio y con sagacidad, para ganar la recompensa que se le ofrecía.

Entró en todas las sastrerías de Doncaster y de sus alrededores, examinó todos los bazares de prendas confeccionadas y no dejó ni un cajón de cachivaches por saquear en todas las tiendas y almacenes, en su búsqueda de los botones de metal para encontrar los de la fábrica Crosby, de Birmingham. Pero durante mucho tiempo sus pesquisas fueron en vano. Dos días después de su entrevista con Talbot, el detective había visitado todas las sastrerías y tiendas de ropa de la ciudad, pero en ninguna hallaba botones de Crosby, de Birmingham. Los líderes de la moda de la época actual no estaban particularmente interesados en los botones de latón, y Grimstone encontró botones de casi todas las variedades de sujeción para chalecos, pero ninguno del estilo especial de botón al que pertenecía la muestra —deformada y manchada de sangre— que llevaba guardada en lo más profundo del bolsillo de sus pantalones.

Volvía a la posada en la que se hospedaba y donde suponían que era un viajante de almidón de Glenfield y de caramelos confitados —cansado y extenuado tras un día de trabajo inútil—, cuando le llamó la atención una tienda de empeños en cuya puerta vio algunas prendas confeccionadas y graciosamente festoneadas, que exhibía también cucharillas de plata, pinturas al óleo, botas y zapatos, relojes, anillos y restos de seda y raso en un escaparate artísticamente decorado.

El señor Grimstone se detuvo ante la puerta del prestamista.

—No me doy por vencido —murmuró entre dientes—; si este hombre tiene chalecos les echaré un vistazo a todos ellos.

Entró en la tienda de una manera pausada y preguntó al propietario si tenía prendas baratas y chalecos originales.

El prestamista tenía, naturalmente, todo lo deseable de ese estilo, y de una especie de trastienda con todo tipo de prendas almacenadas sacó media docena de paquetes de papel marrón, cuyo contenido fue exponiendo al señor Joseph Grimstone.

El detective examinó un gran número de chalecos, sin resultado satisfactorio.

—¿Tiene alguna prenda con botones de latón? —preguntó finalmente.

El propietario negó con la cabeza, pensativo.

—Hace muchos años que no se usan los botones de latón —respondió—, pero, ahora que lo pienso, creo que puedo tener algo que le puede interesar. Compré algunas gangas a un viajante de una casa de Birmingham que vino aquí para las carreras de caballos de septiembre de hace tres años y que perdió una apuesta muy

considerable.

El detective agudizó sus oídos al oír nombrar la ciudad de Birmingham.

El prestamista se retiró de nuevo a las cavernas misteriosas de la trastienda, y después de buscar largo rato, encontró lo que buscaba. Sacó al mostrador otro paquete, dio más luz a la llama de gas y enseñó al comprador una colección de chalecos muy llamativos y de aspecto vulgar, de ese tipo de confección de género ordinario y de escaso precio.

—Estas son —dijo—; como ve, son unas prendas atractivas y muy joviales. De una docena sólo me quedan cinco.

El señor Grimstone desplegó uno de los chalecos, examinó los botones a la luz del gas y leyó en el dorso los deseados nombres de Crosby y Birmingham.

—Si de una docena sólo le quedan cinco —dijo el detective—, ¿significa que ha vendido los otros siete?

—Sí.

—¿Recuerda a quién se los vendió?

El prestamista se rascó la cabeza, pensativo.

—Creo que los he vendido a obreros —respondió—. Reciben su salario cada dos semanas y algunos de ellos se dejan caer por la tienda los sábados por la tarde para comprar alguna cosa, o para tomar algo prestado. Sé que vendí cuatro o cinco de esa manera.

—¿Y no recuerda haber vendido alguno más? —preguntó el detective—. No se lo pregunto por curiosidad, y esté seguro de que compraré alguna cosa más tarde si puede darme esa información que le pido. Considere la oferta, ahora, o tómese su tiempo. Quizá no vendió todos los chalecos a obreros...

—No —respondió el prestamista después de una pausa—; recuerdo que vendí uno con un forro de color púrpura a Josephs, el panadero de la calle de al lado, y otro que tenía rayas amarillas sobre un fondo marrón oscuro al jardinero principal de Mellish Park.

El rostro del señor Joseph Grimstone se encendió de un cálido escarlata. El trabajo de aquel día no había sido en vano. Los botones de Crosby de Birmingham aclararían mucho las cosas.

—¿Sabe cómo se llama ese jardinero? —preguntó al prestamista.

—Sí, se llama Dawson, es de Doncaster, y de niños fuimos vecinos y amigos. No recordaba haberle vendido el chaleco porque ha transcurrido cerca de año y medio desde entonces, pero recuerdo que se detuvo a charlar un rato conmigo y con mi señora la tarde que lo compró.

El señor Grimstone no se quedó mucho más tiempo en la tienda. Su interés por los chalecos, como es evidente, se desvaneció de pronto; compró un par de pañuelos de seda usados, por cumplir, sin duda, y salió dando las buenas noches al prestamista.

Eran cerca de las nueve, pero el detective sólo se detuvo en la posada el tiempo suficiente para cenar una libra y cuarta de carne, beber una pinta de cerveza y

refrescarse para dirigirse después a pie a Mellish Park. Había adoptado por principio la costumbre de no llamar la atención, y prefería el cansancio de un largo y solitario paseo a los riesgos fortuitos de la contratación de algún vehículo para conducirlo a su destino.

Talbot y John habían esperado anhelosos todo el día al detective y le recibieron con júbilo cuando se presentó entre las diez y once de la noche. Se hallaban en el gabinete de John, donde los dos caballeros fumaban después de que Aurora y Lucy se hubieran retirado a sus aposentos. La señora Mellish estaba muy necesitada de descanso y podía dormir tranquilamente ahora, pues la oscura sombra que se había alzado entre ella y su marido había desaparecido para siempre y no temía ya pena ni peligro alguno estando segura de su amor.

John miró ansiosamente al señor Grimstone cuando el detective entró precedido de un criado, pero una mirada de advertencia de Talbot Bulstrode reprimió su impetuosidad y esperó a que se cerrara la puerta tras el sirviente para empezar a hablar.

—Entonces, ¿qué noticias nos trae, Grimstone?

—Nada, caballero; he trabajado todo el día duramente —respondió el agente con circunspección— y tal vez no puedan, caballeros, al no ser profesionales, hacerse una idea de los pasos que he seguido; pese a todo, creo que he dado con algo que me permitirá continuar mis averiguaciones.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Talbot, respetuosamente.

Había arrojado el cigarro y estaba de pie junto a la chimenea con el codo apoyado sobre la repisa.

—¿Tiene un jardinero con el nombre de Dawson, señor Mellish? —preguntó el detective.

—Sí, respondió John; pero, señor, tenga piedad de todos nosotros, ¿no pensará que tiene algo que ver? Es el hombre más bueno que existe en el mundo.

—No digo que tenga nada que ver, ni él, ni nadie, hasta ahora, caballero —contestó Grimstone, solemne—; pero cuando un hombre que llevaba consigo dos mil libras en billetes aparece asesinado en un bosque y el bosque es de libre acceso, cualquiera que deambulara por él puede estar bajo sospecha. Desearía ver a ese Dawson, si les parece.

—¿Esta noche? —preguntó John.

—Sí, y cuanto antes mejor. En esta clase de asuntos, cuantos menos retrasos, mejor para todas las partes; claro está, con excepción de la persona que ha cometido el delito —añadió el detective.

—Iré a buscar a Dawson —respondió John—, pero imagino que ya estará acostado.

—En tal caso se habrá de levantar, señor —dijo el señor Grimstone, educadamente—; repito que es mi empeño verle esta misma noche; por supuesto, si usted no se opone.

No debe suponerse que John Mellish pensara en oponerse a cualquier circunstancia que pudiera acelerar el descubrimiento que tan ardientemente deseaba. Se dirigió, pues, a la sala de los criados, a hacer averiguaciones sobre el paradero del jardinero, y dejó a Talbot Bulstrode con el detective.

—Supongo, señor —dijo Grimstone dirigiéndose a Bulstrode—, que no ha descubierto nada nuevo desde ayer.

—Sí —respondió Talbot—; ya hemos recibido los números de los billetes que la señora Mellish le dio al hombre asesinado. Telegrafíé al señor Floyd a su casa de campo y él mismo en persona ha llegado hace apenas una hora con el listado de los billetes.

Cinco minutos después, regresó el señor Mellish seguido del jardinero; el hombre había estado en Doncaster visitando a un amigo y hacia tan sólo media hora que había llegado, por lo que el dueño de la casa le sorprendió devorando un muslo de pollo frío y un plato de repollo en vinagreta en la sala de la servidumbre.

—No te asustes, Dawson —dijo John con amable indiscreción—. Nadie sospecha de ti más de lo que sospechan de mí mismo; pero este caballero desea hablarte, y no hay razón para no hacerlo, ya que puede obligarte si se empeña aunque...

John Mellish se interrumpió de pronto, advertido por una mirada severa de Talbot, y el jardinero, que no comprendía lo que quería decir su amo, se pasó respetuosamente la mano por la cabeza y arrastrando los pies con nerviosismo sobre la resbaladiza esterilla india.

—Únicamente deseo hacerle una o dos preguntas a lo sumo, para decidir una apuesta entre estos dos caballeros y yo, señor Dawson —dijo el detective con reconfortante familiaridad—. ¿No compró un chaleco de lance en la plaza del mercado hace como año y medio?

—Ah, sí, señor, me compré un chaleco —respondió el jardinero—, pero no era de lance sino nuevo.

—¿No tenía la tela del chaleco rayas amarillas sobre un fondo marrón?

El jardinero asintió con la cabeza, y abrió la boca con sorpresa al ver a un desconocido londinense tan familiarizado con el color de sus prendas.

—No sé cómo puede tener noticias de ese chaleco —dijo con una sonrisa—, que se desgastó seis meses después. Lo había comprado para trabajar en el jardín, y aunque el trabajo de jardinería estropea muy pronto las prendas, la persona a quien se lo regalé se puso muy contenta a pesar de estar ya muy desarrapado.

—¿Lo regaló? —repitió el señor Grimstone haciendo una pausa para enmendar la frase en su ansia—. ¿Quiere decir, entonces, que ya no lo conserva usted y que lo regaló?

—Sí, se lo di al *idiota*, y el pobre muchacho se puso muy contento.

—¿El *idiota*! —exclamó Grimstone—. ¿Quién es el *idiota*?

—El hombre de quien hablamos anoche —respondió Talbot Bulstrode—, el que la señora Mellish encontró en el gabinete la mañana del día en que se cometió el

asesinato... Se llama Steeve Hargraves.

—¡Sí, sí!, desde luego, me lo imaginaba —murmuró el detective—. Ya está, señor Dawson —añadió dirigiéndose al jardinero, que había retrocedido hasta la puerta con cierta inquietud—. Espere..., una cosa más. ¿Le faltaba algún botón al chaleco cuando lo regaló?

—No, señor —respondió sin vacilar el jardinero—; mi mujer tiene mucho cuidado de la ropa, y si hubiera habido algún botón suelto, lo hubiese asegurado bien antes de que se perdiera.

—Está bien, señor Dawson, gracias —respondió el detective con la amable condescendencia de un superior—. Buenas noches.

El jardinero se retiró arrastrando los pies, muy satisfecho de verse liberado de la terrible presencia de sus superiores y de poder volver a la carne fría y los encurtidos de la sala de los criados.


—Creo que se va resolviendo el asunto —dijo Grimstone cuando el jardinero cerró la puerta—; pero cuanto menos se hable todavía, mucho mejor. Tomaré la lista de los números de los billetes, si me hace el favor, y creo que volveré antes de que pase mucho tiempo, señor Mellish, para reclamar mis doscientas libras de recompensa.

El señor Joseph Grimstone se guardó cuidadosamente en el bolsillo del chaleco el listado escrito por el previsor Archibald Floyd, y regresó caminando a Doncaster en medio de la calma de una hermosa noche de verano, muy concentrado en la cuestión que tenía entre manos.

«Hace una semana el asunto era muy poco favorable para la señora Mellish —pensó mientras caminaba meditabundo sobre la hierba húmeda de rocío de Mellish Park—, y presumo que en Scotland Yard seguían una pista equivocada. Pero todo se aclarará ahora; y ese hermoso “esclarecimiento” cerrará uno de los casos más interesantes que he tenido entre manos.»

XXXVIII

Se pierde la pista

asi no es necesario recordar que, con el botón Crosby en el bolsillo, y con la información obtenida de Dawson —el jardinero— cuidadosamente ordenada en su mente, el señor Joseph Grimstone miraba con especial interés a Steeve Hargraves, el *idiota*.

El detective no había viajado solo a Doncaster. Le acompañaba un humilde y aliado colaborador —un pequeño hombrecito de aspecto desarrapado— que había encontrado al *idiota* en la estación de tren, siguiendo las órdenes de mantener en estrecha vigilancia al señor Stephen Hargraves. Había supuesto una misión fácil la de identificar al *idiota* en la ciudad de Doncaster, pues era muy conocido en ella desde su infancia.

El señor Grimstone había llamado a un médico, y le había presentado el botón para que lo examinara y pudiera confirmar que las manchas eran efectivamente de sangre como había supuesto el detective; el médico descubrió también un pedazo muy pequeño de cartílago adherido a un extremo dentado del botón, pero el propio cirujano declaró que el proyectil que había causado esa herida no pudo ser el único que disparó el asesino para matar a James Conyers, pues no había atravesado el cuerpo y únicamente había causado una herida superficial.

La misión que se le presentaba ahora al detective era la localización de los billetes de banco, y con tal cometido, él y su compañero —el hombrecillo que había seguido a Hargraves hasta la estación— se pusieron a trabajar de nuevo sobre la pista del *idiota*, indagando sobre los lugares que tenía la costumbre de visitar. Las guaridas que prefería Hargraves resultaron ser una media docena de tabernas miserables, y Joseph Grimstone las visitó en persona sucesivamente.

Pero nada pudo descubrir, y todas sus averiguaciones se podían resumir en que el *idiota* no había sido visto cambiando o queriendo cambiar ningún billete. Había pagado todo lo que había pedido y había gastado más de lo que acostumbraba —pues había bebido más de lo que solía hacerlo—, pero había pagado en plata, excepto en una ocasión que había cambiado un soberano de oro. El detective visitó el banco, pero no se había presentado ninguna persona con las características de Stephen Hargraves. Trató entonces de buscar algún amigo o compañero del *idiota*, pero también fueron inútiles sus investigaciones sobre este punto; el *idiota* vagabundo de las caballerizas del señor Mellish no había tenido nunca amigos, pues estaba enteramente desprovisto de cualidades sociales.

Había algo casi milagroso en la forma en que el señor Joseph Grimstone se las ingeniaba para conseguir toda la información que deseaba, y antes del mediodía de la jornada posterior a su entrevista con el jardinero, ya había conseguido que se fueran aclarando todas las circunstancias anteriormente mencionadas, y se había congraciado la confianza de la vieja propietaria de la humilde morada en la que el *idiota* se alojaba.

Apenas es necesario para el relato de esta historia explicar los medios de los que se sirvió el detective, pero en tanto que Stephen Hargraves abotagaba su estúpido cerebro con un vaso de cerveza en una taberna aledaña, y al tiempo que el compañero de Grimstone le mantenía bajo estrecha vigilancia —pronto a dar aviso sobre los movimientos del sospechoso individuo—, el propio señor Grimstone trabajaba tan ingeniosamente en la manipulación de la patrona del *idiota* que, en menos de un cuarto de hora, había tomado plena posesión de los puntos débiles de esa ciudadela mental comúnmente denominada vulnerabilidad, y pudo hacer lo que quiso de la vieja y de sus miserables habitaciones.

Procedió a un detenido examen del cuarto alquilado por el *idiota* y de los demás aposentos, despensas o escondrijos a los que hubiera podido tener acceso, pero no encontró indicio alguno que recompensara su esfuerzo. La vieja acostumbraba a recibir inquilinos de paso que pernoctaban una o dos noches en Doncaster antes de continuar sus errantes viajes; y la morada, compuesta de seis aposentos, estaba amueblada de una manera tan exigua como era de esperar por cuatro o seis peniques la noche. Había en ella pocos escondites y no se veían alfombras donde pudieran ocultarse paquetes de billetes; no había marcos de cuadros tras los cuales esconder el botín, ni amplias comisas o cenefas bordeando las ventanas que ofrecieran escondites polvorientos donde pudieran permanecer —ocultas hasta pudrirse— las escrituras y los títulos de media docena de fortunas. Había también dos o tres despensas en las cuales penetró Grimstone con una candela de sebo, en las que sólo encontró objetos sin importancia, vajillas de loza, teas, leña, patatas, cuerdas peladas de las que pendían cebollas brillando deprimentes en la oscuridad, botellas vacías de cerveza de jengibre, conchas de ostras, botas y zapatos viejos, trampas rotas para ratones, negras cucarachas y otras fungosidades que se alzaban como espectros oscuros y mojados.

Grimstone emergió sucio y desconcertado de uno de estos sombríos escondites después de una investigación infructuosa que le había ocupado hasta el agotamiento durante un par de horas.

«¡Que se abra el suelo bajo mis pies si vuelvo a desaprovechar mi tiempo de esta forma! —pensó el detective—. Seguro que el hombre lleva el dinero encima, y aunque registrara todo Doncaster en su busca hasta que mi pelo se tiñera de gris, no encontraría lo que estoy buscando.»

El señor Grimstone cerró la puerta de la última despensa que había examinado con violenta impaciencia, y se volvió luego hacia la ventana. No había ni rastro de su compañero en el pequeño callejón anterior a la casa, y dispuso, por tanto, de tiempo

añadido para continuar sus indagaciones. Había examinado ya todos los objetos del cuarto del *idiota*, deteniéndose especialmente en el armario de Hargraves que contenía un montón de ropajes, cada uno de un corte y estilo diferente, indicio innegable de que habían pertenecido a otro dueño.

Había una capa Newmarket y unos pantalones de caza que llegaban hasta las pantorrillas que sin duda había pertenecido a John Mellish; también encontró una chaqueta de lino, y una vieja casaca de librea que habían pertenecido a uno de los criados de Mellish Park; singulares sombreros de caza de cada uno de los matices y medidas, desde el más impoluto y suave color champán de los más dandis, hasta el tinte dorado favorito de los caballeros de provincias para montar a caballo; un sombrero de palafrenero con la cinta manchada y la copa rota; botas de clavos, que bien podían haberle pertenecido al jardinero Dawson; unos pantalones de pana que sólo podían haberle pertenecido a un hidrónico portero, difunto hace ya muchos años; y finalmente una levita que tenía la espantosa huella de un crimen atroz bastante reciente. Era la levita de caza de terciopelo que llevaba James Conyers, el adiestrador, y que, traspasada por una bala mortal e inundada por un torrente de sangre, había ido a parar a manos del *idiota* en la confusión de la catástrofe. Todos estos objetos —con varios desechos, como espuelas, empuñaduras de látigos, pedazos de arneses destartados, correas y cuerdas, que sólo un avaro se complace en acumular—, estaban empaquetados en un pesado baúl cubierto con un pelaje sarnoso y fijado por una docena de yardas de cuerda anudada de tal modo que Hargraves imaginó que sería imposible de desatar incluso para el ladrón más diestro de la cristiandad.

El señor Grimstone, no obstante, deshizo fácilmente esta «defensa» de nudos y enredos y registró el baúl hasta el fondo; examinó muy de cerca el revestimiento de piel, y comprobó cada clavo de metal para cerciorarse de que ninguno había sido arrancado o alterado. El detective pensó que las dos mil libras del Banco de Inglaterra estarían ocultas bajo la piel roñosa de aquel miserable baúl. Exhaló un profundo suspiro cuando terminó su inspección, volvió a colocar los objetos uno por uno en su interior, lo aseguró de nuevo con la cuerda y salió del aposento del *idiota*.

«No está —pensó—; el chaleco de rayas amarillas no está entre sus ropas, y el dinero no está escondido en ningún lugar. ¿Será lo suficientemente listo para haberse deshecho del chaleco? Llevaba uno rojo esa mañana, ¿llevaría, quizá, el de rayas oculto bajo aquél?».

El señor Grimstone se quitó el polvo y las telarañas de la ropa, se lavó las manos en un grasiento barreño de madera lleno de agua hirviendo que le trajo la vieja, y después se sentó delante del fuego, limpiándose los dientes cuidadosamente y frunciendo las cejas sobre sus ojos grises, en ademán pensativo.

«No me doy por vencido —pensó—; no me doy por vencido.»

Dudaba que cualquier magistrado le concediera una orden de prisión contra el *idiota* con la única prueba del botón manchado de sangre; y sin una orden judicial no podía registrar al sospechoso. Había interrogado a todos los criados de Mellish Park,

pero no había descubierto nada que pudiera arrojar luz alguna sobre los movimientos de Stephen Hargraves en la noche del asesinato. Nadie recordaba haberle visto, ni había estado en aquella parte del bosque aquella noche; tan sólo uno de los mozos había pasado por delante del pabellón del norte dirigiéndose desde la carretera a las caballerizas a la misma hora en que Aurora había oído el disparo en el bosque, y había visto luz en la ventana de la planta inferior; pero esto, de una u otra manera, no probaba absolutamente nada.

«Si pudiéramos encontrarle con el dinero encima —pensó el señor Grimstone—, sería una prueba evidente del robo; y si encontráramos en su poder el chaleco al que le falta el botón, constituiría en sí misma una prueba bastante evidente del asesinato; pero vamos a tener que mantenerle estrechamente vigilado mientras conseguimos estas evidencias, pues estoy temiendo que en un despiste se marchará a Liverpool, y tal vez del país antes de que sepamos dónde buscarlo.»

Lo cierto es que Joseph Grimstone no actuaba, tal vez, tan concienzudamente como podría haberlo hecho en este asunto, si se dejara llevar, como había hecho siempre, únicamente por amor a la justicia y no por el ansiado deseo de conseguir la recompensa de doscientas libras. Hubiera podido contar con la ayuda que necesitara de la policía de Doncaster, de haber optado por confiar en ella, pero sus años de experiencia le hicieron creer que era posible mantener en secreto «las capacidades de su caballo ganador» mientras calculaba el dinero que le podía generar un negocio tan rentable; y de esta forma el señor Grimstone se empeñó en obtener la información por sí mismo, hasta conseguir el «fruto dorado», en forma de pequeña recompensa del gobierno, y una mayor recompensa de manos del señor Mellish.

El detective tenía razones para creer que los sabuesos de Doncaster seguían una pista equivocada —engañados por una copia de la misma carta que en un primer momento también había despertado la atención equivocada de Scotland Yard—, y estaba muy contento de dejarles olfatear en vano mientras él seguía las verdaderas huellas del crimen.

«No —pensó—; es un juego peligroso, pero jugaré a una sola mano, sin que me ayude nadie más que Tom Chivers, que se contentará con un billete de diez libras si finalmente obtenemos la recompensa.»

Reflexionando de este modo, el señor Grimstone se despidió de la patrona después de recompensarla con una cantidad que la anciana consideró como un regalo de los dioses.

La había engañado por completo en cuanto al objeto de sus pesquisas, diciéndole que era un simple empleadillo de un abogado, encargado de encontrar un codicilo que había escondido en algún lugar de la casa un anciano que había vivido en ella en el año 1783, y se había esforzado durante la conversación en sacarle información a la vieja —que era muy habladora—, sobre todo lo que sabía del *idiota*.

No era gran cosa, sin duda. No tenía noticia de que Hargraves hubiese cambiado billete alguno; y por otra parte había pagado todas sus vituallas, sin sumar más de un

chelín por día. En cuanto a los billetes de banco, no era muy probable que estuviesen en su poder, pues no cesaba de quejarse de su pobreza y de que sus ahorros, economizados poco a poco de su anterior salario, no le durarían demasiado tiempo.

«Hargraves es más astuto de lo que creen los que le llaman *idiota* —pensó Grimstone al salir de la casa de huéspedes, y mientras se dirigía hacia la taberna en la que había dejado al sospechoso bajo la estrecha vigilancia de Tom Chivers—. He oído a menudo que estos mentecatos tienen más astucia en un dedo de su mano que cualquier otro hombre en todo su cuerpo. Otro cualquiera no hubiese podido resistirse a la tentación de cambiar uno de esos billetes, hubiera corrido a ponerse un chaleco idéntico, o se hubiera deshecho del chaleco “delator” el mismo día del asesinato; o cualquier otra cosa que alejara las sospechas de él; pero no el *idiota*, que oculta los billetes, oculta el chaleco y se burla de los que le acechan cómodamente sentado y complacido bebiendo su vaso de cerveza.»

El detective llegó a la taberna haciendo estas reflexiones, pidió una copa de aguardiente en la barra y entró en la cantina dirigiendo una ojeada disimulada en torno a la estancia, esperando ver al *idiota* meditando con un vaso en la mano, escoltado por la mirada aparentemente indiferente del señor Chivers. Pero no fue así, y para su asombro la sala estaba desierta, y por medio de prudentes preguntas, el señor Grimstone se informó de que el *idiota* y su espía habían salido hacía más de una hora.

El señor Chivers tenía prohibido perder de vista al *idiota* bajo ninguna circunstancia, excepción hecha de que volviera a su casa mientras el señor Grimstone se ocupaba de hacer el registro, en cuyo caso, Tom debía adelantarse para darle aviso a su jefe. Dondequiera que fuese el señor Hargraves, Thomas Chivers debía seguirle, pero sobre todo debía hacerlo evitando cualquier sospecha por parte del *idiota*.

Se entenderá, pues, que no fuera empresa fácil la del pobre Chivers, que se las había ingeniado para llevarla a cabo con bastante destreza. Si Steeve Hargraves bebía durante la mitad del día, Tom Chivers debía beber o simular que bebía durante el mismo periodo de tiempo, y si el *idiota* se mostraba dispuesto a ser sociable, debía mostrarse amistoso con él, con la mayor destreza y discreción para aprovechar esta favorable circunstancia. Pero Stephen Hargraves no le dio ninguna oportunidad, mostrándose siempre huraño y receloso; se sentaba necio e insociable, y como las órdenes del detective eran que no diera el primer paso para entablar conversación, se vio obligado a abandonar la idea de captar las simpatías del *idiota*. Esto contribuyó a que su tarea de vigía fuera más espinosa, pues no era fácil seguirle durante tanto tiempo sin dar muestras evidentes de su seguimiento.

Era día de mercado y la ciudad estaba llena de ruidosos campesinos. El señor Grimstone recordó de pronto esta circunstancia, pero este recuerdo no aumentó su inquietud.

«Chivers nunca me ha fallado —pensó—, y seguro que no lo hará en esta ocasión. Estoy convencido de que están en otra taberna. Saldré a buscarlos.»

El señor Grimstone —tal como ya he indicado con anterioridad— había averiguado cuáles eran los sitios que frecuentaba el *idiota*, y no precisó mucho tiempo, por tanto, para visitar tres o cuatro tabernas donde podrían encontrarse y comprobar que no se hallaban en su interior.

«Sin duda se pasea encorvado de un lugar a otro de la ciudad —pensó— con mi compañero pisándole los talones. Iré hacia la plaza del mercado, y veré si los puedo encontrar por esa zona.»

El detective se fue caminando pausadamente con las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca. Confiaba plenamente en Thomas Chivers, y la multitud que abarrotaba el mercado y sus alrededores no disminuyó un ápice su sentimiento de seguridad.

«Chivers le seguirá contra viento y marea —pensó—, y estará tan alerta como si hubiera de seguirle entre Charing Cross y Whitehall cuando la reina va a inaugurar el Parlamento. No es hombre que se deje arrollar por la multitud en una plaza de mercado.»

Apoyado en esta confianza inalterable, Grimstone se entretuvo mirando en torno suyo —con expresión de asombro arrogante— los usos y costumbres de los campesinos que incursionaban en la ciudad en el día de mercado. Se detuvo ante la puerta del teatro y leyó los fragmentos de antiguos carteles enmohecidos que cubrían la pared entre las jambas y el dintel; había brillantes anuncios de funciones dramáticas que se habían representado hacía mucho tiempo y que, a pesar de la lluvia y los restos de lodos pasados, resaltaban en letras negras el relato del drama más terrible de cuantos se habían representado en aquel teatro de provincia. Y al lado de los carteles resaltaba el aviso de la recompensa ofrecida por John Mellish —prometida al que descubriese al asesino de James Conyers— en un lugar muy transitado, en una de las entradas de la plaza del mercado.

—Me resulta asombroso —murmuró el señor Grimstone— que este bendito aviso no haya abierto los ojos a estos tontos de Doncaster. Estoy seguro de que creen que es una estratagema; algo planeado para apartar sus inteligentes narices de la pista verdadera. Si puedo coger a *mi* hombre antes de que abran los ojos, será la mejor captura que consigo últimamente.

Y entregado a estas agradables reflexiones, Grimstone se alejó del teatro y cruzó el mercado. Dentro del edificio el clamor de los compradores y vendedores estaba en su apogeo: los campesinos regateaban el valor y los méritos de sus aves, su manteca y sus huevos, y los carniceros se esforzaban en contentar y satisfacer simultáneamente las demandas de una docena de criadas, mientras que desde fuera llegaba el confuso rumor de las verduleras y sus clientes, y las carretillas viscosas de los pescadores de blusas azules. ¡Y en medio de este alboroto y esta confusión, Grimstone se topó repentinamente con su compañero, pálido, aterrado y... *solo!* El detective no tardó en sospechar lo ocurrido.

—¡Le has perdido! —murmuró, encolerizado, cogiendo a Chivers por el cuello y

clavándolo con tanta fuerza en el suelo como si hubiera pensado seriamente en convertirlo en estatua en medio del mercado—. ¡Le has perdido, Tom Chivers! —continuó jadeando de agitación—. Has perdido una partida que tenía más valor para mí que ninguna otra que hubiera estado jamás bajo mi mando. Me has arrebatado la ocasión más propicia de distinguirme desde que sirvo en Scotland Yard, y tú también la has perdido, porque te hubiera recompensado bien —añadió el detective olvidando en apariencia la ensoñación de la mañana en la que había resuelto ofrecerle a su asistente únicamente diez libras, como pago por los servicios ofrecidos—. Hubiera sido muy generoso contigo. Pero ¿qué sacamos con discutir aquí? Sígueme y cuéntame cómo ha ocurrido mientras caminamos.

El señor Grimstone cruzó la plaza del mercado —sujetando aún por el cuello al señor Chivers— sin mirar a derecha o izquierda, aunque muchos campesinos abrían sus ojos con extrañeza a su paso, atraídos, sin duda, por la rapidez de su ritmo y la evidente determinación de su actitud. Tal vez, aquellos rústicos transeúntes pensaban que el caballero de aspecto severo y levita negra había sorprendido al desharrapado hombrecillo en el momento de robarle la cartera, y que ahora le conducía directamente a manos de la justicia.

El señor Grimstone soltó a su compañero cuando salieron de la plaza.

—Ahora —dijo sin aliento, pero sin aflojar el paso—, ahora supongo que me explicarás cómo puedes llegar a ser tan... tan increíblemente tonto. ¿Imaginas a dónde voy? Voy a la estación. ¿Imaginas por qué voy? No, te lo imaginarías si no fueras tan tonto. Ahora, cuéntame qué ha ocurrido.

—No hay mucho que decir —jadeó el humilde hombrecillo cuyas funciones respiratorias hacían un esfuerzo penoso por seguir el paso de su superior—; he seguido fielmente sus instrucciones. Hice un intento, sutil y sosegado, de trabar amistad con él, pero no resultó; es tan hosco como un terrier, así es que no forcé la situación, pero le observé sin descanso, dejándole creer que había venido a Doncaster por un negocio, que debía ocuparme de un caballo que estaba siendo entrenado a algunas millas de la ciudad, por un individuo de Londres; y cuando dejó la taberna me fui tras él, pero sin hacerme notar. Desde entonces advertí que quizá sospechaba de mí, pues no daba tres pasos sin mirar atrás para ver si le seguía, y le aseguro que me hizo perseguirle de un lado a otro tan deprisa que me temblaban las piernas bajo el cuerpo y aún me tiemblan en este momento. Entonces se dirigió hacia la plaza del mercado, e intentó despistarme por aquí y por allá, internándose por dondequiera que la multitud se hiciera más densa, hasta que se deslizó entre un grupo de personas que formaban un círculo que rodeaba a un par de individuos que se estaban peleando, y le perdí la pista. En vano salí del mercado y volví a entrar varias veces, hasta la extenuación, pero de nada sirvieron mis esfuerzos; y no creo que sea mía la culpa, porque le aseguro que nadie hubiera podido hacer más.

Tom Chivers se enjugó el sudor que inundaba su rostro como testimonio de su esfuerzo. Pequeños y sucios ríos de agua bajaban rodando por su frente goteando

sobre sus pobres y decoloradas mejillas. Se limpió la evidencia de esta fatiga con un pañuelo de algodón rojo, y exhaló un suspiro de menosprecio.

—Si se debe culpar a alguien, no es a mí —dijo con suavidad—. Desde un principio le dije que necesitábamos ayuda. Un hombre que está en su propio terreno y lo conoce bien vale más que dos, no importa lo duro que puedan trabajar.

El agente se volvió furioso contra su manso subordinado.

—¿Quién te culpa? —exclamó con impaciencia—. Si yo fuera tú no me lamentaría antes de estar vencido.

Habían llegado en tanto a la estación del ferrocarril.

—¿Cuánto tiempo hace que le perdiste? —preguntó Grimstone.

—Tres cuartos de hora, máximo una hora —respondió Tom, dubitativo.

—Creo que *será* más bien una hora —murmuró el detective.

Grimstone se dirigió directamente a uno de los empleados superiores y le preguntó qué trenes habían salido en la última hora.

—Dos trenes ordinarios, uno hacia el este camino de Selby, y otro para Penistone y las estaciones intermedias.

El detective miró el listado, siguiendo con la uña del pulgar los nombres de cada una de las estaciones.

—El tren de Penistone llega a tiempo de coger el tren de Liverpool, ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí, justo a tiempo.

—¿Cuándo ha salido?

—¿El tren de Penistone?

—Sí.

—Hace una media hora, a las dos y treinta.

Los relojes habían dado las tres cuando el señor Grimstone había entrado en la estación.

—Hace media hora —murmuró el detective—. Ha tenido tiempo de sobra para tomar el tren después de huir de Chivers.

Preguntó a los guardias y porteros de la estación si alguno de ellos había visto a un nombre conocido como el *idiota*, un tipo pálido, jorobado, con pantalones y chaqueta de pana; incluso entró en la oficina del expendedor de billetes para hacerle la misma pregunta.

Nadie había visto a Stephen Hargraves. Dos o tres le reconocieron por la descripción del detective, y le preguntaron si buscaba a uno de los mozos de cuadra de Mellish Park, pero Grimstone evitó dar una contestación directa a la pregunta. El secreto era, como sabemos, el principio según el cual regía sus asuntos.

—Pudo ingeniárselas para partir sin que nadie le haya visto —dijo confidencialmente a su fiel pero desanimado compañero—. Pudo haberlo conseguido sin ser visto. Estoy casi seguro de que lleva consigo los billetes y que ha partido para Liverpool. Tus investigaciones de ayer lo demuestran. Podría dar aviso por medio del

telégrafo para que le prendan al bajar del tren (suponiendo que estoy sobre la pista correcta y que efectivamente se dirige allí), pero no quiero compartir con nadie esta partida. Jugaré para ganar o perder, pero a una sola mano. También pudiera ser que tratara de evadirse dando un rodeo, y partir por Hull en un buque y huir desde allí a Hamburgo; pero no es probable, porque estos tipos actúan siempre de la misma manera. Si un hombre comete un asesinato o roba una cantidad considerable, la primera idea que le ocurre es ir a Liverpool y embarcarse para América.

Tom Chivers escuchaba respetuosamente las observaciones de su jefe, complacido al ver que su superior recuperaba la serenidad gradualmente.

—Ahora te diré algo, Tom —dijo el señor Grimstone—; si este hombre nos ha dado esquinazo... Si nos ha dado esquinazo... Si se ha ido, no vamos a poder perseguirle antes de la diez y media en que hay un tren a Liverpool. Pero si aún está aquí, si aún no ha podido escaparse, sólo hay un camino para dejar Doncaster y es a través de esta estación. Así pues, te quedarás aquí, paciente y tranquilo, hasta que vuelva o te envíe algún aviso. Si aún está en Doncaster, reventaré si no lo encuentro.

Y tras esta poderosa aseveración, el señor Grimstone se alejó dejando a su espía vigilando la posible llegada del *idiota*.

XXXIX

Talbot expía su pasado

En la tarde del mismo día en que el detective y su subordinado perdieron la pista a Stephen Hargraves, John Mellish y Talbot Bulstrode paseaban de aquí para allá por el jardín, ante los ventanales del salón. Eran momentos tristes, de expectación y espera, de incertidumbre y temor, y el pobre John Mellish estaba amargamente angustiado por la carga que debía soportar.

No obstante, una vez que el buen criterio de su amigo había acudido en su auxilio, y por fin se había disipado la terrible nube de misterio que se había cernido sobre ellos; ahora, que ya estaba completamente seguro de la inocencia de su esposa, no podía permanecer impasible ante los necios campesinos que aún se mantenían a distancia de la mujer que amaba; estaba resuelto a salir y desafiar a quien se atreviera a calumniarla, para arrojar las nuevas evidencias en las caras de aquellos que habían osado despreciarla.

¿Cómo podían atreverse, aquellos calumniadores de mentes perversas, a albergar sospechas de la más pura, la más perfecta de las mujeres? El señor Mellish, claro está, olvidó muy pronto que él mismo, legítimo defensor de toda esta perfección, había sufrido durante un tiempo un gran pesar en su mente oscurecida bajo la negra sombra de esa sospecha vil.

Odiaba a sus viejos amigos porque le evitaban y a los criados de su casa por la expresión medio dudosa medio solemne de sus miradas, que sabía tenía relación con la creciente sospecha, la horrible sospecha, que parecía hacerse más fuerte a cada momento; y se encolerizó contra su mayordomo —anciano venerable de grises cabellos que le había llevado en brazos en su infancia— porque el fiel servidor había intentado suprimir ciertos periódicos que contenían oscuras alusiones acerca del misterio de Mellish Park.

—¿Quién te ha dicho que no quiero leer el *Manchester Guardian*, Jarvis? —gritó, furioso—. ¿Quién te ha dado derecho para dictarme lo que he de leer o lo que es conveniente que lea? Necesito el *Guardian* de hoy..., el de hoy, el de ayer y el de mañana, y todos los periódicos que entren en esta casa; y no quiero que los revise nadie antes que yo para ver si contienen alguna noticia desagradable. ¿Crees que me asusta lo que escriben esos emborronadores de papel mercenarios? —gritó el joven caballero descargando un formidable puñetazo sobre la mesa—. Dejad que escriban lo que se les antoje sobre mí; pero si escriben una palabra que pueda tomarse como una insinuación contra la más pura y verdadera de las mujeres de toda la cristiandad,

por mi vida que cada uno de esos escritorzuelos, impresores, editores y publicistas ¡se acordarán de mí hasta el último día de su vida!

El señor Mellish se entregaba a este arrebatado de despecho a pesar de la presencia restrictiva de Talbot. Ciertamente, el miembro del Parlamento no tuvo ni un momento agradable durante aquellos días de ansiedad y suspense; un centinela encargado de vigilar un tigre en la selva para impedir que el noble animal cometa alguna imprudencia se halla en situación menos penosa que la que el señor Bulstrode, paciente y sin quejarse, sufrió en aras de su amistad con Mellish.

El joven caballero vagaba de un lado a otro bajo la vigilancia de su amigo, con los cabellos castaños rojizos febrilmente desordenados, como un campo de espigas maduras golpeado por un huracán; con las mejillas hundidas y ojerosas, y la barbilla poblada de erizados pelillos dorados. Me atrevo a decir que había jurado no afeitarse hasta que se descubriera el asesino de James Conyers. Se aferró desesperadamente a Talbot Bulstrode, y se aferró con más desesperación aún al detective, al cazador de criminales profesional que, de alguna manera, le había prometido tácitamente el descubrimiento del verdadero asesino.

Durante todo aquel día cambiante de agosto, ahora cálido y calmo, ahora nuboso y lluvioso, el amo de Mellish Park deambulaba de un lugar a otro, ahora sentándose en su gabinete, ahora por el jardín, ahora recorriendo el salón, desplazando, desordenando y mudando de sitio los muebles, ahora subiendo y bajando las escaleras, sentándose en la puerta y rondando el pasillo que conducía a la sala donde Lucy y Aurora se hallaban sentadas juntas afectando mantenerse ocupadas, mientras sólo aguardaban, esperando..., esperando el final de la tormenta.

El pobre John apenas podía acercarse a su querida esposa, pues sus grandes y misteriosos ojos le miraban inquiriendo siempre la misma pregunta, reclamando lastimosamente una respuesta que no podía darle.

Fue un tiempo lánguido, amargo y cansino.

John Mellish estuvo muy irritado y preocupado durante todo aquel largo día de agosto, esperando en vano al agente. ¿Por qué no venía? Había prometido traer o enviar noticias de sus pesquisas. Talbot repetía en vano a su amigo que el señor Grimstone no estaría ocioso, que el descubrimiento que debía hacer no se conseguía en un día, y que el señor Mellish no tenía más que mantener la calma y esperar en silencio el acontecimiento que tanto ansiaba.

—No debería decir esto, John —dijo el señor Bulstrode, entonces— si no creyera... como sé que este Grimstone cree, que estamos en el buen camino y próximos a apoderarnos del miserable que perpetró el crimen. No puedes hacer otra cosa que ser paciente y confiar en los trabajos del detective.

—Sí —exclamó John Mellish—, y mientras tanto, todas esas personas van a decir cosas crueles de mi querida Aurora, y nos evitarán casi con terror... y, no, no puedo soportarlo, Talbot, no puedo. ¡Huiré de esta casa maldita, la venderé, la quemaré...; partiré y alejaré a mi preciosa Aurora de los miserables que la han calumniado!

—No debías hacerlo, John Mellish —exclamó Talbot Bulstrode—, hasta que se haya descubierto el asesino de James Conyers. Pero vete tan pronto como gustes, si te atienes sólo a eso, pues las compañías de esta casa no serán agradables durante algún tiempo, al menos. Pero hasta que la verdad sea patente, deberíais permanecer aquí. Si existe alguna sospecha contra Aurora, su presencia en su casa desmentirá mejor estas sospechas. Lo que dio que hablar a algunos maliciosos en un principio fue su viaje precipitado a Londres —añadió Bulstrode, que naturalmente no tenía noticia de la carta anónima de la señora Powell que había levantado inicialmente las sospechas de la policía de Doncaster.

Así hablaba Talbot y alentaba a su amigo en aquel largo día de verano sin cansarse un momento de su tarea ni perder de vista los intereses de Aurora Mellish y su marido.

Tal vez era un castigo que se había impuesto por la injuria que hiciera a la hija del banquero en otro tiempo en Felden. Si así era, cumplía la penitencia muy gustosamente.

«Dios sabe cuán grato me sería prestarle este servicio —pensó—; su vida no ha sido más que un cúmulo de desgracias a pesar de las riquezas de su padre. Doy gracias al cielo porque mi pobre Lucy no haya sido nunca la heroína de una tragedia como esta; gracias a Dios, la vida de mi pobre y querida Lucy fluye como un río tranquilo y plácido que nunca agitó la tempestad.»

No podía sino sentir una especie de estremecimiento pensando que la historia contada de boca en boca por todo el West Riding hubiera podido ser la historia de su mujer, y estaba muy complacido al recordar que el nombre de la mujer que había elegido no había salido nunca del círculo sagrado de su propia casa, para servir de tema de conversación a ningún extraño.

Hay cosas completamente insoportables para ciertas personas que son nimias a los ojos de los demás. John Mellish, tranquilo en su creencia de la inocencia de su mujer, quería llevársela consigo —después de destruir hasta los cimientos la casa de sus antepasados— desafiando a todo Yorkshire a que encontrase un solo defecto y una mancilla en su reputación; pero Talbot Bulstrode se hubiera vuelto loco de agonía recordando que lenguas vulgares habían profanado el nombre de la mujer que amaba, y nunca hubiera podido olvidar tan insufrible agonía. Ni siquiera había olvidado aún la angustia sufrida la Navidad que había pasado en Felden Woods y la lucha mantenida consigo mismo en Bulstrode Castle; ni tenía, bien es cierto, la esperanza de olvidar algún día. La felicidad presente, por pura y sin mancha que fuera, no podía borrar las angustias del pasado.

Archibald Martin Floyd estaba sentado con su hija y Lucy en la salita de Aurora, el aposento más agradable por varias razones, pero principalmente porque estaba lejos del ruido de la casa y de la probabilidad de una intrusión no deseada. Las últimas desgracias de este grupo familiar habían sido acalladas en presencia del anciano, y no se había pronunciado palabra alguna ante él que le hubiera permitido

adivinar que su hija única era sospechosa del crimen más horrible que un hombre o una mujer pueden cometer. Pero no podía engañarse tan fácilmente a Archibald Floyd cuando la felicidad de su hija estaba en entredicho; había observado su hermoso rostro —cuyas variadas expresiones eran uno de sus mayores encantos— tan seria y ansiosamente, que cada una de sus miradas le era familiar. Ninguna sombra del brillo de la belleza de su hija podía escapar a los ojos del anciano, débil ya para las cifras de sus libros contables. Fue asunto de Aurora, por tanto, sentarse al lado de su padre en la agradable salita, hablar con él, mientras que John paseaba de aquí para allá —haciéndose fastidioso para el paciente Talbot Bulstrode—; la señora Mellish le repitió a su padre de nuevo que no había causa de desasosiego, que estaban meramente anhelantes... y que el único afán era descubrir al asesino para llevarle ante la justicia.

El banquero aceptó esta explicación de su pálida hija muy silenciosamente, pero no consiguió calmar su ansiedad —no sabía muy bien la razón—, pues sentía que una oscura nube se cernía sobre él, y no conseguía apartarla de su mente.

Y así, aquel largo día de agosto fue tocando a su fin, con el sol bajo resplandeciendo de un excelso escarlata tras los árboles del bosque de Mellish, hasta lograr que el estanque a cuya vera había sido asesinado James Coyers pareciera teñirse de sangre, anunciando que aquella fatigosa y ansiosa jornada había terminado.

John Mellish, demasiado inquieto para permanecer sentado a los postres, había salido al jardín, acompañado por su infatigable guardián, Talbot Bulstrode, y se paseaba con inquietud sobre el césped por entre los macizos del señor Dawson, mirando sin descanso hacia la avenida de árboles que conducía a la casa y lanzando maldiciones contra el tardío detective.

—¡Por el cielo, otro día que se ha ido, Talbot! —dijo John Mellish con un suspiro impaciente—. Me pregunto si mañana, por fin, recibiremos las noticias que ansiamos. ¿Y qué sucederá si esto dura mucho tiempo? ¿Y si la espera se hace eterna en tanto que Aurora y yo nos volvemos locos de esta horrible ansiedad y desasosiego? Sí, me consta que piensas que soy un tonto y un cobarde, Talbot Bulstrode, pero no puedo esperar en silencio, no, no puedo. Sé que hay personas que se encierran en sí mismas con sus penas, y sufren silenciosamente y sin un solo gemido..., pero a mí me es imposible; necesito gritar si me siento torturado o lanzar mis sesos contra la primera pared que encuentre. Cuando pienso que todo el mundo puede sospechar de ella... Cuando pienso que pueden creer que es...

—Pueden creer lo que *tú* mismo has creído, John —dijo Bulstrode, con gravedad.

—¡Ah!, esa es la puñalada más cruel de todas —exclamó John—; si yo... yo que la conozco, y que la amo y confío en ella como nadie jamás confió; si yo he podido vacilar y sentirme enloquecido ante ese horrible encadenamiento de crueles circunstancias que se confabularon (¡el cielo me ayude!) para acusarla; si yo he llegado a delirar por todas esas terribles circunstancias que daban vueltas en mi mente hasta cometer la inexplicable locura de dudar de lo que más amo, ¿qué pueden pensar los extraños que no la conocen ni la aman y que siempre están dispuestos a creer todo

lo que es antinaturalmente infame? Talbot, no voy a soportar esto por más tiempo. Ahora mismo voy a Doncaster para ver a ese hombre, Grimstone, forzosamente ha debido descubrir algo nuevo. Saldré de inmediato.

El señor Mellish se hubiera dirigido hacia las caballerizas, pero Talbot le detuvo por el brazo.

—Es muy posible que te cruces con él en el camino sin verle, John. Ayer vino muy tarde por la noche, y creo que hoy hará lo mismo. Además, no sabemos si vendrá por la carretera o si tomará algún atajo a través de los campos, por lo que es probable que te pase inadvertido.

Mellish vaciló.

—¿Y si no viene esta noche? —preguntó—. Te repito que no puedo soportar más esta incertidumbre.

—Pues permíteme que vaya yo a Doncaster, y quédate tú en casa para recibir a Grimstone si viene.

El señor Mellish se aquietó considerablemente con esa proposición.

—¿Quieres ir a la ciudad, Talbot? —dijo—. Eres muy amable por ofrecerte. No me gusta depender de ese hombre, pero al mismo tiempo, no sé si será mejor esperar su llegada o ir en su busca. Me temo que soy una molestia para ti, Bulstrode.

—Nada de eso —respondió Talbot con una sonrisa.

Tal vez sonrió involuntariamente al ver la poca noción que tenía John Mellish de las molestias que le había causado aquel día, haciéndole escuchar una y otra vez sus continuas lamentaciones.

—Iré con mucho gusto —dijo—. Ordena que me ensillen un caballo.

—Sin duda, montarás a *Red Rover*, mi caballo de caza preferido. Vamos a las caballerizas y lo ensillarán en un momento.

Un criado ensilló a *Red Rover*, y después de mil súplicas y recomendaciones de John, Talbot Bulstrode partió al ocultarse el sol. El camino más breve desde las caballerizas hasta la carretera lo llevaba por el pabellón del norte, que estaba cerrado desde el día del funeral del adiestrador; los muebles con que habían decorado el pabellón quedaron abandonados a las polillas y las ratas, pues los criados de Mellish Park eran muy supersticiosos y estaban demasiado impresionados con la historia del asesinato como para atreverse a devolver los muebles —seleccionados específicamente para comodidad de James Conyers— a los desvanes de los que se habían despojado. La puerta estaba cerrada con llave, por tanto, y la llave en poder del jardinero Dawson, que podía disponer del lugar nuevamente como almacén para raíces y esteras, viejos enrejados para la plantación de pepinos y herramientas de jardín defectuosas.

El lugar respiraba tristeza, aunque el sol, ya bajo, iluminaba con primoroso fulgor una de las ventanas que daban al oeste carmesí, y las últimas hojas de los rosales seguían tendidas sobre la hierba ante la puerta; puerta por cuyo umbral había pasado James Conyers para ir a su última morada. Uno de los mozos de la caballeriza había

acompañado al señor Bulstrode para abrirle las puertas de hierro oxidado que giraban pesadamente sobre sus quicios y casi nunca estaban abiertas.

Talbot montó con paso enérgico —sin soltar las riendas— hasta llegar a Doncaster, a la posada en la que se hospedaba el detective. El señor Grimstone estaba tomando un refrigerio apresurado tras un cansado e inútil paseo por la ciudad, y salió con la boca llena para hablar con Bulstrode; pero se cuidó mucho de no confesarle que hacía tres horas que él y su ayudante le habían perdido la pista al *idiota* y que, ciertamente, estaba tan cercano al descubrimiento del asesino como lo había estado a las once de la noche anterior, momento en que descubrió al primer propietario del chaleco con los botones Crosby, de Birmingham, en la persona de Dawson, el jardinero.

—No hemos perdido el tiempo, caballero —dijo contestando a las preguntas de Talbot Bulstrode—. Mi trabajo es confidencial hasta prender al sujeto en cuestión. No me equivocaba al pensar que el hombre que buscamos estaría en Doncaster, y por lo tanto me quedaré en la ciudad hasta que le prenda, a no ser que reciba noticias que me obliguen a ir más lejos. Dígale al señor Mellish que cumplo con mi deber con conciencia, y que no comeré, beberé ni dormiré más que lo necesario para vivir, hasta que haya conseguido mi objetivo.

—Pero ¿no ha descubierto nada nuevo, entonces? —dijo Talbot—. ¿No tiene nada nuevo que decirme?

—Sea lo que fuere lo que haya descubierto, vale muy poca cosa por ahora —respondió el detective, vagamente—; pero no se desanimen y dígale al señor Mellish que mantenga sus esperanzas y su confianza en mí.

Talbot Bulstrode tuvo que contentarse con este dudoso consuelo. No era mucho, ciertamente, pero decidió regresar a Mellish Park para ayudar en lo posible a John.

Salió de Doncaster, cabalgó por delante del Reno y las casas de blancas fachadas de los habitantes más opulentos de la ciudad, y se encontró de nuevo en la carretera sin más dificultad. El tenue resplandor de la pálida luna iluminaba las copas de los árboles a derecha e izquierda, cuando dejó atrás los arrabales de la ciudad y avanzó por un camino que se volvía fantasmal bajo los cascos de su caballo. No estaba de un humor demasiado esperanzador tras su entrevista con el señor Grimstone, pues sabía que los agentes de policía de Doncaster vigilaban sigilosos a todos los habitantes de la quinta de Mellish, y que las venenosas lenguas de la calumnia alzaban un violento y siniestro murmullo contra Aurora. Cada hora, cada minuto era de vital importancia. Cientos de peligros les amenazaba por todas partes.

¿Qué se podía esperar de aquellos entrometidos impacientes, ansiosos por distinguirse y orgullosos de ser los primeros en hacer circular un escándalo abominable contra la encantadora hija de uno de los hombres más ricos de la Bolsa de Valores? Hayward, el juez de instrucción, y Lofthouse, el rector, sabían ambos el secreto de la vida de Aurora, y no sería de extrañar que, pensando en la muerte del adiestrador, y a la luz de ese conocimiento, creyeran culpable a Aurora de haber

tomado parte en el espantoso asesinato del jefe de caballerizas de Mellish Park. Si por alguna horrible fatalidad el asesino consiguiera escapar, y la verdad nunca fuera revelada, la reputación de Aurora quedaría en entredicho por los siglos de los siglos hasta que su nombre fuera grabado en una lápida, y la señora Mellish descansara para la eternidad bajo la sombra de la sospecha.

Aunque el detective había afectado una actitud esperanzadora —y hasta misteriosa— en su breve entrevista con Talbot, no había conseguido engañar a Bulstrode, que sentía la vaga sospecha de que algo no iba bien, y que en modo alguno el señor Grimstone estaba tan convencido de su éxito como fingía aparentar.

«Creo que le han perdido la pista al sospechoso —pensó Talbot—; primero me dijo que creía que se encontraba en Doncaster, y al momento siguiente concluyó que podía estar más lejos... Claramente se deduce que no sabe dónde está. Y en ese caso es muy probable que el *idiota* se haga con el dinero y parta de Inglaterra... Si lo hace...»

Bulstrode no terminó su pensamiento. Había llegado al pabellón del norte y desmontó para abrir la puerta de hierro. Las luces de la casa brillaban hospitalariamente a lo lejos por detrás del bosque, y las vagas voces de unos hombres —provenientes de las caballerizas— sonaban débiles en la distancia, pero el pabellón del norte y el descuidado jardín a su alrededor estaban silenciosos como tumbas, y tenían un cierto aspecto fantasmal bajo el tenue resplandor de la luna.

Talbot condujo su caballo por las riendas al atravesar las portillas, y dirigió una mirada involuntaria a las ventanas del pabellón, pero se detuvo de pronto reprimiendo una exclamación de sorpresa al ver un débil rayo de luz que no era de la luna y que brillaba en la ventana del aposento superior que había servido de dormitorio al hombre asesinado. Antes de que su exclamación brotara de sus labios, la luz desapareció.

Si alguno de los palafreneros de Mellish, o alguno de los mozos de cuadra, hubieran sido testigos de esta fugaz aparición, sin duda hubieran emprendido instintivamente la fuga, corriendo sin aliento hasta llegar a las caballerizas para contar una salvaje historia sobre algún terror sobrenatural en el pabellón del norte; pero Bulstrode, que era de otro temple, caminó suavemente hacia el frente, guiando aún a su caballo, hasta estar seguro de mantenerse fuera del alcance del oído de quienquiera que fuera que se encontrara en el pabellón; entonces se detuvo y, tras amarrar las bridas de su caballo, regresó con sigilo hacia la puerta del norte, no sin antes asegurarse de dejar al corcel rodeado de maíz —recortado en varillas de color avellana cubiertas rocío— y cualquier otro tipo de follaje a su alcance.

El heredero de *sir* John Walter Raleigh Bulstrode se arrastró de vuelta al pabellón casi tan sigilosamente como si se tratara de un detective de la escuela del señor Grimstone, eligiendo las sendas cubiertas de césped bajo los árboles para acallar sus pasos cautelosos. Al acercarse a la verja de madera que cercaba el pequeño jardín, reapareció de nuevo la luz —que tan fugazmente se había extinguido hacia unos

minutos— tras una cortina blanca de la planta superior.

«Es extraño —pensó Bulstrode mirando la débil luz—, pero estoy seguro de que no es nada importante. Creo haber oído decir a John que los jardineros depositaban sus herramientas ahí, y supongo que es uno de ellos. Pero es demasiado tarde, no obstante, para estar trabajando a estas horas.»

Habían dado las diez mientras el señor Bulstrode cabalgaba hacia la casa, y no era probable que ningún criado de Mellish estuviese fuera de casa a esas horas.

Talbot se demoró en la angosta puerta, indeciso sobre lo que debía hacer a continuación —pero enteramente resuelto a descubrir qué era lo que hacía allí aquel hombre—, cuando una sombra se movió rápidamente a través de la blanca cortina —una sombra aún más rara y desgarrada de lo habitual—, la sombra de un hombre con joroba.

Talbot Bulstrode no profirió grito de sorpresa alguno, pero su corazón palpitó con furia contra sus costillas, y la sangre se le agolpó hirviendo en la cara. No recordaba haber visto nunca al *idiota*, pero siempre había oído decir que era jorobado. No cabía, pues, duda alguna sobre la identidad de la sombra, y menos dudas aún acerca de los propósitos por los que Stephen Hargraves visitaba aquel lugar —precisamente aquel lugar y no cualquier otro—, ya que de no ser realmente culpable, ¿no sería más lógico que lo hubiera tratado de evitar?

«Impasible, medio *idiota* como es, habrá supuesto, sin duda, que los comunes temores de los bajos asesinos, medio bestias medio Calibanes^[120], les mantendrían a distancia de ese lugar.» Estos pensamientos tan sólo ocuparon la mente de Talbot durante los breves instantes en que los violentos latidos de su corazón le mantuvieron impotente para moverse o actuar; luego, abriendo la puerta, corrió a través del pequeño jardín, pisoteando imprudentemente sobre los parterres descuidados, y empujó la puerta suavemente. Estaba firmemente asegurada con una cadena pesada y un candado.

«Ha entrado por la ventana, entonces —pensó el señor Bulstrode—. ¡Pero, en el nombre del cielo!, ¿qué le puede haber motivado a venir aquí?»

Talbot tenía razón; la pequeña celosía había sido casi arrancada de sus goznes y pendía sobre la pared entre el follaje enmarañado que la rodeaba. El señor Bulstrode no vaciló un momento en penetrar de cabeza por la estrecha abertura del piso bajo por la que había entrado el *idiota* y gatear a ciegas por la habitación. Entonces, la celosía, aún más desprendida tras la entrada de Bulstrode, se precipitó finalmente con estrépito, pero no lo suficientemente pronto como para servir de aviso a Steeve Hargraves, que apareció en ese momento en el primer escalón de la escalera de caracol. El *idiota* llevaba una vela de sebo —en un ajado candelabro de estaño— en la mano derecha y un pequeño bulto bajo el brazo izquierdo. Su pálido rostro estaba tan blanco como siempre, pero su aspecto cadavérico fue una visión espantosa para Bulstrode, que no le había visto nunca hasta ese momento. El *idiota* retrocedió con un intenso gesto de terror al ver a Talbot, y una caja de fósforos que llevaba en el

candelabro rodó por el suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el señor Bulstrode, con severidad—. ¿Y por qué has entrado por la ventana?

—No hago nada malo —lloriqueó el *idiota*, lastimosamente— y no es asunto suyo tampoco —añadió con un débil alarde de insolencia.

—Sí, es asunto mío, porque soy pariente y amigo del señor Mellish —dijo Talbot—. Sospecho que no has venido con buenas intenciones e insisto en saber lo que buscabas.

—No he venido para robar, de todos modos —dijo el *idiota*—; aquí no hay más que mesas y sillas, y no creo que haya venido para llevármelas.

—Tal vez no, pero para algo has venido, y quiero saberlo. No hubieras venido hasta aquí si no tuvieras una razón muy importante para hacerlo. ¿Qué llevas ahí?

Bulstrode señaló el bulto que llevaba el *idiota*. Los ojillos castaño rojizos de Steeve Hargraves evitaron la mirada de su interlocutor y le hicieron creer que equivocaba la dirección en que miraba Talbot.

—¿Qué llevas ahí? —repitió Bulstrode—. Sabes muy bien lo que quiero decir. ¿Qué llevas en ese paquete bajo el brazo?

El *idiota* estrechó convulsivamente el sucio bulto y miró a Talbot con el terror salvaje de un grotesco animal acorralado, con una brutalidad tan interiorizada que resultaba más comprometedor, y quizá más repulsiva, que en el más vil de los animales.

—No le interesa a usted ni a nadie —murmuró malhumorado—. Supongo que un pobre hombre tiene derecho a recuperar la poca ropa que le queda, sin ser *reconvenido* por ello.

—¿Qué ropa? Déjame verla.

—No quiero, no quiero; no es suya. Tan sólo es un viejo chaleco que me dio uno de los mozos.

—¡Un chaleco! —exclamó el señor Bulstrode—... Déjame verlo de inmediato; es un chaleco por el que has sido investigado, Hargraves. Un chaleco de color chocolate con rayas amarillas y botones de latón. ¡Déjame verlo!

Talbot estaba casi sin aliento por la emoción. El *idiota* se quedó horrorizado al escuchar la descripción de su chaleco, pero era demasiado estúpido para comprender instantáneamente la razón por la que se interesaban por esa prenda. Retrocedió algunos pasos y luego se lanzó corriendo hacia la ventana, pero las manos de Talbot le sujetaron a tiempo, atenazándole por el cuello.

—Más te valdría no pelear conmigo —dijo Bulstrode—. Estoy acostumbrado a habérmelas con los rebeldes cipayos en la India y he combatido con un tigre. ¡Muéstrame el chaleco!

—¡No!

—Por el cielo que nos cobija, que lo harás.

—No lo verá.

El *idiota* y Talbot comenzaron una lucha cuerpo a cuerpo. Aún robusto como era, como buen soldado, se encontró en Stephen Hargraves un hombre más fuerte de lo que esperaba, pues el conjunto de su grueso tronco, anchas espaldas y brazos musculosos conformaban una complexión casi hercúlea. La lucha se prolongó durante un largo espacio de tiempo, pero llegó por fin a su término, y el heredero de los Bulstrode, el capitán de caballería, el hombre que se había batido con los Sikhs sedientos de sangre y se había lanzado contra las negras bocas de los cañones rusos en Balaklava, sintió que apenas podía resistir mucho más contra el vagabundo medio *idiota* de las cuadras de Mellish. Los encallecidos dedos de Steeve comprimían su garganta, sus largos brazos se retorcían en torno suyo, y en un instante Talbot Bulstrode yacía tendido sobre el suelo de la casita del norte, con la rodilla del *idiota* sobre su pecho agitado.

Y entonces vio a Stephen Hargraves bajo la tenue luz de la luna.

Un momento después, a la tenue luz —la candela había sido arrojada al suelo y pisoteada al comienzo de la pelea—, vio que el *idiota* se metía en el bolsillo del pecho la mano que tenía libre, y oyó un ruido metálico que asoció al de una navaja de resorte al abrirse.

—¿Conque quiere ver mi chaleco, eh? —dijo el *idiota*, con su cálido aliento muy próximo a las mejillas del hombre vencido—. Pues no lo verá, porque le estrangularé como estrangulé al otro. No dejaré que se interponga entre mis dos mil libras y yo.

Talbot Raleigh Bulstrode vio brillar débilmente un acero —a la tenue luz de la luna—, y en ese momento sus sentidos se confundieron bajo el puño de hierro de la mano del *idiota*, por lo que apenas se apercibió de un repentino crujido de cristal a su espalda, unos pasos rápidos y una extraña voz aullando algún juramento marino sobre su cabeza. Su cuello se vio libre de pronto de la presión que le asfixiaba —al tiempo que alguien o «algo» era lanzado a un rincón de la estancia—, recobró las fuerzas casi instantáneamente y de un salto se puso de pie, aturdido y desconcertado, pero dispuesto a continuar la lucha.

—¿Quién va? —gritó.

—Soy yo, Samuel Prodder —respondió la voz que había lanzado el terrible juramento—. Amigo mío, estaba usted a punto de «terminar» para siempre, cuando «he subido a bordo». Afortunadamente no es la primera vez que vengo aquí de noche, suelo pasear y fumar tranquilamente antes de retirarme a descansar. Vigilaba la luz desde lejos —dijo el capitán Prodder mientras señalaba con el pulgar en dirección a Doncaster—, hasta que se apagó de repente, hace cinco minutos, y he venido a investigar qué ocurría. No sé quién es usted, ni por qué luchaba, pero sí sé que ha estado esta noche tan cercano a la muerte como en su día lo estuvo el tipo del bosque.

—¡El chaleco! —jadeó Bulstrode—... ¡Déjeme ver el chaleco!

Y se arrojó de nuevo sobre el *idiota*, que se había precipitado hacia la puerta y hacía esfuerzos para abrirla con sus manos de hierro; pero en esta ocasión el señor Talbot tenía un aliado incondicional en el capitán Prodder.

—Un poco de cuerda suele ser muy útil en estos casos —dijo Samuel Prodder—, y por lo que pueda pasar siempre llevo provisiones encima.

Metió el brazo hasta el codo en uno de los amplísimos bolsillos de sus turísticos pantalones, sacó una bobina de cordel alquitranada, y del mismo modo que hubiera podido sujetar a un marinero en un mástil en caso de naufragio, ató al *idiota* dando vueltas con el cordel en torno al cuerpo hasta que sus pies y sus brazos cesaron de moverse.

—Ahora, si quiere hacerle algunas preguntas —dijo Prodder, educadamente—, sin duda le contestará a lo que le cuestione. Ya verá qué dócil lo encuentra.

—No puedo pararme a darle las gracias ahora —dijo Talbot precipitadamente—, ya habrá tiempo suficiente para ello.

—Ay, ay, de eso estoy seguro, compañero —gruñó el capitán—; pero no hay necesidad de que me dé las gracias. ¿Puedo hacer alguna cosa más por usted?

—Sí, mucho, pero antes de nada es preciso encontrar el chaleco. ¿Dónde lo habrá puesto? Espere, será mejor prender una candela. Vigile a este hombre mientras busco los fósforos y la vela.

El capitán Prodder sólo asintió con la cabeza. Aunque consideraba el amarre del *idiota* como el culmen del arte, se colocó junto al preso para complacer a Talbot, que estaba pronto a arrojarse sobre él si osaba moverse.

La luz de la luna era lo bastante clara para permitir a Talbot Bulstrode encontrar los fósforos y la candela tras unos minutos de búsqueda. La bujía había sido pisoteada durante la lucha, pero estaba aún en disposición de alumbrar, y se puso raudo a buscar el chaleco.

El paquete había ido rodando hasta un rincón del cuarto; estaba fuertemente atado con un cordel, y resultaba difícil adivinar lo que contenía.

—Sostenga la luz mientras desato esto —dijo Talbot entregando la candela a Samuel Prodder. Estaba tan impaciente que apenas podía esperar y cortó la cuerda con la navaja del *idiota* que había encontrado al buscar la lumbre.

—No me equivocaba —dijo mientras desenrollaba el chaleco—; el dinero está aquí.

El dinero estaba allí..., en la pequeña cartera de cuero que Aurora le había dado al hombre asesinado. Si se hubiera necesitado confirmación, el alarido de rabia que salió de la boca de Hargraves hubiera sido suficiente.

—Es el dinero —dijo Bulstrode—; le tomo por testigo, caballero —sea quien sea—, de que he encontrado este chaleco y esta cartera en poder de ese hombre y que los tomo tras una lucha en la que atentaba contra mi vida.

—¡Sí, sí!, le conozco bastante bien —dijo el marino—; es un canalla, y no es esta la primera vez que nos vemos.

—Y yo le pongo por testigo de que este hombre es el asesino de James Conyers.

—¿Cómo? —exclamó Samuel Prodder—. ¿Este miserable villano que acusaba a la hija de mi hermana Eliza..., a la señora Mellish?

—Sí, sí, lo sé; pero ya le tenemos. Corra a la casa y que envíen algún criado en busca de un agente de policía, mientras le retengo.

Samuel Prodder consintió gustoso. Había auxiliado a Talbot en un primer momento sin la menor idea de las consecuencias del asunto; pero estaba ya tan animado como él, y trepando por la ventana corrió hacia las caballerizas guiado por las luces de los dormitorios de los mozos de cuadra.

Talbot esperó con paciencia su regreso; se puso de pie a pocos pasos del *idiota*, contemplado a Hargraves mientras mordía salvajemente las cuerdas con la esperanza, tal vez, de liberarse.

—Estaré listo para ti —dijo el joven de Cornualles, con voz queda—, cuando tú estés listo para mí.

Una multitud de criados y mozos de cuadra llegó al pabellón con linternas, precedidos del señor Mellish, que estaba lleno de inquietud y no comprendía nada de lo que pasaba.

La puerta de la cabaña se abrió, y todos ellos irrumpieron en el pequeño cuarto, donde, sin hacer caso de los mozos, jardineros, simpatizantes y agitadores, John Mellish cayó sobre el pecho de su amigo y lloró en voz alta.

L'ENVOI^[121]

¿Qué más puedo contar de este simple drama de la vida doméstica? Ha llegado el final. La tragedia que ha envuelto la historia de un afable caballero de Yorkshire y su esposa será desterrada de sus vidas de ahora en adelante. El sombrío relato —que comenzó con la locura de Aurora Floyd y tuvo su culmen en el crimen de un criado medio *idiota*— ha sido narrado de principio a fin. Sería peor que inútil detenerse a describir el juicio que tuvo lugar en York, en la fiesta de St. Michael.^[122] Las evidencias contra Stephen Hargraves fueron concluyentes, y el patíbulo a la entrada del castillo de York puso fin a la vida de un hombre que nunca había recibido auxilio o consuelo de sus semejantes. El abogado defensor intentó demostrar que no era responsable de sus actos y se apoyó en el apodo con el que le llamaban para reafirmar este punto, pero el impasible jurado, considerando las circunstancias del asesinato, sólo vio en él un crimen perpetrado a sangre fría —cometido por un miserable cuya única motivación era la más infame codicia—, y Stephen Hargraves fue condenado sin posibilidad de atenuantes ni recomendación de clemencia. El reo proclamó su inocencia hasta la noche anterior a su ejecución, y durante aquella velada hizo una confesión completa de su crimen, como acostumbra a hacer todos los reos de su clase. Relató cómo había seguido a James Conyers hasta el bosque, en la noche de su cita con Aurora, y de qué forma había visto y oído todo cuanto ocurrió durante la entrevista. Disparó al adiestrador por la espalda mientras este se hallaba sentado a orillas del estanque mirando los billetes en la cartera, y se había servido de un botón del chaleco en vez de un taco al no encontrar a mano ninguna otra cosa que sirviera a sus propósitos. Había ocultado el chaleco y la cartera en un hueco del zócalo en el aposento de su víctima, y al ser despedido del alojamiento repentinamente, se había visto forzado a dejar el botín tras él, para no despertar sospechas. Fue por esta causa que regresó la noche que Talbot lo encontró, para recuperar su tesoro y partir para Liverpool a las seis de la mañana siguiente.

Aurora y su esposo dejaron Mellish Park inmediatamente después de ser encerrado el *idiota* en la cárcel de York. Se dirigieron al sur de Francia acompañados de Archibald Floyd, y viajaron por diversos países donde encontraron la paz al no verse ensombrecidos por ningún recuerdo doloroso. Permanecieron durante mucho tiempo en Niza, donde se unieron con Talbot y Lucy, que viajaban con un voluminoso equipaje, criados y una nodriza normanda que llevaba en brazos a una niña de ojos azules; y fue en Niza donde nació otro niño de hermosos ojos negros; un

niño, es cierto, pero asombrosamente parecido a aquella pequeña niñita de rostro solemne que la señora Alexander Floyd había mostrado al banquero veintidós años antes, en Felden Woods.

Es casi superfluo narrar que el capitán de marina mercante, Samuel Prodder, fue cordialmente recibido por el generoso John Mellish y su esposa. Desde entonces es un visitante bienvenido en Mellish Park cuando vuelve a tierra; en el momento en que escribo estas líneas se encuentra en las islas Barbados, y su camarote se halla atestado de presentes destinados a Aurora, como el dulce de guayaba, chiles en conserva, ron de Jamaica del superior y otras bagatelas adecuadas para una dama distinguida.

Por otro lado, quizá sirviera de consuelo a los agentes de Scotland Yard la recompensa de doscientas libras que con toda generosidad concedió John Mellish al detective Grimstone, aunque ciertamente fuera derrotado por Talbot Bulstrode que, como sabemos, fue quien prendió al asesino finalmente.

Y así dejamos a Aurora, un poco cambiada, tal vez, con una imagen menos desafiantemente deslumbrante, pero indeciblemente bella y tierna, junto a la cuna de su primogénito. Y aunque se hayan realizado mejoras en Mellish Park —como los cajones individuales para las yeguas construidos en el lugar donde anteriormente se erigía el pabellón del norte—, y se mantenga la suscripción al *Harper's Common*, dudo que mi heroína se preocupe tanto por las crines de sus caballos, o tome un vivo interés en las carreras y hándicaps, como hacía en los tiempos pasados.



POSFACIO





Mary Elizabeth Braddon (1835-1915) fue una figura clave en la escena literaria victoriana. Se cuentan no menos de ochenta obras de su autoría, en su mayoría novelas —principalmente pertenecientes al género de la «sensation novel» en el que se circunscribe una de sus obras más valoradas, *El secreto de Aurora Floyd* (1863)—, por las que obtuvo fama y reconocimiento en la segunda mitad del siglo XIX, y que elevaron a Braddon al más alto escalafón de la «intriga decimonónica» junto a Wilkie Collins, recibiendo por ello el título de «maestra en el arte del suspense y el misterio». También es destacable su incursión en la novela social, con *The Doctor's Wife* (1864), ficción claramente inspirada en *Madame Bovary*, y que supuso una gran contribución de Braddon para el conocimiento de la tipología «bovariense» en lengua inglesa —hasta ese momento desconocida—, al tiempo que daba a conocer el escándalo que había ocasionado la publicación de la novela de Flaubert en su país de origen. A su vez *The Doctor's Wife* supuso una clara influencia en la forma en que Thomas Hardy enfocó las relaciones matrimoniales en *The Return of the Native* (1878).

La fascinación que se siente al leer las novelas de Braddon es similar a la producida por los avatares de la vida de Mary Elizabeth, que fue, en muchos aspectos, tan «sensacionalista» como sus ficciones. Sus padres se separaron cuando Braddon aún no contaba cinco años de edad, a causa de los problemas financieros y las infidelidades de su progenitor, Henry Braddon, de profesión abogado, y temporalmente articulista y colaborador en revistas y diarios deportivos como *The Sportsman's Magazine*. Desde esa temprana edad, la pequeña Elizabeth fue criada en solitario por su madre, Fanny White, que era una ávida lectora de Dickens, Thackeray y Bulwer-Lytton. Años después se convirtió en una actriz precoz, y desarrolló una breve carrera en escenarios de provincias bajo el nombre artístico de Mary Seyton, desde 1852 hasta 1859, en una época en la que las actrices de «segunda» no eran mucho mejor consideradas que las prostitutas. Llegó a actuar durante una temporada en el Teatro Royal Surrey de Londres, pero en 1860 decidió dejar los escenarios y convertirse en escritora a tiempo completo, tras escribir su primera novela *The Octoroon* (1859), dando rienda suelta al gran talento que poseía como narradora. En 1860 escribe su segunda novela, *Three Times Dead; or, The Secret of the Heath*, y John Gilby, editor de la revista literaria *Beverley*, le pide que escriba un largo poema sobre las hazañas de Garibaldi, el libertador de Italia. En ese mismo año 1860 se produjo un gran punto de inflexión en la vida de Braddon al conocer al editor John Maxwell (1824-1895), que publicó varios de sus cuentos, entre los que destaca *The Cold Embrace*, en varias de sus revistas literarias. Entre ambos surgió una atracción inmediata. Pero John Maxwell estaba casado, tenía cinco hijos, y su esposa estaba internada en una institución mental de Dublín. En 1861 Mary Elizabeth comienza a convivir con Maxwell haciéndose cargo de los hijos de éste y aportando otros cinco a la pareja en los años siguientes, el primero de ellos, Gerald, nacido en marzo de 1862. Aunque no fue hasta 1874, con la muerte de la primera esposa de Maxwell, que les

fue permitido casarse legalizando así su estatus y el reconocimiento de los hijos que tenían en común.

La imaginación desbordante de Braddon le supuso la admiración recíproca de Henry James, Robert Louis Steventon, Wilkie Collins y William Thackeray, que afirmó sobre ella: «Si fuera capaz de inventar intrigas como las de la señorita Braddon, sería el más grande escritor inglés».

Desde 1860 y con Maxwell como editor, Mary Elizabeth escribe a un ritmo endiablado de tres novelas al año, además de otros artículos y relatos, y en 1880 puede regocijarse —casi tanto como sus editores— de tener cuarenta y tres de sus novelas en constante circulación. El *Daily Telegraph* la consagró líder de ventas de cualquier categoría en las librerías y se podía leer en *The Academy*. «Sería necesario recorrer un largo camino antes de llegar a algún lugar en el que no se conociera el nombre de Braddon. La señorita Braddon es parte de Inglaterra. Es la reina de la “trama”, sin ella todo sería diferente. Citada en las enciclopedias, debería aparecer también en los diccionarios, entre los nombres comunes».

El gran éxito de sus libros se debe en gran parte a su sentido innato de los gustos literarios del público, y a un profundo conocimiento del mercado editorial. «Estoy constantemente dividida —le escribió a su gran amigo, el escritor Edward Bulwer-Lytton—, entre el noble deseo de alcanzar la excelencia y la innoble necesidad de ganar mucho dinero». Quizá, después de todo, su deseo no fuera tan innoble, pues ya desde bien joven se vio en la necesidad de mantener a su madre —primero con su trabajo en los escenarios, y más tarde con la pluma—, después de que fueran abandonadas por un padre arruinado y de moral un tanto disoluta, situación que explica, entre otras muchas, el feminismo latente en casi todas sus obras. Años más tarde Mary Elizabeth también fue el principal sostén de su familia —gracias a su incansable trabajo como escritora—, tanto de sus hijastros como de los propios hijos de la pareja.

Por otra parte, Braddon es, de hecho, plenamente consciente del descontento sexual y social de la mayoría de sus lectores, y esta idea resuena a través de su obra de ficción, sin dejar de lado su sutil sentido del humor. No es propiamente una «sufragista», pero todos los estudios sobre su obra sugieren que la lucha por los derechos de la mujer es una lucha que le importaba en gran medida. «La señorita Braddon sabe —escribió Henry James— muchas de las cosas que las damas no tienen la costumbre de saber, pero que aparentemente están muy felices de aprender»; sabe, al fin y al cabo, «que las mujeres “perfectas” no dejan tras de sí historia alguna».

Con su novela *Lady Audley's Secret* (1862), la primera novela de suspense escrita por una mujer —que Braddon dedica a Sir Edward Bulwer-Lytton, el contemporáneo novelista al que tanto admiraba— obtuvo un enorme éxito que le produjo cuantiosas ganancias, aunque las «ligas de la virtud» consideraron a su heroína, *Lady Audley*, una criatura indigna y «especialmente dotada para el mal». Pero Braddon insiste en sus «ideales feministas», y en 1863 firma la novela que nos ocupa, *El secreto de*

Aurora Floyd, una novela de misterio con una trama ingeniosa que obtiene de nuevo un gran éxito entre los lectores, al tiempo que sufre las iras de los críticos más conservadores. A estas alturas, Mary Elizabeth Braddon se había establecido junto a Wilkie Collins, con su novela *La dama de blanco* (1860), y Ellen Wood, con *East Lynne* (1861), como ejemplo de excelencia del nuevo género, el de la «sensation novel», en el que los estudiosos también encuadran la novela *Grandes esperanzas* (1861), de Dickens. Todas ellas muestran características comunes e ingredientes específicos del género, en particular los elementos de misterio, «crímenes» violentos, y la intriga tortuosa enmarcada en escenarios de clase media y alta, aparentemente seguros y «normales».

Un crítico de la revista literaria *Fraser* escribió en 1863 que «un libro sin un asesinato, un divorcio, una historia de seducción, o una bigamia, no tiene valor alguno, pues un misterio y un secreto son las características principales de la novela moderna». Por otro lado, los comentarios de William Thomson, arzobispo de York, que fueron recogidos en el *Times* en 1864, pueden ser una clara representación de la indignación que sentían los sectores más conservadores ante el nuevo género de novela: «quieren persuadir a los lectores de que en cada una de sus tranquilas casas hay un esqueleto emparedado oculto tras alguna alacena».

Las novelas publicadas con anterioridad a este género tendían a confinar las escenas de violencia e ilegalidad en las áreas más pobres de la sociedad, permitiendo a los lectores de las clases medias y altas asistir como espectadores de ese «sensacionalismo transgresor» mientras permanecían confortablemente acomodados en sus propias casas y mansiones. Así, con el nuevo género, el cambio de foco de los escenarios y personajes significó un cambio en la amenaza que podía ser claramente percibida por las clases más pudientes dentro de su ámbito más próximo.

Con sus novelas Braddon escandalizó a sus contemporáneos mediante el esbozo de bellas mujeres transgresoras, que tras una apariencia «dulce» y femenina, cometían actos de violencia y engaño. En *El secreto de Aurora Floyd*, la bella protagonista —que se fuga con su primer novio, comete bigamia, y es sospechosa de asesinato—, desprecia las normas y códigos morales imperantes en la época, en cuanto a la conducta femenina «apropiada», y al hacerlo, provoca una tormenta de controversia entre cierto sector de la crítica, acerca de la dudosa moralidad de las novelas contemporáneas.

Braddon pudo hacer de Aurora una heroína más «aceptable» para los lectores más remilgados, retratándola abatida por la vergüenza y la culpabilidad tras su vuelta a casa desde París y sin inclinación alguna hacia un nuevo matrimonio; pero la señorita Floyd no sufre vergüenza y culpabilidad alguna, y demuestra a lo largo de toda la obra una autoestima cuasi «masculina», una gran fuerza de voluntad, y una «brutalidad» latente, que llega a su punto más álgido con el episodio más controvertido de la novela, aquel en el que «maltrata» a latigazos a un hombre «lento» de entendimiento. Esta escena revela la actitud de Aurora con respecto a

todos los demás hombres de su vida —su padre, su pretendiente, y sus dos maridos —, y da una idea clara de la dominación masculina que practica. Porque la «dulce» Aurora encierra un temperamento ardiente y sensual completamente diferente al mostrado por otras heroínas de la época —*Ruth* de Elizabeth Gaskell es un claro ejemplo—, pero Braddon llega aún más lejos en su desafío a la estricta moralidad victoriana consintiendo que su heroína finalmente no sea castigada por sus errores, en lo que constituye un «final escandaloso y subversivo» para la época.

Por otro lado, la novela describe a su protagonista atrapada en un matrimonio abusivo y adúltero, y dramatiza con eficacia las presiones extralegales que mantienen a muchos matrimonios infelices alejados de los tribunales: el miedo al escándalo personal, la traición a la propia familia a través de la publicidad y los cuantiosos gastos del proceso. Braddon reivindica la necesidad de establecer unas leyes que permitan conseguir el divorcio sin ese desproporcionado «coste social», y centra fundamentalmente su «ataque» en la Ley de Divorcio de 1857, con un argumento revolucionario que pretende por encima de todo poner en entredicho la «Ley de causas matrimoniales» y defender los derechos de la mujer contra una ley obviamente sesgada e injusta, según la cual, si bien el adulterio de una mujer era por sí mismo causa suficiente para una acción de divorcio por parte del esposo, el adulterio del marido era insuficiente si no iba acompañado por el abuso físico.

En 1866 Maxwell fundó la revista literaria *Belgravia Magazine*, en la que Braddon asumió el cargo de editora que ocupó durante una década —publicando novelas, poesía, teatro, ensayo y cuentos, entre otros los relatos cortos de Wilkie Collins—, mientras que continuaba escribiendo dos novelas seriadas al mismo tiempo, una de ellas bajo el seudónimo «Babington White». En esta época, viviendo una ola de prosperidad y celebridad literaria, Braddon y Maxwell compraron Lichfield House, en Richmond-upon-Thames, que pasó a ser su residencia principal. Ese mismo año 1866 Braddon y Maxwell perdieron a su hijo Francis y unos meses después nacería William Babington Maxwell, futuro novelista como su madre.

En 1891, la salud de Maxwell empeoró notablemente, y murió el 5 de marzo de 1895. Diez años más tarde, en febrero de 1915, y tras haber disfrutado de una larga y prolífica carrera, Mary Elizabeth Braddon murió de una hemorragia cerebral, a la edad de 79 años, y fue enterrada en el cementerio de Richmond.

De entre las restantes novelas de Braddon podemos destacar *John Marchmont's Legacy* (1863), *Dead Men's Shoes* (1876), *Vixen* (1879), *London Pride* (1896), y *The Green Curtain* (1911).

Durante casi un siglo, la obra de Mary Elizabeth Braddon se mantuvo injustamente olvidada. No fue hasta el surgimiento del feminismo y la consiguiente revisión del canon para incluir a muchas escritoras femeninas de la época, que fue reconocida por derecho propio como una escritora canónica.

Mary Elizabeth, no obstante, vivió para ver una versión en cine mudo de su novela *El secreto de Aurora Floyd*, en 1913.



MARY ELIZABETH BRADDON (1835-1915). Está considerada como una de las mejores escritoras de novelas de la era victoriana en el Reino Unido. Trabajó como actriz durante tres años para mantenerse a sí misma y a su madre. En 1860 conoció a John Maxwell, un publicista de periódicos, con el que comenzó a vivir en 1861. Sin embargo, John Maxwell era un hombre casado con cinco hijos y su esposa vivía en un asilo psiquiátrico en Irlanda. Mary vivió con Maxwell sin estar casados y ayudó a cuidar de sus hijos hasta 1874, cuando la mujer de Maxwell murió y entonces pudieron casarse. El nuevo matrimonio tuvo seis hijos. Mary Elizabeth Braddon fue una escritora extremadamente prolífica, escribiendo unas 75 novelas con tramas muy ingeniosas. Su amigo y posterior colaborador Wilkie Collins fue quien la animó a escribir la más famosa de sus obras, su primera novela, *El secreto de Lady Audley*. Tan sólo un año después, en 1863, publicaría *El secreto de Aurora Floyd*.

Notas

[1] Hacia la mitad de la época victoriana dominaban en la escena las adaptaciones de obras teatrales francesas. Había que remontarse al siglo XVIII para tomar ejemplos del drama británico, como *The London Merchant, or The History of George Barnwell* de George Lillo y *Jane Shore* de Nicholas Rowe. Millwood es la cortesana que seduce al joven aprendiz, Barnwell en la tragedia de Lillo. <<

[2] Braddon se refiere probablemente a una parodia de *Hamlet*. <<

[3] Braddon compara el estado de la escena británica con el estado «corrupto» de Dinamarca que Hamlet nació para corregir (Hamlet I.v. 188-9). Esa no era misión de Eliza, ni fue asumida por la propia Braddon en sus propias actuaciones como actriz.

<<

[4] William Charles Macready fue un actor británico muy famoso entre 1830 y 1840, y Richelieu, en la tragedia del mismo nombre (1839) de Bulwer-Lytton, uno de sus papeles más aclamados. <<

[5] Eliza O'Neill (sic), más tarde *Lady* Eliza Hechor, fue una Julieta famosa en el período de la Regencia. <<

[6] *El héroe Pendennis* de Thackeray (1850) se enamoró de jovencito de la actriz de provincias Emily Costigan, cuyo nombre artístico era *Miss Fotheringay*. <<

[7] La historia, verdadera, se relataba en el poema de Tennyson *The lord of Burleigh*.

<<

[8] Se refiere a la pasión degradante de Nancy por el brutal psicópata Bill Sikes, en *Oliver Twist* de Dickens. <<

[9] Edward Gibbon, autor de *La decadencia y caída del Imperio Romana*, Karsten Niebuhr, viajero alemán, muy famoso en la segunda mitad del siglo XVIII, que abrió nuevos caminos en arqueología y antropología en el mundo árabe; y Thomas Arnold, un notable historiador. <<

[10] Robert Gunter abrió una confitería de moda en Berkeley Square, en 1819. Después de su jubilación fue sustituido en el negocio por su hijo Richard. Se refiere Braddon, por otra parte, a la visión profética de Macaulay (en su artículo «Historia de los arzobispos de Roma», 1840) de un maorí de Nueva Zelanda contemplando las ruinas de St. Paul desde los restos de London Bridge, que rápidamente pasó a formar parte del folclore Victoriano. <<

[11] Fabricante de relojes que abrió su primera tienda en 1840; la filial en Cockspur Street se abrió poco tiempo después. <<

[12] Thomas Assheton Smith (d. 1858) fue un reconocido adiestrador de perros. <<

[13] Henry Angelo fue superintendente en el ejercicio de la espada para el ejército británico de 1853 a 1852. <<

[14] Se refiere probablemente a la tienda de bellas artes de Rudolph Ackermann en Regent Street. Los Ackermann eran fabricantes y comerciantes de litografías. <<

[15] Bulstrode prefiere a los filósofos franceses clásicos como Descartes y Condillac antes que al novelista francés moderno Paul de Kock, muy popular entre los lectores ingleses por su lenguaje ligeramente vulgar. <<

[16] A pesar de sus gustos no militares, se había distinguido en el cargo de la Brigada Ligera en Balaklava. <<

[17] Eugen Francis Charles D'Albert (1864-1932) fue un pianista y compositor alemán de origen escocés. <<

[18] En la época en que Aurora se encontró por vez primera a Bulstrode (15 septiembre de 1857, su decimonoveno cumpleaños), el tribunal de divorcio no había comenzado a dictar sentencias. Una vez que lo hizo, sus escándalos fueron recogidos en los periódicos y se convirtieron en una fuente de inspiración para los novelistas sensacionalistas como Braddon. <<

[19] Se refiere al licor de cannabis. <<

[20] *Philosophical Enquiry into the Sublime and the Beautiful*, de Edmund Burke. <<

[21] William Pinnock, autor de principios del siglo XIX que escribía principalmente sobre la historia de Inglaterra y otros países. <<

[22] La señora Teazle es el personaje principal en la comedia clásica de Sheridan *Escuela para el escándalo*. <<

[23] Pequeño listado de mujeres «malvadas fascinantes» de Bulstrode, prototipos de heroínas sensacionalistas como Aurora: Louisa Cranstoun Nisbett, posterior *Lady Boothby* (1812-1858), conocida actriz inglesa que actuó principalmente entre los años 1830 y 1840, luja de Frederick Hayes Macnamara, también actor; Cleopatra, la «serpiente del viejo Nilo», de Shakespeare; Nell Gwynne, la amante más conocida de Carlos II; Lola Montez, bailarina bígama que se convirtió en la amante de Luis I de Baviera y fue condesa de Landsfeld, desterrada del país en 1848; y Charlotte Corday, que apuñaló al líder jacobino Paul Jean Marat durante el Régimen de Terror en Francia. <<

[24] Las novelas de Charlotte M. Yonge, pesadamente piadosas y didácticas. <<

[25] *Fausto* de Goethe. La flor no era una rosa sino una margarita. <<

[26] El Pavilion se construyó por el príncipe de Gales en 1784, marcando el inicio del reinado de Brighton como la estación balnearia más de moda en los alrededores de Londres. Giulia Grisi fue la soprano más famosa del anterior período Victoriano. Giovanni Mario, un tenor casi igualmente famoso, fue su segundo marido. Marietta Alhoni, contralto; y Angiolina Bosio, soprano. <<

[27] Conocido clérigo, novelista e historiador que se identificaba con el socialismo cristiano. <<

[28] Se refiere al príncipe Alberto que había muerto en diciembre de 1861, un mes antes de que Aurora Lloyd comenzara a publicarse seriamente en el Temple Bar.

<<

[29] Braddon pretende establecer un contraste entre el príncipe consorte Alberto, muy amado por su pueblo, y el odiado príncipe regente, más tarde Jorge IV, que trató de deshacerse de su esposa alemana, la reina Carolina. El compañero abandonado al que se refiere Braddon es el Beau Brummell. <<

[30] Tienda de comestibles muy de moda de Londres. <<

[31] Actor y dramaturgo muy conocido en la época, gerente entre 1853 y 1876 del Haymarket Theatre. <<

[32] Morton Maddison (1811-1891), dramaturgo Inglés especializado en farsas de un solo acto; *Box and Cox* (1847) fue una de las más populares del período Victoriano.

<<

[33] Capa de ricos tejidos usada por las damas en la ópera o al ir o regresar de las fiestas nocturnas. <<

[34] Emperatriz de Nineveh, heroína famosa de una de las óperas de Rossini (1823). Aurora es a menudo comparada con ella y con Cleopatra. <<

[35] Según las doctrinas raciales del momento, las personas con sangre sajona pura eran más «inglesas» que las demás, y generalmente superiores en cuanto a rasgos físicos. <<

[36] La Rochefoucauld, Maximes supprimes. <<

[37] Notre Dame de París, libro VII. <<

[38] El adjetivo imperial es claramente sarcástico. Las relaciones entre Napoleón III y el gobierno británico dirigido por Palmerston eran muy tirantes. <<

[39] La historia de Elaine, *Lily Maid of Astolat*, que había muerto de amor no correspondido por el encantador Lancelot, había sido recientemente recogida en *Idylls of the King* (1859), de Tennyson. <<

[40] Referencia a Florence Nightingale, en su trabajo como enfermera durante la guerra de Crimea. Se la conocía como la «Dama de la Lámpara» por su hábito de hacer rondas nocturnas. <<

[41] Se refiere a la pasión del almirante Nelson por *lady* Emma Hamilton, una mujer casada. <<

[42] Referencia a los espartanos guiados por Leónidas que defendieron el paso contra el ejército persa invasor en el año 480 a. C.; con los seiscientos héroes de Balaklava, se refiere a los soldados de la Carga de la Brigada Ligera, en la batalla de Balaklava en 1854. <<

[43] Eugène Louis, el único hijo de Napoleón III, nació en 1856. En enero de 1858 se produjo un intento de asesinato contra Napoleón en la Rue Lepelletier, a las puertas de la ópera, un mes después de la partida de John Mellish de París. <<

[44] Un carruaje con una caja bajo el asiento para los perros de los cazadores; posteriormente, un vehículo abierto para una conducción normal, con dos asientos transversales de nuevo a la espalda, originalmente formados para cerrarse por arriba formando una caja para perros. <<

[45] Artista francesa del período victoriano, especializada en pinturas de animales. <<

[46] Carruaje probablemente manufacturado en Newport Pagnell. <<

[47] Bruddon cita de nuevo a Elaine, *Idylls of the King* (1859), de Tennyson. <<

[48] *Macbeth*, V. Primera de las muchas comparaciones que Braddon establece entre Aurora y lady Macbeth. <<

[49] Referencia a *El monje*, novela gálica escrita por Matthew Gregory Lewis en 1796.

<<

[50] Saville Row fue durante varias generaciones la zona de moda de las consultas médicas, antes de ser sustituida por Harley Street. <<

[51] El cardenal era probablemente Fleury, tutor del joven Luis XV, luego ministro principal de Francia durante diecisiete años. El alto chevalier de Rohan golpeó a bastonazos a Voltaire a la puerta de la casa del duque de Sully, en 1725. Voltaire llega a Inglaterra asqueado de Francia, donde ha sido objeto de varios atropellos que, de una manera injusta y totalmente arbitraria —y nada menos que en dos ocasiones— han terminado con él en la Bastilla. La última de ellas, precisamente la que aquí nos interesa, ha pasado a la historia con el nombre de «affaire Rohan» o «la batonade de Rohan». Un noble, Guy Auguste de Rohan-Chabot, tras una agria discusión con Voltaire en la Comedia Francesa en presencia de la actriz Adrienne Lecouvreur, le tiende una trampa: una cena literaria (otras versiones dicen que fue almuerzo) en casa del duque Sully, amigo de Voltaire, pero mucho más amigo de Rohan, en la que, a poco de comenzar, alguien llama a la puerta preguntando por el escritor. Voltaire sale y en la calle se encuentra dos carruajes. En uno está el caballero Rohan-Chabot; del otro surgen cuatro lacayos del noble de los que dos sujetan al escritor, mientras los otros dos lo vapulean a bastonazos. Ningún bastonazo le hirió la cabeza. Fue Rohan el que, desde su carruaje, mientras presenciaba el espectáculo, gritó a sus matones: «Ningún golpe en la cabeza, que esa cabeza todavía tiene que dar mucho de sí». Lo cual demuestra que, aunque fuera su enemigo, Rohan lo consideraba un genio. Ninguno de los reunidos en casa de Sully intervino. La nobleza hizo piña entre sí. Ante tal humillación, Voltaire cometió uno de los errores más grandes de su vida: pedir justicia al rey. Otra versión, más creíble, dice que quien pidió justicia no fue Voltaire, sino Rohan, que temía la venganza de la víctima. Fuese uno u otro, lo cierto es que Luis XV impartió «justicia» al instante: inmediatamente firmó una orden por la que enviaba a Voltaire a la Bastilla. Tras quince días a la sombra (según otras versiones fueron seis meses) Voltaire fue autorizado a marchar exiliado a Inglaterra. Allí permaneció treinta meses (de mayo de 1726 a diciembre de 1728). <<

[52] Se refiere al 23 de abril. <<

[53] Poemas de Scott, Byron. Longfellow y Tennyson, respectivamente. <<

[54] Referencia a Tyburn, lugar en que los criminales eran ajusticiados hasta 1783. <<

[55] Enrique IV ganó una famosa batalla contra la liga Católica de Arques en 1589. <<

[56] Referencia a «Mariana», de Tennyson, uno de los textos más conocidos en el siglo XIX en lo referido a la frustración sexual de la mujer. <<

[57] Referencia al más citado de todos los textos Victorianos que aluden a la frustración sexual masculina, «The Locksley Hall», de Tennyson. <<

[58] Aves de rapiña gigantescas, a menudo blancas, pertenecientes a la mitología persa, capaces de levantar a un elefante con sus garras. <<

[59] Yago, personaje de *Otelo*, de Shakespeare, modelo de «villano vengativo» para los escritores sensacionalistas del siglo XIX. <<

[60] Pequeña plataforma, por lo general de piedra, con tres o cuatro peldaños, para mayor comodidad en el montaje de un caballo; también una estructura portátil de madera, o similar, para el mismo propósito. <<

[61] El enano malvado de Dickens en *La tienda de antigüedades*. <<

[62] *Sir* Edwin Landseer (1802-1873). Reconocidísimo pintor británico, especializado en figuras animales. <<

[63] Thormanby ganó el Derby en 1860 y Caractacus en 1X62. <<

[64] Hija de Agamenón, que estaba a punto de sacrificarla para la diosa Artemis cuando la diosa se apiadó de ella y la rescató. <<

[65] Cita de «The Locksley Hall», de Tennyson. <<

[66] Situado en Leicestershire, capital de la caza en Inglaterra. <<

[67] Probablemente el hínulicap para los concursos hípicas en Chester. <<

[68] *The Adventures of Peter Wilkins, a Cornish man* (1751), famosa novela de Robert Pallock en la que el héroe naufraga en una región antártica y se desposa con una mujer voladora. Braddon era de Cornualles, Wilkins era compatriota suyo, así como Bulstrode. <<

[69] Se refiere al asesinato de príncipe Arthur por su tío King John, en King John de Shakespeare, obra muy popular durante el período victoriano. <<

[70] El pasaje al que Braddon se refiere corresponde a Adam Bede, c. 15, donde Eliot concluye que no existe correlación directa «entre largas pestañas y principios morales». <<

[71] Apolo, el dios griego, y Antínoo, el joven amado por el emperador Adriano; ambos excepcionalmente bellos. <<

[72] Afrodita, la diosa griega del amor, que nació de la espuma del mar. <<

[73] *Norte, este y oeste* de Ridings, la tercera parte de Yorkshire. <<

[74] Sir Roger de Coverley es el nombre de una danza campestre Inglesa. <<

[75] El cuento romántico en verso de Byron (1813) que acaba con la patética muerte de la heroína Zuleika después de que su amante Selim muera a manos de su padre, Pasha Giaffir. <<

[76] Para, cuyo nombre verdadero es Conrad, es el famoso héroe del verso de Byron (1814). Sus dominios en España son usurpados mientras se encuentra ausente. <<

[77] Referencia a las prostitutas de clase alta en Hyde Park. <<

[78] (Charles Edward) Mudie era una librería circulante de New Oxford Street que ofrecía un gran número de novelas de tres volúmenes, como *El secreto de Aurora Floyd*. <<

[79] *Lord* Palmerston fue primer ministro en los años 1855-1858 y 1859-1865, y lord John Russell en 1846-1852 y 1865-1866. <<

[80] Los novelistas de la Alta Iglesia más conocidos fueron Charlotte M. Yonge y Elizabeth Missing Sewell. Adam Smith, fue considerado el fundador de la ciencia de la economía. John McCulloch, escocés como Smith, fue uno de los mejores economistas del primer período Victoriano. <<

[81] Extenso poema narrativo dividido en cuatro partes escrito por *Lord Byron*, publicado entre 1812 y 1818. <<

[82] Existe en moda el llamado «cuello lord Byron»: cuello suelto o abierto para los hombres. Byron vestía generalmente una camisa de cuello desabrochado, o con pañuelo, que se convirtió en estándar de moda. <<

[83] Referencia al baile «Dashing White Sergeant», en el cual cada hombre guía a dos mujeres. En este caso, se intercambian los papeles y el «elegante sargento blanco» de Aurora debe seguir sus directrices. <<

[84] Van Dyke Brown es un pigmento de color marrón semitransparente profundo; se supone que es el color usado por Anthony Van Dyke en sus pinturas. <<

[85] Tabaco negro. <<

[86] Referencias al homicidio más sensacionalista de los años 1850; William Palmer, un doctor de Midlands, fue encontrado culpable de colocar estricnina en la medicina que recetó a un paciente y compañero de juegos de azar. También fue sospechoso de asesinar a su esposa y cuatro de sus hijos. <<

[87] Locución del estribillo de «*Mariana*», de Tennyson. <<

[88] Alusión a la fábula de Samuel Johnson *Rasselas, Prince of Abyssinia* (1159). <<

[89] Calibán es el salvaje y deformado criado, y Próspero su amo, en *La tempestad* de Shakespeare. <<

[90] Charles James Mathews fue uno de los mejores actores cómicos del siglo XIX, y Charles Kean un director-actor de obras de Shakespeare. La esposa de Mathews era Elizabeth Davenport, una actriz americana sin talento. La esposa de Kean, Ellen Tree, con la que actuó en muchas de sus mejores representaciones, era igualmente famosa. La propia carrera de actriz de Braddon se extendió durante el mismo periodo en que transcurre la acción de *Aurora Floyd*, 1857-1860, y estaba centralizada en Yorkshire, aunque también fue miembro de una compañía en Brighton. Se sabe que actuó en Doncaster, y que describe las escenas teatrales por experiencia propia. <<

[91] En el poema de Tennyson «Lady Clara Vere de Vere», Laurence se corta la garganta después ser desairado por *lady* Clara, quien es entonces abandonada por sus demás pretendientes. Su personaje se convirtió en ejemplo de la insolencia aristocrática. <<

[92] El establecimiento del señor Tattersall estaba situado en la esquina de Hyde Park, contiguo a la sala donde se llevaban a cabo las subastas de caballos. <<

[93] Fundación caritativa de Hlaekhealh. <<

[94] La comparación es entre Napoleón I y Louis Philippe, el «rey del ciudadano», como se le conocía en Francia entre 1830 y 1848, que escapó a Inglaterra tras las manifestaciones populares en contra de su primer ministro, Guizot. <<

[95] John Everett Millais se puso muy de moda como pintor de retratos e ilustrador. Braddon podía tener en mente algunas ilustraciones realizadas para Framley Parsonage (1861) y Orley Farm (1862), de Trollope. <<

[96] Sigismond Thalberg y Julius Benedict fueron músicos alemanes radicados en Londres. Thalberg fue un pianista virtuoso y compuso piezas experimentales para piano. Hacia la mitad del siglo XIX los pianos recios fueron rápidamente desplazados por pianos de cola como el Collard y Collard, originalmente manufacturado en Londres por el célebre pianista y compositor Muzio Clementi. <<

[97] La diosa griega de la noche; guardiana de brujas. El símil se refiere de antemano a las siniestras sospechas que van a recaer sobre Aurora. <<

[98] En la obra teatral, inmensamente popular, *La señora de Lyons* (1838), de Bulwer-Lytton, el héroe, Claude Melnotte, no es un mozo como Conyers sino el hijo de un jardinero que persuade a la aristocrática Pauline con engaños para casarse con ella fingiendo ser un señor; más tarde prueba que es digno de su amor. <<

[99] John Tillotson, arzobispo de Canterbury durante el siglo xvii, célebre por la publicación de sus sermones. <<

[100] William Palmer, un doctor de Midlands, fue encontrado culpable de colocar estricnina en la medicina que recetó a un paciente y compañero de juegos de azar. También fue sospechoso de asesinar a su esposa y cuatro de sus hijos. <<

[101] La ciencia de la frenología, popular en los inicios del período Victoriano, consistía en leer las habilidades de las personas y su carácter moral a partir de un mapa de las prominencias craneales. Esta es la tercera referencia a Palmer, el célebre médico asesino. <<

[102] Alusión a la parábola de los talentos (Mateo 25: 14-30) y Lázaro (Lucas 16: 19-31). Florence Nightingale era una enfermera, escritora y estadista británica, considerada una de las pioneras de la enfermería moderna; John Howard y Elizabeth Fry fueron reformadores de prisiones. <<

[103] Octavia era la primera esposa de Nerón, hija del emperador Claudio. Braddon puede referirse a una obra teatral o una pintura. <<

[104] Se refiere al estilo polisílabo característico de la esencia johnsoniana. Su creador, el doctor Samuel Johnson, fue un gran lexicógrafo y autor del siglo XVIII. <<

[105] *Sir* Moses Montefiore fue un rico filántropo y empresario nacido en Italia y criado en Inglaterra. Los Rothschild y los Couttse fueron célebres familias bancarias; los Rothschild con negocios en todos los centros financieros europeos, y los Couttse principalmente en Inglaterra. <<

[106] Erigido en Hyde Park para la Gran Exposición de 1851, el Palacio de Cristal fue movido a Sydenham (no lejos de Beckenham) en 1854 y reabierto como un lugar de entretenimiento popular. <<

[107] Se refiere a las comunidades rurales autosuficientes, regidas por las ideas del socialista utópico francés Charles Fourier. Se basaban en la idea de que cada individuo trabajarla de acuerdo con sus ideales y no existiría un concepto de propiedad privada o común. <<

[108] Eliza Cook fue una poeta popular del inicio del período Victoriano, cuando Braddon aún era una niña. La frase hace alusión a las últimas líneas de su poema «Love On». <<

[109] Se refiere a la universidad de abogados clericales en la Iglesia de St. Paul, inmortalizada en *David Copperfield*; fue disuelta después del establecimiento del Tribunal de Divorcio en 1857. <<

[110] Las campanas de St. Mary-le-Bow en Cheapside. Se supone que los verdaderos londinenses nativos del Hast End nacen dentro del alcance del oído de las Campanas de Bow. <<

[111] Referencia a *Oliver Twist*, de Dickens. <<

[112] Según las Actas de Causas Matrimoniales de 1857, Aurora no habría podido «liberarse» simplemente a causa de la infidelidad de su marido. <<

[113] En la mitología griega, Cadmo siembra dientes de dragón de los que se crían hombres armados. <<

[114] En el original, roundheads, se refiere a los partidarios de los parlamentarios puritanos denominados cabezas peladas (o rapadas, para diferenciarlos de los cavalières, que llevaban melena), y fueron aquellos ingleses que durante la guerra civil (1642-1651) apoyaron el bando y la postura que defendía el Parlamento de Inglaterra frente a la Monarquía de la Casa de Estuardo. <<

[115] Se refiere al punto neurálgico de comercio de la literatura pornográfica. <<

[116] *Susan Hopley; or The Vicissitudes of a Servant Girl*, de George Dibdin Pitt (1841). Se trata de uno de los dramas domésticos más populares del período Victoriano. <<

[117] Una localidad de Canonbury, en el norte de Londres, probablemente donde vive el detective. <<

[118] Referencia a la nueva ley de divorcio. La infidelidad de su primer marido, por sí sola, no habría constituido causa de divorcio, pero el adulterio combinado con crueldad sí podría serlo. <<

[119] Se refiere al célebre personaje de Los papeles de Pickwick, de Dickens. <<

[120] Calibán es el salvaje y deformado criado, y Próspero su amo, en *La tempestad* de Shakespeare. <<

[121] En francés en el original, se refiere al «alegato» de la autora. Su origen se remonta al año 1350, y correspondía a la última estrofa de cuatro versos con que se dedicaba el poema. <<

[122] Festividad de St. Michael, el 29 de septiembre, uno de los cuatro «días trimestrales» señalados en el calendario comercial inglés. Estos cuatro días caen alrededor de los equinoccios o solsticios y marcan el inicio de nuevas temporadas naturales (primavera, verano, otoño e invierno); se utilizaron desde la época medieval para solucionar temas legales, comerciales, etc. <<